



Tras las huellas de Félix de Azara

(1742-1821)

Ilustrado altoaragonés
en la última frontera sudamericana

Primeras Jornadas Azarianas
Madrid-Huesca 2005

Coordinación: Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español

Fotografía fondo de portada:
Fotografía de portada:
Textos: diversos autores
Ilustraciones: diversos autores

Diseño y maquetación: 134 Comunicación, Barbastro
Edita: Diputación Provincia de Huesca y la Fundación Biodiversidad de Madrid.
Imprime: Calidad Gráfica, Zaragoza.

ISBN: xx-xxxx-xxx-x
Depósito legal: HU-xxxx-06

Tras las huellas
de Félix de Azara
(1742-1821)
Ilustrado altoaragonés
en la última frontera sudamericana



I Jornadas Azarianas
Madrid- Huesca
Octubre 2005



Fundación Biodiversidad



Saludo del Presidente de la Diputación Provincial de Huesca

ANTONIO COSCULLUELA BERGUA,
Presidente de la Diputación Provincial de Huesca

En el año 2005 nos sorprendió la iniciativa de un conjunto de estudiosos apoyados por la Fundación Biodiversidad, que realizaron unas Jornadas Azarianas, iniciadas en Madrid y culminadas en Huesca y en Barbuñales. El tema no podría sernos más grato, pues se trata del estudio y la revaloración de la vida y la obra de un prestigioso altoaragonés, por eso, le hemos brindado todo nuestro apoyo y cooperación.

La figura de don Félix de Azara, a quien fueron dedicadas las Jornadas, es la de uno de los representantes más esclarecidos de nuestra cultura aragonesa cuya trayectoria y méritos le dieron trascendencia nacional y también hispanoamericana, pues si bien nació y murió en el corazón de nuestro Somontano, pasó veinte años de su vida en el área rioplatense, en el antiguo Virreinato del Río de Plata, especialmente en el Paraguay, al que dedicó once años y lo más nuclear e intenso de su labor científica. El resto de sus actividades en América abarcaron los actuales territorios de la Argentina, de Uruguay y el extremo sur del Brasil. Esos países le deben prácticamente el inicio de su Ciencia Natural encarada en sentido moderno y desarrollada por Azara con una intensidad y dedicación ejemplares.

Mucho se ha dicho que la evocación del pasado y el intento de reconstruirlo a través de la historia sólo es válido cuando entraña un bien perceptible para el presente. Al menos, ése es el requisito para que se justifique el que los cuerpos políticos representativos provinciales y comarcales tengan presencia activa en Jornadas de estudio y de homenaje como la que comentamos. En este caso –y así lo ha entendido la Honorable Diputación Provincial de Huesca– la evocación azariana representa un bien

social apreciable, al que refuerza el aspecto de justicia póstuma de las actividades cuyos resultados se vuelcan en estas páginas que me honra prologar.

Digo un bien social porque todo lo que abarca el enriquecimiento cultural, la recuperación de las propias raíces y el refuerzo de la identidad regional, realiza un valioso aporte a una sociedad como la nuestra –y me refiero especialmente a la del Somontano altoaragonés– de valores y vigencias que sostengan nuestra cultura, que nos ayuden a mantener viva la esperanza y que orienten a nuestros jóvenes.

Participamos de una cultura consolidada y orgánica como la aragonesa, que se integra con sus particularidades a la española y a la hispanoamericana. Es así porque siempre hemos sabido trascender a la cotidianidad meramente práctica y de supervivencia y al localismo cerrado y limitante. Nuestra cultura es un cuerpo vivo y con raíces milenarias que puede y debe volcarse hacia esa parte espiritual y entrañable de España que es Hispanoamérica. Hacerlo significa saldar una deuda con el pasado y enriquecer el presente y el futuro. Por eso no quiero dejar de destacar que estas Jornadas abrieron puertas de solidaridad y confraternidad, en especial con el Paraguay, de donde vino el aporte sudamericano a esta reunión. Esta relación ya se inició con el Brasil, en particular con la localidad de São Gabriel, en Río Grande do Sul, que no es sino la vieja San Gabriel de Batoví, fundada por nuestro don Félix de Azara y seguramente se verá pronto ampliada y enriquecida con nuevos y fraternales vínculos con otras localidades azarianas del área rioplatense.

El material elaborado que se presenta en este



volumen es rico temáticamente, variado en sus enfoques y apreciaciones y representa un gran esfuerzo científico e intelectual de sus autores, partícipes todos de las Jornadas. Asociadamente con la Fundación Biodiversidad y con el núcleo organizador de esta obra, hemos asumido la responsabilidad de editar, imprimir y distribuir un volumen más de los que nos enorgullece proclamar que hacen a nuestra Provincia de Huesca un centro valioso y valorado de irradiación cultural. Estoy seguro que la acogida que se brinde a estas páginas será auspiciosa y que repercutirá en España y en América como bien lo

merece.

En nombre de la Honorable Diputación Provincial de Huesca debo expresar mi agradecimiento a todos los que de un modo u otro fueron partícipes de este esfuerzo y proclamar mi esperanza de que esta tarea prosiga con nuevas y alentadoras expresiones como la presente, a la que con estas palabras liminares me honra brindar mi más calida enhorabuena.



Prólogo de los coordinadores de la edición:

Este volumen está destinado a volcar el resultado científico de las Primeras Jornadas Azarianas llevadas a cabo en Madrid durante los días 19 y 20 de octubre de 2005, proseguidas en Huesca, el 21, y culminadas en la casa natal de Félix de Azara, en Barbuñales, el 22 del mismo mes. La Fundación Biodiversidad, la Diputación Provincial de Huesca y la Fundación Félix de Azara (en formación), a través de esa actividad, se han propuesto iniciar una actualización crítica y multidisciplinaria en su enfoque, de todo aquello relacionado con la persona y la obra de don Félix de Azara, el ilustrado altoaragonés que –al igual que otros miembros ilustres de su generación como Cosme Bueno (1711-1798), Íñigo Abbad y Lasierra (1746-1813) y Victorián de Villava (??-1802)–, para, no nombrar sino a los más caracterizados coetáneos y coterráneos del protagonista central de estas Jornadas –desarrollara sólida y proficuamente una tarea americanista, que aunque aún mal deslindada y peor difundida, resulta merecedora de particular atención.

En este caso esa *atención*, guardando el sentido pleno que quiere resaltar para la misma Pedro Laín Entralgo, es decir, que sea a la par riguroso análisis perceptivo y cortés y respetuoso homenaje, provino de un núcleo de especialistas españoles que se reunieron en las Jornadas con colegas sudamericanos procedentes del Paraguay.

Se presentaron en las Jornadas diversas ponencias, se dialogó y se discutió. Todo en un ambiente cordial y enriquecedor que –creemos firmemente– abre una puerta amplia, para convocatorias similares, pero con mayor alcance, para contribuir mejor al rescate en el medio, tanto en el erudito y

especializado de España y de América, como en el del gran público de ambos mundos, de la figura y la obra de Félix de Azara como vigencia raigal necesaria de las culturas hispanoamericanas y peninsular.

Los organizadores vieron sobrepasadas sus expectativas por la cantidad y la calidad de las ponencias presentadas, así como por la amplitud del espectro interdisciplinario cubierto. También por sus repercusiones interiores académicas y mediáticas.

El hecho de que Félix de Azara viviera en el siglo XVIII y que aún permanezca en el sector menos estudiado de la Generación Central de las Luces, a la que perteneció, compartiendo esa impronta epocal con una pléyade de personalidades de singular relevancia en la historia cultural española, hace casi un imperativo de justicia póstuma y de integralidad del enfoque histórico-crítico del concepto de Ilustración Española, el conceder a el ingeniero, naturalista, cartógrafo, geógrafo, marino, etnógrafo, lingüista, historiador y escritor, nacido en Barbuñales, en la provincia de Huesca, un día 18 de mayo de 1742, la necesaria atención para llegar a construir una imagen veraz y bien perfilada de su vida y de su obra.

El balance final de lo realizado es positivo, no sólo porque amplió –para el conjunto de estudiosos que asistieron– sus perspectivas y posibilidades de integrarse a una tarea compartida e integrada, de la que hasta ahora estaban excluidos en virtud de su condición de pioneros solitarios, sino también porque las jornadas de debate y de comunicación, abrieron para todos nuevas propuestas de trabajo y llevaron a la generalidad los partícipes al convencimiento de la necesaria integración a una *red*, esa forma de colectivo, dispar pero concurrente, que hoy

caracteriza la base epistemológica del conocimiento en todas sus ramas.

Las redes, como las define Michel Serrés (1991) “*son los lugares de convergencia y de bifurcación donde se plantean los problemas, y donde se toman decisiones, ¿qué problemas? ¿qué decisiones?. Estos son los nudos y puntos culminantes de esas diferentes redes, encrucijadas bastante estables...* ”.

La *historia cultural* se ha hecho compleja y ha sabido ganar espacio como disciplina particular. Si bien en este caso el despliegue epistémico es múlti-

ple pero convergente, como se apreciará al leer las respectivas ponencias, no dejará de percibirse la corriente integradora que las eslabona y las acerca. Al menos, esa fue la intención central de los organizadores de las Jornadas y es ahora, la de los editores de estas Actas.

Qué este volumen quede como un especial tributo azariano que enriquezca con su vigencia, no sólo el horizonte intelectual particular de los interesados, sino que contribuya, integrada y dinámicamente, a enriquecer la visión crítica y sistémica de la historia de la ciencia hispanoamericana.



Introducción

Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821), ilustrado altoaragonés en la última frontera sudamericana

JULIO RAFAEL CONTRERAS ROQUÉ E IGNACIO BALLARÍN IRIBARREN

“Una inteligencia penetrante... por la viva percepción de lo real”

[J. Natalicio González... a Fulgencio L. Moreno]

El hecho de haber dedicado particular atención a la figura y la obra de don Félix de Azara, el ilustrado altoaragonés nacido en Barbuñales en 1742 y muerto en Huesca en 1821 resulta, si no insólito, al menos sorprendente al haberse realizado –como fue el caso de las Primeras Jornadas Azarianas de Madrid-Huesca en octubre de 2005– sin el estímulo particular de un aniversario privilegiado, como suelen serlo los centenarios o los cincuentenarios, ya sea de natalicio u óbito o –al menos– de algún elemento nuclear o paradigmático de su obra.

Múltiples y difíciles de deslindar son las causas del semiolvido histórico de Félix de Azara, en el que vivió hasta ahora –con pocas y notables excepciones en esa especie de limbo de la memoria histórica que almacena a sus personajes en la simple desmemoria, o las mantiene latentes como objeto de mención casi subliminal, con cita obligatoria breve y suscita, en reconstrucciones históricas mayores, en las que la evocación, de acuerdo con las escuelas y tendencias historiográficas involucradas– o peor, las orientaciones políticas o sectarias– añaden el tono, que en el caso de nuestro personaje oscila entre lo apologético y ditirámico en unos hasta la descalificación lisa y llana en otros.

Resulta complejo pero no inusual en la historia de la ciencia iberoamericana el deslindar el por qué, no sólo del olvido, sino también de la reiteración tanto descalificativa como laudatoria. Pero fundamentalmente el problema se centra en la particular historiografía del siglo XVIII, que –salvo honrosos casos

particulares– permaneció en la penumbra hasta casi mediados del siglo XX. Las causas han sido múltiples y cada conclusión parcial requiere una interpretación que no es el caso traer a cuento ahora. Además casi no hubo, en este caso, exégesis histórica pero, sí y afortunadamente, literaria.

Se conocieron autores y obras, se preconizó el ocaso del Barroco y el auge del Neoclásico e incluso, se esbozó una imagen tímida de la Ilustración Española. Eso significó el rescate y la reedición más o menos frecuente de los Moratín, de Iriarte, de Samaniego, de Cadalso y –centralmente– de Jovellanos. También la valoración sin retaceos de Goya. Sin embargo, con respecto a la ciencia, mal que nos pese, siguió vigente el anatema antiespañol del enciclopedista francés Bernard Guyton de Morveau, cuyo desafío recogiera un siglo más tarde Marcelino Menéndez Pelayo, contribuyendo a la segunda etapa hispana de rescate azariano –mucho más centrado en su hermano José Nicolás (1730-1804) que en Félix– y que, por vía, tanto activa como pasiva, contribuyó a hacer crecer una imagen tan distorsionada de la España dieciochesca, que demoró por décadas la revalorización de la misma. De más está señalar que de la visión del erudito santanderino salen ambos hermanos Azara con el sambenito de heterodoxos empedernidos e impenitentes. La ciencia española que reivindica Menéndez y Pelayo, no corresponde sino a una parcialísima visión de la producción teológica y filosófica y a unos aislados e individualistas esfuerzos protocientíficos.



Potenció esta postulación el fantasma de las “dos Españas”, sostenido en el siglo XIX tanto por liberales como por tradicionalistas y plagado de mistificaciones, omisiones e inexactitudes. Así fue que el liberalismo libre pensador rescata “masones”, volterianos e incrédulos allí donde no los hubo y crea las raíces inexistentes de un protoliberalismo que recién surgiría entre los doceañistas y los afrancesados al morir ya el siglo de las Luces español. Las fuertes polémicas del juvenil Marcelino Menéndez Pelayo con Gumersindo de Azcárate y la aparición ulterior de la **Historia de los heterodoxos españoles**, afianzó ambas posiciones contendientes, que llevaron a una imagen tan desdibujada del siglo XVIII que ni siquiera la mente penetrante y lúcida de José Ortega y Gasset logró revalorarlo mucho más allá de calificaciones peyorativas o de rescates de personajes aislados como fue el caso del aragonés Francisco de Goya y Lucientes y Gaspar Melchor de Jovellanos y Ortega enfatizó el papel pedagógico de aquel siglo, al que consideró para España escasamente europeo.

El hecho de la casi inmediata independencia de las posesiones americanas de España acrecentó la imagen oscura del siglo XVIII, muy particularmente entre los intelectuales americanos como Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Andrés Lamas y Juan María Gutiérrez, aunque pronto, prosiguiendo el esfuerzo precursor de Manuel Belgrano, Mariano Moreno, Florencio Valera y de Bernardino Rivadavia, el liberalismo rioplatense comenzaría a valorar y a rescatar por su cuenta a Félix de Azara, al punto de que ya Bartolomé Mitre en 1871, lo calificara como el Humboldt español, juicio que se reiterará con insistencia en el siglo XX.

En líneas precedentes calificamos la del último tercio del siglo XIX como la segunda etapa de la valoración azariana, pues debe tenerse en cuenta el esfuerzo personal desarrollado por su sobrino Agustín de Azara, marqués de Nibbiano, el hijo del hermano menor de don Félix, José Francisco (1746-1820), que movido por intereses personales y claramente políticos, inició hacia 1845 un singular proceso “rehabilitatorio” de sus ilustres tíos José Nicolás y Félix de Azara, de carácter subidamente laudatorio, destinado por elevación, al apuntalamiento de su propia figura política y confesional, calificable en

el primer caso como carlista y en el segundo como ultramontano.

Circunstancias aún incompletamente conocidas pero ya bien identificadas y altamente creíbles, identifican a ambos hermanos como heterodoxos, aunque el peso de esta calificación cae con más fuerza sobre José Nicolás. En esos años, apenas poco más de tres décadas del fallecido Félix aún pasaría sobre la familia la descalificación eclesiástica. Se trata de un tema de enorme bulto y ya será tratado con el detenimiento analítico que merece. Las acusaciones se acumulaban tachándoles de haber profesado un vivo antijesuitismo, de haber adherido al jausenismo en su versión ilustrada y pistoiana. También de convivencia con los franceses, de deístas al modo dieciochesco y de liberalismo *avant la lettre*.

Agustín resolvió “tomar el toro por las astas” para que no le salpicaran esas acusaciones. Revisó los papeles familiares, contrató a un torpe exegeta y paneginista de ampulosa pluma e incondicional de su mandante, el infausto Basilio Sebastián Castellanos de Losada, y por su intermedio, analizó, expurgó y –seguramente– modificó a gusto lo que halló menos tolerable para un carlista como él, editando obras inéditas de ambos hermanos. Posiblemente a Agustín se debe la pérdida de un enorme caudal de correspondencia y la mutilación intencionada de las **Memorias** de José Nicolás. Otros actos materiales que acompañaron a estos manejos no pueden ser tratados ahora, pero resultan de una lamentable y dolorosa torpeza.

Si en el caso de Charles Darwin, se dice (Bowler, 18...) que a su muerte sus papeles privados y gran parte de sus cartas sufrieron un proceso “*franciscano*” pues su hijo Francis Darwin dio a conocer sólo lo que pudiera brindar cristiana y atenuada de la filosofía y opiniones de su padre, en el caso de los Azara podríamos denominar “*agustiniano*” a un fenómeno parecido. Posiblemente el de Francis Darwin haya sido un caso más leve que el de Agustín de Azara, pues en el siglo XX fueron halladas más de trece mil cartas (!!) a las que sólo había oculatado. En el caso de Agustín parece que su acción se trató de destrucción lisa y llana y, en consecuencia, apenas si queda un epistolario de Félix de Azara re-



ducido a menos de dos centenares de piezas, en su mayor parte oficiales o semioficiales, es decir, con muy poca materia prima para historiar su sensibilidad, sus creencias y su pensamiento.

En el Paraguay y después de 1890 se debe a Blas Garay y al notable círculo intelectual concentrado alrededor del Instituto Paraguayo la revalorización azariana y la reedición de alguna de sus obras (Azara, 1896) y la publicación seriada de otra (Azara, 1903-1906). Simultáneamente, en el Uruguay, el antropólogo Rodolfo R. Schuller realiza la edición de un manuscrito inédito (de una de sus varias copias circulantes) y publica la **Geografía esférica del Paraguay y del Río de la Plata** (Azara, 1904) con un prólogo inoportuno que suscitara las iras del erudito Luis María Torres quien publicó una encendida y extensa réplica (Torres, 1906). Casi paralelamente, primero Mitre y Juan María Gutiérrez publicaron otro manuscrito inédito (Azara, 1871-1873) del que Estanislao S. Zeballos aportaría (Azara, 1907) una versión primigenia.

En el siglo XX recién comienza a afirmarse la historia rigurosa y documental del siglo XVIII, encarada por hispanistas foráneos como Richard Herr (1964) y Sarrailh (1958,1981). Al mismo tiempo, un francés hispanista como Marcelin Défourneaux (1959, 1990) dedica una monumental monografía a Pablo de Celavide y otros hispanistas como Marcel Bataillon, Russell P. Sebold y Nigel Glendining esclarecen aspectos de la historia literaria y política, arrojando cada vez más luz al concepto de la España Ilustrada del siglo XVIII. Se publican artículos, monografías, biografías, epistolarios y series documentales y surge una pléyade de historiadores que, en menos de medio siglo, han realizado aportes excepcionales para la comprensión del contexto epocal azariano.

En la argentina, a partir de la edición de Schuller (Azara, 1904) y de su réplica de Torres (1906), se activa, con motivo del centenario de la muerte de Félix de Azara, en 1921, el estudio de su personalidad y de su labor y la edición de sus obras, reeditándose el fruto del aporte solitario realizado bajo la tiranía rosista en la Argentina por el genovés Pedro de Angelis (1784-1859), quien publica numerosos trabajos menores de Azara, a veces con glosas muy

pobres y –lamentablemente– “actualizando” los textos y omitiendo ciertas opiniones con las que no coincidía personalmente. Estas obras gozaron de varias reediciones y –a pesar de sus deficiencias– son unas de las más válidas fuentes de esos escritos, generalmente inhallables en otras ediciones más depuradas.

En España se cierra el siglo XIX con un trabajo de envergadura de Eusebio Torner y de la Fuente (1892) y en las primeras décadas y hasta promediar el siglo Enrique Álvarez López y Francisco de las Banas de Aragón, intentan un revalúo de la obra y el pensamiento biológicos de Azara. Su resultado es la idea desmesurada de “el Darwin español”, el “predecesor de Darwin”, sostenida hasta la actualidad con escaso aval crítico y sin contextualización epistemológica, culminando con opiniones recientes del calibre de una que dice que “...*sin cuya obra* [la de Félix de Azara] *no podrían explicarse correctamente las doctrinas de Darwin*” (Balaguer Perigüel, 2001).

En 1943 Julio C. González publica una de las mejores síntesis biobibliográficas sobre Félix de Azara, sólo parangonable al conjunto de los estudios de Oliva Baulny (1966-68, 1968a, 1968b, 1969a, 1969b, 1971a, 1971b; 1991), y a las obras de Mones y Klappenbach (1997) y la de María Dolores Albiac Blanco (2000) que, a pesar de su brevedad se destaca por su lucidez interpretativa.

Las Jornadas Azarianas de octubre de 2005, transcurridas durante dos días, el 19 y el 20 de octubre en Madrid, y cerradas en Huesca el 21 del mismo mes fueron el resultado de la iniciativa espontánea de los organizadores, estudiosos todos de la obra de Félix de Azara, y a pesar del escaso tiempo concedido a los autores para la preparación de los trabajos y a la imperfecta difusión mediática del llamado, contó con el concurso de numerosos especialistas, quienes realizaron un enfoque multidisciplinario de la obra del ilustrado altoaragonés.

Los que aquí se reúnen son los textos presentados y expuestos en dicha reunión, que constituyen un aporte multidisciplinario, hasta ahora nunca realizado sobre Félix de Azara. Se expuso y discutió cada trabajo y en muchos casos, se logró un amplio consenso en cuanto a las líneas mayores que

deben seguirse para esclarecer el coro de sombra que aún cubre a la vida y obra de una de las figuras de mayor interés compartido hispanoamericano de la Ilustración. Para los americanos del Paraguay, de la Argentina, de Uruguay y del Brasil constituye una figura paradigmática del inicio de la visión moderna, racional y organizada de la Historia Natural sudamericana. No es la única, por cierto, pues la historiografía jesuítica encierra aportes previos valiosos, pero es la primera en acometer en términos reconocibles para la ciencia moderna no sólo la Historia Natural, sino una visión global geográfica, climática, etnográfica, lingüística e histórica de una de las fronteras a la que muy bien podemos considerar como la última americana. Nótese que empleamos en término *frontera* más como metáfora que como referencia real a un linde político luso-hispano concreto aunque elusivo, como lo fue en este caso el área prospectada por Félix de Azara. Podemos considerarla como la última después que la de la guayania –orinocia fuera recorrida y reconocida con intensidad a partir del tratado de San Ildefonso (Lucena Giraldo, 1988); después de haber sido recorrida por la que contara con el infortunado Pelr Löffling (1729-1756). Los espacios chaqueños, el Pantanal Matogrossense y la profusa red hidrográfica y los sistemas de humedales subtropicales dependientes de la Cuenca del Plata eran aún vacíos cartográficos y de conocimiento *in situ*, apenas penetrados marginalmente por esclarecidos estudiosos y exploradores jesuitas como Florian Paucke (1719-1780), Martín Dobrzhoffer (1717-1791), Joseph Sánchez Labrador (1717-1791) y otros.

La acción de Félix de Azara en el área fue tan intensa y –a la vez tan pragmática y realista– que puede asegurarse que la configuración territorial de la actual República del Paraguay le debe tanto al ilustrado altoaragonés como a sus próceres históricos en el sostenimiento de su integridad, siempre amenazada por la presión lusitana.

El conocimiento de la figura y la obra de Félix de Azara es notablemente deficitario. Entre los protagonistas de la Ilustración española se cuenta entre los que han quedado más marginados. Tal es así que si comparamos, por ejemplo, el total de referencias bibliográficas de Ramón Sender, un escritor aragonés moderno, nos encontramos con un impre-

sionantemente que en 1995 alcanzaba a las 2.600 fichas (Espadas, 1997) y que desde entonces siguió creciendo a un ritmo que actualmente sobrepasaría las 5.000. Si es Gaspar Melchor de Jovellanos (...) el ilustrado español que acapara el mayor número de referencias con aproximadamente 3.000 entradas, la historiografía acerca de Félix de Azara apenas, supera las 600 referencias (Contreras Roqué, M.S.).

Pero entrando ahora de lleno al análisis de esa literatura podemos establecer que los aportes medulares, es decir, aquellos que son algo más que biografías breves, datos razonables dentro de textos de variada orientación temática, artículos apologéticos y reiteraciones –incluyendo errores y prejuicios– de otras citas anteriores, a penas si podemos retener una cincuentena de títulos más relevantes.

Al respecto de esa bibliografía podemos establecer siguiente caracterización:

1.- No contamos aún con biografías significativas, es decir, abarcativas y esclarecedoras. A penas su existen intentos de tales. Descartando las deplorables –aunque a falta de otras fuentes necesarias por ausencia documental y de otros intentos mejores– de los aportes condicionados y mercenarios de Basilio Sebastián Castellanos de Losada (1847a, 1847b, 1848, 1852-1854, 1856, 1930), sólo pueden considerarse seriamente los de Eusebio Torner y de la Fuente (1892), de Álvarez López (1933, 1934, 1935a, 1935b, 1952, 1961), de Julio C. González (1943), de Albiac Blanco (2000) y, más como soporte básico e imprescindible que como biografía en sí, con la obra de Mones y Kappenbach (1997).

2.-

3.- El fondo documental, incluyendo el epistolar subsistente es exiguo, está muy disperso y no ha sido revisado sino muy parcialmente. A parte de su dispersión, se ha perdido mucho material, incluyendo manuscritos. Además su correspondencia ha sufrido la ya mencionada depuración “agustiniano”,

con probable muy ingente pérdida (¿definitiva?) de un alto porcentaje de las piezas que llegaron a las manos de Agustín, como único heredero de su tío Félix.

4.- No existe una biblioteca que concentre un fondo azariano completo o tendiendo a esa condición y que esté disponible para su consulta por los especialistas. Hasta ahora los dos repositorios más completos que hay –intentando ordenarlos por su valor y cobertura– son el que existe en la Biblioteca del Instituto de Bioecología e Investigación subtropical “Félix de Azara”, de la Universidad Nacional de Pilar, en Pilar, Ñeembucú, Paraguay, y el del Instituto de Estudios Altoaragoneses (IEA) de Huesca, en Aragón. El otro digno de mención corresponde el archivo personal del notable azarista uruguayo Álvaro Mones, actualmente en Frankfurt-am-Mein, Alemania.

Por último, cabe preguntarnos si triunfó o no Félix de Azara. Bien sabemos que no es un interrogante historiográfico legítimo. Pero que lícitamente pueden hacerlo el filósofo, el biógrafo y el exégeta. Esta pregunta tiene dos tiempos y dos planos psicológicos y ontológicos. Sus tiempos son el generacional y el humano que le cupieron. En el primero ya se la plantearon quienes, como Amelia Valcárcel (1992) y Salvador Bernabéu Albert (2003) ya se interrogaban al respecto. Creemos que la respuesta es afirmativa. Del fin de los setecientos al ocaso de la Ilustración, al que Azara sobrevive aunque anciano y aislado, el mundo humano, moral y mental de Occidente cambió. Si en el siglo XVIII está la raíz mayor de Occidente, fue en él, miembro de las *generaciones* que se armaron con la razón y no con la ideología y las doctrinas duras. Asentaron un cambio a puro riesgo personal –Pablo de Olavide, Gaspar Melchor de Jovellanos, Leandro Fernández de Moratín, Antonio Raymundo Ibáñez, Íñigo Eustaquio Abbad y Lasierra, los Azara (José Nicolás, Félix y quizá Eustaquio)– son prueba de ello, sin sangre ni guillotina. El ideario, más allá de la aparente derrota personal de cada uno de ellos florece en la Consti-

tución de Cádiz de marzo de 1812 y en el liberalismo de los *doceañistas*. Razón, tolerancia e idea de España los distinguen. Como lo señalaba Valeriano Bozal (1968) para el caso de otro ilustrado, Pablo de Olavide: “*los esfuerzos de Olavide y los ilustrados, aunque frustrados, no fueron vanos*”, pudiéndose destacar entre otros factores inéditos directa o indirectamente derivados de ellos, la aparición del pueblo como entidad política ya presente en la próxima generación, pero deberán pasar aún más de ciento cincuenta años hasta que el cese de la coacción estatal y el drástico avance hacia la superación de dogmas, de supersticiones y de pesados y tradicionales enconos, se conjugue con una intensa permeabilidad del pensamiento y las ideas europeas y universales, para lograr el amplio despliegue de las posibilidades materiales y espirituales del pueblo español, capaz de dar lugar a la realización de las múltiples y peculiares disposiciones de cada individuo en un modelo ideal de humanidad y de cultura que hoy caracteriza a la vieja España, en la que tuvo lugar la decisiva influencia humana, política y social que representó entre 1759 y 1789, Carlos III, el cuarto rey Borbón.

En el tiempo individual y dentro de la realidad ontológica única e insoslayable de cada modelo protagonista y, en especial en el caso de Félix de Azara, la respuesta es más difícil. Creemos poder responderla positivamente. Sus años de calma y silencioso retiro, de diálogo interno y –¿por qué no con su España interior también?– pudieron llevarlo a decir, para sus años finales parafraseando a Ortega cuando dijo: “... *mis mocedades no fueron mías, las pasé enajenado por una idea de España, por mi esperanza en ella.*” Los encinares de Barbuñales y las piedras seculares de la casona familiar de Huesca sabrán de esos soliloquios, pero todo nos dice que el suyo fue el monólogo sincero de quien sabe que dio de sí lo mejor para lo que más quería.

La muerte de don Félix fue serena, tal vez más apacible que la de Jovellanos cuando musitaba en el delirio final “... *nación sin cabeza, desdichado de mí!*”, expresión que aunque dolorosa muestra la trascendencia del sentido profundo de la noción de España para la generación de las Luces. Aquí se mezcla el planteo psicológico hasta el punto de no poder ser deslindado por separado del más profun-

do, el ontológico, y nos dice que Félix de Azara fue –al igual que tantos de su generación– una realidad vital, carnal, espiritual, auténtica e irrepetible. El reconocimiento mismo de esa realidad del *ser azariano* es el que nos congrega ahora en esta obra colectiva.

Notas sobre esta edición

Agradecimientos

Etnografías de frontera. Los indígenas en la obra antropológica de Félix de Azara

EMANUELE AMODIO, Docente-Investigador y Jefe Dpto. de Arqueología y Etnohistoria Escuela de Antropología de la Universidad Central de Venezuela de Caracas, Venezuela.

Preliminares

En las diferentes fases de la conquista de los territorios americanos, la relación entre conquistadores y poblaciones locales, tanto las conquistadas desde la primera hora como las que se mantuvieron al margen de la sucesiva colonización, resistiendo o escapando hacia áreas de refugio, implicó un complejo juego relacional en las prácticas sociales cotidianas como en la construcción progresiva de imaginarios cruzados que, a menudo, se sobreponían produciendo imágenes sincréticas de la realidad de los unos y de los otros. Estas imágenes predeterminaron la percepción española, sobre todo de la gente común, desempeñando una función identitaria y definiendo la *conciencia del otro* que pudiera ser utilizada en el día a día para producir el espacio relacional, donde a la positividad del *nosotros* correspondía la negatividad del *otro*: monstruo, salvaje, pagano y primitivo, según las evoluciones propias de las imágenes construidas.

Sin embargo, junto con estas producciones culturales identitarias, se produjo también una necesidad cognoscitiva de tipo realista orientada a la elaboración de un saber adherente a la realidad, que sirviese a la administración local y peninsular para estructurar eficientes sistemas administrativos de organización y control de las colonias americanas. Es así que se crearon nuevos cargos destinados a organizar el saber americano que venía acumulándose (por ejemplo, los Cronistas Generales), se enviaron *Visitadores* para conocer directamente *in situ* la realidad local y se elaboraron instrumentos sofisticados para recopilar datos coloniales locales, como lo fueron los *Cuestionarios Reales* enviados a las diferentes colonias americanas desde la mi-

tad del siglo XVI y hasta el final del período colonial. Los Cuestionarios Reales eran destinados a los funcionarios locales, lo que permitía el acopio contemporáneo de una gran masa de datos, aunque éstos derivaban más de la experiencia de cada uno que de una experticia particular en la recolección de datos. De allí que los *Cuestionarios* se volvieron cada vez más sofisticados con el objetivo de “cuadricular” la realidad de manera precisa y según los intereses específicos del Consejo de Indias (algunos *Cuestionarios* superaban las trescientas preguntas). De esta manera, como escribe Francisco Solano (1988: xxvii): *“El gran esfuerzo de la administración española por alcanzar las más completa imagen de su mundo ultramarino tiene otra facetas importantes. No supone apenas el empeño tozudo y ciego de una administración empeñada en cuantificar y precisar las más nimias cuestiones para obtener un control más rígido, sino por el contrario un valioso precedente de la moderna estadística que cuantifica a la población por medio de censos y allega datos que utiliza en beneficio de su propio funcionamiento. El Consejo de Indias procura dirigir América certeramente, apoyándose para ello sobre el mayor número posible de informes competentes y fiables”*.

Es precisamente el acopio de datos cada vez más precisos que permitió un control más dinámico y efectivo, no solamente de las poblaciones indígenas, como lo fue al comienzo de la conquista, sino también de las poblaciones españolas y criollas, ya que se trataba de “conocer” y “medir” también las poblaciones españolas y, sobre todo, las criollas que fácilmente presionaban para salirse del control de la Madre Patria. Es en este contexto que, durante el siglo XVIII, cuando ya las colonias americanas están bien establecidas y estructuradas, que los *Cuestio-*



narios Reales ya no son suficientes y se procede a enviar “expertos” para averiguar directamente la situación local, determinar tendencias y fichar, literalmente, individuos que podía poner en peligro la estabilidad política y administrativa local (piénsese en Ulloa, por ejemplo, con sus **Noticias secretas de América**).

De este modo, fue conformándose una “mirada” particular, que ya podemos llamar “etnográfica”, la cual tiene su cabal realización en el siglo XVIII con las expediciones científicas ilustradas y la llegada al continente americano de funcionarios, militares y científicos interesados en conocer las realidades locales no solamente a fines de control militar y administrativo, sino también con intereses antropológicos, es decir, comparativos.

Clasificar, jerarquizar y comparar son precisamente los imperativos de cualquier ciencia social que precisamente en el siglo XVIII encuentran su definitivo arranque sistemático, incluyendo la antropología, aunque las historias contemporáneas de la antropología, generalmente de producción francesa o anglosajona, soslayan el papel desempeñado por la producción etnográfica y etnológica de los ilustrados españoles. Así, mientras cabe la hipótesis que es precisamente gracias al aporte de estos individuos que la disciplina antropológica pudo definir su interés y campo de trabajo, al mismo tiempo sale a lucir una vez más el “pecado original” de esta disciplina: haber nacido y desarrollado en contextos políticos precisos y con funciones coherentes con el dominio y el control de las poblaciones locales (Amodio, 2002).

Evidentemente, fuera del campo de las ciencias sociales, hablar de “antropología” resulta un poco ambiguo, sobre todo por el uso que medios de comunicación y campos disciplinares diferentes hacen del término. Por esto, vale precisar que nos referimos a la “antropología” como ciencia social, definida propiamente dentro de la modernidad occidental que le asigna la tarea de estudiar, por lo menos en la época fundacional, pequeñas sociedades extra-occidentales cuyo conocimiento tendría valor heurístico para la comprensión de las sociedades “complejas” europeas y, en general, de los grandes temas de la humanidad, segmentados precisamen-

te por el pensamiento ilustrado, como religión, economía, instituciones, etc. Para alcanzar su objetivo, construido y refinado a lo largo de su historia, la disciplina antropológica definió tanto fases de su trabajo –etnografía, etnología y antropología– como *mirada*, *objeto* de interés particular, *métodos* de recolección y elaboración de los datos y *formas* de escritura. Son precisamente estos los elementos que nos permitirán delinear un recorrido dentro de las obras de Feliz de Azara.

La hipótesis a partir de la cual hemos trabajado desde algunos años es que precisamente en el siglo XVIII, con particular importancia de la experiencia española de ultramar, esa mirada antropológica se fue afinando y conformando, teniendo como protagonistas los viajeros ilustrados y los funcionarios reales, sobre todo los encargados de resolver problemas fronterizos, allí donde los espacio geográficos continuaban en gran parte desconocidos y escasa era la penetración colonizadora, sirviendo precisamente como zonas de refugio de las poblaciones indígenas locales. Malaspina. Ulloa, Iturriaga..., son los nombres que vienen a la memoria, entre los tantos que conformaron las grandes expediciones científicas del siglo XVIII, cuyas finalidades eran precisamente las de delimitar, conocer y organizar las “nuevas tierras”, su naturaleza y sus habitantes. Así, desde su arranque disciplinar, la antropología como ciencia social recopila datos, formula hipótesis y organiza saberes dentro de un contexto explícitamente político: servir de guía al Estado para acciones políticas concretas (locales, regionales y continentales), tanto para mejor defender y estructurar la ocupación colonial, como para integrar las poblaciones indígenas al resto de la población local, a través de una acción explícitamente “civilizadora” que los hiciera, finalmente y una vez por todas, españoles de hecho y derecho.

Es en este contexto que se sitúa la figura y obra de Félix de Azara (1746-1821) quien, por su educación e intereses, puede ser identificado completamente con el científico ilustrado, esa figura señera de la historia de la ciencia que se traslada a la frontera del imperio con encargos militares o administrativos y allí despliega una actividad de recopilación de datos sobre la naturaleza y las poblaciones locales, que desborda completamente su cometido



oficial, hasta alcanzar resultados universales. Lo que resalta en Azara, expresando su modernidad, es el interés hacia la relación entre naturaleza y población local, hasta incluir las mismas poblaciones de origen español, ya que la comprensión de la realidad local necesitaba de una visión global, donde los unos y los otros, ya para ese final del siglo XVIII y comienzo del siglo XIX, constituían un sistema articulado de relaciones que los conformaba como un grupo humano original, resultado del cruce de pueblos y culturas de origen étnica y social diferente, preluando ya el mundo criollo americano.

1. Azara: vida, obra y lugar

Nacido en 1742 en Barbuñales (Huesca) de una familia acaudalada de la nobleza local, Félix de Azara realiza estudios en Filosofía, Artes y Legislación en la Universidad de Huesca, dedicándose tempranamente a la carrera militar en el Regimiento de Infantería de Galicia, donde ingresa como cadete en 1764. Después de un año de servicio, consigue la licencia para pasar a estudiar en la Academia de Ingeniería Militar de Barcelona donde, durante los tres años reglamentarios, estudia matemática, topografía, minería, arquitectura, dibujo y levantamiento de planos y cosmografía, entre otras materias. En 1767 ingresa al Cuerpo de Ingenieros una vez alcanzado el grado de Subteniente de Infantería e Ingeniero delineador de los ejércitos nacionales, plazas y fronteras.

A partir de ese momento, despliega una actividad intensa de trabajos de ingeniería en Alcalá, Guadalajara y Mallorca, con obras hidráulicas y de fortificación, hasta 1775, cuando, de vuelta a Barcelona, fue llamado a participar en la guerra con Argelia. Durante una de las refriegas africanas fue herido de gravedad y trasladado enfermo a España, donde permanecerá convaleciente por casi cinco años, debido a una infección de las heridas. Son años de quietud y descanso, pero también de estudio y lecturas, las que complementan su formación científica, además de participar en los trabajos de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Restablecido en salud, vuelve a las actividades militares con el grado de Teniente Coronel de Infantería,

siendo destinado primeramente a San Sebastián (1780) y, al año siguiente, a la Embajada de España en Lisboa. Aquí recibe la orden de integrarse como Tercer Comisario a la Tercera Partida Demarcadora de Límites destinada a definir las fronteras americanas sureñas entre España y Portugal, después del Tratado de Límites de San Ildefonso de 1777. Para esto, siguiendo el estilo ya ensayado en las demarcaciones americanas derivadas del Tratado de Madrid de 1750, se le nombra Capitán de Fragata. En mayo de 1781 llega Montevideo, después de haber hecho una parada en Río de Janeiro.

De esta manera, viajó a lo largo de toda la región durante veinte y un años, fundando poblaciones, delineando mapas, describiendo fauna y flora y, sobre todo, consignando descripciones etnográficas de las poblaciones indígenas con una atención y perspicacia que representan un modelo de “monografía” antropológica hasta la actualidad. Al tanto de la literatura que en Europa se producía sobre los indígenas americanos, participa activamente del debate sobre el origen del hombre americano y del lugar que ocupa en el contexto general de la humanidad. Sus textos americanos no son el producto de un trabajo de gabinete sino que los elabora sobre la marcha, por su iniciativa o por encargo administrativo, como es el caso del pedido que le formula el Cabildo de Asunción en 1793 de elaborar un mapa general de la región y de recopilar noticias históricas, geográficas y poblacionales de la región para que sirvan de *“Instrucción en los asuntos ocurrientes”*.¹ La respuesta de Félix de Azara es expresiva de sus intereses e intenciones: *“Recibí el oficio de V. S. el 22 de marzo en que se solicita que le franquee el mapa que he hecho de esta provincia, con otro del curso de este río hasta las reducciones de Chiquitos, como también otras noticias que cree haber recibido, todo con el fin de instruirse V. S., de transferir estas noticias á la posteridad, de ilustrar la historia pasada y futura, y de dar un laudable ejemplo y poderoso estímulo á todas las ciudades para que busquen de un modo semejante los medios de adelantar la geografía y la historia”* (Azara, 1943a: 374).

Hablar de Azara “antropólogo” o, de manera

¹Carta del Cabildo de Asunción a Félix de Azara (22 de marzo de 1793). En Félix de Azara (1943a: 373).

más precisa, “etnógrafo” implica hacer un recorte artificial, definido por nuestro interés actual, en sus actividades, ya que su obra abarca temas muy variados, en el estilo de las “Historias naturales” del siglo XVIII, donde encuentran lugar, cosas, animales, plantas y poblaciones dentro de un visión general de la realidad. Así, en 1789 está listo el manuscrito sobre las aves del Paraguay (**Apuntamientos para la historia natural de las aves de la provincia del Paraguay**), que remite a España; en 1790 termina la **Geografía física y esférica del Paraguay**; en 1793 entrega al Cabildo de Asunción el mapa de la región acompañado por la **Descripción Histórica**, como se conoce el conjunto de datos solicitado; de 1796 es el manuscrito sobre los **Cuadrúpedos del Paraguay**, enviado a su hermano José Nicolás, embajador en Francia, quien interesó a Cuvier para su traducción y publicación en Francia (1802). A estas obras, hay que añadir las elaboradas a su regreso en España en 1801, extraídas de sus manuscritos y anotaciones, entre las cuales encontramos: **Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata**; **Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones guaraníes**; **Viajes por la América Meridional**; **Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata**; y **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata**.

Considerando que la mayor parte de las referencias sobre indígenas se encuentran en dos de las obras citadas –**Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata** (1806) y **Viajes por la América Meridional** (1809)– resulta útil aclarar que se trata de dos obras con una misma estructura y hasta con textos comunes. Ambas derivan de una tercera previa: **Descripción histórica, física, política y geográfica de la provincia del Paraguay**, escrita por Azara en 1793 como complemento al mapa que le fue pedido por el Cabildo de Asunción, la que, a su vez, deriva, de alguna manera, de la **Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones guaraníes** de 1790. Copias manuscritas de la **Descripción histórica...** se encuentran actualmente en el Archivo Naval de Ma-

drid (Ms. 491), en el Archivo Histórico Nacional de Madrid (Estado, 4548), en la Biblioteca Nacional de Madrid (Colección Mata Linares, T. XXVII, ff. 161-374) y en la British Library de Londres (Colección Bauzá, ADD. 17604) (Lucena Giraldo y Barrueco Rodríguez, 1994)².

De esta manera, la escritura de Azara procede por acumulación de datos, derivados de su experiencia directa y de la búsqueda en los archivos locales, y reescrituras, tanto que las obras mayores pueden considerarse, literalmente, versiones diferentes del mismo manuscrito. Justamente, de las dos obras que más nos interesan, Lucena Giraldo y Barrueco Rodríguez (1994: 34) afirman: *“Ello nos hace pensar que Azara fue perfeccionando el manuscrito que utilizaba, y que las dos obras a que nos referimos fueron el mismo manuscrito en estadios sucesivos de elaboración, uno adaptado para la edición francesa y otro para ser publicado en España, que no vio la luz hasta 1847. Las dos diferencias más apreciables son las siguientes. En la edición española, en dos tomos, dedica uno a la Historia del Paraguay y del Río de la Plata, aspecto que en la edición francesa se reduce a sólo un capítulo. Por otra parte, ésta última, además de un atlas, incluye un capítulo sobre los cuadrúpedos y las aves, que no es más que un resumen actualizado de los Apuntamientos sobre cuadrúpedos y aves, editados en España entre 1802 y 1805”*.

A parte de los textos particulares sobre cuadrúpedos, aves y otros animales, todos los otros incluyen referencias y segmentos específicos sobre las poblaciones indígenas, española, mestiza y mulata, amén de reconstrucciones históricas de la conquista y colonización de las regiones rioplatenses y paraguayas, donde resalta su análisis y críticas de los relatos clásicos de la conquista.

Su interés político y social le impone una reflexión sobre el estado de las diferentes provincias, de la población del campo y de las ciudades, no escatimando sugerencias para impulsar los cambios que, según su apreciación, se necesitaban para lle-

²Para nuestro estudio, utilizamos las siguientes ediciones de las obras de Azara (1943a, 1969). Sin embargo, considerando que la edición de Espasa-Calpe del **Viaje** es una traducción del original editado en francés en 1808, que no conocemos, preferimos, salvo en casos específicos, utilizar el texto de la **Descripción** para nuestras citas documentales.

var adelante la sociedad local, de manera coordinada al desarrollo de la Península. En este sentido, en ningún momento Azara deja de pensar a la Península y a las colonias americanas como una unidad, un sistema articulado e interdependiente. Ver, en este sentido, sus sugerencias para bloquear la avanzada lusitana en la zona fronteriza de las misiones jesuitas. Precisamente la reflexión que elabora sobre las misiones jesuitas después de su expulsión³, lleva Azara al análisis de los métodos misioneros, el régimen de “comunidad” de los indígenas” y, claro está, las medidas necesarias para integrar a esos indígenas a la “civilización”, compromiso nunca puesto en duda, aunque sus sugerencias no coincidía con las de otros funcionarios, como las del marqués de Avilés sobre la libertad de los indios (Azara, 1943c).

Resulta interesante anotar que la actividad de investigación y escritura de Azara deriva, sobre todo, del fracaso de la expedición de límites, lo que le impuso, primero, una redefinición de su mandato oficial orientándolo hacia una actividad poblacionista de la frontera y, segundo, le permitió desplegar un afán investigativo que lo lleva a recopilar datos sobre los territorios, los animales, la flora y la población indígena sin descanso. Como escribe Manuel Lucena Giraldo (1997: 108): “La postura tomada por el reiteradamente mencionado Félix de Azara fue, sin duda, la más llamativa. Ante la evidente imposibilidad de llevar a cabo los trabajos encomendados, decidió ocupar el tiempo viajando, observando y dedicándose a estudios naturalistas y cartográficos”.

Si consideramos que en varias ocasiones solicitó su regreso a España, sin conseguirlo, sale espontánea la asociación con uno de los padres de la antropología moderna, Bronislaw Malinowski, quien, un siglo después, varado en las islas Trobiand a causa de la guerra entre Gran Bretaña y Alemania, terminó fundando el trabajo de campo etnográfico y redefiniendo la disciplina antropológica.

2. La mirada de Azara: saber, método e intenciones investigativas

Estudios universitarios, pero en la provincia de Huesca, y estudios de ingeniería en Barcelona,

dan a nuestro funcionario una cultura técnica con apertura hacia campos afines, como la matemática, pero aplicada directamente a solución de problemas prácticos de la construcción, y la geografía, sobre todo en la vertiente ambiental, la que utilizó para las obras de hidráulica para el desagüe de los ríos Jarama y Henares en 1769. Las repetidas afirmaciones del mismo Azara de que las nuevas tierras le eran desconocidas hasta su llegada al continente americano pueden ser consideradas bastante inherente a su realidad, aunque cabe la duda si este énfasis no será un recurso retórico para resaltar los productos de sus observaciones. Véase la referencia (Azara, 1969: 48): “*Encontrándome en un país inmenso, que me parecía desconocido, ignorando casi siempre lo que pasaba en Europa, desprovisto de libros y de conversaciones agradables e instructivas, no podía apenas ocuparme más que de los objetos que me presentaba la Naturaleza. Me encontré, pues, casi forzado a observarla, y veía a cada paso seres que fijaban mi atención porque me parecían nuevos. Creí conveniente y hasta necesario tomar nota de mis observaciones, así como de las reflexiones que me sugerían; pero me contenía la desconfianza que me inspiraba la ignorancia, creyendo que los objetos que ella me descubría como nuevos habían ya sido completamente descritos por los historiadores, los viajeros y los naturistas de América. Por otra parte, no se me ocultaba que un hombre aislado como yo, rendido de fatiga, ocupado con la geografía y otros objetos indispensables, se encontraba en la imposibilidad de descubrir bien objetos tan numerosos y variados. No obstante, me determiné a observar todo lo que me permitieran mi capacidad, el tiempo y las circunstancias, tomando nota de todo y suspendiendo la publicación de mis observaciones hasta que me viera desembarazado de mis ocupaciones principales*”.

Parece así evidente la conciencia de Azara de no haber tenido los soportes teóricos para enfrentar su tarea, pero, por otro lado, estas afirmaciones demuestran también la construcción de una imagen de sí “*autodidacta*” que, sin desmerecer sus logros, no coincide completamente con los hechos. Evidentemente, el Azara que llega a América no es un “*naturalista*” ni un experto de poblaciones ame-

³Ver, por ejemplo, Azara (1943b).

ricanas, aunque la circulación de relatos y crónicas sobre asuntos americanos no debió serle completamente ajena. A falta de datos sobre sus lecturas antes del viaje a América, lo único que nos queda es inferir posibilidades sobre la base, por ejemplo, de la Biblioteca de la Real Academia de Matemática de Barcelona, una de las mejores de la España ilustrada, que probablemente Azara frecuentó en su fase formativa. Esta biblioteca, según el inventario realizado por Miguel Sánchez Taramaz en 1790, citado por Horacio Capel (1990: 273), contenía 750 obras en 2.030 volúmenes, entre las cuales se encontraban textos de matemáticas, ingeniería militar, cosmografía, geografía y náutica. Sin embargo, *“eran escasos los libros de viaje aunque no faltaban 15 volúmenes del gran compendio de Prevost, y algunos viajes editados en España (Jorge Juan y Ulloa, o Byron en la edición de Casimiro Ortega)”* (Capel, 1990: 274). Escasas y casi ausentes las obras de argumento americano, aunque no resultaría extraña la posibilidad de circulación de textos como el de Antonio Pineda, influido precisamente por las **Noticias Americanas** (1772) de Antonio Ulloa: **Entretención Física Histórica sobre la América Meridional y la Septentrional Oriental. Comparación General de los Territorios, Climas y Producciones en las tres especies, Vegetales, Animales y Minerales: con relación particular de las Petrificaciones de los Cuerpos Marinos, de los Indios naturales de aquellos Países, sus costumbres y usos; de las Antigüedades; Discursos sobre la Lengua y sobre todo el modo que pasaron los primeros Pobladores**. Citamos el libro de Pineda, no por tener datos sobre su conocimiento por parte de Azara, sino por mostrar el *“cuadro del mundo”* del cual era partícipe, sobre todo si consideramos sus observaciones y textos americanos. En la misma dirección iba el **Cuestionario para la formación del completo conocimiento de la geografía, física, mineralogía y metalurgia de este Reino de Nueva España e instrucción sobre el modo de formarlas**, de Ulloa (1777), que contenía 58 preguntas sobre temas geográficos y poblacionales (Capel, 1995).

De la misma manera, conocía la existencia de las obras de Buffon y su importancia para el trabajo que estaba realizando en América, tanto que pidió una copia a España de las obras del francés, las que

recibió en Buenos Aires en 1796. En este sentido, si la mirada de Azara al descubrir el mundo americano está en gran parte mediatizada solamente por su cultura general y sus estudios barceloneses; el Azara que escribe sus obras mayores está perfectamente al tanto de la polémica sobre el mundo americano producida por las ideas de Buffon y De Pauw y usa lo que ha leído para comparar, aceptar otras contribuciones o alejarse de ellas (Gerbi, 1982: 385). Es precisamente el caso de las referencias a Buffon que, de manera explícitamente humilde, intenta enmendar, así como no duda en utilizar las clasificaciones de este pensador para organizar su material sobre los cuadrúpedos del Paraguay, pero rechazando su teoría del fijismo de las especies.

Por otro lado, despliega una búsqueda incesante sobre los antecedentes históricos de la región que estudia, demostrando precisamente lo que ya hemos afirmado: el Azara que escribe es un autor informado de la historia americana, y de esto llega casi a jactarse en diferentes partes de su obra. En la **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata** (1801), por ejemplo, escribe en el *incipit* del texto: *“El haber viajado por todos los campos, parroquias y frontera del Sur del citado río, y por gran parte de las campañas del Norte, por la frontera del Brasil, y por las provincias del Paraguay, Misiones y Corrientes: el haber hecho un mapa, y el haber leído todas las historias impresas y manuscritas del país, como igualmente multitud de papeles antiguos y modernos, me pusieron en disposición de escribir una historia y descripción críticas del Paraguay y del Río de la Plata”* (Azara, 1973c; 1973e).

De esta manera, Azara intenta producir un *“efecto de verdad”* recurriendo a tres de los topos clásicos de la literatura de viaje y, de manera más específica, de la antropología: demostrar de *“haber estado allí”*, *shifter testimonial* ampliamente utilizado por los antropólogos de campo, como ha bien subrayado Clifford Geertz (1988); haber recopilado testimonios orales de las poblaciones locales y, finalmente, señalar de manera explícita el uso de fuentes históricas y documental para dar sentido y valor a sus observaciones y opiniones:

Para el primer tope: *“En cuanto a los hechos, pueden estar seguros de que no hay nada de exa-*

geración y de conjeturas y que no digo nada que no haya visto y que todo el mundo no pueda comprobar por sus propias observaciones o por las noticias que le den los habitantes del país” (Azara, 1943d: 48).

Para el segundo y tercer topos: “No he querido tampoco omitir enteramente la historia de las noticias que yo he adquirido en el país, no sólo consultando sobre el terreno las antiguas tradiciones, sino también por la lectura de una gran parte de los archivos civiles de Asunción, de algunos de los papeles de Buenos Aires, de Corrientes, de Santa Fe, y de todas las antiguas memorias de las colonias y de las parroquias. Estas piezas originales y el conocimiento de los lugares y de los indios que los habitan me han permitido corregir muchos errores en que cayeron Álar Núñez Cabeza de Vaca, Antonio Herrera, Ulderic Schmidels, Martín del Barco Centenera, Ruy Díaz de Guzmán, así como los jesuitas Lozano y Guevara” (Azara, 1943d: 48).

Sobre este último tema, Azara reitera su utilización de los archivos como fundamento para cualquier descripción fehaciente del pasado, hasta casi teorizarla, dedicándose al cotejo de la documentación para conseguir relatos “verdaderos”.

Por lo que se refiere al método de trabajo de campo, nuestro investigador proclama explícitamente la necesidad de la observación directa de cosa y hechos, lo que constituye la diferencia que quiere redundar con los *escribidores* de profesión, sentados en sus gabinetes en Europa. Sin embargo, se apresura a advertir que no hablará en su obra de los problemas que ha tenido en realizar sus observaciones, ni de las envidias o los gastos “*porque todas estas cosas no pueden aumentar el valor de mi obra ni interesar a nadie*” (Azara, 1943d: 43). En este contexto, vale la pena dar un ejemplo del estilo de Azara en redactar su notas de campo. Se trata de las anotaciones sobre el pueblo de Caazapá, contenido en su **Diario de la navegación y reconocimiento del río Tebicuarí**, publicado en Buenos Aires en 1836. “*El pueblo de Caazapá está perfectamente situado, en una loma que domina una dilatada campiña: tiene 4 cuadras de largo y otras tantas de ancho, fabricadas de ladrillo y cubiertas de teja, con sus corredores a la calle, sobre pilares del mismo material para resguardo del sol. La iglesia está*

en medio de la plaza; es de mala fábrica, y se está arruinando. Se trata de hacer otra nueva, luego que el tiempo presente oportunidad para ello.

La antigüedad de este pueblo se ignora, porque ni se conserva documento justificativo de su fundación, ni menos tradición alguna: únicamente se pudiera saber por los libros parroquiales, pero estos no tienen principio ni fin. Se sabe que el venerable Fray Luis de Bolaños fue uno de los primeros conquistadores espirituales, y que los religiosos franciscanos anunciaron el evangelio a estos indios.

Los indios tienen sus chacaras particulares inmediatas al pueblo, además de las del común, y en todas hay abundancia de naranjos dulces. Cosechan en ellas maíz, porotos, habas, mandioca, caña, etc.” (Azara et al, 1836a: 14).

La modernidad de Azara, por lo menos para el pensamiento antropológico, se expresa también en el ámbito interpretativo, relativizando sus mismas “deducciones”, las que pretende fundadas en los hechos y, si fuera el caso, hasta está dispuesto a desecharlas si otros hechos, propuestos por otros autores, lo convencen del contrario. Así que, no es su palabra lo que vale, sino los hechos que alega para demostrar su verdad, aunque evidentemente esos “hechos” son *construïdos* por él e interpretados según su horizonte teórico. Por esto, utiliza en su escritura un estilo contrapuntístico, donde a las afirmaciones tajantes siguen o se asocian otras dubitativas o, mejor, hipotéticas: “*El objeto que me he propuesto en esta crítica no ha sido decidir ni pretender ser creïdo bajo mi palabra, sobre todo cuando empleo estos términos: yo sospecho, yo me inclino a creer, yo creo, etc., porque todas estas expresiones no tienen nada de afirmativo. Cuando yo quiero afirmar digo esto es. No he tenido intención de lastimar a nadie; he querido sólo destruir errores, despertar la atención de los sabios y excitarlos a esclarecer la verdad consultando a los autores*” (Azara, 1943e: 131).

Finalmente, por lo que se refiere a la escritura, los textos se presentan generalmente como demostrativos de una hipótesis de trabajo que el autor pone a prueba, abundando en los datos que demuestren la validez de sus interpretaciones. Vale sobre todo lo anterior para los textos más explícitamente políticos, mientras que los más descriptivos terminan siendo

una sucesión de temas, uno tras el otro, organizados según su lógica de la organización de la realidad, sobre todo social. De hecho, es el mismo Azara quien nos ilumina sobre su estilo cuando afirma: *“Siempre he procurado evitar el estilo de novela, es decir, ocuparme más de las palabras que de las cosas. Igualmente he tenido cuidado de no exagerar ni la magnitud, ni la pequeñez ni la rareza de los objetos y emplear siempre la expresión conveniente a la medida real de cada cosa, tal como la he visto y la concibo”* (Azara, 1943d: 52).

Claro está que, dos siglos después de Azara y tamizados por el discurso foucaultiano, eso de que las cosas prevalecen sobre las palabras resulta un poco duro a nuestro sentir. Pero el positivismo estaba todavía por venir y con él su crisis postmoderna.

3. Los indígenas de Azara

La antropología contemporánea ha delimitado como objeto de estudio las pequeñas sociedades extra-occidentales, elaborándose la mayoría de los estudios precisamente en aquellas zonas del planeta donde más importante y profunda ha sido la acción de conquista y colonización por parte de los países europeos. En el caso de América del Sur, son precisamente los antecedentes coloniales españoles los que le sirven de referente para la delimitación del indio americano como “objeto” que es necesario estudiar y explicar: desde su existencia en el contexto general de la humanidad, es decir el “problema del origen”, como su manera de ser y actuar, sus fantasías y leyes y, finalmente, su utilidad. Son éstos precisamente los temas que interesan a Félix de Azara y sobre los cuales recoge observaciones y, sobre todo, insinúa hipótesis y explicaciones.

Como ya dijimos, los datos más abundantes sobre los indígenas están contenidos en las obras **Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata** (1806) y **Viajes por la América Meridional** (1809), donde se encuentran diferentes versiones de las descripciones de los pueblos indígenas reseñados por Azara, comenzando precisamente por el título mismo del capítulo X (en ambas obras coincide el número del capítulo), que se titula “**Indios pampas**”, en la **Descripción**, y “**De los indios salvajes**”, en los **Viajes**. Sin embargo, considerando que en este

capítulo hay un apartado específico sobre los indios pampas, resulta más coherente con el contenido la segunda versión del título. También, hay que considerar que los **Viajes** fueron redactados después de la **Descripción**, además de tener en cuenta la atención que Azara ponía en los nombres. Véase, por ejemplo, el caso de los indios lenguas: *“Esta nación se denomina a sí misma Juiadgé; los payaguás la llaman Cadalú, los machicuis Quiesmagpipó, los enimagas Cochboth, los tobas y otros Cocoloth y los españoles Lengua”* (Azara, 1943e: 151-152).

El problema de los nombres generales plantea de antemano la pregunta inherente a la misma existencia de los indígenas americanos: ¿Quiénes eran los indios para Azara? La respuesta está contenida en el primer párrafo del capítulo dedicado a los indígenas: *“la parte principal y más interesante de América”*. Véase la referencia: *“Aunque el hombre sea incomprendible y más el indio silvestre, porque no escribe, habla muy poco en idioma desconocido, al que tal vez faltan cien veces más voces de las que tiene, y porque no opera sino lo que le ordenan las pocas necesidades que experimenta: con todo como el indio por más bárbaro que sea, es la parte principal y más interesante de América, creo deber poner aquí algunas observaciones que hice sobre bastantes naciones de indios silvestres o libres que no están, ni jamás han estado sujetas a los españoles, ni a ningún imperio. No seré difuso por no fastidiar, y me limitaré a lo que permiten mi poco talento y menor perspicacia”* (Azara, 1943e: 99).

No hay incertidumbre sobre su “*barbaridad*” y menos sobre su “*salvajismo*”, pero no le cabe duda de que se trata de seres humanos, con lenguas y culturas, diferentes de la imagen y número que han sido consignados por cronistas y conquistadores: para el número, sugiere que fue aumentado para redundar más la gloria de los conquistadores; mientras para la imagen, niega resolutamente que se tratara de caníbales. De hecho, intentará demostrar la humanidad de los indios a lo largo del texto cuando opinará sobre unigénesis o poligénesis, precisamente en relación con el poblamiento del continente americano. Hay más: le reconoce un estatus de “*nación*”, pero claro no en el sentido del estado-nación que estaba por venir, ni del imperio español, sino como “*cualquiera congregación de indios que*

tengan el mismo espíritu, formas y costumbres, con idioma propio tan diferente de los conocidos por allá, como el español del alemán. No haré caso de que la nación se componga de muchos o pocos individuos; porque esto no es carácter nacional” (Azara, 1943e: 100). Es importante anotar una pequeña variación de esta definición de la **Descripción** en el texto de los **Viajes**: *“llamaré nación a toda reunión de indios que se considere ellos mismos como formando una sola y misma nación, y que tienen el mismo espíritu, las mismas formas, las mismas costumbres y la misma lengua”* (Azara, 1943g: 187).

La variación nos parece muy importante, sobre todo si la consideramos a la luz del posterior debate sobre “áreas culturales”, es decir de los criterios para definir la expansión territorial de una sociedad indígena y sus fronteras. Generalmente y hasta hace poco se utilizaban elementos diacríticos, como las vestimentas o las armas, sin considerar demasiado el movimiento de propagación de estos elementos en grandes regiones a través de los intercambios. De allí que, gracias también a la presión de las nuevas organizaciones indígenas, cada vez más se añade los elementos étnicos a los etnográficos, es decir, la conciencia de la diferencia de los mismos actores indígenas para definir su sociedad (Amodio, 2002). En este sentido, si se cotejan las dos definiciones de Azara con las de “grupo étnico”, en sentido antropológico, resulta evidente no sólo su capacidad de percibir realidades socialmente ajenas, sino también la de proponer definiciones y categorías de gran utilidad y agudeza. De hecho, frente a la percepción española dominante, que veía a los indios como todos iguales y todos bárbaros, Azara utiliza su definición para diferenciarlos de los españoles y entre ellos, sobre todo a partir de las diferencias lingüísticas que no duda en comparar con las que existen entre el español y el alemán, homologando así implícitamente los unos con los otros.

De estas naciones, Azara contabiliza treinta y ocho, entre grupos mayores y menores, añadiendo que por lo menos sabe de la existencia de otros seis en el Occidente de la pampa, seis en el Mediodía, hacia el cabo de Hornos y otro ocho en las provincias de Chiquitos y Moxos, como el mismo afirma al final del capítulo X de la **Descripción** (Azara, 1943a: 163). De esta manera, lista cincuenta y ocho grupos

diferentes, a partir sobre todo de su percepción de las diferencias lingüísticas, aunque es evidente, por las descripciones, que en algunos casos se trata de sub-grupos con variaciones lingüísticas dialectales pero perteneciente a una misma “nación” (grupo étnico, diríamos hoy). De los treinta y ocho grupo consigna datos etnográficos, desde la manera de vestir, de hacer la guerra y de comer, hasta sus creencias y ritualidad. A estos datos culturales, añade en algunos casos también datos históricos, recolectados en los archivos y, también, de la viva voz de los mismos indígenas, por ejemplo indicando con cual grupo en el pasado habían guerreado o con quienes habían tenido alianza o amistad. De esta manera, nos presenta un panorama étnico complejo, de unos grupos integrados en un sistema regional de relaciones interétnicas, basados tanto en el intercambio de productos como en las alianzas y en las guerras.

De todos los grupos descritos, nos parece que seis llaman más su atención, tanto por su número poblacional como por la importancia regional que tienen, sobre todo por lo que se refiere a las relaciones con los españoles. Estos son: charrúa, pampas, guaraní, guanás, albayás y payaguás, de los cuales los que más se destacan en el texto de Azara son los primeros, es decir, los indios charrúa, sobre todo por el papel que jugaron en los enfrentamientos con los españoles: mataron, por ejemplo, a Juan Díaz de Solís, cuando éste intentaba la primera conquista del Río de la Plata, lo que comenzó una guerra *“que aun dura hoy sin haber tenido tregua”* (Azara, 1943a: 100). De esta manera, es la belicosidad la característica que atrae más su atención y a ella dedica casi la mitad de la descripción, aportando datos sobre sus armas y su estrategia bélica, resaltando que todavía poco se han integrado a las misiones, a parte algunos pequeños grupos, mientras que la mayoría continúa *“la guerra a sangre y fuego a veces a portugueses y siempre a los españoles”* (Azara, 1943a: 101). Esta capacidad bélica deriva también de su prestancia física: *“Regulo la estatura media de los Charrúas una pulgada superior a la española; pero los individuos son más igualados, derechos y bien proporcionados, sin que entre ellos haya contrahecho o defectuoso, ni que peque en gordo ni en flaco. Son altivos, soberbios y feroces; llevan la cabeza derecha, la frente erguida, y la fisonomía despejada. Su color se acerca tanto o más al negro que al blan-*

co, participando poco de lo rojo. Las facciones de la cara varoniles y regulares...” (Azara, 1943a: 104).

Junto con la guerra, hay temas de la vida cotidiana que le llaman fuertemente la atención, describiendo usos y costumbres las más variadas. Veamos una muestra: Ornamentas rituales de los Charrúas: *“Los varones no se adornan con pinturas ni las mujeres usan sortijas, arracadas ni adornos, pero el día que aparece la primera menstruación, las pintan tres rayas azules oscuras: la una cae verticalmente por la frente desde el cabello a la punta de la nariz siguiendo el caballete de esta, y las otros dos una al través de cada sien. Estas rayas son indelebiles; porque las ponen picando la piel y poniendo arcilla negrizca. A pocos días de haber nacido un varón charrúa, le agujerea la madre el labio inferior de parte a parte a la raíz de los dientes, y en el agujero le introduce la insignia viril que es el barbote, que no se quita en toda la vida ni para dormir, sino para poner otro si se rompe”* (Azara, 1943a: 104-105).

Trajes de los Charrúas: *“Nadie cubre la cabeza y los varones van totalmente desnudos sin ocultar nada; pero para abrigarse cuando hace mucho frío, suelen tener una camiseta muy estrecha de pieles sin mangas ni cuello, que no siempre llega a cubrir el sexo. Los que en la guerra han pillado un poncho o sombrero se sirven de este contra el sol muy ardiente y de aquel en vez de la camiseta. El poncho es un pedazo de tela muy ordinario de lana, ancho como siete palmos, largo diez con una raja en medio por la que sacan la cabeza”* (Azara, 1943a: 105-106).

Matrimonio y amor de los Charrúas y otros grupos: *“No hay un charrúa ni de otra nación celibato, y se casan luego que advierten la necesidad de este enlace. Como son silenciosos y no conocen riquezas, jerarquías, bailes, lujo, adornos ni otras cosas que entran en la galantería, los negocios del amor se determinan entre ellos cuasi con la frialdad que entre nosotros el ir a la comedia. Se reduce, pues el matrimonio a pedir la novia a sus padres, y a llevársela con su beneplácito, porque nunca se niega la mujer a esto, y se casa siempre con el primero que la pide, aunque sea feo o viejo el pretendiente”* (Azara, 1943a: 106-107).

No se trata de descripciones genéricas, sino articuladas en temas específicos, de los cuales intenta articular los datos en conjuntos coherentes, de claro corte etnográfico. No juzga, sino que compara, como en el caso del matrimonio, cuando define la actitud de los charrúas como la de los españoles que van a la “comedia” para resaltar que no se trata de un evento en los que intervienen emociones particulares, marcando la transacciones que se dan entre el pretendiente y los padres, sin que la esposa pueda opinar. Es interesante la causa que abduce para este comportamiento, sobresaliendo una concepción particular de las determinantes culturales, enlazadas en un sistema donde el “carácter” define tanto los usos matrimoniales como la tendencia a los “bailes” y al “lujo”. Precisamente la referencia a la falta de “lujo”, diríamos apreciativa, deja entrever la posición fisiocrática de Azara, es decir, no se trata de una valoración de tipo moral sino económica, coherente con la polémica europea contra el lujo, de la cual se hicieron eco no solamente autores como Campomanes, en su **Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento** (Campomanes, 1978: 178), sino hasta ordenanzas sobre la importaciones en la Península y en la Colonias americanas de bienes de “lujo” (Feo Parrondo, 2002). Precisamente de la descripción de los pueblos indígenas, se percibe esta posición fisiócrata de Azara cuyo significado, no es demás recordarlo, era precisamente “*Gobierno de la naturaleza*”, que le sirve de referencia, por ejemplo, cuando tiene que opinar sobre las misiones jesuitas y su sistema comunitario de propiedad, optando por la entrega de pequeñas porciones de tierra que cada familia pondría a producir, siendo para los fisiócratas, precisamente los productos agrícolas, la verdadera fuente de riqueza de una nación.

De esta manera, sobre todo en el caso de los charrúas, Azara desarrolla una descripción de la vida social indígena de tipo estoico, lo que es completamente coherente con sus pensamiento económico y político. Véase la siguiente descripción de la vida de estos indígenas: *“No tienen juegos, bailes, cantares ni instrumentos músicos, tertulias ni conversaciones ociosas; y les es tan desconocida la amistad particular, como que nunca se avienen dos para cazar, ni para otra cosa, que para la común defensa. Su semblante es inalterable, y tan formal que jamás*



manifiesta las pasiones del ánimo. Su risa se limita a separar un poco los ángulos de la boca, sin dar la menor carcajada. La voz nunca es gruesa ni sonora, y hablan siempre muy bajo, sin gritar aun para quejarse si los matan: de manera que si camina unos diez pasos delante, no le llama el que le necesita, sino que va a alcanzarle” (Azara, 1943a: 106).

No cabe duda que se trata de una imagen idealizada de los indígenas, lo que tal vez nos da una idea de su mismo ideal de vida, donde los indígenas asumen la función de “pantalla” en la cual proyectar sus aspiraciones. La referencia a “la amistad particular” debe probablemente ser entendida en uno de los sentidos que la edición del **Diccionario de Autoridades** de 1770 da al lema “*amistad*” (no reportada en la primera edición de los años treinta): “*Según la costumbre de España, hay otra amistad, que los fijosdalgo pusieron entre sí, que no se deshonrarían, ni harían mal unos á otros, á menos de tornarse la amistad, y desafiarse primeramente*” (registrado como “*antiq.*”). De cualquier manera, el sentido puede ser ambiguo, aunque si Azara hubiera querido referirse a prácticas homosexuales, lo habría hecho sin problema como, de hecho, lo hace cuando se refiere a los indios guanás, de quien dice que “*Los varones se casan más tarde, no son tan puercos, se adornan y pintan algo más que en las otras naciones. Pasan por sodomitas; es frecuente robarse las mujeres y escaparse con ellas: apalean los maridos al adúltero, no a la adúltera*” (Azara, 1943e: 135). Esta referencia a la sodomía desaparece en el texto de los **Viajes** (Azara, 1969: 216).

Otro tema sobre el cual consigna observaciones interesantes se refiere a la educación de los niños indígenas y a los que podríamos llamar hoy “pautas de crianza”. Particularmente, refiere de la falta de imposición de los padres sobre los hijos, sobre todo en el caso de los charrúas, —*nada mandan, enseñan ni prohíben a sus hijos*—, mientras que los hijos, por su parte, no tienen particular respeto para con sus padres (Azara, 1943e: 108). Sin embargo, de los indios Minuanes afirma que “*Tienen de muy singular el que los padres solo cuidan de los hijos hasta desmamarlos. Entonces los entregan a algún pariente casado o casada, sin volverlos a admitir en su casa ni tratarlos como hijos*” (Azara, 1943e: 112).

Las enfermedades y el estado de salud también le llaman la atención, afirmando que no ha encontrado indígenas con “*gálico*”, lo que era común entre los españoles, y que le parece que viven más que estos. Sin embargo, aunque percibe que son más saludables que los españoles, registra que “*tienen sus médicos*”, lo que, en el caso de los charrúas, “*a toda especie de enfermedades aplican el mismo remedio, que es chupar con mucha fuerza el estómago del paciente, persuadiendo que así extraen los males para que les gratifiquen*” (Azara, 1943e: 109). A partir de las observaciones de los indígenas que tienen contacto permanente con los charrúas, llega a la conclusión que han sido influenciados por éstos también en las prácticas médicas, como es el caso de los indios Minuanes, aunque nota algunas diferencias, como es entre estos la presencia de mujeres curadoras (Azara, 1943e: 112). No parece haber una percepción del valor ritual de estas curaciones chamánicas, de allí que la observación de Azara atañe solamente al aspecto material de la misma, la que considera una “*farándula*” (Azara, 1943e: 112). Sin embargo, en el caso de los indios payaguás, anota que en el caso que el enfermo pague bien, el médico se explaya en un “*aparato extraordinario*”, es decir, realiza largas ceremonias que incluyen el uso del tabaco, el recurso a espíritus, danzas rituales y, nuevamente, “*soba un rato con la mano el estómago del doliente, y se lo chupa con vehemencia extraordinaria, escupiendo en la mano y haciendo ver alguna espina, piedrezuela o sangre que anticipadamente puso en la boca para que crean que la sacó chupando*” (Azara, 1943e: 149), lo que implica una clara crítica a los “*trucos*” utilizados por estos “*profesionales*”: “*Los médicos de todas aquellas naciones, han logrado persuadirlas, o a lo menos hacerlas dudar que ninguno moriría si ellos quisiesen curarles: así son siempre médicos los que saben persuadir que tienen esta habilidad*” (Azara, 1943e: 148).

Finalmente, para completar este vistazo a la capacidad etnográfica de Azara, una última referencia debe ser consignada a sus observaciones sobre los sistemas políticos indígenas. Veamos una primera referencia, entre otras, sobre los indios pampas: “*Aunque los caciques o capitanes pampas heredan de su padre este empleo o dignidad, la pierden también si los indios encuentran otro que les de pruebas de mayor talento, astucia y coraje. Por esto suelen*

hacer lo que el cacique les propone relativo a su seguridad, sin sufrir jamás que exija de ellos servicio ni tributo alguno, ni que los mande, reprenda ni castigue. Cada cacique vive aparte con los que le reconocen, y a este conjunto del cacique y su gente, llaman parcialidad de indios, aunque a veces se compone de dos o más caciques y sus gentes. Se separan hasta cincuenta y más leguas los de la misma nación; pero se visitan de tanto en tanto, y se juntan para hacer la guerra y para lo que es cosa común” (Azara, 1943e: 117).

Es sabido que al comienzo de la conquista a las sociedades indígenas americanas los españoles tuvieron problemas en la percepción de los sistemas políticos indígenas, por lo menos hasta que llegaron a las regiones mexicanas y peruanas, donde las sociedades locales presentaban organizaciones políticas y administrativas complejas. De cualquier manera, ya en los primeros años de la conquista de las islas del mar Caribe y de la Tierra firme, habían identificado figuras especiales con ascendentes sobre los demás: los caciques, palabra taino, y de allí el mismo término “cacicazgo”, que continuará utilizándose a lo largo de la época colonial también para realidades étnicas de regiones lejanas de las regiones antillanas, como puede verse en la referencia en el texto de Azara. Cabe aquí anotar que, en el afán de tener interlocutores, los conquistadores confundieron dos figuras diferentes: el jefe de una familia extendida y el jefe de diferentes familia extendidas con base territoriales (los cacicazgos). Nos parece que en el caso de los indígenas pampas vale la primera acepción, de allí la posibilidad de juntarse varios caciques y sus gentes en alianzas de guerras o para intercambios. La misma acepción parece valer también en el caso de los guaraníes, aunque la estructura clánica de este grupo amplía el poder del cacique a toda una comunidad: “Cada pueblo se dirige por una asamblea igual a la citada en el núm. 20 en la que suele adoptarse el dictamen del cacique, si este es reputado por sagaz y valiente. El cacicazgo es una especie de dignidad hereditaria como nuestros mayorazgos, pero muy singular porque el que la posee no difiere de los demás indios en casa, vestido, ni insignia; ni exige tributo, respeto, servicio, ni subordinación, y se ve precisado a hacer lo que todos para vivir. Tampoco manda en la guerra, y si es tonto le dejan y toman otro” (Azara, 1943e: 123).

Aunque Azara equipara el cargo de cacique al del mayorazgo español, son evidentes las diferencias, sobre todo por lo que se refiere al poder real que estas figuras detenían. De hecho, el mismo Azara anota que se trata de una figura “muy singular” ya que no detenta ni insignias del cargo ni poder real. En la actualidad, gracias a la obra de Pierre Clastres, sabemos que la descripción de Azara no solamente es fehaciente sino que, además, demuestra haber identificado los núcleos centrales de una institución que ha producido desconcierto entre los mismos antropólogos contemporáneos. La cuestión está planteada de la siguiente manera, en palabras de Pierre Clastres: “Es cierto que más de una vez los propios etnólogos se han visto en un aprieto cuando se trataba no ya de comprender sino simplemente de describir esta exótica particularidad de las sociedades primitivas: aquellos que llamamos líderes están desprovistos de todo poder, la jefatura se instituye exteriormente al ejercicio del poder político. Funcionalmente esto parece un absurdo: ¿cómo pensar en la disyunción jefatura y poder? ¿Para qué sirven los jefes si les falta el atributo esencial que hace de ellos justamente jefes, o sea, la posibilidad de ejercer el poder sobre la comunidad? En realidad, que el jefe salvaje no detente el poder de mandar no significa que no sirva para nada: por el contrario, ha sido investido por la sociedad con un cierto número de tareas y en este sentido se podría ver en él a una especie de funcionario (no remunerado) de la sociedad. ¿Qué hace un jefe sin poder? Se le ha encargado, en última instancia, de ocuparse y asumir la voluntad de la sociedad de aparecer como una totalidad única, es decir, el esfuerzo concentrado, deliberado, de la comunidad con vista a afirmar su especificidad, su autonomía, su independencia en relación con otras comunidades. En otras palabras, el líder primitivo es principalmente el hombre que habla en nombre de la sociedad cuando las circunstancias y acontecimientos la ponen en relación con otras sociedades” (Clastres, 1987: 112-113).

4. Intereses y perspectiva de la antropología de Azara

Para cada pueblo indígena, Azara consigna los datos que conoce, tanto por experiencia directa como a través de intermediarios, de allí que en algunos casos se trata de cortas descripciones, mientras



que en otros consigna suficientes datos para que el lector pueda percibir la complejidad de la sociedad descrita y, también, su diferencia con las sociedades europeas. Por esto, algunas de las descripciones –las de los charrúas y de los pampas, por ejemplo– pueden considerarse pequeñas monografías etnográficas y, en algunos casos, con interpretaciones de tipo etnológico. Los intereses etnográficos de Azara se dirigen a temas muy diferentes, pero definidos implícitamente por cinco aspectos principales que nos parece importante enunciar:

1. Estilo de vida, sobre todo en los que concierne la relación con la naturaleza, es decir, constitución física, sistemas productivos y dietas, entre otros aspectos;

2. Sistema político, identificando sobre todo la existencia de jefes y sus relaciones con los demás, el tipo de cargo, duración y eficacia;

3. Relaciones interétnicas, identificando alianzas y enemistad entre los diferentes grupos;

4. Estética, anotando los estilos de llevar el cabello, pinturas corporales con valor ritual, trajes y ornamentas, entre otros;

5. Estado del contacto y relaciones con los europeos, tanto españoles como lusitanos, sobre todo en el caso del los guaraníes.

No cabe duda que la percepción etnográfica de Azara se fue desarrollando con la frecuentación de los pueblos que describe, así como fue creciendo su conciencia del papel que habían desempeñado esos grupos humanos en la conquista y del que podían desempeñar en la estructuración de la colonia. Sin embargo, aun convencido de la necesidad de integrar esas poblaciones al mundo español local, debe concluir que después de años de contacto y hasta de convivencia, en pueblos españoles o en misiones religiosas, los indígenas continuaban manteniendo su diferencia cultural, tanto que afirma tajantemente al final de su descripción, cuando propone algunas reflexiones generales acerca de esas poblaciones: “Se observa que aquellas naciones conservan por tradición y sin alteración sus vestidos y todas sus costumbres, con tal tenacidad, que a lo menos no

las han mudado poco ni mucho en los tres últimos siglos, aun los que han nacido y vivido cincuenta años en la misma capital del Paraguay con los españoles” (Azara, 1943e: 161-162).

De cualquier manera, da cuenta también de los cambios culturales para casi todos los grupos indígenas en contacto con los españoles: en un caso, le llama la atención el uso de los ponchos de tela española, en otros las armas, entre otros aspectos de la vida cotidiana que han sido influidos por la cultura española local, expresando así niveles diferente de “*sincretismo cultural*”. Sobre estos temas, hay en Azara una fluctuación entre su afirmación de la necesidad de integrar a los indígenas al mundo español colonial y su consideración negativa del éxito de esta acción, sobre todo por la resistencia que oponen a abandonar sus prácticas culturales. Véase, por ejemplo, la siguiente afirmación: “*Entre las muchas cosas comunes a todas o casi todas mis naciones, hay algunas que pueden considerarse como peculiares suyas, y otras como tomadas del hombre europeo. Las primeras son las crueldades extravagantes en sus grandes fiestas, en sus duelos, en poner el barbote y en agrandar tan enormemente sus orejas. Ellos no dan razón ni saben el objeto ni el motivo de tales cosas, y yo estoy tan lejos de adivinarlo, como que si no las hubiese visto practicar, me parecería imposible pudieran ocurrir a nadie tales barbaridades, ni aun un motivo para hacerlas*” (Azara, 1943e: 162).

Observa que sus culturas no se han mantenido impermeables a la influencia de los europeos, “*tomando*”, es el término que utiliza, elementos productivos y bélicos, tales como la cría del ganado o el uso de las armas, y uno que otro estilo de vestir. Sin embargo, parece más interesado en listar los elementos que, aun después de los siglos de contacto, los indígenas mantenían, como su organización y su idiosincrasia cultural, como diríamos ahora, que les permite a las mujeres parir sin dolor, no angustiarse en el día a día, etc. Azara, al fin antropólogo, aunque *antem literam*, se pregunta el porqué de estas prácticas y no sabe darse una respuesta, salvo insinuar que los indios se dirigen “*sin saber por qué por unas prácticas como si les fuesen innatas*”. Añadiendo: “*Ellos no dan razón ni saben el objeto ni el motivo de tales cosas, y yo estoy tan lejos de adivinarlo*”

(Azara, 1943e: 109). Aunque pareciera que Azara reconozca sus limitaciones, admitiendo la existencia de motivaciones subyacentes que no sabe desentrañar, la realidad es otra: expresa una precisa visión del mundo y del funcionamiento de las culturas, para la cual el comportamiento del otro no tiene razones y la realidad histórica y su devenir son naturalizados. Escribe: *“Los que se figuran que ninguno obra sin motivo, y pretenden averiguar el porqué de todo, pueden ejercitar su sagacidad discurriendo de donde sacaron los charrúas y otras naciones la idea de unos duelos tan extravagantes y crueles por los padres, maridos y hermanos, a quienes se nota poco que amen ni respeten cuando viven”* (Azara, 1943e: 163).

De lo que parece estar seguro es que el clima no explica ni la diferencia cultural ni la inferioridad de los indígenas como pretendían las teorías de Buffon y de Pauw, para quienes la humedad malsana que producía la vegetación exuberante del mundo tropical corrompía la naturaleza de los animales y de los hombres, crecidos en el frío de las sombras, lo que determinaba su naturaleza fría y el desarrollo de las serpientes, insectos y demás alimañas. Azara está convencido de lo contrario y lo demuestra, antes que nada, desmintiendo la base sobre la cual Buffon había fundado su teoría, es decir, la decadencia del ganado europeo una vez transferido a América, como había pretendido demostrar Pehr Kalm, uno de los alumnos de Linneo (Gerbi, 1982: 205 y 313). Véase, por ejemplo, la referencia a este tema incorporada a la descripción de los indios pampas: *“Poco después se multiplicaron y extendieron mucho los caballos silvestres; los Pampas principiaron a pillar algunos y a comerlos. Las vacas se llevaron mucho después y aun tardaron en hacerse silvestres; y como los pampas estaban ya bien surtidos de alimentos con los caballos y la citada caza silvestre, no mataban las vacas para comer, ni aun hoy las comen, sino a los caballos. Así el ganado vacuno no encontró dificultad para procrear y extenderse a lo menos hasta el río Negro a los cuarenta y un grado de latitud, y de Levante a Poniente, desde la mar hasta las faldas orientales de la cordillera de Chile, habitadas por diferentes naciones de indios silvestres. Estos luego que vieron aparecer las vacas en su país, principiaron a comerlas, y a vender las sobrantes a los famosos araucanos y a otros indios”*

(Azara, 1943e: 113-114).

Y aun más: la teoría buffoniana llevaba a concluir que el clima frío influía sobre la fecundidad de las mujeres indígenas, lo que para Azara es un exabrupto: *“No podré atribuir al clima la escasa fecundidad de las indias cuando veo que en el mismo país las españolas son más fecundas que ellas, y tanto, al menos, como en Europa... Se debe admirar igualmente la facilidad con que dan a la luz todas las indias, sin ayuda de nadie, sin consecuencias enojosas, sin dejar de ocuparse el mismo día de sus quehaceres ordinarios y sin que jamás les falte la leche...”* (Azara, 1969: 244-245).

Por otro lado, otro aspecto del pensamiento de Buffon con el cual está en desacuerdo, se refiere a la negación de un plan divino que se expresaría en la naturaleza, cuyo estado es para el francés el resultado de acontecimientos históricos, tanto naturales como producidos por el hombre. Para Azara, ilustrado pero de matriz católica, la naturaleza es el resultado de la progresiva creación de Dios de un universo armónico, donde encuentran explicación las diferencias de las especies animales y de los mismos hombres gracias a la múltiple creación de parejas de cada especie (Lucena Giraldo y Barrueco Rodríguez, 1994).

Manifiesta una cierta admiración hacia algunos aspectos de la vida de los indígenas con los que mantuvo contacto y relación a lo largo de veinte años. Así no se niega a reconocer el valor de algunas características políticas de las sociedades indígenas, que considera positivas como, por ejemplo, *“el respetarse los indios de la misma nación, de modo que no se incomodan, roban ni matan, y el morir sin inquietud por la mujer e hijos que dejan”* (Azara, 1943e: 163), afirmación que encontramos junto a otras como *“La plena libertad para todo, sin conocer autoridad ni amistad particular”*; o *“La igualdad de clases, y no servir unos a otros”*, que pueden parecer, para nuestra sensibilidad actual, valores positivos.

Estas consideraciones podrían llevarnos a atribuir a Azara un cierto rousseanismo, en el reconocimiento de aspectos positivos en la vida de los indígenas. De hecho, así parece afirmarlo de manera

explícita cuando escribe: “Como la mayor parte de mis naciones son sumamente diminutas en número de individuos, se puede pensar que en cuanto a su modo de subsistir, no han padecido las alteraciones que engendra la muchedumbre en todas las sociedades” (Azara, 1943e: 163).

“Como son las ciudades las que engendran la corrupción de costumbres, allí es donde reina, entre otras pasiones, aquel aborrecimiento que los criollos o españoles nacidos en América profesan a todo europeo y a su metrópoli principalmente: de modo que es frecuente odiar la mujer al marido y el hijo al padre. Se distinguen en este odio los quebrados de fortuna, los más inútiles, viciosos, holgazanes, y los que habiendo estado en Europa, regresan sin empleo y aburridos de las sujeciones y molestias de los pretendientes” (Azara, 1943g: 196).

Sin embargo, estas afirmaciones, entre muchas otras del mismo estilo, no necesariamente implican una valoración positiva de las sociedades indígenas y su estilo de vida, aunque no faltan anotaciones específicas que manifiestan un cierto reconocimiento de valor, como las que hemos citado. De hecho, “la igualdad de clases” o “la plena libertad” de los indios, afirmaciones contenidas en el apartado “**Algunas reflexiones sobre los indios silvestres**”, de la **Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata**, son características consideradas como “*crueldades extravagantes*”, junto con el uso del “*barbote*”, o el “*agrandar enormemente sus orejas*”.

De esta manera, a partir de la naturalización de su cultura de origen, la española, Azara construye una alteridad cultural negativa representada por los indígenas, tomados como una realidad uniforme y genérica, contradiciendo así sus misma experiencia y datos. Hay, en este sentido, por lo menos dos Azara, desfasados temporalmente: el etnógrafo, que hace experiencia de la diversidad cultural y la regis-

tra; y el político, el que reflexiona después del **Viaje**⁴, para quien esas sociedad continúan siendo “*bárbaras*”, es decir, que ocupan un lugar antropológico “*incompleto*” que solamente la plena integración al mundo hispánico, asumido como válido universalmente, puede dar verdadera dignidad de hombres.

En este sentido, el hecho que caracteriza de manera negativa la vida española en las ciudades no implica necesariamente una atribución positiva a la vida indígena. La positividad del nosotros nunca es puesta en duda, lo que se expresa particularmente en su pensamiento político, el que lo lleva, por ejemplo, a condenar el sistema “*comunitario*” implantado por lo jesuitas en las misiones del Paraguay, que había permitido a los guaraníes la supervivencia de gran parte de su cultura, y a proponer la creación de aldeas mixtas, con familias de española e indígenas, donde estas últimas terminarían por integrarse a la cultura y sociedad española local. Lo que intentará realizar, cuando se le presentará la ocasión de trasladar, y con su dinero, familias españolas para poblar la frontera. Fisiócrata al fin, en el **Informe** de 1806 sobre los guaraníes, sugiere el reparto de las tierras y del ganado a cada jefe de familia, dándole “*plena libertad para trabajar, adquirir, poseer, gozar y vender*”, ya que solamente de esta manera podrán pagar “*alcabalas, los derechos reales, los diezmos, primicias y derechos parroquiales*” (Azara, 1943c: 256).

Sobre el tema de las reducciones jesuíticas la literatura es abundante, así como amplia ha sido la polémica sobre el tipo de sistema implantado por los jesuitas entre los guaraníes del Paraguay. Basta aquí citar la obra de Clavis Lugon, **A república “Comunista” Cristã dos guaranies: 1610-1768**, de 1977, donde también se refiere a Azara: “*Quanto ao próprio sistema de propriedade comum estabelecido pelos jesuitas, Bucareli descreve-o em seus*

⁴Sobre el “*viaje ilustrado*” y su función política, vale la pena citar a Antonio Morales Moya que, de alguna manera, sustenta ulteriormente lo afirmado: “*Desde estos principios filosóficos, el viaje permite conocer la realidad en sus elementos fundamentales, enriquecer la personalidad mediante el ejercicio de la libertad que se despliega en múltiples caminos. El viajero “crece” con el viaje, desarrollando todas sus posibilidades de sentimiento, de pensamiento y acción. Después, en un Segundo momento, el viajero comunica a sus semejantes el resultado de sus observaciones, enriquece, instruyéndola, a su comunidad, rasga los velos de la ignorancia. Y, a partir de este conocimiento verdadero, podrá surgir y desarrollarse una opinión pública ilustrada y podrá conocer la Administración el auténtico estado de los pueblos. Sólo desde estos presupuestos puede realizarse una política de reforma que haga posible la felicidad de los hombres*” (Morales Moya, 1988: 22-23).

relatórios a Carlos III como un regime escravista organizado para enriquecimiento da Companhia de Jesus. Os comisarios encarregados da demarcação também se pronunciaram pela abolição da propriedades comum. Segundo o relatório dêles, devia-se distribuir a cada guaraní certo número de vacas, cavalos e mulas, um campo de lavoura, etc. Madri sempre fizera pressão nesse sentido. Ainda durante muitos anos foram apresentados projetos de reforma por Ibáñez, López, Azara, Doblas, Avilés, Carlos IV, sucessivamente. Todos estavam de acôrdo num ponto: era preciso abolir o comunismo” (Lugón, 1977: 315).

Más allá de si la “*propiedad común de la tierra*” implique o no la noción moderna de “*comunismo*”, lo que parece un banal anacronismo, para Azara la redistribución de las tierras a los indígenas, más que expresión de una actitud de justicia hacia los antiguos pobladores de esas regiones, era una necesidad política. Escribe: “*Parece por consiguiente, que no tanto es útil el reparto de tierras y bienes de comunidad entre los indios; sino que lo exigen así la política y la conservación de aquello a dominios que sin esto se perderán muy en breve*” (Azara,

1943c: 251). En verdad, es este uno de los núcleos centrales del pensamiento político de Azara: poblar la frontera con españoles, pero integrando a ellos las poblaciones locales, condición necesaria para su desarrollo social y productivo; coincidiendo así con la política fronteriza de España en América que implicaba, precisamente, conocer territorios y pueblos para ocupar y colonizar, lo que Azara hizo con esmero y genio. De allí que es posible afirmar, como lo hace Guillermo Wilde (2003: 117): “*En conclusión, el discurso oficial del que es modelo la obra de Azara posee una contradicción intrínseca. Posee, como Jano, dos rostros: construye al otro como otro y simultáneamente define la identidad del Estado como entidad sociocultural. A partir de allí implementa dispositivos de asimilación basándose en valores universalistas. Este segundo rostro incorpora al otro como igual en apariencia, si y solo sí, se adapta a valores particulares asumidos como universales. Con esta operación los escritos derivan fluidamente de la diferencia a la asimilación, como dos polos opuestos que se atraen y se devoran. «Crear diferencia para asimilar» es la consigna subyacente en el discurso de las «Etnografías Estatales»*”.



Don Félix de Azara, reivindicación de un insigne naturalista aragonés

IGNACIO BALLARÍN IRIBARREN

Resumen

Este artículo intenta reivindicar para la memoria del pueblo aragonés la figura, injustamente olvidada, de Don Félix de Azara, ilustre y distinguido naturalista del siglo XVIII quien fue, al mismo tiempo, geógrafo, militar, marino, zoólogo, antropólogo e historiador.

Por ello se describe su vida y se analiza su trabajo, destacando su prodigioso viaje de exploración a través del territorio americano. Su curiosidad y pasión sin límite junto con su rigor en la toma de datos lo sitúa, con sus contemporáneos Linneo y Bufón, entre los más destacados naturalistas en el descubrimiento de la ciencia de seres vivos.

Es sobretodo su poderosa mente especulativa la que da al trabajo de Azara un significado especial. Hoy los historiadores de la ciencia están de acuerdo en considerar a Azara como el precursor de las ideas de Darwin. Este inmortal científico inglés, sesenta años más tarde, a través de los mismos territorios americanos explorados por Félix de Azara y apoyado en sus documentos y ensayos, elaboró su Teoría sobre la Evolución de las Especies.

Summary

This paper attempts to reivindicar for the memory of the Aragonese people the figure, unfairly forgotten, of Mr. Felix de Azara, distinguished naturalist and illustrated of the XVIII th. Century who was, at the same time, geographer, military man and sea man, zoologist, anthropologist and historian.

For that, his life is described and his work is analyzed, standing out his prodigious exploratory journey through American territory. Both his unlimited

passion and curiosity together with his rigour in the taking of data, placed him, with his contemporaries Linneo and Buffon, amongst the most outstanding naturalists in the race for the discovery for science of living beings.

It is specially his strong speculative mind which gives Azara's work a special significance. Today the historians for the Science Agree in considering Azara as the forerunner of Darwin's ideas. This immortal English scientist, sixty years later, went through the same American territories explored by Felix de Azara, basing himself upon his documents and essays to elaborate his Theorie about the Species Evolution.

Esta presentación muy bien podría intitularse, siguiendo la moda anglosajona, "Félix de Azara revisitado 16 años después", dado que el autor publicó en la desaparecida revista zaragozana "Azara", un artículo con el mismo título que el presente. La reiteración es intencional y responde al propósito central de estas Jornadas, que es implícita y manifiestamente reivindicar a través de una revalidación de la vida y la obra del gran ilustrado altoaragonés, su papel esclarecido en la historia de la ciencia y del pensamiento de España y de Hispanoamérica en el siglo de las Luces.

Las nuevas perspectivas para esa apreciación aparecen encuadradas actualmente en un contexto de conocimiento muy distinto al vigente tres lustros atrás, pero aun prosigue la figura de Félix de Azara en la situación de semiolvido en la que la que se mantenía en 1989, sin que siquiera los bicentenarios de las ediciones de sus obras mayores, o de su retorno a España desde América, hayan despertado el necesario eco en el mundo académico –menos aun en el mediático común y masivo–, ni hayan



dado lugar a una mayor difusión pública de su figura, especialmente en su Aragón natal, en España y en los cuatro países hispanoamericanos que deben a Azara los mayores aportes de su trabajo intelectual y científico: el Paraguay, la Argentina, Uruguay y Brasil. Sin embargo, en el lapso indicado se realizaron aportes significativos en cuanto a publicaciones esclarecedoras (Galera Gómez, 1990; Fernández Pérez, 1992; Lucena Giraldo y Barrueco Rodríguez, 1994; Martínez Martín, 1997a, 1997b, 2001; Mones y Klappenbach, 1977, Ocampos Caballero, 1999, 2000; Albiac Blanco, 2000; Penhos, 2002a, 2002b, Figueiredo, 2006), que representaron un sensible incremento en la historiografía azariana, incluyendo reediciones totales o parciales de algunas de sus obras (Azara, 1990, 1991, 1992, 1994, 1998).

Sin embargo, esos aportes, por valiosos que fueren, dejan siempre pendiente una serie de cuestiones básicas que constituyen el objeto central de esta comunicación: por un lado falta aún la gran biografía azariana, para la que el trabajo de Mones y Klappenbach (1997) sentó un esquema bio-bibliográfico y cronológico utilísimo. Por otra parte, aún perdura Félix de Azara, como miembro relevante de la llamada “generación Central de las Luces” (Contreras Roqué, 2006), siendo objeto de una situación completamente asimétrica en cuanto al tratamiento bibliográfico: mientras que las referencias a Gaspar Melchor de Jovellanos supera las 3.000 entradas, y las de José de Cadalso, los Fernández de Moratín, el Conde Aranda, Camponanes, Mayans, Forner, e incluso el indiano ilustrado Pablo de Olavide y Jáuregui, al menos duplican el caudal de citas de cada uno, que en el caso de Félix de Azara no pasa de las 700, incluyendo toda suerte de referencias menores o meramente colaterales (Contreras Roqué, M. S.).

Pero, a pesar de lo preocupante de esa situación enunciada, para cuya solución estas Jornadas y otras sucesivas promoverán, con gran seguridad, un enorme aporte, nos interesa ahora pasar a plantear otras instancias del problema azariano, entendiendo como tal la búsqueda de la imagen final que deberá emerger del adecuado balance de certezas, incógnitas e inferencias plausibles, que tiendan a llenar los vacíos documentales e historiográficos que aun hacen difícil componer una “reconstrucción” azaria-

na válida e indiscutible en sus lineamientos fundamentales.

En el trabajo que publicamos en 1989 nos extendimos en datos biográficos. Ahora sería casi redundante reiterarlo puesto que ya hemos escuchado varios, y esa temática: la biografía sumaria, compone mas de dos tercios de la literatura azariana disponible.

Simplemente recordaremos una vez más que Félix de Azara (1742-1821) era nativo del somontano altoaragonés, hijo de una familia hidalga, el sexto de una familia numerosa, que realizó estudios de filosofía, teología y artes en la Universidad Sertoriana de Huesca, una de las más cerradamente escolásticas y refractarias a las reformas introducidas por los ministros de Fernando VI y Carlos III (Albiac Blanco, 2000) y que cerca de sus veinte años de edad ingresó en el ejército, orientándose, gracias a su facilidad para las matemáticas hacia la ingeniería militar, una de las más duras y mejor organizadas oportunidades de profesionalización –al par que fuertemente actualizada en sus bases científicas– que ofrecía la España de la segunda mitad del siglo XVIII, como lo destacan Torner y de la Fuente (1892), Capel (1982, 2003, 2005), Capel et al. (1983), Silva Suárez (2005). Mucho de lo demás que podría agregar resultaría simplemente anecdótico pues respondería al esquema segmentario del conocimiento más difundido de su vida, la que tiene etapas bien conocidas pero en general inconexas ya que no toca las inflexiones decisivas y determinantes del devenir mental, psicológico y moral del protagonista.

Pero, aun con esas limitaciones, esta introducción es necesaria para saber que Félix de Azara tuvo una formación básica de nivel de mediana a alta, de acuerdo con la óptica y cánones de su tiempo, aunque a eso deberíamos agregar su desempeño en la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, en Zaragoza, durante su quinquenio de convalecencia tras su grave herida en el malhadado desembarco español en las playas de Argel de 1775. Esta etapa correspondió a la que podríamos denominar la segunda “escuela superior” de Félix, en la que seguramente recibió un inmenso caudal enciclopédico y enciclopedista, y en la que conoció de primera o de segunda mano –poco sabemos acerca de si era lec-

tor asiduo, apenas hay indicios de cuál habría sido su biblioteca y conocemos la importancia enorme de la tertulia en la difusión cultural— a las ideas de los philosophes franceses, combinadas y con las ideas sensualistas y liberales de Condillac y Locke, si no también con el utilitarismo de Jeremy Bentham, y —por supuesto— con las ideas económicas innovadoras de Genovesi, a través de las traducciones realizadas y editadas por su muy posible amigo y coetáneo oscense Victorià de Villava, que era catedrático de la Universidad Sertoriana de Huesca antes de partir como él a América del Sur, donde murió siendo fiscal de la Audiencia de Charcas, en el Alto Perú, en 1802. A propósito de esas supuestas tertulias nos brotan los nombres de una pléyade de mentes esclarecidas: Ignacio de Asso, los Pignatelli, tal vez en alguna ocasión se encontrara allí o en Huesca con Cosme Bueno o con el tan injustamente olvidado Victorià de Villava. Además con su hermano mayor Eustaquio de Azara, que sería más tarde obispo de Ibiza (1784) y de Barcelona (1794).

Las actas subsistentes de las reuniones y los discursos y los programas de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, revelan hasta qué punto sus miembros estaban compenetrados con el ideario ilustrado. Félix de Azara no fue un improvisado cuando se hizo naturalista en América. Si debió “improvisar” sus técnicas de acceso a los problemas y acondicionar sus objetivos ante el paisaje nuevo, es otra cosa, pero a los lineamientos metodológicos generales y conceptuales los llevaba consigo y seguramente los compartía con Ignacio de Asso y de los Ríos, que quién sabe si menos o más afortunado que él, quedó en su tierra —después de una estadía en los Países Bajos, y confeccionó la primera Historia Natural de Aragón, a pesar de ser básicamente jurista (Asso, 1947). Bermudo Meléndez, Crusafont Payró, Carlos Castrodeza, 1988,1998), Joaquín Templado (1958, 1974) Jordi Agustí, Pèrre Alberch, Javier Sampedro.

Esta concepción amplia de las ciencias de la naturaleza entronca directamente con el espíritu enciclopedista de los grandes naturalistas del pasado y de ahí el nombre de “Azara” elegido para dar título a esta revista, al poseer la rara virtualidad de sintetizar en un ilustre apellido, de inequívoca raigambre aragonesa, la resonancia universal del que fuera,

tal vez, nuestro más completo e insigne naturalista, Don Félix de Azara (1742-1821).

Nacido en el pueblo de Barbuñales (Huesca) en el seno de una familia noble, inicio Don Félix sus estudios en la Escuela Sertoriana oscense bajo la dirección de su tío, Don Mamés de Azara, canónigo y maestrescuela de la Catedral de Huesca. Así, se matricula entre los años 1757 y 1761 en Filosofía, Artes y Legislación, eligiendo, posteriormente, la carrera militar para lo que se desplaza a Barcelona ingresando como cadete en el Regimiento de Infantería de Galicia. Adquiere, ya entonces, una sólida formación matemática siendo promovido en 1767 a Alférez Ingeniero delineador de los Ejércitos Nacionales, Plazas y Fronteras.

Tras varios años de trabajos de corrección hidrológica de los ríos Jarama, Henares y Tajuña y de fortificación de las plazas de Figueras y Mallorca, participa en 1775, contando 33 años, en la expedición militar a Argel en la que, al querer desembarcar entre los primeros, es herido de gravedad por una gruesa bala de cobre. Rescatado por su amigo y compañero el Conde de Fuertes consigue recuperarse, merced a su gran fortaleza física, pese a perder la tercera parte de una costilla.

La acción de Argel le vale el ascenso a teniente y el título de “Ingeniero Extraordinario”. Pero es en 1781 cuando, estando destinado en San Sebastián con el cargo de Teniente Coronel, se le encomienda una misión que habría de cambiar su vida dando inicio a su prodigioso periplo americano. Recibe, en efecto, la orden de embarcar con rumbo al Río de la Plata en calidad de comisario de límites para hacer efectivo el Tratado del Pardo de 1778, en virtud del cual, debía fijarse por una comisión mixta la frontera hispano-lusa en tierras de América del Sur.

Instalado en la ciudad de Asunción, capital del actual Estado del Paraguay, pronto se apercibe de que los comisionados portugueses ponían dificultades para la pronta terminación de los trabajos de delimitación y comprende que aquellos podían demorarse indefinidamente. Decide, por ello, aprovechar el tiempo y comienza así una serie de viajes de exploración por las desiertas inmensidades de las Pampas argentinas y del Chaco paraguayo, las



cordilleras y altiplanos andinos o las regiones selváticas del Paraguay y el Mato-grosso brasileño en las que penetra remontando caudalosos ríos como el Paraná, el Pilcomayo, Tebicuary, Uruguay o Paraguay.

Sus expediciones se suceden durante veinte años (1782.1801) y en ellas explora una *“extensión tan vasta, quizás, como Europa entera”*.

La magnificencia de la salvaje naturaleza americana le seduce de inmediato llevándole a afirmar: *“... en esta parte del mundo, las montañas, los valles, [...] todo [...] tiene tan grandes proporciones que los objetos de la misma naturaleza que se podrían encontrar en Europa no parecen ser ante ellos más que miniaturas o copias pequeñas”*.

Sin embargo, su sólida formación matemática y su sobrio espíritu castrense le llevan a huir de las descripciones literarias y a analizar la realidad de los paisajes recorridos con la fría precisión del cartógrafo, rechazando las noticias y datos de terceros que no podían ser comprobadas por él mismo. Así, confiesa: *“... siempre he procurado evitar el estilo de novela, es decir, ocupándome más que de las palabras, de las cosas. Igualmente, he tenido cuidado de no exagerar ni la magnitud ni la pequeñez de los objetos y emplear siempre la expresión conveniente a la medida real de cada cosa, tal como la he visto o tal como la concibo.”*

Utilizando el instrumento de reflexión de Halley, el horizonte artificial y la brújula de pínulas sitúa de forma sistemática todas sus observaciones, levantando así la más completa y detallada cartografía de la época sobre estas ignotas regiones.

Pero, en su condición de ilustrado despierta su vocación latente de naturalista y le hace transgredir los límites de su misión oficial. Ello le lleva a anotar y recoger, con curiosidad ilimitada, cuantos datos puede sobre el clima, el paisaje, la geología o los cursos de agua de los territorios explorados, sus plantas y animales salvajes o su población de aborígenes y la historia de su colonización y conquista.

Así, olvidado en los desiertos, extraño a los rápidos progresos de las ciencias y condenado al

ostracismo por la mezquindad de los gobernantes españoles de la América meridional, recelosos de que sus estudios pudieran restarles fama y protagonismo, trabajó sobre el terreno durante veinte años sin comunicación con el mundo civilizado afirmando, con sencillez, al concluirlo: *“He tenido una particular satisfacción en hacer este trabajo, no desde el punto de vista ambicioso que orienta ordinariamente a los autores a inmortalizar su memoria, sino por el placer que encuentro en ser útil”*.

Plenamente consciente de su falta de formación naturalista, desarrolla, de forma autodidacta, y a partir de sus conocimientos de ingeniero, una rigurosa metodología para sistematizar sus observaciones de campo. La obra de Azara está presidida, en efecto, por la precisión, la medición exacta, el control de los datos obtenidos y su rigurosa elaboración. Critica, por ello, con vehemencia, la falta de método de otros científicos y “naturalistas de gabinete” de los que Buffon constituye el modelo, y así, afirma: *“La mayor parte de los autores descuidan el dar exactamente las dimensiones, no haciendo más que poca o casi ninguna mención de las formas, contentándose con indicar una parte de los colores, equivocándose casi siempre en las costumbres”*.

Coetáneo de Linneo, Azara se entrega con entusiasmo a la descripción, con su peculiar pero rigurosa taxonomía, de la variadísima fauna silvestre de “pájaros” y “cuadrúpedos” del Paraguay realizando **“Apuntamientos”** de más de cuatrocientas especies distintas, en buena parte desconocidas hasta entonces por la ciencia.

Pero es, tal vez, el tardío conocimiento de la obra del francés Bufón lo que estimula a Azara a remontarse sobre esta base empírica y descriptiva, tan sólidamente construida, adquiriendo entonces su obra una fecunda dimensión especulativa que la sitúa entre las aportaciones más singulares a la Historia Natural del siglo XVIII.

En efecto, Azara comienza a desarrollar reflexiones abstractas que le llevan a formular hipótesis innovadoras sobre temas de tanta trascendencia como los orígenes de los animales de la América meridional o la creación de las especies. Su pensamiento cuestiona paradigmas científicos hasta



entonces indiscutibles adelantando reflexiones que entroncan directamente con las teorías que surgirán en el siglo XIX.

Este carácter pionero se observa en sus ideas acerca del origen de los animales de América meridional y así, aunque admite las tesis de Bufón, que sitúan en el viejo continente el centro de la creación e irradiación de las especies, plantea ya, adelantándose al desarrollo de la biogeografía, la posible relación entre la distribución de las especies y su ecología.

Rechaza también Azara las teorías defendidas por Bufón y otros prestigiosos científicos de la época que atribuían al clima las variaciones de color, formas o magnitudes, observados entre los seres vivos. Se funda para ello en sus observaciones empíricas, pero, también, en su consideración de que los caracteres mencionados constituyen rasgos perdurables, e inmutables, que se transmiten de una generación a otra, apuntando así conceptos próximos al de las actuales teorías de la herencia que se formularían ya bien entrado el siglo XIX.

Pero es sobre todo su reflexión sobre la creación y evolución de las especies lo que da a la obra de Azara una especial transcendencia. Así, aunque alineado con las tesis creacionistas imperantes en la época, achaca la variación de las especies domésticas a la acción del hombre sobre las mismas, por lo que considera dichas variaciones artificiales y piensa que al volver los animales a su estado salvaje recobrarían sus primitivas características.

Estas y otras ideas serían recogidas por Charles Darwin que, sesenta años más tarde, recorrería, en su viaje alrededor del mundo, los mismos escenarios americanos explorados por Don Félix, inspirándose en sus escritos y reflexiones para elaborar su teoría de la evolución de las especies, de forma que hoy, los historiadores de la ciencia, coinciden en señalar al aragonés como precursor del pensamiento del inmortal naturalista inglés.

El hombre es también objeto de las investigaciones de Azara que, de nuevo, con escrupulosa fidelidad, describe los variados pueblos aborígenes que habitaban las regiones por él exploradas. Surge

así un Azara también pionero que se anticipa, junto al inglés Forster y al francés Bufón, al espectacular desarrollo que la antropología y etnografía alcanzarían en el siglo XIX.

Estudia, en efecto, Don Félix, con particular pasión, los pueblos aborígenes agrupándolos en lo que él llama “naciones”: grupos étnicos diferenciados por su ubicación, características o costumbres. Como hiciera con los animales, describe con minuciosidad su situación geográfica y el aspecto físico de los individuos pero, además, se interesa vivamente por sus culturas y, así, nos habla de sus lenguas, usos sociales y formas de gobierno, viviendas, prácticas de caza y pesca, ritos festivos, medicinales, funerarios o de guerra.

Testigo de excepción del impacto de la conquista sobre el mundo aborígen, con sus secuelas de mortandades producidas por guerras y epidemias, Azara, en consonancia con su espíritu de ilustrado, demuestra una sensibilidad ajena a la de la mayor parte de los colonizadores europeos y deja para la historia un desgarrador testimonio cuando escribe: *“¡Qué lástima ver exterminarse las naciones de mayor talla, las más fuertes, mejor proporcionadas y más bellas que haya en el mundo! Lo más doloroso es que yo no veo posibilidad de poner remedios ...”*.

Pese a ello, defiende Don Félix con vigor la colonización española considerándola la más humana y respetuosa con los indígenas de todas las potencias europeas. Como prueba irrefutable de ello, alude a la protección que la Iglesia Católica y el Derecho Civil español brindan a los indios, proscribiendo su exterminio o segregación y promoviendo, en cambio, los matrimonios mixtos de forma que la población de las colonias pronto estaría dominada por un mosaico racial de mestizos, mulatos, zambos y criollos.

Frente a ello, critica con dureza el comportamiento de otras naciones como Inglaterra, Holanda, Francia, Portugal y Alemania que, en su opinión: *“No tuvieron otro fin que satisfacer su avaricia sacando todo el partido posible del país y de sus desgraciados habitantes”*.

Los españoles, por el contrario: *“... se ocupa-*



ron, sin descanso, en civilizar a los indios y particularmente instruirlos en la religión católica y, por lo tanto, debieron emplear eclesiásticos a expensas considerables del Estado. [...] Pocas personas saben que España tuvo en todo tiempo y aún hoy un voluminoso Código de Leyes, de las que cada frase y cada palabra respiran una humanidad admirable y la protección a los indios igualándolos en todo y aún prefiriéndolos a los españoles, mientras que no yo no sé que las otras naciones jamás hayan pensando en escribir una sola línea a favor de los indios”.

Especialmente vehemente se muestra Don Félix con el comportamiento de los vecinos portugueses que persiguen sin descanso a los indios para venderlos como esclavos, práctica que, de nuevo, contrasta con la observada por los españoles, de los que asegura que: “No han vendido un solo guaraní y conservan aún millares, no sólo en los poblados jesuíticos y no jesuíticos sino en el estado de completa libertad”.

Pero esta ardorosa defensa de la colonización española no es óbice para que Azara, fiel al espíritu crítico y racionalista de los librepensadores ilustrados, se lamenta de la preponderancia de los métodos eclesiásticos de nuestra colonización, defendiendo, por el contrario, un modelo laico que deje a iniciativa de los particulares la exploración y ocupación del territorio y el sometimiento y “civilización” de sus pobladores indios a través de la institución de la Encomienda. No comprende el prestigio que las famosas “Misiones” jesuíticas alcanzan en la Europa ilustrada y refuta como falsos el régimen de comunidad de bienes y la libertad que los indígenas tenían, supuestamente, en estos asentamientos coloniales. A su juicio, los indios se hallan, en realidad, sometidos por completo a la voluntad y gobierno de los religiosos y privados de todo estímulo de perfeccionamiento al eliminarse la propiedad privada. Achaca, por otra parte, el éxito primero de estas misiones, más al temor de los aborígenes de caer en las activas redes de tráfico de esclavos de los portugueses que a la persuasión o bondad de los religiosos y acusa a los jesuitas de perseguir, como voluntad última, la creación de unos territorios independientes de la Corona, dada la obsesión de los mismos por aislar a los indios del comercio y contacto con otros españoles manteniéndolos en un ré-

gimen cerrado.

Este espíritu liberal y laico encuentra, sin duda, su origen en la indignación que le produce a Azara las acusaciones de algunos eclesiásticos, como el padre Bartolomé de las Casas o los propios jesuitas, de genocidio e inhumanidad de los españoles para con los indios; acusaciones que considera “positivas calumnias” y que “manchan la reputación de sus compatriotas considerando este medio como el único que podía ocultar sus proyectos ambiciosos o sus esfuerzos inútiles”. No es de extrañar, por todo ello, que los jesuitas lo calificaran como el “impío Azara” y procuraran obstaculizar y ocultar en lo posible su labor.

Pero el altruismo que anima la obra de Don Félix le permite superar todas las dificultades y así, en su obra autobiográfica “**Viajes por la América Meridional**”, encontramos un pasaje revelador de su grandeza de espíritu: “... pasaré, por completo, en silencio sobre los gastos, las penalidades, los peligros, los obstáculos y hasta las persecuciones que me han hecho sufrir la envidia, porque estas cosas no pueden aumentar el valor de mi obra ni interesar a nadie. Un relato semejante no serviría, por el contrario, más que para descorazonar a los que quisieran en lo sucesivo seguir mis pasos”.

Afortunadamente, la vocación naturalista de Don Félix encontraría, en nuestro siglo, fecunda continuación en sus bisnietos, los hermanos Don Manuel y Don Jaime Jordan de Urríes y Azara. El primero dedicó su vida al estudio de las plantas y llegó a ser Director del Real Jardín Botánico de Madrid y micólogo de reconocido prestigio internacional. Don Jaime, cursó la carrera de Ingeniero de Montes y elaboró, tras años de arduo trabajo de campo, un “*Mapa de la vegetación de la provincia de Lérida*” que constituye una obra ya clásica e imprescindible para el conocimiento de la vegetación pirenaica. Enamorado de la montaña, Don Jaime fue fundador y Presidente de la Sociedad Española de Glaciología y, emulando, a su ilustre antepasado, participó en diversas expediciones científicas a los glaciares de Islandia y los Alpes.

Por desgracia, pese a la magnitud y trascendencia de su obra, que ha llevado a sus raros bió-

grafos a considerarlo el “Humboldt español” (Schuller) o el “aragonés precursor de Darwin” (Baulny), Félix de Azara sigue siendo un personaje olvidado, muy poco conocido en el extranjero y menos aún en su propia tierra.

La Sociedad Aragonesa quiere por ello iniciar su andadura reivindicando con legítimo orgullo el nombre de esta figura señera que Aragón ha dado a las ciencias de la naturaleza.

Sirvan pues, estas sucintas líneas para honrar su memoria y recordar su ejemplo a todos los futuros naturalistas aragoneses.

Principales obras de Félix de Azara



Félix de Azara y la explotación tabacalera en el Paraguay (1784-1805)

HERIB CABALLERO CAMPOS

Facultad de Filosofía, Universidad Nacional de Asunción, Asunción, Paraguay

Palabras Clave: Tabaco-Cosecheros-Monopolio

Key words: Tobacco-Croppers- Monopoly

Resumen

Este trabajo estudia la relación y las opiniones vertidas por el capitán Félix de Azara sobre el funcionamiento de la Real Renta de Tabacos y Naipes, emprendimiento monopólico establecido en el Paraguay –como zona productiva– en mayo de 1779. El tabaco fue el segundo cultivo más importante practicado por los cosecheros de mediana y baja posición económica, que habitaban la zona central del Paraguay.

Esta institución significó una vía dinamizadora de la economía provincial a fines del siglo XVIII, pero Félix de Azara señaló varios aspectos negativos sobre la Renta. Analizaremos el rol cumplido por Azara en la resolución del conflicto originado en la exoneración del servicio militar a los cosecheros de tabaco en 1801. En 1803, Azara fue electo como miembro del Consejo Consultivo de Fortificaciones y Defensa de las Indias en donde el conflicto fue tratado.

El tabaco fue un rubro agrícola fundamental en el que se relacionaron los cosecheros y la naturaleza en el Paraguay, y que facilitó la acumulación de capitales que financiaron el aumento de la ocupación del espacio paraguayo.

Abstract

It is considered opinions related by captain Félix de Azara about the performance of the Royal Income Tobaccos and Playing cards enterprising monopoly,

established in Paraguay in May 1779. Tobacco was the second important culture, practiced by middling and lesser economic position croppers, living in the central zone of Paraguay.

The development of this institution was providing for a dynamic provincial economy at the end of the 18th century. It is analyzed part played by Azara in dealing with a conflict originated when croppers from the tobaccos harvest, in 1801, were exonerated of military service. In 1803, Azara was elected as a member of the Council of Fortifications, where this kind of difficulties were treated. Then, he made known negative aspects of Royal Income, and proposed very interested ideas to solve conflicts between contending parties.

Tobacco has been the basis of the fundamental agricultural relationship between croppers and nature in Paraguay and it made easy increased human occupation in the Paraguayan space.

1.- Introducción

Félix de Azara y Perera ha sido estudiado en su faceta de científico por sobre todo. En este trabajo nos proponemos analizar su actividad como funcionario al servicio del Rey, que participó en forma decisiva en la reorientación de uno de los emprendimientos económicos más significativos de los desarrollados en el Río de la Plata durante el período tardo-colonial.

La Real Renta de Tabacos y Naipes, establecida en el Virreinato del Río de la Plata en 1778, al igual que en los demás territorios españoles en América, tenía el propósito de proporcionar los recursos financieros para reorganizar la defensa de



las Indias.

Al igual que en los demás virreinos, para organizarla se escogía una zona de producción cerrada que permitiera un mejor control de la extracción hacia las demás jurisdicciones. En el Río de la Plata la zona escogida fue el Paraguay, en el cual el tabaco era producido en gran cantidad, no sólo por la afición de los paraguayos a su consumo, sino porque además, servía como signo monetario.

A los pocos años de establecido el estanco, se iniciaron los conflictos de competencia entre el Cabildo y los funcionarios de la Renta al igual que entre el gobernador-intendente y esos funcionarios. Azara fue testigo de las diferencias y las falencias del sistema implantado por lo que sostuvo una posición contraria al funcionamiento del monopolio tabaquero debido a sus ideas fisiocráticas. Casi veinte años después, ya en España y como miembro de la Junta Consultiva de Fortificaciones y Defensa de las Indias, Félix de Azara participó activamente en la toma de decisiones sobre el conflicto suscitado entre el gobernador del Paraguay y la Dirección de la Real Renta, dado que ésta exoneró del servicio Militar a los cosecheros, a cambio de que éstos entregaran 25 arrobas de tabaco anualmente.

Los autores que han analizado la Real Renta de Tabacos y Naipes como Cooney (1990), Whigham (1991) y Arias Divito (2001), no se han ocupado de la influencia de Azara para la adopción de medidas tendientes a mejorar la producción del tabaco a consecuencia de la crisis surgida de la exoneración del servicio militar a los cosecheros.

Nos hemos planteado responder a las siguientes cuestiones: ¿Hasta que punto son correctas las opiniones y las observaciones de Félix de Azara sobre el Estanco del Tabaco?. ¿Qué consecuencias tuvo el estanco para la biodiversidad paraguaya a fines del siglo XVIII?.

2.- El Paraguay antes de 1779

Brevemente nos referiremos a la situación de la Provincia del Paraguay antes de 1779, con respecto a la situación social y económica.

En lo económico debemos resaltar el sistema monetario utilizado en el Paraguay, desde comienzos del proceso de ocupación del territorio, puesto que no se contó con moneda metálica para realizar las transacciones comerciales en el ámbito provincial e incluso regional.

Debido al incremento de la producción de yerba mate a fines del siglo XVII, se convirtió este producto en la principal “moneda de la tierra” o “moneda provinciana”. Ya en 1680 “... *era la yerba la moneda corriente en la Provincia del Paraguay. En 1680 valía en Santa Fe, 8 a 10 pesos plata la arroba...*” (Rivarola Paoli, 1982: 45). Aguirre, cita a don Manuel de Flores, quien al referirse al Paraguay en un escrito elevado al Marqués de Valdelirios afirmaba que: “... *viven sus naturales, como nuestros primeros padres, entre quienes el uso del oro y la plata es desconocido. La hierva y el tabaco son principalmente sus monedas de cambio; por los pañetes y bayetas de la tierra, que son los géneros que mas acomodan á su pobreza...*” (Aguirre, 1949: 267). En cuanto a los valores del sistema monetario existían diferencias “*En el comercio se habla de pesos: del peso provincial, también de peso hueco o peso imaginario, que se divide en ocho reales provinciales. En su relación con la moneda española, cada peso hueco valía dos reales plata*” (J.N. González, 1988: 189).

En este sistema monetario cada producto podía ser utilizado como signo monetario desde la miel hasta el acero a través de un sistema de equivalencias, este tipo de signos monetarios existía en varias regiones de América con el nombre de “moneda de la tierra” (Romano, 1998: 75). En el Paraguay la arroba de tabaco equivalía a cuatro pesos y la yerba mate un peso de ocho reales.

Esta situación era un factor limitante del poder adquisitivo de los comerciantes paraguayos, frente a la calidad y precio a ser pagados por las mercaderías adquiridas en Buenos Aires y Santa Fe, así como los impuestos que debían ser satisfechos en moneda metálica (Rivarola Paoli, 1986, *passim*). González (1988: 190) afirmaba que: “*Durante doscientos cuarenta años el país había efectuado el intercambio comercial mediante el sistema del trueque, usando como medida de valor una moneda*



imaginaria, encarnada accidentalmente en una o varias mercancías...”. Creemos que esta apreciación no es enteramente correcta puesto que existía un sistema monetario, precario pero útil al comercio realizado por los habitantes de la Provincia ante la ausencia de la moneda de plata.

José Cardiel en 1747, escribía “... en esta gobernación del Paraguay no corre moneda alguna, gobiérase por trueque las vacas en el Paraguay valen 6 pesos y se compra con yerba, tabaco, algodón, miel de caña, azúcar y lienzo de algodón...” (Pusineri Scala, 1992: 89). Los habitantes de la provincia, en varias ocasiones solicitaron la acuñación de una moneda provinciana, en otras pedían auxilios de forma a que parte de los impuestos con los que contribuía la producción paraguaya ya sea en Santa Fe o en Buenos Aires, retornara de forma a aliviar la situación.

Mora Mérida (1973) caracterizaba como de extrema pobreza la situación del Paraguay en la primera mitad del siglo XVII, situación que continuó sin mayores variaciones hasta 1779, “... la pobreza del país se infiere de que hasta el año de 1779 no se conocía la moneda. El comercio se reducía a permutas, y los derechos reales del correo se cobraban en yerba, algodón y tabaco...” (Azara, 1990: 164; Pusineri Scala, 1992: 97 y ss.). Tan sólo unos pocos comerciantes venidos desde Buenos Aires tributaban en plata en el rubro de alcabalas¹.

Los beneficiarios de este sistema fueron los comerciantes del puerto de Buenos Aires, inclusive varios años después de la introducción de la moneda metálica escribía Azara (1990: 165): “... en estos

últimos años, en que ha salido de la nada esta provincia, se han enriquecido bastantes comerciantes paraguayos que detienen los fondos en el país, todavía la mayor parte del comercio los saca de Buenos Aires, cuyos comerciantes se llevan casi toda la utilidad...”, así sedaba que a un comerciante porteño por vender yerba al menudeo le quedaba una utilidad de 90%².

En el siglo XVIII paraguayo se produjeron transformaciones sociales significativas tras la Revolución de los Comuneros (1717-1735), que concluyó con la victoria de las tropas dirigidas por el gobernador de Buenos Aires, Bruno Mauricio de Zabala³.

Así se produjo la integración de una gran masa de población indígena a tal punto que “... el 41% de los marineros de las barcas corresponde a indígenas de las misiones escapados de sus pueblos. Pero, si nos acercamos más, la sorpresa aumenta: un número no despreciable de estos indios posee ya un apellido español” (Garavaglia, 1983: 210).

Moreno (1926: 236) afirmaba que el incremento demográfico se inició desde los comienzos del siglo XVIII “... y para poder apreciarlo cabalmente, es necesario tener en cuenta que la población (española o mestiza) no se formó sólo con el crecimiento vegetativo de su primitiva base, o de la que consideramos a principios del siglo XVII, sino también con la incorporación constante de nuevos elementos aportados por el cruzamiento de los españoles y sus hijos con las indias de sus encomiendas y de los pueblos”. La inmigración aumentó luego de la expulsión de los jesuitas: “... puesto que el departamento había perdido en un lustro la cuarta parte de su fuer-

¹Cfr. Archivo Nacional de Asunción (en adelante ANA), Nueva encuadernación (en adelante NE), 509, el señor Francisco Javier de Rojas pagó el 11 de mayo de 1762 6 pesos plata por Alcabala de la compra de un esclavo en trescientos pesos “de la misma especie”. El 11 de septiembre de dicho año, don Gregorio Jacques tributó 14 pesos plata por la venta de un barco a don Francisco de la Rosa en 700 pesos plata. El 22 de diciembre Valentín Sotto tributa 5 pesos de plata también por la compra de un esclavo y se conocen otros casos, por lo que ahora vale la aclaración de que lo recaudado entre 1751 y 1766 por Alcabala de Ventas alcanzaba la suma de 3 703 pesos 3 reales de los que se tributaron en plata, tan solo 91 pesos.

²Carlos Mayo, **Pulperías y pulperos de Buenos Aires: 1750-1830**. Conferencia dictada el 2-V-1996 en el Archivo General de la Nación. Buenos Aires (Extraído del sitio web: www.archivo.gov.ar)

³La Revolución de los Comuneros se inició en 1717 con el levantamiento de los miembros de la élite capitular asuncena contra el gobernador Diego de los Reyes Balmaceda, aliado y asociado de los jesuitas, con quienes competían los encomenderos asuncenos por la mano de obra indígena y por las tierras realengas de los valles del Paraguarí y del Caapucú.

za laboral por deserciones”.

La pobreza llegaba al extremo tal que las clases sociales no se diferenciaban entre sí incluso hasta fines del siglo XVIII, pues según Azara (1990: 162-164) “... todos comen y visten lo mismo, suelen llamar algunos a esta provincia la tierra de los iguales [...] La pobreza del país se infiere de que hasta el año de 1779 no se conocía moneda”. Por su parte el capitán Juan Francisco Aguirre (1949: 394) en el mismo sentido sostiene que al Paraguay se le llamaba la tierra de los iguales, pues las familias ubicadas en la escala superior de la sociedad no tenían modo de acumular riquezas debido a la carencia de moneda metálica, por lo que su posición se demostraba con pequeños elementos y por sobre todo por la posesión de grandes extensiones de tierra y de indios y esclavos trabajando para ellos: “Las familias patricias se inclinan particularmente á la campaña; la estancia es su mayor anhelo; el caballo y el arreo su principal lucimiento. Aunque vayan descalzos no faltan espuelas de libra cada una [...] se trasciende aun entre la pobreza de sus lienzos. El comercio estaba controlado por recién inmigrados que para obtener posición social se casaban con las hijas de las familias tradicionales”⁴.

2.1.- El informe de Paula SANZ

Francisco de Paula Sanz fue el designado por Joseph de Gálvez, como el primer Director General de la Real Renta de Tabacos y Naipes. En cumplimiento de sus funciones recorrió el Virreinato del Río de la Plata para visitar y organizar la Renta en todas sus provincias, testimonio de este viaje fue su informe.

Este informe ya ha sido publicado en forma extractada (Rípodas Ardanaz, 1977: 31-40) así como

en forma resumida y comentada (Arias Divito, 2001: 9-11), los aspectos descriptos en él serán contrastados con las informaciones proporcionadas por Félix de Azara, Juan Francisco de Aguirre y por el obispo Manuel Antonio de La Torre.

En cuanto a la ocupación de los espacios y la distribución de la población humana en el mismo, Sanz (1977: 31) informa cuanto sigue “... desde el Río Tebicuarí, 40 leguas de esta capital, es una campaña poblada de multitud de chácaras o estancias”⁵ las poblaciones de la campaña son consideradas “... pequeñas poblaciones que hacen cabeza a los diferentes valles en que se divide esta campaña”⁶. A Asunción la describe “...desierta, pues son muy pocas las familias que habitan en ella de asiento; pero no por eso deben considerarse más cómodas en su trato, aunque deben suponerse con algunas más facultades para ello...”⁷. En cuanto a la organización de la provincia afirma que “... está dividida en capillas, parroquias o pequeñas poblaciones, y pueblos de indios y mulatos [cuyas distancias consigno para dar] idea de aquella parte, donde no hay inteligente capaz de formar un mapa”⁸.

El Obispo de La Torre en el informe de su visita de 1758 escribía que: “Toda esta Provincia es de situación montuosa, entre cordilleras, riscos y valles; lo que hace que sus habitantes vivan dispersos entre montes y por lo común, sus moradas son unas llamadas chácaras para sus cortas sementeras, en que tienen sus ranchos o tugurios, formados de paja su techumbre: sus fútiles paredes de caña; y muchísimos de sólo cueros...”⁹. Asunción, “... era objeto de continuos ataques del río Paraguay y según él se reducía [...] a dos trozos de calle en medio de una ladera o loma, siendo necesarias escaleras para la entrada de las casas, y todo tan desnivelado y lleno de zanjones que con dificultad puede andar una

⁴Como sostiene Aguirre “... los forasteros ocupan lo considerable del comercio [...] contraen sus alianzas con la gente principal, ya por el amor ó la conveniencia y de este modo subsisten las casas de más viso”.

⁵Archivo General de la Nación (en adelante AGN), IX-14-9-9 Francisco de Paula Sanz a la Dirección, Asunción, 13 de abril de 1779, en Sanz (1977: 31).

⁶Idem

⁷Idem

⁸Ibidem. p. 40

⁹Razón que de su Visita General da el Dr. Dn. Manuel Ant^o de la Torre Obispo del Paraguay al Real y Supremo Consejo de Indias, Año de 1761 “Asunción del Paraguay septiembre de 1761” en Archivo General de Indias (en adelante AGI), Buenos Aires, 166, citado por: Fernando Aguerre Core (1999: 115).

carreta; esto por una calzada , añadiéndose lo montuoso que la sobrepone...” (Aguerre Core, 1999:19).

Aguirre (1949: 271) coincide con Sanz cuando afirma que la razón del esparcimiento hacia la campaña se debe al constante ataque de los infieles y con respecto a Asunción sostiene que se ven “... separados sus edificios, profundas las calles, respecto a sus niveles y ellos desproporcionados también según sus diferencias en tiempo de edificación. A unas se sube por escala, á otras por rampa y otras están al andar del piso”.

La gente, afirma Sanz que: “... andan enteramente desnudos hasta la edad de catorce o quince años tanto los de uno como los de otro sexo; los más jóvenes y viejos usan generalmente sólo un tarrabo, y visten camisa y calzón únicamente cuando bajan a esta ciudad o en los días que acuden a misa [...] [en la capital] su vestido no es de más lujo que el de mudar el tipoy en una camisa, un brial – cada una según puede–, un justillo, una mantilla; y los hombres un calzón y jubón, no usando generalmente aquéllas el calzado sino para ir a la iglesia o a alguna visita”¹⁰. Al respecto el obispo de la Torre sostiene que: “... los moradores de aquella provincia exhibían una condición acorde con la miseria de la vivienda las mujeres campesinas se contentan con tener una camisa de algodón burdo [...], que parece túnica [...], profesando la descalsez todas como si fuera voto solemne de la Provincia: los hijos e hijas de familia regularmente andan desnudos y desnudas, hasta que les ocupa la vergüenza la que parece no tienen de diez y aún de doce años” (Aguerre Core, 1999: 116).

Félix de Azara (1969: 287-288) describió que aquellos que tienen un mejor pasar usan jubón, chaleco y pantalones, además de calzados y poncho, en cambio los más pobres: “... se limitan a amarrar a los riñones con una cuerda la chiripa que es un pedazo de tela basta de lana. Hay muchos que no tienen camisa [...] las mujeres llevan los pies desnudos y son sucias. Su traje se reduce ordinariamente

a una camisa amarrada a los riñones con un cinturón, y sin mangas, con frecuencia no tiene ninguna para cambiarse...”.

Con respecto a la alimentación sostiene Sanz que la mayoría se “... mantienen de frutas silvestres, como es la mandioca o la palma, sin conocer el pan ni otro más alimento condimentado que el maíz”¹¹ y que además del gobernador y uno que otro canónigo “... no se podrán contar seis casas donde se alimenten con pan y carne fresca; porque ésta , o no la comen [...] por falta de carnicería para el público”¹². Por su parte de La Torre informaba que sólo en la comunidad de Padres Jesuítas se comía pan de trigo (Aguerre Core, 1999: 116-117) y Aguirre (1949: 392) sostenía que todo lo necesario se debe fabricar en las casas, como ser el pan, el bizcocho, el chipá, las velas etc., por su parte Azara (1969: 94) afirmaba que en la campiña argentina “los pastores no comen pan y viven exclusivamente de carne. Los de las Misiones jesuíticas y del Paraguay están en el mismo caso; pero los labradores hacen pan de maíz y de manioc o cazabe [mandioca]”.

Así mismo destaca la función primordial y fundamental del maíz del que se conocían diversas especies de dicha especie y que “... la gente del país hace una porción de guisos y especies de pan diferentes, empleando para cada objeto la clase de maíz conveniente, porque cada una tiene sus ventajas respectivas; y yo creo que una crece más de prisa que la otra” (Azara, 1969: 97). En este estado de carestía se produjo el establecimiento de la Renta y la posterior residencia de Félix de Azara en el Paraguay.

3.- Establecimiento de la Real Renta de Tabacos y Naipes en el Paraguay

La Real Orden que creó la Renta en el Virreinato del Río de la Plata fue comunicada al virrey del Río de la Plata y al superintendente general subdelegado de Real Hacienda el 5 de febrero de 1778¹³, siendo designado Director don Francisco de Paula

¹⁰AGN IX-14-9-9 Francisco de Paula Sanz a la Dirección, Asunción, 13 de abril de 1779, en Sanz (1977: 32).

¹¹AGN IX-14-9-9 Francisco de Paula Sanz a la Dirección, Asunción, 13 de abril de 1779, en Sanz (1977: 31-32).

¹²Ibidem, p. 32

¹³AGN, IX 46-S/a-. Joseph de Gálvez a Manuel Ignacio Fernández. El Pardo, 5 de febrero de 1778.

Sanz¹⁴, quien gozaba de la plena confianza del ministro de Indias Joseph de Gálvez. Sanz zarpó en abril de 1778 para su destino acompañado de algo más de doce funcionarios (Sanz, 1977: 5). Llegaron a Montevideo el 9 de julio y en esa ciudad fueron recibidos por el Virrey y por el superintendente de la Real Hacienda Manuel Ignacio Fernández, quien ya había realizado las gestiones en la Isla de Santa Catarina y en la colonia de Sacramento para la contratación de los maestros portugueses que se encargarían de la producción del tabaco negro torcido¹⁵.

La Junta de Dirección determinó que la zona exclusiva de producción sería la Provincia del Paraguay por su clima y por los antecedentes de la producción, y por sobre todo, por la ventaja que el transporte fluvial que ofrecía para una ágil provisión de las administraciones de las provincias meridionales del Virreinato. Sanz se dirigió inmediatamente hacia el Paraguay y pasando por Santa Fé y Corrientes, el 16 de marzo de 1779 llegó a Asunción. Encontró al país en un estado “*miserable*” ya que ni siquiera lo indispensable se podía adquirir para que subsista una persona que no había nacido en la Provincia del Paraguay¹⁶.

Los miembros del Cabildo lo invitaron para que asistiese a una reunión de dicho cuerpo municipal a

celebrarse el 26 de marzo (Arias Divito, 2001: 11), para tratar el asunto del monopolio¹⁷.

Acudió Paula Sanz acompañado por el gobernador Pedro Melo de Portugal e informó a los capitulares¹⁸, cuál era el proyecto del Rey que venía a implementar, por lo que pagaría por la arroba del tabaco de hoja 14 reales de plata y por el de pito 10 reales¹⁹. Los miembros del Cabildo pretendían que se pagara por la arroba de hoja 24 reales y por la de pito 16 reales, y se comprometieron a presentar por escrito los argumentos por los cuales exigían precios más altos. Tal fue la demora, que el director temió –con certeza– que el retraso era malintencionado, porque se aproximaba la Semana Santa, tiempo en que los labradores se acercaban a las cabeceras de las capillas y villas para asistir a los ritos católicos. Ante esta eventualidad, el 29 de marzo de 1779, promulgó el Bando que fue publicado por Auto del gobernador dos días después²⁰ para que los cosecheros formalizasen las contrataciones a cambio de pago en moneda metálica. A pesar de esta oferta no se presentó ningún cosechero, debido a la acción de los propios capitulares y sus representantes en la campaña²¹, pues prometían un aumento del precio ofrecido.

Tras un mes de un intercambio bastante agrio

¹⁴Sobre la biografía de Francisco de Paula Sanz ver Rípodas Ardanaz (2002: 1489-1515).

¹⁵AGN IX-15-1-8 y en AGI, Buenos Aires, 417, según cita de Rípodas Ardanaz (1977: 6).

¹⁶Ibidem, p. 40-41. Como ejemplo menciona que solo podrían ser seis las casas en donde se consumían pan y carne fresca, pues la ciudad de Asunción no contaba con carnicerías.

¹⁷Según hemos podido constatar en las Actas del Cabildo esta reunión no quedó asentada en dichos documentos. Ver ANA, sección histórica (en adelante SH), 14, núm. 4. Actas Capitulares de 1777 a 1780.

¹⁸El Cabildo Justicia y Regimiento de la ciudad de Asunción del Paraguay estaba conformado por: don Bernardino Robledo, Alcalde ordinario de Primer Voto, don Francisco Xavier de Azevedo, Alcalde Ordinario de Segundo Voto, don Josef Cazal y Sanabria, Procurador Síndico General de la Ciudad, Capitán Reformado don Juan Josef Montiel, Alcalde de Santa Hermandad, don Roque González como Alcalde de Santa Hermandad de segundo voto, don Josef Cañete para Defensor de Menores y don Bernardo de Haedo para Defensor de Pobres y Don Marselino Quintana como Mayordomo de la ciudad, además don Fernando Larios Galván alférez Real y Regidor Decano don Antonio Caballero de Añazo y los regidores perpetuos Fermín de Arredondo y Lobatón, Francisco Xavier Benítez, en ANA, SH, 141, núm. 4 Actas Capitulares de 1777 a 1780.

¹⁹El tabaco de hoja era de mejor calidad que el de pito, y en las cosechas era la menor cantidad que se producía.

²⁰ANA SH, 143, núm. 22 Bando del Director de las Reales Rentas de Naipes y Tabacos del virreinato del Río de la Plata, Asunción 29 de marzo de 1779.

²¹Al respecto de la acción de los Capitulares informaba Sanz que “*En esta Semana Santa han acudido muchos de aquellos por sí ó por sus criados en la campaña unos cobrando en tabaco sus deudas, y otros con carretillas o caballos cargados de generos y mercancias tomando á cambio de estos a punto han podido recoger del pobre cosechero que por su mayor miseria se halla imposibilitado de bajar a la ciudad aun en estos días festivos*” en AGN IX 14-9-9 Francisco de Paula Sanz a la Dirección, Asunción 13 de abril de 1779.

con los miembros del Cabildo –que al no estar de acuerdo acudieron ante el Virrey–, Francisco de Paula Sanz publicó un nuevo Edicto, el 8 de mayo, en el que desmentía los rumores que se habían diseminado por la campaña paraguaya²², además prohibió la extracción del tabaco y la introducción de naipes al igual que el tabaco en polvo²³. El 21 de mayo de 1779 Paula Sanz, antes de partir para las Misiones Guaraníes, dio las instrucciones necesarias para la Administración General y Factoría del Paraguay²⁴. Mediante el monopolio del tabaco, ingresó sistemática y continuamente la moneda de plata, dinamizando e incrementando la economía provincial paraguaya, por lo que el tabaco pasará de ser moneda provincial para convertirse en mercancía exclusiva del Rey.

4.- El Análisis y la opinión de Azara sobre la Real Renta de Tabacos y Naipes

En el marco de la política internacional desarrollada por Carlos III en lo que respecta a asegurar las fronteras de la América Española, se produjo la firma del Tratado de San Ildefonso el 1 de octubre de 1777 con Portugal. Para su cumplimiento en la región del entonces recién creado virreinato del Río de la Plata, se designaron cinco partidas demarcadoras, una de ellas estaría bajo el mando de un coronel de ingenieros de origen aragonés, Félix de Azara y Perera. El motivo de su introducción como comisario se explica en el hecho que el propio Azara solicitó “... pasar a la Marina desde el Cuerpo de Ingenieros en que sirve”²⁵, la solicitud corrió pues pensaban que de su “... habilidad podemos sacar utilidad empleandole en la División de terrenos y en levantar los planos necesarios”²⁶. Es así que Azara el 22 de octubre de 1781 recibe la orden de trasladarse a Lisboa²⁷. El 23 de enero de 1782 zarpa de

Lisboa²⁸, el 12 de marzo arriba a Río de Janeiro, para luego dirigirse a Montevideo a cuyo puerto arriban el 13 de mayo de dicho año (Piñera y Rivas, 1992: 8-13). Azara como comandante de la Tercera Partida Demarcadora llegará a Asunción el 9 de febrero de 1784 y permanecerá en ella durante trece años (Martínez Martín, 1998: 517). Durante su larga estadía pudo realizar importantes “... observaciones, interpretadas con la precisión de un científico y con la agudeza e intuición de un fisiócrata convencido...” (Cañedo Argüelles Fábrega, 1998: 129). Azara como bien lo define Martínez Martín (1998: 507), fue “... un gran investigador sobre la Provincia del Paraguay”, y en este contexto es que procederemos a exponer sus opiniones sobre la Real Renta.

En varios de sus textos Félix de Azara dejó testimonio de su opinión sobre la Real Renta, que procederemos a exponer y a contrastar con las informaciones extraídas de los Archivos consultados con el objetivo de comprobar el grado de exactitud de sus observaciones en este aspecto.

En los **Viajes por la América Meridional**, afirma Azara que la exportación de tabaco representaba 60.000 pesos fuertes anualmente a la Real Hacienda, sin muchos funcionarios que se encargasen de la percepción de dichos derechos. Pero esta situación según lo describe el autor en el siguiente fragmento: “*El tabaco circulaba libremente por todas partes; pero en 1779 se estableció una Administración de rentas estancadas que no rinde nada o casi nada al Tesoro Público. Se emplea una multitud de gente que podría hacer otra cosa; el Gobierno está acosado de reclamaciones, de cuentas y de papелotes; los comerciantes y los viajeros están sujetos a mil formalidades; en fin , que era mucho mejor que jamás se hubiera pensado en semejante estableci-*

²²AGI, Buenos Aires, 418. Francisco de Paula Sanz a la Dirección, Buenos Aires 26 de julio de 1779.

²³ANA, SH, 144, núm. 2 Edicto del Director Francisco de Paula Sanz, Asunción 8 de mayo de 1779 ratificado por Bando del superintendente general subdelegado Manuel Ignacio Fernández fechado en Buenos Aires el 24 de julio de 1779 y publicado por Bando del gobernador Pedro Melo de Portugal el 6 de septiembre de 1779. En ANA, SH, 143, núm. 23.

²⁴AGN, IX 44-6-1. Instrucciones para la Factoría del Paraguay.

²⁵Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Sección Estado (en adelante Estado), 4554, núm. 1. El Marqués de Castejón al Conde Floridablanca, San Ildefonso, 31 de julio de 1781.

²⁶Idem

²⁷ADN, Estado, 4554, núm. 1. Miguel Múzquiz al Conde Floridablanca. San Lorenzo, 22 de octubre de 1781.

²⁸Dato proporcionado por Julio Contreras Roqué, tomado de Mones y Klappenbach, 1997: 195, quienes concluyen que el 23 de enero es la fecha correcta en que zarpa Azara de Lisboa.

miento. El tabaco del país parece tener buen gusto y poca fuerza. El proyecto era sacar de esta colonia los 20.000 quintales que consumen las expendedorías de España; pero no se calculó el número de brazos con que se podría contar; no se tuvo en cuenta que los cultivadores, no siendo esclavos, se harían pagar más caro; se olvidó que sujetar a un monopolio la venta de una planta era casi lo mismo que destruirla enteramente. En efecto, cuando el comercio del tabaco era libre se exportaban más de 15. 000 quintales por año, y hoy no se pueden obtener los 5.000 que harían falta para las pequeñas expendedorías” (Azara, 1969: 95).

En cambio en la crónica todavía muy primeriza, que escribió de su Viaje de Buenos Aires a Asunción, Azara (1871: 411) observó otra causa de la disminución de la producción del tabaco. “La decadencia en el cultivo de tabaco que se experimenta de pocos años á esta parte consiste en parte de que de repente se han vuelto ganaderos todos los paraguayos que hoy habitan desde el Paraná aquí y otros que del mismo modo se han extendido hácia el Jeju y por la costa de la villa de Concepción. Dedicados al holgazán pastoreo no piensan en tabaco ni en chacarear”.

En la **Geografía Física y Esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes**, es en la que más explaya sobre la producción del tabaco, debido a la extensión procederemos a extractar las afirmaciones más relevantes para este trabajo. Azara afirma cuanto sigue: “La principal producción de cultivo es el tabaco que plantan en rozados despejados en los bosques, para que las hojas sean mayores. Esta aparente utilidad tiene el grave inconveniente de que el tabaco sale muy flojo. Lo benefician de 3 calidades que llaman hoja, pito y torcido; en la 1a sólo entran las hojas grandes, en la 2a las pequeñas y la 3a es como el del Brasil: ésta casi se beneficia sólo en los Pueblos porque se les precisa á ello. Hasta el año de 1779 era el tabaco género comerciable y se llevaba atado al Virreinato; pero en dicho año lo estancó S.M. con grande sentimiento de la Provincia, la cual no llega á entender las ven-

tajas que de ello se le seguían, porque este era un medio seguro de introducir moneda que no conocía y de quedar muy beneficiada con los buenos precios á que se lo pagaba el Rey que eran á peso y medio la arroba de pito, dos el de hoja 3 3/8 el negro” (Azara, 1904: 333-334).

Según Azara el hecho de que el estanco haya introducido la moneda, causó efectos muy positivos en la Provincia del Paraguay, dichos adelantamientos afirmaba Azara “... se hacen increíbles á los que los vemos”.

Azara procede luego a analizar diversos aspectos concernientes al funcionamiento de la Renta, como ser la expectativa de producción que era de 30.000 arrobas de hoja y de pito y 30.000 de tabaco negro para suplir la sangría de dinero hacía Portugal por la compra del tabaco Brasil²⁹.

Con respecto a esta expectativa Azara sostiene que en primer lugar no se tuvo en cuenta que la producción en el Paraguay la harían “hombres libres” y que por lo tanto tendría un costo mayor, además se aumentó la dotación de dependientes de la Renta para realizar la recolección de los tabacos en los meses de mayo, junio y julio. Esos funcionarios según la visión azariana se caracterizaban por lo “... crecido de sus salarios, no proporcionados al trabajo de cada uno”.

El monto devengado por la Renta anualmente es de 50.000 pesos para la compra de los tabacos y gasta unos 12 mil pesos en los sueldos de los funcionarios. Estimaba Azara que “Yo estoy bien seguro que cualquiera comerciante de esta Ciudad acopiaría solo la misma cantidad por 7.500 pesos, ó con que se le diese el cuatro por ciento de comisión según estilo del comercio que serían 2 mil pesos; por cuya cantidad el mismo costearía la peonada para el recibo y los almacenes...” (Azara, 1904: 334).

Para Azara el gasto en tantos funcionarios no garantizaban un mejor control de los libros de contabilidad y por sobre todo la efectividad en la lucha

²⁹Para dirigir la producción de tabaco negro a imitación del Brasil, la Corona contrató a maestros portugueses hábiles al efecto en el Brasil, quienes permanecieron en el Paraguay cumpliendo diversas funciones aún luego que se cancelara la producción de dicho producto.

contra el contrabando.

Procederemos a contrastar las observaciones de Azara con respecto a la Renta con la documentación generada por dicha oficina. La recolección de ese año de 1779 no fue fácil pues existían: “...vozes tan contrarias á ese intento , q^e se esparcieron por toda la Campaña, y q^e no creo pudieron tener otro origen, q^e de los mismos capitulares, y algun otro mal intencionado, quienes supe habian resuelto no entregar ni un mazo de tabaco hasta la resolución del S^{or} Super Intend^{te} q^e esperaban favorable a sus ideas...”³⁰.

Pero la situación no mejoraba pues fueron numerosos los autos que publicó el gobernador Pedro Melo de Portugal, para incentivar y recordar a cosecheros y comisionarios de campaña de la imperiosa necesidad del cultivo del tabaco³¹, esto debido al desinterés de varios productores en el cultivo del tabaco colorado y del tabaco torcido negro³². Este último producto era de sumo interés para las finanzas de la Corona, pues se pretendía ahorrar el metálico que se invertía en comprar dicho producto a los portugueses para abastecer a los consumidores que preferían este tipo de tabaco. En 1780 el gobernador Melo de Portugal afirmaba que: “... ya reconose la Provincia grandes ventajas para cuio efecto prebengo a los cosecheros de esta especie no desmayen en el plantío y el cultibo de la planta de tabaco a [roto] con el motivo de los extragos que pudiese hav[er] ocasionado en las heras el yelo del Ymbierno antesedente y este ó qualesquiera otra

plaga...”³³. Por lo tanto ordenaba a los que habían perdido por causa de las heladas sus eras del tabaco “... las repongan puntualmente en todo este mes de agosto qe es tiempo oportuno...” así como a los que por indolencia no las hubieran preparado³⁴. Años después exhortaba a los cosecheros para que “... se empeñasen todos y cada uno segun sus posibles a la siembra y cultivo de este genero puesto que prometia tantas ventajas asi a los cosecheros por el precio invariable de este fruto...”³⁵.

Pero muchas de estas órdenes y exhortaciones quedaron sin surtir efecto, pues los que habían contratado con la Renta para proveer el tabaco negro torcido, además del precio que recibirían, los matriculados gozaban del privilegio de la exoneración del servicio militar como incentivo³⁶. Pero este privilegio al poco tiempo no se cumplió, pues en 1781 el Virrey ordenó al gobernador del Paraguay la remisión de “... mil hombres de los mas escogidos y de mejor calidad de esta Provincia para las urgencias que ocurren en el día...”³⁷, para lo cual fueron movilizados principalmente los cosecheros de tabaco por “... ser estos de los de la mejor calidad de la provincia”³⁸.

Las producciones de las cosechas se pueden observar en la tabla número 1. Un breve comentario sobre la misma nos indica cuanto sigue: en 1782 la cosecha alcanzó el 32% de la producción del año anterior. Pero los inconvenientes no cesaron. En 1783 se incrementó la cantidad recolectada, mas no alcanzó el nivel de 1781. En 1784 aumentó a pesar de la plaga de la langosta que afectó a la Provincia

³⁰AGI, Buenos Aires. 418. Francsico de Paula Sanz a Joseph de Gálvez. Buenos Aires 26 de julio de 1779.

³¹ANA, SH,147, núm. 3. Bando sobre la Fábrica del Tabaco Torcido Negro del Gobernador Pedro Melo de Portugal. Asunción 22 de enero de 1781y en ANA, SH,147,núm. 32. Bando sobre Plantación de tabaco del gobernador Pedro Melo de Portugal. Asunción, 31 de mayo de 1783.

³²Se puede observar según varios informes que varios productores preferían dedicarse a la producción de caña de azúcar o invertir en la explotación de yerba mate y maderas, por ser libre su comercialización.

³³ANA, SH,144,núm. 16. Auto para que no desmayen los cosecheros del Tabaco en el cultivo de esta planta del gobernador Pedro Melo de Portugal. Asunción, 11 de agosto de 1780.

³⁴ANA, SH, 47,núm. 32. Bando sobre Plantación de tabaco del..., “... por qualquier causa los hago responsables al daño e interés publico a mas de otras penas que reservo en mi arbitrio y que no sean menores que destierro y perdimiento de oficio”.

³⁵ANA, SH,147,núm. 29 Bando sobre fomento del cultivo del tabaco del gobernador Pedro Melo de Portugal. Asunción 27 de mayo de 1782.

³⁶ANA, SH, 147,núm. 2. Bando sobre contratas para producción de tabaco torcido negro de Manuel Ignacio Fernández. Buenos Aires 13 de diciembre de 1780.

³⁷ANA, NE, 526. Pedro Melo de Portugal a Rafael Guerrero. Asunción 18 de abril de 1781.

³⁸ANA, NE. 526. Pedro Melo de Portugal a Rafael Guerrero. Asunción 18 de abril de 1781.



en el segundo semestre de 1783³⁹, para el factor González, uno de los motivos de lo corta que fuera la cosecha, fue que el de 1783 “... fue un año de mala cosecha (como suele suceder) y que experimenten considerable desecho, puede ser motivo para el desaliento...”⁴⁰.

En 1785 aumentó la producción levemente debido a la plaga de langostas y al gusano que hacían estragos en los tabacales⁴¹. En 1786 la recolección fue un éxito pues se triplicó la producción alcanzando las 52.491 arrobas de tabaco en rama. Al año siguiente nuevamente la naturaleza provocó una disminución –se pueden observar en la tabla número 2 las cosechas que fueron afectadas por las calamidades naturales–, según informaba González “... en febrero de 1787 podía esperarse que la cosecha produjera de 16 a 20.000 arrobas...”⁴², por lo que la recolección de las 34.698 arrobas significó un éxito. Debido a la mala calidad del tabaco negro torcido, el virrey Marqués de Loreto ordenó, además de parar la producción como se lo instruía el ministro Váldez. Además dispuso limitar la producción del tabaco en rama a 9000 arrobas⁴³. Esta medida produjo una decadencia de la Renta y tuvo consecuencias funestas, pues muchos más cosecheros prefirieron dedicarse a otros rubros de la producción agrícola.

Para el factor González los motivos de la baja producción fueron, en primer lugar, que antes de la Renta, se recibía el tabaco “... sin reconocer su calidad...” y que los grandes propietarios se dedica-

ban a su cultivo de modo a dedicarse al comercio y ahora sólo lo hacen los más pobres⁴⁴ la mayoría se dedicaban a “... otros frutos que juzgan más lucroso [sic]...”⁴⁵. Por este motivo la Dirección acordó el aumento del precio a 12 reales la arroba del de pito y 16 reales la de hoja⁴⁶.

En lo que respecta a los gastos de la Renta creemos que Azara tenía una idea aproximada, pues según los cálculos realizados la Renta gastaba aproximadamente 50.000 pesos en cada cosecha anual de tabaco en rama, pero en los sueldos de los funcionarios su gasto era de unos 4550 pesos anuales.

Entre 1779 y 1789 el funcionamiento de la Real Renta implicó el ingreso de una masa monetaria de más de 500.000 pesos que tuvo consecuencias favorables para la economía provincial, ahora bien, el capital acumulado por varios comerciantes y medianos productores fue utilizado para la explotación de la yerba mate y de las maderas⁴⁷. Esto provocó evidentemente un aumento de la ocupación del territorio que implicó una disminución de los bosques y por ende una alteración de la biodiversidad. Este capital sirvió para aumentar el proceso de fundación de nuevos asentamientos humanos en la región oriental de la Provincia como se puede observar en el mapa adjunto⁴⁸. Con respecto a la venalidad de los funcionarios, la magnitud de la misma fue tal, que en 1789 se realizó una investigación que descubrió las serias falencias y la corrupción de la Renta, pero no hubo destituidos según se observa en el expe-

³⁹ANA, SH,147,núm. 29. Bando sobre plaga de Langosta del gobernador Pedro Melo de PORTUGAL. Asunción, 9 de octubre de 1783.

⁴⁰AGN, IX 20-7-7. Juan José González a la Dirección. Asunción 13 de septiembre de 1784.

⁴¹AGN, IX 20-7-7. Juan José González a Pedro Dionisio Gálvez. Asunción, 13 de marzo de 1784, pero en la comunicación anterior del 13 de febrero de 1784 informaba que la Langosta había consumido un tabacal de 60 mil plantas en el pueblo de Altos.

⁴²AGN, IX 38 s/a 2. Pedro Dionisio Gálvez a Juan José González, Buenos Aires 13 de marzo de 1787, citado por Arias Divito (2001: 105).

⁴³AGI, Buenos Aires, 423. Fray Antonio Váldez al marqués de Loreto. Madrid, 6 de agosto de 1789. AGN IX 46-s/a-2. El marqués de Loreto a la Dirección General. Buenos Aires, 1 de febrero de 1789.

⁴⁴Ibidem

⁴⁵Ibidem

⁴⁶Arias Divito (2001: 99). La dirección estaba compuesta por Pedro Dionisio Gálvez, Francisco de Urdaneta y Manuel Amaya, pues Francisco de Paula Sanz sucedió a Manuel Ignacio Fernández como Superintendente subdelegado.

⁴⁷Jan M.G. Kleipenning, **Paraguay 1515-1870. A thematic Geography of its Development**, Madrid-Frankfurt Main, Iberoamericana-Vevuert, Vol. 2, 2003, p. 945

⁴⁸Ibidem, vol.1.p. 381-448

⁴⁹ANA,NE, 388

diente⁴⁹.

Por lo tanto, podemos afirmar que las observaciones de Félix de Azara no estaban equivocadas con respecto a la disminución de la producción de tabaco desde el establecimiento de la Renta. Los elementos que le faltó considerar fueron la calidad del tabaco que se producía antes del establecimiento del Estanco y el lucro comparativo que generaban los cultivos de azúcar y algodón y la extracción de la yerba mate a partir de la introducción de la moneda metálica. Si bien el monto mencionado por Azara estaba inflado, la Dirección disminuyó el número de funcionarios en varias ocasiones de modo a lograr una mayor rentabilidad en la factoría asuncena. Evidentemente Azara fue un observador perpicaz y por sobre todo un “fiel vasallo del Rey”.

5.- El conflicto de las exoneraciones del Servicio Militar

Analizar la disputa entre el gobernador Lázaro de Ribera y el marqués de Avilés, entonces Virrey del Río de la Plata no es sólo la oportunidad de profundizar en el conocimiento de cómo solucionar un problema administrativo, sino que nos permite acercarnos a la disputa de dos tipos de mentalidades que convivían en una misma época y en una misma administración. La misma se originó con la reforma que impulsó el virrey en las comunidades indígenas de las Misiones (Mariluz Urquijo, 1988: 278-281; Lynch, 1967: 105-108) y continuó con la visita del director de la Real Renta Francisco Ortega y Barrón, quien se trasladó al Paraguay a fines de 1800. Debido a la serie de malas cosechas, el director resolvió convocar a contratistas a los cosecheros, estableciendo como un privilegio la exoneración del servicio militar. Esto provocó la reacción del gobernador Lázaro de Ribera, quien recurrió por escrito ante el virrey, con fecha 17 de febrero. En dicha comunicación, sostenía Ribera que Ortega y Barrón, además de los auxilios que se le brindaron, exigió unas providencias que afectaban la seguridad y defensa de la

Provincia del Paraguay, la cual: *“Esta rodeada como todos saben de Naciones Bárbaras que la hostilizan sin cesar; cuya desgraciada circunstancia obliga a que todos sus moradores esten de continuo con las Armas en la mano, sirviendo a su costa con Armas y Caballos...”*⁵⁰.

Luego sostiene que fue el director el que se negó a responderle sobre la cantidad de cosecheros que fueron exonerados, pues según él, Ortega no podía *“... disimular los deseos que tenia de romper con el Gefe de la Provincia...”*⁵¹.

Según Ribera, los provincianos no podían servir al mismo tiempo, pues muchos se encontraban en los yerbales o como navegantes hacia las provincias de abajo, además sostiene que para la Corona es más importante la seguridad de la Provincia antes que el estanco pues desde la Conquista la misma no cuenta con una tropa reglada⁵², por lo que con el sistema de contratistas se produciría un desequilibrio en las guardias de los presidios, pues si en un partido no queda quien pueda cubrir “las fatigas militares” se deberá traer guardias de otro partido y con esto se producen: *“... dos inconvenientes: Primero que el Presidio de su Distrito queda sin fuerza: Segundo que los infelices soldados tendrían que conducirse de lugares remotos sufriendo triplicada fatiga, porque si antes les correspondía una guardia de dos en dos meses; ahora tendrían que hacerla cada veinte días por la falta de soldados...”*⁵³.

Esta situación traería como consecuencia la huida de los pocos que no estaban exonerados, y con ello se incrementaría el abandono de la “patria”, situación que se demostraba con la cantidad de paraguayos fugitivos que residían en Buenos Aires, Montevideo, Corrientes y Santa Fe⁵⁴.

Manifestaba que muchos de los contratistas “procedieron dolosamente”, pues se comprometían con cortas cantidades y con dicha contrata se exoneraban unas cuatro personas, dichas actitudes

⁵⁰Ana, NE, 3395. Oficio del gobernador Lázaro de Ribera al virrey marqués de Avilés. Caazapá, 17 de febrero de 1801.

⁵¹Idem

⁵²Idem

⁵³Idem

⁵⁴Idem



obedecían sólo a su interés personal y que: “... *no sera extraño que muchos soldados se hayan obligado á cantidades que no puedan cultivar solo con el objeto de verse libres del servicio militar, careciendo de tierras y de facultades...*”⁵⁵.

Fueron muchos los que intentaron verse libres del yugo del servicio militar para poder dedicarse de lleno a sus actividades económicas, sin el perjuicio del tiempo de traslado y permanencia en los presidios como sucedía en seis ocasiones anualmente.

Ribera expone sus propuestas para mejorar el funcionamiento de la Real Renta y solucionar los largos años de escasez, así por ejemplo, manifiesta que la primera dificultad para el sistema de contratas en el Paraguay es la carencia de grandes propietarios con grandes riquezas para invertir en la producción tabaquera; en segundo lugar que los cosecheros son pobres y que sus cosechas cortas y ante la eventualidad de una seca pierden toda su producción, a diferencia de los: “... *payses en donde hay grandes propietarios que pueden oponer a la accion de la naturaleza la reaccion de la industria haciendo sangrar un rio o estableciendo Norias que aseguran el riego á sus plantaciones...*”⁵⁶.

Al exponer su pensamiento sostiene que sin las contratas todos los cosecheros son soldados, pero con ellas se procedió a limitar a los cosecheros por un lado y a los soldados por otro. Que con esta situación en tiempos de cosechas afectadas por las inclemencias del clima, la Renta no podrá abastecerse como requiere y se acrecentarán los fraudes de cosecheros con contratas o sin ellas y de ese modo querrán lucrar con las pocas existencias que logren. Para Ribera “*La Renta no puede por este camino simentar [sic] la seguridad que desea ni afianzar en todos tiempos el numero de arrobas de tabaco que se ha propuesto recolectar...*”⁵⁷.

Ribera justifica su posición desde un punto de vista fisiocrático, al afirmar que en las actividades agrícolas, sólo se evitan los períodos de carestía con el fomento del labrador, pues: “... *las necesidades y el interes dirigen todas las acciones del hombre: únanse estos resortes y los ombres por su instinto natural obrarán de concierto para prevenir los objetos de sus necesidades y de su codicia*”⁵⁸.

La propuesta al virrey consistía en que la Renta compre cada año seis a ocho mil arrobas más de las necesarias, de ese modo, se tendría reserva suficiente para los años con carestía de tabaco. Ante el temor de la Dirección que permanezca en los Almacenes Generales una gran cantidad de tabaco debido a una serie de años de buena cosecha, sostenía Ribera que esperar seis u ocho años de abundantes en tabaco sería “*methaphisico*”, y en el caso que así sucediese y la Renta tuviese un sobrante de veinte mil arrobas que debe quemar por el precio que paga por la arroba de tabaco de hoja y por el de pito perderá –según sus cálculos aproximados– cuarenta mil pesos, pero si viniesen años escasos y no tuviese la Renta con que proveer a los consumidores dejará de percibir unos 140.000 pesos, con ello “... *evita los clamores del Publico, establece la abundancia con su reputación y embaraza el contravando*”⁵⁹.

La respuesta del marqués de Avilés procedió a impugnar la afirmación de Ribera de que un solo hombre puede cultivar, beneficiar y empaquetar hasta (80) ochenta arrobas de tabaco⁶⁰. Con respecto al peligro para la seguridad de la Provincia, sostenía el virrey que las contratas “... *no pueden originarla su indefensión atento al excesivo numero que tiene de Hombres capases de tomar las Armas...*”, además que “... *los Infelices Barbaros del Chaco han clamado y reclaman con la mayor solemnidad por su civilización desde el año de setecientos setenta y quatro...*”, pero la inacción no ha conseguido lograr tal propósito, motivo por el cual se mantiene un

⁵⁵Idem

⁵⁶Idem

⁵⁷Idem

⁵⁸Idem

⁵⁹Idem

⁶⁰ANA, NE, 3395. El Virrey Marqués de Avilés al gobernador-intendente Lázaro de Ribera. Buenos Aires, 19 de marzo de 1801.

⁶¹Idem

sistema defensivo permanente⁶¹. Advierte así mismo que no se debe atacar a los pueblos del Chaco sin cumplir con las formalidades establecidas en las Leyes de Indias –Requerimiento– y con autorización previa del Virrey⁶².

Concretamente sobre la exención del servicio militar, sostenía que los mismos serían “... la quinquagesima parte de sus ochenta mil Almas de Población que sera quanto mas los comprendida en las referidas contratas...”⁶³. Finalmente le ordena que remita las circulares a los Jueces y Comandantes para que respeten y cumplan con los privilegios y exenciones que gozan los cosecheros contratantes con la Renta⁶⁴. Este oficio fue comunicado por Ortega y Barrón al gobernador Ribera el 13 de abril de 1801⁶⁵. Ribera contestó de un modo grosero al ver que el Virrey apoyaba a su rival, al que “recomendó” abandonar la Provincia⁶⁶, mas no cejó en su posición y así, por un lado redactó una refutación línea por línea del escrito del marqués de Avilés y por otro lado comenzó a tratar el asunto con el Cabildo.

Ribera sostenía con respecto al cálculo del virrey, que debería descontar a las mujeres, a treinta mil indígenas, a los mulatos, esclavos, funcionarios del Rey, y a los miembros del estado eclesiástico, así como a los hombres mayores de 60 y los muchachos menores de 15 años con lo cual le quedaban tan sólo cinco mil quinientos y un hombres de Armas⁶⁷.

Con respecto al servicio militar y a los indígenas del Chaco, sostenía que hace más de dos siglos los “soberanos legisladores” tienen noticia de la situación de la Provincia; y que él como gobernador-intendente ha propuesto un proyecto de reforma militar que no le costará nada a la Real Hacienda,

dicho proyecto lo remitió a Buenos Aires en mayo de 1798⁶⁸.

El Marqués de Avilés escribió: “... ha sido muy extrañable de la Sup^d la conducta del S^{or} Gov^{or} Int^e del Paraguay a la oposición q^e ha hecho al cumplimiento de lo mandado en quanto a este particular, y en haver insinuándose con el mencionado Director p^a q^e saliese de aquella Provincia no correspondiéndole semejante gestion...”⁶⁹.

Se ratificaba en las exoneraciones y privilegios a los cosecheros, para lo cual ordenaba al ministro de Real Hacienda don Martín de Aramburu, que publique en su nombre el bando⁷⁰.

Ribera se apoyó en el Cabildo, en el que una mayoría estaba con el *statu quo* vigente en materia del servicio militar y luego de varios días de deliberación, el 28 de abril, el Cabildo envió al gobernador una carta para que proceda a remitir un informe de lo acontecido con la Visita de Francisco Ortega y Barrón a la Corte de Madrid. Ribera, evidentemente, se tomó su tiempo, pues casi veinte días después fechó la carta dirigida al ministro Miguel Cayetano Soler.

En la misma daba cuenta “... de los perjuicios que ha padecido y padece la R^e Renta de Tabaco por el mal regimen con que se maneja”; esa situación se originó, como ya expuso anteriormente, en la medida adoptada por el marqués de Loreto y por lo tanto provocó, “... los clamores del público, el descrédito de la Renta y el contravando, origen de la escasez, fueron los tormentos que pusieron las cosas en el ultimo termino de la desesperación”⁷¹.

Responsabilizaba de la dramática imprevisión

⁶²Idem

⁶³Idem

⁶⁴Idem

⁶⁵ANA, NE, 3395. Francisco Ortega y Barrón al gobernador Lázaro de Ribera. Asunción, 13 de abril de 1801.

⁶⁶ANA, NE, 3395. El gobernador Lázaro de Ribera al director Francisco Ortega y Barrón, Asunción, 13 de abril de 1801.

⁶⁷Idem

⁶⁸Idem

⁶⁹ANA, SH, 183,núm.6. El marqués de Avilés a Lázaro de Ribera. Buenos Aires, 18 de mayo de 1801.

⁷⁰Idem

⁷¹AGI, Buenos Aires, 366. El gobernador-intendente Lázaro de Ribera al ministro Miguel Cayetano Soler. Asunción, 18 de mayo de 1801.



a la falta de cálculos precisos de la Dirección, pues tan sólo se precisaban 45.000 arrobas en los cinco años anteriores a la visita, mas en dichos años “... *compro S.M. á estos cultivadores nobenta y cinco mil setecientos treinta y seis arrobas y seis libras, esto es, cinquenta mil setecientos y treinta y seis mas de las que havia pedido la Dirección ¡Que error de cálculo tan espantoso!...*”⁷². Luego expone los puntos principales de las cartas que había dirigido al director y al virrey, acompañadas de sus copias⁷³. Se despidió del ministro esperando que adopte las medidas convenientes a evitar los riesgos que amenazaban a la Real Renta y a la seguridad de la Provincia. El expediente fue sometido a la consideración de la Junta Consultiva de Fortificaciones y Defensa de las Indias, de la que era miembro Félix de Azara.

6.- El Informe de Azara para la Junta de Fortificaciones. Sus consecuencias

El 17 de mayo de 1803 en la Junta Consultiva de Fortificaciones y Defensa de las Indias, Azara expuso su parecer sobre la solicitud del gobernador de suprimir las contratas que había realizado el director Ortega y Barrón con los cosecheros a cambio de la exoneración del servicio militar.

La opinión de Azara fue lapidaria “... *aunque parece dudoso, que la real renta de tabacos de aquel virreinato [sic], en el pie en que está, sea útil al erario...*”, pero consideraba que no se debía suprimir dichas contratas. Sugirió que se racionalizase el número de ellas para “[...] *hacerlas menos arbitrarias [...], por lo tanto, recomendaba que fuera el propio gobernador quien realizara las contratas y no el director, ni mucho menos el factor de dicha Provincia*” (Azara, 1943b: 266)⁷⁴. Esto debido a que muchos firmaban las contratas con el objeto de exo-

nerarse del servicio militar y por lo tanto eran muy pocos los que debían cubrir los puestos en los diversos presidios distribuidos a lo largo del río Paraguay.

Además recomendaba al gobernador que busque celebrar contratas con los pueblos de indios, pues con dicha medida se tendrá el tabaco y ellas no afectarán al servicio militar, dado que sus habitantes no lo cumplen (Azara, 1943b: 266). Posteriormente, ante una nueva consulta por presentación reiterativa del gobernador Ribera, la Junta se ratificó en sus anteriores recomendaciones y por sobre todo, expresó que teme nuevas dificultades debido a la oposición de Ribera a la Renta, por lo cual se debía tener en cuenta que no podría seguir existiendo la Renta si no contara con el apoyo del gobernador (Azara, 1943b: 274)⁷⁵. Pues además se estaba considerando: “... *abolir el tiranico gobierno en comunidad de los Pueblos de Indios, á lo qual igualmente ha manifestado suma oposicion el referido Gobernador, deduciendo por las razones expuestas no és apto para ponerlo en execucion, á mas de ser obstaculo su corta graduación que solo es de Teniente con grado de Capitan; bajo este concepto y el dilatado tiempo que sirve aquel gobierno...*”⁷⁶.

Además de los motivos enunciados la Junta recomendó su sustitución debido a su proceder sobre el punto, pues manifestaba que han pasado tres años y los virreyes no han contestado sus presentaciones, en cambio a la Junta le constan dos respuestas y además: “... *ha entablado el mismo recurso por diferentes conductos quales son Vtro Generalísimo, el Ministerio de guerra y el Consejo de Indias, su estilo estudiado y poco respetuoso a sus xefes indica igualmente su personalidad con ellos y con el Director de la Renta de Tabaco, haciendo presumir que no habrá en todo lo que expone aquella ingenuidad que debe resplandecer en los que recu-*

⁷²Idem

⁷³El expediente que acompañó Ribera a su nota constaba de más de 100 fojas.

⁷⁴Se ha confrontado con el documento que consta en Archivo Militar de Madrid, (en adelante AMM), Colección General (en adelante CG), 5-1-3-7.

⁷⁵Esta consulta está fechada en Madrid el 18 de julio de 1803 y en ella se recomendaba separar del cargo a Lázaro de Ribera y unir al gobierno del Paraguay el gobierno de los treinta pueblos de Misiones Guaraníes y designar como gobernador a Bernardo de Velasco. Firmaron la consulta Pedro Mendineta, Josef Vasallo, Fernando Dariz, Francisco Reguera, Félix Azara, Pedro Cortés, Agustín García en AMM, C.G., 5-1-3-7.

⁷⁶AMM, C.G., 5-1-3-7.

⁷⁷Idem



rrren por ley y justicia á los altos tribunales...⁷⁷.

En el Consejo de Guerra se resolvió que mientras se escuche el descargo del virrey y la Dirección General de Tabacos del Virreinato del Río de la Plata se vuelva al sistema de aprovisionamiento propuesto por Ribera, es decir suprimir las contrata. Pero ese mismo error –reconocen los miembros de la Junta– hubiese cometido la Junta si no contaba con los informes de Félix de Azara y de Miguel de Lastarria⁷⁸.

Félix de Azara informó a la Junta que el sistema del servicio militar adoptado en la Provincia del Paraguay no era el más efectivo y que no era de tal magnitud el peligro que mencionaba el gobernador, pues las naciones bárbaras a que hacía mención eran muy diminutas y por lo tanto, no se requería de tantos hombres para las guardias (Azara, 1943b: 297). Luego de años de enfrentamientos, Lázaro de Ribera fue sustituido por quien hasta entonces cumplía las funciones de gobernador de las Misiones don Bernardo de Velasco e Huidobro.

Se intentaron realizar los ajustes propuestos por Azara, como ser la racionalización de las contrata y, por sobre todo, que los cosecheros demuestren poseer tierras de labranza, así como la Renta procuró en lo posible aumentar la producción en los pueblos de indios. Estas medidas no surtieron efecto debido a que la coyuntura regional impediría su concreción efectiva, pues en 1806 y 1807 se produjeron las invasiones inglesas al Río de la Plata y posteriormente se produciría la invasión Napoleónica a España.

7.- Consideraciones Finales

El Brigadier General Félix de Azara durante sus trece años de permanencia en el Paraguay e incluso luego de retornar a España, llegó a identificar los puntos que debían ser mejorados para lograr una efectiva administración de la provincia. Como hemos podido comprobar sus observaciones sobre la Real Renta de Tabacos en el Paraguay han sido en un sentido general acertadas. Hemos comprobado empíricamente que la producción del tabaco

disminuyó, por diversos factores como ser la calidad de producción, la naturaleza y la movilización militar, así como también por la dedicación de los cosecheros a otros rubros más beneficiosos como la caña de azúcar, la yerba mate o la extracción de maderas. De este modo el cultivo del tabaco fue un mecanismo para obtener recursos financieros y para realizar una mayor explotación del territorio, lo que implicó una disminución de la superficie de los bosques naturales, para dar paso a nuevos asentamientos humanos y a la habilitación de nuevas tierras destinadas a la agricultura y a la ganadería, produciéndose una alteración significativa del medio natural del Paraguay.

Sus observaciones y conocimientos sobre el Paraguay, le permitieron orientar adecuadamente las consultas de la Junta Consultiva de Fortificaciones y Defensa frente a la protesta del gobernador Lázaro de Ribera contra la exoneración del servicio militar a los cosecheros de tabaco. Azara sin perjudicar los intereses de la Renta, a pesar de su posición contraria al funcionamiento de la misma, colaboró en su sostenimiento, pero sin permitir tampoco que dichas exoneraciones significaran la liberación fraudulenta de la carga militar por parte de algunos vecinos paraguayos que no tenían siquiera una vara cuadrada para cultivar.

Queda claro que se precisa un estudio más profundo del Azara funcionario al servicio del Rey, no sólo como demarcador sino también como asesor deseoso de lograr una mejor administración de los intereses económicos y militares de la Corona en una provincia situada en los confines del Imperio.

Agradecimientos

A Don Julio R. Contreras Roqué por su confianza y apoyo a nuestra investigación, para la cual ha facilitado información valiosa, así como ha formulado relevantes observaciones al presente trabajo que le han dado una mayor precisión y rigurosidad.

Tabla núm. 1
Producción de Tabaco en Rama y Negro
1779-1789

Años	Tabaco en Rama		Tabaco Torcido Negro	
	Arrobas	Libras	Arrobas	Libras
1779	30274	8	0	0
1780	18869	1	741	4 ½
1781	14250	11	530	18 ½
1782	4956	9	1243	10
1783	13816	23	1780	6 ½
1784	16713	22	2729	½
1785	18010	7	3807	14 ½
1786	52491	18	4049	
1787	34967	8	7948	11
1788	23216	24	10272	11
1789	9504	2	9890	11 ½
Total	237171	8	42992	13

Fuente: AGN IX 44-4-1 Estado que manifiesta los tabacos enmanojado y negro torcido en esta Factoría General elaborado por Vicente Martínez a solicitud del gobernador Joaquín de Alós. Asunción, 13 de junio de 1792.

Tabla núm. 2
Cosechas de Tabaco que fueran afectadas por factores naturales

Años	Factores
1780	Fuertes heladas
1782	Sequía
1783	Plaga de langosta
1784	Langosta y gusano
1787	Sequía y langosta
1796	Gran cantidad de lluvias
1797	Sequía y gusanos
1798	Sequía y heladas
1799	Fuerte viento sur y sequía por un mes
1803	Sequía
1804	Excesivas lluvias

Fuentes: Ana, SH, 144, núm. 16. Auto para que no desmayen los cosecheros del tabaco en el cultivo de esta planta del gobernador Pedro Melo de Portugal. Asunción, 11 de agosto de 1780 ; ANA. SH. 147. núm. 29. Bando sobre plaga de Langosta del gobernador Pedro Melo de Portugal. Asunción, 9 de octubre de 1783; AGN IX 38-s/a -2. Pedro Dio-

nio Gálvez a Juan José González, Buenos Aires 13 de marzo de 1787 citado por Arias Divito[3].p. 105; AGN. IX-20-s/a-3. El factor Juan Joseph González a la Dirección. Asunción, 19 de junio de 1797; AGN. IX-20-s/a-3.El factor Juan Joseph González a la Dirección. Asunción, 19 de enero de 1796; AGN. IX-20-s/a-3. El factor Juan Joseph González a la Dirección. Asunción, 19 de diciembre de 1796; AGN. IX-20-s/a-3. El factor Juan Joseph González a la Dirección. Asunción, 19 de septiembre de 1797; AGN. IX-20-s/a-3. El factor Juan Joseph González a la Dirección. Asunción, 19 de enero de 1799; AGN IX-44-2-1. Factor interino Vicente Martínez a la Dirección General. Asunción, 19 de enero de 1803; ANA, SH, 194, núm. 6. José de Elizalde al gobernador-intendente Lázaro de Ribera. Asunción, 11 de enero de 1805.

Mapa de la Provincia del Paraguay. Fundaciones y Asentamientos Humanos 1700-1813

Fuente: Jan M.G, Kleipenning, **Paraguay 1515-1870. A thematic Geography of its Development**, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vevuert, Vol. 1, 2003, p. 332

El ingeniero militar Félix de Azara y la frontera americana como reto para la ciencia española

HORACIO CAPEL SANZ
Universidad de Barcelona

La obra de Félix de Azara es una prueba eminente de la importancia de América para la ciencia española. Al mismo tiempo permite comprobar la buena preparación intelectual y la capacidad de adaptación de un miembro destacado del Cuerpo de Ingenieros Militares. Tras una carrera dedicada a tareas de ingeniería militar, los azares profesionales le condujeron a América meridional, donde se convirtió en geógrafo y naturalista, y fue capaz de realizar, durante los veinte años que permaneció allí, una labor científica de gran valor, comparable en muchos aspectos a la de Alejandro de Humboldt en otras regiones americanas.

Para la ciencia europea el descubrimiento americano planteó, como es sabido, retos totalmente inesperados, desde la misma existencia de un nuevo continente, hasta el poblamiento humano y de especies animales y vegetales, todo lo cual fue inicialmente debatido en el contexto de una visión providencialista que dominó hasta el siglo XVIII. En la segunda mitad del Setecientos eran todavía muchas las preguntas que la ciencia europea se hacía y para las que el continente americano seguía siendo esencial. En este trabajo haremos alusión a algunas de las que se refieren a la geografía y a la historia natural, y examinaremos la actitud científica de Azara y sus posibles contribuciones a una línea de reflexión que conduciría a lo que Humboldt llamó la Física del Globo.

Teniendo en cuenta el objetivo de estas Jornadas organizadas por la Fundación Biodiversidad, parece oportuno centrar la atención en los aspectos del pensamiento de Azara referentes a geografía física y las concepciones ecológicas, en el camino que conduce al darwinismo, y en el debate de algu-

nas cuestiones de gran relevancia para el pensamiento ilustrado.

Los retos de América al pensamiento europeo

No cabe duda de que el descubrimiento y la colonización del Nuevo continente americano constituyeron todo un reto para la Monarquía Hispánica, brillantemente resuelto, y que a través de América España hizo aportaciones decisivas a la ciencia y la cultura mundial.

Desde el mismo comienzo del Descubrimiento dichos retos, y las respuestas que en España se dieron, contribuyeron de forma muy importante a configurar el espíritu de la modernidad europea. Para la ciencia, la irrupción de América planteó, como es sabido, cuestiones totalmente inesperadas: las características del nuevo continente y las dimensiones reales del globo terrestre, el origen del hombre americano y las especies animales y vegetales, la habitabilidad de la zona tórrida, la mejora de los instrumentos de marear para asegurar la navegación en los océanos, la extensión del diluvio, la antigüedad de las civilizaciones azteca e inca y otros muchos. La cartografía y el conocimiento del territorio eran indispensables para el dominio y explotación de los recursos.

En la frontera americana durante todos los siglos de la edad moderna se suscitaban cuestiones de importancia crucial para la ciencia y la cultura europea. Con referencia a ello hoy nos hacemos nuevas preguntas, que son vivamente debatidas por los especialistas, como los conflictos entre las tradiciones científicas indígenas y europeas, por ejemplo en medicina, las condiciones para el éxito de las



transferencias tecnológicas y la forma como afectan la estructura de la producción, la financiación o las formas de propiedad a la difusión de las ideas, o el funcionamiento de las comunidades de técnicos y científicos americanos durante la edad moderna, entre otras muchas a las que no podemos dedicar atención ahora (Lafuente, Elena y Ordóñez, 1993).

En la segunda mitad del siglo XVIII eran todavía muchas las preguntas que la ciencia europea se hacía y para las que el continente americano seguía siendo esencial. Ante todo, preguntas que se refieren a la geografía del globo terrestre. El conocimiento de nuestro planeta había avanzado considerablemente desde la época de los Grandes Descubrimientos del siglo XVI, pero todavía quedaban amplias regiones no conocidas y muchos enigmas. Por ejemplo, era poco lo que se conocía de África, continente que solo en el XIX entró plenamente en la geografía y en la ciencia; y eran muchos los enigmas en mares alejados como el Pacífico, e incluso en otros próximos como el Atlántico, como muestran las dudas sobre la isla de San Borondón. En lo que se refiere a América, quedaban todavía por conocer con precisión las regiones situadas en los bordes australes (Alaska, explorada por los rusos desde Asia, y el norte del actual Canadá) y meridionales (Tierra de Fuego y Patagonia, en realidad sólo bien exploradas y conocidas en el XIX). También eran poco conocidas las tierras interiores, de las que a veces se tenían noticias confusas, como ocurría por ejemplo, respecto a la Amazonia o al Pantanal.

No andaban errados los europeos que estimaban que la política de ocultación de noticias sobre América que había adoptado la Corona española era algo que había sido *“impuesto por la debilidad, el temor y la necesidad”* (Walckenaer, 1969: 16). El mapa de Juan de la Cruz Cano, impreso en 1775 y recibido inicialmente con grandes alabanzas, fue luego cuidadosamente ocultado debido a las negociaciones con Portugal y a los problemas que planteaba en relación con los límites de Brasil. En 1808 Azara podía escribir que dicho mapa *“ha sido desconocido por los sabios hasta hace poco”* (Azara,

1969: 16), lo que era cierto, ya que solo en 1802 el gobierno había autorizado su difusión, por motivos que tenían que ver otra vez con el trazado de los límites luso-hispanos en la actual frontera con el Brasil: los avances de los portugueses habían sido tan amplios que el mismo mapa que no servía tras el tratado de 1777, se convertía ahora en una prueba de sus usurpaciones (Capel, 1982, Cap. VII).

Quedaban también amplias parcelas poco conocidas del mundo natural. El desarrollo de la química y de la metalurgia planteaba igualmente numerosos problemas. Y el conocimiento del medio vegetal y animal americano, así como el de sus poblaciones indígenas, suponía ahora nuevos retos en relación con los problemas que se planteaba la ciencia de la Ilustración. La obra de Félix de Azara hizo contribuciones muy significativas en varias de estas direcciones fundamentales.

El ingeniero militar Félix de Azara ante los retos americanos

Azara estuvo doblemente en la frontera. Se movió a la vez en la frontera europea del continente americano, y en la frontera del imperio español frente al portugués en América. La formación que había recibido le puso en condiciones de dar respuesta a las cuestiones que le habían llevado a esas tierras, y a plantear por sí mismo otras nuevas. Y eso, a pesar de que su llegada a América no fue, al parecer, algo querido por él sino simplemente resultado de un azar diplomático. Vale la pena dedicar atención ahora a su formación profesional y a ese azar que le puso en las tierras americanas.

Félix de Azara había realizado de 1757 a 1761 estudios secundarios en la universidad de Huesca, donde vivía un tío suyo que era maestrescuela de la catedral; luego ingresó en el ejército (1764) y estudió en la Academia de Matemáticas de Barcelona, destinada a la formación de los ingenieros militares. Su expediente académico dice lo siguiente: *“Aprovechamiento teórico, bueno; aprovechamiento práctico y dibujo, mediocrementemente”*

¹Su expediente académico se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón, fondo de la Comandancia de Ingenieros, sec II, caja 121. Sobre el Cuerpo de Ingenieros Militares en el siglo XVIII, pueden verse, entre otros trabajos, Capel, Sánchez y Moncada (1988), Capel (2005) y Casals y Capel (2002).

En 1767, al acabar sus estudios, se incorporó al Cuerpo de Ingenieros de los Ejércitos y Plazas como ingeniero delineante y alférez. Hasta marzo de 1768 estuvo destinado en Barcelona, como experto en delinear, y en Figueras, asistiendo a las obras de construcción de la fortaleza de San Fernando. El mes de diciembre, por enfermedad pasó al monasterio de San Cugat. Los datos de su hoja de servicios y los estudios existentes nos permiten conocer su actividad en el Principado de Cataluña y las actividades que desarrolló en otras regiones².

En 1775 tomó parte de la expedición a Argel, donde cayó gravemente herido, y ascendió a ingeniero extraordinario. El 5 de febrero de 1776 fue nombrado ingeniero ordinario. Destinado a Gerona levantó el plano y perfil del curso del arroyo Galligans, firmado el 6 de mayo, y ese mismo año realizó también el plano perfil y elevación de un sector de la muralla de Gerona y de un torreón arruinado. Durante el año siguiente tuvo a su cargo las obras de recalzo de la muralla de la misma ciudad, siendo Capitán General de Cataluña el conde de Ricla; a fines de enero acabó también el plano del río Ter desde la presa de Bascanó hasta su unión con el río Oña, con las obras diseñadas para dirigir la corriente de forma que la ciudad de Gerona quedara libre de inundaciones (Álvarez Terán, 1980: 954). En mayo de 1779 estando en Lérida cayó enfermo y fue sustituido por otro ingeniero; pasó a Amer para curarse de su enfermedad y residió allí hasta el 16 de noviembre. Durante 1780 estuvo en Lérida, y el 16 de septiembre de ese año fue destinado a Guipúzcoa, junto con el ingeniero ayudante Narciso Codina.

Estando en San Sebastián trabajando en la reparación de las fortificaciones, a la edad de 35 años (o tal vez 39)³, recibió una orden conminatoria, que le llevaría de forma totalmente inesperada a América, donde permanecería veinte años. Él mismo lo ha contado, y su testimonio personal ha sido citado en varias ocasiones. Vale la pena reproducir sus pa-

labras: *“Encontrándome en 1781 en San Sebastián, ciudad de Guipúzcoa, en calidad de teniente coronel de Ingenieros, recibí por la noche una orden del general para marchar inmediatamente a Lisboa y para presentarme a nuestro embajador. Dejé en la primera ciudad citada mis libros y mi equipaje y partí a la mañana siguiente al romper el día, habiendo tenido la suerte de llegar pronto y por tierra a mi destino. El embajador me dijo únicamente que iba a partir con el capitán de navío don José Varela y Ulloa y otros dos oficiales de Marina; que estábamos todos encargados de una comisión, que el virrey de Buenos Aires nos comunicaría en detalle, y que debíamos marchar inmediatamente a esta ciudad de la América meridional en un buque portugués, porque estábamos en guerra con Inglaterra. Nos embarcamos todos en seguida y llegamos felizmente a Río de Janeiro, que es el puerto principal de los portugueses en Brasil. Por un despacho que se abrió al pasar la Línea, supe que el rey me había nombrado capitán de fragata porque había juzgado conveniente que fuéramos todos oficiales de Marina”* (Azara, 1969: 43).

El virrey, que era en aquel momento Juan José Vértiz y Salcedo, le comunicó que había sido nombrado miembro de la Comisión de Límites con Portugal en Brasil, y en calidad de tal se reunió con los comisionados portugueses en la provincia brasileña de Río Grande. Posteriormente se instaló en el Paraguay durante unos trece años, residiendo principalmente en Asunción y realizando un gran número de viajes por tierras paraguayas (Azara, 1994: 39-98).

En 1796 pasó a Buenos Aires, y se le dio el mando de la frontera sur del virreinato, en el territorio de los indios pampas, una región muy insegura, como lo expresa el mismo Azara al referirse a esta nación de indios, y se le ordenó reconocer el país y hacer avanzar la frontera hacia la Patagonia. Tuvo luego otras comisiones en el Río de la Plata, y se

²Datos biográficos en Capel *et al.*, 1983. Otros datos indican que trabajó también en Castilla (trabajos en los ríos Jarama y Henares), en Baleares (fortificación de Palma) y en el País Vasco. A mediados del siglo XIX Basilio S. Castellanos de Losada realizó ya una amplia biografía en dos volúmenes (1852-54).

³Azara siempre afirmó que había nacido en 1746, y así consta incluso en el retrato que hizo grabar para la edición francesa de los **Viajes por la América meridional**; sin embargo, la partida de nacimiento a su nombre da la fecha de 1742. Es posible que ocultara la fecha para poder entrar en el ejército.

le dio a continuación también el mando de toda la frontera Este del virreinato, es decir la que limita con el actual Brasil⁴. Finalmente, se le permitió volver a España en 1801, después de haber pasado veinte años en aquellas tierras.

Fue, la suya, sin duda, una vida dura, aceptada sin vacilaciones. El funcionario del Estado, militar o civil sabía que podía ser enviado a cualquier lugar por orden superior. Las normas eran muy estrictas y el gobierno tenía una máxima que el ministro Floridablanca expresó así: *“si en España hubiere dado algún sujeto pruebas de aquellas cualidades en capitánías generales de provincias o gobiernos, se le transferirá, aunque lo rehúse, a los virreinos y gobiernos de Indias”*.

La lealtad, obediencia, y subordinación eran totales y llegaban, incluso, a limitaciones en la vida privada. Los militares no podían casarse sin permiso superior, que generalmente no se concedía si la futura esposa no poseía una renta que le permitiera vivir en caso de muerte del marido (Galland Seguela, 2003, 2005). Como otros oficiales, Azara no pudo casarse y formar una familia en la edad adecuada para ello. No obstante, como pregunta su primer biógrafo, *“... nacido en un clima cálido, lleno de fuerza, de vigor y de salud, en la edad en que la sangre circula hirviendo por las venas, y criado en el campo, ¿podía tener el dominio de sí mismo y la voluntad de vencer este impulso que arrastra a un sexo hacia el otro?”*. *“No sin duda, responde”* el mismo; y a continuación nos informa de que Azara *“... perfectamente instruido del carácter y de la manera de vivir de las mujeres de aquellas regiones, esquivaba*

*ba cuanto podía a las indias cristianas y prefería a todas las demás las mulatas un poco claras”*⁵. Una declaración que, por innecesaria, no deja de resultar sorprendente.

En tierras americanas Azara, se enfrentó a lo desconocido con los sesgos de su formación inicial y de la experiencia que había ido adquiriendo. El ingeniero militar convertido en marino y encargado del levantamiento cartográfico y del establecimiento de los límites con Portugal en América se dedicó con ahínco a su tarea. Una labor a veces peligrosa, ya que él mismo escribe, al hablar de la fiereza de los charrúas, que *“... cuando yo viajaba por este país para reconocerlo, estos indios atacaron con frecuencia a mis exploradores, que eran en número de cincuenta o ciento, y mataron a varios”* (Azara, 1969: 188). Una buena parte de lo que realizó en el virreinato tiene que ver con la misión encomendada. Pero como era muy capaz y laborioso, y tenía tiempo, pudo dedicarse también a otras tareas.

La obra de Félix de Azara representa una valiosa contribución a la geografía, a la etnografía, a la historia natural y al conocimiento general de las regiones del Paraguay y Río de la Plata, y ha recibido gran número de estudios en relación con esas diversas aportaciones⁶. Durante los veinte años que estuvo ocupado en comisiones oficiales tuvo que *“hacer muchos y dilatados viajes”*, realizando también *“voluntariamente otros con el objeto de adquirir mayores conocimientos de aquellos vastos países”* (Azara, 1943a, prólogo). Fueron estos viajes y su infatigable dedicación los que le permitieron realizar una vasta obra científica que asoció su nombre al de Humboldt⁷. Hablaremos primero de sus trabajos

⁴En Azara (1994) se publican el **“Reconocimiento de la frontera de los pampas hecho por D. Félix de Azara en 1796 con el objeto de adelantar las guardias para la cría de ganado y proyecto de fortificación de El Chaco”**, el **“Informe sobre reducciones del Chaco y facilitar su camino para el comercio”** (1799), y una **“Carta al marqués de Avilés**, opinando sobre un proyecto de colonización del Chaco” (1799).

⁵Walckenaer (1969: 22). Lo que el mismo Azara pensaba de ellas lo escribió en (Azara, 1969: 276) estimando la frescura y dulzura de su piel: *“... y no es ésta la única ventaja que hace que los inteligentes prefieran las mulatas a las mujeres españolas, pues además pretenden que con dichas mulatas experimentan placeres especiales que las otras no les proporcionan. Además estas mulatas no son modelos de castidad ni resistencia, y es raro que conserven su virginidad hasta la edad de nueve o diez años. Son espirituales, finas y tienen aptitud para todo; saben escoger; son limpias generosas y hasta magníficas cuando pueden”*.

⁶Además de las primeras biografías sobre Azara, las de Walckenaer (1808) y Castellanos de Losada (1847), existen datos sobre su vida en trabajos posteriores, entre los cuales los de González (1943b); otras referencias pueden encontrarse en Baulny (1968), Torrens (1978-79), Capel (1981: 301-304), Beddall y López Piñero (1983), o Fernández Pérez (1992).

⁷Así aparece, por ejemplo en palabras del editor de los **Viajes a la América Meridional**, (Azara, 1969: 17), el cual

relacionados con la Expedición de Límites, que le llevaron a la geografía, y luego de sus contribuciones a la historia natural.

La actividad geográfica en relación con sus tareas como miembro de la Expedición de Límites

La obra de Félix de Azara es uno de los ejemplos más acabados de cartografía y descripción territorial realizados por un ingeniero militar. Como miembro de la Expedición de Límites realizó tareas geográficas, de reconocimiento territorial y levantamiento cartográfico, para lo que estaba bien capacitado por los estudios que había realizado en la Academia de Matemáticas de Barcelona.

El Curso Matemático que se impartía en el centro barcelonés había sido elaborado a partir de 1739 por su director Pedro de Lucuce, y se basaba en el **Compendio Matemático** del oratoriano valenciano Vicente Tosca (1ª edición 1707-15, reimpresión 1721 y 1757), el cual, a su vez, se basaba en el **Cursus seu Mundus Mathematicus** del jesuita francés Claude Milliet Deschales (1690). Ese curso se mantuvo sin cambios durante varias décadas, y todavía se impartía cuando él estudió. Era un curso dictado, y los apuntes eran tomados y conservados de forma manuscrita por los alumnos. Gracias a ello, conocemos bien el contenido general del mismo, que incluía estudios de aritmética, trigonometría y geometría práctica, fortificación, artillería, cosmografía, estática y arquitectura civil (Capel, 1987b; Capel, Sánchez y Moncada, 1988, Capítulo X). En lo que se refiere al tratado de cosmografía, conocemos, además, su contenido exacto a través de un manuscrito de 1776, publicado en Lucuce (2000). Es decir, como Azara estudió en los años anteriores a 1767, es evidente que fueron esos los conocimientos que obtuvo sobre Geografía en la Academia de Barcelona, y que incluían nociones matemáticas de la esfera celeste, la geografía, la hidrografía o náutica

ca y la cronología.

Además de ello, en el último año de la Academia los alumnos avanzaban en el conocimiento de la cartografía y en el dibujo y lavado de mapas y planos. Conviene asimismo tener en cuenta que en 1768, cuando Azara acababa de ingresar en el cuerpo, se publicó la nueva **Ordenanza de S. M. para el servicio del Cuerpo de Ingenieros en guarnición, y campaña**, que daba instrucciones muy precisas sobre la forma en que debían levantarse los mapas y formar los planos, así como las descripciones territoriales que habían de acompañarlos⁸.

Podemos pues, saber con exactitud lo que estudió, la concepción que tenía de la ciencia geográfica como ciencia matemática mixta y las normas que aprendió para la descripción de los terrenos que recorría. En todos estos aspectos Azara no hizo más que aplicar cuidadosamente las enseñanzas que como ingeniero militar había recibido.

A las tareas geográficas y cartográficas dedicó lo esencial de sus observaciones, preocupado siempre por fijar, ante todo, correctamente la posición de los lugares: *“el principal objeto de mis viajes, tan largos como múltiples, era levantar la carta exacta de aquellas regiones, porque esta era mi profesión y tenía los instrumentos necesarios”* afirma en la introducción de sus **Viajes por la América meridional**⁹.

En los reconocimientos y levantamientos cartográficos que efectuó en el virreinato del Río de la Plata el ingeniero Félix de Azara realizó numerosas mediciones usando de un avanzado instrumental científico. *“Nunca di un paso –escribe– sin llevar conmigo dos buenos instrumentos de reflexión de Halley y un horizonte artificial. En cualquier parte que me encontraba observaba la latitud, aun en medio del campo, todos los días al mediodía y todas las noches, por medio del Sol y de las estrellas. Tenía*

consideraba en 1808 que la revolución que se había operado en los conocimientos sobre América “colocarán a la cabeza de este interesante relato los nombres de Humboldt y Azara”. Esa idea fue compartida por Mitre, que consideró a Azara “el Humboldt moderno de esta parte de América”, en Azara 1943, introducción.

⁸Ordenanzas 1768, normas sobre los mapas en tomo IV, tratado II, título séptimo.

⁹Azara (1923: 61, 1969: 45). En los diarios de sus viajes (por ejemplo, en los que se publican en Azara 1994) puede comprobarse que, efectivamente, era la observación y cálculo de la latitud y longitud la tarea primera a que se dedicaba en cada lugar por donde pasaba.



una brújula con pínulas, y con frecuencia verificaba la variación comparando su acimut con el que me daban mis cálculos y la observación del Sol¹⁰.

En el caso de Azara, su contacto forzoso con los marinos miembros de la Comisión de Límites le permitió, seguramente, mejorar su capacidad de observación astronómica, para lo que utilizó “instrumentos marítimos de reflexión, buscando el horizonte en una vasija de agua, que son preferibles a todos los instrumentos y modos de observar en tierra”¹¹. La diferencia de longitud entre dos latitudes observadas, la establecía fijando con la brújula el rumbo directo de un punto a otro, calculando después la desviación, lo que resultaba facilitado a veces por la llanura del terreno: “jamás omití –escribe– el demarcar los rumbos de mis derrotas y los de los puntos más notables laterales con una brújula, corrigiéndolos de la variación magnética que averiguaba con frecuencia cotejando su azimut con el que calculaba por el Sol” (Azara, 1943a, prólogo). En los bosques hacía encender grandes hogueras, cuyo humo servía de señal, “y encontraba por este medio la verdadera posición de los lugares cuya latitud había observado previamente”¹². Por otra parte, para que su carta fuese más exacta y para poder ajustar los meridianos al de París, realizó también observaciones en Montevideo, en Buenos Aires, en Corrientes, y en Asunción de la emersión e inmer-

sión de los satélites de Júpiter, de eclipses de sol y de ocultaciones de estrellas por la Luna, con lo cual pudo establecer la red principal y situar respecto de ella las otras posiciones (Azara, 1923: 66; 1943a: 4).

Con estos fundamentos, “sin usar jamás de la estima o del poco más o menos”, como escribe en varias ocasiones¹³, Azara hizo los mapas de sus viajes, situando en ellos todas las ciudades y pueblos, parroquias, principales elevaciones, desembocaduras de los ríos, tolderías, límites y puntos notables habitados e inhabitados, determinándolos con tanto cuidado que se atrevió a afirmar orgullosamente que “ninguno de ellos tiene error” (Azara, 1904). Así pudo realizar una vasta y preciosa obra cartográfica que junto con la elaborada bajo sus órdenes por otros comisionados hizo avanzar notablemente el conocimiento de aquellos territorios¹⁴.

Durante su estancia en América no se limitó a las tareas cartográficas que eran esenciales en su misión: “No he ceñido mis trabajos a la geografía”, escribe Azara después de enumerar sus trabajos cartográficos (Azara, 1923: 67). Y añade: “encontrándome en un país inmenso, que me parecía desconocido [...] no podía apenas ocuparme más que de los objetos que me presentaba la Naturaleza. Me encontré, pues, casi forzado a observarla”. Y ese fue el punto de partida de su conversión en natura-

¹⁰Azara (1923: 62). Lo mismo en Azara (1943a, prólogo). La compra de instrumentos astronómicos para las comisiones de demarcación de Portugal y España fue encargada en Londres a João Jacinto Magalhães (Martínez Martín, 1998: 512-513; y Lucena Giraldo, 2005: 48).

¹¹Azara (1904: prólogo, pág. 8). Su familiaridad con estos métodos era tal que en ese escrito no duda en hacer críticas a los propuestos por Magalhães, 1775-1780.

¹²Azara (1923: 62) en las páginas siguientes de esta obra explica otros detalles de su trabajo. De todas maneras, la llanura absoluta del terreno hacía imposible a veces las observaciones. Con frecuencia, por ejemplo en todo el distrito de Corrientes, no había “elevación chica ni grande que pueda servir para dirigir los triángulos de una carta” (Azara, 1994: 93).

¹³Azara (1943a: 3, 1923: 62): “en mis viajes he evitado siempre el juzgar por aproximación”.

¹⁴Dos ejemplos de la cartografía levantada por Félix de Azara pueden ser estos: la **Carta esférica ó reducida de las provincias del Paraguay y Misiones guaraní, con el distrito de Corrientes**, Por D. Félix de Azara, 1787, Catálogo de manuscritos españoles del Museo Británico, Londres, t. II, p. 457, 503, 527 (Según Fernández Duro, 1900, VII, p. 443, “En la Biblioteca particular de S. M. el Rey existe otro ejemplar original dedicado al Sr. D. Pedro Melo de Portugal y firmado en Asunción, a 30 de Agosto de 1787”; esta carta, que había sido solicitada por el cabildo de Asunción, ha sido estudiada recientemente por Carmen Martínez Martín (1998); **Carta reducida de toda la Provincia del Paraguay levantada en varios años y concluida en el de 1793 por el capitán de navío Dn Félix de Azara y los geógrafos a su mando...**, 1793 (Servicio Histórico Militar, Madrid, no 6.289, E 16-17). Un excelente estudio de las aportaciones cartográficas de Azara sobre el virreinato del Río de la Plata es el de Martínez Martín (1997), la cual insiste en la importancia de los colaboradores, y destaca, en especial, a Pedro Cerviño e Ignacio de Pazos. El ingeniero Cerviño y el piloto Pazos son citados en el “Viaje al Paraná y Corrientes”, 1785, Azara (1994: 39), en el viaje a Curuguaty (Azara, 1994: 64,66) Zizur en el viaje a la laguna de Yberá, p. 94, (Azara, 1943a: 152).

lista, y de la lenta elaboración de un proyecto intelectual de gran ambición que incluye la descripción “*geográfica, política y civil*” de las regiones del Río de la Plata.

Podemos considerar que las descripciones territoriales que realizó eran, en lo esencial, la memoria descriptiva que acompañaba a sus tareas de levantamiento y representación cartográfica, las cuales eran consideradas por Azara como las más propiamente “*geográficas*”. Pero los ingenieros también realizaban descripciones corográficas y topográficas con finalidades militares, lo cual podía incluir desde el análisis cuidadoso de las alturas y de los caminos hasta los recursos naturales y la actividad económica comarcal o regional. Estos aspectos estaban ya especificados en las ordenanzas, puesto que los recursos territoriales eran esenciales para el movimiento de los ejércitos; y, además, los ingenieros militares tenían encomendada desde la misma fundación del Cuerpo la colaboración en tareas de fomento. Por ello adquirieron el hábito de observar con atención el territorio y de elaborar auténticas descripciones corográficas. Son muchas las que se hicieron con finalidades diversas, y un cierto número están ya publicadas y estudiadas. Por nuestra parte, hemos emprendido un programa de publicación sistemática de ellas en ***Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales***, de la Universidad de Barcelona, revista a la que remitimos¹⁵.

A ello se une el interés de las autoridades por los recursos económicos del territorio. En los viajes que realizó hay también desde el primer momento instrucciones precisas para las observaciones de interés económico, por ejemplo, comprobar las noti-

cias sobre minas de azogue, sobre las plantas que producen el añil, y otras. Sin duda, en el caso de Azara la atención a estas cuestiones venía también estimulada por su relación con la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, de la que fue socio fundador.

Para su trabajo Azara no solo observó en el terreno con gran cuidado y tino, sino que utilizó a la vez documentos históricos procedentes de los archivos municipales y gubernamentales, así como datos económicos de los informes oficiales¹⁶. También se preocupó de leer la bibliografía previamente producida sobre la región, aunque no pudo disponer de toda¹⁷. Buscó, además, la información que le facilitaban los funcionarios y los mismos habitantes, lo que sin duda era un hábito que en él procedía de su talento personal y de los mandatos de las ordenanzas. Cuando solicitaba a funcionarios y curas datos sobre el territorio de sus jurisdicciones no hacía más que seguir una regla de oro de los ingenieros militares, repetida una y otra vez por las ordenanzas y los manuales, la de que “*el medio más oportuno [para conocer un territorio] es informarse y reconocer el terreno con los que le conozcan mejor*” (Ferraz, 1801: 313 y ss.). La observación del terreno y la encuesta era algo que naturalistas geólogos e ingenieros hacían habitualmente en el Setecientos, al igual que pretendieron realizar muchos viajeros¹⁸.

El XVIII ha sido llamado el Siglo de los Viajes (Capel, 1985b). Y efectivamente es un período en que éstos se multiplican en todas las direcciones y a todas las distancias. Desde los que realizan el *grand tour* hasta los más ambiciosos que se dirigen a regiones alejadas y eran verdaderas expediciones

¹⁵Pueden verse estos trabajos en la revista Biblio 3W, incluida en el sitio web de Geocritica <<http://www.ub.es/geocrit/menu.htm>>; el índice de la revista en: <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-ig.htm>>

¹⁶No solo revisó él mismo los archivos, sino que encargó de ello a sus subalternos. Así Pedro Cerviño y Juan Pazos en la ciudad de Corrientes (Azara, 1994: 152).

¹⁷Las obras editadas y manuscritas existentes sobre Río de la Plata pueden encontrarse en el *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica*, el inventario bibliográfico que elaboró en 1737 Andrés González de Barcia como continuación del de León Pinelo, González de Barcia ed. facsímil 1982, I, p. 662-666, y 918-919. Sobre las lecturas concretas de Azara acerca del Paraguay y Río de la Plata (Fernández Pérez 1992: 48 y ss.).

¹⁸Azara emprendió por iniciativa propia algunos viajes, en la espera de los comisionados portugueses; por ejemplo, hallándose “*impaciente y aburrido con la ociosidad*” resolvió hacer un viaje para tomar noticias de la laguna Yberá, y adquirir nuevas aves y cuadrúpedos, en noviembre de 1787. A veces organizaba expediciones simplemente para dar alguna ocupación útil a sus subalternos, entregándoles instrucciones precisas sobre lo que habían de observar; así en el viaje al Río Tiquaray en 1785 (Azara, 1994: 51, 85).

científicas ambulantes, algunas de las cuales se convirtieron en estables y generaron a su vez otros viajes y exploraciones.

Viajeros cultos y científicos aplicaron, como ha escrito Juan Pimentel (2003), el programa baconiano, que, en lo que se refiere a la recogida de datos sobre el territorio, puede decirse que tenía en España una larga tradición. Desde el siglo XVI, en efecto, a descubridores y conquistadores se les daban instrucciones precisas, recogidas en las capitulaciones, sobre las observaciones que habían de realizar, desde las astronómicas y geográficas a las de historia natural y civil. Mucho más fue así en las expediciones científicas que desde el mismo XVI se empezaron a organizar, como la de Francisco Hernández. Y sería esa la estrategia de la expedición científica organizada que se puso en marcha de forma general en el siglo XVIII por parte de los gobiernos ilustrados.

La elaboración de los materiales

La importancia del testimonio de primera mano es esencial en esta literatura de viajes. En la obra de Azara es su testimonio personal el que está presente. Es él quien observa y reflexiona, siempre en primera persona. Son también sus fatigas, convirtiendo el viaje en una ascensión al saber. Esa misma es la historia que su primer biógrafo, Charles-Athanasie Walckenaer (1771-1852), contribuyó a configurar con la noticia biográfica que redactó para la edición de sus **Viajes por la América meridional**, que él mismo ayudó a dar al público con su traducción. Como no podía ser de otro modo, la historia

que cuenta es hagiográfica, convirtiendo al autor en un verdadero héroe. Desde luego, se trata de unos conocimientos obtenidos con considerables fatigas: *“en estas vastas y desiertas comarcas, cortadas por ríos, lagos y bosques, pronto se comprende cuánto le debió costar de fatigas y trabajos el dedicarse a las delicadas operaciones que necesitaba el objeto que se había propuesto alcanzar”*. Sin caminos, utilizando exploradores para vigilar la ruta y evitar los ataques indígenas. En conjunto, el relato de las circunstancias de los viajes es impresionante, y los diarios no hacen más que confirmarlo¹⁹. El trabajo se habría realizado con dificultades de todo género, que procedían incluso de las autoridades virreinales: según su editor, sería Azara quien, al margen de ellas, habría decidido levantar el mapa de todos los territorios, y no solo de la frontera como se le había encargado.

Incluso se afirma que las autoridades virreinales obstaculizaron su trabajo, y que *“se vio obligado hasta a ejecutar a espaldas de ellos una parte de sus largos viajes”* (Walckenaer, en Azara, 1969: 19), lo que es difícilmente creíble y, en todo caso, podría haber sucedido con alguno de ellos pero no con todos. Vale la pena recordar que entre los siete virreyes que se sucedieron durante su estancia en aquellas tierras²⁰ varios fueron gobernantes ilustrados de gran cultura y capacidad, y que con alguno de ellos, como Pedro Melo de Portugal, tuvo relaciones de confianza y, tal vez, de amistad²¹. Entre ellos se encuentran incluso dos ingenieros militares, que tal vez vieron con agrado la labor de su antiguo compañero de cuerpo. Se trata de Juan Olaguer Felú, algo más joven que él, ya que había sido nombrado ayu-

¹⁹Azara (1969: 20-21): Cuando se leen los diarios se comprueban las muchas penalidades que sufrió. En 1785 durante cuatro meses estuvo enfermo de tercianas, lo que no le impidió hacer el viaje al Pilcomayo; y en el que realizó a Curuguaty en 1787 tuvo dolores cólicos y pujos, es decir ulceraciones en la vesícula biliar o en la vejiga urinaria, que a veces le impidieron incluso llevar su diario, y con frecuencia estaban *“molestadísimos de moscas, tábanos, mosquitos y muchas castas, y de pequeñas abejas de tres especies que melean en los bosques y apetece mucho nuestro sudor, que chupaban molestando en ello lo mismo que los mosquitos”*. En muchos casos, especialmente en la travesía de pantanos, *“la ropa estaba casi podrida, pero siempre se preservaron los instrumentos”*, y la comida no siempre era buena: *“cominos parcamente, porque no había qué”, “la gente tenía hambre y no había qué comer”*, teniendo que andar horas enteras bajo la lluvia. Véanse los testimonios en Azara (1994: 47, 64, 66, 79, 80, 84 y 91).

²⁰Se trata de los siguientes: Juan José Vértiz y Salcedo (1778-83), Cristóbal del Campo, marqués de Loreto (1783-89), Nicolás de Arredondo (1789-94), Pedro de Melo de Portugal y Villena (1794-97), Antonio Olaguer Felú (1797-99), Gabriel de Avilés y del Fierro (1799-1801) y Joaquín del Pino y Rozas (1801-04).

²¹Azara coincidió con Melo de Portugal cuando éste era gobernador de Paraguay, e hizo varios viajes con él; en alguna ocasión alude a *“la amistad que me profesa y las continuas distinciones que le debo”* Azara (1994: 61).



dante de ingeniero en 1776, y que había tenido una gran actividad constructiva y de gobierno en Chile. En el momento en que Azara fue autorizado a volver a España había sido nombrado virrey Joaquín del Pino y Rozas, que era ingeniero militar desde 1752, que había trabajado en las fortificaciones de la costa de Santander²², y que durante las décadas de 1770 y 80 había venido actuando en Buenos Aires y otros lugares del Río de la Plata.

En el relato de la actividad científica la participación personal en las exploraciones adquiere un gran valor. Azara afirma en alguna ocasión que no tiene tanta instrucción y talento como otros, pero cree sin embargo que puede dar descripciones fiables de lo que ha visto. Y escribe: “*no gusto de conjeturas, sino de hechos*” (Azara, 1969: 186). Lo que le sirve para reafirmar la veracidad de sus datos, ya que ha vivido personalmente en los territorios que describe y con algunas de las naciones de indios a que se refiere. Y le permite criticar a los viajeros, geógrafos e historiadores que falsean o malinterpretan la información, y que, por ejemplo, multiplican enormemente los grupos de pueblos primitivos.

Si el testimonio de primera mano es esencial, la reelaboración de los materiales es al mismo tiempo una necesidad, aceptada por los autores. Tras la publicación de una de las obras de Félix de Azara, un naturalista francés criticó en su obra “*el defecto de atacar varios sistemas de Historia Natural admitidos por los naturalistas*” y que sus reflexiones fueran posteriores a sus viajes. Azara acepta esa última crítica, aunque señala: “*no veo que esto sea un motivo para privarme de hacerlas y de aumentarlas hasta el momento de la publicación de la obra*”²³.

Eso fue lo que hizo, al igual que otros, para preparar la publicación de sus materiales, lo que implicaba la reordenación de las informaciones que

había reunido en los viajes. Vale la pena dedicar atención también a este tema.

Hasta 1790 Azara había llevado una anotación diaria de las observaciones. Pero desde ese año empezó a sistematizarlas a partir de las notas y apuntes tomados diariamente, lo que significa un cambio importante en la estrategia de elaboración del relato. Los viajeros tenían, efectivamente, dos alternativas para la presentación de los resultados del viaje. O bien conservar esa forma cronológica, que va siguiendo el itinerario, o bien sistematizar las observaciones y presentarlas ordenadamente de acuerdo a un plan de conjunto. Cada una de estas estrategias tenía ventajas e inconvenientes.

La presentación en forma de itinerario daba mayor verosimilitud y credibilidad al relato. Muchos viajeros prefirieron ese estilo. El viajero va describiendo a veces tanto el itinerario como los territorios y las ciudades que visita, poniendo énfasis en los rasgos que le interesan a él o al lector al que se dirige (costumbres, monumentos ...); aunque no duda en intercalar, si lo estima oportuno, descripciones específicas de algunos hechos que ha podido conocer en determinado un lugar.

Si pensamos en los viajeros extranjeros que recorrieron España durante el siglo XVIII, encontramos que esa forma itineraria parece ser la preferida por la mayor parte de ellos para publicar el resultado de su recorrido²⁴. Los capítulos pueden llevar títulos como éstos, que aparecen en el viaje del padre Labat: *Capítulo 1, “El autor llega a Cádiz. Recepción que le hacen en el convento de su Orden. Descripción de ese convento. Costumbres de los españoles cuando se encuentran en algún peligro”*. *Capítulo 2, “El autor toma una casa en la ciudad. Algunas costumbres particulares del país”*. *Capítulo 3, “Estado de las misiones religiosas en las Islas Filipinas”*.

²²Véase sobre dicha actuación el estudio de Rafael Palacio Ramos (2005, en especial p. 77 y ss.) y de manera más general Horcas Díez (1998).

²³Carta de Azara a Walckenaer, fechada el 2 de julio de 1806 (Azara, 1969: 40).

²⁴Así aparece, por ejemplo, en la mayor parte de los viajes publicados por José García Mercadal (1962, vol. III), y concretamente en los viajes de Aubry de la Motraye (1697 y 1718, edición 1727), J. B. Labat (1705-06), E. de Silhouette (1729-1730), el Señor de la Melonniere (1720-1726), L. de Rouvray, duque de Saint Simon (1721-1722), G. Manier (comienzos siglo XVIII), J. Casanova de Seingalt (1767-1768), V. Alfieri (1669-71), W. Dalrymple (1774), J. F. Peyron (1772-73), Baron de Bourgoing (1777-1795), E. F. Lantier (fines s. XVIII), J. M. Fleuriot, marqués de Langle (1784), J. Townsend (1786-1787), A. Young (1787).

Capítulo 4, “Descripción de la ciudad de Cádiz, tal como era en 1706 cuando el autor residió allí”, etc.

Las obras de arte apodémica señalaban la necesidad de una preparación para el viaje, y daban indicaciones sobre lo que había de observarse y la forma de hacerlo, e incluso sobre los requisitos para las relaciones sociales (Capel, 1985b). El buen viajero debía tener en cuenta, además, toda una serie de requisitos antes de emprender el viaje, desde la elección de criados o compañeros hasta los pasaportes, cartas de presentación y dinero; e incluso hacer testamento y ponerse en paz con los acreedores, ya que como advirtió uno de ellos “muchos de los que viajan no regresan” (Freixa, 1993, Cap. III).

Los viajeros con preocupaciones científicas llevaban un diario del mismo tipo, pero reelaboraban ampliamente las informaciones con vistas a la publicación, de acuerdo con el objetivo que tenía el viaje. En algunas ocasiones la publicación en forma de itinerario se debe a que el viajero, por alguna razón, no tuvo tiempo u oportunidad para realizar la obra sistemática que preparaba. Como ocurrió con el diario del viaje que hizo a Andalucía Simón de R. Clemente Rubio entre 1804 y 1809, que recientemente ha sido publicado por Antonio Gil Albarracín (Clemente Rubio, 2004).

La reelaboración de los materiales podía hacerse de acuerdo con un orden geográfico o sistemático. El primero era el adecuado para la presentación de un territorio, y el segundo para objetivos específicos que no requerían situar los objetos según su proximidad, sino según sus relaciones lógicas, como ocurría al describir los reinos de la naturaleza.

En la reelaboración geográfica el orden del viaje coincidía generalmente con el de las divisiones territoriales (municipios o comarcas), por lo que la reelaboración podía ser más fácil de realizar. Así cuando Antonio José Cavanilles redactó para la publicación sus **Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia** (1795), pudo fácilmente seguir un orden geográfico, de norte a sur empe-

zando por la tenencia de Benifazá, en la parte más septentrional del reino, y acabando con la descripción del campo de Orihuela, en el límite con el reino de Murcia. A pesar de ello, el recuerdo del itinerario personal no desaparece del todo en la obra, y a veces el científico lo destaca para poner de relieve el esfuerzo, el significado del descubrimiento y el carácter original del mismo. En Cavanilles, por ejemplo, pueden encontrarse en el relato textos como éste: “*Caminando hacia Calp, y casi a la mitad de la distancia entre el peñón y esta villa, hallé los pavimentos de varias piezas que existieron en algún tiempo, y que la pura casualidad me hizo descubrir. Examinaba la costa para observar las plantas que allí crecen, y habiendo llegado a una loma caliza cubierta de arenas sueltas vi entre otras plantas la frankenia lisa de Linneo, y junto a ella una pieza cúbica de mármol blanco [...] Empecé a quitar la arena del sitio donde vi mayor cantidad de cubos, y muy en breve hallé algunas pulgadas de pavimento [...] La primera habitación que descubrimos está al principio de la cuesta mirando al poniente ...*” (Cavanillas, 1991: 228-229).

En general, a partir de mediados del siglo XVIII la creciente especialización de los viajes conduce cada vez más a separar la parte más propiamente científica, que se destina a las instituciones académicas, y la narración que se dirigía a un público más amplio, y que podía incluir, además de las observaciones y sucesos personales, la descripción geográfica e histórica de los lugares recorridos²⁵.

Los escritos que se conservan de Azara, muchos de ellos publicados póstumamente, son de todos los tipos señalados anteriormente. Ante todo, escribió relatos de algunos de los viajes o expediciones de exploración que emprendió, y de los que realizaron sus subordinados por orden suya y con instrucciones precisas por escrito. Esos viajes sirvieron de base para la elaboración de su primera obra sistemática, la **Geografía Física y Esférica del Paraguay y Misiones Guaraníes**, finalizada en 1790, y fueron publicados con ella en la edición que preparó Rodolfo R. Schuller en 1904²⁶. Son textos bien redactados, y que han sufrido ya un primer

²⁵La forma como A. de Humboldt abordó esos problemas en varias de sus obras ha sido analizada por Nöelle Bourguet (2003).



proceso de elaboración a partir de las anotaciones iniciales realizadas por el autor y por los subordinados, y en los que se suprime “*lo que ha sido dicho en [los viajes] antecedentes y omitido la infinidad y fastidiosa multitud de rumbos y distancias de la navegación*”, que eran vertidos en los mapas (Azara, 1994: 39). En general, esos relatos muestran un estilo claro, terso, preciso y directo.

En los escritos de zoología, como los de los pájaros y los cuadrúpedos, el plan es necesariamente sistemático. En cuanto a las descripciones territoriales, optó también por un plan decididamente sistemático, que parece irse refinando entre la redacción de la **Descripción histórica, física, política y geográfica de la Provincia del Paraguay** (escrita en 1793) y la **Descripción e Historia del Paraguay y Río de la Plata** (finalizada en 1806). De alguna manera, al adoptar este plan sistemático era heredero del género de las historias naturales y morales que ya habían iniciado Gonzalo Fernández de Oviedo y el padre José de Acosta en el siglo XVI (Capel, 1994b).

La elaboración de los materiales realizada para la **Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata**, sería utilizada luego, a veces de forma muy literal, para los **Viajes por la América meridional**. En estas obras Azara decidió pasar del itinerario al relato sistemático, ya que la relación del viaje “*hubiera sido tan enojosa como los viajes marítimos, que hablan todos los días de vientos, de cambios de rumbo, de peligros y de trabajos: siempre, poco más o menos lo mismo*”²⁷. En el caso de los **Viajes**, la obra resultante, de 18 capítulos, se inicia con el medio físico (con cuatro capítulos dedicados al clima y los vientos, la disposición y calidad de los terrenos, las sales y los minerales, y los ríos, puertos y peces), continúa con el mundo vegetal y animal (los vegetales silvestres, lo cultivados, los insectos, los

sapos, culebras, víboras y lagartos, los cuadrúpedos y las aves) y dedica los nueve últimos capítulos a los aspectos humanos (desde los indios salvajes y los medios empleados por los conquistadores para reducir y sujetar a los indios, a las gentes de color y los españoles con una noticia de las ciudades, villas y pueblos). Es sin duda, como dice el subtítulo la obra, una descripción geográfica, política y civil, que incluye una parte sistemática de historia natural de los territorios recorridos, los cuales ocupan una extensión de 720 leguas de norte a sur por 200 de anchura. Sobre su grado de conocimiento advierte: “*es verdad que yo no lo he recorrido por entero; pero los datos que me he procurado son suficientes para ponerme en estado de dar una idea, excepción hecha de la provincia de Chiquitos, de la que no he de hablar*” (Azara, 1969: 53).

La descripción física que incorpora en los estudios regionales no deja de tener interés. En el caso de los **Viajes por la América meridional** es una descripción muy general en lo que se refiere a clima, topografía, características de los terrenos, con alusión a las rocas y minerales, describe el curso de los ríos y realiza cálculos sobre su caudal. Algunas observaciones sobre la disposición de las cataratas le llevan a hacer afirmaciones que parecen indicar que acepta la existencia de rocas primitivas: examinando ciertos bancos de rocas horizontales y muy duras junto al río Paraguay, estima que “*no han sido formadas por la sucesión del tiempo*” (Azara, 1969: 74). Pero también en alguna ocasión se había atrevido a conjeturar que “*estos países ha pocos siglos que salieron del fondo de las aguas, y por consiguiente las lluvias no han tenido lugar suficiente para arrastrar las arenas a los bajos*”²⁸. Tenía asimismo un buen conocimiento de la posible utilización de los estratos para conocer la historia del Globo y estima que quienes deseen hacer eso “*pueden excavar aquí con la seguridad de que la*

²⁶En esa obra, editada por Rodolfo R. Schuller en 1904 a partir de un manuscrito conservado en el Archivo Nacional de Uruguay, se incluyen los once grandes viajes que realizó directamente y con sus ayudantes y otros menores. Los tres primeros viajes han sido publicados luego también en Azara (1990) y los restantes en Azara (1994), a partir de otro manuscrito conservado en la Academia de la Historia en Madrid.

²⁷Carta de Azara de fecha 1 de diciembre de 1805, carta no 6 de la edición de Walckenaer (Azara, 1969: 38).

²⁸Azara (1990: 49), “**La calidad del terreno**”. Añade que “*los que creen que las aguas han dado la figura exterior al mundo se figuran que estos países acaban de salir del fondo del mar. La poca profundidad de los ríos, la multitud de esteros y la poca población les persuadirán lo mismo, aunque no se hallan conchas marinas, y creerán que las aguas sobre estos países tuvieron un movimiento de noroeste a sureste*”.

mano del hombre y las aguas pluviales no han alterado las capas anteriores, que están como el día que tomaron fijeza” (Azara, 1990: 51, la calidad del terreno). Aunque su instrucción en este campo parece reducida, y no deja de advertir que “por desgracia, yo no tengo conocimiento de rocas”, también es cierto que el medio físico no le ayudaba mucho, ya que era muy llano y poco variado. Generalmente el terreno que recorría era “exactamente horizontal” cubierto de vegetación, lo que con frecuencia impedía observar las rocas, y muchas veces el itinerario transcurría incluso por “una espantosa espesura”.

Las observaciones que fue realizando a lo largo de sus viajes, y que quedan recogidas en los diarios, y las elaboraciones posteriores son, en conjunto, bastante elementales. Para aludir a los materiales las expresiones más repetidas son las de tierra roja, arena, terreno arenoso, greda de distintos colores, arenisca y otras pocas más. Tenía, sin duda, una clara percepción de la erosión fluvial, como cuando alude, por ejemplo al “terreno alomado con algunas barrancas formadas por los desagües en la arena blanca y tierra idem”. También observa tierras suavemente alomadas, en las que el piso es parejo, pero a veces asoma la peña arenisca; y observa: “aunque en todos mis viajes he hallado bastante de dicha peña que asoma, rara vez se ve una piedra suelta con que quebrar una nuez, porque como nadie ha excavado ni revuelto los terrones de las peñas se mantienen en una sola pieza o se resuelven en arena por los temporales, y todas las materias se conservan separadas en capas unas sobre otras”²⁹.

Realizó también ocasionalmente observaciones precisas sobre la estratificación, aunque sin elevarse a ninguna consideración general. En agosto de 1785 navegando el río Pilcomayo divisa desde el mismo bancos de peñas tajadas a plomo y escribe que: “las tres varas superiores son de arena; sigue

a esto una capa horizontal de tierra negra mezclada con muchas disoluciones vegetales que se manifiestan en el color y en las fibras que todavía no están enteramente reducidas a estiércol. Esta capa no es gredosa, y lo restante hasta la peña es greda amarilla y roja, la última está debajo, y después el banco de peña que no sé el grueso que podrá tener, pero el que se manifiesta es poco. Esta disposición hace entender que las dos capas superiores son acarreadas” (Azara, 1994: 49).

En un paisaje eminentemente fluvial, prestaba mucha atención a la dirección de las aguas: “la frecuencia de arroyos y sus direcciones opuestas manifiestan claramente que el piso es de los más elevados de por acá”, lo que se confirma luego por la rápida pendiente del terreno. Anota que “las poblaciones están en los intermedios de los esteros y lagunas que ocupan la mitad del país”.

Todo parece indicar que no tenía grandes conocimientos de mineralogía y geognosia. Muestra sin embargo que conocía alguna obra de E. Halley y que apoyándose en ella pudo realizar cálculos y experiencias sobre la evaporación³⁰. También pudo utilizar una obra del padre Riccioli, ya que con ocasión de unas estimaciones que realizó sobre el caudal del río Paraguay citó los datos de este jesuita sobre el Po (Azara, 1990: 58). Sabemos también que en algún momento poseyó un ejemplar de la primera edición de la **Introducción a la Historia natural y a la Geografía Física de España** de de Guillermo Bowles, que se había publicado en Madrid en 1775³¹. Entra dentro de lo posible que tuviera noticias de la segunda edición, que había sido editada en 1782 con una revisión de su hermano José Nicolás, el cual comentó también la edición italiana impresa en Roma al año siguiente³². Aunque Félix había visto a José Nicolás solo una vez, cuando lo visitó en Barcelona en 1765, de paso para su misión

²⁹Diversos testimonios en Azara (1994: 77, 42, 48, 58, 66, 69, 72). En el “Viaje a la Cordillera” observando una laguna anota que “su suelo es arena acarreada de las laderas, y no tardará en llenar o cegarse por los depósitos de sus aguas que no tienen salida” (Azara, 1990: 227).

³⁰Azara (1994: 91), en “Viaje a Iberá”, asimismo hace alusión a las piedras magnéticas que halló en el patio de un pueblo (p. 129).

³¹Un ejemplar de esa edición, en cuya contracubierta figura en dos líneas y con tinta y letra diferentes “Félix de Azara. Este libro es de D^a Mónica Azara” está en la biblioteca personal de Jaime Jossa, y ha sido documentado en Gomis, Josa, Fernández y Pelayo 1988.

³²Esa edición de la obra de Bowles aparece también citada en su prólogo por el traductor español de la **Historia Natural**

romana, es posible que recibiera noticias de ella y que la consultara, al menos cuando preparaba la versión final del **Viaje por la América meridional**.

Azara convertido en naturalista

No sabemos que el ingeniero militar Félix de Azara se hubiera interesado por la historia natural antes de su llegada a América, aunque podría haber sucedido puesto que procede del mismo ambiente regional y social en el que se crió Ignacio Jordán de Asso (1742-1718), exactamente coetáneo de él, cofundador asimismo de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País de Zaragoza, e interesado por la orictografía, la botánica y la zoología de Aragón al menos desde la década de 1770³³. En todo caso, a ello tal vez se uniera que, como observó su primer biógrafo, “*un espíritu activo que siente la necesidad de alimentar el fuego que lo anima se apodera en cierto modo de todo lo que le rodea*”. Puesto ante las ruinas de Grecia –razona Walckenaer– se convertirá seguramente en arqueólogo o helenista, en Roma se hará latinista o artista, colocado al pie del Vesubio en vulcanólogo y en los Pirineos geólogo. De manera similar, si se encuentra “*forzado a errar por las vastas llanuras y espesos bosques de América [...] resultará botánico o zoólogo*”. Y como demostración de esta especie de determinismo circunstancial pone precisamente el ejemplo de los dos hermanos Azara, uno de los cuales, Nicolás residente en Roma, como embajador de España, se convirtió en “*filólogo distinguido y un protector esclarecido de las artes y las letras*”, y el otro, Félix “*sin socorros, sin instrucción previa, pero con materiales de observación que se le ofrecían por todas partes, se llegó a colocar por sus solos esfuerzos en el primer rango entre los zoólogos*” (Walckenaer, 1969: 22 y 23).

En la introducción de los **Viajes por la Améri-**

ca meridional el mismo Azara alude retóricamente a la génesis americana de su conversión en naturalista, en un texto que vale la pena citar ahora extensamente: “*Encontrándome en un país inmenso, que me parecía desconocido, ignorando casi siempre lo que pasaba en Europa, desprovisto de libros y de conversaciones agradables e instructivas, no podía apenas ocuparme más que de los objetos que me presentaba la Naturaleza. Me encontré, pues, casi forzado a observarla, y veía a cada paso seres que fijaban mi atención porque me parecían nuevos. Creí conveniente y hasta necesario tomar nota de mis observaciones, así como de las reflexiones que me sugerían; pero me contenía la desconfianza que me inspiraba mi ignorancia, creyendo que los objetos que ella me descubría como nuevos habían ya sido completamente descritos por los historiadores, los viajeros y los naturalistas de América [...] No obstante, me determiné a observar todo lo que me permitieran mi capacidad, el tiempo y las circunstancias, tomando nota de todo y suspendiendo la publicación de mis observaciones hasta que me viera desembarazado de mis ocupaciones principales*” (Azara, 1969: 48).

No sabemos exactamente cuando comenzó esa observación. Es posible que tal como indica en los **Apuntamientos para la Historia Natural de los Cuadrúpedos del Paraguay** fuera hacia 1782 (Fernández Pérez, 1992: 39). Los primeros diarios parecen reflejar mayor interés por la geografía física y política del territorio, además de por el levantamiento de los mapas. En todo caso, en 1785 mostraba ya una gran capacidad de identificación de los animales que veía en los matorrales de las orillas de los ríos³⁴.

Pero su conversión en zoólogo no fue fácil. La dramática descripción que hizo de ello en el prólogo de los **Apuntamientos para la historia natural**

de Bufon, que utilizó Azara; véase Clavijo (2001: 77).

³³Orictografía y orictognosia eran términos utilizados en el siglo XVIII para el estudio de los materiales excavados del subsuelo, es decir pueden considerarse términos precedentes de la geología. Ignacio de Asso realizó estudios sobre cuestiones de historia natural desde la década de 1770 y en 1784 publicó una **Oryctographiam et Zoologiam Aragoniae Introductio**; véase la introducción de J. M. Casas Torres a la edición de Asso (1947), y Mora (1972: 261 y ss). Asso era amigo de José Nicolás de Azara, al que le pidió libros en alguna ocasión (Mora, 1972, p. 43), pero su obra que difícilmente pudo ser utilizada por Félix, ya que es claramente linneana; en 1776 había traducido del sueco las cartas de Loeffling sobre historia natural de España y las Indias que habían sido publicadas por Linneo (y que serían publicadas en los **Anales de Ciencias Naturales** en 1801) (Mora, 1972: 271).



de los pájaros permite comprobar los problemas de un aprendizaje autodidacta realizado al margen de cualquier apoyo o posibilidad de consejo. Había empezado a acopiar datos históricos y geográficos: *“Pero como esto no satisfacía enteramente mis deseos, comencé a observar, comprar, matar y describir los animales que veía, con el fin de que mis noticias aprovecharan a la historia natural. No solo esto, sino que careciendo de dibujante comencé a desollar y rellenar los pájaros y cuadrúpedos para enviarlos al Real Gabinete; pero viendo que la polilla y corrupción, a que propende mucho el clima, lo destruía todo, a veces en el mismo día, desistí del empeño y metí en aguardiente las especies menores, porque me persuadieron que así llegarían en buen estado a dicho Real Gabinete, adonde remití de seis a setecientos individuos”*³⁵.

Cuando tuvo unos tres centenares de individuos le fue imposible continuar. Tal como él mismo escribe: *“como mis descripciones seguían el orden de adquisición, cuando lograba un pájaro no podía asegurarme de si era nuevo o no hasta cotejarlo con todos”*. Entonces vio la necesidad de separarlos en clases y familias, componiendo cada una con los que tenían muchos caracteres comunes. Los problemas que se le plantearon fueron enormes, y reproducen el itinerario que conduce de la observación de individuos singulares a la formación de grupos y a la necesidad de disponer de esquemas previos de clasificación. Sin duda, durante un tiempo su trabajo fue un amasijo de observaciones a las que era imposible dar algún sentido coherente. Walckenaer, que recogió el testimonio del mismo Azara, alude también a ello de forma sugestiva: *“Pronto sus descripciones se acumularon hasta tal punto que le fue algunas veces imposible reconocer si había o no descrito ciertas especies, y en la duda las describía varias veces. En fin, para descargarse de este inútil trabajo tuvo la idea de distribuir en grupos los numerosos individuos que había llegado a conocer. [...] Dio a estos grupos los caracteres generales que*

había observado en todas las especies que los componían. Las descripciones de estas especies fueron por ello considerablemente simplificadas; su memoria se encontró aliviada y adquirió más habilidad en las observaciones y más claridad en la manera de redactarlas. No se dio cuenta de que inspirado por la necesidad y por un recto sentido, era el creador de un método sucesivamente inventado y combatido por dos hombre célebres, que ambos y cada uno han ilustrado su siglo y su país” (Walckenaer, 1969: 23).

Efectivamente, Azara se enfrentaba directamente y, al parecer, sin conocimientos previos a un problema de ordenar esa parcela que observaba del reino de la naturaleza. Lo que le conducía a la necesidad previa de métodos de clasificación. El esfuerzo por conocer la naturaleza significaba determinar el número de especies animales y vegetales identificados y clasificarlos de forma unívoca. Este esfuerzo venía de lejos y avanzaría de forma decisiva durante el siglo XVIII, que ha sido considerado por ello el siglo de las taxonomías y de *“la denominación de lo visible”* (Michel Foucault, 1971, Cap. V).

No era fácil la tarea, ya que, para empezar, había que ponerse de acuerdo sobre los criterios para una clasificación y descripción que fuera aceptada por todos. A mediados del siglo, la mirada a la naturaleza había cristalizado en dos perspectivas bien diferentes, que ponían énfasis, respectivamente, en la posibilidad de matematizar la naturaleza, y en la dificultad de hacerlo, por la complejidad de la misma. Ello llevaba también a dos formas de clasificación, una más abstracta y lógica, que conducía a un sistema de la naturaleza, y otra que tenía en cuenta la complejidad y ponía énfasis en la descripción. La primera fue la aproximación de Carl von Linné, en la que se destacaban los órganos de la reproducción como criterio clasificador. La segunda, que era la de Buffon, insistía en la necesidad de hacer *“la descripción exacta y la historia fiel de cada cosa”* y, por tan-

³⁴En el **“Viaje al río Pilcomayo”** (1785) identifica claramente capibaras, lobos de río, y muchos yacú caraguatá o pavitas” (Azara, 1994: 48).

³⁵Azara (1992: 79). He modernizado la ortografía. En 1786 estaba ya realizando observaciones ornitológicas (**“Viaje a Carepegua”** (Azara, 1994: 57). También empezó a cazar los cuadrúpedos, conservando las pieles, lo cual hizo ya desde los primeros viajes, como sabemos por sus diarios; pero éstas *“se alteraban y corrompían”*, por lo cual *“tomó entonces el partido de describir minuciosamente cada individuo cuando se le presentaba”*.

to, exigía tener en cuenta los rasgos completos que permitían caracterizar a un individuo animal, vegetal o mineral (ampliar en Capel, 1995: 72 y ss.).

En todo caso, estando ya en América, “*una feliz circunstancia*” hizo a Azara poseedor de la traducción española de las obras de Buffon. Eso ocurrió bastante tardíamente, en 1796, gracias a los ejemplares que le facilitó su ayudante Pedro Cerviño³⁶. Se dedicó con avidez a su lectura y comprobó que muchos de los especímenes que estaba observando y describiendo no aparecían en la obra del naturalista francés. También encontró muchos errores, y concretamente, que “*buena parte de lo que es histórico se componía de noticias vulgares, falsas o equivocadas; que en lo general no se daba idea exacta de las magnitudes, ni de las proporciones; que se reunían a veces bestias diferentes, embrollándolas; que en ocasiones se multiplicaban las especies*”.

En ese momento su actitud repitió lo que ya antes había sucedido en América, empezando por uno de los primeros observadores de su naturaleza, Gonzalo Fernández de Oviedo. Enfrentado éste a la naturaleza americana, fue la obra de Plinio la que le permitió poner orden a las observaciones, aunque inmediatamente reconoció que lo que él observaba no aparecía en el naturalista de la época romana, lo que le llevó a completar y perfeccionar su obra, a la vez que le permitía tomar conciencia de su superioridad de él, Gonzalo Fernández de Oviedo (y con él los modernos), frente a un romano como Plinio (y con él los antiguos) (Capel, 1994b; Carillo Castillo, 2004).

La obra de Buffon, de la que en 1751 los diputados de la Facultad de Teología de París habían condenado 14 proposiciones, había circulado subrepticamente en España desde mediados de siglo; pero en 1773 se hizo ya un extracto por la Sociedad Vascongada de Amigos del País (que podría haber conocido Azara, ya que trabajó, como vimos, en el

País Vasco y estaba vinculado con la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País de Zaragoza), y a partir de entonces fue más utilizada y citada, de manera que a fines de esa década la figura de este naturalista era muy alabada en España, a la vez que ampliamente utilizada por los naturalistas españoles (Sarrailh, 1974: 460-461). También fue admirador de Buffon el ministro Jovellanos (Capel, 1995). Debe añadirse que en Roma el embajador José Nicolás de Azara era gran admirador del naturalista francés, a la vez que lector del **Système de la Nature** del Barón de Holbach, al tiempo que buen conocedor y admirador de Voltaire³⁷. En 1785 la Historia Natural de Buffon fue traducida al español por José Clavijo y Fajardo³⁸. Azara confiesa que se dedicó con ahínco a estudiar dicha obra. En una ocasión afirma que “*como yo no he leído otra obra que la de este último autor, en treinta y un volúmenes, con doce de suplemento, también de él sacaré las citas*” (Azara, 1969: 131).

En España el sistema linneano había empezado a difundirse ampliamente en la década de 1770 entre los naturalistas del Jardín Botánico y sería definitivamente adoptado en las expediciones científicas organizadas por el gobierno español en la década siguiente (Puig-Samper, 1993). La trayectoria formativa y profesional de Azara actuó en ese momento. Si nuestro hombre hubiera estudiado en Madrid y hubiera estado ligado a los círculos del Jardín Botánico, es indudable que habría abordado la descripción de la naturaleza con el método de Linneo. Pero como no era naturalista, y se hizo tal primero de forma autodidacta y luego leyendo a Buffon, es natural que siguiera el método de éste; el azar desempeñó un papel importante en su opción.

Frente a la clasificación como un fin en sí mismo, Buffon insiste en la importancia de la descripción completa de los animales. Lo que Azara había ido realizando al parecer de forma excelente, después de los primeros ensayos.

³⁶Para todo lo referente a las ediciones de Buffon que utilizó Azara debe consultarse Fernández Pérez (1992: 42-43).

³⁷Sobre la obra y los gustos de José Nicolás de Azara existe una extensa bibliografía, que no podemos citar aquí. Habla también del tema Sarrailh (1974: 366-374), que le califica como “*uno de los hombres más inteligentes, cultos e ingeniosos*” del siglo XVIII, además de cómo diplomático muy hábil. Su correspondencia con el ministro Manuel de Roda ha sido publicada y es de un gran interés.

³⁸La Tesis doctoral de Jaime Jossa permite conocer la difusión en España de la obra del naturalista francés.

Azara, desde luego, no se consideraba botánico y por ello advierte que *“no hay que pedirme caracteres de los vegetales, sino sólo algunas noticias someras, tales como un viajero puede darlas”* (Azara, 1969: 89). En algunos casos reconoce sus insuficiencias. Tampoco da por ello, más que ocasionalmente, los nombres botánicos de las plantas que describe, y muestra a veces dificultades para distinguir las especies y las variedades; por ejemplo, con referencia al maíz señala *“yo no me acuerdo del nombre que se da a la cuarta especie”*, que antes había descrito (Azara, 1969: 96). Se nota, en cambio, su gran interés por los animales, y en especial los cuadrúpedos, de los que hace detalladas descripciones.

Azara envió precisamente al traductor español de Buffon, sus primeras observaciones. Pero, *“sea por ignorancia, sea indolencia”*, escribe Walckenaer, Clavijo no hizo uso alguno de las comunicaciones de Azara, *“y ni siquiera le contestó”*. Ello no desanimó a nuestro ingeniero, que continuó con sus observaciones *“procurando que sus descripciones se aproximaran a las de la Historia Natural de Buffon, único libro de que disponía”*. Respecto a las descripciones de este autor, solo contaba con ellas y las láminas que acompañan a la obra, y no con el conocimiento directo de los especímenes, que solo se podía obtener con acceso a las colecciones de un gabinete de historia natural. Como dice el autor de esas líneas, *“dadas las circunstancias que presidieron a la composición de las obras de Azara sobre Historia Natural, es fácil apreciar las cualidades y defectos que tienen”* (Walckenaer, 1969: 23-24).

Las cualidades resultan evidentes: la frescura de sus observaciones, unido a la falta de prejuicios y al rigor de las mismas: *“no puede desearse nada más exacto para las descripciones de forma, de más curioso y de más cierto en las costumbres y es imposible mostrar a la vez más sagacidad y paciencia, cualidades que son esenciales a un gran observador”* (Walckenaer, 1969).

Pero también los defectos, que se derivan del

relativo aislamiento de Azara y, especialmente, del hecho de que inicialmente no estaba integrado en ninguna comunidad científica de naturalistas, ni siquiera con la española, como muestra la reacción de Clavijo. Por ello, advierte su biógrafo francés y editor de comienzos del XIX, *“no habiendo tenido nunca comunicación con ningún naturalista ni visitado ninguna gran colección; no conociendo ni aun los animales de su país natal, pues solo se había dedicado a este estudio mientras que estuvo en América, le ocurre a veces hacer agrupaciones que no están en la Naturaleza y separar en géneros distintos especies que debían estar reunidas en el mismo género”*. El objetivo de Azara a partir de cierto momento había pasado a ser completar la obra de Buffon, al que pensaba enviar las notas que iba reuniendo.

Sin duda es cierto que, como dice su primer biógrafo, Charles-Athanase Walckenaer, Azara *“olvidado en los desiertos, extraño a los progresos rápidos de las ciencias naturales, sin ninguna comunicación con el mundo civilizado”* (Walckenaer, 1969: 17), había realizado importantes observaciones naturales en una situación difícil, añadiendo trabajo personal a su tarea de realizar los levantamientos cartográficos en un territorio muy vasto. El editor de sus **Viajes** no deja de aludir a ese hecho al señalar que *“que él solo, sin ayuda observaciones, colecciones ni libros había hecho progresar inmensamente a las dos partes más importantes de la Historia Natural de los animales, la de los cuadrúpedos y las de las aves, y esto sin que se sospechara siquiera en Europa de su existencia”*; y concluía, valorando encomiásticamente a su personaje: *“aun se está muy lejos de darse cuenta de todo lo que las ciencias le deben”*.

Lo que las ciencias le debían a comienzos del XIX era una gran cantidad de observaciones de animales de los que no se tenía noticias, y que él publicó en sus historias de los cuadrúpedos y de las aves, y retomó luego en su **Viajes por la América meridional**. En lo que se refiere a las aves, de las 448 especies que describe unas 200 eran totalmente nuevas y un gran número de las otras eran más

³⁹Walckenaer (1969: 25). Las cifras son realmente menores, como han puesto de manifiesto varios estudiosos, ya que a veces describió separadamente machos y hembras o adultos y jóvenes, véase, por ejemplo, Fernández Pérez (1992).



exactas que las existentes o dando noticias y detalles sobre las costumbres no obtenidas antes por nadie³⁹.

De hecho, en muchos aspectos, Azara iba recorriendo personalmente el itinerario que la ciencia natural había tardado décadas en recorrer. En efecto, como observó su editor, *“la dificultad de explicar ciertos hechos de que sus propias observaciones no le daban la solución le condujo a veces a sistemas parecidos a los imaginados en la infancia de la ciencia, y que nuevas luces, después de mucho tiempo, han hecho desaparecer”* (Walckenaer, 1969: 24).

Su mismo relativo aislamiento y la ausencia de integración en la comunidad científica de los naturalistas, le permitía echar una mirada nueva sobre lo que observaba, prescindiendo de las ideas dominantes en el momento. No tenía prejuicios científicos, y la observación personal dominaba. Eso explica *“la rudeza de su estilo, ya por sí extraño a las formas que la costumbre social europea considera como indispensables”* (Walckenaer, 1969: 25).

De todas maneras, ese aislamiento científico ha de relativizarse. Ante todo, Félix de Azara pertenecía al Cuerpo de Ingenieros Militares, una corporación técnica de alto nivel, que hizo aportaciones científicas relevantes (Capel, 1987; Capel, Sánchez y Moncada, 1988; Capel y Casals, 2002; Capel, 2005); y había sido integrado en el cuerpo de oficiales de marina, que tuvo también una alta formación científica. Por otra parte, si Asunción quedaba muy alejada en el interior del continente americano, Buenos Aires era desde 1776 una capital virreinal y a ella llegaban muchas noticias. Por eso no ha de sorprender que Azara pudiera hacerse en dicha ciudad con la edición española de Buffon y con la francesa, con sus suplementos. Por otra parte, por allí pasaban viajeros, entre otros, los de la expedición Malaspina; y entre ellos el naturalista Antonio de Pineda, que conoció las observaciones de Azara, y le animó a continuar (Fernández Pérez, 1992). Para valorar y matizar el pretendido aislamiento de Félix hay que recordar, finalmente, que familiarmente estaba muy

bien relacionado: su hermano mayor era embajador en Roma y confidente del ministro Manuel de Roda, y otro hermano, benedictino, había sido nombrado en 1788 obispo de Ibiza y en 1794 de Barcelona, donde lo fue hasta su muerte en 1797.

De alguna manera, Azara pretendió también integrarse en la red de recolectores de especímenes para las colecciones reales en Madrid. Hemos visto que reunió especímenes que envió a la Corte, con la pretensión de que pudieran ser útiles al Gabinete de Historia Natural, aunque sin que al parecer sirvieran de mucho, ya que en una ocasión afirma que *“no ha aprovechado para nada lo que he enviado”*⁴⁰. No sabemos si eso sucedió por animadversión de los naturalistas madrileños, como a veces se pretende, o simplemente por el hecho de que los envíos estaban mal realizados, sin tener en cuenta las normas de conservación que se habían dado para ello.

Fue a su vuelta de América, y especialmente durante su estancia en París cuando anudó relaciones estrechas con ilustres naturalistas como Georges Cuvier, Étienne Geoffroy Saint-Hilaire, Charles-Athanase Walckenaer, apoyado sin duda para ello por su vínculo fraternal con el embajador de España en la capital francesa. El examen de especímenes de las ricas colecciones del Museo de Historia Natural le permitió completar y matizar sus observaciones, rectificando errores que antes había podido cometer, y que no duda en reconocer, *“yo veo ahora que me equivoqué en el juicio que había formado a este respecto, y en la crítica que puede verse en mi obra española sobre los cuadrúpedos”*, escribe en una ocasión; *“muchas razones me llevan a dudar de mi aserto”*, dice en otra; como asimismo afirma: *“pero debo confesar con franqueza que actualmente creo lo contrario”*. Es cierto que en otros muchos casos se reafirma en su opinión anterior (Azara, 1969: 146, 152, 158, 168), y que al mismo tiempo señaló abiertamente los errores que pensaba había cometido Buffon, aunque comprendiéndolos: *“no me sorprende nada que un naturalista tan hábil y exacto haya podido caer en semejante error”*⁴¹. Tampoco duda a veces en disentir de Linneo (Azara, 1969:

⁴⁰Carta de Azara a Walckenaer, fechada el 1 de diciembre de 1805, ed 1969, p. 38; pero véase también el estudio al respecto de Cabrera (1934).

⁴¹Otras referencias críticas a Buffon, siempre sobre cuadrúpedos, en Azara (1969: 158, 163, 165).

El lenguaje en que se expresa Azara es el de la precisión. Su presentación, ya lo hemos visto, tiene siempre las pretensiones de la objetividad. En esas declaraciones enfáticas sobre la exactitud de sus observaciones aparece una y otra vez lo que Pimentel ha llamado la *“retórica de la objetividad y la verdad”*. Una retórica que aparece confirmada por las declaraciones sobre su desconocimiento de otros hechos, para los que confiesa no tener preparación. Son muchas las ocasiones en que se excusa de sus posibles errores y carencias. Así con referencia a los insectos estima que no le es posible dar una descripción exacta y completa por el elevado número de especies y por lo pequeños que son, pero que, además, eso sería más difícil para él porque *“no he leído nada de lo que los demás han escrito sobre esta materia”*; por ello, *“no he de hacer más que lo que pueda, es decir, daré observaciones sobre algunas especie, me contentaré con nombrar otras, y olvidaré, en cierto modo, la mayor parte”* (Azara, 1969: 100); con referencia a las abejas afirma: *“yo no tengo bastantes conocimientos para establecer una buena división entre ellas, y me limitaré a decir lo que sé”*.

En realidad, como en otros casos, podemos preguntarnos hasta qué punto era verdaderamente objetivo. En realidad, miraba lo que había de mirar como Comisionado, y como funcionario del gobierno preocupado por introducir mejoras en el gobierno de aquellas tierras. En general, se observa lo que se busca, y se interpreta de acuerdo con los esquemas con los que se sale. Azara fue sin duda un geógrafo y un naturalista, pero miró el territorio con las enseñanzas que había recibido en la Academia de Barcelona; y en cuanto al mundo natural lo miró a partir de cierto momento con ojos buffonianos, lo que significa en ambos casos unos sesgos muy concretos.

Son también los ojos de la erudición histórica, a través de sus investigaciones en los archivos, de los que recogió materiales de gran valor. Y por su capacidad para pasar de las descripciones territoriales y naturales a las de los grupos sociales, se convirtió asimismo en un etnógrafo, y por eso los antropólogos lo reconocen igualmente como uno de los suyos.

La publicación de las obras

La historia de la publicación de las obras de Félix de Azara es significativa de los problemas relacionados con la difusión de la ciencia. Y de las cuestiones referentes a la preparación de los materiales para la publicación, que implican, a veces importantes procesos de transformación, e incluso de manipulación.

La primera de las obras de Azara que se publicó en Francia se hizo, según declaró más tarde, sin contar con su permiso. Se trata del estudio sobre los cuadrúpedos, que envió a su hermano Nicolás. La explicación que dio luego de ese episodio es ésta: *“Yo había tomado notas sobre los cuadrúpedos de estas regiones; pero no sabiendo si merecían que se les hiciera caso, las mandé a Europa, para someterlas, en particular, al juicio de algún naturalista”*, a pesar de que pensaba seguir trabajando en ellas; *“no obstante se publicó la obra en francés incompleta como estaba, sin comunicármelo y contra mi voluntad”*. Efectivamente, fue publicada por M. L. E. Moreau de Saint Méry, amigo del embajador y por encargo de él, con el título **Essais sur l’histoire naturelle des quadrupèdes de la province du Paraguay** (1801), obra que contribuyó a darle a conocer en los círculos de naturalistas parisienses e internacionales. Podemos dudar de la interpretación que más adelante dio de ello Azara, cuando era ya conocido y cuidaba de su imagen como científico.

El episodio es simplemente una prueba de la influencia de su hermano y de que en aquellos años eran grandes las demandas de informaciones sobre América, tanto por razones científicas como políticas. Era mucho lo que estaba en juego en los años finales del XVIII e inicio del XIX, con el enfrentamiento entre Francia y Gran Bretaña y la consolidación de la independencia de los Estados Unidos. La demanda de materiales americanos era muy grande. Sin duda era una *“súbita revolución”* (como la denominó el editor de Azara), lo que se había producido en lo referente al conocimiento que en Europa se tenía de América. Era consecuencia de *“las grandes sacudidas”* que habían agitado a Europa y al mundo desde el año 1789.

Los años finales del XVIII y principios del XIX

fueron testigos de las profundas convulsiones generadas por la Revolución Francesa y el acceso al poder de Napoleón. El imperio español se veía amenazado, y durante algunos años las provincias americanas estuvieron prácticamente aisladas de la metrópoli por el bloqueo británico. América interesaba por muchas razones, especialmente en Francia, que había aumentado su influencia sobre España y podía pensar en nuevos proyectos americanos. En ese contexto la información sobre América era muy bien recibida en París. Lo que explica los apoyos y el interés por las publicaciones de los trabajos de Azara y, más tarde, de Humboldt.

Al volver a España, Azara pudo publicar en 1802 *“la parte de sus trabajos que podía imprimir sin permiso de la Corte, es decir la historia de los cuadrúpedos y la de las aves”*⁴², en dos obras dedicadas a su hermano Nicolás.

La edición de los **Viajes por la América meridional** de Azara resulta muy interesante. Hay un estímulo previo de un editor, Dentu, que conocía sin duda la demanda de noticias sobre el continente americano. Debe señalarse asimismo la ya mencionada colaboración con el ingeniero y naturalista Charles-Athanase Walckenaer (1771-1852). Azara hubo de finalizar la redacción y resolver el problema de las ilustraciones, tanto en cuanto a mapas como a especímenes naturales, e incluso enviar un retrato, materiales que habían de ser grabados antes de la impresión. Al autor le había sido imposible hacer dibujos de las aves y conservar y transportar los animales que describía. La advertencia preliminar de Charles-Athanase Walckenaer alude a muchos añadidos suyos, a las noticias que ha reunido, e incluye una serie de cartas que muestran el interés de Azara por ser conocido y reconocido por el público científico europeo.

El relato de Azara, que tenía un apellido ilustre en Europa gracias a la obra de su hermano Nicolás,

resultaba, ya antes de la publicación, muy atractivo, lo que explica el interés del editor.

La paz de Basilea (1802) y el tratado de San Ildefonso habían sellado la alianza de España con la Francia republicana, y Azara se benefició de ello durante su estancia en París. Pero el libro aparecería en momentos difíciles, con la Monarquía española sometida a Francia y coincidiendo con el estallido de la guerra de liberación contra los franceses.

Después de la muerte de Azara la publicación de sus obras inéditas se inició ya en el mismo siglo, en especial de las descripciones *“geográficas, políticas y civiles”* de aquellas regiones. Tras los **Viajes por la América meridional** (traducidos pronto al alemán, italiano en inglés, así como al español por Bernardino Rivadavia, Montevideo 1845-46, y solo mucho más tarde por Francisco de las Barras de Aragón, en 1923) vendrían las **Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801 y otros informes**, 1843; la **Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata** (1806), 1847; los **Viajes inéditos de Don Félix de Azara desde Santa Fe a los pueblos de la Asunción, al interior del Paraguay y a los pueblos de Misiones**, 1871-1873; la **Geografía física y esférica de la Provincia del Paraguay y Misiones Guaraníes** (1790), 1904, y otras⁴³. Un esfuerzo editor que todavía debe ser completado con la publicación de los materiales inéditos o parcialmente publicados, que existen en los archivos europeos y americanos.

La visión que un europeo contemporáneo gustaba recibir sobre una labor como la de Azara es que se había ocupado *“en ensanchar los límites de las más interesantes porciones de los conocimientos humanos, luchando para ello con la Naturaleza, los animales feroces y el hombre salvaje, más terrible aun”*⁴⁴. Hasta que Humboldt no publicó sus relatos del viaje americano, muchos europeos gustaban de imaginar a los indios americanos como perezosos o

⁴²Walckenaer (1969: 28). Sobre el significado y la influencia de los estudios de Azara sobre las aves véase Contreras (2003).

⁴³Bibliografía y manuscritos en Azara (1904: XXIII y ss.) y parcialmente publicados por A. Galera (1990), que incluyó la descripción general y tres de los once viajes.

⁴⁴Walckenaer (1969: 26). Sobre el eco de Azara en la ciencia europea y española del XIX puede verse Baulny (1968, IV: 67 y ss.).

feroces, y algunos se atrevían incluso a cuestionar los relatos de los cronistas españoles acerca de las civilizaciones azteca e inca. Esos nativos del Río de la Plata seguirían siendo indómitos todavía tras la independencia de Argentina, y para someterlos emprendió el General Roca la llamada Conquista del Desierto en una fecha tan tardía como 1874 (Vázquez Rial, 1991, 1999).

La imagen que se quería dar de aquellas tierras lejanas podía servir para mostrar que hasta ellas se extendían los vicios de la civilización. Por eso en la edición de los Viajes de Azara el editor advierte que *“es necesario aun desengañar a los corazones sensibles y las imaginaciones ardientes de su última ilustración, mostrándoles que en los extremos del mundo y hasta en los desiertos se encuentran opresores envidiosos y pérfidos”* (Walckenaer, 1969: 26). Son los que le impidieron el acceso a los archivos de la ciudad de Asunción, en donde se conservaban documentos que el ingeniero había empezado a consultar, y los que por envidia acusaron a Azara de traición y al parecer quisieron atribuirse el fruto de su trabajo⁴⁵. Habría que conocer en profundidad la veracidad de todo ello, si fue una interpretación de Azara para entender su larga expatriación y valorar su propia obra, o si correspondía a una interesada interpretación de un francés contra las autoridades virreinales, en un momento (recordemos 1809) en que el dominio español en América era puesto en cuestión y otros países aspiraban a sustituirlos. Desde luego, encajan mal esas acusaciones con las delicadas comisiones que se le dieron a Azara, tales como reconocer la costa de Patagonia y, sobre todo, el mando de la frontera norte de la Banda Oriental, visitar los puertos del virreinato y levantar el plan de defensa para el caso de ataque inglés, dirigir la colonización de las fronteras mencionadas gestionando el levantamiento de las nuevas villas como la de San Gabriel de Batovi y de la futura La Esperanza, en la región del río Ibicuí, para instalar a las poblaciones que habían llegado en 1778 para poblar Patagonia (Zusman, 2000).

Cuando se le permitió volver finalmente a Espa-

ña en 1801 había pasado dos décadas en América. El mismo Azara, una vez ya en Europa, valoraba así esos años, en la dedicatoria que hizo a su hermano de una de sus obras: *“sin haber jamás llegado a ningún empleo notable, sin haber tenido ocasión de darme a conocer ni de ti ni de otros, he pasado los veinte mejores años de mi vida en los confines de la Tierra, olvidado de mis amigos, sin libros, sin ningún escrito razonable, continuamente ocupado en viajar por desiertos y espantosos bosques, casi sin ninguna sociedad mas que la de las aves del aire y los animales salvajes”* (Walckenaer, 1969: 29). Una imagen que, independientemente de su veracidad, contribuía a valorar todavía más su obra, a la vez que resultaba muy grata a los europeos de la época.

Se instaló en Paris en 1802, hasta que murió su hermano al año siguiente. Luego volvió a España y tras renunciar a la oferta del cargo de virrey de México, que parece se le propuso, fue nombrado miembro de la Junta de Fortificaciones y Defensa de ambas Indias. En esa función desplegó una gran actividad realizando informes sobre los asuntos de Paraguay y Río de la Plata, especialmente acerca del estado rural del virreinato, la formación de un nuevo pueblo en el punto donde se unen los ríos Diamante y Atuel, la nueva constitución de tropas propuesta por el virrey, el gobierno y libertad de los indios guaraníes y tapes, la petición de tropas para contrarrestar a los portugueses, los tabacos del Paraguay, y sobre la formación de milicias urbanas, todos los cuales han sido oportunamente publicados por Manuel Lucena y Alberto Barrueco (Azara, 1994: 197-225, 179-225). En ellos, al igual que en los informes que anteriormente había hecho para varios virreyes, aparece una y otra vez el Azara vinculado al reformismo ilustrado y a las Sociedades de Amigos del País, preocupado por las reformas de la administración de Indias, por asegurar la defensa fronteriza frente a los portugueses y otros enemigos, por el poblamiento de los campos, por los métodos para asegurar la reducción de los indígenas y por la necesidad de partir de un conocimiento preciso de su organización y características. También aparece su pluma crítica acerca de la ignorancia de algunos

⁴⁵Walckenaer (1969: 26-27). Los datos sobre el carácter pérfido de los gobernantes españoles fueron, lógicamente, aceptados por los historiadores rioplatenses del XIX y comienzos del XX, por ejemplo Rodolfo R. Schuller, en Azara (1904: XVII y ss.).

funcionarios, de las propuestas que sólo buscaban defender sus intereses, y la preocupación por la conservación de unos territorios cuya separación de España ya empezaba a prever y pudo llegar a conocer antes de su muerte, sin duda con gran dolor⁴⁶.

Azara y la disputa del Nuevo Mundo

La íntima frecuentación de la obra de Buffon permitió a Azara conocer las ideas de aquel sobre la inferioridad del medio americano. Y le llevó, por tanto, a participar, de alguna manera, en lo que se ha denominado la disputa del Nuevo Mundo.

La idea de que América tenía una naturaleza de calidad débil e inferior a la de Europa se difundió ampliamente a partir de mediados del siglo XVIII, y dio lugar a una apasionada disputa que ha sido magníficamente documentada por Antonello Gerbi (1993). La tesis de la debilidad, inmadurez o inferioridad del continente americano encontró su más clara formulación en Buffon, quien centró la atención en las especies animales; aunque otros muchos autores contribuyeron también a darle forma, entre los cuales se contaron Cornelius de Pauw y el filósofo G. W. F. Hegel (Gerbi, 1982: Capítulo I).

Pero bien pronto en la misma América se levantaron voces contra esta interpretación, considerando que era una difamación, y el mismo Gerbi ha mostrado la amplitud de dicha reacción. Por el conocimiento del medio americano y por su relación con intelectuales criollos Azara había de advertir dichas reacciones. Y sus reservas se perciben cuando se leen cuidadosamente sus escritos.

En varios pasajes Azara parece aceptar la tesis de la mayor debilidad de los seres vivos americanos, influido por la ideas que existían al respecto. Por ejemplo, con referencia a las aves de rapiña americanas observa que *“no son tan feroces ni tan carnívoras como las otras”* del Viejo Mundo. Pero en seguida se percibe que no considera la tesis de la inferioridad de la naturaleza americana como la única explicación. Así, tras las palabras anteriores

escribe: *“no es fácil saber si obran así por consecuencia de la flojedad natural que puede producir el clima de América o porque les sea demasiado trabajoso cazar en país tan cubierto de vegetación”* (Azara, 1969: 179).

En realidad, lo que Azara hace es convertir la idea de la debilidad del medio americano en una de las hipótesis de trabajo. En una ocasión, tratando de las aves de rapiña y tras observar que no son tan carnívoras como en Europa, expone, de hecho, tres hipótesis explicativas diferentes: *“sea que participen de la indolencia común a todos los seres animados del mediodía de América, sea que tengan el natural más dulce, sea, en fin que encuentren mayores dificultades para cazar en parajes cubiertos de bosques y matorrales apretados y espesos”* (Azara, 1969: 182).

También observa que *“un natural pacífico, dulce e inocente parece haber sido la herencia de las aves de los países poco poblados, como el Paraguay, donde gozan de una libertad plena”*; la mayor parte de ellas *“carece de la previsión y medios necesarios para evitar las trampas de los hombres”*. A pesar de lo cual *“las hay, no obstante, que conservan la misma desconfianza que sus semejantes de Europa: nueva prueba de que estas disposiciones dependen más de un sentimiento que del clima o de toda otra circunstancia local. A esta misma causa moral atribuyo yo –concluye– las cualidades sociales de las aves”* (Azara, 1969: 185).

Azara trata también de explicar la razón de que las aves no insectívoras sean en Paraguay más raras que las otras. El motivo sería que *“miríadas de insectos pululan bajo los climas cálidos de América, mientras que los granos son raros, y de aquí resulta que el fondo general del alimento de las aves se compone comúnmente de insectos”* (Azara, 1969: 185). Lo que implicaba, sin duda, aceptar la existencia de una adaptación al ambiente. En varias ocasiones hace referencia también a la degeneración de plantas, pero en seguida se ve que esto no lo considera un resultado de la influencia del medio

⁴⁶Especialmente tras el fracaso de las políticas conciliatorias con los insurrectos americanos que habían puesto en marcha algunos ministros en 1817 (y de las que participó José María Lanz), y que fueron abortadas por Fernando VII al año siguiente (Lucena Giraldo, 2005: 154 y ss.).

americano, sino del hecho de que no se renovaran las semillas que se utilizaban para el cultivo, como en el caso del trigo cultivado en Paraguay (Azara, 1969: 94).

En algunos pasajes se declara decididamente contrario a la idea de la degradación de las especies en América. Así en un pasaje en el que escribe: *“parece que algunas personas creen que el continente americano no solo disminuye el tamaño de los animales, sino que además es incapaz de producirlos de la talla de los del antiguo mundo”*. Él por su parte, señala que el jagueté es el más fuerte de toda la familia de los gatos y no cede a ninguno otro por el tamaño, que tres de los ciervos que describe no ceden ni a los ciervos ni a los corzos de Europa, ni el aguará-guazú al lobo ni al chacal ni a otros animales. Y a continuación escribe: *“... si los monos que describo no se aproximan a los africanos, ni los curés al jabalí, en cambio mis hurones exceden a los de África, así como las martas y las fuinas; la nutria no es inferior a la de Europa”*, etc. Y concluye con una afirmación que enlaza con las que autores como el padre Las Casas y otros cronistas de Indias habían podido hacer ya al comienzo de la Conquista: *“Y sobre todo, las razas o especies de hombres de la más alta talla, de formas y proporciones más elegantes que haya en el mundo se encuentran en el país que describo”* (Azara, 1969: 171; Capel, 1993).

Azara y Humboldt. La armonía de la naturaleza y la Física del Globo

La peculiaridad del trabajo que Azara realizó respecto al que efectuó Humboldt era que mientras este último estaba plenamente integrado en la comunidad científica internacional y había diseñado su proyecto en relación con problemas relevantes de la ciencia europea del momento, Azara hizo sus observaciones de historia natural de forma absolutamente personal y desconectado al principio del mundo científico europeo.

Hay muchas cuestiones que no aparecen entre sus preocupaciones y que en otro contexto y con otras bases científicas habría sin duda observado. Por ejemplo, la armonía de la naturaleza. Por ello no recorrió el camino que conducía a la física del globo, y que siguió Humboldt, al igual que Mutis y otros que

partían de la ciencia de su época.

El viaje americano de Humboldt fue un paradigma de la expedición personal con objetivo previo, financiada por un particular, pero que solo fue posible por las facilidades que le dieron las autoridades españolas metropolitanas y virreinales. El de Azara en cambio es otra modalidad, y responde a un encargo específico del gobierno, que cumplió estrictamente, pero al que añadió diferentes intereses y preocupaciones personales, que finalmente llegaron a constituir un programa científico.

Humboldt tenía una excelente formación científica como naturalista, había preparado con gran cuidado su expedición, y fue a América con un proyecto científico bien definido, que trataba de encontrar las interrelaciones entre fenómenos diversos: *“mis ojos deben estar siempre fijados sobre la acción combinada de las fuerzas, la influencia de la creación inanimada sobre el mundo animal y vegetal, sobre esta armonía”*, escribió el mismo día que se embarcaba en la Coruña para iniciar su viaje americano, el 5 de junio de 1799 (Capel, 1981; 2000a). Azara, en cambio, fue definiendo su proyecto científico una vez en América, poco a poco; primero a partir de las instrucciones que recibió como comisionado, y que le conducía a la geografía. Luego a partir de sus intereses personales, confirmados y potenciados por la lectura de Buffon. También en la relación con otros estudiosos, como Pineda. Finalmente, ese proyecto intelectual acabó de perfilarse en Madrid y en Francia en relación ya con el mundo científico español y francés.

Azara estuvo en París desde 1802, y abandonó la ciudad en 1804. Por muy poco no coincidió con Alejandro de Humboldt en París. El naturalista alemán había abandonado la América española el 29 de abril de 1804, dirigiéndose a Filadelfia, donde permaneció tres meses y tuvo ocasión de entrevistarse con el presidente Jefferson y altos funcionarios gubernamentales norteamericanos a los que suministró deslealmente una valiosísima información que la liberalidad de las autoridades virreinales españolas le habían permitido acopiar. El 9 de julio partió rumbo a Europa, y el 27 de agosto se instaló en París, en la calle de los Agustinos en el Faubourg Saint Germain, dedicándose a la elaboración de sus ma-



teriales y a preparar la edición de sus obras americanas. En 1807 y 1808 la casa Shoell, Dufour, Maze y Gide de París empezó a publicar la edición monumental del **Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent**, cuyos treinta volúmenes irían siendo elaborados y publicados durante las tres décadas siguientes (Minguet, 1985, I: 10 y ss.).

Es indudable que de haber coincidido en París habrían trabado relación, ya que ambos tenían mucho que contarse. Humboldt habría estado interesado en conocer de un observador privilegiado las regiones meridionales que no había podido visitar, y cuya edición francesa del viaje no dejará de citar en obras posteriores. Y seguramente Azara habría enriquecido su perspectiva e introducido nuevas preguntas a los materiales que había reunido.

Por ejemplo, preguntas en relación con las interrelaciones entre los fenómenos físicos de diverso orden, que constituirían un aspecto esencial del proyecto de Humboldt desde su misma partida, y que le impulsaban a crear lo que llamó la Física del Globo (Capel, 2000a).

Todo eso que Humboldt pretendía —el estudio de las interrelaciones, el camino que llevaba de la armonía de la naturaleza a la física del globo— estaba también presente de una forma o de otra en la ciencia hispana. Pero lo estaba entre los naturalistas vinculados a las expediciones científicas y al Jardín Botánico (Mutis, Caldas, Cavanilles, Simón de R. Clemente). Azara no se había relacionado con ellos antes de partir, y no sabemos si lo hizo a su vuelta, y tal vez por eso no encontramos en él esas preocupaciones. Tampoco sabemos si se relacionó con geógrafos como el Coronel de Caballería Manuel de Aguirre, que había publicado en 1781 una notable obra geográfica y había desarrollado una importante tarea crítica pero que, atemorizado por los sucesos de la Revolución francesa y su reacción en España, se dedicaba a escribir obras de caballería. O con el geógrafo Isidoro de Antillón, con el que sin duda le habrían unido el interés por la geografía y los mismos ideales políticos liberales.

El camino hacia el darwinismo

Azara hizo numerosas aportaciones a la historia natural, que han sido ya bien señaladas tras el primer trabajo de E. Álvarez López en 1933. Dichas aportaciones se refieren a la distribución espacial de las especies, así como a las variaciones de los animales en libertad y reducidos a animales domésticos. Reconoce la existencia de un aprendizaje en las especies animales, aunque también insiste mucho en la importancia de la herencia: en una ocasión tras anotar unos rasgos de las avispas indica: *“este hecho nos induce a pensar que muchas cosas que observamos en los diferentes seres no son únicamente efecto de la educación, como podría creerse, sino que están grabadas en los individuos desde el vientre de sus madres”*⁴⁷.

Si indagamos en la obra de Félix de Azara podemos observar una actitud que está avanzando ya decididamente hacia la biología evolucionista que triunfará a mediados del siglo XIX. Nuestro ingeniero se encuentra a medio camino en la vía que lleva desde las ideas que dominaban en 1750 sobre el orden de la naturaleza en términos de armonía preestablecida por el Creador, y que conducía hacia las ideas evolucionistas que se formulan claramente en **El origen de las especies** (1859) de Darwin.

El camino hacia las concepciones evolucionistas no fue fácil, ya que ponía en cuestión las ideas sobre el orden del mundo establecido por el Creador. En 1732 Linneo había iniciado su **Genera plantarum** con estas palabras: *“Hay tantas especies cuantas formas distintas creó desde el principio el Ser Infinito”*. La creación y desaparición de especies animales y vegetales era inconcebible porque suponía cuestionar el plan perfecto de la creación. Y cuando los naturalistas empezaron a reconocer la existencia de relaciones tróficas entre las diferentes especies, y entre éstas y el medio ambiente, el orden natural de las interacciones entre las especies no era el resultado de las relaciones entre ellas, sino el principio añadido por el Creador para mantener la *“economía de la naturaleza”*. Era Dios el que había puesto una proporción que las especies en su interacción estaban destinadas a mantener (Capel,

⁴⁷Azara (1969: 107). Sobre la historia de las ideas que condujeron al concepto de evolución biológica puede verse Young (1992).

1995: 82 y ss.). Además, la separación entre las especies podía verse dificultada por la aceptación de la gran cadena del ser, es decir, las transiciones insensibles por las que la naturaleza pasa de uno a otro ser, lo que era aceptado por Buffon.

El convertirse en buffoniano seguramente ayudó a Azara para situarse en una de las vías que conducían al evolucionismo. Desde hace tiempo se ha llamado la atención sobre el hecho de que la aceptación de la existencia de grados intermedios y de diferencias imperceptibles entre las especies implicaba una nueva forma de mirar la naturaleza. A partir de ahí, como escribió Ernst Cassirer, “no queda otro remedio sino que el pensamiento persiga todos esos tránsitos finos y delicados, que se ponga él también en movimiento para representar el movimiento de las formas naturales”. Animales de un continente inexistentes en el otro, cambios insensibles en los individuos y en las especies, especies menos perfectas que pueden desaparecer, todo ello conducía insensiblemente a aceptar un mundo con mayor movimiento y cambio de lo que hasta entonces se había aceptado. Como ha escrito el mismo Cassirer, con Buffon “se prepara el tránsito a una visión de la naturaleza que tratará no ya de derivar y hacer comprensible el devenir partiendo del ser, sino el ser partiendo del devenir” (Cassirer, 1981: 98-100).

Azara se sitúa también en esta vía, por su propia capacidad de observación y por su aceptación de las ideas de Buffon. Es plenamente consciente de las relaciones entre presa y depredador o entre huésped y parásito, así como de las relaciones tróficas entre las especies herbívoras y carnívoras; y a partir de ahí llega al problema del equilibrio de la naturaleza, y a los mecanismos de adaptación a situaciones ambientales diversas⁴⁸.

De todas maneras, su pensamiento es todavía fragmentario, y a veces contradictorio. Seguramente es el resultado de que no tenía preguntas previas, sino que a partir de las observaciones concretas que

realizaba iba haciendo inferencias razonables para cada caso.

En lo que se refiere al clima, aunque seguramente tenía una idea clara de las relaciones entre éste y las características biogeográficas, a veces advierte que su influencia es reducida, sin que pase más allá de esa constatación. Por ejemplo, en alguna ocasión a partir de la existencia de rasgos similares en ciertas especies animales, como en el caso del “*aguarachay*”, estima que “*se puede concluir que el clima no tiene sino muy poca o ninguna influencia, porque el aguarachay es el mismo en toda América, desde el estrecho de Magallanes hasta el polo ártico, aunque en general el zorro varíe mucho en sus colores*” (Azara, 1969: 150).

Más importancia parece conceder a las relaciones tróficas. Observando las aves de rapiña se da cuenta de que en América se encuentran en la proporción de 1 a 9 con las otras, mientras que en Europa y en el resto del Globo estarían, según Buffon, en la relación de 1 a 15. Es decir, que “*en el Paraguay existen, a proporción, muchas más especies carnívoras*”. Lo cual plantea un problema ya que debería conducir a un desequilibrio entre las aves de rapiña y las otras, lo que no ocurre en aquellas tierras. El equilibrio se conserva “*porque la mayor parte de las aves que la Naturaleza ha destinado a vivir de presas no se arrojan sobre las otras aves, y se alimentan de sapos, ranas, serpientes y lagartos, etcétera, y no hay ninguna que no coma insectos*” (Azara, 1969: 182). Así pues, relaciones tróficas específicas contribuyen a mantener el equilibrio entre las especies, en un ambiente concreto de gran riqueza alimenticia.

Al mismo tiempo, en otros casos, también reconoce lo que podríamos considerar adaptaciones de los animales a condiciones ambientales. Así con referencia a algunos cuadrúpedos, como el mborebí, el *jurumi*, el *yagareté*, los *fecundos*, el *cuíy* y los *tatuejos*, estima que “*no tienen ninguna analogía*

⁴⁸El trabajo de E. Álvarez López (1934) fue esencial para el reconocimiento de la obra de Azara en la biología; un resumen aparece en Beddall y López Piñero (1983). El tema de la influencia de Azara en Darwin ha sido planteado por J. Templado (1958), E. Álvarez López (1961), B. A. Beddall (1975), Glick (1975). Véase también la introducción de Jaime Jossa a la edición de **El origen de las especies** (Darwin, 1988: 17). Sobre la herencia biológica de los caracteres véase asimismo la introducción de Andrés Galera Gómez (1990: 31 y ss.).



con los del antiguo continente, y no pueden tenerla porque todos están casi sin defensa y sin recursos contra las persecuciones del hombre y solo pueden existir en países desiertos” (Azara, 1969: 171).

En algunos momentos acepta plenamente que hay adaptaciones de las especies a las condiciones naturales, para asegurar la supervivencia. Hablando de las víboras, por ejemplo, y tras comparar unas especies y otras escribe que “parece que la actividad del veneno está en razón inversa de su tamaño, porque el de la especie mayor no es siempre mortal y el de la más pequeña lo es siempre”. Y a continuación estima que “parece también probado que esa actividad está en razón directa de la agilidad de estas víboras, porque las menos ágiles son más venenosas que la más ligera”; y concluye: “en efecto, parece natural que la especie menos ágil tenga un género de defensa más eficaz” (Azara, 1969: 125). Es decir, que podríamos interpretar que de alguna manera, se han producido adaptaciones de las especies en la lucha por la vida.

Como era habitual en su época, Azara aceptaba que el mundo había sido creado por Dios. Y son muchas las ocasiones en las que afirma que determinado fenómeno “es tan antiguo como el mundo y que ha salido tal cual es de la mano del Creador”⁴⁹. En ese contexto el mundo, además, estaba regido por la providencia divina. Azara no podía cuestionar el providencialismo⁵⁰. Pero da un paso decisivo al convertirlo en una hipótesis entre otras. Con ello pudo hacer observaciones que se adelantaban a su tiempo, y que estaban en la vía que seguiría luego Darwin.

La cuestión del origen de los animales le preocupó ampliamente. Y llegó a formular explícitamente la tesis de la creación simultánea de ciertas especies en lugares distintos, así como, lo que tenía mayores implicaciones, la creación sucesiva de algunas de ellas.

Un párrafo en el que discute los problemas de la distribución de la “hormiga” *cupíy* (**kupi-i**), que

se trata de un termita (isoptera) resulta, me parece, muy significativo. El hecho de que aparezca en lugares muy alejados le lleva a plantear la cuestión de la difusión en esos territorios. Con referencia a ello observa: “... se evitarían muy cómodamente todas estas dificultades si se pudiera creer que todos los insectos, cada uno en su especie, no proceden originariamente de una sola y única pareja, sino de varios individuos idénticos que nacieron en lugares alejados unos de otros, donde se han multiplicado sucesivamente. Así, por ejemplo, las arañas, los grillos, las hormigas, etc. de Europa, deben su origen a insectos de su especie que nacieron en esta parte del mundo, y los de la misma especie que se encuentran en América deben su origen a individuos idénticos nacidos en el país mismo. Se puede decir otro tanto de los que se encuentren en cualquier parte del mundo, sea la que sea, en islas o en regiones tan alejadas las unas de las otras que no se encuentra ninguno en el intervalo que las separa” (Azara, 1969: 113).

Siguiendo esas ideas, acepta que algunas especies de insectos, como los “*cupiys*” por ejemplo, “provenirían de mil individuos idénticos primitivamente, aunque de diferente origen, y lo mismo sucedería con las otras especies, a proporción”.

El tema de la difusión de las especies le ocupó repetidamente, especialmente con referencia al paso de un continente a otro de diversas especies animales que se encuentran en áreas muy alejadas (por ejemplo, al extremo norte y al extremo sur de América), sin que existan ejemplares o restos en las áreas intermedias.

Azara examinó la tesis de que todos los cuadrúpedos tienen su origen en el Viejo Mundo, de donde pasaron a Europa. La mayor parte de los cuadrúpedos que estudia presentan una serie ininterrumpida de norte a sur, “serie que parece indicarnos el camino seguido”. El problema de por qué algunos no se encuentran en el antiguo continente puede recibir una respuesta clara: “que el hombre los ha exterminado”. A ello hace varias objeciones: que algunos no

⁴⁹Con referencia a un depósito de mineral de hierro, Azara (1969: 65).

⁵⁰Recordemos, además, que el virrey marqués de Avilés, le calificó en una ocasión de “sujeto en quien había advertido un modo de pensar muy puro y cristiano” (Albiac Blanco, 2000: 6).

han podido hacer un viaje tan largo “*vistas su pereza y su poltronería excesivas*”, que la transmigración de alguna especie parece imposible porque no entran en el agua o no se desplazan mucho, o porque no salen de sus habitaciones subterráneas bajo la arena y por tanto –pregunta– “*¿dónde encontrarán un camino de arena pura de varios miles de leguas, que les haría falta?*”. También observa que algunas especies están solo al sur del paralelo 26° de latitud, lo que parece imposible de armonizar con el paso de un continente a otro, especialmente porque no hay ningún rastro de ellos en el largo camino que habrían debido seguir de norte a sur. “*Si para resolver esta dificultad se supone que los continentes estaban unidos por la parte sur y que es por allí por donde se ha verificado el paso, caemos en los mismos inconvenientes, porque ninguno de estos animales existe en África*” (Azara, 1969: 172-173).

Estima que podría ser equivocado creer que los dos continentes hayan tenido nunca comunicación alguna antes de la llegada de Colón a América. Todos esos argumentos, y otros que aduce y examina le llevan a pensar “*que cada especie de insecto y de cuadrúpedo no procede de una sola pareja primitiva, sino de varias idénticas creadas en los diferentes lugares en que hoy los vemos*”.

De todas maneras, conviene advertir que su pensamiento sobre la unión de los continentes no parece que fuera muy firme. En otra ocasión, discutiendo la idea de Buffon de que en América solo se encontraban los pájaros europeos que podían resistir los fríos del norte, por donde los continentes estaban próximos, presenta de forma clara una alternativa diferente. Frente a la tesis del naturalista francés reflexiona: “*pero veremos con frecuencia en este país [Paraguay] pájaros de Europa, África y Asia de los que no sufren tal frío, ni han podido atravesar los mares actuales, ni venir por donde dice [Buffon], sino por otra parte más meridional, donde antiguamente estarían muy cercanos y tal vez unidos los continentes*” (Azara, 1992: 83).

Son varias las veces que Azara alude al tema del poligenismo zoológico. Por ejemplo, respecto a los cangrejos del Paraguay, los encuentra a veces separados por varias leguas, “*y como no se puede concebir que estos animales hayan pasado de*

un paraje a otro, se debe más bien presumir que los que habitan en cada llanura diferente han tenido igualmente un origen distinto, aunque se parecen por sus colores, su tamaño y su manera de vivir. Con mayor razón debe creerse que estos cangrejos no descienden de los de Europa” (Azara, 1969: 76). Los peces de los ríos, no se encuentran en el mar, y “*por consecuencia han sido creados en los ríos*” (Azara, 1969: 78).

Eso viene apoyado por otras reflexiones que, a su vez, tienen en cuenta las relaciones tróficas entre las especies. Escribe en concreto: “*En efecto, si la creación que concierne a la zoología hubiera sido instantánea y de una sola pareja de cada especie ¿quién hubiera podido proveer y alimentar a las que no viven más que a expensas de otras? Se hubieran muerto de hambre o hubieran exterminado a las que les sirven de alimento*”. El problema es grave e irresoluble desde la perspectiva creacionista, que resultaba muy difícil de transgredir, y que no es impugnada por Azara. Pero leyendo con atención sus obras se observa que en realidad reflexionaba científicamente, convirtiendo esa creencia en una hipótesis. Así, tras varias reflexiones que siguen a lo anterior, concluye que no parece sin fundamento “*en la hipótesis de una creación instantánea, imaginarse que cada especie zoológica proviene de varias parejas primitivas que, aunque perfectamente semejantes y reducidas a una unidad específica, hubieran sido creadas en diversos parajes, y de este modo todas las especies creadas podrían haberse conservado a pesar de la destrucción necesariamente operada por las especies devoradoras*” (Azara, 1969: 174, resaltado por el autor).

La hipótesis de que al principio no hubo más que una pareja de cada especie solo podía aceptarse “*... admitiendo que la creación de las débiles haya sido muy anterior a la de las otras, a fin de haber tenido tiempo a multiplicarse mucho. Entonces el hombre, el jaguarete, el león, el tigre, etc., habrían sido creados posteriormente, después de un lapso de años y aun de siglos, indispensables para que las especies destinadas a ser sacrificadas hubieran podido multiplicarse en suficiente número para alimentar a las otras. Según esas observaciones, la creación instantánea resulta incompatible con la unidad de una sola pareja de cada especie;*

pero esta unidad de una sola pareja no se opondría a su creación sucesiva, admitiendo siempre que las destructoras fueran las últimas”.

Y dando un paso más concluye que: “no se debe tener más repugnancia en combinar una creación sucesiva con la multiplicidad de tipos o parejas de cada especie” (Azara, 1969: 174-175).

Considera también que “el sistema seguido por la Naturaleza” es “que ha puesto límites fijos e invariables a la fecundidad de cada hembra, de cuyos límites estas hembras no podrían separarse” y “que en el curso de un año no producen más que el número de individuos necesarios para la conservación de la especie”; lo cual le lleva a pensar que la aparición de grandes cantidades de insectos en algunos momentos puede ser “producto de una creación reciente”⁵¹. En otro momento, con referencia a las chinches, y tras observar que van unidas normalmente a los hombres civilizados, deduce que “parece natural creer que el mundo estuvo libre de chinches en los tiempos primitivos y que su creación es muy posterior a la del hombre” (Azara, 1969: 117). Eso mismo podría ocurrir con especies vegetales, ya que, con referencia a los bosques del Paraguay escribe: “parecen creados de hoy” (Azara, 1969: 82).

Azara dio todavía un paso más importante, en relación con sus numerosas observaciones sobre cambios en caracteres físicos de individuos animales, incluyendo al hombre entre ellos. Así por ejemplo, “sobre los cambios de color que se ven algunas veces en los hombres, los cuadrúpedos y las aves”. Observa que en muchos casos “la causa que las produce es accidental, pasajera, y que el principio reside en las madres”. También que “sus efectos se perpetúan y no dependen de los climas” (Azara, 1969: 176). El célebre ejemplo del toro sin cuernos es en este sentido muy importante: “En 1770 nació un toro mocho o sin cuernos, cuya raza se ha multiplicado mucho. Debe observarse que los individuos procedentes de un toro sin cuernos carecen de ellos aunque la madre los tenga, y que si el padre tiene cuernos los descendientes los tendrán también aunque la madre no los tenga. Este hecho prueba no solo que el macho influye más que la hembra en la

generación, sino, además que los cuernos no son un carácter más esencial para las vacas que para las cabras y los carneros, y que se ve perpetuarse a los individuos singulares que la Naturaleza produce a veces por una combinación fortuita. Se han visto también en el mismo país caballos con cuernos, y si se hubiera tenido cuidado de hacerlos multiplicarse acaso se tendría hoy una raza de caballos cornudos” (Azara, 1969: 177).

Darwin trató de estas cuestiones en **El origen de las especies**, en donde relacionó las variaciones introducidas con el hombre en las especies domésticas (tema del capítulo I) y las variaciones que se producen en la naturaleza, a las que dedicó el capítulo II. En éste aborda el problema de las monstruosidades, que pasan naturalmente a las variedades, y escribe: “Nadie supone que todos los individuos de la misma especie estén fundidos absolutamente en el mismo molde. Estas diferencias individuales son de la mayor importancia para nosotros, porque frecuentemente, como es muy conocido de todo el mundo, son hereditarias, y aportan así materiales para que la selección actúe sobre ellos y las acumule, de la misma manera que el hombre acumula en una dirección dada las diferencias individuales de sus producciones domésticas” (Darwin, 1988: 95).

Es decir, Azara razonó varios decenios antes que Darwin de forma similar a como lo haría éste, y obtuvo conclusiones semejantes, que sin embargo no generalizó, aunque fue capaz de percibir las implicaciones que tenían. El tema de la influencia de Azara en Darwin está ya plenamente reconocido, y sabemos que el naturalista británico utilizó ampliamente la obra de nuestro ingeniero, que es el autor más citado en las obras completas de ese autor.

Aspectos fundamentales del pensamiento darwiniano son la idea de cambio a través del tiempo, la idea de organización, la idea de lucha por la vida y selección, y el carácter aleatorio de las variaciones que se producen en la naturaleza, y que luego pueden transmitirse a la descendencia (Stoddart, 1966). No todos ellos aparecen en Azara. Pero, por lo que hemos dicho, resulta evidente que se sitúa claramente en la línea que conduce al darwinismo.

En primer lugar, la idea de cambio a través del tiempo está poco aceptada, ya que Azara sigue siendo creacionista y providencialista; pero admite plenamente que las especies pueden desaparecer, lo que resultaba inconcebible para autores que estimaban que eso cuestionaba el plan divino de la creación. Así con referencia a algunos tunales que ha encontrado en Paraguay, Azara describe dos especies “*tan aislados entre los otros árboles sin ver ningún otro del mismo género*” y comenta “*de suerte que esta especie reducida a esos dos individuos, acaso únicos en el mundo, desaparecerá a la muerte de los que he descrito*” (Azara, 1969: 85).

La idea de la lucha por la vida y las adaptaciones que de ello derivan aparece en varias ocasiones, tal como hemos tenido también ocasión de señalar. Pero es más bien el último aspecto, es decir la idea del carácter aleatorio de las modificaciones y su transmisión a la descendencia, lo que le hace situarse plenamente en el camino que conduce al darwinismo. Vale la pena resaltar que éste es precisamente el aspecto más novedoso del pensamiento darwiniano, aquel en el que él mismo no quiso insistir por las graves implicaciones que tenía la aceptación del azar en el orden del universo.

Animales e indios

Hay otros aspectos que convierten a Azara también en un precedente de concepciones que serían dominantes a mediados del siglo XIX. En su obra realizó en varios momentos comparaciones entre animales y hombres, con lo cual, de alguna manera, estaba aplicando al estudio social los métodos que había adquirido con sus estudios de zoología. Ese es también el camino que conduce hacia el triunfo del método positivista, que estima que la ciencia es una y que pueden transferirse teorías y métodos desde las ciencias de la naturaleza a las ciencias de la sociedad.

Son varias las ocasiones en que comparó los animales y los hombres, en concreto los indígenas americanos. En un momento dado, hablando de las avispas comenta: “*esta república o sociedad es aca-*

so la cosa del mundo más semejante a todas las naciones de indios salvajes, como veremos” (Azara, 1969: 104). Al hablar de las hormigas encuentra en estos insectos “*razonamientos y un lenguaje o signos para la comunicación de ideas*”; y añade: “*seguramente las naciones indias que describiré a continuación no son capaces de más*” (Azara, 1969: 109). En otra ocasión, comentando algunas costumbres entre los pampas, señala que “*ninguna nación salvaje ha abandonado sus antiguos usos, y en esto se asemejan a los cuadrúpedos salvajes*” (Azara, 1969: 201). En cuanto a los payaguás, después de señalar que pueden tomar a la vez una gran cantidad de alimento, escribe que en ello “*se asemejan a las aves de rapiña, y a muchos cuadrúpedos carnívoros*”. (Azara, 1969: 230).

La comparación entre animales y hombres tenía numerosas implicaciones. Podía significar que se estaba reflexionando sobre el problema de si existían especies intermedias entre unos y otros, lo cual podía ser una consecuencia de la aceptación de la gran cadena del ser, esa cadena que se extendía desde el más pequeño grano de arena a la más excelsa de las criaturas, como era el hombre, y más allá hasta Dios, y desde lo más simple a lo más complejo⁵². La cadena del ser planteaba a los naturalistas problemas concretos sobre las relaciones jerárquicas entre los distintos reinos de la naturaleza y los elementos u organismos intermedios entre unos y otros. La idea de rocas que crecían y que eran como vegetales resultaba fácil de aceptar desde esta perspectiva, y fue desde luego admitida e integrada en las interpretaciones sobre la evolución del relieve terrestre (Capel, 1985a: 73-77). También podía ser objeto de especulación la distancia entre los animales y el hombre, que tal vez tendrían asimismo eslabones intermedios. La cuestión de esos eslabones o criaturas intermedias se convertía así en una cierta preocupación de algunos naturalistas (Bitterli, 1982: 400 y ss.).

En un capítulo dedicado a reflexionar de forma general sobre los indios americanos (el capítulo XI, del que luego hablaremos), Azara aborda también el problema del origen de las lenguas. Para ello retoma los datos que había podido reunir acerca de las

⁵²Lovejoy (1983): ya hemos visto que esta gran cadena del ser era aceptada por Buffon.



características de los lenguajes de las diferentes naciones de indios que había conocido. Estima que las lenguas de los americanos “parecen dictadas por la Naturaleza misma cuando enseñó a los perros a emitir sonidos; es decir, muy pobres en expresiones, casi todas nasales y guturales, empleando poco la lengua y semejantes en esto al lenguaje de los animales” (Azara, 1969: 248). Por si quedara duda de su opinión acerca del origen de esas lenguas añade que “la unidad del lenguaje entre los guaraníes, que ocupan una tan vasta extensión, ventaja que ninguna de las naciones civilizadas del mundo ha podido obtener, indica aún que estos salvajes han tenido el mismo maestro de lenguaje que enseñó a los perros a ladrar del mismo modo en todos los países”.

Azara se muestra por ello comprensivo con los que en el pasado “tomaron a los indios por simples animales”. Cree que “los compararon recíprocamente y que encontraron aún entre ellos otras semejanzas, sea en lo físico, sea en lo moral”. Y a continuación un párrafo importante que resume de forma clara todos los rasgos que él había ido destacando y reiterando en las descripciones pormenorizadas que había hecho de las naciones de indios; y que al mismo tiempo, muestra, en negativo, cuales son los caracteres que Azara atribuye a la humanización. Vale la pena reproducirlo por extenso: “En efecto, los indios se asemejan a los animales por la delicadeza del oído, por la blancura, limpieza y disposición regular de sus dientes; en que no hacen uso de la palabra sino rara vez; en que nunca ríen a carcajadas; en que los dos sexos se unen sin preámbulos ni ceremonias; en que las mujeres dan a luz fácilmente y sin ninguna consecuencia enojosa; en que gozan en todo de entera libertad; en que no reconocen ni superioridad ni autoridad, en que siguen en su conducta ciertas prácticas a que no están obligados ni sujetos y de las que ignoran el origen y la razón; en que no conocen ni juegos, ni danzas, ni cantos, ni instrumentos de música; en que soportan paciente la intemperie del cielo y el hambre; en que no beben más que antes o después de la comida, pero nunca mientras comen; en que no se sirven más que de la lengua para quitar las espinas del pescado que comen y las conservan en los ángulos

de la boca; en que no saben lavarse, ni limpiarse, ni coser; en que no dan instrucción ninguna a sus hijos y algunas naciones matan a los suyos; en que no se ocupan del pasado ni del porvenir; en que mueren sin inquietud por la suerte de sus hijos y mujeres y de cuanto dejan en el mundo; y finalmente, en que no conocen ni religión ni divinidad de ninguna especie. Todas estas cualidades parecen aproximarlos a los cuadrúpedos, y parecen tener aún alguna relación con las aves por la fuerza y finura de su vista”⁵³.

El texto nos permite comprobar que para Azara las dimensiones esenciales del proceso de humanización son éstas: debilitamiento de algunos rasgos físicos, lo que se refleja en la pérdida de dientes o en la mayor dificultad para el parto en las mujeres; lenguaje reglado y uso de la palabra; capacidad para expresar sentimientos, y en especial la alegría a través de la risa; relaciones sexuales con preámbulos y ceremonias; reconocimiento de la autoridad y de jerarquías; prácticas sociales que tienen un origen conocido y que obligan a los miembros del grupo social; conocimiento y uso de juegos, danzas, cantos e instrumentos de música; impaciencia ante las inclemencias y el hambre, lo que, sin duda, da lugar a la creación de la vivienda y el vestido, así como a la provisión regular de alimentos; el acto de la comida se convierte en una práctica social, en la que se bebe a la vez que se come; limpieza de la boca durante la comida; aseo personal, y conocimiento de prácticas para reparar los vestidos; educación para los hijos y respeto por su vida; conocimiento del pasado y capacidad de previsión respecto al futuro; preocupación por la familia en el momento de la muerte; prácticas religiosas y aceptación de la existencia de un poder divino sobre el mundo y sobre la vida. Sin duda, se refleja en todo ello el conocimiento de los debates de la Ilustración acerca de la civilización, pero se plantean ya implícitamente en relación con el proceso de separación entre el mundo animal y el propiamente humano. Se empiezan a plantear problemas que adquirirán una gran trascendencia cuando se desarrolle la antropología y se llegue a reconocer la existencia de la prehistoria (Bouza Vila, 2002).

⁵³Azara (1969: 249). Se había ocupado también del tema en Azara (1847a, reiterado en 1994: 158) donde presenta en lo esencial esos mismos rasgos, pero con un énfasis y orden algo diferente.

Había que observar y clasificar a los hombres. Pero esa clasificación planteaba problemas específicos, ya que según la importancia que se diera a unos rasgos o a otros (por ejemplo, el color del pelo, de la piel, la forma del cráneo o de la cara, el cabello, etc.) aparecerán agrupaciones diferentes, lo que tenía gran importancia cuando a veces estaban también en juego valoraciones sobre los pueblos. Si ya era difícil ponerse de acuerdo sobre los rasgos físicos relevantes en la descripción y clasificación de los hombres, más lo era incorporar los rasgos culturales. Ahí la diversidad de opciones era total. La distinción entre cuerpo y espíritu y entre rasgos físicos y culturales permitía incluso aceptar semejanzas biológicas y diferencias espirituales o culturales, que podían llevar a agrupar ciertas razas con los animales, a pesar de las semejanzas biológicas. El negro, por su color y por las costumbres que se describían de él, tenía todos los números para situarse en ese grupo intermedio.

En la protohistoria de la ecología

La actual ecología se configuró como ciencia definitivamente en los últimos años de la década de 1860, especialmente con la obra de Haeckel y su definición del concepto de ecosistema. Pero el camino hacia ella fue complejo y se fue recorriendo lentamente durante la primera mitad del siglo XIX, en relación con debates como los que hemos mencionado anteriormente.

Azara está también en ese camino, por las observaciones biogeográficas que fue capaz de realizar. Es plenamente consciente de las variaciones que el relieve introduce en la vegetación, ya que escribe que *“en países como el que describo, en llanura, incultos y donde la calidad del suelo es casi la misma por todas partes, no se puede ofrecer mucha variedad en las producciones vegetales, porque la sola causa visible que podría hacer variar la vegetación es la temperatura, que depende más o menos de la latitud, y la mayor o menor humedad o facilidad para salida de las aguas”* (Azara, 1969: 79).

Señala que constantemente ha observado en las llanuras una gran igualdad en la vegetación. Anota que siempre ha *“visto en los pastos las mismas plantas de dos o tres pies de alto, y poco variadas en sus especies, pero tan espesas que no se percibe nunca la tierra más que en los caminos o en los arroyos o en alguna barranca excavada por las aguas”*. También que *“en los parajes bajos y sujetos a inundaciones las plantas dominantes son más elevadas y se las llama pajonales”*. No recorrió, en cambio, grandes cordilleras que le estimularan a observar los cambios altitudinales de la vegetación, como harían Mutis, Caldas, Humboldt o Clemente Rubio⁵⁴.

Azara es consciente de los efectos que tiene la actividad humana sobre la transformación de los paisajes naturales, y en particular sobre la disminución del número de especies tras los incendios repetidos. Señala que *“cuando las plantas se han hecho fuertes y duras se incendian para que retoñen de nuevo y proporcionen al ganado un pasto más tierno”*. Pero en esta operación, realizada en los campos en que no hay hombres o ganado, o son escasos, *“acaso disminuye el número de especies, porque las semillas se queman y es natural que el fuego haga perecer las plantas delicadas”*. Advierte que sería necesario tomar precauciones para hacer esos incendios porque el viento y la falta de obstáculos los propaga más de doscientas leguas. Solo los detienen los bosques *“porque son tan cerrados y verdes que no arden”*, al menos la primera vez; aunque *“los bordes de estos bosques se secan y se tuestan, de modo que pueden inflamarse fácilmente por un nuevo incendio”*. Todo ello *“hace perecer una inmensa cantidad de insectos, reptiles y pequeños cuadrúpedos, y hasta caballos, porque no tienen tanto valor como los toros para pasar a través del fuego”* (Azara, 1969: 80).

En las áreas de pastos poblados o frecuentados desde hace tiempo por pastores y rebaños *“he observado constantemente que esos pajonales, o lugares llenos de grandes hierbas, disminuyen día por día y sus plantas son reemplazadas por césped”*

⁵⁴Tanto en el En el **“Viaje al río Tiviquary”** (1785) (Azara, 1994, parte III, en particular, pág. 51) subió *“hasta lo más áspero de la cordillera”*, y aunque narra las diversas penalidades que sufrieron no hay la menor alusión a los cambios en el paisaje biogeográfico. Tampoco los hay en el **“Viaje a la cordillera”** (Azara, 1990: 224-227).

y por una especie de cardo rastrero, muy espeso y de muy pequeña hoja; de suerte que si el ganado se multiplica o pasa un tiempo algo considerable, las grandes hierbas que el terreno producía naturalmente desaparecerán del todo”. También nota que “si este ganado es lanar la destrucción de las grandes hierbas es más pronta y el césped crece más deprisa, etc.”

Hizo asimismo numerosas observaciones que mostraban que “alrededor de las casas o de todo paraje donde el hombre se establece se ven nacer al instante malvas, cardos, hortigas y otras muchas plantas, cuyos nombre ignoro, pero que nunca había encontrado en los lugares desiertos y a veces a más de treinta leguas a la redonda”. Su punto de vista es que “basta que el hombre frecuente, aun a caballo, un camino cualquiera, para que nazcan en sus orillas algunas de estas plantas, que no existían antes y que no se encuentran en los campos vecinos, y basta cultivar un jardín para que en él crezca verdolaga”. Y concluye: “parece, pues, que la presencia del hombre y de los cuadrúpedos ocasiona un cambio en el reino vegetal, destruye las plantas que crecían naturalmente y hace nacer otras nuevas”.

Sus observaciones eran atinadas, pero carecía de la formación que le permitiera interpretar adecuadamente las causas. En alguna ocasión acepta ideas claramente equivocadas, como las de la generación espontánea; por ejemplo, cuando estima que la anguila “es un producto de la generación espontánea, pues se encuentra en estanques hechos por las manos de los hombres y hasta en los pozos, y jamás se le hallan huevos ni hijos en el vientre”⁵⁵. No sabemos si es a dicha generación espontánea a lo que alude o si más bien insinúa la tesis de la creación sucesiva de especies cuando escribe lo siguiente: “Los que creen que la creación de los vegetales ha sido simultánea y, por consecuencia, que toda planta viene de semilla o renuevo, están persuadidos de que cuando se ve nacer una planta en un paraje donde no existía antes se debe a los vientos o a las aves, que han llevado la semilla; pero

yo quisiera que reflexionaran que el gran número de especies parásitas que no viven más que sobre el tronco de los grandes árboles es de una formación muy posterior a estos árboles; que suponiendo al viento la fuerza de una bala de cañón, no podría evitar la caída al suelo de las semillas antes de haber recorrido el espacio de dos leguas; que ningún ave come las semillas demasiado pequeñas; que aunque las comiera no las transportaría a distancias muy lejanas, y que aunque las transportara, no lo haría precisamente en el momento en que el hombre hubiera levantado una vivienda y, en fin, ningún ave come la semilla del abrojo (especie de cardo), y dichos animales no pueden, en consecuencia, transportarla a ninguna parte” (Azara, 1969: 80-81).

Ese problema, que Azara deja en ese pasaje sin respuesta, ha encontrado posteriormente respuestas adecuadas por parte de los ecólogos, que han mostrado el papel que ha tenido el hombre en la propagación involuntaria de insectos, semillas y microorganismos vegetales y animales. Los ecólogos argentinos han estudiado en las últimas décadas estos procesos de transformación del paisaje vegetal natural por la acción humana. Eduardo H. Rapoport, en particular, ha puesto de manifiesto la importancia de esos procesos, incluso en las áreas más “alejadas” de la Tierra, como pueden ser la cordillera andina (en los alrededores de Bariloche) o la Tierra de Fuego. En esta última hay 430 especies nativas y 128 adventicias, es decir el 23 por ciento del total, pero son muy activas y van ocupando la mayor parte del terreno (Rapoport, 1987).

Repetidamente está presente en la obra de Azara el reconocimiento del papel del hombre en la transformación del medio natural, y la degradación del paisaje primitivo. Observa asimismo la existencia de bosques, y el hecho de que “estos bosques se destruyen a medida que el país se puebla” (Azara, 1969: 81). También percibe la estrecha relación entre la actividad humana y la disminución o crecimiento de las especies. Así, con referencia a los cuadrúpedos que se encuentran en América cree lógico que se multipliquen y extiendan en todas las di-

⁵⁵Azara (1969: 78); la observación mereció una nota de Walckenaer señalando que “este es un error muy antiguo que las observaciones modernas han hecho desaparecer”. Otra afirmación semejante de Azara sobre gusanos que parecen producto de la generación espontánea, en Azara (1969: 49).

recciones, ya que “*estando casi desierta la América, los cuadrúpedos han podido extenderse fácilmente en todos los sentidos, lo que no puede verificarse en Europa, donde una gran población persigue y extermina los cuadrúpedos, excepto el pequeño número de ellos que se encuentra relegado en cierto modo a lugares determinados e inaccesibles*” (Azara, 1969: 171).

Las naciones indias

El conocimiento de las características de los pueblos indígenas americanos se había difundido en Europa desde el mismo siglo XVI a partir de las obras de los cronistas de Indias traducidas a otras lenguas. A ello se habían unido los relatos de diferentes viajeros que habían aportado diversos testimonios, de manera que en el Setecientos no era información lo que faltaba. Sin embargo esa información podía ser percibida y valorada sesgadamente, en relación con los intereses ideológicos o políticos de los autores que la utilizaban o de los debates intelectuales en la que se incorporaba.

En muchas ocasiones se mantenían prejuicios antiguos y esquemáticos acerca de los distintos pueblos de la Tierra, los cuales podían ser aceptados incluso por un filósofo como Kant, a juzgar por los textos que se conservan de su **Geografía Física**, el curso que impartió más frecuentemente en la Universidad de Königsberg entre 1756 y 1796, después de la Lógica y la Metafísica⁵⁶. En las páginas dedicadas al estudio del hombre y a la descripción de las naciones encontramos repetidamente los más sorprendentes prejuicios, en especial acerca de los pueblos no europeos, los cuales pueden aparecer caracterizados como bandidos, malolientes, mentirosos, holgazanes y adornados de otros calificativos semejantes. Lo que puede deberse a que “*en los países cálidos los hombres maduran más rápidamente en todos los aspectos, pero no alcanzan la perfección de las zonas templadas*”, y que “*la Humanidad alcanza su mayor perfección en la raza*

de los blancos”. De ese grado superior se desciende insensiblemente en una especie de gran cadena del ser humano: “*los indios amarillos tienen ya menos talento; los negros están situados mucho más abajo, y totalmente abajo se encuentra una parte de los pueblos americanos*”⁵⁷.

Esos pueblos americanos que menospreciaba Kant habían dado lugar a grandes civilizaciones, algunas de las cuales, como la azteca y la inca, estaban vivas a la llegada de los españoles, y habían dado lugar a excelentes descripciones por parte de los cronistas Indias. Pero podía ocurrir que la información existente no se conociera, que se pusiera en duda o, incluso, que esas civilizaciones se despreciaran a pesar de los relatos existentes. Por ejemplo, autores como el holandés Cornelius de Pauw (en **Recherches philosophiques sur les Américains**, Berlín 1768-69) y el escocés William Robertson (en su **History of America**, Londres, 1777) cuestionaban la veracidad de los relatos de los cronistas españoles sobre incas y aztecas, y entre ellos, por ejemplo, los testimonios del Inca Gracilaso. De manera similar sucedía con otras obras muy críticas contra el gobierno español, como la **Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes** del abate G. Raynal (Amsterdam 1770, y traducida al español por el duque de Almodóvar expurgada de todas las críticas, 1784-86), que justificaba los comportamientos coloniales de los ingleses y criticaba duramente a los españoles, dando también imágenes distorsionadas de las poblaciones indias indígenas, desde luego, sin haber viajado nunca a América.

El interés por América era grande en Europa durante el siglo XVIII y –al igual que el conocimiento de China o de otros países exóticos– servía para alimentar los debates sobre el buen gobierno, la organización de la sociedad o la historia de las naciones. Por otra parte, el mito del buen salvaje podía afectar asimismo a las percepciones de los pueblos indígenas. Esa idea era cultivada especialmente desde

⁵⁶El curso de **Geografía Física** fue editado por un antiguo alumno de Kant, Th Rink en 1802; utilizamos la edición francesa (Kant 1999).

⁵⁷Kant, 1999: 223. El filósofo dedicó toda la primera sección de la 2a parte al estudio del hombre (p. 218-227) y trató también del tema en la 3a parte (“**Observaciones sumarias sobre las principales curiosidades naturales de todos los países, según un orden geográfico**”).

Europa por philosophes que no habían viajado a América y utilizada en razonamientos filosóficos que cuestionaban la vida civilizada, la ciudad o el orden político de las monarquías absolutas. Los relatos de viajes, los estudios de poblaciones indígenas de otras regiones y de la vida social en ellas permitían comparar con lo que sucedía en Europa y ponían en cuestión las formas de vida y de gobierno existentes. *“El hombre arcaico, hasta la fecha una curiosidad aparte y al margen del diálogo intelectual, salió de su aislamiento y, estimulante e inquietantemente, empezó a destruir la seguridad de las ideas que el europeo tenía de sí mismo”* (Bitterli, 1982: 246).

De todas maneras, durante la segunda mitad del Setecientos, con los descubrimientos y frecuentación de las islas del Pacífico, el buen salvaje se desplazó desde América hacia ellas. Y algunos viajeros que recorrieron regiones americanas o hicieron escala en el continente, realizaron descripciones en las que aparecen los indígenas como *“bárbaros, malvados y bribones”*⁵⁸.

Azara está lejos de las especulaciones de J. J. Rousseau sobre el hombre natural primitivo en estado de libertad anterior al proceso de desigualdad y degradación⁵⁹. Tenía un sentido muy agudo de la observación, desarrollado en las caracterizaciones de las especies animales, y lo aplicó a las descripciones etnográficas. El haberse convertido en buffoniano por el azar de sus lecturas americanas llevaba a nuestro ingeniero a poner énfasis no en la clasificación sino en la descripción de los individuos y de los grupos formados con ellos, o especies. En lo cual adquirió una gran maestría que luego aplicó a los grupos indígenas, y su relación con el mundo circundante, otro rasgo procedente asimismo de Buffon. Las descripciones que realizó son de una gran precisión y modernidad, aunque estén afectadas también por los estereotipos que existían en su época sobre los pueblos *“primitivos”*.

En sus descripciones Azara está lejos del mito del buen salvaje, y no hay en sus relatos ni estado de felicidad ni utilización de ese pretendido estado dichoso para hacer críticas oportunistas contra la civilización o contra la ciudad —que sin embargo no están ausentes en su obra, aunque por otras razones, como veremos. No aparece tampoco nunca en él la idea de decadencia o degeneración, de debilidad o de falta de valor y de virilidad de los pueblos indígenas, que en cambio puede encontrarse en otros viajeros, y en los philosophes. Tampoco hay generalizaciones, sino más bien una cuidadosa distinción entre las características de unos grupos y otros.

Describió con gran detalle una treintena de *“naciones indias”*. Advierte que llama nación *“a toda reunión de indios que se consideren ellos mismos como formando una sola y misma nación y que tienen el mismo espíritu, las mismas formas, las mismas costumbres y la misma lengua”*, y añade: *“poco importará que se componga de pocos o muchos individuos, porque esto no es carácter nacional”* (Azara, 1969: 186). Algunos de los que describe no pasaban de treinta hombres adultos, como los **guatos**; la nación entera de los **guasarapo** reunía apenas sesenta guerreros; los **aguitequedichagas** eran unos cincuenta guerreros, y los guanás no superaban las 8.300 personas. La nación de los **lenguas**, por su parte, en 1794 *“no estaba compuesta más que de catorce hombres y ocho mujeres de todas las edades, lo que da un total de veintidós individuos”*. De los **guaicurús**, *“una de las naciones más famosas en las historias y en las relaciones de estas regiones”*, a la vez que *“la más fiera, la más fuerte, la más guerrera, y la de más talla”*, solo quedaba en aquel momento *“más que un solo hombre”*, debido a la guerra constante con todos los demás y *“a las costumbre bárbara adoptada por sus mujeres, que se hacían abortar y solo conservaban a su último hijo”* (Azara, 1969: 233).

⁵⁸Así en los relatos de La Perouse o de La Condamine (Minguet, 1985, II: 33). De manera similar en Cornelius De Pauw, que en relación con sus ideas sobre la inferioridad del medio americano, estimaba que los indios americanos eran bestias que abominaban de las leyes y de los frenos de la educación.

⁵⁹Rousseau en su: **Discours sur l’originalité de l’inegalité parmi les hommes**, 1954. Para Rousseau la desigualdad social va unida a la reunión del hombre en sociedad, en los vínculos familiares, la agricultura y la propiedad de la tierra. Con todo eso el hombre pierde libertad y se convierte en esclavo de la necesidad, con lo que produce en un estadio de degradación progresiva. Visión de gran pesimismo cultural. Examen de ello en Bitterli, ed. 2982.

Habla en ciertos casos, ya lo hemos visto, de la belleza de los rasgos físicos, y de la superioridad de algunos de ellos sobre los españoles (en la dentadura, la conservación del pelo ...). Son muchas las ocasiones en que alude a la bella talla, fuerza, robustez y altivez de los indígenas⁶⁰. La insistencia de Azara en la belleza de una parte de los indios que estudiaba contrasta con las observaciones de otros viajeros que los encontraban feos, sarnosos, salvajes,

Señala que, en general, se trata de naciones “*errantes*” o nómadas, y que es muy raro que pasen al territorio de otras tribus, ya que generalmente están separadas por un desierto, a veces de gran extensión. En cuanto a las lenguas, en ningún caso da referencias más que al tono y los sonidos de las mismas, afirmando que son muy difíciles y que solo ha encontrado un español que hablaba el idioma **mbayá**, después de haber pasado veinte años entre ellos.

Algunos de los rasgos que destaca Azara habían sido también observados y resaltados por otros viajeros, como la embriaguez, la poligamia, la indolencia o pereza, el poco espíritu, el ser nómadas, vestir con cueros o a caballo, morir con indiferencia, o la falta de previsión. Bougainville, que había conocido a los indios del Río de la Plata en 1767-68, había destacado también que eran “*tan amantes de la pereza como de su libertad*”.

Azara alude repetidamente y con admiración, como buen militar, al valor y fiereza de los indios. En varias ocasiones repite que “*son muy valientes*” y señala las dificultades que tenían los españoles para asegurar el dominio del territorio. Los **charrúas**, que hacían una feroz guerra, no pasaban, según él de unos cuatrocientos guerreros, y los pampas eran otros cuatrocientos guerreros. A pesar de ello unos y otros ponían en serio aprieto a los españoles, al igual que los **mbayás**, que en los años 1730 y 40 estuvieron a punto de exterminar a todos los del Paraguay. En otra ocasión, describiendo las tácticas

guerreras de los **mbayás** observa que “*en cada expedición se contentan con obtener una sola ventaja*”, y comenta: “*sin esto no quedaría ya hoy un español en el Paraguay ni un portugués en Cuyabá*” (Azara, 1969: 222). Y respecto a los **payaguás**, tras señalar que son “*los enemigos más constantes, crueles y astutos de los españoles, de los portugueses y de todos los otros indios, sin excepción*” recuerda que “*han matado a muchos millares de españoles y que con frecuencia ha faltado poco para que exterminaran a todos los de Paraguay*”. Lo que planteaba Azara en esos párrafos no era una pura especulación intelectual. Sin duda el ingeniero militar estaba muy preocupado por el tema y había pensado mucho en él, ya que en las tierras de Chile los araucanos eran indomables y peligrosos, y en el también cercano Perú la rebelión de Tupac Amaru había planteado en la década de 1780 graves problemas a las autoridades virreinales. Algo que también había quitado fuerza, sin duda, a las reivindicaciones territoriales frente a Portugal, en un espacio muy sensible por su proximidad al área de la rebelión.

Observa cuidadosamente la relación de hombres y mujeres, las costumbres y la edad del matrimonio, la existencia o no de poligamia y la aceptación de la separación matrimonial y del adulterio. La fecundidad indígena era generalmente inferior a la de los españoles, y Azara señala la existencia de prácticas de aborto y control de la población entre numerosas naciones de indios. Por ejemplo en los **mbayás**, que tenían la costumbre de no criar más de un hijo o hija y matar a todos los demás. Entre las explicaciones que le dieron las mujeres de ese grupo se encuentra que “*nada más engorroso para nosotras que criar los niños y llevarlos en nuestras diferentes marchas, en las que con frecuencia nos faltan los víveres*” (Azara, 1969: 223). En varias ocasiones afirma que no tienen religión, y que están “*en un estadio más atrasado que el del primer hombre descrito por algunos sabios*”. Da también datos sobre la forma como construyen las tiendas y habitaciones, sobre las relaciones comerciales entre unos y otros y con los españoles, su gran amor a los caballos y al ganado, y las prácticas agrícolas que

⁶⁰Por ejemplo, Azara (1994: 43), con referencia a los **garzas**. También valora en muchas ocasiones su libertad como algo positivo. En Tobati encuentra una comunidad que es de las más pobres, “*pero no por ello lo son los indios, de quienes suele decirse que son los mejor vestidos y acomodados porque sin duda tienen libertad*” (Azara, 1994: 26).

eventualmente realizan.

Humboldt estudió también las sociedades indígenas americanas, pero sobre todo las más desarrolladas de los Andes y del altiplano mexicano, aunque prestó atención a las menos desarrolladas de Venezuela, el Magdalena y los indios bravos de las selvas del alto Orinoco. Unas veces a partir de la observación directa y otras, las más, a través de lo que habían escrito los cronistas de Indias y los misioneros de la época y otros viajeros. En esto se diferencia de Azara, que solo incluye observaciones propias. Aunque coincide con él, en cambio, por su insistencia en la dificultad de generalizar debido a las grandes diferencias que existían entre unos grupos y otros, así como en el cuestionamiento de la idea del indio débil y degenerado (Minguet, 1985; II, IV).

Azara y el poblamiento de América

Una vez finalizada en París la redacción de los **Viajes por la América meridional** (elaborados, como se ha dicho, a partir de la **Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata**, 1806) Azara volvió a España y añadió nuevos capítulos que envió a Charles-Atahanase Walckenaer. El editor de su obra los incluyó en la traducción que preparaba. Uno de esos capítulos es el XI, titulado **“Algunas reflexiones generales sobre los indios salvajes”**. El mismo Walckenaer en una nota a pie de página indicó que seguramente esas páginas le habían sido sugeridas a Azara por la lectura de su propia obra **Essai sur l’Histoire del’espèce humaine**, que había aparecido publicada en 1798 y que le había enviado personalmente a España.

Es muy probable que sea así, pero en cualquier caso, en ese capítulo Azara realizó una contribución de gran alcance, ya que intervino de forma explícita en los debates que existían desde el momento del Descubrimiento sobre el poblamiento del nuevo continente, así como –y esto tiene mayor trascendencia– en los que desde mediados del XVIII se habían suscitado acerca de las características de los pueblos primitivos americanos, en relación con lo que se ha denominado la *“teoría de los cuatro estadios”*. Hablaremos sucesivamente de estas dos contribuciones, empezando por la primera, a la que

dedica la segunda parte del capítulo.

En lo que se refiere al poblamiento del continente americano, conviene recordar que desde el mismo Descubrimiento se había suscitado la cuestión de la llegada no solo de hombres, sino también de especies animales y vegetales; porque como escribió el padre Acosta, uno de los que de manera más brillante reflexionó tempranamente sobre el tema, en cuanto al hombre era fácil imaginar que podía llegar en una navegación intencionada o accidental, pero *“bestias y alimañas, que cría el nuevo orbe muchas y grandes, no sé cómo nos demos maña a embarcarlas y llevarlas por mar a América”*. Las mismas palabras de Acosta anuncian ya la solución que dio al problema, y que otros seguirían: el poblamiento se hizo por tierra *“y ese camino lo hicieron muy sin pensar mudando sitios y tierras poco a poco”*. Esa hipótesis dio lugar a debates de gran importancia para la constitución de la geología, a los que hemos prestado atención en otro lugar (Capel, 1985b, cap. IV y 1989).

Si todos los hombres habían sido generados a partir de una pareja primitiva (Adán y Eva) y eso había ocurrido, como parecía razonable suponer, en el continente euroasiático, la cuestión de cómo se realizó el poblamiento americano adquiriría gran importancia, no solo científica sino también teológica. En 1665 dos obras del francés Isaac de La Perèyre lanzaron la tesis de la existencia de hombres anteriores a Adán, apoyándose para ello en unos versículos de la epístola de San Pablo a los Romanos. La tesis de los preadamitas tenía implicaciones teológicas todavía más importantes y provocó una inmediata reacción de la iglesia, con el encarcelamiento del autor, dando lugar a un amplio debate que se mantuvo en los años siguientes. A estos problemas se añadieron otros dos: el de la posible llegada a América de las tribus perdidas de Israel, tesis que tenía apoyos bíblicos y que podía esgrimir supuestas semejanzas culturales entre los judíos y los indios, y el de la posible predicación del apóstol Santo Tomás en tierras americanas.

A todas estas cuestiones alude explícitamente Azara en el capítulo XI, redactado sin duda para dar su opinión personal sobre ellas. Una opinión muy comprometida todavía en la España de aquellos



años, lo que explica la prudencia que tuvo, e incluso las contradicciones en que cayó.

Ante todo, Azara recuerda que en el capítulo IX había escrito que *“algunas personas se imaginaban que los cuadrúpedos habían sido creados en este país unos después de otros y que cada especie no procedía de una pareja primitiva sola, sino de varias de la misma naturaleza”*. La frase es sorprendente, ya que leyendo con atención el texto de ese capítulo, se tiene la impresión de que es Azara mismo el que tiene esa opinión, o la comparte⁶¹. Es posible que sea así, y que precisamente ahora cuando vuelve a plantear el tema lo haga precisamente para distanciarse de aquella opinión, sin tener que modificar todo lo que había escrito anteriormente.

Sea como sea, la referencia a aquella tesis va seguida inmediatamente de la idea de que tal vez los que la proponían podrían pretender explicar del mismo modo sus observaciones sobre los indios, expuestas en el capítulo X y reelaborado también mientras estaba en París. Esas personas *“se figuran que ninguna de estas naciones ha existido en el antiguo continente, que no han viajado tanto como se imagina y que han sido creadas en la región misma que ocupan con independencia del continente antiguo, las unas más pronto y las otras más tarde”*. No habría ningún problema para admitir esta idea si se aceptara que los americanos son de especies diferentes –Azara escribe *“razas”*, pero el editor advierte que quiere decir especies–.

Tampoco piensa que habría problemas si se supusiera que *“cada una de las naciones menos numerosas puede deber su origen a un solo hombre y una sola mujer, y puede ser que imaginen que los guaraníes proceden de una multitud de parejas de la misma naturaleza y que estas primeras parejas existían con anterioridad a las que han producido las otras naciones”*. Es decir, si hubiera una situación de poligenismo, como también advierte el editor. Pero Azara afirma explícitamente que no participa de esa opinión.

El hombre era uno a pesar de la variedad de razas. Buffon lo había aceptado claramente y también que hubo una sola especie originaria (podía aceptarse que era procedente de Adán y Eva) *“la cual al multiplicarse y esparcirse por toda la superficie de la Tierra se vio expuesta a diversos cambios”*⁶². Conocer ese proceso de difusión era una cuestión importante. Según Buffon los indios no se diferenciaban por su origen de los europeos, independientemente de las posiciones teológicas sobre ese tema. Todos caminaban erectos, se servían del lenguaje, organizaban su vida, tenían razón y la perfeccionaban y sabían adaptarse a ambientes diversos.

Frente al monogenismo, el poligenismo, formulado explícitamente con la tesis de los preadamitas, aceptaba orígenes diversos. Esa doctrina teológica fue de gran interés para los británicos de Gran Bretaña y Estados Unidos interesados en el comercio de esclavos, ya que la hipótesis de que había orígenes diversos para el hombre, y que el indio americano y, con más razón, el negro, no procedían de la misma estirpe que el europeo permitía justificar su esclavitud. Como había hecho Juan Ginés de Sepúlveda en el siglo XVI leyendo a Aristóteles, los esclavistas ingleses del siglo XVIII a partir de razones científicas relacionadas con las especies humanas podían justificar que indios y negros no habían nacido para la libertad sino para la esclavitud (Bitterli, 1982: 396 y ss.).

En relación con este debate sobre poligenismo y monogenismo y sobre blancos y otras razas, se encuentra el que se refiere a la posible existencia de unas criaturas intermedias entre hombres y animales, lo que podía ser postulado también desde la gran cadena del ser, y a lo que ya nos hemos referido. Azara deja el tema del posible poligenismo a la reflexión de otros autores, pero estima que debe plantear una cuestión importante acerca de los americanos, *“tan antigua –afirma– como el descubrimiento de América”*. Esa cuestión se refiere al debate que hubo desde el comienzo de la conquista sobre si los indios americanos eran hombres o no, o si eran –como dice que algunos consideraron– *“una*

⁶¹El debate sobre el tema del origen europeo o no de los cuadrúpedos (y de las aves) lo hace Azara (1969), en el IX de los *Viajes*, pp. 171-180.

⁶²Buffon *Histoire générale des animaux et de l’homme*, ed. Berna 1792, t. III, p. 162, citado por Bitterli (1982: 394).

especie intermedia entre el hombre y los animales, que aunque con formas semejantes difería de nosotros en otros aspectos, y que no era susceptible de la inteligencia, de la capacidad ni del talento para entender y practicar nuestra religión". Azara alude, efectivamente, aunque en forma simplificada, a debates que existieron en España en los siglos XVI y XVII y que tenían numerosas implicaciones religiosas y políticas. Dedicó unas páginas a las posiciones de laicos y eclesiásticos que debatieron si los indios eran seres estúpidos *"y tan incapaces como los animales de comprender nuestra religión y de observar sus preceptos"*. Parece estar muy interesado en las razones que se daban sobre el carácter humano o no de los indígenas americanos, y sin duda era precisamente el debate sobre la posibilidad de que constituyeran una especie intermedia entre el hombre y los animales lo que, como naturalista, le interesaba; además de las implicaciones políticas relacionadas con el tema de la acción misionera en América y las críticas que luego hace a las estrategias jesuíticas.

Ante todo, expone la opinión de Francisco Tomás Ortiz, obispo de Santa Marta y autor de una memoria al Consejo de Indias contraria a los indígenas. Según el obispo, los indios no podían tener el mismo origen que los europeos, ya que ello implicaba que habían recorrido grandes distancias, sin que se comprenda bien la razón: *"ellos no hubieran podido ser determinados a esta marcha más que por una necesidad extrema, pues el hombre se une al país donde ha nacido y no lo abandona nunca voluntariamente"*; y Azara añade de su cuenta: *"ejemplo de ello son las naciones indias, que no han hecho emigración alguna en el espacio de tres siglos, así como las naciones civilizadas, que nunca cambian de lugar"*.

Azara introduce otras ideas personales en la argumentación que habría hecho el obispo de Santa Marta. Son éstas: *"Las solas causas naturales de la emigración de un pueblo parecen ser el exceso de población, que hace al territorio demasiado pequeño para el número de habitantes y la mala calidad del suelo y del clima. Pero las naciones indias que he descrito son tan poco numerosas que ningún clima ni suelo parecen ser malos para ellas: no se ve, pues, la razón que hubiera podido hacerlas emigrar,*

y si no lo han hecho es que su origen es distinto del nuestro".

Da la impresión de que Azara hace suyas las ideas del obispo, y en apoyo de ellas hace valer el dato, que había destacado en otro capítulo, de que las naciones indígenas que hay en el sur no aparecen en el norte, y mucho menos en el viejo continente, lo que parecería demostrar que *"no se encuentran allí llegadas por emigración, pues hubiera quedado una parte de sus antiguas residencias"*.

Frente a eso, los que sostuvieron la opinión contraria defendían que los indios pasaron del viejo al nuevo continente, y de norte a sur. Tanto si eran hombres los que migraron como si solo eran animales *"se sabe que el diluvio los hizo perecer a todos, excepto un pequeño número de individuos conservados en el mundo antiguo"*. Pero, señala Azara, *"los laicos se imaginan que ese diluvio no fue general más que en el antiguo continente"*, y las aguas del mismo nunca pudieron rebasar las altas cumbres andinas, por su elevación y por el hecho de que rebasan la región de las lluvias, y en ellas nunca llueve. Según eso, *"los indios y los animales de América pudieron naturalmente preservarse de la inundación retirándose a las partes más elevadas"*. Las consecuencias de esa idea son muy importantes, ya que *"pues toda la raza humana pereció en el diluvio del antiguo continente, las especies existentes en América no deben ser consideradas como formando parte de ella"*. Estamos así ante una importante presentación de la autonomía de América respecto al viejo mundo, incluso con especies humanas diferentes al viejo continente, restos, además, de la humanidad más primitiva.

A continuación Azara plantea el problema del origen de las lenguas. Recuerda que de los datos que él mismo ha proporcionado se comprueba que hay 35 lenguajes diferentes en las regiones que recorrió. Si se añaden otras que puede presumir que existen en las proximidades, la cifra se eleva a 55 idiomas muy diferentes, y estima que no es aventurado *"el creer que en toda la extensión de América habrá mil lenguas diferentes; es decir, acaso más que en toda Europa y en toda Asia"*.

Azara da esos datos para mostrar la dificultad

de aceptar el paso de toda esa multitud de pueblos de un continente a otro *“por el norte o por cualquier otro paraje que sea”*. El ingeniero recuerda que no se trata del paso de unos pocos hombres en canoas, sino de un brazo de mar *“atravesado por una multitud de naciones enteras, de las que no ha quedado un solo individuo en su antigua patria; naciones muy diferentes en talla, en vigor, en proporciones, y que hablaban mil lenguas que no tenían absolutamente ninguna relación”*. A continuación alude al problema del origen de las lenguas, de lo que ya hemos hablado, y a las ideas de los que tras el Descubrimiento, tomaron a los indios por simples animales, y se muestra comprensivo con ellos, como hemos visto también.

Azara sigue razonando y tratando de entender a los que encontraban diferencias entre los salvajes de América y los europeos. Estima que *“independientemente de las relaciones que podían encontrar entre esos salvajes y los cuadrúpedos”* debieron notar gran número de diferencias importantes con los habitantes del viejo continente. La enumeración que hace de ellas nos permite entender la concepción que tenía Azara de los europeos, tanto en lo que se refiere a su vigor físico, de lo que no posee una notable opinión, como de otros rasgos morales. Vale la pena reproducir también sus argumentos. Los observadores debieron notar, escribe: *“... que el color de los indios era diferente; que carecían de barba; que los hombres tenían menos pelo y las mujeres una evacuación periódica menos abundante; que sus cabellos eran más gruesos, más laxos y siempre negros; que sus partes sexuales no tenían las mismas proporciones [...]; que eran mucho más flemáticos y menos irascibles; que su voz no era ni fuerte ni sonora y casi no se los oía; que apenas reían, y no se podía distinguir en ellos ningún signo exterior de pasión; que parecían igualmente insensibles en sus enfermedades, en sus dolores, en sus duelos y en sus alegrías; que su vida era más larga; que la fecundidad de las mujeres era inferior a las de las europeas establecidas en el mismo país; que los indios conservan todos sus dientes intactos y sanos, mientras que los europeos los pierden fácilmente; que el mal venéreo pareció nacer de la unión de estos últimos con los americanos; que este mal era antes tan desconocido en Europa como en América; que es debido a una mezcla que no era conforme a*

la Naturaleza, y que alguna naciones no quieren a sus hijos, pues que los matan o los echan de la casa paterna tan pronto como están destetados. Tal vez observaran también que la gravedad específica de sus cuerpos no es tan considerable como parecen indicar las observaciones consignadas en el capítulo precedente; en fin puede ser que observaran que muchas de estas naciones nos sobrepujaban por la altura de su talla y la belleza de sus proporciones, al mismo tiempo que otras nos eran muy inferiores en estos dos aspectos, y que la diferencia recíproca era acaso mayor que la observada entre las naciones europeas” (Azara, 1969, 249).

Además de las justificaciones para la dominación política, lo que estaba en juego en estas cuestiones desde el siglo XVI era un problema de gran trascendencia religiosa: si los americanos no descendían de Adán y Eva y se les daba el bautizo se realizaba una horrible profanación; pero si descendían de la pareja primitiva y se les negaba, se les impedía entrar en el paraíso.

En el caso de que descendieran de Adán y Eva, como los del viejo continente, era también muy diferente la situación de los indios si habían sido instruidos y habían rechazado las enseñanzas cristianas (lo que justificaba su dominación) que si no lo habían sido. En relación con este dilema tenía mucha trascendencia la tesis de que Santo Tomás, uno de los primeros apóstoles, había ido a predicar a América, e incluso se había creído encontrar restos que probarían su presencia, aunque él piensa *“que esos pretendidos vestigios son pura imaginación”*, y además *“no parece posible que un solo hombre haya podido recorrer e instruir todo el continente americano”*.

Pasa luego a examinar detenidamente los argumentos que se habían dado para pensar que los americanos descendían de Adán, que habían venido del antiguo continente y que, por tanto, *“se debía trabajar en su conversión”*. Las razones para defender que los americanos procedían del antiguo continente eran éstas: *“que su cuerpo era casi enteramente semejante al nuestro y que estaba compuesto de las mismas partes; que aprendían todas las artes que se les enseñaba; que aprendían igualmente nuestra lengua e imitaban todas nuestras acciones,*

que discurrían y razonaban como nosotros, y que en Méjico y en el Perú tenían ídolos y adoraban al Sol”, por lo cual podían ser capaces de adorar un espíritu creador.

Añade que esa idea se confirmó “viendo que de la unión de los europeos con las americanas resultaron hijos que tenían la facultad de propagarse”, lo cual ratificaría que pertenecían a la misma especie, de acuerdo con las ideas que sobre este punto tenían Buffon y la mayoría de los naturalistas. Aunque sin embargo él afirma que no había adoptado esa opinión en la historia natural de los mamíferos del Paraguay. De esta forma inesperada, y sin tomar claramente una posición personal ante los dilemas planteados, finaliza Azara la exposición de estas cuestiones.

Pero la alusión que antes había hecho a la opinión de que el mal venéreo parecía haber nacido de la unión de los europeos con los americanos, y que ese mal desconocido antes en uno y otro continente podía ser “debido a una mezcla que no era conforme a la Naturaleza” (es decir, podemos interpretar, entre especies distintas) hace sospechar que tenía dudas sobre el tema.

En todo caso, el debate en el que Azara se compromete, y que hemos resumido en este apartado, muestra la continuidad de cuestiones que ya habían sido planteadas en el siglo XVI y que seguían estando vigentes en el mismo umbral de la contemporaneidad. Si la lectura del **Génesis** podía ser todavía un obstáculo para el desarrollo de la geología en el siglo XIX, como ha mostrado Gillespie, no extraña que los temas que discutía seriamente Azara enlazaran con problemas que ya se habían planteado desde la misma llegada de los europeos a América. No cabe duda de que esos debates debían ser suscitados y resueltos racionalmente, como Azara y otros muchos contribuían a hacer. Abrían el camino hacia nuevas direcciones. Pero hacía falta una nueva visión, nuevas preguntas y marcos teóricos diferentes. Ese sería el mérito de los que, como Cuvier, Lyell o Darwin, permitieron un salto decisivo

al pensamiento científico, que Azara no fue capaz de realizar.

Los indios americanos de Azara y la teoría de los cuatro estadios

Otra parte importante del capítulo XI, la primera, es como hemos dicho, la que plantea el tema de la posición de los indígenas americanos en la evolución de las sociedades humanas. Lo que conduce a la teoría de los cuatro estadios.

Esa teoría tiene toda una serie de precedentes, pero se configuró a mediados del XVIII en la obra de R. Turgot, A. Dalrymple, Adam Smith, y otros pensadores franceses y británicos. La teoría afirmaba que la sociedad iba progresando a través de estadios sucesivos de desarrollo: las sociedades cazadoras y recolectoras de frutos de la tierra, la sociedad pastoril, la sociedad agraria y, finalmente, la sociedad comercial. Cada uno de ellos correspondía a un modo de subsistencia diferente; a los que algunos añadieron luego también ideas, instituciones, costumbres sistemas de propiedad, formas de gobierno y normas morales. Tal como ha señalado Ronald L. Meek (1981) en el decisivo estudio que dedicó a este tema, se trata de una concepción profundamente vinculada a la aceptación de la idea de progreso, pero cuyo aspecto esencial era que esos estadios se basan en diferentes modos de subsistencia⁶³.

Las implicaciones de la teoría de los cuatro estadios eran grandes. En el relato de la evolución histórica narrado por el **Génesis**, pastoreo y agricultura aparecen coexistiendo desde el primer momento, ya que Abel era pastor y Caín agricultor. En la nueva interpretación ambas actividades fueron sucesivas y suponían una secuencia ordenada de progreso. El relato bíblico se reinterpretó para justificar el origen tardío de la agricultura afirmando que si bien tanto Caín como Noé fueron labradores, luego olvidaron esa actividad, que fue preciso reinventar tras el diluvio.

⁶³ El autor estudia sucesivamente los antecedentes de la teoría en la antigüedad, las ideas de Locke y de otros que afirmaron que al principio todo el mundo era América, los autores franceses y escoceses que configuraron definitivamente la teoría en la década de 1750 y la evolución posterior de la misma.

La teoría de los cuatro estadios pudo ponerse también en relación con las ideas que ya existían sobre salvajes, bárbaros y civilizados, lo que aparece claramente en la obra de Rousseau **Essai sur l'origine des langues** (escrito hacia 1760, aunque publicado más tarde): **“el salvaje es cazador, el bárbaro es pastor y el hombre civilizado es labrador”** (Meek, 1981: 89). Se oponía, por otro lado, a la idea de degeneración de los pueblos americanos desde un estadio anterior que hubiera constituido una especie de edad de oro para ellos. Al mismo tiempo, sustituía a otros marcos evolutivos anteriores, de carácter organicista, como el de niñez, juventud, madurez y vejez, que procedía de la época clásica. Por incompleta que hoy pueda parecer, la teoría de los cuatro estadios, vino a constituir un marco de gran importancia para los estudios sociales y tuvo una influencia grande en el desarrollo de diversas ciencias sociales, y en particular en la economía, la sociología, la antropología y la historiografía⁶⁴.

Lo esencial de la teoría de los cuatro estadios se elaboró con referencia a los indios americanos.

La idea defendida por Locke de que *“en los tiempos primitivos todo el mundo era una especie de América”* daba un valor especial a las observaciones que se hacían en ese continente para conocer los estadios sucesivos de la evolución de la humanidad. Los primeros formuladores de la teoría de los cuatro estadios, como Turgot y Adam Smith consideraron en la década de 1750 que el estadio de los pueblos cazadores se encontraba todavía en los indios americanos. Y todavía en 1777, en su influyente **History of America**, Robertson había considerado que *“en América el hombre aparece en la forma más rudimentaria en que podemos concebir que subsista”* (Meek, 1981: 140). El conocimiento de los pueblos americanos era, así, esencial para establecer el primer estadio de desarrollo ya que los africanos y otros pueblos no podían ser estudiados

en sus regiones originales por la escasa penetración europea en aquellas regiones, que solo se llegarían a conocer bien en el siglo XIX.

Por eso la opinión de Azara tenía gran importancia, ya que había observado personalmente a unos grupos destacados de esos indígenas americanos y podía aportar testimonios de primera mano. Y además, porque al haberse convertido en naturalista, podía aplicar a su estudio métodos científicos de observación, comparando a los grupos indios con los animales, tal como hemos visto que hizo.

Azara trató el tema en la **Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata**, obra redactada en 1806 y que sería publicada por su sobrino Agustín en 1847. En un capítulo dedicado a hacer *“algunas reflexiones sobre mis indios silvestres”* alude al modo de subsistencia y adopta una posición que prefigura las tesis de la ecología social del siglo XX: debido a que distintas naciones *“son sumamente diminutas en número de individuos”*, *“no han padecido las alteraciones que engendra la muchedumbre en todas las sociedades”* (Azara, 1994, XII, pág. 157). Las ideas esenciales expuestas en esa obra son retomadas en el capítulo citado de los **Viajes por la América meridional**, obra que utilizaremos aquí.

Azara interviene en el debate, tratando de situar a los pueblos que ha estudiado en las fases de la evolución, aprovechando los conocimientos que ha adquirido de ellos. Comienza el capítulo aludiendo a la opinión de los autores que habían defendido que *“las primeras sociedades de hombres salvajes no comían más que frutos espontáneos de la tierra, y que pasó un largísimo periodo antes de que el hombre salvaje se acostumbrara a vivir de la caza, de la pesca y de la agricultura”*. Él por su parte cuestiona esta idea preguntando *“¿dónde está el país que produce frutos espontáneos en todas las estaciones del*

⁶⁴Ronald L. Meek ha llegado a escribir que “en cierto sentido, sin duda, los grandes sistemas de la economía política ‘clásica’ del siglo XVIII surgieron de la teoría de los cuatro estadios”, (1981: 217). En España se encuentran ecos de dicha teoría en los Rudimentos de Economía Política de Eudaldo Jaumandreu, redactados para sus cursos en la Lonja de Barcelona, el cual habría adoptado esas ideas a partir de obras del economista suizo alemán Jean Herreschwand, publicadas en Londres y París entre 1786 y 1796 (Lluch, 1973, cap. XII, en particular p. 315). Sobre el eco de la teoría de los cuatro estadios y de los conceptos de ‘salvaje’, ‘bárbaro’ y ‘civilizado’ en los textos de geografía españoles de la primera mitad del XIX véase Nadal (1983).

año, y con tanta abundancia que haya podido ser suficiente para alimentar a muchas sociedades de hombres salvajes?”, y afirma que los países que él conoce y ha estudiado de América del Sur no están en esa situación.

Por otra parte, cree que *“habrá sido tan nuevo y tan difícil a los primeros salvajes comer un fruto o una raíz espontánea como la carne de un cuadrúpedo”*; opinión que no es compartida por Walckenaer que (en una nota) estima que *“siempre es más fácil y menos peligroso proporcionarse un fruto o una raíz que un animal, que tiene vida y movimiento y sabe huir o combatir”*.

A partir de sus estudios Azara está en condiciones de afirmar que *“todas las naciones indias salvajes que he descrito estaban a la llegada de los españoles, como hoy, compuestas de individuos que vivían de la caza, de la pesca o de la agricultura, y ninguna llevaba la vida pastoril, porque los cuadrúpedos y aves domésticas les eran del todo desconocidas”*. Esa idea de que a la llegada de los españoles los indios americanos habían alcanzado la etapa agrícola, pero no habían conocido la vida pastoril no suponía, sin embargo, un cuestionamiento de los cuatro estadios, que así se limitarían a dos, sino solo una reformulación. Para Azara la vida pastoril es tardía y –podemos interpretar– es también un hecho cultural de una complejidad semejante a la agricultura. Estima que la vida pastoril agrada menos que la caza *“acaso porque las sorpresas que ésta ocasiona y las victorias que procura producen un vivo placer y desarrollan la vanidad”*. Lo que en todo caso le parece seguro es que los pueblos indígenas que él estudió *“prefieren hoy la caza a la vida pastoril y a la agricultura”*. Aunque pueden obtener animales domésticos no los cuidan, excepto el caballo.

Una de las razones que se esgrimían para defender que el pastoreo era una fase anterior a la agricultura argumentaba con la necesidad que ésta tenía de animales para las tareas de cultivo, y en especial para llevar el arado. Esa idea no podía quedar sin crítica a un espíritu observador como Azara, que había podido observar el uso del palo cavador por pueblos indígenas que practicaban la agricultura itinerante. Así, al describir a los **guentusé**, que vivían

de la agricultura y de la caza, advierte, de pasada, pero de forma explícita: *“pero no se crea que estos indios emplean animales ni arados para sus ocupaciones de los campos, porque no hacen uso de otros instrumentos que palos puntiagudos que les sirven para hacer agujeros donde meten el grano o semilla”* (Azara, 1969: 238).

A partir de todas esas observaciones se atreve a formular una tesis que supone una reformulación del orden de la teoría de los cuatro estadios. Ante todo, parece que *“la primera ocupación del hombre libre fue la caza”*, en cuanto a la pesca, *“depende menos de la elección que del azar, que motiva el estar colocado al borde del agua”*. La agricultura y la ganadería *“solo vienen después”*, escribe. Finalmente, destaca que en el país *“había muchas naciones agrícolas, pero ninguna llevaba la vida pastoril: lo que prueba que esta vida es bastante posterior a la del hombre salvaje y que éste es el último de los medios de subsistir que adopta”*. Ninguno de los autores que habían formulado o utilizado la teoría de los cuatro estadios, ni siquiera aquellos a los que Meek ha calificado como ‘revisionistas’ de ella a fines del siglo XVIII, se había atrevido a hacer una propuesta de cambio radical en las fases de desarrollo, como la que formuló Félix de Azara. Aunque solo sea por eso, su nombre debe incluirse de forma destacada en la historia del pensamiento social europeo.

Todas las tribus que él describe y que viven de la caza son errantes y guerreras, y las que viven de la pesca son más estables y activas, pero también fuertes, guerreras y feroces. Frente a ello, las naciones agrícolas *“son todas ellas dulces y pacíficas y no hacen, a lo sumo, más que defenderse, aunque su talla y sus fuerzas sean muy superiores a las de las otras”*.

A continuación realiza un estudio de las prácticas agrícolas de los diferentes grupos indígenas, plateándose problemas acerca de la procedencia de las plantas que cultivan (algodón, maní, maíz, etc.) ya que *“ninguno de estos vegetales crecen espontáneamente en el país”*. Y preguntándose la razón de que la nación guaraní *“siendo agrícola y, por consecuencia, poco viajera”* se extendió más que todas las otras, que en su mayor parte tenían mayor movilidad.

Los estudios que Azara realizó de la vida de los pastores o ganaderos del virreinato del Río de la Plata le plantearon, de todas maneras, algunos problemas. Al describir a esos grupos sociales reitera que *“ese genero de vida no ha sido conocido por el hombre más que con posterioridad a la caza, a la pesca o a la agricultura”*. Y argumenta de nuevo que *“ha sido necesario que así suceda, pues que los hombres han debido de vivir del producto de su caza, de su pesca o de su agricultura antes de domar, domesticar y multiplicar sus rebaños”*. Pero a continuación se encuentra enfrentado con la difícil situación de los ganaderos de Paraguay y Río de la Plata y observa: *“como esta vida pastoril es la última que el hombre ha abrazado, parece que también debería formar su más alto punto de civilización; pero como vamos a ver que los ganaderos de estas regiones son los menos civilizados de todos los habitantes, y que este género de vida casi ha reducido al estado de indios bravos a los españoles que lo han adoptado, es verosímil que la vida pastoril no es compatible con la civilización”*. En una nota a esta afirmación, el editor del libro, Charles-Athanasie Walckenaer, reafirmó –frente a Azara– la idea clásica de la precedencia de la ganadería sobre la agricultura, ya que estima que el domar los animales y reunirlos en rebaños *“es mucho más sencillo, mucho menos penoso y supone menos industria que el de cultivar la tierra”*; por otra parte, añade, *“la historia nos muestra por todas partes pueblos pastores que se convierten en agricultores, y acaso nunca ha sucedido que un pueblo agricultor se convierta en pastor”* (Azara, 1969: 285).

La teoría de los cuatro estadios suponía también rechazar la idea de que las semejanzas culturales demostraban una relación genética. Frente a ello se afirma que causas similares de carácter ambiental producen efectos similares. Esta tesis ambientalista constituye un intento importante para reflexionar científicamente sobre las diferencias que se observaban entre los pueblos, a pesar de la uni-

dad profunda de la raza humana. Igualmente implica que los modos de subsistencia están en relación con el clima y naturaleza del terreno. Una idea que se había ido formulando poco a poco y que aparece asimismo de forma clara en Azara.

El tema de la vivienda es también de gran importancia en esos debates, ya que el alojamiento estable va vinculado de forma esencial al origen de la agricultura. Azara prestó atención a los alojamientos de las naciones indígenas americanas, e insistió frecuentemente en el carácter somero de los mismos. Pero también señaló el carácter más estable de las viviendas de los guaraníes, que practicaban la agricultura. En todo caso, no sacó consecuencias ni trató de generalizar estas observaciones al pasar a las reflexiones generales que realizó en el capítulo XI.

Azara seguramente no tuvo conocimiento de los debates iniciales sobre los pueblos primitivos y la teoría de los cuatro estadios mientras estuvo en América. Allí, conocedor de los escritos de Buffon y en contacto con los medios criollos, rechazó, como hemos visto, la idea de decadencia de la naturaleza americana, lo que implicaba rechazar también cualquier idea de decadencia o degradación de los pueblos indígenas americanos desde un estadio anterior superior. No sabemos que conociera los escritos de los autores franceses y británicos que hemos citado, y otros que le habrían sido de gran utilidad en sus reflexiones sobre los indios americanos⁶⁵. Seguramente solo tuvo conocimiento de dichas ideas durante su estancia en París, y no es difícil suponer que en ello tuvo un papel decisivo la lectura del *Essai* de Walckenaer, antes citado.

La cadena del ser postulaba transiciones insensibles entre todos los seres, incluso desde Dios al hombre, lo que exigía la existencia intermedia de los ángeles para salvar el abismo entre uno y otro. Podía pensarse igualmente que también en los hombres podía progresar esa cadena del ser, desde los más primitivos hasta los más civilizados. En ese

⁶⁵No sólo en Gran Bretaña y Francia, también en Alemania se avanzaba en ese estudio y clasificación de los hombres, por ejemplo, con la obra de Johan Fredrich Blumenbach sobre las diferencias naturales en el género humano (Göttingen, 1775). A fines del XVIII se elaboraron, asimismo cuestionarios para el estudio de los pueblos salvajes (como el de J. M. Degérando *Considerations sur les divers méthodes à suivre dans l'observation des peuples sauvages*, París, 1796), que Azara no tuvo ocasión de aplicar en sus estudios sobre los indígenas americanos.



caso, se trataría de una cadena de fases diferentes de desarrollo, que se podían percibir en los distintos pueblos de la Tierra, y una cadena evolutiva desde estadios más simples a los más complejos; por ejemplo, desde la caza a la agricultura y a las sociedades comerciales. No cabe duda de que todo esto no era aún la evolución, pero que preparaba esa concepción, y tal vez que era una fase indispensable para llegar a ella. Al igual que sucedía con las analogías orgánicas y la aceptación de que los organismos vivos tienen fases de juventud, madurez y vejez. Muchos eran los caminos que conducían hacia el evolucionismo, incluyendo la misma conciencia de los avances de la civilización, y el progreso de la humanidad, una idea cara al pensamiento ilustrado, que percibía de forma clara esos avances precisamente en Europa.

Ciencia y política

Durante el siglo XVIII se intensifican la expansión europea y la América hispana, que era ya Europa desde el XVI, es reconquistada por la metrópoli y mirada con ojos más penetrantes. El viaje de Azara, como antes los de Jorge Juan y Antonio Ulloa o los de otros ilustrados del Setecientos, contribuyó a ello, en la fase final del imperio. No llegó a ser un proyecto consciente y planificado de estudio científico-político como el que diseñó Malaspina (Pimentel, 1998), ya que era más bien un subproducto de otras tareas, pero contiene observaciones de interés que luego pudo utilizar en su función como miembro de la Junta Consultiva de Fortificación y Defensa de las Indias.

Azara reunió documentos sobre aspectos económicos y sociales de los grupos que estudiaba, e hizo atinadas observaciones sobre ello. Era algo que formaba también parte de su formación como ingeniero militar. Las Ordenanzas de 1718, en efecto, establecían claramente que al describir una región o territorio debían informarse del cura o del escribano del lugar, el cual debería darle por escrito los datos *“para mayor seguridad de la justificación, y notará el número de familias de cada ciudad, villa o lugar, como también el número de personas de que conste cada una, con distinción de hombres, mu-*

jes, mozos desde la edad de dieciocho años en adelante, y gente de ambos sexos que no llegaren a los diez y ocho años, haciendo distinción también de las familias que se compusieran de jornaleros y asimismo las casas que hubiere en cada población”, además de otros datos económicos sobre abadías, conventos, parroquias y rentas⁶⁶.

En Azara hay ciencia y política. Algunas veces es ciencia natural y ciencia política yuxtapuestas, sin pretensiones de relación entre ellas. Pero otras es ciencia natural al servicio de la reflexión política. Considera que la descripción de los grupos humanos *“es la parte principal y más interesante en la descripción de un país”* (Azara, 1969: 186). Tiene constantemente una preocupación por la posible aplicación de las especies vegetales que va describiendo. Y se preocupa de proponer medidas para mejorar la explotación de las especies naturales y de las plantas cultivadas. En ese sentido son ejemplares los capítulos V y VI de sus **Viajes por la América meridional**, donde esas observaciones son muy repetidas.

Azara era un ingeniero militar. Lo que observaba lo había aprendido en la Academia de Matemáticas de Barcelona y en su trabajo en España. En América tuvo, además, unos objetivos muy precisos. Por eso están presentes en su obra las cuestiones de la defensa del territorio frente a los enemigos interiores o exteriores, la preocupación por la expansión portuguesa, la crítica de los jesuitas, el problema del control territorial en general.

En las cuestiones que se refieren al mundo de los hechos humanos los objetivos de Azara son reelaborados a través del tamiz de su preocupación de funcionario por su país y el deseo de mantener sus posesiones, en conflicto con Portugal. Por eso su mirada es decididamente crítica respecto a lo que representan el relajamiento del poder, la pérdida de soberanía y la laxitud ante los engaños de los portugueses.

Alude una y otra vez a especies vegetales y animales que sería interesante adaptar en Europa, para mejorar la alimentación o por otros usos. Y da consejos sobre el cultivo de plantas en diversas re-

giones americanas teniendo en cuenta el clima y las condiciones ambientales que existen en las áreas que recorre. Hace críticas duras a la desidia de la población en relación con la agricultura. Por ejemplo, el cacao y el café se podrían cultivar, *“pero la holgazanería y pereza generales la carestía de los jornales, el gusto por la destrucción y el despilfarro, que caracteriza a los habitantes del país; sus pocas necesidades, su falta de ambición; el espíritu caballescico, que desdeña y desprecia toda especie de trabajo; la falta de instrucción, la nulidad de los gobernadores y la increíble imperfección de los instrumentos, contribuyen a hacer casi imposible toda especie de mejora”* (Azara, 1969: 99).

Desde su misma llegada se preocupó de los problemas económicos del Paraguay. Así en la **Geografía Física y Esférica** alude a cuestiones tan importantes como la vida económica, la renta del tabaco y los conflictos que planteó su introducción, el contrabando, la venalidad de los funcionarios. En alguna ocasión pide que no se tome su opinión como algo demostrado, sino que sirva para animar a otros a hacer observaciones más detalladas sobre cuestiones políticas que estima de gran interés.

Azara como buen funcionario dedicó atención al gobierno de las provincias que visitaba, y redactó para el Ministerio de Estado una **Memoria** sobre la parte política de América del Sur⁶⁷. Pero también dedicó atención al tema en sus **Viajes**. Escribió páginas sobre los medios empleados por los conquistadores para reducir a los indios y al modo como se los había gobernado (capítulo XII), y resaltó las diferencias a este respecto entre los portugueses y los españoles, alabando el método seguido por éstos. Estimó especialmente la iniciativa que se dio a los particulares en las conquistas y las leyes que existían en defensa de los indios que se sometían por capitulación; a su modo de ver, *“era imposible combinar mejor el engrandecimiento de las conquistas y la civilización y la libertad de los indios con la recompensa debida a los particulares, que lo hacían todo a sus expensas”* (Azara, 1969: 252). También valoró muy positivamente que los conquistadores tomaran

mujeres indias como esposas legítimas o como concubinas y que los hijos mestizos que resultaban fueran considerados como españoles. No dejó de criticar el comportamiento de algunos encomenderos, y la situación de los indios sometidos en guerra, y que se convertían de hecho en esclavos (los llamados **yanaconas**) por ser *“culpables de insultos o injusticias con los españoles”* –aunque sin decir si esos ‘insultos’ eran en defensa de su libertad.

Respecto a los portugueses, tiene una actitud ambivalente. Por un lado admira su capacidad expansiva, al citar que en el siglo XVII no se contentaban con dar a los indios en encomienda a particulares sino que les permitían venderlos como esclavos a perpetuidad, por lo que *“buscaron salvajes por todas partes, incluso en los más escondidos rincones del país; se apoderaron, además usurpándonoslo, de la mayor parte del territorio que ocupaban los indios, aumentaron la población y descubrieron las minas”* (Azara, 1969: 254). También alaba la capacidad de trabajo de los portugueses e incluso propone en una ocasión repoblar con ellos el norte del Río de la Plata: *“sería –escribe– un medio de introducir la decencia, admitir a muchos portugueses; porque siendo notoriamente más aseados y económicos, su ejemplo serviría de mucho”*⁶⁸. Pero, al mismo tiempo, critica el comportamiento de los lusitanos con los guaraníes, y señala que la conducta de los españoles es bien diferente: *“no han vendido un solo guaraní y conservan aún millares, no solo en los poblados jesuíticos y no jesuíticos, sino en el estado de completa libertad”*⁶⁹.

Contrapone en varias ocasiones el método laico de gobierno con el de los jesuitas, y declara la superioridad del primero. Las críticas son especialmente duras en el capítulo dedicado al examen de los medios de que se valieron los jesuitas para reducir, sujetar y gobernar a los indios. No dejó de reconocer su capacidad de persuasión, moderación y prudencia, así como su habilidad y astucia. Pero critica el que trataran a los indios como niños o como incapaces, y que durante el siglo y medio que duró el régimen de reducciones jesuíticas no se

⁶⁷A la que alude en Azara (1969: 292).

⁶⁸Azara, 1943: 6. Se trata de la Memoria escrita en Batovi el 9 de mayo de 1801.

⁶⁹Azara, 1969: 204. Críticas a la esclavitud también en otros textos, por ejemplo en Azara (1990: 213).

hubiera experimentado ningún avance en la situación de los indígenas; de donde estima que debía concluirse una de estas dos consecuencias: “o que la administración de los jesuitas era contraria a la civilización de los indios, o que estos pueblos eran esencialmente incapaces de salir de este estado de infancia”, lo que estima inaceptable por los datos históricos y etnográficos que proporciona. Valoró en especial los beneficios de la libertad de los indios y de la comunicación con los españoles como factor de aculturación. Y en conjunto aprobó de forma decidida la expulsión de la Compañía y la desaparición de las reducciones jesuíticas. Todo lo cual no era de extrañar en el hermano de un embajador culto e ilustrado que consiguió arrancar de Clemente XIV la orden de supresión y extinción de la Compañía, firmada el 21 julio de 1773 y que era un buen representante del jurisdiccionalismo anticurial de la época de Carlos III.

Pero Azara fustigó también duramente el mal gobierno, hizo acusaciones de corrupción a determinados gobernantes, y críticas veladas incluso a algunos virreyes del Río de la Plata. Según él “*el gobernador del Paraguay y el virrey de Buenos Aires, cada uno en su departamento, son los dueños absolutos de todos los bienes de las comunidades de pueblos, es decir de todo el trabajo de los indios*”; y lamentó: “*es sorprendente que el Gobierno supremo permita todo esto y sufra que los pueblos indios no hayan dado un cuarto al Tesoro real desde su fundación hasta el día, pues además de que no pagan ningún tributo, ni diezmos ni primicias, todos sus productos están exentos de impuestos y derechos. Es verdad —añade— que no son cargas para el Estado, pues que pagan sus curas y sus administradores y aún sus maestros de escuela, cuya utilidad no veo*” (Azara, 1969: 260). Escribe que si se compara la situación de los indios con la de los pueblos de Europa están muy atrasados, pero que si se compara con la de los españoles pobres de América, están casi igual.

También critica la falta de información que existía por parte del gobierno español de las provincias americanas. Por ejemplo, afirma que a pesar de todas las reformas administrativas que había su-

puesto la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776, y de la organización de la gobernación de Paraguay, “*es imposible al ministro, y a quienquiera que sea saber si este virreinato produce o no algo al Tesoro público, porque en toda su extensión apenas hay una caja o una administración que no haya hecho bancarrota; un gran número no ha rendido*” (Azara, 1969: 282).

Fustiga también duramente a los criollos, especialmente en el capítulo XV dedicado a “*los españoles*”. Y da datos sobre la aversión que en las ciudades tienen los criollos “*por los europeos y por el gobierno español*”. Según él, los que se distinguen principalmente por esta aversión son “*los abogados, los comerciantes quebrados, los que se han arruinado y todos aquellos que tienen más pereza, más incapacidad y más vicios*” (Azara, 1969: 281; el texto original de 1806, puede leerse en Azara, 1994, XII: 172). También afirma que los que van a Europa “*regresan siempre a América maldiciendo de lo que han visto*”. Sin duda está describiendo un estado de insatisfacción que precede a la independencia respecto a España y que, paradójicamente, tiene que ver con el éxito del proceso de reconquista que la Corona había realizado en América durante la segunda mitad del siglo XVIII, el cual puso en cuestión las estructuras de poder económico, social y político de las elites criollas, que se habían acostumbrado a vivir de forma prácticamente independiente de la metrópoli. Son numerosos los estudios que han mostrado la amplitud de ese resentimiento de las elites criollas respecto a los peninsulares, que se extiende incluso a intelectuales que vieron su prestigio puesto en cuestión por la llegada de las expediciones científicas mandadas por el gobierno a Indias. El caso más paradigmático en ese sentido sería seguramente el de Alzate⁷⁰. Sin duda hacía falta un proceso de modernización administrativa y económica, como el que impulsaron durante la segunda mitad del XVIII los gobiernos ilustrados de Carlos III y Carlos IV. Pero también puede ser el momento de examinar la validez de la interpretación de ese proceso de reconquista hispana como ruptura de un pacto colonial que se había establecido durante el siglo XVI y que se vio bruscamente alterado en

⁷⁰Al que se han dedicado numerosos trabajos, entre los que podemos señalar los de José Luis Peset (por ejemplo, 1993).



el XVIII por las reformas que impulsó la Corona, tal como ha propuesto Manuel Lucena en un reciente y estimulante trabajo (Lucena Giraldo, 2004).

Azara se daba cuenta de la necesidad de integrar mejor los diversos reinos americanos de la monarquía. Era muy consciente de la importancia de la comunicación del Paraguay con la provincia de Chiquitos y Santa Cruz de la Sierra, combinando la navegación fluvial y terrestre, e hizo sobre ello repetidas propuestas. Por otra parte, defendió que la estrategia colonizadora debía apoyarse en el establecimiento de poblaciones de españoles, “*despreciando la reducción de los bárbaros, que es consiguiente al engrandecimiento de los españoles, sin lo cual es simplicidad pensar que han de subsistir obedientes, ni admitir la fe las naciones bárbaras*”. Se trata de una afirmación realizada en 1786 y que defendió durante toda su vida, siendo esa también la opinión que mantuvo como miembro de la Junta de Fortificaciones. En relación con ello, en numerosas ocasiones criticó la estrategia clerical de reducción de los indios; tiene claro que “*para conseguir la reducción de los bárbaros es preciso conocerlos*” y propone en relación a sus características estrategias que estima oportunas (Azara, 1904: en Azara, 1994: 149 y 150).

Resaltó siempre la importancia de la integración en la cultura hispana y, por consiguiente, la existencia de maestros de primeras letras; explícitamente señaló que donde los hay, tanto los indios como los españoles eran más pacíficos y menos belicosos. Examinó atentamente la forma de los pueblos, si estaban tirados a cordel o si carecían de calles, si “*están como sembrados sin formar calles*”. En algunas villas, como Curuguaty, observa que ni el cabildo ni los otros habitantes residían en ellas, “*sino para fiestas, manteniéndose todos esparcidos en sus chacaras*”.

Azara tiene una actitud contraria a la ciudad y favorable al campo, como fuente principal de riqueza. Su vituperio de la ciudad es en alguna ocasión muy explícito, y se relaciona, ante todo, con sus

preocupaciones políticas: “*... es cosa clara que son las ciudades las que engendran y propagan todos los vicios, la corrupción de costumbres y esta especie de alejamiento, o, por mejor decir, aversión decidida que los criollos o hijos de españoles nacidos en América tienen por los europeos*”. Pero eso va unido a una crítica más general a la ciudad, que “*... roba al campo los brazos de que tiene una extrema necesidad y que son la verdadera riqueza del país*”⁷¹.

Su pensamiento era decididamente fisiocrático, ya que en diversas ocasiones manifiesta de forma clara que “*el manantial más abundante de riqueza para cualquier provincia es el cultivo de las producciones más análogas a su terreno, y a las inclinaciones o caprichos de sus habitantes*”⁷². En algunos pasajes Azara muestra que estaba imbuido de ideas económicas típicas del liberalismo. No solo en su valoración de la iniciativa particular en las tareas de conquista, de que ya hemos hablado, sino también en la crítica a las ideas de igualdad absoluta que los jesuitas habían impuesto en sus reducciones, donde “*... todos los indios eran iguales, sin distinción y sin que pudieran poseer propiedad ninguna particular*”. Ante lo que comenta: “*ningún motivo de emulación podía conducirlos a ejercer su talento ni su razón, porque ni el más hábil, ni el más virtuoso, ni el más activo estaba mejor alimentado ni mejor vestido que los otros, ni podía disfrutar otras satisfacciones*” (Azara, 1969: 265). En diversas ocasiones se declaró partidario del reparto de las tierras de los ejidos y de las comunidades indígenas. Para él la riqueza de las naciones se basaba en el trabajo de los campesinos como cultivadores del campo. Si la desigualdad, los derechos de propiedad y la acumulación de capital eran aspectos esenciales en la nueva economía del capitalismo, y aparece ya en las formulaciones más tempranas como la de Adam Smith, ese énfasis en la importancia de la desigualdad y la emulación es desde luego representativa de la difusión de las nuevas ideas económicas en el pensamiento español e hispanoamericano.

Critica la permanencia del “*espíritu de comunidad*” y el que no se distinga entre el trabajo de unos

⁷¹Puede compararse ese texto con el de Azara (1994: 172).

⁷²Azara (1943: 6); a continuación de esta afirmación realiza interesantes cálculos sobre los rendimientos agrícolas en el Río de la Plata.



y otros según la calidad. También censuró el lujo y el despilfarro en que vivían algunos a costa del trabajo de otros. En sus últimos informes sobre Indias, realizados como vocal de la Junta de Fortificaciones, volvería a insistir una y otra vez en sus ideas, defendiendo repetidamente la capacidad de los indígenas para el trabajo, la conveniencia de suprimir las comunidades indígenas para repartirles las tierras, los ganados y todos los bienes de las mismas⁷³.

Azara no llega a la crítica social a través de la teoría del buen salvaje, pero no duda en aprovechar sus descripciones de las naciones indias para hacer comparaciones y fustigar algunos rasgos de los europeos. Por ejemplo, en el trato que se da a los esclavos negros, tan diferente al que unos indios primitivos dan a los suyos; al señalar que los **mbayás** quieren mucho a sus esclavos, que jamás les riñen ni los castigan, ni los venden comenta: “*¡qué contraste con el trato que los europeos dan a los africanos*”.

Sin duda estaba lejos de las ideas roussonianas sobre el buen salvaje. Pero tampoco cree que los indios que estudia sean prototipos de lo que, como contraposición, podríamos denominar “*el mal salvaje*”. Más bien trata de ser objetivo y mostrar virtudes y defectos. Desde luego hace, como ya hemos visto, críticas de la pereza, desaseo, falta de previsión y otros defectos de los indígenas. Pero exalta su valor, su capacidad para la guerra, sus condiciones físicas, su belleza. En todo lo cual es heredero de algunas tradiciones intelectuales hispanas que se remontan al siglo XVI (CAPEL, 1993, 1994b).

Es también plenamente consciente de las ventajas de los cruces biológicos. Valora de forma explícita el mestizaje entre españoles e indias, y estima que sus descendientes, considerados siempre como españoles “*tienen sobre los españoles de Europa alguna superioridad, por su talla, la elegancia de sus formas y aun por la blancura de su piel*”. También estima que los habitantes del Paraguay, resultado de una antigua mezcla de españoles e indias, poseen más finura, sagacidad y luces que los criollos, es de-

cir, que los hijos nacidos en el país de padre y madre españoles, y también los cree “*de más actividad*”. Y añade “*estos hechos me hicieron sospechar no solo que la mezcla de razas las mejora, sino que la raza europea mejora a la larga unida a la americana, o al menos el sexo masculino sobre el femenino*”. Similares ventajas encuentra en los mulatos sobre sus padres. En cuanto a la suerte de éstos, cree que “*no difiere nada de la de los blancos de la clase pobre y es hasta mejor*” (Azara, 1969: 275, 277).

Que Azara aceptara que las razas humanas podían mezclarse y que eso era incluso beneficioso tenía que ver, ante todo, con la simple constatación de lo que había ocurrido en América con el mestizaje, y con el reconocimiento de que todas las razas formaban parte de la especie humana. Pero implicaba, además, que no compartía ninguna idea sobre el carácter abyecto de la raza negra como heredera de Caín, el maldito por asesinar a su hermano, o de Cam, uno de los hijos de Noé a quien la maldición de su padre había rebajado a la condición de ‘*siervo de todos los siervos*’. Unas ideas que habían podido ser utilizadas por los esclavistas para justificar la trata de negros. También en ello Azara muestra un pensamiento abierto, que tal vez coincidía con el de otro geógrafo español contemporáneo suyo, Isidoro de Antillón.

Conclusión

La formación adquirida por el ingeniero militar Félix de Azara en la Academia de Matemáticas de Barcelona, le permitió realizar un trabajo excelente en el campo de la geografía, y le dio una gran versatilidad y flexibilidad, reflejada en sus estudios de historia natural.

El pensamiento de Azara se configuró en una mezcla de hábitos mentales e ideas previas adquiridas durante su periodo juvenil de formación (universitaria, militar y corporativa), de prácticas profesionales y contactos corporativos y civiles en España, de observaciones lúcidas sobre la realidad americana, de experiencias personales en dicho continente,

⁷³Véase en particular el “**Informe sobre el gobierno y libertad de los indios guaraní y tapis de la Provincia del Paraguay**” (Azara, 1994: 205-212). Tal vez sea oportuno recordar que también tenía ideas fisiocráticas y liberales el aragonés Ignacio de Asso, ya citado.

así como de las lecturas que realizó aleatoriamente de forma autodidacta y de las relaciones científicas que pudo establecer tanto en América como luego en Europa.

Azara está plenamente en la línea de racionalización de la Biblia. Lo cual se refleja en la afirmación de la tesis de las creaciones sucesivas. No muestra públicamente ningún descreimiento, pero se atreve a realizar interpretaciones al relato de la creación. Apoyándose en Buffon podía atreverse también a ampliar la escala temporal de la creación, con seis días que se prolongaban en el tiempo, lo que hacía posible aceptar la idea de creaciones sucesivas.

La historia del infortunio de Azara tal vez debería matizarse. Es posible que en realidad tuviera suerte al pasar fuera de España los dramáticos sucesos del impacto inmediato de la Revolución Francesa y la Guerra con la Convención. Seguramente habría sido movilizado en relación con este conflicto bélico, como lo fueron otros compañeros del cuerpo de ingenieros, algunos de los cuales resultaron heridos o murieron. A pesar de los crecientes deseos de volver a España, y a pesar del relativo aislamiento, probablemente estuvo mejor en Paraguay estudiando los cuadrúpedos y los pájaros que en España interviniendo en obras de fortificación y defensa de las regiones fronterizas.

Cuando volvió a España y pudo ir a París tuvo el privilegio de tener allí a su hermano José Nicolás como embajador. Gracias a ello le fue relativamente fácil entrar en contacto con un cierto número de naturalistas vinculados al Gabinete de Historia Natural, que recibieron con gran interés sus observaciones y le trataron muy bien, aunque con algunos de ellos en realidad no podía coincidir científicamente, ya que él estaba todavía situado en las concepciones buffonianas y otros las habían superado ya claramente. Es por, ejemplo, el caso de Georges Cuvier, entonces un joven de 34 años, pero de una prometedora carrera. Foucault ha señalado precisamente con referencia al trabajo de este naturalista la diferencia entre la episteme que llama clásica y la moderna. La primera, que queda muy bien ejemplificada en la obra de Buffon, es la que observa y clasifica a partir de rasgos exteriores. El mismo Buffon los identifica cuando señala los aspectos fundamenta-

les de la descripción, la cual debe reflejar *“la forma, el tamaño, el peso, los colores, las situaciones de reposo y movimiento, la posición de las partes, sus relaciones, su figura, su acción y todas las funciones externas”*. En el caso de Cuvier es ya la estructura interior la que interesa, los esqueletos, los órganos: *“las leyes internas del organismo se convertirán –ha escrito Foucault–, ocupando el lugar de los caracteres diferenciales, en el objeto de las ciencias de la naturaleza”* (Foucault, 1971: 145; Young, 1998: 80 y ss.). Aunque Cuvier trató bien a Azara y valoró sus descripciones, eran otras las cuestiones que atraían su interés, y para ellas nuestro ingeniero no podía aportar datos, ya que en ningún caso había realizado exámenes de los órganos interiores de los animales que describió.

Más fácil era la relación con Humboldt, al que Azara podría haberle facilitado datos que habrían sido de gran interés para su trabajo americanista. Pero le faltaba la preocupación por las interrelaciones, que había sido el aspecto esencial de la obra de Humboldt. Además, Humboldt tenía una excelente formación geológica, aceptaba la existencia de una larga historia de la Tierra, y estaba preocupado por los debates entre neptunismo y plutonismo, cuestiones sobre las que Azara no tenía ninguna información que aportar, como se ve leyendo las observaciones que hizo acerca de los materiales terrestres, las cuales fueron, en general, bastante elementales.

Otras cosas también les separaban. Nacido en 1769 y, por tanto, un cuarto de siglo más joven que Azara, Alejandro de Humboldt era ya un hombre de otra época. Aunque de mentalidad científica ilustrada, se relacionó en su juventud con los círculos prerrománticos más activos de Alemania y escribió una parte esencial de su obra en pleno romanticismo. Por eso su actitud ante la naturaleza y el paisaje está ya llena de un sentimiento que Azara casi nunca sintió o se atrevió a expresar. Por eso también los escritos de uno y otro son tan distintos, con la distancia que va desde la Ilustración plena al Romanticismo, del esfuerzo por mirar la naturaleza con las solas luces de la razón, a la capacidad de unir lo científico y lo literario, el dato empírico y el sentimiento subjetivo o el *“aliento de la imaginación”*, que aparece en Humboldt (Montesinos, Ordoñez y



Toledo, 2003; Bourguet, 2003).

El estudio de la obra de Azara plantea otras muchas cuestiones. Es preciso examinar las condiciones en que se produjo la innovación científica en un periodo especialmente fértil en la ciencia hispana como fueron las últimas décadas del siglo XVIII y la primera del XIX. No podemos seguir considerando a Azara como una figura científica aislada, sino que hemos de analizar en profundidad las condiciones que hicieron posible el desarrollo de su proyecto científico, además de la genialidad individual y el gusto por el trabajo y por los problemas a los que dedicó su atención. Han de examinarse en detalle los círculos con los que se relacionó, las trayectorias profesionales de las personas con las que estuvo en contacto, empezando por las de los otros miembros de la Expedición de Límites, los colaboradores que tuvo en su trabajo, los funcionarios y el conjunto de las redes intelectuales y sociales en las que se integró, tanto peninsulares como criollas. Los miembros de algunas de éstas últimas compartieron con él sus ideas liberales y de reforma política y administrativa, y tuvieron luego un papel importante en la independencia de los países del Río de la Plata. Es interesante notar que Azara estableció redes propias para sus observaciones científicas⁷⁴, y sería relevante reconstruirlas para conocer con exactitud la evolución de su pensamiento. Es importante asimismo analizar la influencia que la actividad intelectual y científica de Azara pudo tener en ellos y la forma como su obra fue luego utilizada en la Argentina y en el Paraguay independiente. Finalmente es necesario considerar el proceso de elaboración personal de su obra después del regreso a Europa, el papel exacto de las redes científicas españolas y francesas, y la elaboración de los **Viajes por América meridional**, como un proceso retórico de integración en las redes de la ciencia europea.

Una parte de los conflictos de Azara con las autoridades se han interpretado como choques personales, animadversiones, envidias, etc. Es muy probable que todo eso pudiera existir. Pero hay que echar una mirada más amplia. Vale la pena considerar otras perspectivas, al menos como hipótesis

de trabajo. Ante todo, hay que estudiar los conflictos entre cuerpos, entre ingenieros y otros militares, entre militares y autoridades civiles. Ante todo, posibles conflictos con los oficiales del cuerpo de marina, al que se integró desde el de ingenieros. Como puede comprenderse, esas integraciones no siempre son fáciles, porque afectan a las carreras y a los escalafones, y porque, además, implican unificar tradiciones, formaciones intelectuales, preparaciones científicas, talentos y actitudes diferentes.

En todo caso, da la impresión de que era consciente de la insuficiente formación astronómica que tenían los ingenieros, lo que tal vez le hiciera valorar positivamente la preparación que tenían los oficiales de Marina. En una ocasión, con referencia a un mapa levantado por el portugués José Custodio de Sa y Faria reconoce que pasó tiempo en aquellas regiones americanas, *“pero como no era más que ingeniero y no astrónomo, no le concedo una entera confianza”*, aunque estima su obra *“más que todas las otras publicadas”*, el escrito lleva fecha de fines de 1781 (Martínez Martín, 1997: 71).

Quedan muchos enigmas sobre Azara. Es el momento de replantear los estudios sobre este autor y su familia sobre bases metodológicas nuevas. Ante todo, hay que localizar los documentos, los escritos y las cartas y hacer ediciones críticas. Hay que plantear la génesis de su proyecto personal de observación y estudio del mundo natural y los posibles estímulos previos de familiares, amigos y miembros de su propia corporación de ingenieros militares. Hay que investigar sobre las relaciones entre los hermanos y los apoyos que pudieron dar a la carrera de Félix. Habría que conocer las razones que pudo tener Azara para pretender dejar el cuerpo de ingenieros –si es que eso sucedió–, las que tuvo para ocultar la fecha de su nacimiento, los libros de la biblioteca que, según su testimonio, tenía en San Sebastián en el momento de partir para América, y las lecturas posteriores. Así como las relaciones con los círculos del Gabinete de Historia Natural de Madrid en el momento en que se quiso convertir en colector de especímenes para el mismo, y las condiciones en que llegaron los envíos que hizo a esta

⁷⁴Así en el viaje a la laguna Yberá, encontró que el cura de San Ignacio le arregló la escopeta, y *“como conociese en él capacidad e inclinación, determiné hacerlo mi continuador y correspondiente”* (Azara, 1994: 86).



institución.

Es preciso asimismo examinar las relaciones de Azara con sus colaboradores en América, tanto españoles como criollos o indígenas (guías, baqueanos etc.)⁷⁵. Algunos de ellos fueron muy valorados por Azara, como el caso de Pedro Antonio de Cerviño, nombrado ingeniero voluntario para la demarcación de límites en 1783 por el virrey Vértiz, y que en 1812 sería director de la escuela de Náutica promovida por el Consulado de Buenos Aires en 1799 (Lucena Giraldo, 2005: 149), y más tarde de la Academia de Matemáticas de la misma ciudad.

Hay que investigar los expurgos que pudo hacer la familia y en especial su sobrino Agustín, que era carlista y, tal vez, estuvo interesado en lavar la imagen del tío de posibles acusaciones de impiedad o de liberalismo excesivo. Hay que ver también qué hay detrás de las publicaciones de sus obras, a qué estrategias respondían y qué manipulaciones pudo haber de los materiales personales de Azara, tanto en España como en Francia y en el Río de la Plata. Finalmente hay que investigar sobre la influencia de

Azara en América. Los nuevos estados independientes del continente utilizaron frecuentemente los trabajos del periodo final de la Ilustración española para desarrollar sus propios proyectos de conocimiento territorial. Al igual que ocurrió en Nueva España con la utilización de la herencia de la Expedición Botánica y del Seminario de Mineralogía, en Colombia con la de los trabajos de Mutis y su grupo, en Chile con la herencia de Malaspina, también en los países independientes formados sobre el antiguo virreinato del Río de la Plata, la obra de los nuevos estados se apoyó en trabajos ya realizados, en este caso, en forma importante en las investigaciones de Félix de Azara y en las de otros componentes de la Comisión para los Límites con el actual Brasil. Como en los casos anteriores la ciencia peninsular y la ciencia criolla se integrarían en una síntesis superior, adaptada a las nuevas circunstancias científicas. Desde la perspectiva actual el estudio de la obra de Félix de Azara puede constituir así un acicate para intensificar los lazos entre científicos españoles e iberoamericanos en un proyecto científico común.

⁷⁵Relación de colaboradores de Azara para la cartografía en Martínez Martín (1998: 514 y ss.). Los miembros de la comisión para el reconocimiento de la frontera de los pampas en 1796 en Azara (1994, doc. X, pp. 99-100).



El primer contacto de Don Félix de Azara con la naturaleza del área guaraníca

AMALIA NÉLIDA CHIALCHIA DE CONTRERAS, Profesora en Ciencias Naturales, Fundación de Historia Natural Félix de Azara, sede Pilar, Paraguay y **JULIO RAFAEL CONTRERAS ROQUÉ**, Profesor Investigador, Universidad Nacional de Pilar, Pilar, Paraguay; Presidente de la Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Buenos Aires; Miembro Correspondiente de la Academia Paraguaya de la Historia

Resumen

Se realizó el estudio pormenorizado del primer relato de viaje de Félix de Azara desde su arribo a América del Sur, en Río de Janeiro, en marzo de 1782. Se trata de la narración de su viaje desde Buenos Aires hasta Asunción, emprendido el 1° de enero de 1784. Por razones geográficas –restricción al área guaraníca– se ha estudiado el tramo comprendido entre la ciudad de Santa Fe y la capital paraguaya. El material utilizado es un par de versiones: una editada por Bartolomé Mitre (1871), a partir de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, y la otra por Estanislao S. Zeballos (1907), tomada de un manuscrito adquirido por éste en Montevideo, que es de puño y letra del autor. Las versiones son distintas. La de 1907 es anterior en su confección y aparece escrita en el estilo original, la de 1871 ha sido copiada con retoques y variaciones de una versión previa por el propio autor, y después “modernizada” en ortografía y sintaxis por el editor. Ambas son copias efectuadas por el propio Azara de un posible borrador original, actualmente perdido. El viaje fue realizado a caballo, con nueve acompañantes, desde el 8 de enero hasta el 9 de febrero de 1784. Es un relato ameno, descuidado en su estilo, que muestra una modalidad temprana del autor en su estadía americana. Resalta su observación del medio natural, su lucidez en la interpretación geográfica del paisaje, la rápida asimilación de la nomenclatura local de animales y vegetales, especialmente la guaraní. Realiza observaciones acerca de las costumbres, la vida económica, social, las vestimentas, las construcciones, las ciudades y aldeas. El estilo revela que el autor no está aún definido como narrador, pues en escritos ulteriores

depurará y ordenará mucho más su expresión. Está completamente definido en su decisión de relevar toda la información de interés para el buen conocimiento del territorio que recorre. Le preocupan los aspectos relacionados con la administración colonial. Es en general parco, un poco árido y descuidado en su escritura, con rasgos dieciochescos que resaltan en la versión de Zeballos. Narra sufrimientos y privaciones personales casi con indiferencia y estoicismo. Su lenguaje es castizo, entremezclado con regionalismos adoptados rápidamente. Rara vez utiliza localismos hispanos. El par de escritos analizados merece una reedición cuidadosa y una búsqueda en archivos y colecciones en las que pudieran hallarse más versiones del mismo.

Introducción

La designación de área guaraníca no es geográfica sino cultural, y comprende en el caso de Félix de Azara y su estadía americana, el espacio que abarca el territorio de las provincias argentinas de Corrientes y de Misiones y el actual del Paraguay. En este caso se ha incluido un corto trecho entre la ciudad de Santa Fe y el paralelo de 30° sur, que forma el margen austral de la región considerada. Se utiliza este concepto porque se trata del área nuclear y primaria de las investigaciones biológicas, geográficas, históricas y etnográficas del naturalista aragonés, que pasó en ella el mayor tiempo de residencia rioplatense y –según él mismo afirmara más de una vez– allí transcurrió su etapa más feliz en América.

El propósito de analizar este escrito surge de su condición de ser el primer registro escrito cono-

cido de su experiencia en América. No se trató de un informe oficial de Azara, sino de un relato elaborado para su propia expansión y para el registro de una experiencia que debió ser para él una puesta a prueba de sus virtudes de resistencia, observación y adaptación general a un mundo muy distante del suyo, en donde ya llevaba casi dos años, pero de los que casi no hay documentación conocida.

Hemos utilizado las dos únicas versiones hasta ahora publicadas: las editadas respectivamente por Mitre y por Zeballos. La de Bartolomé Mitre (1871), se basa en un manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, encuadernado en un volumen mixto que comprende tres obras del autor: **Viajes a los Pueblos del Paraguay, De Buenos Aires a Corrientes y Pájaros del Paraguay**, que previamente perteneciera a la biblioteca del canónigo Saturnino Segurola y que pasara a la Biblioteca Nacional por donación de sus herederos. La otra versión la aporta Estanislao S. Zeballos (1907), tomada de un manuscrito adquirido por él mismo en Montevideo. Los dos escritos, según conclusión de su estudio paleográfico por Luis M. Torres (1907), son de puño y letra de Félix de Azara.

Sin embargo, ambas versiones son distintas. El escrito publicado en 1907 (en lo sucesivo M.907), es precedente en su confección y aparece escrito en el estilo original, mientras que el de 1871 (referido en adelante como M.871) ha sido copiado con retoques y variaciones de una versión previa (un probable borrador de campaña), por el propio autor y después “modernizado” en cuanto a ortografía y sintaxis por los editores. La letra de la versión de 1871 no es de Azara, según Mitre (1871). Pero Torres (1907) después de una comparación caligráfica cuidadosa, llega a la conclusión de que el texto de Buenos Aires, es también de la propia mano del autor. De acuerdo con Mitre (1871), sería obra de un amanuense, pero “... lleva al margen notas autógrafas del ingeniero don José María Cabrera¹ [sic], lo que le da autenticidad” (Mitre, 1871: 48). El documento original fue copiado respectivamente por Bartolomé Mitre y por Juan María Gutiérrez, y en base a ambas versiones

paleográficas reunidas en una misma, se realizó la edición de 1871 en la **Revista del Río de la Plata**, publicada por Andrés Lamas, Vicente Fidel López y Juan María Gutiérrez. El manuscrito original consta de 28 páginas *in folio*, escritas en papel grueso, inglés, de algodón.

La versión de 1907 apareció en la **Revista de Derecho, Historia y Letras** de Buenos Aires, con una introducción de Estanislao S. Zeballos y con notas –una de ellas preliminar, con gran valor paleográfico– de Luis María Torres. Se basó en un manuscrito adquirido en Montevideo que estuvo en manos de un coleccionista particular, don Justo Maeso. Según la opinión del editor, este manuscrito “complementa” el publicado por Mitre años antes. Como dice Zeballos (1907: 108): “*El nuevo texto original, de puño y letra de Azara, está escrito con una prolijidad que revela la labor concienzuda y paciente de los hombres de aquel tiempo.*” El manuscrito cubre más que el viaje que se analiza y comprende otros dos relatos históricos, todo en un total de 95 páginas sin foliar “... en grueso papel de algodón con anchas márgenes y estrechas líneas; de letra gruesa y redonda, en la parte de la relación del viaje, y más fina y corrida en las dos siguientes, aunque ambas del mismo carácter...” (Torres, 1907: 199), que añade “... *Es autógrafo de Azara en su totalidad, pero carece de firma, lo que le hubiera dado mayor valor con la autenticidad.*”

Se ignora las condiciones actuales de los manuscritos. Presumiblemente el M.871 continuará en el archivo de la Biblioteca Nacional, en Buenos Aires. Nunca se ha efectuado una reedición de ninguno de los documentos.

El viaje Las distancias

La referencia más constante de Azara en cuanto a distancia es la **legua**, una vieja medida española que tuvo distintos valores a través del tiempo o según quien la refiriera. El valor en el sistema métrico decimal de la legua al tiempo de la conquista y

¹Se refiere, indudablemente, a José María Cabrer (1761-1836), ingeniero español, nacido en Barcelona y llegado al Plata en 1781, donde fue cartógrafo y actuó en la primera partida demarcadora, en la frontera norte de la Banda Oriental. Tuvo asiduo trato con Félix de Azara.

colonización americana, debe considerarse en base a las siguientes equivalencias: el arco de meridiano tiene 16,6 leguas por grado, y la legua 4,5 millas romanas. Sabiendo que el valor en el sistema métrico decimal del mencionado arco de meridiano es de 111 kilómetros, resulta así que la legua de Vespucio tiene 6.660 metros, mientras que la de Colón tenía 5.920 metros, dado que partía de un valor erróneo en la estimación del grado geográfico. Pero la legua usual en el siglo XVI ha sido la de Vespucio (Alurralde, 1975). No obstante, la anterior no puede ser considerada como una equivalencia absoluta y universal, pues también estaban en uso diversos sistemas locales y arcaicos y aunque las leguas española y portuguesa equivalían a la italiana –la más usual por entonces “... sin embargo en la práctica habían, según Escalante Mendoza, autor marítimo muy experto, de la mitad del siglo XVI, leguas “cortas” y “largas”...” (Olagüe, 1958).

A través de los siglos de la dominación hispana, el concepto de legua varió y se complicó, pero como regla general puede establecerse que un valor medio aproximado de 5.600 a 6.000 metros es una buena estimación para las leguas de Azara, más aún cuando él mismo discute la falta de sentido de las distancias de la población en general, que marcha a caballo y llega a confundir legua, una medida espacial lineal, con el tiempo calculado para que determinado caballo recorra una distancia. Es decir, para un recorrido podrían existir distintas estimaciones en leguas según fuere el porte y el brío de la cabalgadura. Ya en 1889, cuando Daniel Granada editó por primera vez su **Vocabulario...**, hacía una distinción entre dos tipos de *legua* en uso en la región (Uruguay y la Mesopotamia Argentina), la *legua argentina*, con cuarenta “cuadras argentinas”, que tiene 5.196 metros. Además, se usaba la legua brasileña con 6172 metros, y la *legua oriental* (uruguaya) con sesenta “cuadras uruguayas”, o sea 5.154 metros (Granada, 1957, II : 72).

En una sección del texto que analizamos (M.907: 513), correspondiente al 28 de enero de

1784, estando próximo a la ciudad de Corrientes, dice Azara con respecto a las medidas de longitud que utilizara: “He señalado en este diario las distancias según me ha parecido, arrojándome á 2 leg^s p^r hora de pequeño galope y a 3 leg^s por cada 7 quartos de hora de med^o trote q^{do} p^r falta de fuerza en los Cavallos ó p^r los Caminos malos, u p^r detenciones precisas² no galopeaba ni troteaba, la prudencia me gobernaba en medir las distancias. Pero como ni los Galopes y trotes de todos los Cavallos son ig^s ni es posible computar las infinitas alteraciones a que ovligan las circunstancias de un Camino largo, no será extraño que mi regulación sea difer^e de las hechas por otros hasta aquí. La mayor parte de estas gentes no saben lo que es una legua, jamas han oído un Relox ni visto una vara de medir: así no tienen idea del tiempo ni de lo q^e es medida. Muchos de ellos cuando les preguntan la dista de uno á otro parage, miran el Cavallo q^e monta el que pregunta, y según les parece más vigoroso señalan las leguas. Si lo ven fuerte diran por exemplo hay 4 leg^s y si [es] floxo diran 10. Con esto el num^o de leguas es respectivo al Cavallo y depende de él y no de la verdadera dist^a ni del tiempo.”

Considerando que el viaje entre Buenos Aires, situada a 34° 36' S-58° 27' O, y Asunción, en 25° 16' S-57° 40' O, el total en línea recta entre ambas ciudades –suponiéndolas sitas en la misma longitud– es de 9° 20', lo que equivale a 1.036 kilómetros. Puesto que el camino no fue rectilíneo, con numerosos desvíos mayores y menores, es razonable estirar esa cifra en un 25 a 30 por ciento –o tal vez más– con lo que el recorrido a caballo habría cubierto cerca de 1.289-1.347 kilómetros. El itinerario seguido está bien señalado en la figura 1, tomada de Mones y Klappenbach (1997, lám. IV, b) en sus trazos generales, pero indica mal el pasaje del río Paraná, pues lo registra en Itatí (58° 15' O) y no en Paso de Patria (58° 35' O). Ver en pág. 34.

Desarrollo del viaje desde la ciudad de Santa Fe³

Ni bien llegados Azara y sus compañeros el día

²*Precisas*: a pesar de que su uso en este texto corresponde a la primera acepción en el **Diccionario de la Lengua**, es actualmente en toda la zona rioplatenses un término en desuso, posiblemente perdido en el siglo XIX. Equivale a “necesario, indispensable, que es menester para un fin.” En la región sólo sobrevive la quinta acepción de “tratándose del lenguaje, estilo, etc., conciso y rigurosamente exacto”.

11 de enero, a la orilla izquierda del Paraná, se encontraron con la pequeña villa y curato que es hoy la ciudad de Paraná, y que por esos días llevaba el nombre de La Bajada. Allí durmieron y, a pesar de la lluvia, se aprestaron a seguir la marcha hacia la ciudad de Corrientes, que no era sino una etapa preliminar para alcanzar la capital paraguaya donde don Félix debería ejercer sus funciones como Comisario de la Segunda Partida Demarcadora.

Antes de reiniciar el relato dejó una breve caracterización del paraje en el que estuvieron el 12 de enero (M.871: 66): *“Es la capilla de la Bajada un pueblo y curato de moderna erección con setenta casas o ranchos. Dista en línea recta de Santa Fe, según dicen, 6 leguas, de quien dependía poco ha. Hoy está agregada a la jurisdicción del Gualeguay que es tenencia de gobernador dependiente de Buenos Aires. Viven dichos 70 vecinos de la cría del ganado y de arrancar unas raíces que tiñen de encarnado⁴.”*

En el M.907 (: 364) aparece un párrafo de gran interés para comprender la personalidad de Félix de Azara, con una inquebrantable decisión de no ser gravoso al erario de la Corona (el destacado en el texto es nuestro): *“Para mi viage me dijo el In^{te} q. debía costearme S. M. y que llevase la quenta de lo q. yo gastase, pero no quise sino hacerlo a mi costa, y ahún llevar de válde a los que venian*

con migo. Así lo verifiqué, tomando del Admin^{or} de Postas el adjunto Pasaporte pagando por el 132 R^s. La[s] Persona[s] q. quise me acompañasen eran el Alférez Dⁿ Santiago Gomez con tres soldados delos de la Exped^{on} y un Negro mio con dos Cargueros p^a el equipage de todos. Así estaba determinado pero Dⁿ Joph Varela⁵ quiso que también viniese Dⁿ Martin Boneo⁶ mi Aud^{te}.”

El párrafo precedente ha sido omitido en la versión posterior del manuscrito de Mitre (M.871), lo que avala más la convicción de que ese manuscrito puede ser la versión inicial, o la tomada directamente por el propio Azara de su libreta o cuaderno de notas. Muestra que, al contrario de lo que supone Lucena Giraldo (2004), Azara no contribuye intencionadamente a crear una imagen sacrificada y —a veces, compadecida de sí propio— pues es muy probable que recién al hacer la segunda copia pensara en la posibilidad de que alguna vez se editase su escrito. A través de este texto aparece como en tantos actos suyos la probidad y voluntad de servicio que lo alentaba en su desempeño.

El día siguiente, después de haber pernoctado en La Bajada, continúa la marcha: *“... salimos a las siete de la mañana por entre un algarrobal claro y no muy alto, que duró poco rato...”, “... el terreno [es] algo alomado y gredoso...”*. Lo recorrieron bajo incesante lluvia, vadeando cursos de arroyos con cierta

³En el texto de esta comunicación las voces guaraníes se escriben en negrita, y convencionalmente, sólo llevan tilde las graves, las agudas (la mayoría lo son) se escriben sin acento ortográfico.

⁴Las *“raíces que tiñen de encarnado”*: podría tratarse de alguna Amarantácea, pues hay una, llamada **ka’a ruru**, que tiñe suavemente de ese color, pero esto no ha sido hasta ahora dilucidado por ningún especialista, como sucede en el texto de Mones y Klappenbach, 1997).

⁵José Varela y Ulloa (1748-1794). Fue un destacado marino, geógrafo y hombre de ciencia especializado en hidrografía y astronomía, dotado de una inteligencia clara, de gran erudición en su especialidad y de gran facilidad para los idiomas. Era natural de Villaredo, Lugo, Galicia. Se inició en 1759, en Cádiz, como guardia marina. Tuvo destacada actuación en navegación exploratoria y de guerra, siendo ascendido repetidas veces. En 1782 fue designado por orden real para dirigir las tareas demarcatorias en los límites hispano-lusitanos Fue Comisario Principal, y realizó en Buenos Aires y en Montevideo tareas de su especialidad determinando las características físicas, hidrológicas y las coordenadas exactas de los puertos principales. Ya tenía experiencia en ese tipo de tareas, adquirida en el Golfo de Guinea y en la zona de Santa Catarina, en Brasil. Realizó además evaluaciones de los recursos, producciones y potencialidades de la zona del virreinato que recorrió. En 1790 fue ascendido a brigadier. Poco después pasó a ser jefe de escuadra con funciones en el norte de las colonias americanas. Encontrándose en La Habana, falleció antes de cumplir los 47 años de edad.

⁶Martín Boneo. Marino español que arribó a Buenos Aires en 1783, con el grado de Teniente de Navío para integrar la dotación de la Partida Demarcadora al mando de Félix de Azara. En 1784, al poco de llegar a Asunción, Azara solicitará al Virrey, don Nicolás del Campo, Marqués de Loreto, que se designe a Martín Boneo como su segundo en la Partida. Como el joven marino lo acompañó en el presente viaje con buen desempeño, lo que justificó el concederle esa función de alta confianza personal.

dificultad debido a que todos estaban henchidos por las continuas lluvias.

Un detalle llamativo y que suministra un indicio valioso acerca de la vida social y cotidiana de esos años, aparece en el párrafo siguiente (M.871: 67) “Siempre fuimos divisando hacia la izquierda u orilla del Paraná, mucha arboleda: también la había de Algarrobos y espinillos alrededor de la Estancia [de Vera] y a la vera del último arroyo, de sauces, ombúes y otros. Vi al paso dos o tres ranchos en el campo, y noté a $\frac{3}{4}$ de legua de uno de ellos, la huella de un hombre, cosa que me admiró porque aquí nadie anda a pie, ni he visto otro tanto en América⁷.” En otro momento retornará Azara a este tema, aseverando que el uso del caballo estaba tan generalizado que los jinetes ni siquiera caminaban cuando debían cruzar una calle: lo hacían montando en sus animales y descendían del otro lado.

Continuando el camino el día 14 de enero, los relatos de ambos manuscritos divergen mucho y aumentan los retoques y agregados al M.907. Optamos por la versión del M.871 (: 68-69), glosando los aspectos más llamativos de la relación entre ambos textos: “Todos estos terrenos abundan en osos hormigueros o Tamanduas⁸, de leones⁹ y tigres¹⁰, principalmente hacia los bosques de la costa del Paraná y los que pasamos esta tarde. En la casa en que

sesteamos tenían colgados en las estacas del corral seis cabezas de tigres y tres de leones. Cuatro de los caballos que montamos tenían heridas no cerradas hechas el día antes por los tigres¹¹.”

“Me aseguran estas gentes que los tigres huyen del hombre cuando no están muy hambrientos o acostumbrados a comerlo; que no se atreven a los toros o vacas; que sólo embisten las terneras y caballos; que para matarlos, no lo hacen con las uñas o dientes, sino saltándoles al cuello y tomándoles con una mano el hocico y con la otra la cerviz, haciendo fuerza hasta desnucarlos, llevando el hocico al cénit. Añaden que los tigres cebados prefieren la carne de los negros porque cuando tienen elección llevan un hombre negro entre muchos blancos. Después del negro dicen que toma al mulato o [al] indio, y el último es el blanco. Que cuando van dos, uno tras otro, asaltan al último. Dicen También que el león jamás hace daño al hombre aunque le persiga, que en este caso se sube a los árboles y llora; pero que hace mucho daño a los ganados mayores y menores porque mata cuanto puede cada vez, aunque sólo haya de comer parte de uno: que el tigre es tan al contrario que si halla dos animales uncidos o acollarados, sólo mata al uno y lo hace arrastrar hacia el bosque por el vivo; y que hasta consumido el muerto no mata al vivo. El modo de cazar unos y otros, es persiguiéndoles dos hombres en buenos

⁷A propósito de esta observación de Azara, comenta Pedro Inchauspe (1956: 69): “... la casi totalidad de los habitantes de la llanura, hasta que la vía férrea la domina, son jinetes por imposición del medio, son gauchos. Aunque el hombre esté en su casa, el caballo ensillado aguarda, indefectiblemente, en el palenque; por la noche, cuando el sueño desciende sobre todos, atado a estaca o en el corral lindero del rancho, el pingo queda siempre a mano para cualquier imprevisto o para traer la tropilla al día siguiente. En aquellas soledades, la mayor tragedia no es el hambre, ni la sed, ni el ataque de la indiada, ni la enfermedad sin recurso alguno a mano, ni el incendio de los inacabables pajonales; la mayor tragedia es la falta del caballo, porque faltando él, le falta todo al poblador de la pampa, del desierto; es, podríamos decir, su última esperanza. “A caballo es un centauro delante del Señor; a pie es torpe como un caimán embarrancado”, dice Cunningham Graham que, gaucho también por afición, amor y función de vida, tuvo experiencia sobrada para formarlo con verdadero conocimiento de causa.”

⁸Tamandua: **Tamandua tetradactyla**, el oso melero, pues el hormiguero es **Myrmecophaga tridactyla** y su distribución en el siglo XVIII difícilmente debe de haber alcanzado la latitud en la que Azara lo observara.

⁹Leones: alude a los pumas o leones americanos, **Puma concolor**.

¹⁰Tigres: corresponde al Yaguareté, **Panthera onca**.

¹¹Nótese la diferencia, e incluso cómo se complementan ambos textos, en el M-907 (:378) en la presentación este período de AZARA: “Todos estos Terrenos parece abundan de Tigres princpalm^{te} hacia los Bosques de la orilla del Paraná y los que pasamos p^l tarde. En la casa en que sesteamos había en los Palos del corral colgadas 6 cabezas de Tigres y 3 de Leones. También hay muchos Osos Ormigueros y Aperias.” Se aprecia la ortografía y la redacción mucho más improvisada. En el M-871, se omite la referencia a los “Aperias”, que no es sino una mala mención de la voz guaraní que designa a los **Apere’a (Cavia aperea)**, una forma de cuises o cobayos.

¹²Maciega: Terreno con yerbas altas y densas. Se trataría de un argentinismo (Malaret, 1946: 520); según Segovia

caballos; cuando el tigre halla árbol o maciega¹² se sienta; allí le embiste el uno para que huya, y luego que sale hostigado tras de aquel o de los perros, el otro le tira el lazo y echa a correr a la disparada, arrastrándole hasta que conoce que está ya muerto, o bien el otro le enlaza también, y tiran cada uno por su lado hasta matarle.”

Durante el camino hay algo que produce reiteradamente asombro en Azara, sensación que va creciendo en él a medida que se acerca a la ciudad de Corrientes: la denominación de “arroyo” que se confiere a unas vías de agua de dimensiones y caudal que, a su entender, serían mejor ríos que arroyos en el sentido de ese término geográfico que él trae consigo de España. Tal sucede –estando todavía en la actual Entre Ríos– al encontrarse con los cursos denominados Conchitas, Alcaraz y Feliciano.

Por más que Azara es silencioso en cuanto a emitir quejas o a narrar escenas o sucesos vividos con alguna tonalidad de auto-conmiseración, no puede dejar de expresar, en ocasiones, ciertos estados de desagrado: “No pude dormir esa noche [la del 14 al 15 de enero de 1784] por la infinita multitud de mosquitos y pulgas. Siete veces mudé la cama sin adelantar cosa alguna. Llovió toda la noche y viéndome tan acosado de los viles insectos, me tendí dos veces en el campo sobre el agua expuesto a las víboras y a toda la lluvia, y ni aún esto me liberó de ellos. A mis compañeros sucedía casi lo mismo” (M.871: 69-70). Personalmente Azara habría sido más un “contenido” que un silencioso, como con cierta dosis de injusticia se lo recrimina Pérez Marcevic (1983: 53). Según este crítico “... tiene una vasta estructura racionalista sobrepuesta a un peculiar temple anímico que es en Azara crítico y malhumorado, acaso por exceso de contención. Esa falsa frialdad de la prosa de Azara –geométrica, pesada– oculta mal la fibrilla irritada de su natural bajo el empaque de la retórica neoclásica...”. Si bien esta

crítica quiere referirse a la actitud general de Azara, incluidas sus opiniones historiográficas, nadie que haya pasado una noche tropical o subtropical en el mes de enero, en la llamada Mesopotamia Argentina o en el Paraguay, tratando de dormir entre pulgas y mosquitos, sería capaz de sostener tales cargos ante las tan moderadas como realistas lamentaciones de Azara.

El 15 de enero reanudaron la marcha en una dura jornada, tras la cual: “Pasado Feliciano, a las 4 leguas hicimos mediodía y noche en el único rancho [de esos parajes] porque llovió por la tarde. Los terrenos son en todo como los anteriores, sin más árboles que en los ríos o regachos¹³.” Este rancho que sólo tenía el techo de paja bastante claro¹⁴ y nada en los costados, lo habitaba un infeliz indio: faltaba en él todo comestible y aún el agua para beber. Los mosquitos eran infinitos. Éstos y el hambre nos determinaron a salir sin pegar los ojos a las dos menos cuarto de la mañana. La noche era oscura y muy nublada, y apenas habíamos andado media hora empezó a llover y entramos en un bosque de espinillos y algarrobales. Procurábamos llevar la mayor unión, tanto por no extraviarnos cuanto por miedo de los muchos tigres que hay en este bosque. Si alguno hubiera salido [a nuestro paso] éramos perdidos sin remedio. Espantados los caballos nos hubiéramos hecho pedazos contra los espinosos algarrobos. Perdido el camino, nadie sino un indio que nos acompañaba hubiese tal vez dado con él. Íbamos poco a poco siguiendo a tientas el dificultoso y poco trillado camino. Cuando paraba uno por precisión¹⁵ o para componer las Cargas que tropezando con los árboles o por resbalar las cabalgaduras se caían a cada paso, todos esperábamos. El dirigir los caballos sueltos costaba bastante: no obstante todo el cuidado, faltó poco para que varias veces dejase yo los ojos colgados de las espinas. Saqué no obstante toda la cara y manos ensangrentadas, y sucedió lo mismo a todos poco [más o] menos.

(1911: 128), sería originario de Rio Grande do Sul, donde derivando del portugués *macega* designaría el campo en el que abunda el pasto natural y algún arbolito de baja altura, aunque admite como segunda acepción “terreno cubierto de yerbas altas y densas en el que pueden ocultarse hombres o animales”.

¹³Regacho: expresión por *riacho*. No aparece en el **Diccionario de la lengua** y no es usual en la actualidad ni en el Paraguay, ni en Uruguay ni en la Argentina. Segovia (1911), no lo registra; Malaret (1946), Granada (1957), Abad de Santillán (1976), Morínigo (1985) tampoco lo hacen.

¹⁴Claro: Responde a la acepción de ralo, apenas cubierto.

¹⁵Precisión: Otra vez utilizado como “necesidad”, “obligación”.



En este conflicto, en que ni un momento nos dejó el aguacero, en la lista que pasamos, echamos de menos un soldado y no pudimos buscarlo por las circunstancias sobredichas¹⁶, no teniendo más que un práctico bastante torpe, mucha obscuridad y el agua encima, en medio y debajo.” (M.871: 70-71). En la versión más primitiva del viaje (M.907: 381), este caso se narra del siguiente modo: “Con esta lluvia continua, obscuridad y el Piso lleno de agua echamos de menos a su [¿un?] soldado que no pudimos buscar p^r tener solo un Baqueano¹⁷ y p^r las circunstancias sobredichas.”

En el M.907 sigue el siguiente párrafo: “Amaneció y seguimos siempre con la misma agua y molestias, la mayor parte del Camino por bosque donde de repente en un hormiguero¹⁸ se sumergió un Carguero¹⁹ hasta las orejas, de donde le sacamos a Lazo.”

Camino de la Posta de Guayquiraró, en el límite entre las actuales provincias argentinas de Corrientes y Entre Ríos, a los 30° de latitud sur, llovió abundantísimamente. Ya estaban próximos a ella cuando las aguas les cerraron el paso. Entonces

“Resolvimos esperar a caballo a que la lluvia cesase: ésta a cada momento iba a más con mayores truenos y relámpagos; crecía el agua debajo de los pies y todos ojeábamos los árboles como los contemporáneos de Noé; nuestros sombreros lacios del agua nos cegaban; la ropa nos abrumaba; no obstante viendo que todo iba peor nos determinamos a cortar algunas ramas para hacer [una] balsa. Horas gastamos en esta faena y cuando esperábamos ver cumplidos nuestros deseos, hallamos que la balsa mal formada se fue a pique”.

“Eran las dos de la tarde y nada teníamos que comer, cuando mi negro, excelente nadador, pasó el río a nado y fue en busca de la Posta de Guayquiraró para traer cueros o algún auxilio. [En el texto de M.907: 380, dice: “... cuando nos resolvimos a hacer pasar dos nadadores p^a q^e fuesen hasta la posta de Guayquiraró a buscar un cuero p^a Pelota...”²⁰]. Hizo nuestra fortuna que no lejos del arroyo halló una carreta cubierta que le dio un cuero. Apenas le tuvimos cuando cesó la lluvia y salió el sol lo bastante para secarlo sobre un árbol y para abrasarnos y para que viniesen sobre nosotros increíble multitud de tábanos y moscas verdosas que sobre confundirnos nos

¹⁶En este caso resalta una constante del relato. Azara confiere muy poca entidad al personal que le acompaña. Con excepción de algunas referencias, bastante escasas, a Martín Boneo y a “su” negro, no aparecen más comentarios sobre quienes compartían con él el viaje. En esta oportunidad, no sabemos qué ocurrió finalmente con el soldado extraviado. Posiblemente éste es en él un hábito propio de la redacción de los informes militares en los que el centro de interés raramente se desplaza a las personas que participan.

¹⁷Baqueano: americanismo por “baquiano”, que tiene *baquía*, o sea, práctico.

¹⁸Seguramente el caballo se sumió en una de las cámaras hongueras subterráneas de una colonia de la hormiga llamada **ysau**, del género **Atta**, las que llegan a tener dimensiones gigantescas y se tornan muy peligrosas cuando la lluvia ablanda el suelo y se derrumban, en especial cuando han sido abandonadas por las hormigas.

¹⁹Carguero: Figura como argentinismo en el **Diccionario de la Lengua**. Aplícase a un caballo que no se monta, que va “de tiro” (es decir, llevado por un cabestro) cargado con elementos que el jinete no puede llevar consigo por razones de comodidad o de peso.

²⁰*Pelota*: un artificio rústico para atravesar cursos de agua, muy utilizado hasta bien avanzado el siglo XIX. Así aparece en la narración del sacerdote y viajero sueco Juan Mühn (1946: 148), quien hizo el mismo recorrido entre Santa Fe y Corrientes, casi medio siglo antes de Azara. Aparece en una carta escrita en Corrientes en la que describe con más precisión el medio para el cruce fluvial que representaba la “Pelota”: “La carga y los que no saben nadar, pasan el río sobre unas pieles de buey, cuyas esquinas se levantan en forma de barco y las llaman Pelotas. El que se sienta encima, guarda bien el equilibrio, porque al menor movimiento, se hallará debajo del agua. Así pasé el célebre río de las Corrientes.” Más adelante será el propio Azara (M.871 :497) quien describirá con mayor extensión el primitivo método para el cruce fluvial: “Porque algunas veces he dicho [...] que los **pelotée**, ha de saberse que para este fin usan un cuero de toro o vaca seco: le dan fiugura cuadrada o rectangular cortando lo sobrante con el cuchillo: luego con cuatro ligadurillas forman de él una **candileja**, lo tiran al agua los cuatro picos para arriba y dentro meten lo que quieren pasar, y un hombre o caballo nadando tira de una **guasquita** la pelota y pasa grandemente. En cada pelota o candileja se pasan cómodamente de 16 a 25 arrobas de peso y siempre es preferible a una mediana canoa. En ablandado el cuero ya no sirve.”

²¹*Gusanos*: alude, seguramente Azara, a la deposición por parte de esos insectos de grandes cantidades de desoves en



*llenaban de gusanos*²¹ a nosotros y a los recados²²” (M.871: 72)

Poco antes de la Posta de Guayquiraró, todavía en territorio actualmente entrerriano, sobre el Arroyo Hondo, hizo Azara el día 16 de enero, una interesante observación: “En el arroyo Hondo es donde noté que se hablaba el guaraní...” (M.871: 75), sin embargo ésta es una versión más tardía de la siguiente observación: “En el Arroyo Hondo es donde noté que ya todos ablaban la Lengua Guaraní corrompida, según dicen” (M.907: 382). Llama la atención el cambio en la referencia, particularmente en cuanto a la presunta corrupción del idioma hablado, que en la segunda versión desaparece. ¿Se trata de un cambio fortuito o modificó Azara sus ideas al respecto cuando conoció mejor el tema?

El día 16 de enero, marchan otra vez bajo intensa lluvia y con las aguas en acentuada creciente. Como el Guayquiraró se abre en varios cursos en esa parte de su recorrido, tras el cruce de una ancha cañada²³, efectuado con dificultades y riesgo, hallaron un segundo curso —otra cañada— hasta que por fin llegaron a otro arroyo: “... a las cuatro de la tarde peloteamos el arroyo...” “... en el camino matamos una nutria²⁴”. Alcanzaron así, casi sobre el curso definitivo del Guayquiraró, un humilde rancho, en el que decidieron quedar para pernoctar, y “volvió lue-

go la lluvia: el rancho tan descubierta que no fue posible acomodarnos más de dos en él; los demás se alojaron bajo de una enramadita²⁵ que cubrieron con dos cueros. El dueño del rancho, que era un porteño²⁶, el más desabrido²⁷ del mundo, hasta el agua [para beber] nos escaseó, y su cara era la peor de cuantos no quieren dar. Duró toda la noche el aguacero con viento furioso que se llevó muy distantes los cueros de la enramada. Los truenos y relámpagos fueron tan continuos que en más de tres horas de observación no hubo un solo momento sin que sonase el trueno y luciese el relámpago. Por todas partes se llovía y todo se nos mojaba. Las pulgas eran infinitas y los mosquitos sin número: la cama, el pellón²⁸ mojado sobre el suelo. Con los truenos se juntaron los continuos llantos y gemidos de un niño de ocho meses, la gritería de todos buscando abrigo sin hallarlo en parte alguna; las roncas y desapacibles voces de innumerables sapos y ranas y de gallinas arrojadas de sus dormitorios; los caballos que, temerosos querían pisarnos, y muchos perros que sucios y mojados, con la cola entre las piernas, llenos de tristeza y gimiendo, se nos echaban encima. Parece excusado decir que nadie durmió: ni cesó el agua y amaneció lo mismo” (M.909: 73). En esta parte del relato existe bastante diferencia entre ambos manuscritos, siendo el primero más rico en detalles, a los que el segundo (M.701) obvia.

todo lo orgánico húmedo que hallaban. Los gusanos desarrollarían más tarde, pues se trataba de larvas de dípteros.

²²Recado: americanismo propio del Río de la Plata en general, usado por “apero”. En el **Diccionario de la Lengua** figura como “uruguayismo”, posiblemente basado en la mención temprana de Daniel Granada.

²³Cañada: Azara utiliza aquí un vocablo geográfico restringido a la región rioplatense en la acepción que se le asigna. Daniel Granada (1889, 1957), que recogió las formas particulares del área, indica cómo se modifica el sentido castizo de la voz que designa (entre otras acepciones) un espacio bajo entre dos alturas en área montañosa, para —debido a una metonimia como lo señala Segovia (1911: 420)— aludir a un espacio bajo entre dos lomas o alturas por el que corre un curso de agua. Modernamente (Ringuelet, 1960) se designa así a las vías de agua que se desplazan dentro de sistemas aparentemente lénticos como los esteros y bañados.

²⁴En este caso, quedamos sin saber a qué animal se refiere, puesto que la verdadera “nutria” europea es el **lobopé (Lontra longicaudis)**, al que Azara en este mismo texto (M-871: 77) dará el nombre de “lobos marinos”, mientras que, la mal llamada “nutria” en América del Sur es el **quyja (Myocastor coypus)**. Es posible que a don Félix se le haya escapado, en este caso, una expresión europea mal definida, a pesar de su evidente afán de precisión.

²⁵Si bien **enramada** es un vocablo castizo que designa un cobertizo de ramas entrelazadas, localmente en Corrientes y en el sur del Paraguay se denomina **ramada** a una estructura parecida reforzada con tientos, a la que dedica una bella monografía el erudito Roberto Lehmann-Nitsche (1919).

²⁶Porteño: nativo de Buenos Aires.

²⁷Desabrido: corresponde a la acepción castiza de “áspero y desapacible en el trato”. En la actualidad no se usa en ese sentido en la región.

²⁸Pellón: Americanismo, el **Diccionario de la Lengua** lo define como “pelleja curtida que se usa sobre la silla de montar”.



Se ha reprochado a Félix de Azara (Pérez Marcevic, 1983) cierta “*intoxicación*” de lecturas neoclásicas, como consecuencia de ello, su estilo se habría tornado frío e impasible. El período anterior, si bien con cierta precariedad de construcción, resulta un ameno relato costumbrista, ajeno a todo oropel neoclásico o retorcimiento barroco. Revela un Azara observador, sincero y con una dosis de humor en su visión de escenarios tan abigarrados y exóticos como el vivido en el modesto y diminuto rancho entre los brazos desbordados del Guayquiraró.

El siguiente día, 17 de enero, cruzaron finalmente el Guayquiraró: “A un cuarto de legua hallamos el río tan crecido que cubría las ramas bajas de los árboles altos. Una de nuestras dos pelotas estaba ya inservible. Don Martín Boneo y yo nos metimos en la otra que dirigía un buen nadador²⁹ con su caballo. Antes de llegar a la corriente fuerte bellaqueó el caballo³⁰ y fue preciso largarlo, tomando el nadador por su cuenta la pelota. Con mucho trabajo y esfuerzo atravesó hasta poderse asir a la rama de un árbol, donde esperamos que le trajesen otro caballo: continuamos en él hasta la orilla opuesta dando muchas vueltas por entre árboles. En lo mejor del paso nos entró un aguacero que creímos nos anegase la pelota; pero duró poco. Sería la travesía de $\frac{3}{4}$ de legua” (M.871: 74).

A poco del cruce reparó Azara en las aves: “Las orillas del río muy suaves y pobladas de árboles con muchos patos de varias castas³¹. Vi garzas blancas³², rosadas³³, cenicientas³⁴...”. Al respecto de los patos, dice en el M.907 (: 384) “... patos grandes de carnosidad al pico”, refiriéndose seguramente a

la especie de pato *ype guasu* o bragado, científicamente *Cairina moschata*. En cuanto a las garzas, dice “... pardas o cenicientas”.

La fina intuición de Azara aparece plenamente en la siguiente observación, que adelanta conceptos acerca de la acción humana sobre la naturaleza, que recién en el período final del siglo XX tendrían vigencia: “Desde la Bajada de Santa Fe hasta aquí anduvimos mucho entre bosques o no lejos de ellos, todos de Algarrobos y espinillos. De su disposición y de los raigones³⁵ que retoñan se infiere con bastante fundamento que todos estos países han sido no ha mucho tiempo, un bosque continuo que las quemaciones han destruido y en breve acabarán con lo que queda. Lo mismo se puede inferir desde mi salida de Buenos Aires. La calidad y disposición de los terrenos es la misma, y algunos indicios se manifiestan que todo arguye la existencia del continuo bosque. Donde vive el hombre, ni árboles, ni plantas, ni animales quedan.” (M.871: 75). Sin embargo, el concepto central –biogeográfico– está equivocado. Azara, en su recorrido, se ha desplazado desde el área pampásica, cruzando a veces o bordeando, el llamado espinal periestépico. Por eso el contraste de paisajes abiertos y nemorosos. La pampa fitogeográfica, en su expresión típica es una planicie herbácea sin árboles (Castellanos y Pérez Moreau, 1944).

El día 19 de enero, avanzando siempre hacia el norte, padecen nuevamente nuestros viajeros la lluvia, que vuelve a caer incesante durante “toda la noche [del 18] y [la] mañana” siguiente. Por fin “Aclaró hacia el mediodía un poco y quisimos secar la ropa que hallamos toda podrida, porque desde el

²⁹El sistema de cruce con las pelotas contaba, ya sea con un jinete aferrado a un caballo nadador a cuya cola o recado iba atada la pelota, ya con un nadador individual, que amarrado a un cabo arrastraba y guiaba el elemental método de pasaje fluvial. Esta última era una tarea pesadísima para el que la realizaba, más aún con aguas crecidas que corrían con fuerza.

³⁰*Bellaquear*: americanismo por encabritarse, desmandarse un caballo. De acuerdo con Mallaret (1946: 144), es un uso de la Argentina, Uruguay y Bolivia [también del Paraguay] por “*encabritarse los caballos*”.

³¹*Castas*: usa esta designación con frecuencia Azara en el sentido de “especies”.

³²*Garzas blancas*: *Casmerodius albus* y *Egretta thula*, de la familia Ardeidae.

³³*Garzas rosadas*: no se trata de “garzas” (Ardeidae), sino de “espátulas rosadas”, *Ajaia ajaja*, de la familia Threskiornithidae.

³⁴*Garzas cenicientas*: se refiere a la garza *Ardea cocoi*.

³⁵*Raigones*: expresión castiza sin uso local, referida a las bases de árboles que fueron talados. Suele decirse regionalmente *tocones*.

paso del Paraná no se había podido secar. Volvió luego el nublado y lluvia que duró toda la noche. Por la tarde los de la casa, que fueron a repuntar³⁶ el ganado, trajeron dos tigrecitos vivos a quienes la creciente de los ríos hace salir afuera” (M.907: 384).

El día 20, a pesar de la lluvia, que continúa, tiene Azara ocasión de hacer nuevas observaciones sobre la fauna, pues “... los de la casa [en que paraban, un rancho campesino] cogieron un *Guazubirá*³⁷ chiquito, que como todos los de su especie y edad tenía manchitas blancas simétricas sobre su espalda. En siendo grandes desaparecen. Es gamo, y hay también corzos, ciervos y venados en todo el mundo y lo mismo *tórtolas*³⁸ de dos especies, *torcaces*³⁹ y *avestruces*.” (M.907: 76).

El 21 de enero cruzaron Santa Lucía, atravesaron el arroyo Sarandí, aproximándose lentamente al río Corrientes, al que Azara escribe así, cuando el nombre propio del mismo es “Corriente” y por él desagua hacia el Paraná el sistema palustre del Iberá, de más de un millón de hectáreas. En el camino siguen las observaciones acerca del medio natural: “Vi esta tarde en el mismo camino, un yacaré pequeño, y me aseguraron estar llenos de ellos estos terrenos, porque hay bastantes lagunas permanentes; pero no hacen daño. Vi igualmente multitud de patos de varias especies, *gaviotas*, *chajás* [en la edición del M.909, dice “chalias” por *chajás* y “Cuyuyu” por *tuyuyú*] *tuyuyú* o *cigüeñas* de tres especies de cabeza blanca como las de España⁴⁰, de cabeza parda

oscura algo menores y que van en bandadas⁴¹, y de cabeza oscura con parte del cuello encarnado⁴²: éstas son mayores, menos en número y todas blancas [en el resto de su plumaje]. Muchas garzas blancas de cuello muy largo, pero que cuando vuelan no hay ave que parezca tenerlo más corto.” (M.871: 76-77).

El 22 siguen la marcha por la mañana, recorriendo la orilla de un bosque, cruzando numerosas lagunas, “... que despuntamos⁴³, algunas con pena⁴⁴, y todo era como hasta aquí, bañado y agua, punto menos que intransitable. Don Martín Boneo y yo, cuando volvimos la vista al bosque vimos a cosa de ochenta metros, al pie de un árbol, dos grandes tigres. Llamé a los peones para que viesan de enlazarlos, pero todo el terreno tenía dos pies de agua, y no se atrevieron.” Esa es una de las formas de caza practicada por los “tigreros” (cazadores de tigre o **yuká-tigre**, como se los llamaba popularmente en Corrientes): a lazo, una de las suertes de “**tigre**” más audaces que describe el padre Grenon (1924: 63) en su revisión del tema. Al efecto de ilustrar ese método se transcribe lo que al respecto dijera Azara en sus **Apuntamientos [sobre los Cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata]**: “Cuando le encuentran en campo raso, le enlaza un hombre a caballo, y echando a correr le arrastra; hasta que otro le enlaza por las piernas y le ahogan tirando opuestamente”. Pero si el tigre entra en un juncal, “... rodean el pajonal varios hombres a caballo con sus lazos prontos; y entra uno cejando⁴⁵ su caballo, hasta que le embiste; y sale tras él la fiera, dando

³⁶*Repuntar*: corresponde a la 5ª acepción de este vocablo en el **Diccionario de la lengua**: reunir el ganado que está disperso en el campo. Figura como “argentinitismo” pero ya no es palabra usada en la región. Marcos Morínigo (1985) extiende ese uso a México, Uruguay, Argentina y Chile. Por su parte Granada (1958) suministra esta misma acepción para el área rioplatense, ejemplificando su uso con varios pasajes de Félix de Azara. Como esta obra está escrita en el siglo XIX, puede suponerse que por entonces ya se trataba de un término en relativo desuso.

³⁷Se trata de **Mazama guazoupira**, un cérvido de tamaño mediano a pequeño, muy propio de esos parajes.

³⁸*Tórtolas*: de acuerdo con las explicaciones que el propio Azara dará en su obra sobre **los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata** (1992: 402) se trataría de las dos pequeñas palomitas **Columbina picui** y **Columbina talpacoti**, denominadas localmente **pyku-i** y **pyku-i pyta**.

³⁹*Torcaces*: se trata de una paloma grande, muy abundante en la actualidad, la **pykasuro** o **Columba picazuro**.

⁴⁰**Ciconia maguari**, a la que registrará después como Baguarí (Azara, 1992: 434), es la **mbaguari** o *cigüeña*.

⁴¹**Mycteria americana**, a la que Azara (1992: 436) denomina **canguí**—que en guaraní significa triste—, y de la que él mismo reconocerá “... que aunque va comunmente sola ó á pares, también he encontrado familias, y visto dos bandadas de sesenta o más por enero”. Tal vez una de esas raras bandadas será esta que vio en enero de 1784 cerca del río Corriente.

⁴²Se trata de **Jabiru mycteria**, llamada más tarde por Azara (1992: 436) “*cigüeña de collar rojo*”, popularmente conocida como *tuyuyú cuartelero*, o *tuyuyú coral*.

⁴³*Despuntar*: adelantarse, descollar, 7ª acepción en el **Diccionario de la lengua**.

⁴⁴“*Con pena*” significa: difícilmente, con penuria.



lugar a que los otros le enlacen”.

Pronto llegaron al río Corriente, que “... es respetable y mayor que el Guayquiraró: tiene arenas y cría muchos lobos marinos⁴⁶, rayas que pican con crueldad, yacarés y muchos otros pescados. Sus aguas como las del Guayquiraró son un poco salobres; sus orillas y cercanías pobladas de bosque; su corriente bastante rápida y sin duda viene de lejos. Hoy vi las mismas castas de pájaros que ayer, en grande abundancia, y me aseguraron que los yacarés los cogían por las patas.” (M.871: 77).

Cruzado el río, los viajeros comieron y descansaron en la estancia del caracterizado y próspero vecino de Corrientes, Juan García de Cossio, permaneciendo en ella hasta el día siguiente.

El día 24 retomaron su marcha, cruzando el arroyo Pegujó “... que es una cañadita despreciable en tiempos de seca”, y más tarde el Batel “... que es un zanjón de 50 varas de ancho, con mucha profundidad, sin barranca y sus orillas llenas de juncales”. Terminaron el día mucho más cerca de Corrientes, en la Posta de Luis Soto, “... con bastante palmas yatays⁴⁷” (M.871: 79).

Al llegar al río Santa Lucía, al que cruzaron el día 25, hallaron que el mismo estaba “... bastante bajo; pero media legua antes de llegar a él hay un bañado malo y un rancho con algunos regachos. Sus inmediaciones están pobladas de sauces y ceibos: tiene arena y es considerable; rara vez se vadea.

Sus aguas son algo salobres. Su origen, dicen, es una laguna de la que se origina el río de Corrientes [=río Corriente]⁴⁸; su barranca es poca o ninguna. Le pasamos en canoa.” (M.871: 79).

El mismo día 25 continuaron hacia el norte y, en el trayecto, “Hallamos bastante bañado este día aunque no tanto como en los anteriores, porque el terreno es algo desigual, lo que también produce algunas lagunas. En las pequeñas colinitas que regularmente costeábamos había bosques de Yatay que me perecieron de dos especies. Sus dátiles, que probé y me apestaron, se parecen a las bellotas gordas con su punta y corona: los da en racimos. Cuando están maduros son amarillos y caen. Me aseguraron que algunos Yatays dan dátiles encarnados muy buenos⁴⁹. Los terrenos gredosos y alguna arena superficial” (M.871: 385).

Después de un largo trecho, llegaron hasta el pueblo de Santa Lucía, “... que se compone de dos hileras de edificios unidos dirigidos N. S. cubiertos de paja y hechos de barro...”. Está poblado por “... treinta y cinco familias de indios, la mayor parte abipones...” “... viven en común y los dirige en lo temporal y espiritual un religioso franciscano con su compañero...”. Avanzando otra vez hacia el norte se encontraron con “... algunas chacras⁵⁰, una muy grande con caña, maíz, sandías, etc.”, cultivadas por el propietario de la posta en la que pasaron esa noche.

Al día siguiente llegaron al pueblo de Garzas⁵¹,

⁴⁵Cejando: americanismo rioplatense, muy usual en la zona mesopotámica argentina y en el Paraguay rural, equivale a “sesgando”, atravesando lateralmente una cosa.

⁴⁶Véase la nota 17 de este texto. Corresponde al **lobope**, **Lontra longicaudis**, o lobito de río fuera del área de cultura guaranítica.

⁴⁷Se trata de una típica palmera de la zona guaranítica, perteneciente al género **Butia**. Si bien en el área que atravesaban en esta fecha los viajeros, pueden aparecer ambas especies, la **yatay** (**Butia yatay**) y la **yatay poñi** (**Butia paraguayensis**) lo más posible es que Azara se refiera a la primera, que, por otra parte, es más frecuente en la zona (Carnevali, 1994).

⁴⁸Más tarde verificará Azara personalmente durante sus recorridos lo erróneo de esta aseveración. Los ríos Santa Lucía y Corriente son vías de agua independientes. La primera nace en una zona de extensos esteros al este de la localidad correntina de Caá Catí; la segunda desagua el sistema de humedales del Iberá.

⁴⁹Los dátiles de ambas especies de palmeras **Yatay** son considerados incomibles por los habitantes de la región.

⁵⁰**Chacra**: Americanismo de origen quéchua, equivale a granja o alquería, aunque regionalmente suele usarse en sentido más restringido designando un sitio en el que se efectúan cultivos.

⁵¹Garzas: Dice Cafferata Soto (1995: 74): “Paraje en el Dto. Bella Vista. En este lugar se organizó antiguamente una reducción de indios abipones, la que fue puesta a cargo de la orden franciscana.” Su ubicación aproximada es en la latitud de 28° 30' sur, sobre la costa del río Paraná, muy cerca de la actual Bella Vista.

también poblado por indios chaqueños reducidos pertenecientes a la etnia de los abipones, que contaba con “200 almas”. Muy pronto retomaron la marcha avanzando hasta alcanzar la llamada Posta de Ambrosio, donde pasaron la noche, amaneciendo allí el día 27. A partir de este paraje el camino, ya con signos de ser más transitado, los llevó rápidamente hacia el arroyo San Lorenzo⁵² (Azara le llama “río”), al que cruzaron hasta alcanzar, cuatro leguas más adelante, el Empedrado, que se diferenciaba del curso anterior porque en sus inmediaciones “... tiene muchos quebrachos⁵³ blancos y colorados, y más árboles.” (M.871: 387)

Después de haber cruzado el San Lorenzo comenzó nuevamente a llover. La noche fue terrible, y hubieron de pasarla bajo un cuero porque en el mal rancho en que lo intentaron era peor que afuera. “Al día siguiente habiendo descampado anduvimos como 2 leguas cuando pasamos el Riachuelo de doble anchura y de alguna más profundidad que el Empedrado; lo demás, lo mismo uno que otro. Desde allí a la ciudad [de Corrientes] hay 2 leguas de terreno llano, gredoso y pantanoso, lleno de lagunillas y matorrillos⁵⁴. Todo él está lleno de chacras con sus trapiches para exprimir la caña y sacar la miel.” (M.871: 389).

Fue así que el 28 de enero de 1784 arribó Félix de Azara junto a sus compañeros de viaje a la vieja ciudad de Corrientes, fundada el 3 de abril de 1588⁵⁵ por Juan Torres de Vera y Aragón, con el nombre de San Juan de Vera y las Siete Corrientes, aludiendo a las siete puntas o salientes de arenisca dura que posee su costa, sobre el río Paraná, muy cerca de la confluencia de éste con el río Paraguay y en la unión de los tramos medio y alto del primero. Al llegar a la ciudad fueron recibidos por el Teniente de Goberna-

dor, Alonso de Quesada.

Basado en las descripciones e información de Azara y en el examen de documentación de la época, Raúl de Labougle (1978: 302), hizo una descripción sintética de la Ciudad de Corrientes hacia 1790: “La ciudad se extendía en una superficie de doce cuadras de este a oeste y nueve de norte a sur. Las casas habían mejorado en su edificación que ya se hacía generalmente de ladrillos. Las manzanas eran cuadradas, y las calles, desde la reforma de Quesada⁵⁶, rectas. El interior de las casas ostentaba puertas, ventanas y artesanado de buena madera, labradas por los carpinteros, que eran excelentes; oficio en el que no se desdeñaban de trabajar aún los miembros de las familias principales. Algunos edificios databan de los comienzos del siglo XVII, como el Convento de San Francisco, que era del año 1604, y una sola casa era de alto, la de los Gamboa de Cossio, levantada en 1788.”

Azara describe (M.907: 516-517) a la ciudad como alta y asentada sobre una barranca con “piedra arenosa rojiza”, que se trata del llamado *asperón*, y eso la mantiene por encima del nivel de las crecientes del río. Es casi evidente que la perspicacia inquisitiva de Azara ya había descubierto, a través de los relatos de pobladores a lo largo del camino, el caso de la periodicidad de las crecientes del río Paraná, que mucho como después se sabría, estaban con frecuencia relacionadas con la acción hemisférica del llamado “fenómeno de El Niño” (Contreras, 2003). Azara describe a las crecientes como “lentas y perzosas”, porque en ellas las aguas fluviales se vuelcan extensamente por los campos bajos aledaños y pasan semanas o meses cubriéndolos.

⁵²En sus “barrancas suaves cubiertas de arena” vio Azara que había “Ñapindái (especie de Aroma), Zeibos, Algarrobos, Espinillos, Curupicay y otros...” (M.907:514). ¡Otra vez su facilidad asimilativa para la nomenclatura local!

⁵³En el M.907 (: 314) dice “Quebrahachos”.

⁵⁴En el M.907 (:513) dice “lagunillas y matorrales”, lo que resulta mucho más correcto ya que “matorrillos”, que no figura en diccionario alguno, debe ser producto de un error tipográfico, sugerido por “lagunillas” en el manuscrito de Mitre (M.871)..

⁵⁵Azara equivoca la fecha de fundación de la ciudad pues la asigna a 1585, la atribuye a Alonso de Vera, “el Tupí”, aludiendo al apelativo de Juan Torres de Vera y Aragón.

⁵⁶Alonso de Quesada: “militar alicantino, egresado de la Escuela de Segovia, y que prestaba servicios en Buenos Aires” (Labougle, 1978: 290). Fue designado Teniente de Gobernador en 1783, permaneciendo en el cargo hasta la promulgación de la Ordenanza de Intendencias, en 1786.

En el camino escuchó Azara una conseja acerca de las picaduras de víbora, cuyo relato transcribimos del M.907 (: 516): *“Me dixerón que se curaban chupando la mordedura con tabaco en la boca, otros con una ventosa sajada⁵⁷ sobre la parte lesa y otras aplicando a la mordedura un pedazo de carne de Yacaré y comiendo otro pedazo cocida con caldo. Aténgome en la duda a los dos primos remedios, como quiera no he oydo q^e nadie haya muerto de mordedura de víbora”*. Según parece el dominio de los temas médicos era en Azara muy precario pero primaba en él el buen sentido y el rechazo de toda apariencia de superstición. Años después (Azara, 1994: 89), en 1787, al encontrar gravemente enfermo al capellán de San Xavier (en la actual provincia argentina de Misiones) apelará don Félix a la medicina hipocrática de la curación por opuestos. Es decir, sus recursos terapéuticos eran limitadísimos y primitivos, y eso aumentaba el riesgo en las soledades que recorría.

Después del arduo camino de llegada decidieron permanecer una semana en Corrientes. Estando en ella volcó en su diario todo lo que pudo sobre la ciudad, haciendo una descripción general de la jurisdicción del Cabildo local. Además rememoró aspectos generales y detalles del recorrido. Se trata de observaciones breves pero interesantes, acerca de cultivos, comercio, costumbres, formas de vida, vestimentas, medios de pago, artes de pesca, la instrucción pública, el tabaco, y los alimentos. Al igual que a los demás viajeros de la época y de la primera mitad del siglo XIX, da cuenta de que la lengua de uso corriente en la población local es el guaraní.

Comenta acerca de la vestimenta usual: *“El vestido de los ricos como en Buenos Aires: el de los pobres se reduce a unos calzones, las más veces rotos y un sombrero. El de las mujeres, una camisa de algodón claro ceñida al cuerpo por una liga: algunas agregan unas enaguas de algodón con bordaduras y especie de encajes de hilo azul y encarnado. Las ricas van lo mismo, menos los días de gala y*

en todos se componen la frente y cejas con el aceite y pintura, y lo mismo la cara⁵⁸. Son muy cariñosas según dicen⁵⁹. Cuando reciben o salen a la calle se cubren con una tohalla llena de enrejados y borlas” (M.871: 395).

Son muy interesantes sus observaciones geográficas y geológicas, y llega hasta a especular sobre el origen de las arenas que arrastra la corriente del Paraná y sobre la disposición general de los estratos del suelo: arenas sueltas sobrepuestas a rocas arenosas (areniscas). También se percibe en Azara el ilustrado, miembro de la Sociedad Aragonesa de Amigos del País, en Zaragoza, preocupado por las posibilidades económicas y comerciales de la región.

Después de la descripción de las vestimentas, en la versión M.907, es decir, la más antigua, aparece un párrafo alterado en la otra, que habría sido copiada y corregida ulteriormente. Se trata de información y una opinión acerca de las jurisdicciones correntina y paraguaya sobre las tierras del sector austral del actual Ñeembucú paraguayo. Dice Azara (M.907: 521): *“Hay, pasando el Paraná, entre él y el Teviquarí a la costa del Paraguay unos Terrenos llamados el Curupaytí donde Correntinos tienen un fuerte p^r q^e pretendieron llegar con su Jurisdicción hasta el Rio Tiviquari [sic]. Los Paraguayos pretendían extender la suya hasta el Paraná. Disputaron y el Sr. Virrey señaló el grado 27 de Lat^d por Límite de Jurisdicciones. No era fácil esta División y así quedó indecisa la cosa. Pero como en el Nuevo Reglam^o de Gobierno e Intendencias que acaba de llegar se señala por Límites a los Gobiernos los de sus Obispos respectivos, y llegando el del Paraguay hasta el Paraná, es preciso que el Curupaytí quede del Paraguay, así como p^r ig^l razon le han restituido los Pueblos de Misiones q^e antes le pertenecieron y los Jesuytas le segregaron. No obstante esto se espera sobre el asunto decisión del Virrey.”*

¿Por qué cambió de sentido este párrafo en-

⁵⁷*Ventosa sajada*: dicese de la que se aplica con la piel previamente escarificada o cortajeada debajo, con el objeto de extraer sangre y líquidos tisulares.

⁵⁸En el M.907 dice a continuación *“con el blanco y roxo”*.

⁵⁹Aquí hay una variante con respecto al M.907, pues éste dice: *“Quando reciben visita ordinaria se salen sin cermonia a la calle, se cubre enl pecho con una Toalla llena de enrejados y borlas”*.

tero? ¿Lo modificó el propio Azara al copiar y perfeccionar su documento inicial? O acaso, fue obra de los editores —es decir, de la **Revista de Derecho Historia y Letras** de Buenos Aires, dirigida por Estanislao Zeballos, un celoso defensor de los derechos jurisdiccionales argentinos— que no quisieron dejar un testimonio favorable a la posesión paraguaya, no sólo del área desde el Paraná hasta el río Tebicuary, sino también incluyendo las antiguas Misiones. Existiendo los manuscritos originales en archivos conocidos, sería deseable una reedición de ambos (o de uno de ellos con notas comparativas) pues es indudable que ambas versiones se alejan en alguna medida de los originales, especialmente en la ortografía, la acentuación, las abreviaturas y la sintaxis, que aparecen en ambas de alguna forma modernizadas, en especial en la versión M.871. El texto de ese manuscrito (M.871: 399) dice: “*Sobre la costa del Río Paraguay, a tres leguas de dicha estancia de Vargas, tienen los correntinos un fuerte llamado Curapaytí [sic]. Guarnecido contra indios del Chaco: y pretenden pertenecerles todas las tierras vecinas hasta el Río Tebycurá [sic]. Los paraguayos pretenden lo contrario, llegar hasta el Paran[á]; sobre lo cual tiene su pleito ante el Señor Virrey que no ha decidido y a quien yo informé sobre el particular por orden que verbal me dio a mi salida. Los Correntinos aspiran a ello por beneficiar⁶⁰ las maderas de que son escasas en la cercanía del río.*”

Llegado el día 3 de febrero, y “*Habiendo descansado de tantos trabajos y recobrado la salud los que la tenían quebrantada salimos el día 3 a las 6 de la mañana dexando en poder del General⁶¹ 3 fusiles, 3 Cartucheras, dos Bayonetas y un soldado*

enfermo p^a q^e todo me lo enviare con los Barcos” (M.907: 521).

Partieron, y “*El camino a la salida fue pegado al Paraná entre espesos bosques de cevil, curupí, sangre de drago y otros como quebrachos. Pero luego nos separamos como ½ legua donde los árboles eran casi todos algarrobos⁶²*” (M.907: 521).

Como suele hacerlo en sus relatos, no duda Azara en insertar en éste una anécdota pintoresca a la que cuenta con aparente frialdad, pero que trasluce su regocijo por lo estrafalario del personaje: “*... anduvimos 3 ½ leguas hasta un rancho en que mudamos caballos, y el Teniente [de Gobernador] que nos acompañaba recibió un recado de un viejo de 93 años, que vive en un rancho un cuarto de legua distante. Sólo dijo que había querido tener el gusto de ver a su General. Vive este viejo solo, él se guisa y trae la leña y agua, etc. Se entretiene con tres libritos espirituales, en engordar a sus gallinas que, con el arco⁶³ y bodoque mata cuando quiere y en matar moscas y contarlas. El año pasado mató con su correita 9.749. Los del rancho próximo son nietos suyos.*”

Más adelante pasaron por la Estancia de las Guácaras, actualmente el pueblo de Santa Ana (en el departamento correntino de San Cosme), allí encontraron a un tal Corrales, del que a Azara sólo se le ocurre mencionar que vió a “*... su mujer tan afeitada y pintada como las de la ciudad [de Corrientes].*”

Media legua más adelante se acercaron al término del recorrido correntino, cuando arribaron,

⁶⁰*Beneficiar*: voz muy usada en el Paraguay colonial y en el siglo XIX, en la acepción castiza de “*hacer que una cosa produzca fruto, rendimiento o se convierta en algo aprovechable*”. Actualmente ese empleo ha caído en desuso.

⁶¹*General*: da Azara este trato —tal vez un poco sarcásticamente— al Teniente de Gobernador don Antonio de Quesada, pues como había observado previamente el autor, en la región los funcionarios de esa jerarquía solían hacerse tratar con ese grado militar, lo que para un militar de carrera como Azara debía resultar chocante si no irónico. De todos modos ese funcionario, como dice en el M.871 (:389): “*... nos recibió y alojó en su casa con finas expresiones de cariño y amistad*”.

⁶²Azara está percibiendo claramente la diferenciación de las formaciones forestales costeras que son componentes de la llamada “selva en galería” o ribereña: las del interior son mucho más ralas y con flora de tipo chaqueña, donde dominan los algarrobos y especies afines.

⁶³Es interesante esta observación de Azara, pues ese arco es el antecesor directo de la localmente denominada “*hondita*”, una rama bifurcada, a la que se corta con forma de Y, dotándosela de una banda elástica (no las había en ese entonces y por eso el arco) aferrada a sus extremos, con la que se impulsa el proyectil. Por falta de piedras se carga con *bodoques*, que son bolillas de barro amasadas y secadas luego al sol, que se endurecen notablemente. Hemos visto en el campo correntino matar gallinas caseras de esa misma manera, pero con *hondita*.

después de soportar una lluvia, al paraje denominado Paso del Rey⁶⁴, al que Azara describe así: “Al llegar a él entramos en grande espesura de árboles, y entre ellos, algunos guayacanes y tacuaras. Oímos allí mucha algazara de monos Carayás⁶⁵ que no vimos. En medio de esta espesísima y alta arboleda, pegado al Río se halla el Paso del Rey, que se compone de un buen galpón y cuatro soldados que lo guardan. Tiene en esta banda el río una barranca de 3 a 4 varas alta, peña arenisca, porosa, fuerte y rojiza, semejante en el color a algunas minas de hierro” (M.871: 397).

Junto al puesto de guardia, en el mencionado galpón, se embarcó Azara hacia el Paraguay, en la tarde del 3 de febrero de 1784, consumando así la primera entrada al Paraguay, país en el que más larga estadía realizó, al que mejor sirvió, y al que llegó a sentir como su segunda patria. Corresponde aclarar que el mapa de Mones y Klappenbach (1977:221) indica equivocadamente este pasaje, al que da como realizado no en Paso del Rey, sino en Itatí, que queda bastante retirado hacia del punto elegido para cruzar, que era el que oficialmente más se usaba.

El cruce demoró casi dos horas (Azara no lo dice, pero seguramente fue efectuado en una embarcación a remo, tal vez reforzada con una vela para aumentar su capacidad navegatoria). Desembarcaron, siempre acompañados por el Teniente de Gobernador Quesada, casi al anochecer, en una playa baja, con blanca y fina arena (“... por este lado

no se ve peña ni barranca”, M.871: 398), tras haber dejado el cauce principal del río Paraná y haber entrado por un riacho llamado Paraná Miní⁶⁶. Agrega “Tiene el Paraná otros pasos pero no tan buenos” (M.871: 399). Por el mismo se efectuaba un activo intercambio: pasaban los caballos y los vacunos de un lado a otro, según las conveniencias del comercio local.

En la costa paraguaya había un puesto. Allí les suministraron caballos y ya era de noche cuando partieron, todavía el día 3 de febrero. “Seguimos luego por una estrecha senda donde sólo uno cabía costeando el Paraná Miní⁶⁷ como una legua entre carrizales⁶⁸ más altos que un hombre de a caballo. Salimos a un poco de descampado donde se concluía una piragua de 23 varas de largo y 8 de ancho. Aquí torcimos perpendicularmente al río y anduvimos dos leguas más costeando dos islas⁶⁹ de árboles por entre muchos Yatay. La primera legua junto al río es intransitable en las crecientes, sin canoa, y siempre la temen mucho por los tigres. Dormimos en la estancia de don Pedro José de Vargas.”

En la mañana siguiente, el 4 de febrero se separó de ellos el Teniente de Gobernador, que se dirigía a visitar “el fuerte” de Curupaytí, y Azara y los suyos tomaron rumbo hacia el noreste esperando alcanzar San Ignacio, en las Misiones. Sin embargo, antes de haber marchado una hora, la fuerte lluvia los obligó a retroceder. Cuando amainó, cerca de las dos de la tarde y después de marchar ocho leguas, llegaron a la estancia de un paraguayo, Luis Cabre-

⁶⁴Hasta la Independencia el lugar se denominó en ambas orillas del Paraná “Paso del Rey” porque por ella pasaba el “camino real” a la Asunción. Actualmente la localidad correntina se llama Paso de la Patria, y su vecina paraguaya Paso de Patria.

⁶⁵Lo monos *Carayá*, **Alouatta caraya**, se caracterizan justamente en los meses de febrero y marzo por la intensidad de las vocalizaciones de los machos, que resuenan hasta muy lejos, pareciéndose al rugir de alguna fiera de mayor porte.

⁶⁶Paraná Miní: expresión guaraní, equivale a Paraná chico, o Paraná menor.

⁶⁷El riacho Paraná Miní es realmente un brazo lateral del cauce principal del río Paraná. Por el mismo arribaron los viajeros a Paso del Rey, en la costa paraguaya. De allí en adelante el camino se desplaza por el **albardón** o **ribazo** costero del Paraná, con rumbo nordeste hasta hacer el brusco cambio de rumbo hacia el norte del que habla Azara y atraviesa transversalmente el albardón, que tiene casi una legua de ancho, alejándose del Paraná.

⁶⁸*Carrizales*: se trata de una palabra hispana que designa formaciones de **carrizos**, o sea de una gramínea europea propia de lugares húmedos o anegados. Por extensión se usa en América para designar otras formaciones de plantas parecidas. Es usual en la actualidad en la región. Gatti (1985: 17) la sinonimiza con **tacua**, y se trata de una gramínea con tallos huecos común en lugares bajos del sur paraguayo.

⁶⁹*Islas*: Azara dice “*islas de árboles*”. En otras ocasiones usará simplemente *islas*, que localmente es muy usual para designar formaciones de árboles en la llanura. También se usa *isleta*. Ese uso de isla es correcto pues responde a una de las acepciones de la palabra en el **Diccionario de la lengua**.



ra, quien les aconsejó seguir el camino costero del Río Paraguay, por el que ahorrarían mucha distancia, razón por la cual decidió Azara marchar hacia “Ñembocú” [=Ñeembucú]. Tras tomar esta decisión, lamentó no haber emprendido inicialmente el camino hacia Curupaytí como lo hiciera el Teniente de Gobernador de Corrientes.

Después de pernoctar en la mencionada estancia, llegado el día 5 de febrero muy temprano partieron bajo llovizna, que tornó resbaloso la senda. En este caso es mucho más explícito el manuscrito M.907 (: 524), que describe el camino: “Este fue como el anterior, horizonl con solo una insensible inclinación hacia el río [¿Paraguay?]. Es gredoso y cenagoso en tiempo de aguas, con muchas isletas pequeñas y redondas por lo regular de Lapachos, Quebrachos, Curundas⁷⁰, Curupais &^a y alg^s Palmas Yatay. De estas Islas y las Imm^{as} de los 2 R. Paraná y Paraguay se cortan las maderas sobredichas que bajan a Buenos Ay^s pero aquí se desprecia el Guayacan tan deseado y de tanto uso en los Navíos p^a Motonería⁷¹” (M.909: 524).

Continuaron su marcha recorriendo cuatro leguas hasta ver el primer rancho, y cuatro adicionales para avistar la “villa de Ñembucú” [=Ñeembucú, la actual ciudad paraguaya de Pilar]. Dice de ella que: “... está en el quinto año de su fundación. Su situación es de esta banda del arroyo de su nombre, cerca de él y como a media legua de su confluente con el Río Paraguay⁷². La ha fundado don Pedro Melo de Portugal, actual gobernador de esta provincia [del Paraguay], con el fin de asegurar la costa contra los indios del Chaco y de aprovechar estos

hermosos terrenos. Llámase Nuestra Señora del Pilar de Ñembucú [sic] y se compone hoy de cuarenta casas o ranchos, pero dependen de ella hasta 135 familias que ya el año pasado poseían catorce mil reses. Su iglesia es de [techo de?] paja y se ha solicitado que S. M. la declare villa y que al mismo tiempo se le den las tierras hasta el Paraná. Es puerto preciso⁷³ para los barcos que bajan con motivo del resguardo de Tabaco.” (M.871: 400).

Es evidente que en esta ocasión Azara no visitó detenidamente Pilar, seguramente pasó por su afueras hacia el sudeste de la villa y, después de comer “... en casa de un gallego con vajilla de plata...”, a las 5 1/4 partieron, encontrándose a un cuarto de legua (poco más de un kilómetro) con el arroyo Ñeembucú, “... que corre de E. a O. y puede llamarse riachuelo; tiene regular barranca poblada de árboles y muchos yacaré. Se pasó a vado⁷⁴ y continuamos por terreno gredoso y horizontal, poblado igualmente de islas de árboles aunque más distantes que las de la mañana. A 2 1/2 leguas pasamos el Arroyo [¿?]. A una legua más otro⁷⁵, y a otra legua más el arroyo de las Hermanas, que es cenagoso y muy estrecho. Es un sanjón donde cayó mi negro con felicidad⁷⁶; y a seis leguas de la salida o de la Villa hallamos una Estancia, pero continuamos dos leguas más adelante hasta un rancho del suegro del gallego. Aquí dormimos. Los terrenos, se conocen que con las lluvias han de ser intransitables. Tienen pantanos y lagunillas. Da el camino muchas vueltas: siempre se ven islitas, árboles como antes, aunque en menos número y bastantes algarrobos” (M.871: 401).

El día 6 atravesaron Azara y sus compañeros

⁷⁰Curundas: Posiblemente se trata del **Urunday**, un árbol de madera dura y gran porte.

⁷¹Motonería: término mariner que se refiere al conjunto de *cuadernales* y *motones* para el trabajo con los *cabos* [sogas, cuerdas] de un navío. Los motones son *garruchas* o *poleas*; los *cuadernales* son conjuntos de dos o tres poleas labradas y reunidas en una misma *armadura*, o sea en una misma pieza de madera dura.

⁷²La ciudad de Pilar (26° 25' S-58° 23' O), originalmente la Villa de Nuestra Señora del Pilar de Ñeembucú (Viola, 1993) fue fundada el 12 de octubre de 1779 por disposición del virrey Pedro Melo de Portugal y Villena. Está situada en la margen sur del arroyo Ñeembucú, pero no a media legua de la confluencia de ese curso con el Río Paraguay, como afirma Azara, sino en la propia confluencia, sobre la costa del río Paraguay, en el que tiene un puerto.

⁷³Puerto preciso: de parada obligatoria para toda embarcación.

⁷⁴A vado: vadeándolo en algún sector de escasa profundidad de los que abundan en el curso de ese arroyo aguas arriba de la ciudad de Pilar, posiblemente en el lugar llamado Paso Alambre, donde actualmente el curso presenta un vado practicable.

⁷⁵Seguramente se trata del arroyo Montuoso.

⁷⁶Con felicidad: sin sufrir el daño físico que pudo ocasionarle la caída, pues seguramente cayó con su cabalgadura.



el que denomina “arroyuelo Yacaré-puitá”, que corresponde al arroyo llamado actualmente Yacarey, en campos de la actual estancia Yacaré, aproximándose al Tebicuary después de haber andado cuatro leguas desde la partida en la mañana. Se trata de un ancho curso que “... tendrá 400 varas de ancho sin corriente sensible. Bajan por él piraguas⁷⁷ con maderas⁷⁸ del interior de la provincia y las introducen en el Río Paraguay para llevarlas a Buenos Aires” (M.871: 401). En la redacción original del M.907, daba más detalles y asignaba un ancho menor al curso: “A 4 leg^s de la salida hallamos el Paso del Río Tibiquari [sic]; tiene un Rancho de cada banda sobre ambas barrancas. Tendría el Río donde le pasamos 350 varas de ancho sin corriente sensible: bajan por él Piraguas con Maderas hasta su confluente con el Paraguay que se hace en 26° 35’ de Lat^d Austr. Su Barr^{ca} es gredosa pero trae el Agua Arenas. Sus aguas q^e estaban en Caja⁷⁹ no me parecieron salobres. Le pasamos en Canoa y dos Pelotas.” (M.907: 525).

Prosigue el relato de ese día: “Nuestro camino esta mañana ha sido muy tortuoso y poblado de islas de bosque, con muchas lagunillas, pantanos y carrizales. Con las lluvias ha de ser esto intransita-

ble. Vi algunos guacamayos⁸⁰, loros y cotorras...”. En uno de los ranchos mencionados, el situado tras el paso del Tebicuary, fueron provistos de caballos y se encaminaron hacia “... el fuerte de la Herradura⁸¹ sobre el Río Paraguay, distante dos leguas de mal camino”. Por supuesto que llegados al mismo, comprobaron que “El dicho fuerte de la Herradura es una simple estacada robusta y alta cuatro varas, situada sobre la barranca: lo guardan diez hombres que cada mes se mudan. Aquí me dijeron que en el frente, en el Chaco, hubo una reducción, que fue degollada por los bárbaros”. Allí cambiaron caballos, avanzando, a partir de las tres de la tarde nueve leguas hasta dar con un “... arroyo de agua que no corría al parecer y que tendría como 60 varas de ancho con bastante profundidad y mucho cieno o pantano⁸². Quisimos pasarle en una canoita que allí hallamos y nos metimos en ella don Martín Boneo y yo. Era de noche y apenas empezamos a pasar cuando se volcó la canoa. Boneo, que iba detrás no la largó, yo sí y al instante me hallé con agua al pescuezo y cieno hasta la rodilla. Con bastante trabajo salimos como se puede discurrir, pero sin más averías que la mojadura y embarradura y haber perdido dos relojes con la humedad. Luego pedimos auxilio al pueblo de Remolinos que está a la otra banda,

⁷⁷Piraguas: Marcos A. Morínigo (1985: 500) suministra la mejor definición de este medio de transporte fluvial, cuya denominación es un americanismo: “Suerte de canoa grande de una sola pieza, pero a la que se añaden bordes de tablas o zarzos de caña betunados, con lo que vienen a quedar más altas y anchas que las canoas comunes”.

⁷⁸Si bien el río Tebicuary ha sido durante la época colonial una vía de flujo preferencial para las maderas que se enviaban aguas abajo, las mismas, más que en Piraguas y en Garandumbas, eran conducidas a modo de jangadas o armadias (cálculase la capacidad de carga de una piragua y la misma resulta exigua, más aún cuando las maderas iban en forma de rollizos que debían ser trabajados en su destino). En la **Navegación y reconocimiento del Tebicuary**, correspondiente al mes de agosto-septiembre del año de 1785, atribuida equivocadamente a Azara por Pedro de Angelis (1970, 6: 211), pero realizada por Martín Boneo y Pedro Cerviño (Velázquez, 1993), se lee: “Las maderas las remiten a Buenos Aires por el Tebicuary en **itapás**, que son unos armatostes de tirantes y trozos de cedros, de figura de un paralelepípedo, y en **garandumbas** y **piraguas**, especies de embarcaciones muy propias para navegar con mucha carga en poco agua...”. Véase al respecto Fernández (M. S.).

⁷⁹En Caja: significa que las aguas de un río se mantienen en su cauce, sin desbordar. Es una expresión arcaica, actualmente sin uso.

⁸⁰Guacamayos: en la latitud de la boca del río Tebicuary (26° 36’) no es posible observar en la actualidad ninguna especie de loro grande (género **Ara**), pero en la época en la que pasó Azara es posible que fuera relativamente común **Ara chloroptera**, el **gu’a pyta**, cuyo límite austral de distribución se ha desplazado por lo menos cinco grados hacia el norte. Más raramente pudo tratarse de **Anodorhynchus glaucus**, una especie hoy extinta de la que no hay noticias hubiera habitado en esa localidad.

⁸¹En este caso está tomando contacto Azara con la serie de “fuertes” o “presidios” establecidos en las costas del río Paraguay. Hubo gran cantidad de ellos, muchos efímeros, otros de larga duración. Algunos, incluso, dieron origen a poblaciones actuales. La función de esos enclaves era defensiva y protectora. Los había de Costa Arriba, al norte de la Asunción, y de Costa Abajo, hacia el sur de dicha ciudad. El retén de Herradura estaba aproximadamente frente a la actual localidad de Herradura en Formosa, cerca de los 26° 32’ sur.

⁸²Se trata del riacho Pacucú.

distante ½ legua de donde trajeron pelotas en que pasamos” (M.871: 402).

La Villa de Remolinos a la que llegaron los viajeros estaba situada en un paraje descampado, hoy llamado Villa-cué, y corresponde a la actual Villa Franca. Esta última se originó por traslado y cambio de nombre del primitivo asentamiento de Remolinos de la costa oriental del río Paraguay, habiendo tomado su designación definitiva después de su traslado provocado por la gran creciente fluvial de 1825. Como lo indica Azara (M.871: 402), “... es fundación de don Agustín de Pinedo⁸³, antecesor del actual gobernador con la misma idea que la de Ñeembucú. Está situada sobre la barranca del Paraguay en un llano, pero es mucho más desdichada que la del Pilar del Ñeembucú y sólo tiene treinta casas.” Allí pasaron la noche y permanecieron hasta el día 7 a las once de la mañana esperando renovar sus caballerías. A esa hora partieron, atravesando tierras cenagosas y bosques de caranday.

A las cinco leguas alcanzaron la reducción de Naranjay. A propósito de ella, en el año 1785, el gobernador del Paraguay envió al virrey de Buenos Aires una “**Relación circunstancial de los Partidos, de que consta esta Provincia, con expresión de sus subdelegados, pueblos de que dista cada uno de la capital**”, y en ella figura la reducción de Naranjay, distante a 26 leguas de Asunción, aclarándose que está poblada por indios Tobas. En ella había “... un fuertecillo de estacas con diez hombres de guarnición” (M.871: 403). Allí comieron algo y siguieron camino prontamente. Pasaron por varias estancias en las que había indios del Chaco reducidos. Les cayó la noche en una de ellas.

Apenas descansaron unas horas: es evidente que sentían prisa por alcanzar la cercana y anhelada Asunción. “Salimos de aquí el día 8 a las 12_{1/2} de la noche y a dos leguas hallamos la estancia de Luis Baldovinos, donde el agua nos detuvo hasta las 8_{1/2} en que salimos. Cuatro leguas anduvimos en

que encontramos en cada una una estancia, y a la 5ª legua descubrí sobre mi derecha a 6 u 8 leguas, la montaña de Acaay medianamente alta, muy extendida, con otra pequeña, algo separadas, que me dijeron ser los cerros de Tatuguá y Areguá. Continuamos hasta completar 9 leguas y hallar la estancia de Zuruvy, que también llaman del Rey. Cuatro leguas antes de llegar pasamos el arroyo o riachuelo Paray⁸⁴, muy cenagoso y a poco que llueva es preciso pelotearlo. También en cada legua hay una estancia”. (M.781: 403).

Los cerros a los que Azara denomina Acaay, Tatuguá y Areguá, son fruto de una confusión inicial. Todo eso se verá rectificado de hecho en su **Geografía Esférica del Paraguay**. Posiblemente sus informantes conocían poco o confundieron los parajes. Desde ese emplazamiento lo más posible es que haya visto las pequeñas elevaciones de Ñemby.

Corresponde a las anotaciones del mismo día, el siguiente comentario: “Los terrenos y camino como ayer, con sólo la diferencia de haber más Caranday. He notado mil veces que estas Caranday jamás se crían entre otros árboles; sólo rara vez se hallan mezcladas con uno que otro Algarrobo que tampoco admite mezclas sino rara vez, ni sus bosques son tan espesos como los de otros árboles. Casi lo mismo sucede a los Yatay aunque algunos se hallan a las orillas de las manchas de bosque. Muy al contrario sucede con la verdadera palma, que siempre la hallé metida entre espesuras fuertes: verdad es que estas plantas son pocas” (M.871: 404).

Este párrafo ha sido muy cambiado en el manuscrito con respecto a la versión –que suponemos más primitiva– del M.907, en cuyas páginas 527-528, aparece así: “Los terr^s y Caminos lo mismo que antes con sola la diferencia de haber mas Caranday. Noté muchas veces que estas Palmas jamas se crían entre otros Arboles, solo algunas veces se

⁸³Los gobernadores del Paraguay de esta época fueron Agustín Fernando de Pinedo (1772-1778) y Pedro Melo de Portugal y Villena (1778-1785). La fundación de Remolinos se efectuó en el año 1776 (Aguirre, 2003: 487). Según este autor, hubo un primer traslado de su emplazamiento en 1786, que en 1825 se hizo más lejano y definitivo.

⁸⁴En el M.907: 527, dice **Panay**, en lugar de **Paray**, que es la nomenclatura correcta.

⁸⁵**Manchas**: En el **Diccionario de la lengua** figura como cuarta acepción castiza: “conjunto de plantas que pueblan algún terreno, diferenciándolo de los colindantes”. No es usual localmente.

hallan mezcladas con tal qual claro Algarrobo. Este Arbol también admite rara vez otras Castas. Quasi lo mismo sucede al Curupay, aunq^e se hallan algunos a los extremos de las Manchas⁸⁵. Muy al contrario, la verdad^a Palma siempre la hallé metida en las Manchas, pero las que vi fueron en corto número.”

En primer lugar, y si es cierto, como ya discutimos en la Introducción, que ambos documentos emanaron de la misma mano, podemos aseverar que este período es un elemento más para confirmar la factura más tardía del M-871, que además ha recibido retoques de manos de Mitre o de Gutiérrez, actualizando su grafía, y –a veces también– su sintaxis. De todos modos estamos ante dos problemas, el primero es saber qué añadió al manuscrito la propia experiencia del autor en que la medida que su residencia paraguaya amplió o rectificó grandemente sus observaciones primerizas. Véase, por ejemplo el cambio de “... he notado **muchas** veces...”, por el de “... he notado **mil** veces...”; el de **Curupay** por **Algarrobo**.

Este último resulta un texto de gran interés, atinente a las tres especies de palmeras más comunes del Paraguay, a las que Azara dedica sus observaciones con gran lucidez: él no sólo ve los elementos de la vegetación de los terrenos que atraviesa. Le preocupan sus relaciones recíprocas, su entorno, su frecuencia de aparición. Resultaría anacrónico decir que sus comentarios fueran de carácter **geobotánico**, pero –además de certeros– no pueden sino encuadrarse dentro de un marco de tal disciplina, como la concibe Huguet del Villar (1929: 13), es decir, “*la ciencia de la relación entre la vida vegetal y el medio terrestre*”, introductor del concepto en España, después que lo acuñara en 1912 como **geobotanik** (Rübel, 1917), pero que ya hubiera alcanzado

un decidido uso premoderno a través de la obra de Humboldt (1805), en su **Essai sur la Géographie des Plantes** (París, 1805), como lo aclara muy bien Font Quer (1965).

El día 9 de febrero ya están muy cerca de su meta. Pasan la estancia de Zuruvy y alcanzan el valle de Cumbarity, muy próximo a Villeta. Ya están en otro paisaje y en otro país. Todo lo halla “*moderno*”, es decir, muy recientemente cambiado. Con el Gobernador de ese momento, don Pedro Melo de Portugal, ha decaído el cultivo del tabaco y se ha incrementado la cría de ganado. Desde la costa del Paraná (Paso del Rey) “*hasta el Jujuy [=Jejuy], y por la costa hasta la Villa de Concepción*”, dice el M. 871(: 405), mientras que el M.907, más explícito dice “*La decadencia en el cultivo del Tabaco que se experimenta de pocos Años a esta parte y no se sabe a qué atribuirle consiste en que de repente se han vuelto Ganaderos ininidad de paraguayos q^e habitan desde el Paraná aquí, y otros que del mismo modo se han extendido en el Río Tepio⁸⁶ y por la Costa [del río Paraguay] hasta la Villa de la Concepción. Dedicados a otros cuydados, no piensan en el Tabaco*”. En el otro manuscrito dice “*dedicados al holgazán pastoreo no piensan en tabaco ni en chacarear*”.

El día siguiente, 9 de febrero de 1784, arriban por la tarde a Asunción. Antes de llegar maravillaría a Azara la frondosidad y la espesura de las selvas que crecen entre las lomas, algunas de ellas pedregosas. “*La advertencia que conviene hacer es que los árboles en todo mi viaje han sido delgados, de modo que el mayor que se me ha presentado a la vista será de 14 a 18 pulgadas de diámetro. Entre los del día de hoy los hay sin comparación más gruesos y elevados. Al pie de éstos se crían muchas*

⁸³Los gobernadores del Paraguay de esta época fueron Agustín Fernando de Pinedo (1772-1778) y Pedro Melo de Portugal y Villena (1778-1785). La fundación de Remolinos se efectuó en el año 1776 (Aguirre, 2003: 487). Según este autor, hubo un primer traslado de su emplazamiento en 1786, que en 1825 se hizo más lejano y definitivo.

⁸⁴En el M.907: 527, dice **Panay**, en lugar de **Paray**, que es la nomenclatura correcta.

⁸⁵**Manchas**: En el **Diccionario de la lengua** figura como cuarta acepción castiza: “*conjunto de plantas que pueblan algún terreno, diferenciándolo de los colindantes*”. No es usual localmente.

⁸⁶**Río Tepio**: No ha sido posible ubicar este curso de agua.

⁸⁷**Aloes**: el autor usa este vocablo en relación general con las Cactáceas, coincidiendo en alguna forma con lo que se llama Suculentas, aplicado a plantas de hojas carnosas, entre ellas las Cactáceas, Crasuláceas y algunas Liliáceas como el **áloe**, que es de origen africano y del que se extrae el **acíbar**, ya conocido por sus dotes medicamentosas en la época de Azara.

especies de aloes⁸⁷ exagonales de nueve aristas, de cinco, de cuatro⁸⁸, de pala o higueras chumbas de dos especies o tres, de piña silvestre, de bananas de mato⁸⁹, en lengua portuguesa, otra delgadita en los troncos. La yerba de la abeja⁹⁰ y del cuerno⁹¹, aquella de dos especies en casi todos los árboles y cuasi todos los bosques del camino crían más o menos dichas plantas” (M.871: 407).

Hasta aquí hemos acompañado a Azara en su primera entrada al Paraguay. Lo hemos seguido cruzando el norte entrerriano, todo el margen correntino bordeante del Paraná, y después recorriendo aceleradamente hasta alcanzar la Asunción, a través de la región de humedales del Ñeembucú. Fue un tremendo viaje, lleno de fatigas, de vicisitudes y de riesgos. Para el duro naturalista aragonés no fue sino un acto más de servicio.

Su enorme mérito es haber escrito estas páginas cuyo contenido surge de dos manuscritos paralelos, uno más tardío. En él volcó su esencia humana, sus cualidades morales y su decidida asimilación a la tierra que pisaba. Nada escapaba a su don de observación y lo registraba en el habla local. ¿Fue eso fruto de un esfuerzo premeditado o surgió espontáneo en él? Personalmente creemos más coherente esto último. Como Humboldt sentía al Cosmos y con él se compenetraba dondequiera lo pisase. No era un filósofo profundo, no meditaba en abstracto, se entregaba de lleno al paisaje total, biológico, geográfico, humano e histórico. Más tarde también al político y económico. Era la síntesis de un ilustrado encarnada en este militar austero. De esta accidentada, primeriza, pobre en estilo y apresurada descripción, saldría después el fruto decantado de su vasta obra americana.

Lo dejamos entrando a la capital paraguaya. No vale la pena entrar en un laberinto de observaciones que cada vez más se irán sistematizando y

haciendo orgánicas en la medida en que se afinque localmente y realice sus viajes y escriba sus obras. Si algo transparece en la aparentemente fría prosa azariana, es el asombro, un asombro constante, abarcador y fecundo. Esa sensación no le abandonará nunca. Era el prerequisite que exigió al espíritu humano la surgente ciencia griega, más de dos milenios antes, y que guió el ascenso de la ciencia occidental.

Conclusiones

“*Quien corre no puede ver despacio cosa alguna*” (Félix de Azara, 1871: 407). Con esta sentencia cierra Azara el relato del último tramo de su viaje con el arribo a la ciudad de Asunción. ¿Trata en alguna forma de justificarse, pues hubiera deseado ver más detalladamente los elementos del medio novedoso hallado en el camino? Su viaje, comparado con el del jesuita Mühn, realizado casi medio siglo antes por el mismo itinerario, fue relativamente equivalente en duración. Este último (1946: 150) tardó trece días para hacer un recorrido similar de Santa Fe a Corrientes, mientras que Azara hizo el suyo en catorce. Pero Mühn (1946) aclara que con buenos caballos el viaje se puede hacer en diez días. Azara debió enfrentar el problema de las lluvias y de la creciente de los cursos de agua. Una vez en el Paraguay se puede decir que transitó con gran celeridad hasta su llegada a Asunción.

Ya se ha discutido en la introducción el problema bibliográfico del par de versiones de este texto, y aceptando que ambos manuscritos provengan de la misma mano –son de puño y letra del propio Azara– con las implicaciones de ese hecho en cuanto a la evolución de su pensamiento entre una y otra versión, queda todavía por establecer si entre el numeroso material manuscrito inédito, guardado en diversos archivos y aún no analizado comparativa y críticamente, no existiría alguna versión más prima-

⁸⁸ *Áloes hexagonales*: alude a distintas especies de cardones o **Cereus** que crecen en la vera o en el interior de los bosquecillos.

⁸⁹ *Bananas de mato*: según Mones y Klappenbach (1997: 154) sería una especie de **Bromelia**. A este mismo género de Bromeliáceas, pertenecería también la que Azara llama “*piña silvestre*”, conocida popularmente como **karaguata**.

⁹⁰ *Yerba de la abeja*: se trataría de una **Ulmaria** sp., llamada también “*reina de los prados*”, es una planta europea con virtudes medicinales. Es posible que Azara nombrara así a alguna especie nativa parecida.

⁹¹ *Yerba del cuerno*: se trataría de una Asclepidácea, del género **Metastelma** (Mones y Klappenbach, 1977: 154), o alguna planta americana de apariencia similar.



ria de este relato, la que revelaría lo que básicamente buscamos en este breve ensayo: el Azara más prístino, todavía más militar y observador general ilustrado, que naturalista, que fuera en sus primeros años americanos.

A través del corto texto estudiado podemos analizar sus características intrínsecas: léxico, estilo, veracidad y pertinencia de las observaciones y de sus comentarios. Además efectuar la comparación con los futuros escritos de mayor envergadura del autor y su relación con lo que pudiere haber expresado en su correspondencia contemporánea e inmediata al viaje (Contreras Roqué, MS)⁹².

El lenguaje escrito de Félix de Azara en el relato de su viaje utiliza un léxico que merece varias observaciones. Ante todo, es apropiado al caso y correcto. Por más que en una visión general luce fuertemente como “dieciochesco” por su escritura (revelada más claramente en el M.907, que está menos corregido por sus editores). La primera versión abunda en abreviaturas, más de una arbitraria, y en fusiones de palabras. Aparece todo escrito con una ortografía mal asentada y definitivamente deficiente.

Úrsula Kühl de Mones (en Mones y Klappenbach, 1997: 61-67), se ha ocupado del léxico azariano. Muy bien dice: *“Los escritos de Azara hablan de un mundo desconocido para la mayoría de los europeos. Para ser entendido necesitaba, por lo tanto, ser muy explícito y preciso en todos los detalles de sus descripciones y relatos. También tuvo que cuidar el lenguaje con el que aludía a los fenómenos descritos y cuando introduce el nombre con el que los habitantes del lugar se referían habitualmente a su mundo, a la realidad de su vida. Azara no usa simplemente las voces asociadas a lo que describe, sino que, con una conciencia lingüística aguda, las explica o define primero, para luego poder usarlas en su texto, asegurándose de esta*

manera que el lector ajeno a la región, hablante del español peninsular que no conoce ni el mundo americano ni su lenguaje, pudiera entender plenamente sus escritos”. Si bien en este caso esa aseveración no es enteramente válida pues ignoramos si Azara pretendió algunas vez dar a conocer este escrito (aunque es muy posible que así fuera), ya se entreve una intención de ese tipo en el mismo.

Además, el léxico presenta otras características dignas de mención. Una de las más notables es la rápida asimilación por parte de Azara del vocabulario regional. Aparece como si hubiera adoptado una regla estricta de cuya observación nunca se apartó: llamar a cada cosa del país nuevo por su nombre local. Al contrario de otros autores que tratan de dar rodeos sobre los posibles símiles hispánicos de los elementos naturales que ven y que suelen citar como exotismos las designaciones locales, Azara usa decididamente en cada caso el término local. Cuando emprendió el viaje con destino a Asunción, hacía ya veintidós meses que había arribado a América⁹³. A pesar de la escasez de información en este período de su vida y actividades, sabemos que recorrió algo de la que hoy es la provincia de Buenos Aires, la Banda Oriental y el actual estado brasileño de Rio Grande do Sul. Durante esos primeros contactos con el mundo americano se puede presumir que hayan surgido en él los conflictos iniciales de tipo “nomenclatorial” (debía nombrar lo que veía y era demasiado directo para decirlo con circunloquios y demasiado honesto como para adoptar simplemente un nombre hispano para un elemento parecido) y en algún momento, quizá muy temprano de su estadía americana, tomó la decisión de atenerse exclusivamente a los términos específicos regionales. La densidad de americanismos –localismos en este caso– es muy alta, como se ha venido señalando en el análisis del texto.

Es posible que esa decisión haya corrido pareja con el abandono de todo localismo específicamente

⁹²La misma es sumamente escasa, y la carta más temprana escrita por él en Asunción data del 27 de febrero de 1784, es decir, diez y ocho días más tarde, y es de carácter estrictamente oficial y muy breve.

⁹³Lo hizo el 11 de marzo de 1782, cuando arribó a Rio de Janeiro (Mones y Klappenbach, 1997: 195).

⁹⁴Por ejemplo, alguna vez habló de **behetrías**, por cacicazgos rurales, en otra utilizó **lurte** por avalancha, pero en el total de sus escritos son casos nimios en los que parece que no tenía alternativa léxica más clara a su alcance para lo que quería explicar.



aragonés, pues Azara fue especialmente parco en su uso⁹⁴. Esto último es algo que debió decidirse en España, en sus andanzas militares. Probablemente existía un acuerdo tácito en el medio militar y de funcionarios y cortesanos, todos ellos dotados de singular movilidad en el siglo XVIII (Gómez de La Serna, 1974), de asimilar rápidamente un habla castellana lo más amplia y generalizada posible, restringiendo para “entre casa” el uso de localismos.

También en cuanto al aspecto lexicológico de sus escritos, debe destacarse que Azara tuvo una notable facilidad adaptativa para asimilar la nomenclatura guaraní. Más todavía: ese idioma le preocupaba y trataba de rescatar toda la nomenclatura aplicada a la naturaleza. Ya dijimos que en sus años asuncenos debió de aprenderlo. No sabemos que haya tenido un intérprete. Parco como era, no dejó de señalar cuál fue el primer paraje en el que viniendo de la Bajada se hablaba esa lengua. ¿La pudo haber oído antes en la Banda Oriental, en las Misiones Orientales?, ¿Fue allí donde tuvo la información primaria para saber que en Corrientes se hablaba, tanto en el campo como en la propia capital un guaraní “corrompido”, expresión que curiosamente omite en la versión más corregida de su texto original, en el M.871?

Hay una pregunta que surge desde que se comienza a manejar el texto azariano: ¿Cómo hablaba Azara? ¿Era un típico “dieciochesco”, con las tendencias fónicas y léxicas surgentes en la época ilustrada, apenas asomando bajo un fondo de gran conservadorismo, hasta que lograron su expresión culminante en las elites cultas en tiempos de Carlos III? Es muy posible que fuera así. Azara no viajó por Europa hasta julio de 1802, además no hay indicios de que haya sido afecto a la frecuentación de tertulias o de salones. Menos aún de la vida literaria e intelectual de su tiempo. Nada sabemos acerca de si alguna vez asistió al teatro o si estuvo al tanto acerca de las obras editadas en su tiempo que fueran ajenas al campo específico de sus intereses

como ingeniero militar o como Amigo del País. Es posible que sus ideas radicalizadas en cuanto a la necesaria reforma de España, se acompañaran de un conservadorismo en el campo de usos y modos sociales y expresivos. No por una actitud de fondo, sino por falta de ocasión. Además el medio militar era el menos adecuado para las sutiles tendencias que se manifestaban en la corte y en los ambientes más esclarecidos y mundanos de Madrid, Salamanca, Valencia y Sevilla.

Lo que conocemos de su actuación en la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País antes de su partida a las Indias, da lugar a suponer que pudo haber estado imbuído de un sentido fuertemente práctico, acompañado por cierto desdén hacia algunos aspectos de la cultura literaria, artística y filosófica. Álvarez Junco (1968: 305) dice algo al respecto de la actitud de la Sociedad, hacia 1781, que puede ser esclarecedor: “... la educación se considera por los amigos del país como el cauce esencial de la reforma que se había de llevar a cabo en el país. Frente a los estudios “**inútiles**” universitarios, se propugnan los de las “**ciencias que abren las puertas de la naturaleza**”, y así las sociedades crean escuelas de hilado, de matemáticas, dibujo, artes técnicas, agricultura, maquinaria, etcétera.”

La escasa ortodoxia de Azara en la redacción, revela que aun no pesaban suficientemente para él las tendencias racionalistas y normativistas que comenzaron a imponerse en el habla y la escritura del sector ilustrado más cultivado en el último tercio del siglo XVIII (Lapesa, 1980). El haber nacido en el interior español, y también el haber transitado luego por escuelas, guarniciones y campamentos de ingenieros militares, tras lo cual viajó a América por dos décadas, pudo haber sido decisivo para él. Su casi coetáneo Joseph de Cadalso (1741-1782), a pesar de su muerte tan prematura, llevó una vida mucho más cercana a la Corte, participó de tertulias y salones y pasó largas estancias en Madrid. Comparando el estilo, la sintaxis y el léxico de sus **Cartas**

⁹⁴Por no hacerlo con el Diario de Gaspar Melchor de Jovellanos, en el que abundan las descripciones de viaje en un depurado estilo, y que, por más que es la obra más improvisadamente elaborada del autor, escrita primero con rapidez y en plena marcha, “*en estilo telegráfico*” (Caso González, 1992: XVI), y después dictada a un amanuense originando una versión más depurada y enriquecida. Azara hizo lo mismo, aunque sin amanuense en la narración de su viaje, pues si bien podemos suponer como redacción primeriza al MS.907, es evidente que en el MS.871 se han efectuado retoques y



Marruecas, por ejemplo⁹⁵, la diferencia es decisiva: Félix de Azara estaba escasamente cultivado en las letras y en la expresión escrita en general. Si bien su mucha producción, ulteriormente corregida, como fue el caso también de este manuscrito, revela que, al decidirse a dar a conocer sus trabajos, debió hacer no sólo el aprendizaje de la Historia Natural y de las ciencias afines del hombre y de la naturaleza. Debió también depurar, pulir y reelaborar su expresión escrita, y en una visión general de sus escritos desde 1784 hasta 1801 se aprecian notablemente los resultados de ese esfuerzo.

Además, es posible suponer que su lenguaje coloquial en las dos décadas americanas fuera muy libre y sin pulimiento especial, pues por entonces, el habla en el área rioplatense iba rápidamente evolucionando con tendencias propias bastante complejas, como lo demuestra Fontanella de Weinberg (1983), basada en abundante material documental, de modo que con su manifiesta facultad adaptativa, Azara debió de amoldarse rápido al habla local.

Para Luis M. Torres (1907: 110) el estilo del relato de Azara “... es algo desatinado pero propio para describir itinerarios y rumbos, observaciones astronómicas, accidentes del terreno, anotaciones geológicas, consideraciones económicas, proyectos de colonización, etc., dejando, en suma, una impresión favorable por la fidelidad y sencillez de la exposición”. Otra observación interesante del mismo autor es que el estilo de ambos documentos originales es similar. Para Mitre (1871: 51) “*El estilo, tanto de los apuntes anteriores como el de los siguientes, es sumamente desaliñado, como que son meras notas de viaje en [las] que se consignan datos, hechos y observaciones útiles sin pretensión literaria; pero tales como son contienen la médula de que se alimentan las inteligencias vigorosas. Son itinerarios, rumbos, observaciones astronómicas, accidentes de terreno, noticias topográficas, descripciones del*

país, anotaciones geológicas, bosquejos de costumbres y consideraciones económicas breves y precisas en que los incidentes están relegados al segundo término, sin que por esto se pierda de vista la imagen simpática del viajero en las soledades que recorre y estudia a la vez. Es el hombre y el sabio en presencia de la naturaleza inculca y de una civilización rudimentaria, para quien la fruta que cae de un árbol o el vuelo de una bandada de pájaros puede hacer meditar profundamente como a Newton en su jardín o al naturalista Audubon en las praderas de Norte América.”

Debemos dejar claramente establecido que los juicios formulados no son severos sino realistas, y que muy bien podrían cerrarse con una cita de Juan Pablo Forner (1756-1797), quien fuera otro coetáneo azariano y un problemático ilustrado, que en sus **Excequias de la Lengua Castellana** (1925, pero escrita cerca de 1790) dice: “*Pero las bachillerías y el bel esprit no componen mérito entre las deidades. El estilo y la ingeniosidad son las cortezas de las obras, en las cuales, si falta el juicio y la solidez, que es el alma de ellas...*”. Ni uno ni otro faltan en las obras de Azara, que salva así sus escritos para la posteridad.

Otro rasgo de sus escritos es la simpatía humana que suelen trasuntar por debajo de una frialdad objetiva bien lograda. Es una simpatía contenida pero perceptible que no condice con la imagen clásica del noble de alta alcurnia, que se percibe, por ejemplo en el visitador Francisco de Paula Sanz (1977), que llegara casi contemporáneamente con Azara al Paraguay. Más allá de las opiniones que podríamos llamar doctrinarias o de las combativas adoptadas por sus relaciones con personajes, situaciones y funcionarios de la vida colonial cuando se refiere a terceros, nunca emite juicios apresurados y muestra un claro intento de comprender al prójimo. A veces hace uso de un humor espontáneo que re-

depurado el estilo, y ambas versiones son de puño y letra del autor, como lo establecen Mitre (1871) y Zeballos-Torres (1907). Escogiendo al azar entre las páginas primerizas del ilustrado asturiano referidas a sus andanzas por caminos de España, compárese, por ejemplo, el pasaje dedicado al recorrido entre Buiza y Ventosilla (Jovellanos, 1992: 7) con cualquiera de los que dedica Azara a los tramos de su camino de Santa Fe a Asunción: la distancia es enorme y resalta el hecho de que Félix de Azara no es un escritor: evidentemente escribe con una finalidad, pero ni busca la perfección del estilo ni siente el gozo de hallarla, simplemente no la necesita para lo que quiere expresar. Si tuvo una disposición para ello, tal vez nunca la cultivó.

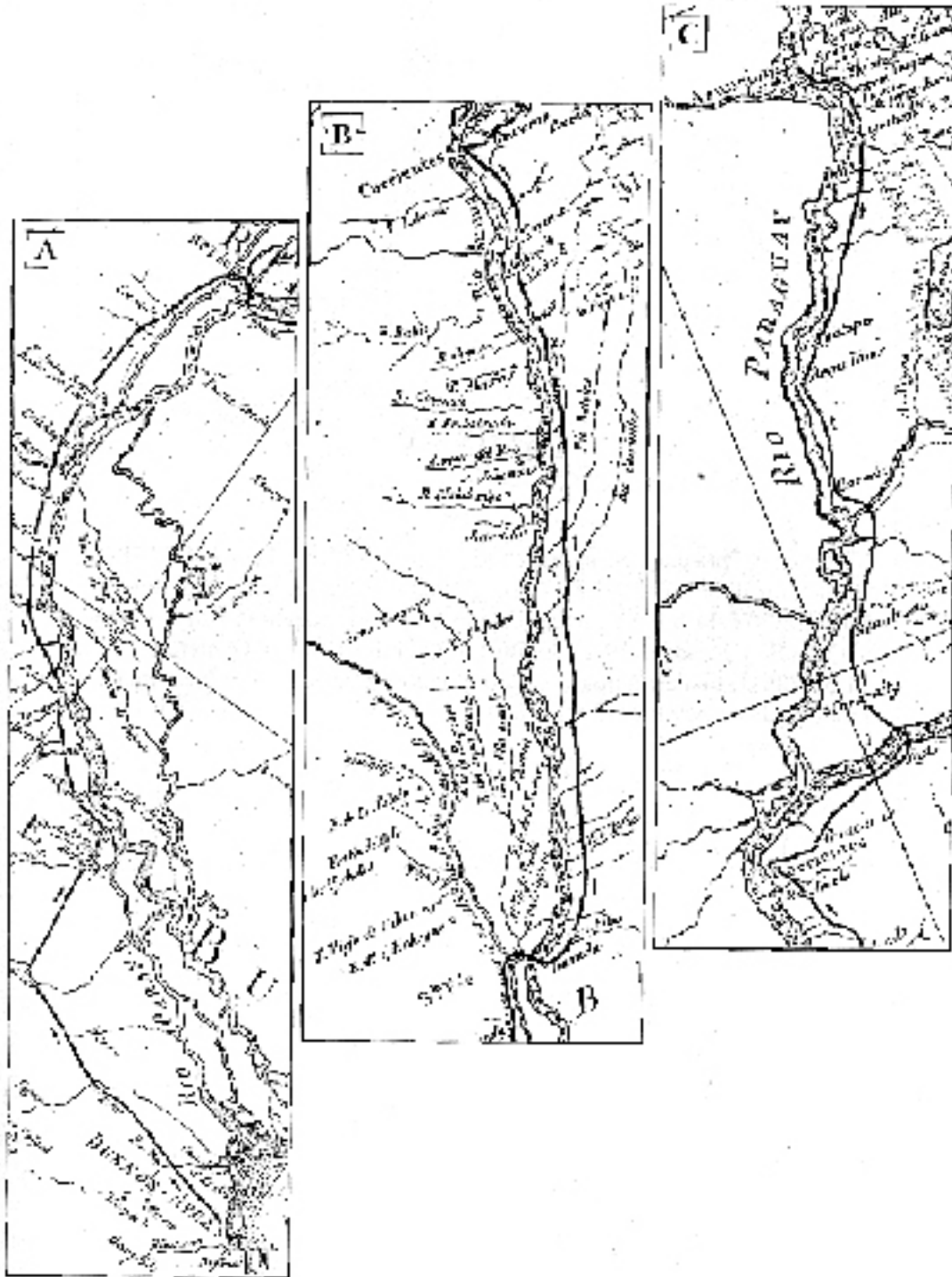
sulta sorprendente debido a la aridez general de sus textos. Cuando llega la hora de ser duro lo es y, en especial con sus compatriotas, cuando no actúan conforme a los principios morales que él sustenta o carecen de las virtudes que él exige. Pero en sus primeros escritos, como en el caso de esta narración de viaje, no tiene casi ocasión para ese tipo de expresiones.

La condición esencial de los escritos de Félix de Azara, para Pérez Maricevich (1983: 47) consiste en que los elaboró “... *poniendo todo su cuidado en decir [en ellos] la verdad, sin exagerar nada, y en conocer y expresar...*”. No había leído en vano Azara –tenemos la seguridad que lo ha hecho (Contreras Roqué, 2006)– a Fray Benito Jerónimo de Feijóo y Montenegro (1744) cuando dijo, en sus **Cartas Eruditas**: “*¿Por qué hemos de imaginar misterios donde no los hay? ¿Para qué buscar causas imaginarias de efectos que las tienen bastante descubiertas?*”

Agradecimientos

A Hérib Caballero Campos, por su gentil aporte ante consultas y por haber facilitado alguna bibliografía imprescindible. A Yolanda E. Davies y a Alfredo Gangi que colaboraron en la búsqueda bibliográfica.





Mapa que representa el área recorrida por don Félix de AZARA en su viaje entre Buenos Aires y Asunción en 1784. Tomado de la obra de Mones y Klappenbach (1997: 221, lámina IV).

Don Félix de Azara, ilustrado español y “guardián platónico” de indias. Una incursión por su biografía, su epistolario y sus actos de servicio

JULIO RAFAEL CONTRERAS ROQUÉ,

Profesor Investigador, Universidad Nacional de Pilar, en Pilar, Paraguay, Presidente de la Fundación de Historia Natural Félix de Azara de Buenos Aires, Miembro Correspondiente de la Academia Paraguaya de la Historia y Director del Instituto de Bioecología e investigación subtropical “Félix de Azara”, U.N.P., Pilar, Paraguay.

“El hombre es un ser histórico, y por ello la gratitud histórica es uno de los deberes principales en nuestro tiempo. Nace de la conciencia de estar fundada nuestra existencia en ciertos logros del pasado, que en muchos casos tienen nombre propio y autor reconocido.” (Helio Carpintero, 2003: 11)

Resumen

Se han escrito varias biografías de Félix de Azara. Sin embargo, falta aún **La Biografía**, aquella que sea la gran síntesis amplia y abarcativa, que no contemple exclusivamente aspectos parciales elaborando una figura mutilada y de difícil realidad, poco creíble en nuestro tiempo. Para lograrlo deberían resolverse aspectos “nodales” de su historia personal y dar carácter más abarcativo a la perspectiva de trabajo biográfico: su tiempo, su generación, el contexto histórico, mental y moral. El presente es un aporte preliminar para tal tarea.

Abstract

Many biographic accounts were intended about Félix de Azara. However, we lack “**The Biography**”, not one focused on sideways aspects, unable to find the true subject: a man who lived in the XVIII Century, including his own personal history, with special reference to its “nodal” steps, his time and its generational characteristics; and the historical, intellectual and ethical context of his life. This is a preliminary contribution to that task.

Introducción

La figura esclarecida de don Félix de Azara resulta paradigmática en muchos aspectos: el naturalista –no improvisado, sino solitario y desconectado con el curso de la ciencia europea durante veinte años, justamente los decisivos para su producción como tal–, el ilustrado español de la **generación central de Las Luces**; el funcionario probo y sacrificado; el miembro de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, enteramente compenetrado con la doctrina y con el espíritu del intento de renovación que trajeron consigo esas empresas ilustradas. Todo eso se cumplió en la apertura esperanzada que se abrió con el reinado de Carlos III en la España del siglo XVIII. También debemos comprender al Ingeniero militar dispuesto en forma casi jesuítica a acudir con actos de servicio allí donde fuera necesario y por el tiempo que aquella misión le exigiera en la vasta extensión del Imperio.

Phelan (1967) dice que la Monarquía “... **de-seaba para el gobierno de las Indias a guardianes platónicos**, desprendidos de todo vínculo o interés



*local, sin familia ni lazos sociales o económicos con el lugar...*¹. Tal fue el caso de Félix de Azara, quien pasó dos décadas –las más cruciales de su vida activa, entre los 39 y los 59 años de edad– dedicado ejemplarmente a su función en el área rioplatense. Todos sus actos de servicio denotan desprendimiento, intención estricta de ahorrar a la Corona –al erario público en última instancia– toda erogación prescindible. Pero, este comportamiento no fue parte de una personalidad restringidamente burocrática o meramente disciplinada. Fue el fruto de una convicción honda surgida de su voluntad ética, de un concepto de vida por el que superó injusticias, soledad y padecimientos físicos y espirituales con gran estoicismo y valor.

Lamentablemente conocemos muy poco de su vida: a pesar de la densa bibliografía acumulada, su auténtica biografía está por construirse. Su vida tuvo períodos decisivos, con gran intensidad y tensión intelectual: son los que llamamos “nodales”. Podemos distinguirlos cronológicamente en el curso de su vida, pero muy poco sabemos de ellos en particular. La documentación al efecto es muy escasa. Casi no quedan testimonios íntimos, personales, ni de él mismo (en sus cartas y papeles privados) ni de terceros cercanos (amigos y parientes).

Aunque la mayor parte de su correspondencia personal parece haberse perdido, subsisten testimonios fragmentarios de lo que pasaba por su ánimo, en cortos pasajes de algunas del poco más de un centenar de aquellas de sus cartas que nos llegaron. Sus amigos fueron muy pocos: los del Río de la Plata estaban cerca de él por circunstancias de servicio, de mera vecindad o de carácter profesional. Los de España son casi desconocidos, si los tuvo. Sus familiares cercanos callaron, y el que llegó a hacerlo, su sobrino Agustín de Azara, casi un cuarto de siglo después de su muerte, no dio cuenta de nada privado y su mayor aporte fue el haber promovido

a un tercero asalariado para que homenajeara a su ilustre pariente.

A pesar de su condición nobiliaria relativamente elevada y de su alto grado militar, vivió Félix de Azara con la sencillez de un soldado en el medio más hostil imaginable durante sus exploraciones y comisiones oficiales americanas. Su conducta ofreció un fuerte contraste con la de muchos de sus colegas y con la de los administradores coloniales, quienes lo hostilizaron o trabaron en sus acciones: eso fue lo que motivó una de sus mayores amarguras.

Se compenetró hondamente con el Paraguay. De sus actos y previsiones, emana mucho de la definición de las fronteras actuales de esa República sudamericana, de la que hizo casi una segunda patria, y para la que desplegó la mayor parte de las pocas expresiones emotivas que le conocemos. A él se debió el inicio del conocimiento organizado de la diversidad biológica paraguaya y rioplatense. El mejor resumen de esa concepción del Paraguay por parte de Azara aparece expresado en un texto cuyo manuscrito está en el Museo Naval de Madrid, dado a conocer en los **Escritos fronterizos** (Azara, 1994: 103-104) y se intitula **Límites de la Provincia** [del Paraguay]. Llegó a conocer profundamente la realidad paraguaya desde toda óptica posible: “... *nadie es tan práctico en la provincia como yo que miro las cosas con todo el celo y reflexión de que soy capaz*” (Azara, 1970: 404).

La biografía de Félix de Azara

En primer término debemos advertir que el intento de una biografía basado en el eslabonamiento de algunos hechos históricos documentados, separados por amplios y cruciales hiatos en los que reina el más estricto **ignorabimus**, raramente puede llevar a una interpretación acertada del sujeto biográfico. Más aún cuando ha sido, precisamente en

¹Ver Martiré (2002: 106), quien reitera el concepto de Phelan (1967: 153) que la Monarquía “... *deseaba para el gobierno de las Indias a “guardianes platónicos”, desprendidos de todo vínculo o interés local, sin familia ni lazos sociales o económicos con el lugar...*”. Tal fue también el caso del visitador de la renta del Tabaco, don Francisco de Paula Sanz de quien dice Daisy Rípodaz Ardanaz (1977: 9) “... *se califica a sí mismo “de fiel vasallo y buen español”*”. Así lo demuestra no sólo en el cumplimiento de las tareas propias de su visita, en las que procede –al decir de Urdaneta y de Amaya– con “*un espíritu verdaderamente inflamado de amor y celo hacia Su Majestad*”, sino también [...] *donde su conducta respira “celo y prudencia”...*”.



esos intervalos desconocidos, cuando se han dado las situaciones nodales más relevantes que podrían servir para ensamblar los demás fragmentos conocidos –documentados– de una vida tan rica como la suya.

En el caso de Félix de Azara el material disponible hasta el presente es escasísimo: queda el testimonio de su obra escrita (édita e inédita²), a la que se agregan no más de unas pocas decenas de páginas con referencias a él y a su vida, escritas por sus contemporáneos y en especial, allegados.

Esa carencia tan marcada de construcciones biográficas amplias y abarcativas –sobre Félix de Azara, el ser total inmerso en y emergente de su tiempo histórico, no el naturalista, ni el antropólogo, tampoco el funcionario o el ingeniero militar– es muy sensible. No se trata de un caso particular entre los hombres de su generación. Como lo han señalado muchos autores, la literatura biográfica referida a las promociones humanas más destacadas de la Ilustración española: la que hemos denominado “**generación central de Las Luces**” y la precedente, es decir, aproximadamente los nacidos entre 1715 y 1750 es, en general, escasa y unilateral, es decir enfocada sólo en aspectos determinados de los sujetos biográficos.

Este es un hecho historiográfico que tiene pocas y notables excepciones, entre ellas las biografías de Pablo de Olavide (1742-1802) por Marcelin Défourneaux (1959, 1965, 1990) y la de Juan Pablo Forner (1756-1797) por François Lopez (1999). Incluso en el caso de Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), que es –juntamente con Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828)– el ilustrado español sobre quien más se ha escrito, la situación de in-

definición biográfica al par que de acúmulo bibliográfico (más de tres millares de referencias), ha llegado a tal punto que una obra reciente de Manuel Álvarez-Valdés y Valdés (2002) resume en su título la situación reinante al respecto del ilustrado asturiano, **Jovellanos: enigmas y certezas** y que muy bien podría ser aplicada a nuestro caso de Félix de Azara.

¿Cuál es la causa de este silencio biográfico que afecta mucho más, por ejemplo, a los hombres destacados del siglo XVIII que a los de los XVI y XVII, para los que abundan las biografías densas y bien logradas? Posiblemente –y se ha escrito mucho acerca de esto– la misma reside en las apasionadas y divergentes formas de interpretación de la historia española por los propios españoles, lo que incluye cierto “uso” político o ideológico de la historiografía dieciochesca, particularmente efectuado en el siglo XIX y a mediados del XX. Por eso, solamente las figuras de un indiano como Pablo de Olavide y Jaúregui (1725-1803), de origen peruano, o la de un artista como Francisco de Goya y Lucientes³, han tenido más posibilidad de una expresión biográfica amplia.

El hecho de que manejemos el concepto de la biografía como elemento historiográfico, integrado particularmente a la Historia de la Ciencia Hispanoamericana, tiene dos planos de desarrollo epistemológico: por un lado el de tratar de deslindar quién ha sido realmente cada una de las figuras relevantes del campo analizado; y por otro, descubrir las modalidades del entramado persona-época a través del máximo esclarecimiento de los factores externos actuantes y de su repercusión interna en las realidades personales. Todo esto está muy lejos de cualquier enfrentamiento de posturas ideológicas.

²Se podría considerar también para los escritos azarianos una categoría especial, de seminéditas para muchas páginas que han sido dadas a conocer en base a manuscritos contradictorios, o que fueron tratadas arbitrariamente por sus editores –como es el caso de Pedro de Angelis (1784-1859)– quien no se limitó a realizar una actualización de la versión paleográfica, sino que produjo alteraciones y omisiones en el texto, cuya significación real aún es imposible valorar. La publicación en 1994 de los **Escritos fronterizos** por Lucena Giraldo y Berrueco Rodríguez muestra como, con dos siglos de retardo, siguen apareciendo páginas de interés producidas por Félix de Azara.

³En el caso de Goya, las últimas biografías en la oferta bibliográfica, una de ellas de excelente factura como la de José Antonio Vaca de Osma (2003) y otra novelada –y bastante nutrida de fantasía histórica– como la León Feuchtwanger (2002, pero el original alemán es de 1961), adolecen de cierto sesgo unilateral, que se orienta hacia la historia del arte en la primera, que es la más valiosa. Por eso todavía sigue vigente la aseveración de Francisco Alonso Fernández (1999):

El enigma Goya.

Ya hicimos alusión al “uso” de la biografía, que llevó por tantos callejones sin salida a la valoración histórica. López Piñero (1992: 11) es muy claro al respecto cuando requiere *“la superación del obstáculo que significaban los planteamientos de la llamada “polémica de la ciencia española”*. Puesto que: *“... esta polémica no fue nunca una controversia entre estudiosos del tema, sino un enfrentamiento de posturas ideológicas. A lo largo de sus distintas fases, la postura panegirista ensalzó las “glorias de la ciencia española”, intentando justificar unas estructuras socioeconómicas, una organización política y un sistema de valores que la posición pesimista trataba de invalidar, soslayando a cualquier precio todo lo que pusiera en peligro negar su imagen de “látigo, hierro, sangre y rezos”. La primera utilizó la retórica triunfalista, revestida en ocasiones de fáciles alardes de erudición postiza. La segunda, aparentemente más crítica, se limitó de hecho a entonar lamentaciones de todos los matices, sin realizar tampoco el menor esfuerzo por aclarar una realidad histórica cuyo desconocimiento era su gran argumento frente a los pintorescos excesos de los apologistas. Ambas posturas compartieron asimismo una concepción que identificara la “ciencia” con las obras de las “grandes figuras”*.

Bien viene al caso el juicio crítico de François Lopez, cuando acude a Jean-Paul Sartre en sus **Questions de méthode**⁴, quien respondiendo a la sencilla pregunta. *“¿Qué se puede saber hoy de un hombre?”* asevera que lo que resulta *“óptimo para estudiar a un individuo en su época”* es el método de

“... determinar progresivamente la biografía profundizando en la época, y la época profundizando en la biografía”. En esa complementariedad de enfoques reside justamente el déficit más sensible respecto a la reconstrucción biográfica de Félix de Azara: en general, hasta el presente, se ha abstraído al hombre –la persona– de la época. Y entendemos como tal los orígenes y el entorno familiar y su ubicación generacional, así como el contexto cultural, intelectual, moral, político y social en el que se desarrolló su vida⁵.

Una de las características de la metodología unilateral que criticamos, es la imagen atemporal –muchas veces **ucrónica** en el sentido que le daba Charles Renouvier⁶ y, para colmo, apologética, de la vida estudiada, centrada en lo que fue su dedicación mayor (o la más valorada por la posteridad). Juan Marichal (1995) establece que *“La historia intelectual emplea preferentemente la que podríamos llamar “vía biográfica”, y, por tanto, sostiene que una vida humana es concebible como una realidad que sólo sucede una vez, que es absolutamente única e irrepetible⁷. O, puesto en otros términos una vida humana está en un preciso tiempo histórico y carecería de sentido si su narración la situara en un vacío temporal. Por ejemplo, cuando Sartre dice que “Las Flores del mal de Baudelaire podrían haberse escrito en cualquier época de la historia francesa, se justifica que Geroges Bataille le hubiera contestado críticamente mostrando la relación genética, por así decir, entre el poeta y su tiempo”*.

⁴Que sirven de introducción epistemológica a la “obra gigantesca” dedicada por el filósofo y literato francés a Gustave Flaubert (**L’Idiot de la famille**, Librairie Gallimard, París, 1973).

⁵La moderna historiografía **“socioeconómico-céntrica”** –si cabe el neologismo– está apartándose cada vez más del entramado básico, esencial y centralmente **“événementielle”** de la historia total, ¿Cuánto más podrá desempeñarse autónomamente la investigación histórica sin el armazón de hechos político-militares, diplomáticos y de política contingente, sobre el cual descansa el otro esquema? Afortunadamente para los cultivadores totales de esa “nueva” historiografía el aporte básico era fuerte cuando ellos arrancaron, pero ya las fuentes se tornan escasas y las construcciones eminentemente teóricas y voluntaristas están llevando a la historia fuera de sus carriles metodológicos esenciales. La biografía como disciplina historiográfica requiere la malla contextual de los acontecimientos pues en ellos vivió inmerso el sujeto histórico de la biografía.

⁶Charles Renouvier: **Ucronía. La utopía en la historia**, Editorial Losada, Buenos Aires, 1945. Al respecto de la misma pueden verse las críticas a esa obra de referencia efectuadas por Juan Marichal (1995: 82, 260).

⁷La biografía como género historiográfico está a mitad de camino entre las posiciones de uno y otro bando: uno tradicional, como el de Seignobos y el otro “moderno” como el de Braudel, el padre de la escuela de los **Annales**. Para el primero la historia sólo maneja hechos únicos en circunstancias irrepetibles. Para el segundo, si no se ocupa de lo general no es ciencia. Una vida es única e irrepetible y esa unicidad está en diálogo interactivo con el medio socioeconómico, demográfico, cultural y del devenir de las ideas. Ante estos casos unitarios muere el externalismo radical mertoniano.



En el caso de Félix de Azara, hasta el presente contamos con varios intentos biográficos, entre los que podemos citar los de Enrique Álvarez López (1935), de Julio César González (1943), de Oliver Baulny (1968), de Joaquín Fernández Pérez (1992), de Álvaro Mones y Miguel A. Klappenbach (1997) y de Miguel Lucena Giraldo y Alberto Barrueco Rodríguez (1997). Se suman a ese destacado conjunto de contribuciones, algunas de carácter intencionalmente parcial en sus objetivos, pero con gran riqueza informativa, como el caso de la obra de Esteban Campal (1969) sobre Azara y la Banda Oriental.

Hemos realizado una compilación de la bibliografía azariana, y el total de referencias reunidas⁸, supera los seis centenares de aportes mayores y menores. Algunos de ellos son puntuales o se trata meramente de referencias ocasionales o marginales. En el mismo sentido podrían reunirse al acervo anterior, más de doscientas referencias contextuales de gran valor para la ubicación de Azara en su entorno histórico, generacional y social.

Por todo lo dicho, el primer problema metodológico que se nos presenta es tratar de deslindar y clarificar, en el panorama de certidumbres y enigmas del conocimiento azariano, y de ubicar primero y tratar de profundizar después en los períodos de su vida en los que deben de buscarse esas circunstancias particulares de configuración que definimos como “nodos”.

Como en un ensayo de esta naturaleza no es posible sino brindar una visión sintética del tema, en adelante nos concretaremos en descubrir y acotar en la trayectoria vital de Félix de Azara esos períodos que, por su situación contextual o por algún tipo adicional de inferencias, puedan ser identificados como decisivos. En cada caso aportaremos la argumentación esencial y dejaremos el campo abierto para la correspondiente profundización, para la que suponemos que deben existir múltiples fuentes documentales aún no descubiertas o utilizadas. Pero, no sólo nos referiremos a edades de su vida, sino también a un elemento cuyo conocimiento pudiera ser una fuente valiosa de inferencias: su biblioteca personal.

Sin necesidad de aproximarnos a la ortodoxia freudiana, sabemos que toda vida presenta sucesos y tiempos particulares en los que surgen en el ánimo y en la configuración de la persona nuevas categorías, a veces decisivas –definitorias– a partir de las cuales se dan los procesos de transformación necesarios para la emergencia de un personaje que trasciende su cotidianeidad y se hace histórico. A veces no se trata de una discontinuidad brusca y súbitamente revelada, como parecen haberlo sido muchas míticas “conversiones”, sino que resulta de la culminación de un proceso interno, sumatorio de incidencias, influencias y de transformaciones íntimas, el que lleva a configurar una nueva identidad. Ésas son las etapas o momentos nodales de una vida que debe rastrear el biógrafo en el sujeto de su estudio.

En el caso de Azara, el análisis cuidadoso de las especulaciones intentadas hasta ahora acerca de su persona, demuestra que casi todas las aparentes certidumbres mayores, las más decisivas para la interpretación de su entidad real, son meras conjeturas. Hasta el presente sólo estamos en condiciones de señalar los mayores claros, en los que presuntamente se reúnen las incógnitas centrales acerca de su vida y su persona.

Efectuar un recorrido por los enigmas y vacíos de información remanentes en el conocimiento vital y personal de Félix de Azara, así como de su valoración final histórica y científica, es tarea para mucho más que un breve ensayo. Más aun de éste, en el que además, tratamos de demostrar, a través de una selección de fragmentos del epistolario azariano, los escasos pasajes que dan alguna cuenta de la subjetividad y de la vida íntima de su autor. A su vez, éstos son los únicos testimonios, propios o ajenos, que nos muestran ese aspecto de la vida del ilustrado, el militar y el naturalista aragonés. Por eso, apenas mencionaremos, y sólo en algún caso particular trataremos con alguna mayor extensión, esos temas que consideramos decisivos para la configuración y orientación de su vida. En síntesis, ésta es tan sólo una visión preliminar de un tema muy vasto que consideramos requisito necesario para la biografía de

⁸Contreras Roqué, J. R. (M. S. 1): **Ensayo de bibliografía azariana.**



Azara que aún no se ha podido escribir.

En algunos casos trataremos el tema con cierta profundidad: su infancia, la influencia recibida de su hermano José Nicolás, la educación universitaria, su herida de guerra y el largo período de convalecencia que le siguió, en el que tuvo lugar su participación activa en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País de Zaragoza. A otros, apenas si los enunciaremos esbozando sólo algunos de los interrogantes mayores que persisten al respecto.

Su infancia

Ni siquiera la información disponible sobre el núcleo familiar azariano es completa⁹, pues subsisten contradicciones y dudas. Apenas si conocemos las fechas de muerte de los padres, y –menos aún– información biográfica sobre ellos. El mayor de los hermanos fue Eustaquio (1727-1797), quien ingresó al sacerdocio, dejando por esa razón el mayorazgo¹⁰ a Francisco Antonio, el séptimo de los hijos del matrimonio Azara-Perera, quien, al morir José Nicolás en 1804, heredó el Marquesado de Nibbiano, muriendo en Huesca en 1820. Fue el padre de Agustín, heredero, a su vez, del nuevo rango nobiliario. Fue corregidor de la ciudad de Isuela y también de la de Huesca. José Nicolás (1730-1804), fue el segundo de los hijos. Le siguió cronológicamente Lorenzo, otro sacerdote, muerto a los 37 años mientras presidía el Cabildo de la Catedral de Huesca. A ellos se agregó como sexto hijo Félix, en 1742¹¹. Su nombre completo fue Félix Francisco José Pedro. Otro hermano fue Mateo, inmediatamente mayor que Félix, quien llegó a ser Oidor de la Audiencia de Barcelona. Hubo una hermana, Mariana, o más correctamente María Ana (Pallaruelo, 2002: 157), casada en 1758

(el 5 de julio) con José Bardají, que fue consejero de Estado y murió en 1822, cuando su hijo D. Eusebio Bardají Azara ya había sido ministro de Estado.

Apenas si contamos con algunas líneas al respecto de toda la niñez y adolescencia de Félix. Las referencias son coincidentes en que: *“Nada se sabe de la infancia de don Félix, pero a los quince años se le encuentra matriculado en la Universidad Sertoriana, en Huesca, donde estudió cuatro años bajo la vigilancia de su tío don Mamés”* (Baulny, 1969: 223).

Podemos, circunstancialmente, inferir otros datos, entresacándolos de la historia de las realidades de su tiempo, sin más evidencia que las de tipo generalizado, como es el caso de la certeza de que en aquella dura época, Félix y sus hermanos eran sobrevivientes de una estadística brutal, que seguramente en Aragón no difería de la de la vecina Francia *“... el 45% de los franceses nacidos en el siglo XVIII murieron antes de cumplir los diez años...”* (Darnton, 1987: 35).

Don Mamés de Azara era hermano de don Alejandro de Azara y Los Certales, señor de Lizana, nacido en la misma Barbuñales el 14 de octubre de 1702, padre de Félix¹², y era Canónigo Maestrescuela de la Catedral oscense, y había sido en su momento preceptor de José Nicolás. En su casa residió Félix durante sus estudios en la Universidad de Huesca. Se ignora casi todo sobre él, excepto lo poco que aporta Castellanos de Lozada (1856).

P. Madox, en 1846, citado por Lucena Giraldo y Barrueco Rodríguez, (1994: 14) brinda información

⁹Tanto con respecto a la fecha de su deceso como a la de su nacimiento hay cierta confusión. Mientras que la mayoría de los autores dicen que falleció el 17 de octubre de 1821, incluyendo a Torner De La Fuente (1892), la información más confiable es la que surge de Castellanos De Losada (1847a: 252) que indica el 20 de octubre.

¹⁰El mayorazgo era una institución que si bien impedía que se quebrantara por partición equitativa la fortuna, particularmente las posesiones territoriales, del tronco familiar, condenaba a los segundones a las carreras militar o eclesiástica, y en general, a la soltería (como en el caso de Jovellanos que fue el décimo primer hijo de su familia). Las hermanas, faltas de dote, solían entrar a los conventos.

¹¹Enrique Álvarez López (1952: 11) examinó la partida de bautismo de don Félix, comprobando que su nacimiento tuvo lugar en 1742 y no en 1746, por más que ese dato ya había sido enunciado en 1856 (:63) por Basilio S. Castellanos De Losada y en 1892 por Eusebio Torner y De La Fuente (:11). Este último autor transcribe la correspondiente partida en pp. 11-12. Autores de artículos biográficos como Cutolo (1968) y Beddall (1975, 1983) sostienen el nacimiento en 1746.

¹²Quien se había casado con doña María de Perera, también hija de una familia local de Barbuñales, el 3 de noviembre de 1723.



acerca de Barbuñales, pueblo muy cercano a Barbastro que es su cabecera de partido, a mediados del siglo XIX, cuando en todo sentido habría variado muy poco con respecto a la aldea que fuera cien años antes, en los tiempos en los que nació y se crió allí don Félix. Por entonces tenía sesenta casas y ciento noventa habitantes, gozaba de un clima saludable aunque destemplado y producía vino, aceite y cereales.

Como en el caso de Pablo Forner (François Lopez, 1999: 29) y al contrario del de su casi coetáneo Juan Meléndez Valdés (1754-1817), nunca habló Azara de su infancia ni de su familia, de su orfandad, de sus seis hermanos, de las alegrías y ni de los pesares familiares. Ignoramos si tuvo algún maestro, ayo, preceptor o **domine**, en sus años de Barbuñales (que pudieron no ser tales y haber estado desde muy pequeño en Barbastro y aún en Huesca, pues el vacío documental es absoluto al respecto). También ignoramos que tipo de educación religiosa recibió, pero ésta debió de ser densa e intencionada, pues dos hermanos –el mayor y el que precedía por edad a Félix– fueron sacerdotes.

Un factor de peso en la formación infantil de los hermanos Azara tuvo que ser la repercusión en el medio familiar de la llamada Guerra de Sucesión (1700-1715) y el posterior acomodamiento de posiciones de la clase dirigente y del estamento nobiliario con la nueva situación, a través de la integración del “partido aragonés”, que tanta trascendencia tuviera en la vida política no sólo local, sino de España toda. José Nicolás estuvo muy centralmente involucrado en ese núcleo político, en la cercanía del conde Aranda y de Manuel de Roda, quienes ocuparon ministerios en el Reino bajo Carlos III y gozaron en esa época de enorme poder e influencia.

Su hermano José Nicolás

Fue una de las figuras más destacadas de la

España ilustrada. Dice de él Sarrailh (1981: 209) que fue un “... verdadero volteriano y uno de los hombres más inteligentes, cultos e ingeniosos de este siglo [el XVIII]”. Por su parte, Sánchez Espinosa, (1997: 9) dice: “... su fascinante e intenso polifacetismo –miembro del establishment durante más de cuatro décadas–, protagonista en Roma de la reforma de las relaciones entre la iglesia y el estado, embajador ante el Papa Pío VI y ante el Directorio y el Consulado de la República Francesa, testigo de primera fila de la expansión europea de la Revolución, reconocido hombre de letras, corresponsal infatigable, memorialista secreto, anticuario aficionado, apasionado coleccionista y bibliófilo–, y por otro, en la singularidad que le otorga, entre los ilustrados españoles, su larga residencia –de unos treinta y cuatro años– en Roma y en París.”¹³

Como ya lo mencionáramos, José Nicolás había nacido en 1730, por lo tanto era doce años mayor que Félix. Dada la modalidad familiar de la época poco deben de haber compartido en su infancia pues, cuando Félix tomó conciencia del mundo, ya José Nicolás era un joven universitario y que muy pronto se orientaría hacia la función pública. Después los caminos de ambos comenzaron a divergir¹⁴ y su reencuentro recién se produjo cuando Félix se reponía de su herida en Argel, de 1775, y ambos integraron la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, en Zaragoza. La carencia de los posibles testimonios epistolares de este período imposibilita establecer qué elementos y hasta qué profundidad compartieron en el plano intelectual y en sus respectivas cosmovisiones. En ese sentido, y tomando como base la diferencia de edades y de formación cultural, debemos preguntarnos: ¿Hasta qué punto influyó José Nicolás sobre su hermano menor incorporándolo a su indudable visión heterodoxa del mundo, de las instituciones y –con gran seguridad– de la religión y de la sociedad?

Políticamente José Nicolás, fue una figura de

¹³José Nicolás de Azara, en 1796 había sido dado de baja en su Embajada en la Roma papal y declarado persona non grata, situación de la que se recuperó meses después, pero que interfirió con su carrera y lo apartó definitivamente de buena parte de su biblioteca y de sus colecciones de arte. Un caso similar se produjo en 1799, esta vez por decisión del Príncipe de la Paz y Ministro Manuel Godoy.

¹⁴José Nicolás de Azara inició su carrera política junto al ministro Richard o Ricardo Wall, en la Secretaría de Estado, entre 1754 y 1759, todavía bajo el reinado de Fernando VI y hasta la muerte del mismo.



gran peso. Tuvo relación directa (en grado y papel aún no bien deslindado) con la disposición real del extrañamiento de la Compañía de Jesús, e integró muy centralmente el llamado “partido aragonés”. Ernest Lluch (1999: 89) señala la posible adhesión primeriza de quienes después formaron ese “partido” a la causa austracista, con la que también estaría involucrada la familia Azara (al menos por comportamientos de José Nicolás que comenta el autor mencionado). Más adelante se refiere a la *“fidelidad fundamentalmente aragonesa de los miembros del partido aragonés”*. Incluso Aranda –como cita Lluch (*op. cit.*: 137), según la tradición oral aragonesa era *“más aragonés que español”*. Los nobles austracistas aragoneses habrían aceptado el dominio borbónico ante la derrota de 1715, pero dispuestos a sostener e imponer algunos de los viejos derechos forales de los aragoneses, cosa que fueron logrando lenta y pacientemente. *“Han aceptado el nuevo orden borbónico, pero pretenden cambiar elementos pacíficamente y desde dentro. De ahí indignaciones como las de [José Nicolás de] Azara ante los alborotos catalanes contra las levas obligatorias [en 1773]: “los bestias de los catalanes han echado a perder en un día lo que habían ganado en sesenta años”*.

En el caso de José Nicolás existe mucha documentación: papeles oficiales, escritos éditos e inéditos, registros diplomáticos, además de una ingente masa de correspondencia oficial y particular. Además dejó sus **Memorias** personales¹⁵. Se han escrito sobre él diversas biografías y ensayos con material documental o biográfico. Todo eso constituye un rico venero para establecer su relación con su hermano Félix, y acerca de posibles influencias “nodales” que hubiera ejercido sobre el mismo¹⁶. El caso merece ser analizado.

La biblioteca y las lecturas de Félix de Azara

Es evidente que la familia Azara tenía una tradición culta dentro de los parámetros de la época y del estamento social al que pertenecían. No hay datos acerca de la existencia de una biblioteca familiar en las biografías de ninguno de los hermanos Azara. Sin embargo, llama la atención el hecho de que dos de ellos hayan sido bibliófilos: Eustaquio y José Nicolás, y este último en forma muy especial, pues llegó a tener una de las bibliotecas más ricas de su tiempo, (Sánchez Espinosa, 1997). Eso no implica forzosamente que don Félix se haya formado en un medio literariamente rico e informado. Recordemos que pasó muy poco tiempo en su casa natal, puesto que en el umbral de la adolescencia, debió trasladarse a Huesca, donde estuvo bajo la dirección de su tío, un eclesiástico, don Mamés, sobre cuyas ideas e inclinaciones culturales poco sabemos, y menos aún acerca de su posible biblioteca.

Es indudable que Azara tuvo –por reducida que la misma pudiera haber sido– su biblioteca personal. Con frecuencia los militares solían cargar alguna o un par de maletas de libros cuando estaban en campaña, más aún cuando eran comisiones como las de Azara, que excepto el desembarco de Argel, implicaban larga residencia en zonas de trabajo en su función de ingeniero militar. No faltarían en su librería de campaña los manuales de matemáticas, de geodesia y acerca de fortificaciones. Además, a partir de su herida, en 1775, don Félix comenzó a residir con frecuencia en Zaragoza y en Huesca, e incluso en la casa solariega de Barbuñales. Al viajar a América (Azara, 1809, I: 2) dejó la mayor parte, si no todos sus libros en San Sebastián, antes de trasladarse a Lisboa donde recibiría las órdenes reales definitivas para su misión.

¹⁵Las **Memorias** fueron publicadas en 1847 y su correspondencia ya lo había sido en 1846, interviniendo en ambas ediciones su sobrino Agustín, lo que podría implicar cierto grado de censura preventiva familiar, pero este es un capítulo casi imposible de enfocar desde la distancia sudamericana en que lo enunciamos.

¹⁶Un aspecto de central importancia es el de la religiosidad profunda. ¿Fue José Nicolás **jansenista** en el sentido de ese término en la España ilustrada? ¿Fue acaso **deísta**? ¿Qué relación tuvo con el **neojansenismo pistoiense** surgido en Italia en el siglo XVIII, pues sabemos que conoció las obras del padre Pietro Tamburini (1737-1827), de Giuseppe Zola (1739-1806) y del Obispo de Pistoia, Angiol Maria Ricci? ¿Qué compartió de todo esto con su hermano? En la biblioteca de José Nicolás figuraban obras de Tamburini y de Ricci, pero no así –al menos en el catálogo que aporta Sánchez Espinosa (1997)– las del teólogo jansenista belga Jean Opstraët (1651-1720), que influyó fuertemente ese movimiento de heterodoxia religiosa.



Coincidimos con Mones y Klappenbach (1997: 9) en que “... *presumimos que esos libros serían fundamentalmente obras relacionadas con su actividad profesional del momento. No tenemos conocimiento de si esta “primera biblioteca” le fue enviada con posteridad o quedó en España durante su estadía americana*”.

Un gran mérito de Mones y Klappenbach (1997: 9, *passim*), ha sido tratar de reconstruir el espectro más plausible de lecturas azarianas. Es decir, de brindar un catálogo presuntivo de la que pudo ser una “**Biblioteca de Azara**”. Lo hicieron dejando bien aclarado que muchas citas pueden ser referencias mediadas por otros autores y no fruto de la consulta directa de las fuentes originales. Brindan así, una lista de noventa obras probables, pero debe aclararse que entre esos títulos se citan cinco que son ediciones de las propias obras de Azara. Además aparecen incluidas en la lista de esos autores muchas obras que por sus fechas de edición recién pudo tener en sus manos después de su regreso a España, cuando estaba empeñado en el proceso de edición de sus propios manuscritos y que, seguramente, fueron poco significativas en la concepción y redacción final de los mismos.

Entre los títulos citados sólo aparecen dos clásicos: Homero y Virgilio, sin saberse a qué obras alude, y que son posibles reminiscencias de su vida estudiantil. Aparte de esos autores no figura nada más de tipo literario o filosófico. Predomina la temática histórica, los libros de viajes y, por supuesto, las obras de Buffon, aunque ignoramos si llegó a tenerlas de su propiedad personal o si sólo las consultó de manos de terceros¹⁷.

Es evidente que don Félix fue –en lo que aficiones literarias y a bibliofilia se refiere– esencialmente distinto de su hermano José Nicolás, cuya biblioteca

fue una de las más renombradas de la Europa de la Ilustración. Como en el caso de su hermano menor, se ignora casi todo acerca de los primeros años de José Nicolás. Pero, si algo fue decisivo en la vida de éste fue el libro. Así lo establece Sánchez Espinosa (1997: 13), cuando se refiere al retrato que el pintor Raphael Mengs le hiciera en 1777, cuando “*En la mano Azara sostiene entreabierto, conservando con el dedo índice la página de su lectura, un libro en octavo, libro de bolsillo o de faldriquera, encuadernado en pasta al gusto de la segunda mitad del siglo XVIII. Como en tantos otros retratos de la época el libro ha dejado de ser atributo de una condición o función, para devenir compañero de soledad. Indudablemente, Azara seleccionó, de entre otras posibles, esta imagen de sí mismo como hombre del libro, como literato, para transmitir a sus contemporáneos y para dejar a la posteridad.*”

No sabemos si la familia Azara pudo haber tenido biblioteca familiar en su casa de Barbuñales o en Huesca. Es posible que la misma se redujera a lo habitual en las rancias familias nobiliarias de provincia: algunas obras teológicas, libros de culto y muy pocos más, entre los que se solían contar tratados médicos y herbolarios. Al sostener esta opinión debemos insistir en que estamos refiriéndonos a la primera mitad del siglo XVIII, cuando la provisión de libros era escasísima en España. Localmente no se producían en abundancia, y desde afuera apenas si llegaban. Analizando el ambiente intelectual de la primera mitad del siglo, Domínguez Ortiz (1981: 105) y, en especial en cuanto a la producción de libros, resalta su “... *impresión general acerca de la miseria intelectual en que se debatía España*”.

Lo sucedido al fallecer en París José Nicolás de Azara, el 26 de enero de 1804, es revelador. En esa ocasión sus familiares –hermanos y, tal vez, algún sobrino– no lograron entenderse en cuanto el destino a dar a esos bienes, y vendieron primero

¹⁷Las mismas estaban bastante difundidas en el área rioplatense, pues –por ejemplo– Nicolás Videla del Pino, que fuera obispo de Asunción a partir de 1802, las tenía en su rica biblioteca personal censada en Córdoba años antes (Viola, 2002: 218), y el demarcador Diego de Alvear (2000: 33), las menciona en su **Relación histórica...**, escrita en 1791, habiéndolas consultado o habiendo recibido citas por parte de terceros durante su desempeño en las Misiones Occidentales, años antes de que Azara se sirviere de ellas. También las tenía en su poder, en Buenos Aires, Pedro Cerviño, quien según la mayoría de los autores sería quien las hizo conocer a Félix de Azara, en 1796 o después de ese año, pues antes es evidente que no dispuso de ellas.



separadamente y, más tarde pusieron en subasta, una parte considerable de su biblioteca (el grueso de la misma se vendió por catálogo en 1806, de acuerdo con Sánchez Espinosa, 1997). Más allá de la tentación económica por el enorme valor de sus colecciones y libros raros, casi todos en ediciones lujosamente encuadernadas, hubo cierta indiferencia: nadie entre sus herederos –que se sepa– guardó para sí algunas obras por afición a las mismas. Don Félix no era precisamente un humanista, pero ni siquiera retuvo o trató de comprar las obras referidas a viajes americanos y naturalistas de las que abundaban en los anaqueles de su hermano.

Sus estudios. Huesca. Zaragoza

En 1758 inició¹⁸ don Félix estudios superiores, que se prolongarían durante seis años, hasta 1764, cursando Filosofía y Leyes en la Universidad de Huesca. Quedan aun por revisar y dar a conocer los planes de estudio, y muy especialmente la bibliografía utilizada por sus docentes y guías y la que –obligatoriamente– debió leer o simplemente consultar. Ésta es una cuestión de especial interés, pues en los años en que cursó sus estudios Azara estaba en plena efervescencia el cambio de concepción por parte del poder acerca de los estudios universitarios, hecho que dio fin a una larga etapa de abandono de la Universidad por parte del Estado Español, que venía consumándose desde principios del siglo XVIII, situación a la que Jaime Tortella (2002: 342) denomina “*el ostracismo de la Universidad*”. Fue decisiva también en este sentido la expulsión de los Jesuitas en 1767 y las ordenanzas para las universidades, promulgadas en 1771, pero estos acontecimientos llegaron tarde para la formación de Azara. Es indudable que muchos de los cambios que tuvieron lugar, por leves que fueran deben de haber provocado comentarios y aun conmoción en profesores, alumnos y medios eclesiásticos, situación a la que no pudieron ser ajenos los hermanos Azara, que para entonces contaban con la relación rectora del exitoso José Nicolás, nacido en 1730 y ya consagrado como figura ilustrada y política de envergadura.

En esos años Huesca, junto con Tarazona, Calatayud y Teruel, se contaban entre las poblaciones urbanas del Reino de Aragón que no llegaban a los 7.000 habitantes, cuando Zaragoza –la capital económica y política aragonesa– apenas si alcanzaba la cifra de 40.000. Era éste un aspecto del vacío demográfico aragonés, como lo llama Pérez Sarrión (1997) Se daba, además, una situación de escasa concentración urbana en relación con la ocupación humana del espacio rural. En general la primera mitad del siglo XVIII fue muy dura para todo Aragón. A las guerras dinásticas sostenidas desde 1700 a 1715, deben sumarse los efectos de una crisis económica casi crónica debida a situaciones generales de la península o estructurales particulares aragonesas: los gremios de estructura medieval, los altísimos impuestos, a los que se sumara el deterioro climático acaecido en esos años. Todo ello agravado por la desaparición de los órganos políticos aragoneses tradicionales al abolirse formalmente el Reino de Aragón. Recién a mediados de siglo se vieron claras señales de recuperación, las que fueron todavía insuficientes en 1766 como para prevenir hechos como el llamado “*motín de Zaragoza*”, desatado por una crisis de subsistencia de gran parte de la población, que causó gran cantidad de víctimas y que dio lugar a una dura y sangrienta represión. En ese año Félix de Azara ya no vivía en Zaragoza, sino en Barcelona, asistiendo a la Academia Militar.

Durante los años de estudio de Félix de Azara en Huesca, ésta se caracterizaba por estar sujeta a una “*desmesurada presencia de la Iglesia*” (Pérez Sarrión, 1997: 56), situación compartida por Teruel, pero no por Zaragoza. En una situación transicional como la que se vivía hacia mediados de siglo, la capital aragonesa se había transformado en una especie de ínsula regalista –por lo tanto moderna e ilustrada– rodeada de un entorno con reminiscencias feudales, de las que la mayor era el régimen señorial de la tierra.

No se ha profundizado suficientemente acerca de la enseñanza impartida en la Universidad de Zaragoza ni en la de Huesca hacia 1750-1760, pero

¹⁸Con algunas dudas aceptamos esta fecha, como lo expresan mones & Klappenbach (1997: 194), pero si no es exacta, debe ser considerada como muy cercana.

¹⁹Sin embargo, esto requiere un estudio pormenorizado. España fue en el siglo XVIII, como dice Dérozier (1980), una

seguramente estaban ambas en alguna medida modernizadas¹⁹, en especial la primera. En síntesis, no conviene buscar tan lejos como lo hizo Pérez Maričevich (1983) las raíces de la filosofía personal de vida y de acción que profesó Félix de Azara. Lo más posible es que el militar y naturalista aragonés jamás haya leído a los filósofos ingleses, tal vez tampoco a sus pares franceses, los **philosophes**, pero sí habrá recibido de ellos el enorme legado ilustrado una vez que éste estuviera incorporado a la cultura nuclear de su generación y en gran medida, mediado por entidades como las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. Si algo se esconde, sin la menor duda posible, tras los textos subsistentes de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, es la influencia de la la **Encyclopédie**²⁰, y eso activó en Félix de Azara un sustrato de ideas ya abonado por las obras, seguramente bien leídas por él, del padre Feijóo, a través de las cuales se insinuaron en su ánimo y propósitos, los postulados de la “**edad de la razón**”, como la denominan Will y Ariel Durant (1966). Entre los mismos, casi indudablemente deben contarse aquellos que le inficionaron de la algo más lejana influencia de Pierre Bayle (1647-1706), uno de los grandes predecesores del Iluminismo, cuyas ideas entraron en España mediadas principalmente por el benemérito padre Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro (1676-1764).

De Zaragoza salió Félix de Azara para ingresar como cadete en el Regimiento de Infantería, en Galicia, en el que pasó once meses –acerca de los cuales poco conocemos– para trasladarse después a la Academia Militar de Barcelona, donde su aprovechamiento en los estudios de matemáticas –además de la base que ya traía, seguramente de Huesca– le

hizo saltar el segundo curso y entrar directamente, en 1766, al tercero. Asistió al cuarto en 1767, y en seguida, rindió exitosamente sus exámenes para ingresar al Cuerpo de Ingenieros militares al finalizar ese año.

Desde este momento inició una carrera profesional, viviendo durante varios años dedicado a atender las tareas específicas de un ingeniero militar, ejecutando fortificaciones y canalizaciones, en Figueras, en Alcalá y Guadalajara (Castellanos de Losada, 1847a: 223; Torner y de la Fuente, 1892: 20), y después en Mallorca (Islas Baleares).

Este largo período de casi ocho años, entre 1768 y 1775, puede encerrar otro de los nudos decisivos en la vida y la mentalidad de Félix de Azara. No fueron años de cuartel con sus rutinas grises y apabullantes, sino de campamentos de obras o de residencia en aldeas rurales próximas a los emprendimientos de canalización, drenaje o fortificación²¹. En ellos trataba con sus camaradas, en especial con funcionarios, con técnicos y con la población civil. Estaba lejos de la vida social, cortesana, e incluso de la cuartelera de la infantería y de la tropa común.

La campaña de Argel

En 1775 fue movilizado Azara para participar de un intento de ocupación militar de Argel, en el norte de África, siendo herido gravemente en el primer desembarco (Torner y de la Fuente, 1892: 30-31). Este período de la vida de Azara suele ser repetido reiteradamente en todas las biografías, pero la información colateral acerca del acontecimiento

miscelánea de elementos positivos y negativos. Junto a los positivos, “... otros negativos e inquietantes: universidades abrumadas por la religión y mantenidas en la ignorancia por el escolasticismo rígido (hasta 1808)...”

²⁰Afirma Sánchez-Blanco (2002: 184) que “Ningún historiador pone en duda que, por regla general, cuando en España se habla de libertad en el comercio de granos, de normas mejores para el sistema educativo, de reconocimiento de derecho de todos a intervenir en asuntos de gobierno, de libertad de opinión e imprenta o de reformas políticas de acuerdo a la virtud republicana y no al honor aristocrático, detrás de ello suele haber algún texto impreso en francés...”

²¹Capel (2003) aporta unos comentarios esclarecedores al respecto: “El de Ingenieros militares era un cuerpo de dedicación plena y de fidelidad a toda prueba. Habían de tener una disponibilidad absoluta para dirigirse a los destinos y misiones que el gobierno les encomendara. Lo cual en el contexto del siglo XVIII significaba estar disponibles para dirigirse a cualquier lugar del Imperio, no sólo en los reinos metropolitanos sino también en África, América y Filipinas. Vale la pena recordar que muchos ingenieros estuvieron asignados a las fortificaciones de las plazas del norte de África y de Canarias, y que cerca de 300 ingenieros tuvieron empleos en Indias. Algunos permanecieron durante muchos años en aquellas lejanas tierras, incluso en contra de sus insistentes peticiones para volver a la Península”.



en sí, de la participación general que le pudo haber correspondido al joven oficial, que tenía treinta y tres años al caer herido en la playa argelina y demás datos conexos es muy pobre. Sabemos que primero fue dado por muerto, y que finalmente lo recogieron de la playa y que un soldado le sacó con su cuchillo la bala que había entrado cerca de la tetilla izquierda y se había desviado con gran destrozo óseo costal.

En su extensa revisión bibliográfica acerca de la época de Carlos III, Aguilar Piñal (1988), apenas si brinda unas pocas referencias, ninguna de carácter abarcativo sobre el tema. Dice de ella John Lynch (1991:279): *“La expedición a Argel fue un modelo de incompetencia militar. Los preparativos fueron extraordinariamente caros pese a que las soldadas de las tropas se pagaron con retraso. Se invirtió un tiempo excesivo en reunir una fuerza de 20.000 hombres y 40 barcos y, sin embargo, los mandos del ejército no se preocuparon de informarse respecto de la fuerza del enemigo y la configuración de la costa argelina. Por su parte, los argelinos esperaban a los españoles, para quienes todo fueron desgracias. El lugar de desembarco fue mal elegido, todo el ejército desembarcó al mismo tiempo, y comenzó a avanzar hacia el interior, donde se convirtió en un blanco fácil para un enemigo que no podrían ver. Además no existía un plan de reserva. Las fuerzas españolas recibieron un severo castigo, sufrieron 5.000 bajas entre muertos y heridos y reembarcaron de forma ignominiosa para regresar a España.”*

Hemos incluido esta extensa relación porque le atribuimos un papel de extrema importancia en la vida de Félix de Azara. Debemos destacar lo señalado previamente en cuanto a que la mayoría de las biografías da al suceso como un hecho anecdótico, al que se cita casi circularmente —es decir, los diversos autores repiten como fórmula obligada su participación en este infortunado suceso militar, sin más colateralidades y sin mayores reflexiones al respecto— pero, al hacerlo no se asume lo decisivo que tuvo que haber sido en la vida de un hombre de su origen y formación, toda la serie de quiebres provocados en él por la aventura argelina.

En primer lugar, Félix de Azara fue una de las 5.000 bajas y, entre ellas, uno de los 3.500 heridos graves, al punto que pudo haber sido dejado tendi-

do en la playa africana como muerto —y para morir poco después— de no haber mediado una serie de circunstancias casi providenciales. Las situaciones de muerte son revulsivos mayores y mucho más lo eran en esos tiempos en los que subsistía una espiritualidad ontológica que otorgaba a una casi muerte, el papel de un encuentro dramático con el destino y con la idea del más allá.

Mientras recuperaba su comprometida salud, tuvo noticias Azara de las declaraciones del general Alexander O'Reilly, favorito del ministro Wall, responsabilizando a la cobardía de las tropas por el fracaso militar en Argel. Eso motivó que los oficiales de Cádiz y de Barcelona —sus propios camaradas— se sublevaran como manifestación de protesta. También acrecentó el desprestigio público del estamento militar, que estaba bastante difundido en esos años en toda España.

Además, existe consenso en los historiadores acerca de un descontento general militar durante la época de Carlos III, éste viene de lejos, seguramente desde el cambio de dinastía, y tiene relación con cierto “uso” que realizó el poder con respecto a ellos. Pérez Picazo (1966, I: 126), opina que a partir del ascenso al poder de la nueva dinastía en el siglo XVIII, cuando con respecto a las clases medias “... en su seno buscó el nuevo gobierno los hombres necesarios para reclutar el personal de los consejos intentando apoyarse en ellos para oponerse al intratable partido de la oposición organizado por los Grandes. Los militares y funcionarios, en masa fueron captados por este sistema...”. De ellos derivó el hecho de que el ejército en general pagara un alto precio institucional por las situaciones tensas y por las políticas desacertadas. Pero, avanzado el siglo y ya bajo Carlos III, aparece un “tinte político” en las disidencias, que “... animará a las que se producen, por ejemplo, con motivo del desastre de Argel y O'Reilly, con tonos acerados contra el gobierno de Grimaldi, y que jugaron un buen papel en su caída...” (Egido López, 2002: 325)

Justamente en el período prolongado de restablecimiento de sus graves heridas tuvo don Félix, no sólo la oportunidad de analizar su situación como militar y la orientación general de su vida, sino también una mayor disponibilidad de tiempo y de calma

como para realizar –en forma bastante acotada temporalmente pues sólo dispuso para ello de cuatro años– una serie de actividades civiles, que consideramos pudieron ser decisivas para el rumbo que tomaría su vida ulteriormente.

La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País

A nuestro entender, fue en el relativamente breve período en el que actuó en esta casi arquetípica concreción ilustrada, donde hay que buscar la génesis de la mentalidad del Félix de Azara adulto que partiera hacia América, a los 39 años de edad. En estos años, que fueron en los que debió predominar el forzado reposo por su herida, debió leer y enterarse de muchos aspectos novedosos de la sociedad española y del mundo ilustrado.

No sabemos si tuvo en sus manos la **Encyclopédie Méthodique...**, pero básicamente se inspiran en ella las actuaciones de la Sociedad Aragonesa de Amigos del País, a la que se incorporó enseguida que la misma fuera creada oficialmente –la autorización real llegó a Zaragoza el 3 de febrero de 1776– por lo que podemos suponer que tanto don Félix como alguno de sus hermanos (casi seguramente Francisco Antonio, además de José Nicolás) participaron de las gestiones previas para fundarla²².

En el ideario teórico y práctico de la Sociedad se puede rastrear un fuerte componente enciclopédico, incluso con tonalidades rousseauianas, enfocado hacia la educación, la promoción económica y de la ciencia aplicada, así como hacia la superación de las formas de atraso que subsistían en la España preilustrada. Es indudable que si en algún momento de su vida y formación está la clave del pensamiento azariano, el mismo corresponde a este período. Cada uno de los escritos emanados de la Sociedad es un testimonio del ideario que más tarde desarrollaría o reiteraría Azara en sus escritos y en su actuación práctica.

Lo lamentable es la escasez de material documental disponible. Serían aportes de invaluable

valor al respecto, las actas de las discusiones en el seno de la Sociedad (abolida en 1803, al recrudecer la reacción absolutista en el reino, cuando ya en España había casi ochenta instituciones similares, según Tortella, 2002: 340), los manifiestos y publicaciones de la Sociedad de las que Álvarez Junco (1968:318-319) cita varias, de las cuales –al menos dos– fueron editadas en tiempos muy cercanos a los de la plena participación de don Félix, aunque éste ya no estaba en España: **Proposiciones de Economía Civil y Comercio** (Zaragoza, 1785) y el **Discurso sobre la utilidad de los conocimientos económico-políticos** (Zaragoza, 1784).

En 1792, no hay nada más adecuado para caracterizar lo que pudo ser una respuesta y una guía interior para la situación que Félix de Azara estaba viviendo por entonces, que un breve texto, extraído de las Actas de la Escuela de Dibujo de la Sociedad: *“De cosas extraordinarias es capaz el hombre. En medio de sus necesidades y atormentado por sus pasiones, cuando una suerte inevitable le sustrae todos sus socorros, encuentra lo que necesita dentro de sí mismo. Por más que la falsedad haya extendido su dominio y que de éste haya nacido el error, el hombre piensa y encuentra la verdad...”* (Álvarez Junco, 1968: 306). La delicadeza y espiritualidad de estas consideraciones muestran qué profundamente buscaba la perfección humana el grupo esclarecido que actuaba en Aragón y al que se asimiló Azara. Es posible que el núcleo fuera predominantemente doctrinario y pragmático, más que intelectual ó político, y que se hubiera fijado un criterio moral y patriótico, en consecuencia del cual sus integrantes estuvieron dispuestos sincera y decididamente a vivir dentro de los cánones que se fijaron.

Es necesario destacar que resulta difícil para el lego entender la existencia de una generación entera poseedora de una elite empapada de tan alta dosis de idealismo y de preocupación como se dio en la que denominamos “generación española central de las Luces”. En la actualidad la situación es muy diferente, con otros referentes éticos y otras motivaciones intelectuales y doctrinarias. Sin embargo, existen otros puntos de referencia en la historia es-

²²Entre los integrantes se contaban, como “... *eminentes personalidades fuertemente relacionadas con la Sociedad...*” “... *el conde de Aranda, Ignacio de Asso, los hermanos Azara y Pedro Gregorio de Echeandía*” (Álvarez Junco, 1968: 304).



pañola, por ejemplo en la generación llamada **krau-sista** de la segunda mitad del siglo XIX, en la que varios de sus miembros fueron también de espíritu esclarecido y vivieron con gran abnegación, entregados casi a un apostolado por la que consideraron “su España”. Eso sin ir particularmente a las personalidades que sufrieron como propias las circunstancias españolas, como tan intensamente se dio en los casos de Mariano José de Larra, Ángel Ganivet, Miguel de Unamuno, Joaquín Costa y José Ortega y Gasset, entre otros.

Félix de Azara no improvisó en América del Sur cuando se hizo naturalista. No lo hizo porque desde poco después del primer viaje de Colón, ya comenzó la Corona a generar ordenanzas, instrucciones, cédulas y pragmáticas, reclamando a todos los funcionarios, viajeros y agentes del reino, la provisión de elementos y noticias acerca de los recursos vivos, mineros y humanos de las posesiones ultramar.

Don Félix no hubiera podido dedicarse a las artes pictóricas o a componer poemas sin encontrar trabas si su distracción de tiempo fuera significativa, pues eso no estaba previsto implícitamente entre sus funciones, pero sí pudo desarrollar la tarea de naturalista.

Además —y sin contar lo que suponemos que pudo ser la relación con su hermano José Nicolás

y con la obra de William Bowles (1775)²³— ya había una preparación en él para actuar como lo hizo: volvamos para ello a Álvarez Junco (1968: 306): “*Fueron propuestas por Ignacio de Asso²⁴, y llevadas a la práctica por Larrea, las cátedras de botánica y química, así como la formación de un gabinete de Historia Natural, y entre los científicos relacionados con estas instituciones destacan Gregorio de Echandía, el mismo Asso, Félix de Azara y Alejandro Ortiz; “podemos lisonjearnos que ésta es la época en que la naturaleza nos va a manifestar sus ocultos arcanos, y hasta su mismo lenguaje”, dijo Echandía en su apertura, expresando la fe y el interés que los estudios de las ciencias naturales despertaban en el momento. Una escuela de agricultura se formó también con objeto de enseñar a los labradores prácticas de cultivo, de leerles a los clásicos en la materia y hacerles aprender aforismos; Sástago convirtió su jardín en un verdadero laboratorio. Hubo una cátedra de Derecho Público y Filosofía moral, que tuvo corta vida, al ser prohibida por Godoy en 1794. Y, por último, existieron otras realizaciones culturales como la escuela de veterinaria o el museo de medallas y monedas antiguas, en las que no nos podemos detener.*”

Según Pérez Maricevich (1983: 51): “Azara carecía de sólida preparación científica y filosófica, pero estaba empapado de las ideologías de su época, en una sorprendente mezcla de racionalismo francés de pura esencia cartesiana y de empirismo

²³Esta obra no aparece mencionada en la “reconstrucción de la biblioteca de Azara” que realizan Mones y Klappenbach (1997), pero Sánchez de Espinosa (1997: 84) dice acerca de ella, lo siguiente: “La colección particular de Jaume Josa de Barcelona, guarda un ejemplar de esta edición, encuadernado en pergamino, que perteneció al naturalista y explorador del Paraguay, Félix de Azara, hermano del diplomático”. Esta cita significa no sólo la comprobación de que don Félix conoció y tuvo como suyo, al menos el primer tomo de la obra de Guillermo Bowles (1775, en dos volúmenes, el segundo aparecido en 1782), sino que es la primera confirmación de una obra poseída personalmente por el naturalista. Faltaría saber si la llevó a América o le fue enviada allá, y hasta qué punto la consultó antes. Es necesario un estudio detenido de la obra del naturalista irlandés. La misma fue publicada en español con el auxilio de José Nicolás de Azara. El segundo tomo es póstumo, pues Bowles murió en 1780.

²⁴Ignacio Jordán de Asso y del Río (1742-1814). A propósito de él dice Josa Llorca (1992: 135): “La atracción por la Historia Natural en algunos profesionales alejados de la misma propició, en algunas ocasiones, resultados aceptables en estas etapas fundacionales de la disciplina. La figura del jurista Ignacio de Asso es representativa de estas tendencias, y al igual que en otros casos, el contacto con naturalistas extranjeros determinó sus inquietudes naturalistas. Su época de cónsul en Amsterdam (1776) le permitió el contacto directo con los naturalistas holandeses y con la crónica reciente de la Historia Natural. Asso realizó distintos viajes por Aragón, publicando trabajos de Botánica y de Zoología. De particular interés es su *Introductio in Orytographiam, et Zoologiam Aragoniae* (1784)...” En la biblioteca de José Nicolás figuran un par de obras naturalistas interesantes de Asso (Sánchez Espinosa, 1997), que incluso revelan una estrecha relación entre ambos. Asso, nacido en Zaragoza, era coetáneo estricto de Félix de Azara. ¿Qué relación se dio —si es que la hubo— entre ambos? He aquí otra incógnita con valor posiblemente nodal.



inglés, todo lo cual había de venirle por conducto de Buffon, cuya Historia Natural produjo profunda influencia en su formación mental, pese a su obsesivo empeño en enmendarle en los detalles y aún en algunas de sus premisas fundamentales”.

Más tarde vuelve a afirmar: “... logró zafar del *determinismo naturalista de Buffon...*” al someter a crítica sus opiniones. Este juicio es arbitrario e inexacto. Azara no estaba empapado de ideologías de la época, sino que por el contrario, llegó a gozar –como muchos de los hombres esclarecidos del siglo XVIII– de una liberación de espíritu notable.

Menos aún de las ideas de Buffon, al que parece haber conocido tardíamente (después de 1796). Azara no había leído a Locke, Condillac ni a Hume, tampoco a los “**philosophes**” franceses. Es cierto que había algo de ellos –en especial de estos últimos– flotando en el clima moral e intelectual de su tiempo, como lo hemos visto en relación con las posiciones de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Antes bien, lo suyo puede sintetizarse como la culminación personal de una liberación de la escolástica, que en él llegó a ser, en su madurez, casi total, así como de toda forma de superstición. Ambos eran los objetivos intelectuales más relevantes de los ilustrados al intentar abarcar y comprender la realidad de su patria y de su tiempo.

El viaje a América

Fue otro elemento decisivo en la vida de Félix de Azara. A este tema lo dejaremos apenas esbozado. Es importante tener en cuenta que existiría documentación probatoria de que Azara pidió voluntariamente pasar a la Marina (Hérib Caballero Campos, *com. pers.*; Carmen Martínez Martín, 2006, en este volumen). Otra cuestión es si fue elegido para su misión, ya fuera por solicitud suya de alguna misión lejana; o por mero azar, adicionalmente a sus dotes como ingeniero y cartógrafo. También cabe pensar que pudo haberlo sido una decisión superior para alejar a un militar ilustrado peligrosamente radicalizado, de alto rango y estrechamente ligado a José Nicolás de Azara y al “partido aragonés”, en tiempos en los que la Corona estaba “de regreso” de algunas de sus políticas de apertura. Recordemos tan sólo que el proceso de Pablo de Olavide y Jáuregui, un ilustrado de altísimo rango, que fue entregado a las

manos de la Inquisición, había tenido su inicio en 1766 y que se levantaba lenta pero efectivamente una reacción absolutista en el seno de la realeza.

Su epistolario

Los epistolarios se cuentan entre los más ricos veneros de información biográfica. Hay casos en los que hasta puede llegar a desplazar otras fuentes en la primacía para fundamentar un intento biográfico o constituirse en un problema y en un desafío para el biógrafo tradicional, más aún en los casos en los que se presenta un epistolario previamente desconocido para todos.

Los hombres del siglo XVIII fueron en general grandes cultores del género epistolar. Un caso particular es el de Leandro Fernández de Moratín, cuyo más completo epistolario fue dado a conocer por Andioc (1973), abarcando 389 misivas, pero se cuenta con colecciones editadas de cartas de numerosos protagonistas de la España de la Ilustración, incluyendo a Tomás de Iriarte, Francisco de Goya, José Nicolás de Azara, Gaspar Melchor de Jovellanos, entre otros. Por su parte, Félix de Azara fue un buen corresponsal. Él mismo relata en una de sus misivas escritas desde San Gabriel de Batoví que al regresar de una estada en campaña había encontrado un gran monto de correspondencia a responder.

Se han publicado algunas de sus cartas, nunca recopiladas en conjunto, sino por orden de descubrimiento o por la necesidad de incluirlas en algún contexto.

Se conoce correspondencia azariana publicada principalmente por Walkenaer, 1809; de Angelis, 1836, 1970; Castellanos de Losada, 1856; Azara, 1862, 1943, 1970, 1994; Torres, 1907; Barras de Aragón, 1915; Anónimo, 1916; Donoso, 1958; Acosta y Lara, 1961; Campal, 1969; Baulny, 1969, 1971; Campal, 1969; García, 1971; Abadie Aicardi y Abadie Aicardi, 1977; Mones y Klappenbach, 1997.

El autor de este ensayo tiene en prensa un epistolario comentado y anotado, que reúne la mayor parte de las cartas conocidas de Félix de Azara (Contreras Roqué, M. S. 2) que apenas si superan



el centenar y abarcan, casi exclusivamente el período americano a partir de su llegada a Asunción, en febrero de 1784 y continúan hasta 1806, cuando llevaba a cabo gestiones relacionadas con la edición de sus obras americanas.

Deben resaltarse dos características del producto del género epistolar cuando alcanza su valor de documento. La primera es que la reunión de un epistolario más o menos completo requiere años y multiplicidad de fuentes. Salvo en los raros casos en los que el interesado llevaba copia de su correspondencia, la misma ha seguido una suerte ligada a la del destinatario: en general sólo a la muerte del mismo se liberan las misivas de su discreto encierro. A veces los descendientes destruyen todos esos testimonios; en otros casos los abandonan y se encargan de hacerlo los hongos, los insectos y la humedad. Más de una vez se produce la destrucción selectiva de muchas piezas epistolares con el fin de resguardar intimidades, la fama o la virtud de terceras personas o la confidencialidad de algunos asuntos comprometidos o comprometedores. La propia correspondencia de Leandro Fernández de Moratín sufrió parcialmente ese tipo de destrucción parcial (Andioc, 1973: 18).

En el caso particular de Charles Darwin (Bowler, 1995) su correspondencia personal —que se sospechaba reducida a unos pocos centenares de piezas— sufrió las consecuencias de lo que se ha dado en llamar “**franciscanismo**”, es decir, la acción de Francis Darwin, el hijo del naturalista del **Beagle**, que temió que el conocimiento de la correspondencia de su padre pusiera en descubierto aspectos íntimos de su pensamiento que afectarían particularmente al prestigio y la posición social de una “familia cristiana”, como lo era la suya. Afortunadamente Francis limitó sus acciones al riguroso ocultamiento de la mayor parte de las piezas que tuvo a su alcance y juzgó impublicables, y publicó el resto en tres volúmenes, en 1887²⁵ (su padre había fallecido en 1882). A esa publicación añadió otra en dos volúmenes adicionales en 1903. Por su parte, su hermana Emma, incluyó muchas de esas cartas además de alguna novedosa en dos volúmenes publicados en

1915. En 1946 la nieta del naturalista, Nora Barlow, agregó a las cartas conocidas otras 36, que databan de su viaje en el **Beagle**. Finalmente el arca cerrada se abrió y hubo una aparición torrencial de cartas del antepasado ilustre. La Cambridge University Press publicó siete volúmenes de **The correspondence of Charles Darwin** entre 1985 y 1991, sin agotar la vasta colección a la que un catálogo: **A Calendar of the Correspondence of Charles Darwin** (1985), enuncia como compuesta por la casi increíble suma de 13.889 piezas.

El poder de un epistolario es tal que de todo eso surgió, no sólo un “nuevo” Charles Darwin, al que recién van perfilando las investigaciones modernas, sino lo que se ha dado en llamar “**la industria Darwin**” (BOWLER, 1995: 14) por la verdadera usina de trabajos sobre el autor de **El origen de las especies** que generó y genera el material liberado, a tal punto que el citado autor ha llegado a decir, anonadado por la riqueza documental “... *no creo que una biografía convencional de Darwin sea necesaria, ni siquiera posible...*”

Infelizmente en el caso de Félix de Azara no ha sucedido lo mismo. Si Darwin debió sufrir post-mortem el “**franciscanismo**” de su hijo Francis, Azara experimentó el “**agustinismo**” de su sobrino Agustín de Azara, Marqués de Nibbiano, que llevado por sus intereses personales, políticos y de relacionamiento social, consideró negativa la exhibición pública del material epistolar de su ilustre tío y se deshizo del mismo. Posiblemente tocó la misma suerte a los papeles y cartas de José Nicolás de Azara, con la salvedad de que la residencia europea de este último, en lo más central y activo de la Ilustración, dispersó centenares de cartas que no llegaron a ser recuperadas por la familia y ulteriormente pudieron ser recogidas y publicadas.

Nunca se recuperaron papeles ni correspondencia de posesión familiar. Lo salvado, a su vez, corrió variada suerte. Hubo colecciones de cartas que fueron a dar a manos del ya citado erudito italo-rioplatense Pedro de Angelis, quien las publicó en una versión “modernizada” y tal vez no muy fiel en

²⁵En esa correspondencia publicada se manifiesta la huella de Francis Darwin, que con obstinación victoriana suprimió los pasajes que en alguna medida pudieran ser delicados o comprometidos desde el punto de vista familiar o religioso.

1836 (reeditadas en de Angelis, 1970). Otras, las destinadas a Miguel José de Lastarria (1759-1827) fueron conservadas y muchas de ellas ya han sido publicadas (Donoso, 1958). Algunas más sobrevivieron en el Archivo Nacional de Asunción, ya sea en la propia capital paraguaya, o entre el material del mismo saqueado por los ocupantes brasileños de 1869-1876, depositadas desde entonces en Río de Janeiro.

Se han hallado y publicado cartas en colecciones y museos de España, en archivos particulares y públicos de Buenos Aires y de Montevideo, Sin embargo, queda sin respuesta una inquietante pregunta: ¿Qué sucedió con la profusa correspondencia recibida en América por Félix de Azara?, ¿La llevó consigo a España al regresar, la destruyó o la dejó en manos ajenas al retornar a la metrópoli? Muchas de esas cartas debieron encerrar testimonios de la evolución de sus intereses y reflexiones científicas, como las intercambiadas con los miembros de la expedición de Malaspina. Sabemos de correspondencia enviada y recibida en una comunicación activa con Antonio de Pineda y Ramírez, quien le escribía desde la costa del pacífico y en particular desde Ecuador cerca de 1790.

Otro capítulo a dilucidar en lo que respecta a la correspondencia azariana es saber qué sucedió con la correspondencia sostenida por don Félix con su hermano José Nicolás, con quien seguramente la tuvo y, muy posiblemente, asidua.

Selección de su epistolario²⁶

“Dejo aparte lo sensible que me es la consideración de que paso la mejor parte de mi vida y de los años más útiles de ella en este destierro, viendo que he de acabar el resto de mi existencia inútilmente o habré de pedir mi retiro de esta veterana partida, porque los hombres no son eternos...” Curuguatí, Paraguay, 30 de julio de 1791 (Azara, 1970: 397-399, al Señor Virrey, para que se retiren las partidas).

²⁶Tal como se enunció antes, se han seleccionado aquellos fragmentos de su correspondencia que mejor contribuyen a caracterizar la intimidad del autor. En los casos posibles se ha respetado la ortografía de la época. Se dedican muy pocos comentarios a estas muestras, que hablan por sí mismas.

²⁷Alude a la Banda Oriental.

En sus cartas son frecuentes las referencias doloridas a su deseo de regresar: *“Nada hé sabido de mi relevo, y no lo extraño por qe la Corte [no] está p^a pensar en estas cosas: sin embargo crece cada dia la impaciencia en mi de marchar sin qe yo pueda explicar á Vmd lo insufrible q.e me [e...] destino tan largo, en q.e me veo precisado a [contestar] [en] asuntos [ridículos]. Quiero irme a un rincón donde no oiga cosa alguna de las q.e pasan en el mundo”*. Paraguay, 19 de diciembre de 1794 (Mones y Klappenbach, 1997: 179, a don Pedro Cerviño)

“Quando [vmd] vuelva creo me hallará en ésa porque [es]pero retirarme antes que llegue nuevo Virrey. De esto se me dán esperanzas y confío que le verificarán. Puede vmd. Considerar quanto deseo verme en esa y salir de esta desdicha y centro de todas las iniquidades”²⁷. Cerro Largo, 31 de marzo de 1798 (Mones & Klappenbach, 1997, p. 183, a don Pedro Cerviño).

“... no sé lo q.e hé de hacer [ni] lo que querrá el gobierno. No puedo explicar a vmd [la] falta que me hace, porq.e el Piloto no tiene [...te] [práctica] y yo no puedo suplir porque otros mil asuntos [me] tienen tan aburrido que aseguro a vmd que la vida tan [ap]reciable para otros, es para mi quasi insufrible” Batovi, 9 de diciembre de 1800 (Mones y Klappenbach, 1997, p. 184, a don Pedro Cerviño).

“No hay duda que Dios dirige estas cosas pues vemos que prosperan mas de lo que se podría pensar; pero un destierro como este que es centro de todas las iniquidades, y donde no veo ni oigo cosa que me guste, cargando todo sobre mi, hasta una mesa de diez cubiertos, no puede menos de disgustarme. Sufro sin embargo y todo lo ofrezco a Dios por mis pecados, y sufriré si es menester hasta dejar el pellejo: lo que deseo es que Dios quede servido y estos payses aventajados. Lo que no dudo es que aunque mis ideas no tubiesen cumplido efecto en la actualidad, le tendran antes de quatro años porque vencidos los primeros pasos, todo se sigue de nece-

sidad. Yà el Señor está cansado de tanta iniquidad, y quiere dar nueva forma a las cosas. Celebro que S. Ex^a piense como yo, y puede estar seguro que no le propondré ni haré sino lo que me parezca mas justo y virtuoso sin dexarme llevar del interes, porque yo nada deseo en la tierra” Batoví, 12 de diciembre de 1798 (Baulny, 1971: 251-253, a don Miguel José de Lastarria).

“No sé hacer milagros ni vencer imposibles; y si hasta aqui hé conseguido lo que nadie imaginaba, no por eso dexo de conocer las dificultades. Vmd me saca la cuentas de Irala; pero hay infinita diferencia: sus soldados, aunqe pocos eran hombres, y yo no puedo contar con uno: al contrario es menester precaverme de todos porque son una canalla qual no se la puede figurar. Por lo que hace a mi, hago lo posible por resignarme, aunque padezco infinito mas que otro padecería por la extraordinaria sensibilidad de mi corazon que se incomoda de no ver ni oír sino iniquidades ni trata de otra cosa que de asuntos los más opuestos a mi carácter. En quanto al honor que Vmd me profetiza, yà no apetezco tales cosas y estoy cansado de ver que he trabajado toda mi vida con mucha honra, sin que nadie me haya hecho caso. Si viene el Virrey que dicen, aunque no lo creo, verá vmd al instante que el Inspector y los hijos del Virrey se vienen por la noche y se van por la mañana diciendo que no he practicado sino desatinos, y que ellos lo hân dispuesto todo. Estoy cansado”. Batoví, 2 de enero de 1801 (Baulny, 1969: 253-255, a don Miguel José de Lastarria).

“Celebro que los discípulos de vmd vayan tan adelantados, y me alegraría oírles en el certamen; pero mi suerte siempre infeliz parece quiere que yo perezca entre las fieras. No creo la mudanza de Virrey, si se verifica todo esto quedará olvidado, aunq. e podría ser que algun[os] metiesen al nuevo en la cabeza el continuar para conseguir ascensos a costa del sudor de mi rostro. Yo se los cedería de buena gana con tal q.e me sacasen tanta desdicha, porque nada deseo de quanto tiene el mundo sino retirarme a un rincón donde nadie me conozca.” Batoví, 2 de enero de 1801 (Mones y Klappenbach, 1997: 185, a don Pedro Cerviño).

“Lo que siento es la infinidad de trabajos y angustias que me esperan. Todos cargan sobre mi y no hay auxilio humano. Me dan doscientos Blandengues que estan a pie, y aun creo sin armas ni municiones; porque son una gente absolutamente indisciplinada, sin oficiales, y capaz de destruir al mundo entero. No hay con quien compararlos siendo les igualmte desconocidos el honor, pudor, vergüenza, subordinacion, respeto y enfin nada de bueno tienen, y cada uno junta todo lo malo de que es capaz un hombre. Enfin repito que es bien triste vivir de este modo. Si Dios me da paciencia y su gracia seré un gran santo. Aseguro a vmd que si alguna vez me ocurre la muerte involuntariamte extendiendo los brazos para recibirla por no presenciar tantos objetos de iniquidad²⁸. Tenga vmd paciencia y sufra la relacion de mis angustias, pues es un desahogo que bien lo necesito” Batoví, 16 de enero de 1801 (Baulny, 1969: 255-256, a don Miguel José de Lastarria).

“Enfín a S.E. escribo de oficio con deseo de acertar y sin pretender que mis opiniones sean las mas seguras y excentas de todo inconveniente. Como en todas mis ideas me veo solo porque nadie piensa como yo, me sucede aratos que dudo si estoy loco viendo que soy solo en todo, y que quanto digo a todos coge de nuevo. Por lo demás sufro y padezco mucho. Algunas veces me desahogo con vmd; pero nada de eso trasciende a mis obligaciones ni altera mi plan, que se seguirá al pie de la letra como no me falten los auxilios precisos, que no serían muchos porque no he de pedir gollerias, pero si me cortan lo necesario me arrepentiré infinito de haberme adelantado tanto” Batoví, 13 de febrero de 1801 (Baulny, 1969: 256-258, a don Miguel José de Lastarria).

“... si viene otra Tropa trataré de formar otra Villa en la otra banda de dho. S.ta Maria o Ybicuí, y me retiraré sin dar un paso mas. Lo q.e yo hé padecido por todos lados es infinito. M[i] salud se há desmejorado notablemente y en una palabra yo he sido sacrifica[do]. Me dieron un Ministro de hacienda de quien en seis meses no hé podido tener contestación a nada, y m[e] hé visto en la precision de

²⁸Téngase en cuenta este párrafo para evaluar las conclusiones acerca de las relaciones de Azara con Artigas, oficial de Blandengues, tal como lo sostiene el integrismo artiguista uruguayo.



recurrir a los Portugueses por varios útiles que necesitaba. En fin por todos lados no es creíble lo que he padecido y deseo [lo]grar un momento de descanso. Pa[ra] esto pienso solicitar mi regreso al Paraguay, donde me podré distraer y recuperarme.” Batoví, 20 de marzo de 1801 (Mones y Klappenbach, 1997: 185, a don Pedro Cerviño).

“Amigo Lastarria: como vmd no conoce como yó las cosas del río de la Plata, la estupidez de sus moradores y el nuevo Gobierno que se nos prepara, no llega vmd a preveer que todo quanto hé hecho vá a ser abandonado y destruido aun antes de salir vmd hacia España. En vano el Sr Avilés y vmd ponderarán la importancia de estas cosas, porque sera hablar con muertos. Lo que yo aseguro es que haré quanto esté de mi parte para no adelantar mas nada y llorar lo que hé hecho incitado de las infinitas instancias de Vm. y del Sr Virrey, para que luego carguen sobre mi las malas y fatales resultas que yo preveo y tengo sobre mi corazón, viéndome totalmente abandonado sin que el Gobierno me franquée el menor auxilio, y sin que el Ministro de hacienda me quiera contestar. Yò no pienso sino en retirarme a toda costa, y no a esa [Buenos Aires], donde me pueda jorobar el gobierno con informes y Comisiones difíciles y sin auxilios, sino al Paraguay, y si pudiese al mismo Polo antartico donde no viese ni oyese lo que por mis pecados estoy precisado a ver y oír, y a sufrir por todos lados y líneas. Quantas veces me hable vmd de estas cosas, y quanto mas vmd las pondere, no oírás vmd otra contestación mía sino la que vmd lee.” Batoví, 3 de abril de 1801 (Parcialmente publicada por Baulny, 1969: 237; aparece completa, pero con variaciones ortográficas en Baulny, 1971: 262).

“... pero dexemos esta conversacion para mi tan sensible, y basta sepa vmd que pienso no tardar en solicitar mi regreso²⁹. Ningun pays há necesitado tanto como este de instrucc.n. Todo el patriotismo de las gentes se limita [a] aborrecer el gobierno mas suave del mundo; y a todo Europeo sin excluir a su padre si lo es. Pero nadie cuida de la felicidad de la Patria ni de la suya en particular. Al contrario, todos [c]onspiran a su infelicidad...” Batoví, 23 de abril de

1801 (Mones y Klappenbach, 1997: 186, a don Pedro Cerviño).

“[en el correo] pasado avisé a vmd la orden que tengo de pasar a la Corte en la primera ocasión que se me presente. Ha venido S. E. el Gobernador de Montevideo, y creo debo esperar a que el Virrey tome determinacion sobre estas cosas. Entre tanto pasado mañana cuento salir para el Cerro Largo con el fin de tener estas cincuenta leguas menos quando llegue el aviso del Virrey. Dios ha querido favorecerme sacandome de un pays en que no había comisión peligrosa y de infinito trabajo que no se quisiese poner a mi cuidado. Ahora querian soplarme el resguardo de esta frontera y campañas sin mas auxilios de los que he tenido en esta Población; y el Sr. Avilés meditaba por otro lado enviarme al Paraguay. Pero dexemos esto para la visita que espero no tardará aunque el tiempo es el peor del mundo.” Batoví, 20 de junio de 1801 (Baulny, 1971: 262-263, a don Miguel José de Lastarria).

Acerca de la situación administrativa en España: en cuanto al personal que enviaban a las Indias, dice Martiré (2002: 73): “Al igual que cuando toque seleccionar virreyes y gobernadores, debiendo trasladarse a esas colonias a los sujetos que hayan dado pruebas en España de buenas condiciones de gobierno, aun contra su voluntad, pues “ninguno que sirve al Estado puede sustraerse a las cargas de él ni frustrar el derecho que tiene el mismo Estado de valerse de sus talentos y virtudes”, (art. XCIII)” de la **Nueva Ordenanza de Intendentes** elaborada por Jorge Escobedo en 1802.

Su honradez y espíritu de servicio

En la carta N° XXXIX de su **Correspondencia** (Azara, 1971: 434), después de dar cuenta al Virrey de la sospechosa conducta del gobernador D. Joaquín de Alós y Brú, dice don Félix: “... todo lo cual ha podido muy bien haberlo hecho este gobernador sin malicia: pero la política y buen juicio exigen que yo lo ponga en noticia de V. E.; porque en materias tan graves, que pueden acarrear fatales resultas, se debe precaver aun lo que parezca imposible. Por lo

²⁹Aquí expresa una vez más sus deseos de retorno a España. Al respecto existe una opinión aviesa y equivocada de Furlong (1971), quien se deja, una vez más, llevar por su mala voluntad jesuítica hacia Félix de Azara.



menos, creo que, sin avisar a V. E., no quedaría cubierta mi obligación ni satisfecho mi recelo.”

“Si se hiciesen otras, celebraría que algunos de esos empelucados hiciesen otro tanto; pero temo que estimen mas su dinero que el bien publico, y que el honor de Dios. Lo será ami ver mui grande que se celebren los sacrificios que le son mas agradables en estos payses que han sido el centro de todas las iniquidades. Quando llegué y algun tiempo despues no se hablaba aquí sino de iniquidades y de latrocinios; pero hace mas de tres mes[sic] que no se verifica uno. Quando hablo con vmd me difundo mas de lo que debiera por que me parece que en esto hallo algun consuelo sin advertir que le distraigo y molesto. Tenga vmd paciencia” Batoví, 5 de marzo de 1801 (Baulny, 1969: 260-262, a don Miguel José de Lastarria).

Acerca de sus virtudes de honradez y dedicación a sus obligaciones es ilustrativo el juicio de quien fuera el Virrey Avilés: “... la divina providencia que, por sus inescrutables juicios tan benéfica se muestra conmigo, sólo por su infinita misericordia, me proporcionó al Sr. D. Félix de Azara, capitán de navío de la Real Armada, primer comisario de la tercera partida de demarcación de la frontera del Paraguay, quien se hallaba en esta ciudad [de Buenos Aires], **sugeto en quien había advertido un modo de pensar muy puro y cristiano, acompañado de un verdadero amor patrio, de cuyos estímulos animado, tomó gustosamente esta comisión sin más interés que el de manifestar su fidelidad al Rey y dedicación al bien común como buen patricio; incomodándose y haciendo los gastos de viaje y de su manutención y subalternos, por países despoblados...**” (del informe del Marqués de Avilés comunicado en 1805 a Walckenaer por D. Miguel José de Lastarria, según E. Álvarez López, 1936: 34).

Dice Cardozo (1961: 39): “Aguirre, como Azara, propuso una operación militar para recuperar los terrenos usurpados, incluso los de Cuyabá. La ocasión se le presentó al Gobernador Lázaro de Ribera, en 1801, que llevó por el río una poderosa expedición contra Coimbra. No obtuvo éxito en su intento. Su desgraciada suerte envalentó aún más a los portugueses. Azara regresó a España con la convicción de que el Portugal mantenía vivo su se-

cular proyecto de apoderarse de toda la provincia del Paraguay y del Río de la Plata...”. Dijo Azara al respecto: “... lo que habría sido lo mismo que perder toda la América meridional, porque la parte que nos hubiera quedado no haría el comercio con nosotros, sino con ellos” (Azara: **Memoria sobre el tratado de 1777**, Madrid, Mayo 14 de 1805)

La religiosidad de Félix de Azara

Éste es un tema particularmente delicado que excede las posibilidades de una exposición corta y generalizada como la presente. Por otra parte lo hemos desarrollado ampliamente en un ensayo próximo a publicarse. Aquí no podemos sino expresar tres cosas fundamentales. La primera es que el tema es complejo y permaneció muy encubierto en la personalidad manifiesta y pública de Félix de Azara, quien, como la mayoría de sus copartícipes generacionales, adoptó una posición pública a la vez crítica y –en cierta medida reñida con el clero regular y muchas veces con los obispos– y que en lo que respecta acciones prácticas (políticas y administrativas, en especial) fue pragmática y consideró a la religión popular necesaria al orden social y moral. Coincide Azara plenamente en ese aspecto con Jovellanos, aunque éste último tuvo harta mayor oportunidad de ser explícito sobre el tema y don Félix no.

La segunda es que Félix de Azara fue de una enorme contención en este aspecto. Lo que sintió y pensó lo llevó consigo. Era un campo peligroso, reinaba el miedo. Un miedo medular, profundo, mucho más que el simple temor a la Inquisición y al poder real. Es el miedo que hace callar porque corta el camino personal y social, porque si se traspasan ciertas barreras se pasa a la condición de réprobo y se corre el riesgo de arrastrar a muchos otros consigo. Si en nuestra época, que se proclama libérrima, el peso de lo que más de uno ha llamado canallesco, de lo que se llama “**lo políticamente correcto**”, fuerza silencios definitivos y generalizados, ¿Qué no originaría en el alma y en la intimidad más profunda de quienes vivieron hace dos siglos? Pérez Maricevich (1983) tiene razón, Félix de Azara era un “contenido”, actuaba y vivía como guardando una perpetua reserva de sí mismo, pero esa actitud sólo era evidente en el ámbito que tratamos.



La tercera conclusión es que Félix de Azara había desarrollado un sistema numinoso propio, que le dio consuelo y resignación —el **neojansenismo** que posiblemente profesó su hermano José Nicolás, era muy propicio para arribar a esa posición. Vivió con sentido ético profundo y con una idea del deber y del respeto hacia lo humano compartida con muchos de sus compañeros de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. De las **Actas de creación de la Escuela de Dibujo de Zaragoza**, que tuvo lugar en 1772, extraemos este párrafo singular: *“De cosas extraordinarias es capaz el hombre. En medio de sus necesidades, y atormentado por sus pasiones, cuando una suerte inevitable le sustrae todos sus socorros, encuentra lo que necesita dentro de sí mismo. Por más que la falsedad haya extendido su dominio y que de éste haya nacido el error, el hombre piensa y encuentra la verdad...”* (Álvarez del Junco, 1968: 306).

Como ya señalamos, tuvo una visión típicamente ilustrada de la necesidad de la práctica religiosa para el hombre ignorante, que sacaba de ella provecho para sí mismo pues disminuía su soledad y desamparo y al par incrementaba la capacidad de organización civilizada de la vida social. Dice Baulny (1969: 235): *“... Azara está impresionado por lo que hoy llamamos desculturación, fenómeno que observara en los hombres que vivían en la más absoluta soledad, sin vecinos y sin familia, con la sola compañía del ganado al que vigilaban. Piensa en el magnífico papel que puede jugar el cristianismo y quisiera que cada centro constituyera una parroquia y tuviera un sacerdote. Su correspondencia con su amigo Lastarria es muy significativa sobre este punto...”* y sigue el mismo autor en la página siguiente: *“... esta idea del rol civilizador de la Iglesia, Félix de Azara la pone en práctica fundando él mismo una parroquia: San Gabriel de Batoví...”*

Ese sentido ético profundo le llevaba a veces al desaliento al percibir su entorno huérfano del mismo, es así que en carta a Pedro Cerviño (Mones y Klappenbach, 1997: 179), del 19 de diciembre de 1794, le dice amargamente: *“La reflexión me hace ver una corrupción universal y q^e ninguna Nación nos iguala en abandono, despilfarro, poca prevision y ninguna política. Dios nos ha dado á manos lle-*

nas y todo lo desperdiciamos por n^{ra} bestialidad, y ningun Patriotismo, ni principio del verdadero honor: los rarissimos sugetos q^e piensan bien estan arrinconados; y sin tener fuerzas p^a resistir la corrupcion general, son el objeto de la ira, murmuracion y desprecio universal. Quando pienzo en estas cosas me entristezco lo q^e no puedo decir consolandome unicamente saber lo poco q^e me resta q^e vivir.”

Su vida familiar

Como muchos de los ilustrados españoles de su generación y de las inmediatas precedentes y siguientes, Félix de Azara permaneció soltero, al igual que su hermano José Nicolás. Tal fue el caso también de Jovellanos, de Leandro Fernández de Moratín, de José de Cadalso, de Juan Pablo Forner. Más allá de haber sido una forma de comportamiento modal en cierto sector más esclarecido de esa época, pesaron en varios de esos casos circunstancias tales como su nacimiento en orden siguiente al del mayorazgo, que lo privaba de elementos materiales como para encabezar un linaje, para fundar una casa y una estirpe que no fuera de burgueses pobres o, al menos, alejados en su forma de vida y perspectivas de los de su cuna. Las carreras eclesiástica y de las armas eran las preferidas como alternativa.

En el caso de Félix de Azara debe tenerse en cuenta que a los 39 años de edad debió pasar a América. Hasta entonces su vida había sido agitada y andariega, de un destino a otro en guarniciones y en obras públicas, todavía con un grado militar bajo como para sentir estabilizada su carrera. Por entonces vivían sus hermanos mayores y estaba lejos de sucederles en el rango de infanzón.

Una vez embarcado hacia el Nuevo Mundo su futuro aparecía oficialmente signado *sine die* en el nuevo destino. Posiblemente, y basado en la experiencia de los demarcadores de 1750, la tarea podría durar cerca de una década o poco más. Partido de España en 1781, recién pudo estabilizar su vida en 1784, al asentarse en Asunción, donde debería pasar poco más de doce años.

En la Capital del Paraguay fue donde tuvo ocasión activa de trato social y de vincularse con mujeres casamenteras de la sociedad provinciana y

periférica, pero esa era una alternativa al fin, para la vida del militar español en su cuarta década. Seguramente asistió a la incipiente vida social, a fiestas, visitas y saraos. Seguramente también fue invitado con asiduidad y, más aún, considerado un buen partido. Sin embargo Azara guardó la más absoluta reserva al respecto y si bien pudieron existir tentaciones, pudo más el rechazo, dado que se retiró de la capital paraguaya en la misma soledad sentimental y familiar con la que arribó en 1783.

Pero todo eso ha quedado sepultado en el más completo silencio. La explicación de Álvarez López (1936: 37) peca de ingenua y superficial: “... para completar el contorno de Azara nos falta conocer su vida amorosa; acaso no la tuvo; su azarosa existencia de militar en campaña y de inquisidor constante de la naturaleza le alejó de este orden de preocupaciones...”

Las escasas noticias al respecto se restringen a unos pocos párrafos de Walckenaer, quien en la **Noticia sobre su vida y sus escritos** (1809), que precede a la primera edición francesa de los **Viajes por la América Meridional**, se permite una fugaz indagación en la vida íntima de Azara: “... sus continuas ocupaciones, y las mujeres que tenía a la vista contribuían a alejar de él este otro sentimiento que nace y crece con la ociosidad y la molicie, y para el cual la ilusión y los pretigios son alimentos necesarios. No obstante, nacido en un clima cálido, lleno de fuerza, de vigor y de salud, en la edad en la que la sangre circula hirviendo por las venas y criado en el campo, ¿podía tener el dominio de sí mismo y la voluntad de vencer este impulso que arrastra un sexo hacia el otro? No, sin duda; pero perfectamente instruido del carácter y de la manera de vivir de las mujeres de aquellas regiones, esquivaba cuanto podía a las indias cristianas y prefería todas las demás a las mulatas un poco claras...” Dejando de lado lo que de peyorativo tienen las palabras del zoólogo francés acerca de la mujer y de la sociabilidad de la población paraguaya de fines del siglo XVIII, es posible que en la posición de Azara primara más que una empedernida voluntad de celibato, el conocimiento acerca de las restricciones legales de la administración colonial. Como lo destaca Martíre

(2002: 106): “... la posibilidad de contraer matrimonio con mujeres del lugar era tal vez una de las tentaciones mayores que sentían los funcionarios europeos, pues de esta manera lograban ingresar en la.. sociedad colonial...” Pero la administración metropolitana había tomado sus recaudos tan tempranamente como 1575, en que una real cédula prohibía a los funcionarios de mayor jerarquía casarse con mujeres locales. Esta disposición está contenida en las Leyes de Indias de 1680, como ley 82, título XVI, libro II, tal como lo asevera el autor mencionado, y en los años posteriores “la veda fue generalizada para funcionarios menores, llegando a incluirse parientes y domésticos” (op.cit., 2002: 107).

Si algo resulta evidente a través del conocimiento de la vida y correspondencia de Azara es que en su caso no haya existido una “criollofobia” prejuiciosa con respecto a las damas americanas. Es posible que, dentro de las limitaciones de una ciudad como la de la Asunción finisecular del siglo XVIII, tan bien evocada por Sánchez Quell (1964), Azara fuera una figura de particular prestigio en la sociedad local. Eso se vería reforzado, incluso, por la conocida situación de su hermano Nicolás cerca de la Corte y como embajador prestigioso, como se puso de manifiesto en 1796, cuando aquél tuvo un severo contratiempo en su carrera (la correspondencia de Azara con Lastarria y con Cerviño lo revela).

La opinión de Walckenaer, publicada en vida de Azara y con el consenso, o –al menos– el silencio desalentado o tolerante del mismo³⁰, revela que éste no fue indiferente hacia las mujeres y que debió tener un relacionamiento activo con ellas –o con alguna en particular– pero, la falta casi completa de información personal sobre su residencia asuncena, veda hoy toda especulación.

Luego de su inicial estadía conventual, durante la cual ocupó en el convento de La Merced alguna de las diez y seis celdas monacales o, tal vez, la habitación de los visitantes (F. Moreno, 1926: 125), lo más probable es que se hospedara en casa propia –posiblemente arrendada– con algún personal auxiliar absolutamente necesario en la época y para un funcionario de su jerarquía. También es posible

que rehuyera toda forma de escándalo o exposición a la maledicencia. Posiblemente alguna doméstica principal o ama de llaves llenó las funciones de compañía femenina –por no decir exclusivamente sexual– para el militar-naturalista. En sus doloridas expresiones de cansancio y disconformidad en los últimos años de su estadía, especialmente en la Banda Oriental, evoca al Paraguay, es decir, a Asunción, como uno de sus posibles asilos de paz y sosiego, de no retornar a España, y es posible que en esa nostalgia se encierre alguna reminiscencia femenina.

Cuando retornó a España tenía ya 59 años, una edad casi proveya para esos tiempos, estaba cansado y muchos y muy desdichados contrastes habían minado su optimismo. La tabla de salvación vino de parte de su hermano, justo cuando el ambiente de naturalistas españoles o lo evitaron o se mantuvieron en un cauto silencio. Fue José Nicolás, ya con 72 años a cuestas, quien le abrió el ambiente científico francés en el que Félix de Azara fue recibido entusiastamente y se publicaron varias de sus obras, aunque nunca trabara una relación científica activa con nadie en Francia ni en España.

Félix de Azara vivió cerca de su hermano, compartió recuerdos, angustias y proyectos con él y residió parcialmente en Francia a su lado, hasta su muerte, el 26 de enero de 1804. Terminadas las tribulaciones que surgieron acerca del destino y la liquidación de los bienes de José Nicolás, que ocuparon gran parte de ese año, ya don Félix era un hombre mayor, que sólo deseaba radicarse en su aldea natal, junto al mayorazgo, protagonizado por el menor de sus hermanos, don Francisco Antonio, en su carácter de Marqués de Nibbiano, heredado de José Nicolás.

El regreso a Madrid y su relación con la Historia Natural

Por último, entraremos apenas en un tema que resulta también largo y complejo de abarcar. Nos limitaremos a dejar planteada la incógnita. Félix de Azara regresó a España cargado de experiencia, con manuscritos y apuntes, avalado en su prestigio de naturalista por la publicación en Francia –meca de la ciencia natural en aquellos años– de su obra

sobre los mamíferos. Sin embargo no se sabe si trató de vincularse con el Real Gabinete de Madrid, por entonces bajo la dirección de José Clavijo y Fajardo, “... nombrado por favoritismo de Godoy como director del Museo de Historia Natural” (López Piñero (2002: 390). Según Álvarez López (1952: 25) sus relaciones con él fueron malas, tal vez de rechazo directo por parte del encumbrado personaje, que habría sido quien destruyó la mayor parte de las muestras enviadas por Azara al Museo. No se ha hecho más que apenas soslayar el tema. No sabemos si existe documentación al respecto. El hecho es que –salvo la preocupación editorial de sacar a luz sus obras, sin más que retoques formales– Azara no retornó a la Historia Natural.

Mientras tanto, a ojos vista de su indiferencia, Desmarest (1804), Commerson (1805), E. Geoffroy (1812), Vieillot (con asiduidad durante más de una década), G. Fischer (1814), Illiger (1815), Goldfuss (1817), Olfers (1818), y otros, se “apoderaban” y nomenclaban definitivamente en el sistema linneano a sus especies cuidadosa, rigurosa y detenidamente estudiadas. ¿Qué le pasó, en tanto por la mente a don Félix? ¿Por qué adoptó esa actitud? ¿Había muerto prematuramente Félix de Azara el naturalista? ¿Cuándo realmente dejó de serlo?, para sobrevivir como mero editor de algo ya casi arqueológico para él. Fue acaso, en América, al dejar Asunción, o al acometer la dura y desgastante jornada de Batoví?

Las dos primeras décadas del siglo XVIII fueron particularmente densas en cuanto a los avances de la Zoología y de la Historia Natural en general. Jean Baptiste Pierre-Antoine de Monet de Lamarck (1744-1829), coetáneo de Azara y a quien éste seguramente había conocido en París cuando estuvo con su hermano José Nicolás, publicó sucesivamente obras naturalistas fundamentales en 1802 y 1803, y en 1809 dio a conocer su **Philosophie Zoologique**, obra que por primera vez expone claramente la variación continua del reino animal, mediante el proceso conocido como **transformismo**. Sentó así el ingreso de un nuevo paradigma en la interpretación de la vida animal. ¿Supo de esa obra Félix de Azara? ¿Acaso, la leyó y meditó sobre ella y sus consecuencias? Nada sabemos al respecto. Ésta es una de las incógnitas mayores de la vida del militar



y naturalista aragonés. Ignoramos si es soluble dentro de investigaciones que para desenvolverse deberían hallar documentación novedosa que tal vez no exista.

Sus últimos años fueron de casi total silencio. Escribió poco. Tuvo cierta participación político-administrativa en Huesca. A partir de la muerte de su hermano Francisco Antonio, el 2 de mayo de 1820, cayó en el más completo silencio, y él le sobrevivió poco menos de un año y medio.

“Falleció de una pulmonía fulminante”, como han dicho sus primeros biógrafos y desde entonces se ha reiterado, el 20 de octubre de 1821, “a los 79 años y camino hacia los 80. Sus restos reposan en la catedral de Huesca, en el panteón de la familia Lastanosa “a la que le unían vínculos de parentesco” (Torner y De La Fuente, 1892: 81).

Agradecimientos

A Manuel Español González por su colaboración para realizar algunas consultas bibliográficas imposibles de efectuar en la Argentina o en el Paraguay. También a Yolanda Ester Davies y a Alfredo Gangi que recorrieron bibliotecas y aportaron bibliografía relevante para este ensayo. Y, en forma muy especial, al eminente azarista y amigo de toda la vida, Don Álvaro Mones, por el ininterrumpido diálogo sobre esta temática, al que aportó erudición, solidez crítica y entusiasmo siempre activo.



Félix de Azara, el naturalista y los inicios del estudio de la biodiversidad en el sector subecuatorial de América del Sur

MANUEL ESPAÑOL GONZÁLEZ

Experto en Programas Internacionales de Gestión de Recursos Naturales Renovables en Sudamérica

Resumen

El concepto de **biodiversidad**, de la última década del siglo XX, a pesar de su complejidad e implicaciones interdisciplinarias, tiene como base necesaria el inventario de la variedad total de formas vivientes, en toda escala: local, regional, continental, planetaria. Su base radica en saber con precisión qué se quiere conocer. Si en 1492, Colón trató de informar a los Reyes acerca de qué formas de vida –incluyendo las variedades de la humana, si las hubiere– habitaban en las Indias Occidentales, el propósito de los estudios y descripciones fue establecer las rarezas, las formas útiles de vida y además dando por hecho que la vida animal y vegetal americana era una forma alterada de la europea. Es en el siglo XVIII que se concreta en la ciencia la idea de **Flora**, de modo que la botánica se anticipa a los inventarios serios y modernos de la diversidad biótica. La idea de **Fauna** es más tardía. Los primeros cronistas escribieron obras generales y valoraron más la adjetivación acerca de las faunas halladas. Surgió así un período de acopio de datos aislados y de valoración negativa de la vida animal americana. A las descripciones ingenuas originales, le siguió la escuela de De Paauw creando una visión degenerativa de las faunas americanas en base a las condiciones que supusieron dominantes del continente americano: humedad, calor, fermentación y descomposición. Esto permitió una aproximación teórica acerca de la inferioridad de la fauna americana, que quedó fijada por Buffon (siglo XVIII) y que llegó a ser repetida por el filósofo alemán Hegel en el XIX. El enorme mérito de Félix de Azara es haber emprendido la tarea de inventariar, sin prejuicios ni valoraciones innecesarias, a los seres vivos del área que recorrió. Se

ocupó en especial de las Aves y de los Cuadrúpedos (mamíferos). El abate Molina hizo lo mismo en Chile. Ambos eliminaron la fantasía y la superstición de sus inventarios y trataron de hacerlos amplios y completos. Así comenzó el conocimiento estricto de lo que hoy denominamos **biodiversidad** en la parte meridional de América del Sur.

El concepto de biodiversidad

Se trata de una forma conceptual sintética para caracterizar uno de los parámetros mayores de la biosfera: la diversidad, es decir la variedad de la vida expresada en el total de especies que la integra. Aunque se podría expresar esa diversidad enunciando géneros u otras categorías clasificatorias más elevadas del mundo de los seres vivos. El concepto de *especie* es primordial pues implica la unidad **real** de la diversidad biótica. El género, la familia y demás categorías son abstracciones, la especie es real. Esto se sabe desde hace siglos, pero la historia del conocimiento de la **biodiversidad** tiene etapas bien definidas.

Desde que Aristóteles escribió su **Historia de los Animales**, comenzó a discutirse acerca de qué son las demás formas de vida que acompañan al ser humano en el Planeta, cómo se relacionan entre sí y que realidad última representan (esto ya entrando en un planteamiento filosófico). Antes las cosmogonías religiosas más primitivas habían formulado sus interpretaciones y ubicado a los animales y vegetales en el sistema general de lo creado. Pero el tratamiento científico del tema surgió ya en la antigua Grecia.



Primero, la diversidad se trató con un fin utilitario: el mundo biológico se suponía como hecho para el hombre y para estar a su servicio. En general las concepciones teológicas responden a este modelo de entendimiento. Pero, ni bien los diversos pueblos y etnias se pusieron en contacto unos con otros, cuando se iniciaron los viajes y las conquistas y exploraciones, surgió el **asombro** (Weisskop, 1969; Keller, 1975) como factor motivador para el hombre ante la naturaleza viva. Se descubrió que cada comarca tiene sus plantas, sus animales, su **biota** como decimos modernamente. Prácticamente desde Herodoto de Halicarnaso (484-425 a.c.), llamado el padre de la Historia, el conocer, descubrir y analizar la diversidad de los paisajes, climas, etnias y formas de vida se transformó en motivación principal para muchos viajeros, que “... *dieron rienda suelta a su sentido de la observación, a su necesidad de adentrarse en el fondo de los problemas y de los pueblos; haciéndoles para ello casi olvidar el objetivo del viaje y tornando más apremiante el sentido de la partida*” (Lacarrière, 1973).

Se desarrolló así la etapa que podemos llamar de *la prehistoria de la biodiversidad*. En ella se mezclaron observaciones legítimas, fantasía, terror, y *limitaciones etnocéntricas* de aquellos que no pudieron escapar al dominio absoluto de los conocimientos, prejuicios y sentido de que lo propio es único y que debe servir de modelo de referencia. La contraparte de esta concepción es el concepto de **rareza**, que tanto dominó la sensibilidad de los legos y aún de los científicos hasta los tiempos de la Ilustración, en el siglo XVIII. Los primeros cronistas americanos pueden ser incluidos, con pocas excepciones, en esta forma de conocimiento. Por eso, se produjo la reiteración inicial de los nombres europeos para la fauna desconocida: se llamó comadreja, nutria, león, tigre, perdiz, avutarda, carnero de la tierra (aplicado al guanaco, por ejemplo), etc. a animales que eran distintos de aquéllos a los que se aplicaban los nombres en Europa. Lo mismo se produjo con la diversidad vegetal, aunque en menor medida, tal vez por el enorme sentido utilitario de la flora en la medicina herbolaria, en las artes culinarias, en la extracción de colorantes y de anilinas, etc.

vida se transformó prontamente en asunto de estado. Los reyes y funcionarios se empeñaron en estimular, incluso mediante el mecenazgo y el pago de copias y ediciones y la financiación de viajes y expediciones, el descubrimiento y el estudio de plantas y animales exóticos o desconocidos. Ya en el siglo XVI se comenzaba a valorar la necesidad de contar con **Floras** regionales, y en el siglo XVIII se comprendió que esos estudios debían de ser exhaustivos, con el objetivo de lograr listas totales de las formas de vida vegetal de comarcas o regiones.

Sin embargo, el proceso fue lento pues la voluntad de la Corona no entrañaba ni una filosofía básica del conocimiento con objetivos claros, ni menos aún, la existencia de una Ciencia Natural capaz de emprender el inventario pormenorizado y libre de superstición y de otras colateralidades que atentaban contra la posibilidad de atender organizadamente lo que se esperaba de ella en cuanto al logro de fines prácticos. Por eso, puede considerarse como el primero de los naturalistas dignos de esa consideración, a Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557), quien escribiera una **Historia General y Natural de las Indias Occidentales**, editada en Sevilla en 1535. En ella se percibe todavía un concepto rudimentario de la disciplina que después se desarrollaría como Historia Natural. A pesar de su interés como documento primigenio, centralmente referido a la isla de Santo Domingo y a la “Tierra Firme” cercana, cita elementos de la flora y de la fauna americanas por primera vez, pero lo hace sin un orden clasificatorio y careciendo de un propósito general de síntesis. Como lo hacen notar Petit y Théodoridès (1962: 218) se destaca en el texto de Oviedo “... *una constante preocupación acerca del valor culinario de las especies. Nos enteramos a través de él no sólo de si tienen buena carne, sino también solemos aprender cómo es necesario cocinarla...*”.

Realmente será José de Acosta (1540-1600), quien hará el primer aporte efectivo de verdadera significación. Los autores citados dicen de él: “*Se ha llegado a calificarlo como el “Plinio del Nuevo Mundo”, a pesar de que su obra no tiene nada de comparable a aquel autor latino, pero se ha dicho también que había sido el “Humboldt del siglo XVI”, lo que es más exacto, pero por cierto, resulta exce-*



sivo”. Su Libro IV de la **Historia Natural y Moral de las Indias**, es el más relacionado con el tema que tratamos.

Los gabinetes de ciencias o de Historia Natural, como se les llamó, fueron los precursores de los museos. Allí se depositaron **rarezas** y curiosidades, pero también se comenzaron a formar colecciones de plantas, es decir herbarios, cuyas técnicas de preparación moderna se formularon en el siglo XVII, y llegaron a constituir un arte, al complementarse con láminas o planchas, muchas de ellas dotadas de enorme valor artístico, a las que fue tan afecto el siglo de la Ilustración¹.

El arte de la taxidermia, de la preparación y fijación moderna de especímenes zoológicos nació más tarde que los herbarios y fue más complejo, aunque con fines ornamentales se conoció y practicó desde la antigüedad. Fue desde el Renacimiento cuando tomó algunas de sus dimensiones modernas, aunque aún persistían en su preparación intereses más como arte ornamental que como apoyo a la labor científica. Ya en el siglo XVIII, se difundieron los museos como centros de reunión, de discusión y de tertulia ilustrada en medios científicos, intelectuales y nobiliarios. Coincidió este movimiento con un cambio en la consideración del científico y el estudioso en general. Como lo indica González Bueno (2000), los museos, “... eran gabinetes de nobles pero en ellos el científico y el filósofo también encontraron acomodo, lo cual suponía un importante cambio cualitativo en su posición social. La nobleza de cuna comenzaba a no ser la única vía de entrada en estos círculos de poder, aun cuando la pertenencia a esta clase social fuera condición suficiente para participar en estos ámbitos. La brillantez, la erudición y el valor del individuo **per se**, comenzaron a valorarse”.

La incorporación de los fósiles, representantes de la vida en el pasado y antes considerados como

simples aberraciones de la naturaleza, añadió a la Historia Natural una nueva dimensión y facilitó el advenimiento de la geología estratigráfica e histórica y de las primeras ideas acerca de la existencia de un mundo viviente emparentado, históricamente tan cambiante como los ambientes geológicos del pasado, explicada en 1809 por el naturalista francés Lamarck, en su **Filosofía Zoológica**, como resultado de un proceso evolutivo particular: el **transformismo**. Este último fue, a su vez, preparatorio para la eclosión de las ideas evolucionistas de Charles Darwin (1809-1882), formuladas en 1857 en su renombrada obra **El origen de las especies**.

Ambos campos del conocimiento, el de la vida fósil y el de su evolución contribuyen a enriquecer el concepto actual de **Biodiversidad**. En un sentido amplio, la **biodiversidad** tiene un significado generalizado de “la totalidad de formas de vida de un espacio geográfico dado”. En sentido restringido y exclusivamente técnico, la **biodiversidad** encara una comprensión sistémica de la vida sobre la tierra. En este último sentido se trata de una disciplina culminante de la biología, con la necesaria participación de muchas ciencias afines, y es una de las llamadas ciencias de la complejidad.

La etapa culminante del avance de las ciencias biológicas hacia el concepto de **Biodiversidad**, que cobró vigencia en la **Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo de Río de Janeiro** de 1992, llamada **Cumbre de la Tierra**, en la que se firmó el **Convenio Internacional sobre Biodiversidad**, es la que en América Meridional y en el campo zoológico, se inicia con la obra de Félix de Azara y va a acrecentar cada vez más el inventario de las formas de vida características de las áreas geográficas políticas (de los países y regionales) y de las formaciones naturales (biogeográficas y de las eco-regiones).

¹Realmente, los herbarios dibujados, pintados, o “iluminados” como solía decirse, comenzaron en las antiguas civilizaciones, pues los hay de la antigua China (se han documentado más de 1.000 herbarios de gran antigüedad de esa procedencia), y de la antigüedad clásica greco-romana. El más célebre es el del médico griego Pedanius Dioscórides (siglo I), incluido en la obra **De Materia Médica** (año 77 d.c.), que tuvo decenas de ediciones hasta el siglo XVII. El problema de las láminas era que por un lado variaban cada vez que se copiaba el original, según la inventiva de los ilustradores, y además muchas de ellas eran fruto de la fantasía de sus autores o incorporaban nociones mitológicas o supersticiosas. El **herbario** hizo reproducibles y verificables los estudios sobre plantas.

Azara puede ser considerado como el forjador en la extensa cuenca rioplatense de los estudios acerca de la diversidad biológica con un sentido aproximado al moderno. Teniendo en cuenta que la noción de biodiversidad entraña dos pilares básicos: 1.- la **relación área-vida**, que define la composición biótica de cada espacio geográfico particular; 2.- la **relación vida-tiempo**, para incluir la dimensión histórica de la vida y de su distribución. Esta última consideración permite incorporar al concepto de **biodiversidad** el hecho de la evolución de las formas vivas, los procesos de desarrollo de las biotas actuales, y la extrapolación de esos datos en la formulación de modelos de predicción, tan necesarios para el manejo aplicado del medio terrestre.

En primer lugar, tomó dos temas mayores en el centro de su interés: las Aves y los “Cuadrúpedos” y trató exhaustivamente de abarcarlos en toda su diversidad. En el caso de las aves llegó a descubrir y describir un total de 448 especies en su obra acerca de los **Pájaros del Paraguay y Río de la Plata**², las que se redujeron a 381 cuando se tuvieron en cuenta especies que no eran tales por ser variantes de edad, sexo y plumaje (Bedall, 1983).

Considerando que el Paraguay cuenta con un total hasta ahora conocido de 704 especies (Güyrá Paraguay, 2004), y descartando unas pocas de las descubiertas por Azara, en las que hubo algún grado de confusión entre jóvenes y adultos (casos de plumaje juvenil muy diferente del adulto) o de macho y hembra muy divergentes entre sí, a los que tomó como especies legítimas, puede establecerse que logró detectar cerca del cincuenta y cinco por ciento de la totalidad de la diversidad aviaria paraguaya, hazaña casi increíble para un hombre parcialmente aislado, sin experiencia previa y sin apoyo bibliográfico.

Lo mismo hizo con los Cuadrúpedos, como se denominaba en su tiempo a los mamíferos, en el mundo de los naturalistas. En sus dos ediciones de la obra sobre los mismos, publicó en la primera –aparecida en francés en 1801–, un total de 66

especies. En la siguiente, de 1802, esta vez en español, publicó más completa la lista y perfeccionó las descripciones, alcanzando a un total de 77 especies. Por su carencia de material bibliográfico y comparativo, Azara no supo, con respecto a las especies de su lista, cuáles eran nuevas y cuáles ya habían sido presentadas a la ciencia. Actualmente se conservan cincuenta que fueron novedosas (Hershkovitz, 1987: 59), muchas de ellas nominadas en el sistema binario linneano por otros autores, con adaptaciones de los nombres guaraníes recogidos por Azara. Adicionalmente quedaron algunas páginas inéditas con otras descripciones o anotaciones acerca de mamíferos, como las dadas a conocer por Morales Agacino (1937, 1941), referidas a Chiroptera del Paraguay.

El hecho de existir las dos versiones mencionadas de la obra sobre mamíferos ha creado algunas confusiones, aún no completamente dilucidadas al respecto de algunas especies (Contreras R. y Teta, 2003), pues la edición francesa de 1801 corresponde a la publicación no deseada por parte de Azara de su manuscrito elaborado enteramente en el Paraguay (hasta 1796), y enviado a su hermano José Nicolás –entonces embajador del Reino de España en Francia– para que efectuara algunas consultas y evaluara, ante naturalistas de prestigio, si su obra era valedera. Fue tal el interés que despertó en el medio especializado de París el manuscrito enviado, que José Nicolás optó por autorizar su traducción y publicación. Mientras tanto, ajeno a lo que sucedía en Francia con su manuscrito, Azara siguió trabajando en el mismo, agregando once nuevas descripciones y ampliando la información acerca de muchas de las anteriores, con su experiencia en áreas más sureñas y en la Banda Oriental. Al regresar a España, a fines de 1801, se encontró con la obra publicada en París, traducida al francés por M. L.-E. Moreau de Sant-Mery. Seguramente eso le produjo una gran contrariedad y, por esa razón, optó por publicar en español el manuscrito ampliado que traía en sus manos, el que apareció en 1802, en Madrid. Visto objetivamente el problema suscitado, y a la luz de los conocimientos actuales, el primer

²Dice Azara (1934, I: 321) “*He descrito cuatrocientos cuarenta y ocho especies [de aves] sin contar trece murciélagos*”, tal vez con cierta desconexión con el hecho de que en el capítulo anterior ya discutió la posición taxonómica de los murciélagos, a los que con muy valederas razones, ubica como mamíferos a pesar de ser voladores (Azara, 1934, I: 314).

escrito era más prístino y claro, y en algunos casos, se complicó innecesariamente con los agregados.

Fue así, en especial porque la segunda versión fue ulterior a la lectura de la obra fundamental de Buffon, que le fue brindada en Buenos Aires, en 1796 o 1797 por su amigo Pedro Cerviño, quien poseía la traducción hispana hecha por Clavijo y Fajardo (o mejor, lo editado hasta entonces de los 21 volúmenes de la obra, que comenzó a publicarse en 1785 y se completó en 1805). Tomando la obra de Buffon como referencia comenzó Azara a entablar una especie de polémica póstuma con el gran naturalista francés, en la que sus críticas –las de Buffon– son poco pertinentes porque el conocimiento americano de este era de segunda mano (nunca estuvo en América) y además sus datos de museo y bibliográficos se concentraban en el área de la Guayana Francesa, en la que Azara no había estado y cuya fauna estaba muy diferenciada de la del Paraguay y del Río de la Plata. Además de lo contenido en sus obras específicas sobre las aves y los “cuadrúpedos” del Paraguay y Río de la Plata, se refiere ampliamente Azara a la biodiversidad de la zona de su estadía americana en los cuatro volúmenes (uno de ellos es un **Atlas**), de su **Voyage**, que apareció en francés años después (Azara, 1809; ha sido consultada la versión de 1934).

La lectura de sólo una de las versiones de la obra acerca de los mamíferos, y especialmente cuando se presta poca atención a los cambios y agregados de la segunda versión, llevó a muchos especialistas modernos a confundir procedencias y localidades típicas, e incluso a mal identificar a algunas especies. Esto sucedió en particular para roedores de pequeño tamaño (Sigmodontinos) (Contreras y Teta, 2003).

Con respecto a otros grupos, como reptiles, batracios y peces fue menos sistemático en sus

búsquedas, pero no desdeñó ninguna oportunidad que se le presentara de anotar y describir lo observado. Él mismo lo dice con respecto a los peces: “*Yo no tengo la instrucción necesaria para estar en estado de describir todos los peces de estos ríos y de todas las masas de agua que se encuentran en el país, y me limitaré a nombrar todos aquellos de que me acuerdo*” (Azara, 1934).

En cuanto a sus observaciones botánicas, que han sido expuestas en forma crítica principalmente por Domínguez (1921), éstas son menos analíticas. Menciona a las especies más relevantes, en especial a las arbóreas, a las cultivables en potencia o ya domesticadas, a las que producen materias primas para usos aplicados (sogas, material de construcción, para carpintería de ribera, etc.), las medicinales y alguna vez hace referencia a especies tóxicas o agresivas (espinas para los jinetes, que podrían verse destrozados si el caballo perdiera el control en un bosque de algarrobos y espinillos, como temió durante una tormenta muy fuerte en Corrientes, a fines de 1783, Azara, 1871). En general utiliza la nomenclatura popular guaranítica, la que parece haber asimilado muy rápidamente³.

Sus observaciones adicionales –que abundan en toda su obra– demuestran que Azara unía a sus dones de observación de fauna y botánica, un casi intuitivo sentido biogeográfico y ecológico, mucho antes de siquiera haberse creado esas ciencias. En su mente esclarecida y como fruto de su dedicación incansable, surgió un panorama de *ausencia-presencia* geográfica de las especies en las regiones que iba reconociendo en sus viajes y la única asociación racional de ese tipo de conclusiones era la atribución al clima y al medio (al ambiente general, *geográfico-vegetal*) a los que aparecían asociadas las especies que observara. En sus textos llama la atención la sobriedad y humildad, la forma sobreentendidamente natural con que da a

³Este tema lleva a una cuestión pocas veces tratada y nunca resuelta en forma fehaciente: ¿Llegó Azara a hablar en guaraní en sus doce años de estadía en el Paraguay? Más de un erudito paraguayo consultado responde afirmativamente, infiriéndolo de la corrección de la terminología que vuelca en sus escritos, que en general es ortográfica y fonéticamente correcta. Recuérdese que todos los viajeros que recorrieron el país desde décadas antes hasta más de medio siglo después afirman que la lengua de uso cotidiano era el guaraní. Azara debió tratar con peones, soldados, indios, campesinos y aldeanos, la mayoría de los cuales debió de ser monolingüe guaraní. Resulta difícil pensar en que llevara consigo de continuo un intérprete para superar las vicisitudes de la vida cotidiana.



conocer esa información tan valiosa.

El eminente zoólogo estadounidense Philip Hershkovitz (1987:59) emite el más autorizado juicio acerca de este aspecto de la actividad de Azara: *“With no schooling in the natural sciences and no books for reference or guidance, Azara depended on his own resources. They proved adequate. Azara recorded his observations with care, precision, meticulous attention to detail, and rigorous exclusion of speculation and fantasy. His anatomical descriptions, measurements, and accounts of behaviour were based on animals observed in the wild or in captivity, usually in his own home or garden. Useful information received from others was credited to the informants. Popular beliefs and hearsay were labeled as such. Without other sources of information, Azara used the Guaraní names for most of the animals he described and Spanish epithets for the remainder”*.

España se propuso estudiar la Historia Natural de los Recursos del Nuevo Mundo

El Real Gabinete en Madrid

Antecedentes

El interés de la Corona Española en el conocimiento de la Historia Natural, tanto de la metrópoli como de sus dependencias de ultramar, se manifestó como una decidida voluntad, expresada a través de cartas, mandatos e instrucciones que se iniciaron con aquéllas que reclamaban a Cristóbal Colón noticias acerca de las nuevas tierras incorporadas a la Corona. Las mismas se renovaron con cada expedición, nombramiento o contratación y llegaron a formar un repertorio disperso que hizo recopilar Felipe II en 1573. En la misma, se establecía, entre otras providencias: *“... E hagan las averiguaciones y descripciones de: la Historia Natural perpetua de cada región... Naciones de hombre que hay, y las naturalezas y calidades de los animales de la tierra, bravos y silvestres, y domésticos y mansos, aprovechamiento que tienen; cómo los cazan, crían y benefician... Pescados de las aguas y utilidad de ellos; cómo los pescan e aprovechan... Aves bravas e domésticas;... Animales insectos. Y serpientes y los aprovechamientos que ellos sacan y los más que podrían sacar... Árboles e plantas silvestres, y de cultura; para madera leña... Fructíferos naturales de la tierra, y llevados de España;... Yervas silvestres y*

de cultura;... Mineros de oro, plata, hierro, hazero, cobre, estaño y otros metales; Sal alumbre, colores y otros minerales de piedras preciosas y pesquerías de perlas;... Enfermedades que hay en cada tierra comunmente. Las medicinas, beneficios y remedios para ellas...” (Cardoso, 1926).

El arribo de la dinastía borbónica con el rey Felipe V, al comenzar el siglo XVIII marcó sucesivos pasos para la adecuación e introducción en España de las nuevas vigencias científicas e intelectuales europeas, en especial las importadas de Francia. En 1711 Felipe V dispuso la creación de la **Real Librería**, destinada no sólo a alojar libros y manuscritos, sino también toda clase de elementos que pudieran interesar a las artes y a las ciencias.

Hacia 1750 Antonio de Ulloa comenzó a organizar el que pudo haber sido un primer Gabinete de Historia Natural, apoyado para ello por el marqués de la Ensenada. Esta vez el propósito era netamente de conocimiento, distanciado del **coleccionismo** (que es una actitud opuesta al **documentalismo** y **testimonio** que implican las colecciones científicas) y de la búsqueda y exhibición de rarezas que era tan propia de la de **Real Librería**. Cooperaron en el propósito el irlandés católico William Bowles, que escribió una **Introducción a la Historia Natural y Geografía Física de España** (1775), de la que fuera editor don José Nicolás de Azara, el hermano de don Félix; y también los alemanes Andrés y Juan Ketterlin, ambos extranjeros contratados por la propia Corona de España para ejecutar estudios de Historia Natural. Hacia 1755 la idea estaba casi plasmándose, pero se desplomó súbitamente en 1758, con el fallecimiento de la Reina y con la salud –incluso la mental– cada vez más precaria del Rey Fernando VI. Hubo otros intentos fallidos para restablecer el Gabinete pero, recién en 1771, decidió Carlos III efectuar la compra de las colecciones particulares de un indiano, nacido en el actual Ecuador, Pedro Franco Dávila (1711-1786), quien llevado por su vocación de coleccionista había formado un valioso acopio de elementos relacionados con la historia natural, en su residencia de París, en donde se había radicado en 1745.

Realizada exitosamente la operación, se trasladaron a España los elementos reunidos por Dávi-

la. Con los mismos se formó, en sus inicios, el **Real Gabinete de Historia Natural** dando lugar al llenado de varias salas que incluían desde invertebrados marinos, moluscos, vertebrados taxidermizados y otros exhibidos en vasijas con alcohol, hasta colecciones de estampas, antigüedades etruscas y greco-romanas, plantas secas, maderas, frutos, medallas, relieves, armas, vestidos, material etnográfico, e incluso maquinaria experimental de física. También se montó un laboratorio químico y anexa al Real Gabinete, una pinacoteca. Vale la pena repasar esta larga enumeración para comprender con claridad la escasa cabida que tenía en ese contexto el concepto de representación o investigación de la diversidad orgánica. Cada una de las salas tenía más el objeto de reunir curiosidades dignas de admiración o asombro, que de brindar un panorama acerca de lo que pudieran ser la fauna, la naturaleza o la flora de la Nueva España, del Perú, de Nueva Granada, del Paraguay, o de cualquier otra posesión hispánica de ultramar.

Desde entonces, este Real Gabinete se constituyó en la receptoría natural de los informes, objetos y materiales documentales que debió de enviar a España Azara, de acuerdo con las instrucciones reales, en la medida en que fuera ejecutando sus tareas en la zona a demarcar. Más que la recepción cuidadosa y bien valorada de esos materiales de flora y de fauna, tenía trascendencia el hecho de que Carlos III hubiera resuelto agregar a los materiales depositados en el Real Gabinete, la colección de joyas que heredara de su abuelo, quien –a su vez– las recibiera de su propio padre, el Delfín de Francia. Se trataba de 137 piezas confeccionadas en cristal de roca, y además, vasos, jarras y cofres con engarces de piedras preciosas. En 1777 se integraron también al Real Gabinete los elementos que todavía se podían exhibir de la precedente y malograda colección de Antonio de Ulloa y otros, que fueron cedidos por la Real Librería, incluyendo –para dar una idea de su validez naturalista– una momia guanche, un colmillo de elefante, un par de huevos de avestruz africano y una redoma de tierra de la isla de Santa Marta...

A esa verdadera parafernalia de objetos heterogéneos y curiosos pero desdeñables para cualquier propósito científico serio y coherente, se sumó

todo aquello que los súbditos amables encontraron que fuere “*raro o anómalo en su territorio*” (Sellés *et al.*, 1988; Pous, 1993; González Bueno, 2000), e incluso hubo muchos en la Corte o cerca de ella, que al conocer el interés real en juego, rivalizaron en la tarea “*con interés y buenos deseos*” en el hallazgo de nuevos elementos para las colecciones (Outes, 1917). En 1776, en un intento por hacer las cosas más sistemáticas, se formularon unas Instrucciones para aumentar las colecciones del Gabinete de Historia Natural de Madrid, las que fueron cursadas a funcionarios civiles y militares y que es posible que Félix de Azara haya conocido y, más aún recibido personalmente, para tenerlas en cuenta en su tarea (Lemoine Vallicaña, 1961).

El Gabinete recibió también aportes de otras cortes o instituciones europeas como lo ejemplifica Outes (1917) cuando trata acerca de la historia y el origen de las colecciones reales, y la formación del Gabinete a partir de 1771, cuando transcribe un manuscrito del British Museum acerca de la incorporación de un envío de material de las Islas Malvinas hecho en 1769, que se contaba entre los primeros aportes de material sudamericano. Se trataba de dos cajones conteniendo unos cinco pájaros y un mamífero (un lobo marino), y otros con moluscos y rodados multicolores, colección formada cerca de Puerto Soledad en 1766.

Puede destacarse que en el mismo tiempo, ya los franceses y los ingleses entendían seriamente –y desde tiempo atrás– sus inventarios de flora y fauna, a los que localizaban y concentraban en una región determinada, como la expedición Sonnini de Mancour “*an eminent French Zoologist who travelled in Surinam from 1771 to 1775 and made important contributions to Ornithology*” (Goode, 1901).

Si bien los jesuitas hicieron en sus áreas misionales aportes muy efectivos al conocimiento de la Historia Natural, debe aclararse al respecto que hay dos factores que reducen la contribución efectiva que efectuaron al estudio de la diversidad biótica sudamericana: en primer lugar no formaron colecciones, recogieron muestras o crearon museos (menos aún instruyeron en las ciencias naturales a sus súbditos indígenas, anulando así la posibilidad de lograr la aparición de naturalistas autóctonos), y ade-

más –si bien con algunas notables excepciones– la mayoría de los sacerdotes que fueron naturalistas, realizaron su tarea en el destierro, después de la expulsión general de la Orden en 1767 dispuesta por el Rey Carlos III. Si bien la mayor parte de la misma se hubiera perdido de quedar sus autores en América pues las tareas de evangelización y el manejo práctico de las misiones les sustraía la mayor parte de su tiempo y energías, debieron hacerlo sin sus apuntes, sin materiales a la vista y recurriendo exclusivamente a la memoria, de modo que los resultados se minimizaron y en algunos casos llegaron a distorsionarse hasta ser irreales. Parte de esa producción queda inédita aún (Maeder, 1983) y, en gran medida, lo editado, lo fue por eruditos ulteriores y –a veces– con gran retraso. Eso también redujo la influencia de sus trabajos en el desarrollo de la ciencia en el momento de su ejecución.

Azara y el Real gabinete

Desde el momento inicial de su estancia americana comenzó Félix de Azara a remitir al Real Gabinete de Madrid especímenes conservados en aguardiente (caña paraguaya), pero muy poco queda de ese material en el mismo. Apenas si algunas pieles taxidermizadas y algunos cráneos. Como dice Cabrera Latorre (1934:98), “... mientras la obra de Félix de Azara como geógrafo y como naturalista descriptor es universalmente famosa, sus méritos como naturalista colector, es decir, como naturalista que no sólo observa y describe los seres vivos, sino que procura obtener ejemplares y enriquece con ellos los Museos, son casi desconocidos...”. En los propios textos de Azara, el autor da cuenta de la caza y preparación de ejemplares. Recurría para ello a los indios, a los campesinos y a sus ayudantes y subordinados. También habría sido ayudado en la faena por su amigo el sacerdote paraguayo Blas Noceda, quien por los años de la estadía de Azara en

el Paraguay fue párroco de San Ignacio Guazú, en las Misiones del Paraguay, quien, según Robebar (1929:239), “... organizaba cacerías en los alrededores de San Ignacio Guazú y lugares limítrofes...”.

Existe en el Archivo del Museo Nacional de Historia Natural de Madrid una comunicación a esa institución del Bailío de la Casa Real, en la que el funcionario dice, según transcripción de Cabrera Latorre (1934:99): “Paso á Vmd. De ordn. Del Rey un cajón remitido por el Virrey de Buenos Ayres conducido en la Fragata de Guerra Nra. Sra. De la O. en que se contiene 84 Pajarillos de 61 Especies y un Quadrupedo nombrado *Muycuré*⁴, tercera especie; aquéllos en una Botija enbultos y separados en lienzos, y éste en un Tarro de oja de lata, conservados todos en aguardiente, y asimismo la Descripción que acompaño de dichas Aves; afín de que se coloquen en el Real Gavinete de Historia Natural de S. M. Dios güe. A Vm. ms. as. Valdés. Palacio, 22 de julio de 1789.”

En este caso se conserva también, en la misma institución, el borrador del acuse de recibo, copiado del mismo autor: “He recibido la Botija y el Frasco en q. Vienen los paxarillos y el Quadrupedo Muicuré, remitidos por el Virrey de Buenos-Ayres y conducidos en la Fragata de Grra. N. S. de la O. y también la Descripción q. V. E. se ha servido remitirme de orn. Del Rey, con papel de este día, y otras produc. q. se colocarán en este RI. Gabinete, si despues de labadas y beneficiadas, como lo he dispto. Inmediatante., pueden ser útiles todas o algas. deellas pa. este Museo, ps.. el Aguardte. de cañas en q. han venido, me parece las ha dañado haciendo desaparecer sus colores. Dios gue. A V. E. ms. as. Madrid 22 de julio de 1789. Baylio Sr. D. Anto. Valdés.”

Varios autores se refieren también al aporte de Azara al Real Gabinete (Barreiro, 1944; Arenaza

⁴*Mycuré*: denominación guaraní y popular paraguaya de la *zarigüeya*, ***Didelphis albiventris***, que es la “primera especie”. En este caso, la “tercera especie”, corresponde según la nota a la especie que Azara llamó “lanoso”, ***Philander opossum***.
⁵Como nota curiosa puede agregarse que Azara (1802) dice sobre la especie “... no he visto sino el presente macho, que me regaló en el Paraguay D. García Francia... Le describí quando no tenía los conocimientos que hoy; y metiéndole en aguardiente, lo despaché al Real Gabinete de Madrid”. Merece destacarse que D. García Francia era el padre del futuro Dictador Supremo del Paraguay, don José Gaspar Rodríguez De Francia. El ejemplar, como lo aclara Cabrera Latorre (1934:100) en base a otro texto de Azara, procedía de Caazapá, y se lo habían enviado vivo dentro de una pistolera, pero antes de llegar a su destinatario murió y debió ser fijado en lo más práctico que se disponía para ello, la caña, una especie de ron obtenido de la caña de azúcar.



Hernández, 1999; López Piñero, 2000, 2002) pero lo hacen sin gran detallismo –seguramente porque la intimidad del problema no se ha esclarecido aún– casi todos coinciden en el hecho de que muy pocos de los aportes materiales de Azara continúan en el Museo. Cabrera Latorre (1934) hace un listado tentativo y menciona algunas piezas subsistentes, entre ellas el “Muicuré” del que hablaban las notas arriba transcritas⁵. También cita un par de cornamentas entrelazadas del venado de las pampas, **Ozotoce-ros bezoarticus**, pero aclara que “... según datos de archivo, fueron remitidas desde el Paraguay por Azara en 16 de julio de 1802”, y esto hace dudosa la verdadera procedencia de las piezas, pues Azara ya estaba de regreso en España desde, posiblemente, “... mediados de noviembre de 1801” (Mones y Klappenbach, 1997:211). Por último, cita Cabrera Latorre (1934:100) entre los materiales azarianos subsistentes en el Museo, un ejemplar curiosamente taxidermizado (relleno con yerba mate del Paraguay), de **Priodontes maximus**, el llamado “tatú carreta”. Acerca de los ejemplares de aves dice el autor: “... seguramente no queda rastro, sin duda porque el director de entonces, o algún sucesor suyo, los consideró inservibles”.

Más suspicaz que aquel autor, es Arenaza Hernández (1999), quien atribuye a José Clavijo Fajardo el haber arrojado a la basura el grueso del material de aves y de mamíferos enviado por Félix de Azara al Real Gabinete de Historia Natural. López Piñero da cuenta de los inconvenientes de Azara con José Clavijo y Fajardo, que primero era el subdirector del Real Gabinete y que, finalmente alcanzó la dirección (2000:107); y en una segunda cita (2002:390) vuelve sobre la actitud negativa hacia Azara de dicho personaje con conceptos que vale la pena reproducir, cuando asevera que el ascenso político de Manuel Godoy: “... en el terreno científico apoyó incondicionalmente a personajes tan pintorescos como José Clavijo Fajardo [...] y lo puso al frente del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid y para ocultar su absoluta falta de formación para el cargo se dedicó al “acoso y derribo de grandes naturalistas como Félix de Azara...”.

En estas cuestiones planteadas, casi todo es reino de las conjeturas pues no se ha dado a conocer sino muy escasa documentación. Los datos

más concretos al respecto son la ausencia de cartas y comunicaciones oficiales que atestigüen sobre la relación de Azara con el Museo Nacional de Historia Natural (el Real Gabinete, en su tiempo); el hecho concreto de la no existencia de una amplia colección de elementos (pieles, cráneos, animales fijados en alcohol) que sea producto de la contribución de Azara para las colecciones oficiales españolas; la actitud de Azara al regresar de no establecer un vínculo estrecho y duradero con núcleo científico alguno en España.

La modernización –casi podría decirse la europeización progresiva del Real Gabinete hasta transformarse en el Museo Nacional de Ciencias Naturales– fue un proceso lento, trabado por todos los avatares, casi podría decirse que por los inúmeros avatares de la historia Española durante más de un siglo, muchos de ellos penosos, y que devoraron en más de una ocasión a generaciones enteras, que no pudieron desarrollar sus potencialidades. La casi dramática historia de la ciencia española, como la relata por ejemplo, López-Ocón Cabrera (2003) ha sido el telón de fondo y, en gran medida, el escenario de lo sucedido con el Museo. Lo esencial es que en sus inicios el Gabinete, ya sea por la propia situación intelectual y científica de la España de ese momento, en el que una minoría exigua de ilustrados se movía en el seno de una inmensa masa de gentes poco preparadas y en muchos casos supersticiosas, ya por la baja densidad de científicos de la naturaleza que no llegó a constituir un agrupamiento de magnitud, sino una reducida serie de campos de acción de personalidades particulares, casi todas ellas de un especial individualismo que se prestaba al choque y a la intransigencia. Es posible que hayan actuado ambas circunstancias a la vez. Por eso, Azara, sintiéndose envejecido y cansado prefirió alejarse antes de librar batalla en un campo en el que las reglas del juego debieron de ser muy duras por la mediocridad creciente del poder político y el final del ciclo ilustrado que floreció bajo el reinado de Carlos III.

Lamentablemente, en la actualidad, y como dijéramos poco antes, desconocemos –si la hubo, que es lo más probable– la correspondencia oficial y particularmente intercambiada por Azara y los miembros más destacados del Real Gabinete en

sus años americanos, en especial durante los años de residencia paraguaya (1784-1796) del naturalista aragonés, que fueron para éste los más prolíficos en investigación, observaciones y colección de material en el campo, en el curso de sus ocho viajes mayores y varios menores o inciertos (Mones y Klappenbach, 1997) por la región. Azara era un gran corresponsal, escribía y recibía permanentemente cartas (Contreras Roqué, M. S.), sin embargo apenas si se han podido compilar poco más de 110 piezas, en su mayoría correspondencia oficial referida a su misión de demarcador, o cartas casi particulares a un par de amigos, el ingeniero Pedro Cerviño, y Manuel Lastarria, este último secretario del Virrey Arredondo, con el que cultivó una especial amistad. Esas cartas subsistieron porque los destinatarios las conservaron. Resulta muy raro que Azara no tuviera correspondencia con las autoridades del Museo, al que hacía sus envíos. Ellos debieron ser su nexo activo en Europa, debieron mandarle la obra de Linneo, debieron corresponder comentando y orientando sus aportes a las colecciones.

El auge de la botánica como ciencia nunca fue objetado por la Iglesia, por el contrario, existió un nutrido aporte de sacerdotes botánicos, y en España es notable el caso del abate Antonio de Cavanilles (1745-1804, coetáneo de Félix de Azara) y destacadísimo botánico. El entusiasmo por las plantas apareció ya en el siglo XVII y abarcó a burgueses, cortesanos y nobles. Recordemos, por ejemplo, el famoso cuadro pintado por Ranc, que representa a Carlos III, aún niño, con una flor en su mano, mientras consulta un texto de botánica abierto sobre una mesa junto a él, seguramente buscando identificar la especie vegetal. Otra característica de la ciencia de los vegetales en el Nuevo Mundo fue que la fantasía abusó menos de las observaciones originales y se han descrito mucho menos plantas inverosímiles que animales de tal condición. Hubo en la botánica un realismo básico que no se dio en la zoología, seguramente relacionado con el uso agrícola, maderero y ornamental de tantas variedades vegetales. También el uso de las especias y de multitud de condimentos vegetales impuestos en la dieta, de la herbolaria en la medicina y de las plantas ornamentales en los jardines contribuyó a asentar el sentido práctico y realista en el conocimiento y caracterización de los vegetales. Además, la botánica era prioritaria

en la consideración oficial, pues los mecenazgos y estímulos de la corona favorecieron desde los años del descubrimiento de América en el siglo XV, a las **Floras** más que a los **Bestiarios**.

Expediciones españolas en el siglo XVIII

El viaje y el viajero en el siglo XVIII

El siglo de la Ilustración se caracterizó en Europa en general, y en particular en España por una serie de emprendimientos expedicionarios, destinados centralmente a actuar por orden de la Corona, para realizar emprendimientos de carácter personal o religioso, o para describir geográficamente las posesiones americanas, los mares costeros que las contorneaban, sus ríos y montañas, y los recursos que podrían brindar su riquezas minerales, botánicas y zoológicas.

En toda Europa se había abierto una proyección novedosa hacia el tema de los viajes y de los viajeros. Hubo viajeros de carácter imaginario –y por ende viajes de esa naturaleza– una tendencia que se había abierto en Inglaterra con obras tan clásicas como los viajes de **Gulliver (Gulliver's Travels)**, de Jonathan Swift; **Robinson Crusoe**, de Daniel Defoe; en Francia con las **Aventuras de Telémaco**, de Fenelón; en Alemania con las **Aventuras del Barón de Münchhausen**. Se creó así lo que autores franceses designaron como un subgénero literario particular y que García Tortosa (1973:10) prefiere considerar como una forma especial de novela, cuya *“época dorada tuvo lugar en el siglo XVIII”* y *llegaron a “ser una parte integral de la cultura de ese siglo”*.

Gaspar Gómez de la Serna (1974) dedicó una interesante obra a los viajeros de la ilustración, pero se ocupó de los protagonistas españoles de ese movimiento, que en su propia patria y en la cercana Europa, hicieron del viaje un componente casi imprescindible de su vivir. Así llevaron vidas casi errantes muchos de los compañeros generacionales (Contreras Roqué, 2005) de Félix de Azara (1742-1821), como Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), José de Cadalso (1741-1782) y Antonio Raimundo Ibáñez (1749-1809). Al mismo tiempo, los viajeros europeos llegaban a España y dejaban relatos y memorias de sus recorridos, algunos tan conocidos como el alemán Guillermo de Humboldt –hermano



mayor del viajero americano y compañero de Aimé Bonpland, Alexander Von Humboldt– y el italiano Giacomo Casanova.

De los viajes más extensos realizados a las Indias occidentales, se ocuparon –entre tantos otros– Juan Carlos Arias Divito (1968, 1983) y Emilio Soler Pascual (2003). Las expediciones –y los viajeros– eran de muy variada profesión e intereses. Rípodas Ardanaz (2002), intenta una clasificación de los viajeros y da cuenta de la existencia de aquellos que realizaron *viajes comerciales*, entre ellos los que realizara el siniestro grupo de los traficantes de esclavos negros; otros hicieron *viajes religiosos*; *viajes de corsarios* (destinados a destruir en tiempos de guerra los intereses de sus enemigos: España sufrió intensamente la acción de los corsarios ingleses y holandeses); además, se cuentan los *viajes de funcionarios* (visitadores, comisionados, militares, inspectores, veedores); y los *viajes científicos*, que incluyen los de exploración y los de inventario o descripción. Von Hagen (1963) intentó una enumeración de las expediciones científicas españolas del siglo XVIII, que aunque es bastante incompleta, ha servido como base para una síntesis cronológica, que se complementa con datos adicionales de Steele (1985), Arias Divito (1969, 1983), Rípodas Ardanaz (2002), Soler Pascual (2003):

He aquí el resumen cronológico:

1707. Se inicia la expedición del padre Louis Feuillée, un sacerdote francés, de la congregación de San Francisco de Paula, matemático, cartógrafo y naturalista, con intereses predominantemente botánicos. Recorrió muchas tierras y mares del mundo antes de llegar al Río de la Plata, de donde pasó a la costa del Océano Pacífico. Realizó observaciones por Chile y Perú, entre 1707 y 1713 (Chardon, 1945; Rípodas Ardanaz, 2000).

1712. Exploración de Amédée François Frézier en la costa del Perú.

1735. Expedición al Ecuador de la Academie des Sciences, dirigida por Charles Marie de La Condamine, Pierre Bouguer y Louis Louis Godin.

1754. La expedición de Pehr Löfving al Orinoco, 1754-1761.

1777. La expedición Botánica a los Reinos de Perú y Chile, iniciada en 1777 por Hipólito Ruiz, Jo-

seph Pavón y Luis Née, y continuada, con relevo de protagonistas, hasta 1831.

1781. Partida hacia América del Sur de los Comisarios y personal superior de las Partidas Demarcadoras de los límites hispano-lusitanos como lo dispuso el Tratado de Madrid, de 1777. Participan Félix de Azara, Francisco de Aguirre y Diego de Alvear, entre otros.

1787. La Real Expedición Botánica a Nueva España, 1787-1803 (Soler Pascual, 2003)

1789. La expedición de Malaspina, en su Viaje Político y Científico a la América Meridional, Islas Marianas y Filipinas, 1789-1794.

1799. Se inicia la exploración conjunta de Alexander von Humboldt y Aimée Bonpland de la América tropical hispana, culminada en 1804.

Cada categoría de viajero tuvo su forma de expresión, pero aún dentro de alguna de ellas, como la de los científicos, hubo la de los preparados para tal fin y la de los legos, puestos circunstancialmente en esa función. Pero, para el producto final, el informe o relato, cabe distinguir entre los realistas y buscadores de precisión y los fantasiosos. Esa última categoría hizo que en muchos casos se mezclaran la realidad con la imaginación y se alimentara así la leyenda de la rareza americana.

Como lo aclara Daisy Rípodas Ardanaz (202: 71), se acumularon en la visión europea de la naturaleza de la América española “... rasgos verdaderos o imaginados”, acerca de “... una civilización fundamentalmente urbana; población mayoritariamente indígena –no importa si representada aquí según cánones estéticos europeos–; tierra de Jauja, donde los alimentos –en este caso el ganado– abundan hasta la saciedad; lugar de maravillas, donde la naturaleza rompe sus leyes, así sea para producir monstruos...”. Cardoso (1918, 1919, 192), Gandía (1946), Gerbi (1960, 1978), Wendt (1963), entre muchos otros, tratan con mayor o menor detalle y extensión acerca de un vasto repertorio de animales raros, monstruosos, a cual más imposible, que brotara de la imaginación exaltada de cronistas y viajeros.

Si en tiempos en los que todavía predominaba el vitalismo en la biología –a pesar de los embates materialistas del siglo ilustrado– cuando la anatomía



comparada buscaba el plan básico de la creación en las regularidades de la organización de los seres vivos, cuando todavía no se concebía la realidad evolutiva de los fósiles; cuando la enfermedad recién comenzaba a percibirse más como deterioro orgánico o funcional que como castigo o deserción monstruosa de las leyes naturales, como se había supuesto hasta poco antes... ¿Cómo no iba a seguir vigente una zoología fantástica, alimentada desde el año mismo en que Colón arribara a América por primera vez, creándose un verdadero corpus de mitos y leyendas que agregara al elenco de monstruos propiamente dichos, una serie de rasgos estructurales y funcionales del paisaje y de los ambientes (húmedos, decadentes, fermentativos, debilitantes), que constituían un factor descalificante general de lo americano (Cardoso, 1918, 1919, 1926; Gandía, 1946; Fernández de Castillejo, 1945; Ley, 1948; Delaunay, 1962; Quiroga, 1975; Magasich y de Beer, 2001).

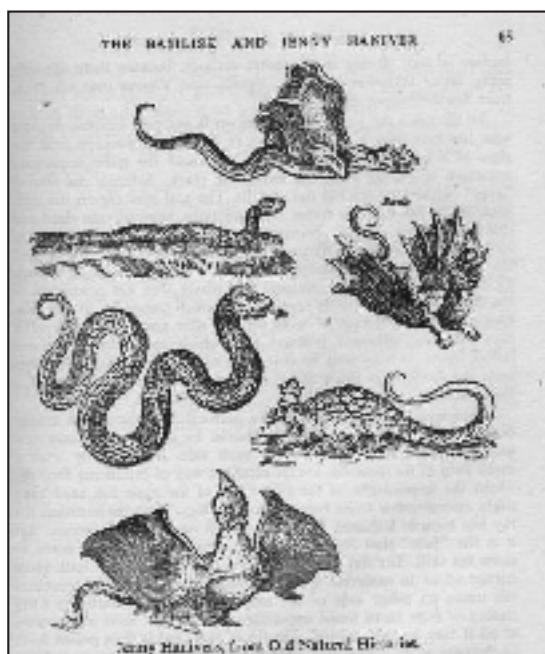
El padre Feuillée (2002) fue uno de los que, a pesar de que su preparación previa lo debía enrolar con los observadores más realistas, alimentó fantasías casi absurdas acerca de la naturaleza americana, por más que la síntesis de su obra es positiva y dejó un enorme aporte cartográfico, geográfico e incluso naturalista de la zona que recorrió (Feuillée, 2002). Puede verse como ejemplo, en la figura 1 (Apenas sesenta años antes de que Azara pasara por Buenos Aires, el padre Louis Feuillée, destacado botánico, cartógrafo, físico y astrónomo, en las cercanías de la capital virreinal pudo “observar” este extraño ser. Este es el grabado realizado, la extraña criatura que “vio” cerca de Buenos Aires, a la que dibujó y sobre esa base el grabador Pierre Giffart compuso la ilustración. Compárese con el rigor y el realismo del naturalista aragonés; tomado de Daisy Rípodas Ardanaz, (2002, lámina III). Y este caso no es excepcional pues, a pesar de que Cristóbal Colón pudo informar a los Reyes Católicos que “... en estas islas, hasta aquí no he hallado hombres monstruos como muchos pensaban...” (Fernández de Castillejo, 1945:64), fue copiosa la información de cronistas y viajeros ulteriores sobre seres “monstruos” como los que Colón no pudo ver. Eso no abarcaba sólo a América y la zoología clásica de los siglos XV, XVI y XVII está cargada de ellos. Por ejemplo en la figura 2 (Algunos de los seres fantásticos que poblaron las

obras de zoólogos y viajeros entre el Renacimiento y el Siglo XVIII, de Las Luces). En este caso corresponde a formas supuestamente naturales incluidas en la obra del naturalista suizo del siglo XVI Konrad Glessner, en su **Historia Animalium**, aparecida en 1555; tomado de Willy Ley, 1948:65) y son de muy variada procedencia geográfica (Ley, 1948; Delaunay, 1962).

Figura 1



Figura 2



Del mero asombro ante la curiosidad o rareza, término éste último con fuerte vigencia en la época, se pasó a la acumulación de especulaciones que derivaron en interpretaciones caprichosas de la

naturaleza americana. Para ello faltaba tan sólo un paso, que fue estimulado por la resistencia de Europa para aceptar lo otro, lo divergente, lo distinto, más aún si –como sucedía en la segunda mitad del siglo XVIII– la alarma en los medios oficiales metropolitanos estaba muy despierta por una eventual independencia de las Indias. Era algo que sentían todas las potencias coloniales, por eso las formas de “leyenda oscura”, las que pretendían devaluar la capacidad de América para competir con Europa, a través de la degradación de su imagen entera.

Antonello Gerbi (1983) analiza extensamente este estado de cosas, al que llama la “**Polémica Americana**”, que se vio agudizado por la publicación de la muy difundida obra de Cornelius de Pauw (1768-1769), con una defensa ulterior editada en 1770 y –lamentablemente también– por las propias opiniones de Buffon, quien se adhirió a sus ideas acerca de la inferioridad biológica americana. Debe tenerse muy en cuenta el comentario que hace Gerbi (1978:150) al respecto: no hay prácticamente en esos autores y en sus seguidores del siglo XVIII, una sola cita denigratoria o que disminuya la naturaleza americana que no haya tenido su raíz en los cronistas primeros de Indias. Ellos aportaron los elementos imaginativos, fabulosos y falsos que alimentaron esas opiniones que hasta se incorporaron a los textos de más de uno de los pretendidos expositores serios de la realidad americana, incluyendo en alguna medida al abate Guillaume Thomas Raynal (1713-1796). Por eso resulta especialmente notable que Félix de Azara se atreviera a antagonizar los conceptos de una figura tan afamada como Buffon, “*cuyos “sueños” acerca de la pobreza de la fauna americana fueron refutados por Azara*” (Gerbi, 1960:285)

Esos rasgos de objetividad y frío desprendimiento de las supersticiones hacen de Azara un observador especialmente lúcido y precursor de la Historia Natural moderna. Supera en ese sentido, por ejemplo a los jesuitas Pedro Lozano (1697-1752) y José Guevara (1719-1806), que esconden en sus páginas cierta dosis de superstición, y puede decirse que es el predecesor directo de otro gran naturalista rioplatense, el sacerdote uruguayo Dámaso Antonio de Larrañaga (1771-1848).

La biodiversidad sudamericana, para comenzar a ser relevada sería y modernamente debía encontrar precursores con mente desprejuiciada, enormemente laboriosos y capaces de entender que el mundo natural es ante todo y sobre todo eso mismo: natural. Todo lo sobrenatural, extranatural, fabuloso o mítico debe ser descartado. También todo prejuicio valorativo (inferioridad, decadencia, degeneración) o puramente utilitario (culinario, cinegético, industrial, medicinal, etc.). **Félix de Azara reunió las mejores condiciones para ser un iniciador: fue objetivo con América y con lo americano.** No fue apologético, por eso a veces es juzgado severamente. Trató a los americanos, a los jesuitas, al indio y al gaucho con desprejuicio y libertad. También a los españoles de su tiempo, incluyendo a los altos funcionarios. Al hacerlo chocó con intereses, con mitos y con el nacionalismo y las ideologías que vendrían más tarde, por eso tiene detractores fáciles. No vale la pena traerlos a esta revisión porque no aportan nada objetivo.

Por cierto, que tuvo errores en su tema específico: eran casi necesarios en un precursor y en quien experimentaba una pobreza de recursos como la que debió padecer Azara en sus andanzas americanas. Ya se encargaron varios autores de rectificarlos, ayudando a entender mejor su obra. Varios otros discutieron la correspondencia de los nombres azarianos con los del sistema binario de Linneo (Rengger, 1830; Hartlaub, 1847; Berlepsch, 1887; A. de W. Bertoni, 1901, 1922; Thomas, 1901, 1902; Foster, 1905; Osgood, 1915, 1919; Cardoso, 1926; Tate, 1932; Morales Agacino, 1937, 1941; Laubmann, 1940; Podtiaguin, 1942, 1944; Pereyra, 1945; Langguth, 1966a, 1966b, 1967, 1975; Sabrosky, 1947; Fernández Pérez, 1992; además de varios otros antiguos y modernos, quienes enfocaron puntualmente algún tema controvertido del aporte azariano).

Conclusiones

Si bien Félix de Azara debió iniciarse como naturalista prácticamente a solas y con muy escasos medios instrumentales y bibliográficos, estaba capacitado para ello debido a su participación en el activado medio intelectual y científico español del período más brillante de la Ilustración. Se puede



decir que tenía los elementos generales, pero no los particulares para poder desenvolverse como naturalista. Su condición independiente, si bien le impidió acoplarse a algunas formas novedosas del pensamiento y de la tarea práctica como naturalista, le dio elementos de desprejuicio —en especial con respecto a las supersticiones todavía muy vigentes en la España de su tiempo— y también de libertad para trabajar según su buen entender.

Analizando con cuidado sus obras, no caben dudas de que lo logró. **Entendió o intuyó —lo último es lo más probable— la noción básica de lo que mucho después se llamaría *biodiversidad*.** Esa fue su forma de encarar a la naturaleza: restringiéndose a un espacio (él mismo aclara que casi la totalidad de sus investigaciones fueron realizadas en la antigua provincia del Paraguay al norte de los 29 grados de latitud austral). En el área elegida trató de conocer exhaustivamente lo que el mismo encerraba de variedad de formas de vida. Las inventarió y las describió cuando eso estuvo a su alcance. Lo hizo especialmente con las aves y los mamíferos. **Al hacerlo, sentó las bases de los estudios naturalistas en una vasta zona americana.** Mientras tanto el abate Juan Ignacio Molina (1740-1829) hacía algo parecido en Chile (culminando sus trabajos en el destierro en Bolonia —pues era jesuita—, en su **Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile**) y José Celestino Mutis (1732-1808) lo realizaba con las plantas de Nueva Granada, preparando su monumental obra **Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada**.

Con ellos tomó forma definitiva una manera de encarar el medio natural, que era novedosa porque el naturalista se situaba ante ese medio y dejaba que el propio ambiente “le hablara”, él era el intérprete y el que registraba todo. **No “usaba” al ambiente para ejemplificar sus doctrinas o postulados teóricos.** Azara se permitió especulaciones pero éstas fueron muy moderadas y nacidas exclusivamente de la curiosidad natural y del buen sentido, nunca del prejuicio ni del menguado saber tradicional.

Ha sido juzgado por muchos autores. Algunos son apologeticos sin más fundamento que la glorifi-

cación del héroe. En muchos casos el juicio definitivo depende de las ideas religiosas y personalistas de los críticos. La diversidad y los campos en los que se desenvolvió le llevó a ser merecedor de una celebridad bien ganada, pero en ella se destaca nítidamente su personalidad y su obra como naturalista. La obra de Azara en el campo de la Historia Natural fue específicamente elogiada por numerosos autores (Hartlaub, 1840; Laubmann, 1940; Isabelle, 1943; Cabrera Latorre, 1934, 1943; Pereyra, 1945; González, 1943; Baulny, 1968, 1969; Galera Gómez, 1990; Lucena Giraldo y Barrueco Rodríguez, 1995; Mones y Klappenbach, 1997) y retiene su solidez en la actualidad, mereciendo la permanente consulta por especialistas, e incluso el análisis crítico, que en algunos casos puede llevar a reinterpretaciones de algunos datos o resultados que primariamente se le atribuyeron.

Ese bien ganado prestigio llevó, incluso, a que diversos autores le consideraran, en alguna medida como un precursor de las ideas evolucionistas de Charles Darwin (1809-1882). Con los elementos probatorios disponibles en el presente, no se puede concluir otra cosa que se trata de una exageración de comentaristas entusiasmados por la lucidez de muchas de sus observaciones, pero éstas no dejaron de ser aisladas, y, lo que es más significativo, aparentan haber sido ocasionales y respondiendo a una situación de observación determinada, nunca formando parte de un cuerpo de ideas complejo y sistemáticamente cultivado. Cuando Azara se retiró a su tierra natal pasó casi tres lustros sin volver —aparentemente, pues no hay prueba alguna documental— a ocuparse de los temas de biología especulativa que alguna vez pudieron interesarle ante un hecho concreto. Léanse, por ejemplo, las páginas 306 a 308 de la reedición de su obra de 1809 (Azara, 1934, I), en las que resume sus ideas acerca del origen poligénico de las especies, sin entrever hipótesis explicativas transformistas o evolucionistas. **El que sí es un hecho concreto, es que las obras de Azara atrajeron la atención de muchos naturalistas hacia el paisaje americano. Darwin tuvo en sus manos una edición de Azara en su célebre viaje.** El médico y naturalista suizo Johann Rudolf Rengger Von Brugg (1795-1832) viajó al Paraguay inspirado por Azara. Otros naturalistas ulteriores, lo tomaron como guía y ejemplo, como los hermanos



argentinos Félix y Enrique Lynch Aribáizaga (1854-1894 y 1856-1935, respectivamente); el malogrado y autodidacta correntino Nicolás Rojas Acosta (1873-1947); y el suizo-paraguayo Arnaldo de Winkelried Bertoni (1878-1977).

En 1809 se editó la obra de Lamarck (1744-1829), **Filosofía Zoológica**, en la que el eminente naturalista francés enuncia sus ideas transformistas. No sabemos siquiera si Azara la leyó: sabía francés y tenía múltiples vinculaciones con el medio científico de Francia. Si todavía le preocupaba lo que fue su mundo americano de veinte años, no podía dejar esa lectura de inspirarle profundas reflexiones. Pero, nada sabemos sobre el tema. Jamás se encontró documento alguno que probara que las especulaciones naturalistas ocuparan la mente de Azara, una vez publicados sus principales libros inéditos, y –ni siquiera– que volviera a vincularse con sus correspondientes del medio naturalista francés. En este sentido, la pérdida de sus papeles personales y del grueso de su correspondencia deja un vacío lamentable.

Las demás facetas de su personalidad científica, como etnógrafo, como geógrafo, como cartógrafo, como historiador y como observador social han dado lugar a diversas valoraciones, a veces contradictorias. Fue en el campo historiográfico, que, tal vez es el más débil de su obra (o el más sujeto a interpretaciones ideológicas), en el que ha estado más sujeto a críticas. Es natural que fuera así. Toda obra humana es perecedera, pero en el campo de las ciencias de la tierra y de la vida se respeta al antecesor, al precursor, al trabajador infatigable y a quien se atrevió a expresar sus ideas y a interpretar los hechos que manejó. Por el contrario, el de las ciencias sociales es más duro e injusto. Conviven interpretaciones diversas y controvertidas, a veces parece faltar el sentido mismo de la relatividad temporal de lo humano.

Félix de Azara fue un miembro destacado de la España de las Luces, carga consigo las fallas y los aciertos de un momento decisivo de la historia. Para tratarlo con justicia, nada mejor que repetir las palabras con las que lo calificara el historiador argentino Alberto Palcos (1946), cuando cerró una larga serie de artículos documentales y críticos acerca de don

Félix, titulado al último y culminante: **Un Redescubridor de América: Félix de Azara**.

Agradecimientos

A Julio Rafael Contreras Roqué, que alentó mi participación en los estudios acerca de la historia natural sudamericana durante más de una década y que puso generosamente a mi disposición copias de los manuscritos de sus trabajos inéditos sobre Félix de Azara y me permitió utilizar su biblioteca durante mis estancias en la ciudad paraguaya de Pilar; a Andrés Oscar Contreras Chialchia, con quien compartimos en el Paraguay jornadas de viaje y de campaña en el mismo paisaje en que se desarrollara dos siglos antes el gran naturalista aragonés; a Amalia Chialchia de Contreras, por su hospitalidad, aliento y amistad, siempre al pie del cañón; a Blanca Jordan de Urriés y Azara, Marquesa de Monasterio, que compartió y apoyó esta iniciativa, también con su cálida acogida en la casa solariega de la familia Azara en Barbuñales; a Tony Crocetta, Carmen Quintana, Fernando Barrios, Pere Comas, Ignacio Liceaga y Manuel Español, por sus fotografías, que ayudan a entender los paisajes azarianos. Finalmente a Carmen Quintana, por su desarrollo de la presentación, captando mis ideas sobre la contribución de Azara al redescubrimiento de América.



Etnografía y política en Félix de Azara

SERAFÍN FANJUL GARCÍA

Catedrático de la U.A.M. de Madrid

Como es sabido, los veinte años pasados por Félix de Azara en Sudamérica (1781-1801) se corresponden con una época en la que el viejo orden virreinal mostraba ya signos inequívocos de desgaste, preludio claro del hundimiento que, para materializarse, sólo precisaba de un empujón externo y éste vino propinado por Napoleón con la invasión de España en 1808. No podemos aquí entretenernos en la enumeración de las causas y remedios que se intentaron para paliar o detener la caída, extremos éstos que, por otro lado, son bien conocidos por los historiadores. De manera sucinta, recordaremos que, tan sólo a lo largo del siglo XVIII se produjeron abiertos conflictos con los poderes reales o sus representantes en varios casos sonados: los comuneros del Paraguay (1732-1735); Juan Francisco de León (1749-1752) en Venezuela; Quito (1765); los comuneros de El Socorro en Nueva Granada (1781); los comuneros de Mérida en Venezuela (1781); o la gran sublevación indígena del Alto Perú (1780-1781). Por lo general, estos movimientos no esgrimían, desde luego no a las claras, pretensión independentista ninguna, sino que más bien reflejaban la exasperación de los criollos por medidas administrativas o tributarias que les perjudicaban. Hasta Tupac Amaru II –y no fue el único– se alzó al grito de *“Viva el rey y abajo el mal gobierno”*, lo cual no fue óbice para su persecución y ejecución en circunstancias bien crudas, ya porque los poderes políticos no creían en tales alardes declarativos, ya por representar su alzamiento contra el poder constituido una negación del principio de autoridad que, desde su punto de vista, no podían tolerar.

En este clima de relativa inquietud desembarca Félix en América en 1781, si bien la lejanía, las dificultades de comunicación y el escaso desarrollo del comercio interno entre los virreinos, debían amornar mucho la repercusión de los acontecimientos fuera de sus lugares de origen y las contrariedades,

enemistad o el boicot personal de funcionarios malintencionados (como en 1793-4 sucediera con el gobernador de Asunción) hubieron de coartarle o amargar un tanto su buen humor más que los sucesos políticos del momento que, todavía, no habían alcanzado los grados de dramatismo que más tarde vendrían. La creación del virreinato del Río de la Plata (1776) y la Paz del Pardo (1778) con su correlativa comisión de Límites –dirigida por José Varela y Ulloa– completan el marco que a nuestro propósito interesa. En líneas generales, puede afirmarse que los altos problemas políticos no impidieron que Azara cumpliera su misión cartográfica, se aplicara a su afición de naturalista (su mejor legado) y aun le quedaran tiempo y ganas de fundar San Gabriel de Batobí, en la cabecera del río Ibicuí, de repoblar Esperanza en el río Santa María o de expulsar a los portugueses intrusos entre Sta. Tecla y Monte Grande y ello casi en vísperas de su retorno a España, es decir, cuando ya cumplía veinte años de estadía americana. Entre el conjunto de su extraordinaria obra zoológica emergen aspectos de la vida social del tiempo y de los componentes y comportamientos humanos de que fue testigo, ofreciéndonos no estampas sueltas sino relaciones muy detalladas y con intención científica de cuanto presenciara, tanto entre los indígenas como entre los criollos y los españoles peninsulares, observaciones que corroboran, completan o matizan otros testimonios o que los contradicen de plano, como es el caso del canibalismo entre los indígenas. Dos apartados abordamos en esta contribución (el mundo aborigen y el de los españoles de Indias), en la inteligencia de que nos conformamos con sugerir algunas ideas sin pretender estar haciendo descubrimiento sensacional ninguno.

1. - Los datos poblacionales del Paraguay que ofrece Azara (1790) coinciden con bastante exactitud con los recogidos por dos contemporáneos su-



yos (Francisco de Aguirre, en 1776, habla de 76.000 habitantes; y Lázaro de Ribera, 1796, de 97.480). El, por su parte, indica que en la región viven 99.205 almas, de los cuales sólo 103 eran peninsulares, en tanto los criollos de españoles (o mestizos) suman 52.303 y los negros y mulatos 10.480, constituyendo el resto (más de 30.000 individuos) la masa de población aborigen. Cifras todas ellas muy reducidas y que han servido, en la globalidad del continente, como base para fundamentar los ataques por genocidio a la colonización española. Azara, como español de su tiempo, no eludió encarar el conflicto ideológico, histórico y humano que planteaba la Conquista, si bien –como era de esperar– sus argumentos tienden a una defensa exculpatoria que hoy podemos estimar en exceso optimista, aunque sus observaciones parciales y de fondo no sean despreciables: “*¿Qué nación europea de las que han pisado América podrá decir que conserva los mismos y más indios que halló en ella! Favorece este cálculo el que muchos indios han pasado a ser españoles y otros están confundidos con las castas mestizas*” (Azara, 1990).

Manifestación demasiado benigna a propósito de los 57.000 indios que –dice– encontraron los conquistadores en Paraguay, pero somete a discusión los números de Ruy Díaz de Guzmán y del jesuita Lorenzana y, con no poca pasión, los rebate, concluyendo con buen criterio que poca población podía haber, dadas las características naturales de la tierra y su capacidad para producir alimentos, máxime mediante técnicas aun más primitivas que las de su época. En su discurso pone mucho énfasis en la descripción detallada de horribles prácticas de control de la natalidad (aborto sistemático e infanticidio no menos generalizado) que acababan con los habitantes del Chaco (guanás, lenguas, mbyá) y concluye: “*Sería muy del caso que llegasen a saber los extranjeros la noticia de esta barbaridad, para que de aquí a pocos años, cuando nos vean pacíficos poseedores del Chaco y a éste desierto, no se deleiten en acriminar, como suelen, sin fundamento diciendo que los bárbaros han desaparecido a esfuerzos de nuestras atrocidades*” (Azara, 1990).

Sin embargo, estas consideraciones no son el eje, ni siquiera ideológico, de Azara, quien tampoco participa de los mitos generados en Europa a lo

largo del XVIII: no cree en la Edad de Oro, ni en el futuro reino de Dios (como sí hacían otros contemporáneos suyos) a partir de la recreación del mito del Buen Salvaje, con su pariente el Paraíso Perdido (de hecho, otra denominación de la Edad de Oro); y con la búsqueda inevitable de todas estas fantasías en las selvas o pampas americanas. El padre Labat (**Nouveau Voyage aux îles de l'Amérique**, 1722) y el barón La Hontan (**Voyages en Amérique Septentrionale**, 1703) habían proporcionado materiales que, debidamente manufacturados, sirvieron a Rousseau, Montesquieu y Voltaire para estructurar sus teorías sobre las costumbres e individuos y en perjuicio de los análisis acerca de las instituciones y las minorías dirigentes en los órdenes social y político. Como individuo observador, de espíritu independiente y reflexivo y que –por añadidura– aunaba el estudio y la experiencia personal, prolongada y repleta de vivencias directas, no podía caer en las elucubraciones generalizadoras, idealizadas y en definitiva irreales de los etnólogos de gabinete. Exactamente igual que le sucedía en el terreno de la Zoología. Ve a los indios sin desprecio ni odio pero también sin hacerse ilusiones sobre su capacidad técnica e intelectual. Consciente de la necesidad de asimilar y civilizar a los indígenas, por bien de todos y según los criterios de su momento histórico, no del nuestro, por lo que juzgo ocioso entrar en críticas a la última moda multiculturalista actual. Pensaban –y pensaba– entonces que mejorar el nivel de conocimientos agrarios, comerciales y de técnicas diversas de los indígenas no era una agresión sino un buen procedimiento de beneficiar a la sociedad entera. Por consiguiente, señala tres vías posibles: 1/ Comercio y trabajo; 2/ “*El usar de la fuerza, o del respeto que infunde, para hacer reducciones es el medio más expedito*”; y 3/ “*Tomó el gobierno, para hacer reducciones, el tercer camino, que es el de la persuasión, fiándola a los eclesiásticos, y así ha salido ello*”. Su conclusión es que “*el gobierno es quien debe civilizar a estos bárbaros y no los eclesiásticos, siéndome muy sensible el ver las crecidas sumas que se han expedito y expiden sin fruto y con descrédito*” (**Descripción**, Azara, 1943a). La expulsión de los jesuitas aun estaba reciente y por tanto, en el mismo reinado de Carlos III, funcionarios y comisionados reales como Azara no podían ni debían manifestar gran entusiasmo por el control religioso de las poblaciones, aunque no le duelen



prendas en reconocer el éxito de algunas reducciones jesuíticas a la sazón, como San Joaquín o San Estanislao.

A nuestro juicio, la visión de Azara sobre los indígenas es de las más objetivas y desapasionadas que podemos encontrar en toda la vasta producción de los escritores de Indias que abordan el tema. La postura de desconfianza o duda aparece ya reflejada nada menos que en el Inca Garcilaso al hablar del pasado prehispánico: *“Unos indios había poco mejores que bestias mansas y otros mucho peores que fieras bravas”* (Garcilaso de la Vega, 1991, Libro I, cap. IX, p. 19), una opinión negativa sobre la capacidad intelectual y moral de los indios que encontramos en los textos de Fray Diego de Ocaña, de Fr. Reginaldo de Lizárraga o en el mismo jesuita José de Acosta (**De procuranda Indorum salute**), cuyo escaso aprecio por las culturas indígenas se prolongaba incluso sobre los mestizos, concedores de las lenguas nativas pero *“con los resabios que les quedan de haber mamado la leche india”* [Se creía que la leche materna transmitía caracteres culturales]. El también jesuita José Cardiel (**Las misiones del Paraguay**, edición moderna, Cardiel, 1989) manifiesta serios reparos a las muestras de inteligencia de los indios: *“¿Qué haría un hombre grave metido entre una tropa de muchachos? ¿Qué consuelo recibiría de su compañía? Pues esto es estar entre indios, cuyo genio pueril y pensamientos son de niños y no tienen la viveza y prontitud de los niños europeos”*. Prejuicios de la época que desconocían la importancia de los hábitos adquiridos y que se reproducían de modo mecánico, por ej. en un atestado de la Inquisición mexicana (1702) se reflexiona: *“Citóse también por testigos una muger y algunos indios: y no me pareció necesario examinarlos: a ella por muger y porque algunos de los contestes pusieron duda en si lo avia oído o no. Ya los indios por incapaces”*. (Archivo General de la Nación, México, Grupo doc. **Inquisición**, fº 264 r vol 721, exp. 20 fojas 263 a 280).

Azara no incurre en la preocupación constante por la desnudez de los indios que sí aqueja a los frailes de manera continuada, sin embargo contribuye a aliviar de mitos negativos la imagen de los aborígenes, v. g. en el controvertido asunto del canibalismo: *“La mayor parte de las relaciones e historias convienen en asegurar que casi todas las citadas naciones*

eran antropófagas y que en la guerra usaban flechas envenenadas; pero uno y otro lo creo falso, puesto que nadie de las mismas naciones come hoy carne humana, ni conoce tal veneno, ni conserva tradición de uno y otro” (**Hª del Paraguay**).

Nuestro autor se muestra partidario de hispanizar a los indios en todos los órdenes, incluido el lingüístico, siguiendo la pauta y opinión extendida en esos mismos días, cuando su contemporáneo Concolorcorvo [Carrió] dedicaba muchas y duras páginas al tema y dentro de la política que la Corona estaba propiciando para asimilar y unificar la comunicación entre todas las poblaciones. Al respecto recordemos que la Real Cédula de Aranjuez ordenando la enseñanza del castellano data de 1770.

A veces, mediante referencias, enumera y describe tribus que no vio, bien por haberse extinguido con anterioridad (caso de los yarós y bohanes exterminados en el siglo XVI por los charrúas), o por conocer de ellos sólo de oídas (caso de los aucas del centro de la Argentina, o los balchitas, huiliches, tehuelchis), pero por lo general, precisa bien las descripciones y características destacando la condición pacífica o irreductible de unos u otros, su dominio —o no— del caballo y la ubicación que ocupaban: payaguás (río); guanás, mbyá, lenguas (Chaco), guaycurú, machicuy, tupís, guayanás, charrúas (desaparecidos en 1832), chanás, minuanes, pampas (o querandís, o puelches), y, sobre todo, los guaraníes, a los que considera pusilánimes (*“como los indios mexicanos y peruleros”*) y que, reducidos, se someten con facilidad a los españoles y a otras tribus: *“todos los guaraníes juntos no son capaces de dar sujeción a cincuenta mbyá, enimagá o lengua, y ésta es la causa por que los jesuitas jamás hicieron progresos en la reducción del Chaco”*. Observaciones que pueden parecer superficiales pero que responden a los conocimientos de la época y en todo caso se mueve en el terreno de la realidad experimental, así por ejemplo, hace referencia a costumbres no sólo describiéndolas sino interpretándolas: los guanás *“se rapan toda la cabeza menos un mechón a la mahometana, y otros afeitan todo lo que está delante de la sutura coronal o la mitad anterior de la cabeza”*, indicación que puede haber inducido a relacionar a estos indios, o incluso a los gauchos, con emigrantes moriscos, cuando

todo parece indicar que se trata de un simple caso de poligénesis. Consideración extensible a la práctica de los charrúas con los fallecidos: “*Entierran [al charrúa] matando sobre el sepulcro su caballo de combate (que es lo que más aprecian)*”, costumbre que encontramos documentada, prácticamente igual, entre los escitas y los mongoles por Heródoto e Ibn Battuta respectivamente.

2.- Son bien conocidas la sorpresa y perplejidad que las tierras americanas provocaban en los españoles allá emigrados: la Naturaleza inconmensurable, la diversidad de los climas, la rareza nunca vista de los habitantes, la abundancia de comida fácil en algunos territorios o la libertad de acción para hombres y mujeres, al ser –fuera de los centros administrativos– países “*de frontera*”, constituían puntos de asombro para los recién llegados dando lugar a comentarios más o menos atinados. Azara describe bien la situación, tanto humana como material, empezando por la cabaña que servía de alimentación y fuerza de trabajo: “*Dicen aquí con razón que el país es el Infierno de las vacas, el Purgatorio de los caballos y el Paraíso de los asnos y de las yeguas; aludiendo a la increíble matanza y desperdicio que se hace en el ganado vacuno: a lo que se hace padecer a los caballos; y a que los asnos y yeguas viven libres sin que nadie se mata con ellos*” (Azara, 1802b).

El carácter maravilloso de aquellas tierras y la tónica laudatoria dedicada a la conquista los encontramos ya en el teatro del Siglo de Oro, así como la admiración y envidia que suscitan los retornados. En América es constante la preocupación, repetida en distintos autores, sobre la confrontación entre los nuevos emigrantes y quienes ya se hallaban en el país: el problema de los hijos y nietos de los conquistadores que, ora por sus propias culpas y falta de previsión, ora por causa de las ordenanzas reales o de la llegada de nuevas generaciones de colonizadores, van siendo desplazados en el aparato de riqueza y poder de los virreinos coincidiendo su visión con la del anónimo cronista recogido por I. Leonard (“*los extremeños ganaron el Perú y los vizcaínos son ahora la gente más rica del Perú y los que tienen mejores cargos del rey*”) y con la de Lizárraga (“*merecen ellos más en venir [los chapetones], que los miserables conquistadores, pobladores, ni*

sus hijos y nietos, ni los que ayudan a sustentar este reino”). Reflejo de tales posturas encontramos en otras obras como las **Noticias secretas de América** de Ulloa y Jorge Juan o en el viaje de Humboldt.

En la gran literatura de los cronistas de Indias se destaca, pormenoriza y detalla la labor que se realizaba o los acontecimientos bélicos previos: “*Todos los cronistas [F. de Oviedo, Las Casas, Gómara, Cieza de León, Díaz del Castillo, etc.] de Indias están de acuerdo en el sentido providencial del descubrimiento y la conquista de América y sobre la misión cristianizadora de España en el Nuevo Mundo*” (Laitenberger y Berchem, 1994: 121). Y a esta línea sigue una nueva tendencia apologética y glorificadora de todos los aspectos de la conquista con eliminación de elementos críticos anteriores (Cieza, Oviedo, Las Casas) y resalte del carácter usurpador e ilegítimo de los poderes anteriores (Zárate, Sarmiento de Gamboa). El Inca Garcilaso legitima la conquista pero no condena al poder incaico, sino que lo exalta como ejemplo de orden y moralidad, oponiéndolo a una supuesta anarquía bárbara preincaica. Para Lope de Vega, la conquista se sitúa a dos niveles diferentes, el de la Providencia por un lado y el de las acciones, aspiraciones e intereses son moralmente reprobables pueden favorecer las intenciones de Dios, el interés del cielo.

Pero ¿qué pensaban los españoles sobre América tras el impacto psicológico, enorme, que se produjo desde que el proyecto de conquista y población fue tomando fuerza? A falta de las imposibles encuestas debemos guiarnos por la literatura del tiempo. “**Las Cortes de la Muerte**”, auto sacramental impreso en Toledo en 1557, en cuya escena XIX se sigue un discurso digno de la **Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias** de Las Casas. La pieza trata el tema de la danza de la muerte, de la vanidad del mundo y del hombre ante la justicia divina. Dice el Mundo:

¡Gran cosa es la libertad
y estar libres de mujeres
y de hijos en verdad!
La India gran calidad
Tiene para los placeres.

La Carne apuntilla:

El vivir allá es vivir,
Que acá no pueden valerse.
Lo que yo te sé decir,
Que pocos verás venir
Que no mueren por volverse.

Un contemporáneo de Azara, Concolorcorvo (edición de 1980), dedica muy apasionadas páginas a rebatir las críticas a la conquista que sabía circulantes a partir de los enciclopedistas franceses y el mismo Azara tercia en el asunto, naturalmente del lado de su nación: *“Los españoles de este país tratan con la misma dulzura y humanidad a los indios de sus encomiendas, y nada más opuesto a su carácter que la dureza y crueldad que algunos escritores le han atribuido. Que se compare el número de indios que han conservado en sus colonias con el que se ve en las de algunas otras naciones que tachan de crueles a los españoles. Yo puedo demostrar, por la comparación de los catastros originales, que hay más indios en el país actualmente que los que existían en el tiempo de la conquista”* (Azara, 1969).

Dos aspectos a resaltar: el ya señalado enfrentamiento entre criollos y recién llegados (Lizárraga, ya en 1600) y la libertad, entendida como libertinaje de costumbres que no podía dejar de aparecer reflejada en los escritos de los frailes, tal Fray D. de Ocaña. La preocupación de los frailes por la desnudez de los indios es constante: *“Ellos son como montañeses, andan desnudos, ympuris naturalibus [sic] y en sembrando y cogiendo sus rozas, otro oficio no hacen sino emborracharse et alia pessima”* (Carta de Fray Joseph de Robles vicario gral., Cartagena de Indias 1 de junio 1550 al Consejo de Indias, Friede, J., Documentos inéditos para la Historia de Colombia, doc. 2322, Audiencia de Santa Fe, leg. 233, vol. X, p. 273); cédula real (7 de junio 1550) disponiendo se ordene *“cómo los indios de esa provincia [Cartagena] se comiencen a cubrir y vestir”* (Ibidem, leg. 987, li. 3, vol. X, p. 275, doc. 2324). Pero no son sólo los frailes, la **Descripción anónima del Perú**, tal vez obra de un judío portugués, recogida por Irving A. Leonard, refleja el ambiente de los aventureros que por allí caían: *“Son grandísimos fulleros [los soldados del Perú], que su cuidado no es otro más que entender en el arte de engañar [...] Es gente que no quieren servir. Todos andan bien*

vestidos, porque nunca les falta una negra o una india y algunas españolas, y no de las más pobres, que los visten y dan el sustento, porque de noche las acompañan y de día les sirven de bravos [...] Si bien los hombres son soberbios, las mujeres son presuntuosas, que como son hermosas y se precian de discretas, se tienen por más nobles que Cleopatra reina de Egipto. Y en ser lascivas y gastadoras se le parecen bien, porque todas quieren vestir bien y comer mejor, y quieren todas ser iguales” (Leonard, 1992: 96).

Las imágenes cruzadas, no siempre gratas, que aun hoy en día perduran, estaban gestándose en pleno siglo XVI. En América se designa a los españoles con apelativos poco cariñosos y ya los conquistadores y sus descendientes inmediatos denominaban chapetones a los peninsulares recién llegados, que a su inexperiencia y bisoñez unían un carácter altanero y despectivo para los ya naturalizados en aquellas tierras, los primeros criollos. Reginaldo de Lizárraga, en su **Descripción del Perú** (1987), hacia 1600, denunciaba una actitud que parece constante invariable en las relaciones entre España y América: *“... es la desventura de los conquistadores, pobladores y de los que de muchos años en estas partes vivimos, que no hay quien venga de España, en la cual no se saben tener en una burrica, ni limpiar las narices, ni en su vida echado mano a la espada, que no les parezca, los que vivimos en estos reinos de antiguo, que somos poco y merecen ellos más en venir, que los miserables conquistadores, pobladores, ni sus hijos e nietos, ni los que ayudan a sustentar de cincuenta años a esta parte”*.

En el XVIII, al afirmarse la personalidad y la cultura local americana, cada vez se decantan más las posiciones y nuestro F. de Azara levanta acta de lo que ve (Azara, 1969): *“Son las ciudades las que engendran y propagan todos los vicios, la corrupción de costumbres y esta especie de alejamiento o, por mejor decir, aversión decidida que los criollos, o hijos de españoles nacidos en América, tienen por los europeos y por el Gobierno español. Esta aversión es tal que yo la he visto con frecuencia reinar entre los hijos y el padre y entre el marido y la mujer cuando los unos eran europeos y los otros americanos. Pero yo no la he observado entre los habitantes del campo. Los que se distinguen por esta aversión*

son los abogados, los comerciantes quebrados, los que se han arruinado y todos aquellos que tienen más pereza, más incapacidad y más vicios [...] Los que van a Europa y que ven que es preciso someterse a guardar deferencias desconocidas entre ellos y reconocer una jerarquía política, regresan siempre a América maldiciendo de lo que han visto. Es verdad que su país les da la libertad, la igualdad y la facilidad de vivir casi sin trabajar y aun muchos medios de ganar dinero. No se ven coartados por las leyes porque éstas no están en vigor y dejan que cada uno haga lo que quiera [...] Sus principales vicios son la pasión por las mujeres, el furor por el juego y además la borrachera en el pueblo bajo. Pero a mi entender tienen finura, exactitud y claridad de entendimiento”.

Azara apunta algunos de los tópicos vigentes en nuestros días sobre Iberoamérica, con la peligrosa tendencia a la generalización que tanto daño hace en todas partes, por simplificar personalidades y situaciones que, de suyo, son bien complejas: “Los inteligentes prefieren las mulatas a las mujeres españolas, pues además pretenden que con dichas mulatas experimentan placeres especiales que las otras no les proporcionan. Son espirituales, finas y tienen aptitud para todo; saben escoger; son limpias, generosas y hasta magníficas cuando pueden” (Azara, 1969).

Es decir, el estereotipo que ya resumía el auto **Las Cortes de la Muerte** (dos siglos antes) se prolonga en este y en otros autores y lo podemos encontrar en el imaginario sobre América que anida en el magín de los españoles actuales, aunque la ignorancia básica persista para enturbiar la visión de la realidad, alcanzándose en ocasiones grados de absurdo surrealista que entran de lleno en el terreno de lo cómico, tal la anécdota recogida por Concolorcorvo (1980: 416) a propósito de un criollo limeño: “No ha muchos años que murió en esta capital un sugeto distinguido, y criollo de Lima, conocido por su antigua nobleza y literatura, y mucho más por su humor jocoso y en el último período de su vida que discurro sería después de haber cumplido los noventa años, prorrumpió en la idea de vituperar todas las cosas del país y ensalzar las de la Península, de tal suerte que un viznieto le dixo un día que no le faltaba otra cosa de decir que la hostia consagrada de

España era mejor que la que se consagraba aquí, a lo que respondió el longevo sin titubear: sí, viznieto, porque aquellas hostias son de mejor harina. Respuesta verdaderamente escandalosa si no se tomara en el estilo jocoso con que quiso reprehender a su descendiente”.

Azara levanta acta de los excesos burocráticos, el despilfarro en sueldos de funcionarios incompetentes y, en definitiva, de la mala administración virreinal: “Tal fue el estado de cosas hasta 1776, época en que se estableció en Buenos Aires el virrey, con cuarenta mil pesos de sueldo. Se erigieron inmediatamente tantos tribunales y se multiplicaron de tal modo los empleados de todas clases que sería imposible contarlos. En el Paraguay no se hizo más que doblar el sueldo del gobernador y se establecieron dos oficiales reales para la Hacienda, cada uno de ellos con casa, dos mil pesos anuales y muchos empleados, de manera que todo el producto de la provincia no bastaba para pagar el tercio de los sueldos. Hay además un gran número de personas a quienes se conceden sueldos en expectativa de colocaciones y un enjambre de supernumerarios y gentes que trabajan en las oficinas para merecer por su trabajo obtener un empleo. ¡Qué admirable resultaba la sencillez de aquel tiempo en que cuatro o seis hombres eran suficientes para todo!” (Azara, 1969).

Este desbarajustado clima burocrático y el descontento latente en sectores urbanos hace concluir a Joseph Pérez (1986: 34), tal vez con exceso de optimismo: “la existencia de tales teorías en la América Española unos cincuenta años antes de los libros de Rousseau y de la independencia de los Estados Unidos, no deja de tener su interés: demuestra que la América española tenía ya una tradición de signo progresista, a pesar de su arcaísmo aparente; los españoles americanos estarán así más preparados para recibir las ideas de los enciclopedistas e ilustrados: la semilla ya estaba preparada para dar sus frutos en el momento oportuno”.

Azara, certero en su análisis de la rivalidad entre criollos y peninsulares en las ciudades, no lo es menos cuando enjuicia a las gentes del campo. Su visión, obviamente, es la de un ilustrado que lleva y aplica de modo inexorable sus propios criterios –los circulantes en la época– acerca de civilización y bar-

barie, ese dilema flotante en la vida de los exterritorios hispanos hasta el siglo XX, en que la industrialización y la urbanización masivas de las poblaciones han desequilibrado la balanza en un sentido. Pero en aquellos años finales del XVIII, Azara dictamina con dureza, tal vez simplificando los juicios pero, en todo caso, con un excelente conocimiento de la base de sus aseveraciones y en la misma línea mostrada por Concolorcorvo poco antes al hablar de los gauderios o gauchos: “más conforme con su holgazanería natural, que hace que no se encuentren agricultores ni segadores” (Azara, 1969: 95), “los españoles, cuyo carácter es más bien inclinado a la destrucción” (Azara, 1969: 173), “Apenas han nacido los españoles se les ponen nodrizas mulatas, negras o indias, que están ordinariamente encargadas de ellos hasta la edad de seis años o más. Durante todo este tiempo el niño no ve nada que merezca ser imitado. Añadid a esto un mal principio, aceptado en este país aun más que en España, es decir, que la nobleza y la generosidad consisten en no hacer nada y en destruir. La repugnancia por el trabajo, que es todavía más fuerte en América que en ninguna otra parte, fortifica aun esta inclinación en los niños. Imbuídos de estos principios y de la idea de igualdad, los niños, aun de un simple marino, desdeñan toda clase de trabajo” (Azara, 1969: 282), “Pero la holgazanería y pereza generales, la carestía de los jornales, el gusto por la destrucción y el despilfarro, que caracteriza a los habitantes del país; su pocas necesidades, su falta de ambición; el espíritu caballeresco, que desdeña y desprecia toda especie de trabajo, la falta de instrucción, la nulidad de los gobernadores y la increíble imperfección de los instrumentos, contribuyen a hacer casi imposible toda especie de mejora” (Azara, 1969: 90).

Tanto en los Viajes (Azara, 1969: 287, 290, 291, etc.) como en la **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801** (Azara, 1943b) hace una descripción de las gentes de campo verdaderamente cruda, sin saña pero dura en su capacidad de revisión fotográfica de la vida de los por otros llamados gauchos o gauderios: vivienda, trabajo (o más bien, ausencia de trabajo), traje, alimentación, diversiones, relaciones humanas se hallan inmersos en un grado de barbarie difícil de exaltar para una reedición del **Beatus Ille**: “Los peones o jornaleros y gente pobre, no gustan zapatos; los más no tienen

chaleco, chupa, ni camisa y calzones, ciñéndose a los riñones una jerga llamada chiripá; y si tienen algo de lo dicho, es sin remuda, andrajoso y puerco, pero nunca les faltan los calzoncillos blancos, sombrero, poncho para taparse y unas botas de medio pie [...] los muebles se reducen por lo común a un barril para traer agua, a un cuerno para beberla y un asador de palo. Cuando mucho agregan una olla, una marmita y un banquillo, sin manteles ni nada más [...] Por supuesto que las mugeres van descalzas, puercas y andrajosas, asemejándose en un todo a sus padres y maridos, sin coser ni hilar nada. Los hijos [...] se acostumbran a lo mismo y a la independencia; no conocen medida para nada; no hace alto en el pudor, ni en las comodidades y decencia, criándose sin instrucción ni sujeción y son tan soeces y bárbaros, que se matan entre sí algunas veces con la frialdad que si degollasen una vaca”.

Sin embargo, los paraguayos y correntinos salen mejor parados: “No hacen tantas muertes y robos, son más aseados en sus ranchos, teniendo más muebles y finalmente que no son tan ladrones, borrachos y jugadores, sino conocidamente más económicos, instruidos y aplicados. Yo atribuyo estas diferencias a que hay algunas parroquias en los campos del Sur y muchas más en el Paraguay y Corrientes, donde se juntan a menudo y en cada pago un maestro de escuela: además que los paraguayos, aun lo simples y jornaleros, saben leer y escribir. No es así en los campos del Norte del Río de la Plata; pues no hay otras parroquias que algunas por la Costa de este río y del Uruguay; y en las ciento cincuenta leguas hasta Misiones, solo las del Cerro Largo y Batovi que se acaban de establecer” (Azara, 1943b).

De hecho, en ese gran microcosmos regional del Río de la Plata, Corrientes, Misiones, Chaco y Paraguay, Félix de Azara estaba reflejando la crisis organizativa y de valores del imperio y de la misma sociedad española: el afrancesamiento de las clases dirigentes y su pérdida de confianza en la propia patria; la tosquedad castiza de las gentes del común, con el aplebeyamiento generalizado de los símbolos y rasgos distintivos del *ser español*; la conciencia de la debilidad del aparato burocrático para sostener todo el entramado..., son resquemores bien expresados por José Nicolás y anticipados

unos años antes por José de Cadalso en las **Cartas Marruecas** (*“Políticos de esta segunda especie son unos hombres que de noche no sueñan y de día no piensan sino en hacer fortuna por cuantos medios se ofrezcan”*). Suspicias mil veces repetidas con toda razón en escritores e intelectuales de un siglo más tarde, como las de Ganivet (1964) (*“Hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos”*, y –por desgracia grandísima– de doscientos años después de los textos de José Nicolás y Félix. Ambos intuyeron el declive español y cada cual a su manera dio fe del mismo, aunque la muerte les impidió contemplar el hundimiento del poder hispano en las Indias, una caída y autoaniquilación que en los dos siglos transcurridos no han cesado y a cuyo estallido final asistimos ahora mismo.



Pájaros y cuadrúpedos del río de la plata los estudios zoológicos de Félix de Azara

JOAQUÍN FERNÁNDEZ PÉREZ,

Facultad de Ciencias Biológicas Universidad Complutense de Madrid

La vida azarosa de Azara

Nacido en el pueblo de Barbuñales el 18 de mayo de 1742, Félix de Azara murió el día 20 de octubre de 1821 a causa de una pulmonía a los 79 años. Sus restos reposan en el panteón de la familia Lastanosa en la Catedral de Huesca (Castellanos de Losada, 1947a, 1947b). Sus hermanos ocuparon puestos relevantes. Eustaquio fue obispo de Barcelona. Lorenzo deán del cabildo de Huesca. Mateo, oidor en la Audiencia de Barcelona. José Nicolás diplomático y embajador.

En América –todo el tiempo en el nuevo Virreinato del Río de la Plata creado en 1776– estuvo 20 años de su vida. Desde 1781 a 1801 en que consiguió, después de repetidas peticiones, pero no en el momento más oportuno, regresar a España. “... *he pasado los veinte mejores años de mi vida en el último rincón de la tierra, olvidado aún de mis amigos, sin libros ni trato racional, y viajando continuamente por desiertos y bosques inmensos y espantosos, comunicando únicamente con las aves y fieras*”.

Años americanos, que nuestro naturalista consideraba estériles y por los que pasó a la historia, a pesar de que hubiera preferido otro tipo de vida y en algún otro lugar. No hay ninguna expresión en la que muestre su debilidad por la naturaleza americana. Aquellas tierras le parecían detestables. No pudo disfrutar de ellas como lo hizo Humboldt, que tuvo muy diferentes pretensiones en su indagación de la naturaleza. El sabio prusiano intentó develar las relaciones que había entre la naturaleza orgáni-

ca y la inorgánica. Azara no viajó con pretensiones científicas. Se llegó a considerar a sí mismo como un desterrado, un condenado a vivir en lugares inhóspitos para cumplir una misión¹, delimitar una parte de la frontera entre las posesiones españolas y portuguesas, en la que no creían ni siquiera los que le habían mandado a cumplirla.

En varias ocasiones pudo comprobar que el Tratado de Límites de 1776 (Fernández Pérez, 1992) entre las coronas española y portuguesa fue un acuerdo realizado en los despachos metropolitanos, sin los mapas adecuados y con localizaciones y mediciones imprecisas de ríos, cordilleras y lugares. Las comisiones que se crearon en ambos países para fijar las fronteras eran una consecuencia del Tratado de San Ildefonso, que era una continuación de otro cuyo cumplimiento no había sido el deseado. Las buenas relaciones con Francia y las hostilidades con Inglaterra estaban detrás de este acuerdo. Otros conflictos de mayor envergadura preocupaban a los gobernantes en aquellos tiempos turbulentos que se vivían en Europa en las últimas décadas del siglo XVIII. La frustración de la misión incumplida, nunca por sus propios esfuerzos y diligencia, anidó en los corazones intrépidos de los comisionados. No encontraron ninguna razón convincente para pasar tan largos años de privaciones en aquellos lugares dejados de la mano de Dios. Estando realizando una misión de poblamiento fronterizo en Batoví recibe la orden de regresar.

A su regreso², una vez Félix de Azara en su país natal, pudo comprobar que no iban muy bien

¹Azara señaló cómo, cuando estaba en San Sebastián, le conminaron a trasladarse a Lisboa, donde se embarcó hasta Río de Janeiro en un navío portugués. España estaba por entonces en guerra con Inglaterra. El Virrey del Río de la Plata, después de llegar a Montevideo, les comunicó su misión.



los asuntos de la política exterior y que una guerra relámpago contra Portugal, por la insistencia francesa y con el fin de castigar a Inglaterra, la conocida “Guerra de las Naranjas”, había dejado como fruto la incorporación a España de la plaza de Olivenza y poco más. El panorama nacional no era muy alentador y viaja a París al encuentro de su hermano José Nicolás, que es embajador de España ante Napoleón Bonaparte y al que sólo ha visto en una ocasión a lo largo de su vida³. Sus aspiraciones en esos días, cansado de tanto ir y venir con escaso fruto para la misión de delimitar las fronteras del Paraguay con Brasil, son publicar, si fuera posible, sus manuscritos, aunque ya se había publicado en francés uno de sus libros⁴. A la Historia Natural ha dedicado los mejores años de su vida. Está convencido de que la fauna del Paraguay y el Río de la Plata merece ser dada a conocer de una forma nueva y atractiva y sin los prejuicios eruditos que con frecuencia se utilizaban en este tipo de obras. El mismo diría “*Comencé este trabajo dirigido por la meditación, sin estar impuesto de lo que otros hubiesen escrito*”.

Algunos jesuitas, durante su destierro en los Estados Pontificios, una vez expulsados de los territorios de la corona española, han ofrecido alguna vi-

siones de aquellas tierras de Misiones⁵. Azara tiene la pretensión —en la que su hermano José Nicolás tuvo una decisiva influencia— de hacer públicas las numerosas y minuciosas anotaciones que ha realizado sobre *pájaros* y *cuadrúpedos*. Su estancia en París le permite visitar el Museum d’Histoire Naturelle y mantener relaciones con dos jóvenes naturalistas de la época: Georges Cuvier (1769-1832) y Etienne Geoffroy Saint-Hillaire (1772-1844).

El primero anotaría en los **Voyages dans l’Amérique Méridionale** de Azara sus descripciones de aves del Paraguay y el Río de la Plata, antes de publicarse en 1809. Anotaciones de carácter erudito, ya que Cuvier no había visitado América y era un naturalista que pasaba muchas horas de su vida en un gabinete, rodeado de los libros más exquisitos y por centenares de osamentas, que fueron la base de sus conceptos de anatomía comparada. Cuvier llegaría a ser el paleontólogo más eminente de su época. Para algunos es el padre de la Paleontología, o mejor, de la paleontología moderna, ya que de los principios de la misma lo fue Nicolás Steno (Niels Stensen) (1638-1686)⁶. Cuvier describiría años después el megaterio⁷ depositado en el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid y le

²La salida desde el Río de la Plata se produce en septiembre de 1801, tras recibir una orden el 16 de junio en Batoví en la que se le indica la guerra de España con Portugal iniciada el 29 de enero de 1801 y que debe regresar a España (Campal, 1969: 9). Este autor cita como fuente a Melitón González, **El límite oriental de Misiones**, III, pp. 215.

³En la dedicatoria a su hermano dice “*Querido Nicolás: Apenas nacimos nos apartaron nuestros padres, sin que en el curso de nuestra vida nos hayamos visto ni tratado, sino en Barcelona el corto espacio de dos días por casualidad*” (Azara, 1802, I).

⁴Félix de Azara indica que hacia 1797 le envió unos primeros manuscritos a su hermano. “... deseando saber si merecerían algún aprecio mis tareas, las envié a mi hermano Don Josef Nicolás para que las hiciese ver por algún naturalista. En efecto dio a leer este tratado [el de los Cuadrúpedos] en París a un Profesor Francés, muy conocido por sus talentos y por sus elevados empleos, llamado Mr. L.E. Moreau-Saint-Meri: el qual le tradujo y publicó en su idioma, sin que hubiesen podido tener lugar (por haber llegado tarde) mis encargos de que no se imprimiese hasta mi regreso de algunos viages que iba a emprender. Estos viages con sus demoras duraron más de cinco años, y adquirí en ellos otros cuadrúpedos y noticias, logrando rectificar algo de los primeros” (Azara, 1802, I: vii)

⁵José Sánchez Labrador, Florian Paucke, José Jolís, Gaspar Xuárez, Ramón María de Termeyer, Thomas Falkner, Martin Dobrizhoffer, Juan Ignacio Molina y otros jesuitas cumplen su destierro escribiendo por orden de sus superiores sobre lo que han visto en el Río de la Plata (Furlong, 1948). Así se mantendrán ocupados en los ratos que les permita su dedicación a la meditación y la oración. Algunos añoraron sus años en las reducciones, pero en los Estados Pontificios se encontraron sin destino para salvar a los indígenas y sus propias almas. Mucho se ha escrito sobre la expulsión de los jesuitas, menos de su vida en el destierro y casi nada de su desesperación al sentirse apartados de su misión espiritual en la tierra.

⁶Es una pena que no pueda citar aquí la excelente y meritoria edición que de Steno tienen en prensa mis buenos amigos Leandro Sequeiros y Francisco Pelayo. En ella ponen de manifiesto cómo el naturalista danés rescata de la oscuridad el estudio de la Geología y de los fósiles con su estudio de las *glossopetra*.

⁷El megaterio fue desenterrado hacia mayo de 1787 por el dominico Fray Manuel de Torres a orillas del río Luján en la actual Argentina. El virrey, marqués de Loreto mandó acondicionar los restos en siete voluminosos cajones y los envió al Real



puso como nombre específico el de **Megatherium americanum**. Era un vestigio de la antigua fauna de las pampas argentinas. Las explicaciones de Cuvier sobre la historia de la tierra estuvieron basadas en el supuesto de que los fenómenos geológicos habían tenido distinto origen e intensidad en otros tiempos. A la sucesión de fósiles en los diferentes estratos la explicaba recurriendo a catástrofes –sus teoría se llamaron *catastrofistas*–, que habrían asolado la tierra en diferentes épocas. Esas catástrofes provocaron, según esta teoría, extinciones masivas, que eran seguidas de una nueva creación providencialista. Esta explicación debió verla Azara poco convincente, aunque él mantuvo la especulación de que hubo creaciones sucesivas. Nunca mostró disconformidad Azara con Cuvier, tal vez abrumado por el inmenso conocimiento zoológico empírico del naturalista francés. El conocimiento faunístico que había adquirido Azara no mostraba nada que pudiera hacer creer que en la naturaleza las cosas hubieran ocurrido de modo muy distinto a lo que se podía observar y, sobre todo, porque no había hechos que pudieran confirmarlo. Por ello Azara no debió quedar impresionado por Cuvier, ni tampoco tenía que estarlo por sus anotaciones, que siempre se refieren a lo que dice alguna autoridad taxonómica, sin poner en duda los hechos que Azara describe. La labor de Cuvier parece que se limitó a dar el visto bueno a los escritos azarianos. Escritos que resultaban inexpugnables ante cualquier discrepancia por la fidelidad de los hechos que en ellos se consignaban. Otra cosa hubiera sido el discrepar sobre posibles explicaciones, que Cuvier debió entrever cercanas a las que él en esa misma época trataba de organizar teóricamente.

Cuando Azara estaba en París, Alexander von Humboldt estaba viajando por América y no llegó hasta 1804. Tampoco pudo coincidir con él Azara en España al inicio de su viaje americano porque anda-

ba por el Paraguay. Hubiera sido muy provechoso para ambos haber mantenido una relación. Son dos naturalistas, que al irlos conociéndolos mejor, tienen muchas cosas en común. Humboldt conoció la labor ingente de Azara y lo cita en forma extensa. Pero la obra de Humboldt no se había publicado cuando Azara ya había terminado la suya. Ambos se basaron en los hechos y ambos realizaron nuevos descubrimientos de la naturaleza americana. Humboldt teorizó mucho con los datos que obtuvo, aunque el rigor sistemático está bastante ausente de su obra zoológica y dedicó una mayor atención a la fisiología animal. Azara desconocía la fisiología animal y las reglas elementales de la descripción y nomenclatura taxonómicas, pero los hechos que relata son irrefutables y tienen el rigor de los grandes observadores como lo fuera Darwin.

El 26 de enero de 1804 murió su hermano José Nicolás (Castellanos de Losada, 1849-1850), marqués de Nibbiano, poco antes de viajar a Roma, donde pensaba pasar los últimos días de su vida. Félix había vuelto a su patria. Habían pasado los dos hermanos unos días inolvidables en lo que había sido su último encuentro. José Nicolás, ilustrado y erudito, había consagrado su vida al servicio exterior español como diplomático. Jugó un importante papel en la expulsión de los jesuitas en 1767, aunque pidió el regreso de aquéllos a España, desde Bolonia por razones humanitarias, después de la declaración de la República Cisalpina, tras la invasión napoleónica de los Estados Vaticanos. Esta acción es un fiel reflejo de su decisivo papel pacificador durante las campañas napoleónicas por Italia. Erudito, literato, amante de las artes y hombre de ciencia, ejerció sobre su hermano una gran influencia. Había rechazado José Nicolás la dignidad de Gran Maestro de Malta, que le había ofrecido el Cónsul Bonaparte, su íntimo amigo⁸. José Nicolás no era por aquella época, después de ver tantas co-

Gabinete de Historia Natural de Madrid donde llegaron a principios de septiembre de 1788. Antes fue dibujado por José Custodio de Saa y Faría. José Garriga publicó en 1796 una **Descripción del esqueleto de un cuadrúpedo muy corpulento y raro que se conserva en el Real gabinete de Historia Natural de Madrid**. El mismo año lo haría Georges Cuvier en 1796: **Notice sur le squelette d'une très grande espèce de quadrupède inconnue jusqu'à présent, trouvé au Paraguay, et déposé au Cabinet d'Histoire Naturelle de Madrid. *Magasin encyclopédique, ou Journal des Sciences, des Lettres et des Arts***, (1): 303-310; (2): 227-228.

⁸Así lo califica Antonio Ferrer del Río, traductor de la obra de Charles Dreyss, "**Cronología Universal**" Madrid, Mellado. 1862, pp. 1-713.

sas, muy optimista con el futuro de España⁹. El luto de Félix de Azara se mezcló con la alegría de ver publicados sus libros.

Recién llegado a la corte, Félix de Azara rechaza en 1802 el ofrecimiento de Manuel Godoy para desempeñar el virreinato de la Nueva España¹⁰. Es muy posible que Azara no tuviera muchas simpatías con Godoy. No desestimaría los consejos de su hermano José Nicolás sobre las exigencias del poderoso favorito, sobre su inmoralidad y su carácter. Además, su larga experiencia americana, sus decepciones con la política española, la venalidad de algunos funcionarios y la falta de rigor en la administración de la cosa pública, a lo que había que añadir su edad –ya era un sexagenario– no le recomendaban asumir esa nueva e ingrata tarea. Estaba cansado de la vida que el destino le había ofrecido en sus puestos de carácter militar, políticos y administrativos con gobernadores y virreyes de Indias. Se consideraba un militar y un hombre de ciencia, que no sería capaz de soportar la vida de virrey navegando entre los complejos intereses económicos y políticos de aquellas conflictivas tierras novohispanas. Prefería la vida sencilla y continuar su carrera militar y lo que tuviera que hacer de forma libre siguiendo sus sólidos principios. Félix de

Azara amaba mucho más la libertad personal y la rectitud con que se había conducido en su vida, que las promesas de contribuir al buen gobierno y, si fuera posible, a esa otra libertad que se prometía por aquellos años apoyada en unas supuesta igualdad y fraternidad propias de las ideas revolucionarias. Había pasado por París donde todo era ya una gran decepción para los espíritus revolucionarios. Había podido comprobar que la vuelta al viejo régimen era una aspiración bastante generalizada.

A su regreso a España había recibido el ascenso a Brigadier de la Armada y a continuación pidió su retiro. No obstante, en su calidad de experto y buen conocedor de los temas relacionados con la defensa de las costas americanas y de los enclaves fronterizos, será nombrado y aceptará ser vocal de la Junta de Fortificaciones y Defensa de Indias. En esa época, hacia 1805, probablemente aprovechando su estancia en Madrid, posaría para Francisco de Goya. El pintor aragonés le hizo un espléndido retrato vestido de uniforme, pero con un fondo de aves y mamíferos disecados imposible de identificar, que probablemente nunca existió. El retrato es de encargo y el pintor se avino a lo convenido. Este retrato en nada se parece a los que se le hicieron a un Humboldt joven, vestido en forma informal, ro-

⁹Un ejemplo de su desconfianza en el futuro del reino de España son estas declaraciones que aparecen en sus memorias *“Lloro únicamente los males de mi Patria, la que teniendo tanta proporción para ser feliz está reducida al estado más miserable y a representar el último papel en la Europa y a ser casi ignominia el nombre español. Todo por ignorancia, avaricia, intriga, libertinaje de los que están a la cabeza del gobierno, que sacrificarían diez Españas al menor interés personal. Ni creo que pueda suceder diferentemente por que los buenos o huyen los empleos, o los apartan de ellos no simpatizando con las máximas corrientes; y los que se buscan para ocuparlos son homogéneos a ellos, o se hacen presto a sus mañas ...”* Basilio Sebastián Castellanos: **Revoluciones de Roma que causaron la destitución del Papa Pio VI como soberano temporal, y el establecimiento de la última república romana, así como la conquista de aquella parte de Italia por los franceses mandados por Napoleón, y relación de la política de España y de los sucesos de Francia posteriores á estos acontecimientos. Memorias póstumas originales del célebre diplomático y distinguido literato español d. José Nicolás de Azara, primer Marqués de Nibbiano, embajador de España en Roma por espacio de cuarenta años y después cerca de la república francesa hasta 1804**, Madrid, Imprenta de Sanchiz, 1847, y Sánchez Espinosa (2000).

¹⁰El virrey de la Nueva España era Félix Berenguer de Marquina (1738-1826), que estuvo en el cargo de 1800 a 1803 (véase C. Alcázar Molina, **Los virreinos del siglo XVIII**, en **“Historia de América y los pueblos americanos”**, dirigida por Antonio Ballesteros y Beretta. Barcelona: Salvat Editores, 1945). Hombre de escasas iniciativas y abrumado por un cargo que le venía grande, presentó su dimisión en 1803 y le fue aceptada. Es muy posible que la misma renuncia se presentara en más de una ocasión y fue lo que determinó el ofrecimiento a Félix de Azara. A Berenguer le sucederá en el cargo José Iturrigaray y Aróstegui (1742-1815), que gobernará el virreinato desde 1803 a 1808.

¹¹Hay un retrato de Friedrich Georg Weitsch, realizado en 1806 en el que Humboldt aparece determinando plantas (Stattliche Museum zu Berlin, Alte Nationalgalerie, Berlín), otro pintado mucho más tarde en 1856 por Eduard Ender (Brabderburgische Akademie der Wissenschaften, Berlín) en el que Humboldt y Bonpland se encuentran debajo de un techo de palma en plena selva trabajando.



deado de sus instrumentos, determinando plantas o escribiendo en las proximidades de la selva¹¹. Azara en el retrato de Goya está en una postura hierática, militar, con su espada al cinto, en una mano unos papeles escritos, en la otra un bastón de mando y detrás las aves y mamíferos disecados, que parecen mostrar sólo lo que queda de la vida después del trabajo de los taxidermistas. La naturaleza no es el motivo. El pintor no conoce los campos del Río de la Plata, aunque el retratado se los describiera con todo detalle y Don Félix se ha vestido de gala. A sus 63 años parece quedarle todavía un resto de vanidad. Su obra y él mismo, cree que pueden pasar a la historia. La mirada limpia del retratado refleja una cierta condescendencia con sus semejantes, fruto de sus experiencias vitales y un amago de sonrisa en su boca parece indicarnos que está de vuelta de casi todo. El cuadro es anacrónico y no refleja la intensa vida de Azara en el continente americano dejándose la vida en sus comisiones y escrutando la naturaleza por ambas empresas ha pasado a la historia de España, de América y de la Ciencia.

En 1808 vuelve a Barbuñales y se dedica a escribir obras sobre el Río de la Plata. Se conoce muy poco de su vida en ese período o de su participación en la guerra contra las tropas napoleónicas. Terminada la guerra se le ofrece la Cruz de Isabel la Católica, que rechazó. Algunos quieren ver en ello su desacuerdo con la actuación de Fernando VII. El monarca había vuelto a su patria y su primer acto público fue rechazar la Constitución Política de la Monarquía Española, promulgada en Cádiz en 1812, y pronunciarse a favor del absolutismo, que abría de par en par las puertas para el regreso al antiguo régimen. La mayor burla de un monarca a todos los que habían trabajado hasta la extenuación para su regreso y le habían nominado como **“el deseado”**.

Tanto Azara como su hermano José Nicolás, pueden considerarse como ilustrados y próximos a los liberales, por tanto proclives a los movimientos constitucionalistas. Esa tradición, salvo excepciones familiares vinculadas al carlismo, se mantuvo en la familia. Un ejemplo de ello es el caso de su sobrino Eusebio Bardají y Azara (1776-1842), hijo de su hermana Mariana. Este distinguido diplomático fue diputado en las Cortes de Cádiz, de las que fue se-

cretario. Su actividad política y de gobierno fue muy notable. Se hizo cargo de la cartera de Guerra en forma interina después de haber desempeñado la de Estado. Hizo un viaje a Rusia para solicitar auxilio para la guerra contra la invasión napoleónica. En marzo de 1821, como destacado *“doceañista”* fue nombrado nuevamente ministro de Estado, en un último intento de salvar de forma moderada el trienio constitucional. Años después, una vez fallecido el nefasto Fernando VII, fue presidente del Consejo en 1837, con desempeño nuevamente de la cartera de Estado.

La muerte de Félix de Azara le sobreviene en 1821, cuando ha recibido las noticias del gran desastre que supone la pérdida de las colonias americanas. Había conocido la forma arrogante con la que se comportaban los altos funcionarios americanos y los vanos esfuerzos de algunos virreyes por poner orden en el Río de la Plata, pero también fue consciente del clamor de los criollos que pretendían cambios y una mayor autonomía, cuando no la independencia. El 24 de junio de ese mismo año Simón Bolívar ha derrotado al general Morillo y Colombia modela una constitución muy similar a la de los Estados Unidos. El Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia gobierna como Dictador Supremo el Paraguay y en la Banda Oriental (Uruguay), el recelo que produce en algunos criollos poderosos el general Artigas, demócrata convencido y amigo personal de Azara (F. Terán y J. A. Gadea, 1967), facilita el que todo ese territorio se incorpore, aunque de forma temporal, a Brasil. El Río de la Plata y el Paraguay ya no son españoles y la Banda Oriental ha sido anexionada al país vecino. El desastre de la guerra contra Francia ha dejado exhausta la península y la desesperación se acrecienta con estos últimos episodios. El fondo todavía no se ha tocado, pero se está muy cerca de hacerlo. El trienio constitucional se acaba de iniciar, pero las luchas políticas y las intrigas del rey Fernando VII sepultarán las aspiraciones liberales. Un nuevo exilio exterior e interior, fruto, en gran medida, del rencor del monarca, deja al país en la más absoluta ruina intelectual y científica. Félix de Azara no llega a verlo, pero lo presintió en sus últimos días.

Termina así la vida azarosa de uno de los más brillantes naturalistas españoles de todas las épo-



cas. La escasez de literatura científica en aquellos inhóspitos parajes americanos fue compensada con creces por sus observaciones rigurosas, desenfadadas y, en ocasiones, llenas de ironía y humor. No podía ser de otra forma en aquel reino disparatado al que el destino, para unos, o la Providencia, para otros, le había proporcionado el más vasto territorio que nunca tuvo ninguna otra potencia.

El estudio de la naturaleza como evasión

No tenemos ninguna referencia del momento preciso en que Félix de Azara decidió dedicar su tiempo a matar, capturar y describir animales. La idea le debió rondar en la cabeza en sus largas horas de abatimiento y desesperación, cuando nadie le hacía el menor caso y no veía a que dedicar tantas horas muertas. Pero en su libro de viajes señala las causas de semejante decisión que tanto cambiaría su vida, recuperándolo del tedio de la espera y de su soledad: *“Encontrándome en un país inmenso, que me parecía desconocido, ignorando casi siempre lo que pasaba en Europa, desprovisto de libros y de conversaciones agradables e instructivas, no podía apenas ocuparme más que de los objetos que me presentaba la Naturaleza. Me encontré, pues, casi forzado a observarla, y veía a cada paso seres que fijaban mi atención porque me parecían nuevos”*¹².

Esta declaración, con toda probabilidad sincera y desmesurada, ilustra que los propósitos de Azara no coincidían con los de otros naturalistas. La falta de una mejor ocupación le lleva destinar sus esfuerzos a describir lo que le parecía nuevo. Se vio forzado, como nos confiesa, a observarla porque lo que no le podía pasar desapercibida. Sin embargo, sus extraordinarias dotes de minucioso observador de los seres vivos, facilitó esta oportuna e intensa dedicación a la naturaleza.

Quien haya tenido la fortuna de haber visitado el actual Paraguay y, sobre todo, el Gran Chaco

(Chaco en *quéchua* es *lugar de caza*), entiende muy bien que Félix de Azara quedara fascinado por la fauna que se podía contemplar en la época y de la que hoy sólo podemos tener un débil reflejo, dada la presencia del hombre, por fortuna todavía no muy abusiva, en algunas de estas regiones paraguayas. Hoy en las *haciendas* chaqueñas se cría ganado y lo pastorean unos vaqueros sin futuro bajo el mando de un *capataz*, que se hace respetar por las armas que porta. Comen estos empleados pan duro, fideos y arroz con algo de carne de carnero, todo mal cocinado. Los pastos son pobres y la *roza* del bosque y la quema es una práctica común. Los estancieros viven en la capital y por radio se comunican una vez al mes con sus empleados. La vida es un infierno. Pero, junto a estas condiciones extremas de vida, el naturalista puede encontrarse, en las zonas más frescas del Chaco *húmedo*, con el vuelo en pareja de los *chajás* emitiendo su graznido monocorde, y en el inhóspito Chaco seco con la rápida carrera de los *ñandús*, con el propósito de alejarnos de los nidos que albergan las puestas de numerosas hembras, la actividad de horneros en cualquier lugar en que puedan encontrar una alcándara a propósito para sus nidos o la diversidad de pájaros carpinteros que tanto impresionaron por sus diferentes hábitos a Félix de Azara. Pero también puede sobrecogerse el visitante al ver cruzar una *ruta* o carretera sin asfaltar¹³, que continua recta hasta perderse en el horizonte, a un *jaguarete* (jaguar) que anda despreocupado, buscando alguna laguna donde saciar su sed. En ese vasto territorio, con inmensos palmerales y bañados en su parte húmeda, puede sorprenderse el viajero por su feracidad. Pero si se adentra en el seco se puede sobrecoger al comprobar que está cuajado de peligros y plantas espinosas, aunque también pueden verse bandadas de flamencos al acercarse a sus lagunas salobres, que albergan una vida en condiciones extremas, o se puede comprobar cómo los osos hormigueros demuestran su pericia para proveerse de miles de hormigas que constituyen su principal alimento. Con todo Azara no

¹²Cfr. Azara (1923: 48). Esta traducción de Francisco de las Barras de Aragón y revisión de J. Dantín Cereceda contiene sólo el Tomo I y parte del II de la edición francesa de 1809. En la edición francesa se incluye una **“Introduction a l’Histoire Naturelle de la Province de Cochabamba”** de la que es autor Tadeo Haenke.

¹³Las *rutas* chaqueñas son un *talcal* cuando están secas y un lodazal cuando llueve. Cuando ocurre lo segundo se establece que no pasen vehículos para que no las conviertan en un laberinto de rodadas que al desecarse las harían intransitables. Por ello en épocas de lluvia hay zonas en El Chaco que quedan por completo aisladas durante varias semanas.



se adentró mucho en el Chaco, ya que de haberlo hecho habría encontrado bandadas de *cardenales* (**Paroaria capitata**) o el grito grupal de las *charatas* (**Ortalis canicollis**) o las luchas territoriales del lagarto arborícola **teju tara** (**Tropidurus spinulosus**). Con todo, los bosques paraguayos no eran los actuales y la fauna llegaría hasta las mismas puertas de la capital.

En Asunción, a las orillas del caudaloso río Paraguay, donde residió muchos años esperando la llegada de una Comisión que nunca se presentó, pudo ver Félix de Azara muchos picaflores o colibríes en el jardín de su casa y consiguió que convivieran y anidaran en sus dependencias y dormitorio, donde los estudió con detenimiento. Todo eso lo pudo ver Félix de Azara y muchas más cosas. Quedó fascinado y se convirtió en un admirador y defensor de esas riquezas naturales, riquezas por las que los habitantes de aquellas regiones, marginados en sus más nobles apetencias por las duras condiciones de su supervivencia, no mostraron nunca ningún aprecio. Para Azara el Río de la Plata fue un calvario y sólo pudo liberarse de un destino sin satisfacciones por su dedicación obsesiva a los pájaros y a los cuadrúpedos. Para él, verlos en libertad era un goce estético y vislumbró la inmensa riqueza faunística de aquellas tierras únicas. Todavía hoy se puede uno acercarse mucho a los animales silvestres del Chaco, durante el día y durante la noche, aunque la caza indiscriminada y el tráfico de pieles ha tomado dimensiones preocupantes. En la actualidad se viene cazando un jaguar diario en los alrededores del Parque Natural de Cerro León con procedimientos que repugnarían a cualquier amante de ese deporte. La amenaza se cierne sobre los territorios de Azara. La primera devastación fue consecuencia de la tala masiva de quebrachos¹⁴ a finales del siglo XIX para obtener tanino para el curtido de pieles. Estas sacas dejaron esquilados muchos campos. La segunda tuvo como motivo la fabricación de durmientes de los raíles del ferrocarril. De la misma forma la roza del bosque chaqueño en el siglo XX, producida en las tierras asignadas a los *mennonitas* o a las grandes compañías brasileñas que extienden cultivos inapropiados en tierras ocupadas por

bosque o los incendios provocados en tierras de pastos de las grandes haciendas, hacen temer que el Chaco termine por desaparecer convirtiéndose en un desierto sin remisión. Félix de Azara no pudo soñar que actualmente vivan en el Chaco más de 80.000 personas. En su época había pequeñas poblaciones indígenas de las que sólo quedan muy pocos individuos, que malviven asustados y tan rudimentariamente como lo hacían sus antepasados. El hombre es un ser ecuménico y cuando llega y coloniza un lugar sólo piensa en hacerse con sus riquezas y acaba por destruirlo. Todo lo que se haga por salvar este ecosistema servirá para recordar a nuestro naturalista, empeñado en describir su espléndida fauna.

Los viajes y expediciones de Félix de Azara

Alejandro de Humboldt comienza su libro **Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente** de esta manera: *“Desde mi temprana juventud alentó en mí el afanoso deseo de recorrer tierras lejanas poco visitadas por los europeos”*.

Félix de Azara en la Introducción de sus **Viajes por la América Meridional** escribe: *“Como esta obra es el resultado de mis propias observaciones, debo decir algo acerca de los motivos que me indujeron a hacerlas, de los medios de que he dispuesto y del método que he seguido; pero pasaré por completo, en silencio sobre los gastos, las penalidades, los peligros, los obstáculos y hasta las persecuciones que me ha hecho sufrir la envidia, porque todas estas cosas no pueden aumentar el valor de mi obra ni interesar a nadie. Un relato semejante no serviría, por el contrario, más que para descorazonar a los que quisieran en lo sucesivo seguir mis pasos”*.

Qué diferentes fueron estos dos intrépidos y tenaces viajeros. Humboldt sólo encuentra en su viaje la culminación de sus sueños juveniles. Ha viajado porque los que le precedieron, como Louis Antoine de Bouganville (1729-1811) o su malogrado amigo Georg Adam Förster (1754-1784), fueron sus héroes. Azara nos advierte de lo terrible que ha sido su experiencia y que nunca pudo imaginar, que su ca-

¹⁴El nombre se le asigna a partir de *quebra hacha*, porque su madera es dura y quebradiza. Su corteza es muy rica en taninos. En Europa se utilizó con preferencia la corteza de robles y encinas como curtiente.



rera militar le deparara ser reconocido como viajero, geógrafo y naturalista. No quiere hablar nuestro naturalista de su experiencia cargando las tintas para no desanimar a nadie, porque lo que le sobreviene son gastos, incomodidades, envidias y un generalizado desdén. El primero se siente feliz al final de su viaje porque ha estado muy cerca de conseguir la mayoría de sus objetivos. El segundo no evita el reproche ante tanta desidia, tanta persecución y tanta intriga. El viaje de Azara no fue placentero, aunque los resultados son extraordinarios. No se conocieron estos dos grandes viajeros de las postrimerías del siglo de las luces. Humboldt conoció la obra de Azara y éste la de Humboldt; pero las circunstancias que los llevaron a recorrer América fueron muy distintas. Humboldt fue un científico que trataba de integrar los hechos para con ello poder entender mejor la naturaleza. Azara es un hombre receloso con las explicaciones teóricas de otros. Tiene una fe ciega en los hechos, que el mismo observa y comprueba, que la vida en la naturaleza es cruel y se desenvuelve en escenarios inhóspitos. Buffon, el científico a quien recurre, le ha decepcionado. Ve en él un cortesano rico que cultiva la erudición y nunca pisó los campos como él. Los mapas que realiza no los puede comparar con otros, como hacía Humboldt. No existen. Su amargura es cósmica. Considera que todos sus esfuerzos han sido vanos.

Gran parte de su vida americana la pasó Félix de Azara a lomos de caballos, recorriendo las tierras del Paraguay y el Río de la Plata, midiendo con sus instrumentos de precisión la posición geográfica exacta de muchos lugares, ríos, cuchillas y cejas montañosas. Su nomadeo tenía un propósito fundamental: cumplir la misión que se le había encomendado. Además cuando se interesó por la naturaleza dedicó una parte importante de su tiempo a anotar las cosas que se iba encontrando y describiendo a los grupos indígenas, las plantas y los animales. En su libro **Viajes**, se muestra como un nuevo cronista ilustrado de América. Así fue dando a conocer me-

dante precisas mediciones la latitud y longitud de muchos lugares y levantó mapas que siguen siendo muy elogiados. De la misma forma sus amenos relatos nos acercan a ese territorio desconocido para la mayoría de los europeos. Charles Darwin contó con esos datos cuando emprendió su viaje, puesto que tenía previstas algunas paradas en los puertos de Uruguay y de la Argentina¹⁵. Fue una compañía inestimable porque Azara tenía la frescura del hombre curioso que no podía confiar en las noticias obtenidas únicamente de los libros y de la erudición académica.

Para sus exploraciones Azara contaba con caballos, muchos caballos. De esa forma podía galopar y llevar consigo los de respeto o de remuda que cabalgaban sueltos por delante de la tropa¹⁶. *“Para viajar aunque no sean más de doce o veinte leguas, se llevan caballos sueltos delante para remudar; porque sin esto se cansarían los montados, no dándole como no les dan, sino el pasto que pillan en el campo los ratos de detención y por las noches”* (Azara, 1805, II: 226).

Las noches las tenía que pasar al sereno. Unas fogatas y un sinnúmero de perros servían para ahuyentar las alimañas que pudieran acercarse. Cuando caminaba por el pasto se cuidaba de ir bien calzado, con unas buenas botas, para evitar la mordedura de las innumerables serpientes venenosas y era frecuente que utilizara una hamaca para dormir. Las provisiones eran carne charqueada o simplemente salada en forma de tasajo. La sal y el agua eran esenciales en lugares tan secos como El Chaco. La exposición a las picaduras de muy diferentes insectos, algunos muy dañinos, era otra de las grandes incomodidades. Unas andanzas cuajadas de riesgo y sinsabores, que se compensaban con los vastos horizontes, la contemplación de paisajes inolvidables o la belleza de los crepúsculos y amaneceres. Azara, que había llegado como militar para cumplir su misión como miembro de una co-

¹⁵Charles Darwin cita a Félix de Azara en el tercer volumen de la obra **Narrative of the surveying voyages of his Majesty's ships Adventure, and Beagle**, 1839, titulado **Journal and remarks 1832-1836**, que tendría numerosas reediciones y también en **On the origin of species by means of natural selection, or the preservation of favored races in the struggle for life**, Murray, Londres, 1859, cuya edición más completa y definitiva es la 6ª, de 1872.

¹⁶Azara señala el peligro que tenían las embestidas de los *bagüales* o caballada silvestre, que podían apoderarse de esos caballos domados si no se actuaba rodeándolos y espantando a los cimarrones. Azara, 1805, II: 203-213).



misión oficial, se interesó cada vez más por los animales. Los pájaros y los cuadrúpedos. Los primeros casi siempre a la vista, los segundos, en la mayoría de los casos con hábitos nocturnos, era más difícil verlos, salvo cuando buscaban con desesperación alimento en las horas intempestivas del día.

Una visión original de la naturaleza

A finales del siglo XVIII se mantenía entre los naturalistas una visión de la naturaleza muy peculiar. Se concebía como si en ella solo fuera posible la armonía entre los seres orgánicos. Todo estaba en su sitio, nada era superfluo y nada faltaba. Todo, organismos y órganos, tenían una finalidad asignada por el creador. Tal vez, en algunos, se tratara de una visión cínica en la que influía el claro peligro de caer en las manos de los que defendían la sabiduría, la rectitud y la justicia de la Providencia. En esa visión armoniosa y paradisíaca incurrieron naturalistas de gran talla. Linneo tenía esa idea y la defendía con pasión en su visión creacionista, providencial y fijista. El mundo natural era el mejor de los posibles. El Creador había organizado a la naturaleza de forma que no hubiera confrontación ante unos recursos inextinguibles. Si se había creado un animal también, en el mismo acto, se había procurado que su sustento lo tuviera disponible. Si una flor resultaba efímera, se le permitía aparecer de nuevo en la siguiente primavera tras un ciclo de esperanza. La muerte y la devastación, si se llegaban a presentar, siempre daban paso a la vida y a la organización preestablecida. El equilibrio de las fuerzas de la naturaleza se mantenía inalterable. La desigualdad de las fuerzas en juego era una excepción. Esta idea tan extendida en la época no reflejaba la realidad. Darwin y sus predecesores, entre los que se encuentra Azara, develaron con una visión más moderna que las cosas no eran así, que en la naturaleza los recursos son escasos y que hay que dar una batalla continua para poder sobrevivir. Hay, diría, que adaptarse, porque los cambios son continuos y se vienen sucediendo durante millones de años. Aunque el mismo Darwin consideraba que lo de la adaptación era un asunto de difícil solución para los organismos en el caso de que las condiciones del medio cambiaran mucho, resulta que hoy en día tenemos pruebas muy evidente de que en todos los organismos existe, eso sí dentro de límites bioló-

gicos precisos, una capacidad de evolucionar para adaptarse a las nuevas circunstancias muy llamativa, si nos atenemos a la ortodoxia darwinista.

Ernst Haeckel al que se le considera mucho más “darwinista” que el propio Darwin dejó constancia de la lucha que por los recursos existe en la naturaleza: *“Examinad más de cerca la vida general y las relaciones recíprocas de las plantas y de los animales, sin exceptuar al hombre; por doquier y siempre encontraréis todo lo contrario de esa unión tierna y apacible, preparada dícese, a la criatura por la bondad del creador; por todas partes veréis una guerra encarnizada e implacable de todos contra todos. En cualquier rincón de la naturaleza al que dirijáis vuestras miradas no tropezaréis con esa paz idílica cantada por los poetas; dondequiera, al contrario, veréis la guerra, el esfuerzo para exterminar al vecino más próximo, el antagonismo inmediato. Pasión y egoísmo, he aquí, téngase o no conciencia de ello, el resorte de la vida”*. El dicho poético tan conocido: *“La naturaleza es perfecta en todas partes, dondequiera que el hombre no introduce su tormento”, ese dicho no carece de belleza, pero no es, desgraciadamente, cierto. Antes al contrario, bajo este aspecto, el hombre no se distingue en nada del resto del mundo animal”* (Haeckel, s.f.: 28).

Félix de Azara, observador sin prejuicios, no contempla la armonía sino la desigualdad, la tensión del cazador y el pánico de la presa, la persecución y la huida, la lucha incansable por los recursos, las adaptaciones a las condiciones de vida extremas. Es capaz de observar el mundo de la naturaleza de una forma moderna, como lo harán los naturalistas del siglo XIX.

Humboldt veía la naturaleza como el producto de una historia que no se reducía a unos pocos de miles de años. Con su formación geológica adquirida en la Escuela de de Minas de Freiberg, había aprendido que los fenómenos que ocurrían en la corteza terrestre no eran de un día para otro, si se exceptúan los movimientos telúricos de volcanes y terremotos, o cuando se desatan las fuerzas de la naturaleza produciendo inundaciones, deslaves u otros resultados catastróficos, sino que obraban con extremada lentitud. La erosión, el arrastre y la sedimentación eran procesos lentos que se venían



produciendo hacía muchos miles de años. Para el ilustre sabio la vegetación y la fauna eran también el resultado de un proceso dinámico en el que el clima, condicionado por la latitud o la altitud, o las glaciaciones habían jugado un papel esencial. Las barreras geográficas y su transformación en tiempo geológico eran para él las responsables de que aparezcan plantas relictas en algunos territorios o que algunas sobrevivan en unos lugares y en otros no. Darwin tenía también una sólida formación geológica y la naturaleza tenía para él una larga historia en la que los continentes habían estado comunicados o las últimas glaciaciones habían configurado la vegetación y la distribución geográfica de la fauna.

Azara no se planteó estas cosas. No tenía formación geológica ni ningún medio para alcanzarla y la botánica no fue una disciplina que cultivó. Ignoraba muchas cosas que ya se sabían. Sin embargo, la fauna que él conoció en detalle, fruto de minuciosas observaciones, sí le permitió describir un mundo sometido a la dureza de sobrevivir buscando alimento, emigrando cuando era necesario, compitiendo por los más variados recursos. De la misma forma, describió de manera magistral la introducción del ganado en los extensos territorios del Paraguay y el Río de la Plata con los diferentes propósitos humanos de conquista cruenta o de colonización pacífica. En el Río de la Plata no había oro, pero había pastos y grandes extensiones de rica tierra cultivable. El destino de aquellos campos fue convertido por los españoles en estancias ganaderas con el fin de proveer de *tasajo* (carne seca y salada) a los ingenios azucareros para alimentar a los numerosos esclavos que allí trabajaban, curtir pieles para fabricar recipientes para transportar líquidos¹⁷, obtener sebo para fabricar jabón y traer al mundo muchas mulas para el transporte de mineral y metales preciosos y otras mercaderías en las altiplanicies andinas. Se decía que los extensos pastizales del Río de la Plata eran: infierno de vacas (todas se sacrificaban), purgatorio de caballos (se les castraba o se les sajava el pene para que no fecundaran las yeguas) y paraíso de burros (eran obligados a montar a las yeguas para que engendraran mulos estériles).

Supo nuestro naturalista distinguir, por una parte la vida sin finalidad de la naturaleza en toda su realidad y por otra la de los hombres que buscaban extraer, sin reparar en nada, riquezas a la tierra, comerciar con ellas y así permitir que el mundo se desarrollara según unas reglas a veces ciegas, como decían los primeros economistas, a veces con un fin definido con toda la perfección imaginable. Por eso Félix de Azara es un naturalista moderno y por eso Humboldt o Darwin recurren a él. Porque en sus descripciones no hay ningún atisbo de misericordia, que trate de conciliar la realidad con una supuesta armonía, no hay ninguna idea preconcebida y abunda en una búsqueda prolija de explicaciones a los hechos que se encuentra. Esa es la originalidad de los hombres de ciencia ilustrados de finales del XVIII, en un mundo que todavía estaba sumido en el aristotelismo, en el fijismo y en la idea de una supuesta armonía de la creación. Ellos se debían basar en los hechos. No tratando de explicar los ocultos designios del Creador de esa imposible armonía, si no desvelando las leyes de la naturaleza. Estas podrían facilitar su comprensión al margen de ese supuesto designio, designio o propósito que luego se llegaría a demostrar que no existe como tal en la naturaleza.

Félix de Azara es un científico, que puede enraizar muy bien con Newton, el científico moderno que se adelantó a su tiempo y supo vislumbrar una ley insospechada que regula los movimientos planetarios y los terrestres. De la misma manera, como Humboldt, Azara mide con precisión y establece las coordenadas correctas en los lugares geográficos, se apasiona por los animales como Darwin y los describe en su medio con un realismo sorprendente, como un biólogo de campo, sin atender a ningún tipo de erudición libresca. Que sólo cuando tiene casi concluidas sus observaciones, cuando por fin consigue la obra del conde de Buffon, comprueba que el naturalista francés sólo ha visto animales disecados y libros, muchos libros, en los que se habla de ellos casi siempre de oídas. Y esa erudición, bebida en los libros, no tiene nada que ver con la realidad. La realidad es la que él ha observado día a día y con mucho esfuerzo y dedicación en los cam-

¹⁷Varios cueros cosidos unos con otros y llenos de aire se utilizaron en el Río de la Plata como grandes flotadores para vadear con ellos mercancías y personas los ríos, eran las curiosas “*pelotas*” de las que habla Azara (1871, 1909).



pos de la Banda Oriental, en el Río de la Plata y en el Paraguay.

Las publicaciones zoológicas de Azara

Félix de Azara publicó varios libros que serían decisivos para el mejor conocimiento faunístico de la extensa región del Río de la Plata durante muchos años. El primero fue **Essais sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la Province du Paraguay**, fue traducido del original en español por Louis Elie Moreau-Saint-Mery¹⁸. La edición española se publicaría un año después en 1802 con el título **Apuntamientos para la Historia Natural de los Cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata**¹⁹. En estos dos tomos se describen 46 mamíferos de la fauna de la región y 7 lagartos, todos ellos considerados en la época *cuadrúpedos*, hoy serían los primeros, parte de la fauna mastozoológica, y los segundos de la fauna herpetológica. Además incluye una interesante información sobre algunos animales domésticos introducidos por los españoles: caballos, asnos,

mulas, vacas, ovejas y perros. Esta información del ganado introducido es de una gran riqueza y llena de sustanciosas descripciones para entender la vida en aquellos lugares durante aquella época.

El segundo libro, publicado en 1802 el primer tomo y en 1805 el segundo y el tercero, es **Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay**²⁰. Una ornitología²¹ espléndida que recoge 448 aves²² con sus nombres vernáculos acompañadas de interesantes noticias que van desde sus caracteres anatómicos a sus modos de vida, hábitos migratorios y hasta su conducta. Hoy se conocen otras especies, cerca de 300 aves del Paraguay no están citadas por Azara. Cualquier conocedor de la avifauna rioplatense puede identificarlas con bastante facilidad al leer las descripciones del naturalista aragonés.

El tercer libro publicado en París en cuatro tomos en 1809 es **Voyages dans l'Amerique Meridionale** (Azara, 1809). En esta ocasión el traduc-

¹⁸Félix de Azara, **Essais sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la Province du Paraguay**, Paris. Charles Pougens. 1801 (2 vols.). Azara manifestó que esta edición se publicó sin su expreso permiso, ya que hubiera querido enmendarlo y corregirlo antes de darlo a la imprenta. El traductor es Médéric-Louis-Élie Moreau de Saint-Mery (1750-1819) (en la obra firma como E.L. Moreau Saint Mery), natural de la isla de la Martinica, que participó activamente en los hechos de la revolución francesa en 1789, que en 1792 se refugió en los Estados Unidos, huyendo de Robespierre, donde escribió una **Description de la partie espagnole de Saint-Dominique** (de esta obra existe una traducción al español: Médéric Louis Elie Moreau de Saint-mery, **Descripción de la parte Española de Santo Domingo**, trad. C. Armando Rodríguez, Santo Domingo, Editora Montalvo, 1944) y a continuación una **Description topographique, physique, civile, politique et historique de la partie française de Saint-Dominique**, Ed. B. Maurel y E. Taillemite. 3 vols. París. Amigo de Talleyrand, otro emigrado célebre, fue nombrado Consejero de Estado por Napoleón Bonaparte y residente en los estados de Parma y administrador del ducado (1800-1806). Moreau conocía bien el español. Estas fechas nos hacen presumir que la traducción fue emprendida antes de tomar posesión de su destino en Parma, lo que nos lleva a suponer que la obra de Azara le llegó a su hermano Nicolás, que fue él quien hizo el encargo al traductor, a finales de los años 90, probablemente cuando Azara estaba en Buenos Aires y había dejado ya el Paraguay.

¹⁹Félix de Azara, **Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata**, Madrid, Viuda de Ibarra, 1802 (2 vols.) Azara se quejó de que la edición francesa se hizo a partir de unos manuscritos todavía para él impúblicables. Al parecer su hermano, aconsejado por algún naturalista, fue el responsable de buscar el traductor y de la decisión de publicarlos cuanto antes para que no perdiera su prioridad. La edición en español contiene añadidos y correcciones sobre la versión francesa.

²⁰Félix de Azara, **Apuntamientos para la Historia Natural de los pájaros del Paraguay y Río de la Plata**, Madrid, Imprenta de la viuda de Ibarra, (3 Tomos), 1802-1805.

²¹La primera Ornitología moderna fue la publicada por Francis Willoughby en 1676. En esa obra aparecen algunas aves americanas descritas por Francisco Hernández y vistas en dibujos por Willoughby en la obra del jesuita Eusebio Nieremberg. Willoughby visitó España pero nunca estuvo en América. Murió muy joven y su buen amigo John Ray se encargó de publicar su obra ornitológica. Sin embargo las citas que hace Azara de este naturalista inglés se basan en las que aparecen en la **Histoire Naturelle des Oiseaux** de Buffon, que fue su principal obra de consulta.

²²Realmente son menos las especies, ya que en algunos casos se presentan como especies distintas el macho y la hembra y en un caso un colibrí que presenta dimorfismo en la coloración es dado como perteneciente a una especie distinta, siendo todos de la misma. Véase Fernández Pérez (1992: 549-564).



tor fue Charles Athanasie Walckenaer (1771-1852). Este ingeniero militar había estado destinado en los Pirineos orientales, pero en 1793 fue acusado de moderado y tuvo que buscar refugio en España. A su regreso siguió los cursos en la École des Ponts et Chaussées y en la École Polytechnique, pero como era poseedor de una importante fortuna decidió dedicarse a la Historia Natural. Es en este período cuando emprendió la traducción del libro de viajes de Azara. En 1814 durante la restauración monárquica será funcionario municipal en París y ocupó algunos cargos políticos. En 1830 vuelve a sus estudios y en 1832 es uno de los fundadores de la Société Entomologique de Francia que presidió Latreille²³. En los **Voyages** los tres primeros tomos están dedicados a la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y el Río de la Plata, incluyendo aspectos de carácter histórico relativos a la conquista española de aquellas tierras, los pueblos *salvajes* y algunas noticias sobre los jesuitas, que durante muchos años en sus *Reducciones* trataron de *civilizar* a los indígenas guaraníes. Es una obra del máximo interés geográfico y antropológico y una visión novedosa en relación con la labor de los padres de

la Compañía, antes de su expulsión de los territorios bajo dominio español²⁴. Pero junto a esta meritoria descripción también se incluyen algunas páginas dedicadas a sales y minerales, plantas cultivadas y silvestres, insectos, sapos culebras, víboras y lagartos. A eso se añaden las descripciones de cuadrúpedos (Tomo Segundo) y de aves (Tomo Tercero y Cuarto) que son una versión, a veces exacta, a veces resumida de sus obras zoológicas, publicadas años antes. El traductor C. A. Walckenaer, ofrece algunos datos de la vida de Azara y unas cartas. El libro contiene notas de carácter erudito, pero de escaso valor sistemático de G. Cuvier y otras de Charles Nicolas Segisbert Sonnini de Monancour (1751-1812), que había sido el traductor de las descripciones de los tomos III y IV dedicados a las aves²⁵. Sonnini y Cuvier eran enemigos declarados²⁶. Azara no estuvo muy conforme con la edición francesa que preparó Sonnini, ya que no se sentía muy próximo a Buffon, el maestro de Sonnini, y mostraba mayores simpatías por el joven Cuvier. El libro iba acompañado de 25 grabados, de los cuales 7 son de mamíferos, realizados con primor por Hüet²⁷ y 4 de aves, de no tan buena factura, realizados por Prêtre²⁸, bajo la

²³Uno de los socios fundadores fue el naturalista cubano Felipe Poey.

²⁴Azara fue muy contrario a las reducciones jesuíticas, ya que pudo comprobar, que con su expulsión, el sistema por su carácter protector y de régimen jerárquico se vino abajo y los guaraníes por sí solos fueron incapaces de mantener la prosperidad que habían alcanzado en tiempos en que se encargaban de ellas y de su administración los miembros de la Compañía de Jesús. Los guaraníes eran meros agentes de las directrices jesuíticas, que habían eliminado su capacidad para tener iniciativas propias. El sistema de cultivo y producción de *yerba mate*, que mantenía la economía de las reducciones, pasó a la iniciativa privada, que era la pretensión de ilustrados y gobernantes de los virreinos.

²⁵Efectivamente en la portada del Tomo I, ya se indica: "**Suivis de l'histoire naturelle des Oiseaux du Paraguay et de La Plata, par le même auteur, traduite, d'après l'original espagnol, et augmentée d'un grand nombre de notes, par M. Sonnini**".

²⁶Sonnini de Manoncourt fue explorador en la Guayana en 1774 y llegó hasta el Perú. A su regreso a Francia y aquejado por fiebres, fijó su residencia en Montbard, cerca de la casa de Buffon, bajo cuya dirección describió 26 aves americanas. Luego viajó por Asia y África. Escribió muchos libros de viajes, agricultura y de historia natural. Entre ellos hay que destacar su **Voyage dans le Basse et Haute Égypte par Ordre De L'Ancien Gouvernement...** (Paris, F. Buisson, 3 vols.) con 40 láminas de dibujos propios, que no se publicó hasta 1799, aunque el viaje se realizó entre 1777 y 1778 remontando el Nilo hasta Tebas. Fue alumno y colaborador de Buffon. En la edición que hizo de las obras de su maestro refleja el clima político de la época. Sonnini, arruinado por la revolución no deja de atacar a los naturalistas que comenzaron a ocupar puestos en el Museo. En particular se destaca su animadversión por Cuvier, el pequeño maestro de escuela considerado por él como un oportunista. Esos *hommes nouveaux*, diría, trataban, amparándose en la nomenclatura, el envilecer el nombre de Buffon. En parte no estaba exento de cierta razón cuando decía que el público cultivado sabía reconocer la diferencia entre la novedad y los valores seguros de la tradición. Se refería al éxito en las ventas de su nueva edición de la obra de Buffon en 127 tomos, que fue apareciendo entre 1798 y 1808. Usaba un estilo ampuloso. Véase Charles Nicolas Segisbert Sonnini de Manoncourt (Ed)., **Histoire naturelle, générale et particulière**. Paris, F. Dufart, 1798-1808. Véase en particular las notas a los volúmenes LXV pp. VIII-LV, 1802 y las del volumen IX pp. 373. Véase también Pietro Corsi, "**Julián Joseph Virey, le premier critique de Lamarck**" en Scout Atran y cols., Eds. **Histoire du concept d'espèce dans les sciences de la vie**, Paris, Fondation Singer-Polignac, 1987, pp. 181-192.

²⁷Nicolás Hüet (1770-1830) entró como dibujante en el año 1804 en el Museum d'Histoire Naturelle. Existe un daguerrotipo de 1837 de este pintor con sus tres hijos. Véase C. Gabillot, **Les Hüet, Jean-Baptiste et ses Trois fils**, París, 1892.

supervisión de Vieillot. Sólo en el tomo primero y en las láminas hay información sobre mamíferos. Esta obra fue traducida al español, no en su totalidad, del francés por Francisco de las Barras de Aragón²⁹.

Estos fueron los libros publicados por Azara y que sirvieron de referencia a muchos de los viajeros americanos³⁰. Primero lo utilizaría el viajero prusiano Alexander von Humboldt (1769-1859), después Alcides D'Orbigny (1802-1857) en su viaje de exploración americano, desde 1826 a 1833, y por último, el naturalista Charles Darwin (1808-1881). El primero no llegó hasta el Río de la Plata, pero mostró un gran interés por todas las referencias americanas, desde los cronistas de Indias hasta los últimos estudios de naturalistas coetáneos suyos como lo fue Azara. D'Orbigny si recorrió una buena parte de los territorios que conoció Azara, sobre todo Uruguay y la Argentina. Darwin a lo largo de su navegación en el **Beagle** visitó algunas regiones de la Banda Oriental, hoy Uruguay, y un aparte del norte de la actual Argentina. Todos reconocen hoy en día que las observaciones americanas, realizadas por Darwin, fueron una parte esencial de las pruebas empíricas que utilizó para construir sus argumentos sobre el origen de las especies por selección natural. Muchas de las observaciones se apoyaron en algunos datos y algunas ideas que sobre algunas cuestiones planteó Félix de Azara (Beddall, 1975; Álvarez López, 1933, 1934, 1935, 1952; Baulny, 1968). Pero, considerarlo como precursor de Darwin resulta poco menos que una conclusión excesiva e inadecuada. Azara nunca se planteó la explicación general del origen de las especies, "*el misterio de los misterios*" para Darwin, y mucho menos el hecho de que éstas, se habían producido de forma natural gracias a la selección natural.

Discrepancias y descripciones

Azara no contó con los elementos necesarios para tener el reconocimiento de los taxónomos. La falta de tradición científica en el virreinato del Río de la Plata y la suya propia, le impidió estar al día sobre la nueva forma de proceder de los sistemáticos europeos. Éstos conocían las estrictas reglas que se habían abierto paso, primero en el estudio de los vegetales y posteriormente en el de los animales. Había que describir según reglas precisas para facilitar la identificación, había que ordenar o colocar en el lugar que le correspondía en las clasificaciones el espécimen que se describía y había que darle un *binomen* científico en caso de que no lo poseyera. Estas reglas las ignoraba Azara y nadie llegó a indicarle que si no las cumplía perdería su prioridad. Ni Cuvier, ni Geoffroy Saint-Hillaire y, en menor medida Sonnini, que las sabían más que de sobra, se las insinuaron con el fin de que salvara sus descripciones de especies nuevas. El hecho de no contar con los ejemplares descritos, es decir los tipos hacia la labor más complicada³¹.

Sin embargo aquí nos interesa destacar, que esa falta de tradición y de conocimiento de las reglas admitidas, permitió que la obra de Azara se desarrollara sin ningún tipo de prevenciones, en un ambiente de libertad científica que fue muy provechoso, dadas las cualidades y brillantez de nuestro naturalista.

Félix de Azara fue un sistemático peculiar. Como en cualquier asunto relacionado con la naturaleza hay diferentes maneras de proceder para abordar la sistemática o estudio de la diversidad biológica. Algunos científicos, aún en la actualidad, muestran su predilección por el trabajo de gabinete,

²⁸Este dibujante debió ser sugerido por s/n, ya que también intervino en los dibujos de las más de 300 láminas de la **Histoire naturelle des poissons**. (5 vol.). París, Rapet, 1817- 1819, que es parte de las obras completas de Buffon. En este caso de los peces, se encargó Bernard Germain Étienne de La Ville, conde de Lacépède (1756-1825).

²⁹Azara, 1846. Edición revisada por J. Dantín Cereceda. Madrid, Espasa Calpe, 1923 (reedición en 1969). La primera edición en español se publicó en Montevideo en dos tomos con traducción de Bernardino Rivadavia y prólogo de Florencio Varela en la Biblioteca del Comercio del Plata. Hay otra edición publicada en Buenos Aires (Ed. El Elefante Blanco) en 2 volúmenes, en 1998.

³⁰Algunas noticias de animales aparecen también en Félix de Azara (1904).

³¹Azara mandó en alcohol algunos animales pequeños, sobre todo aves, en botijas, pero no se sabe que fue de ellas. Lo correcto hubiera sido desollarlas y preparar los esqueletos y mandarlas de esta manera, pero nadie se lo indicó, ni siquiera los responsables del real Gabinete de Historia Natural o su director, por entonces Clavijo y Faxardo.



que significa escasas salidas al campo, compensadas por una vasta erudición proporcionada por los libros y las autoridades de la materia. Otros en el otro extremo se pasan la vida en el campo observando a los animales o las plantas y preguntándose de continuo porqué ocurren las cosas o cual es la mejor explicación ante lo que se observa, sin llevar mucha cuenta de lo que se dice en los libros. También existen sistemáticos que hacen las dos cosas, podíamos decir repartiendo su tiempo por igual en el campo y en el gabinete. Otros distribuyen su tiempo con otros porcentajes, unos dedicando algo más al campo y menos al trabajo de gabinete y otros al revés. Hay de todo. Félix de Azara no tenía a mano ningún gabinete para recoger erudición. Ninguna biblioteca a la que acudir, ni un solo libro que consultar. Observó y observó de manera compulsiva y, cuando se acercó a las fuentes eruditas disponibles, sufrió una gran decepción. Los tomos del Conde de Buffon (1707-1788), que le proporcionó su buen amigo y colaborador Pedro Cerviño, eran el fruto del trabajo de un sistemático de gabinete, que nunca había pisado América y que escribió, probablemente con ayuda de muchos colaboradores, tomos y tomos basados en noticias de otros autores o sobre láminas o dibujos o sobre ejemplares muertos y naturalizados. Mucho de lo escrito, como comprobaría Azara, no tenía nada que ver con lo que se encuentra en la naturaleza y el pudo observar de primera mano. Los hechos son las mejores contribuciones para un científico, aunque en los libros puedan caber muchos conocimientos si es que se obtienen, a su vez, de la experiencia.

Por todo ello, a continuación no nos podemos resistir a presentar algunos ejemplos del modo elegante y crítico en que Félix de Azara describía lo que observaba y analizaba. Son una muy reducida muestra de la capacidad de observación de Azara, de su espíritu libre y de la sensatez de sus juicios y explicaciones. Veamos el ejemplo de los pájaros carpinteros, que los guaraníes llamaban **ypeku** y que tanto podrían haber sorprendido a los que estaban pendientes de la variabilidad y de su posible origen para poder explicar el misterio que encerraba el origen de la diversidad biológica: “*Aunque los Guaranís los llaman Ypecús, estos Españoles les dan el nombre de **Carpinteros**, aludiendo a que trabajan en los troncos, y viven de su producto.*

Habitan los bosques; y aunque pueden descansar posándose como los demás pájaros, por lo común no lo hacen, sino que se pegan a los troncos, y los corren de abaxo arriba, no al contrario, siempre con el cuerpo vertical y nunca al través; de forma que a estar pegados a los árboles les es más natural y conforme a su constitución que el descansar sobre ellos, según lo indica preferir aquello a esto. Para dicho ejercicio les dió la naturaleza piernas y tarso cortos y robustos, dedos vigorosos, uñas muy curvas, fuertes, agudas, y mas altas que anchas: dos dedos delanteros, unidos por una falange común, y otros dos detrás: la rabadilla gruesa y musculosa: las plumas de la cola cóncavas, sus mástiles como gastados en la punta, muy elásticos y fuertes, y las barbas sueltas, tiasas como cerdas, que forman en la extremidad de cada pluma la figura de un fierro de lanza; de manera que se agarran con los pies, y estriban con la cola en los troncos. Tienen pelado el contorno del ojo, son anchos de espalda, de cuello corto y grueso, vuelan con violencia á grandes ondas verticales; sus movimientos prontos, el espíritu y fisonomía espantadizos; el pico grueso en la base, recto, muy sólido, de cuerno fortísimo, y la mitad superior termina en filo vertical, como el de un cincelito, teniendo tres aristas afiladas, una en el caballete y otra en cada costado. Con el dan golpes en los troncos, que se oyen de lejos, sin que se puedan contar por apresurados; pero quando conocen que hay gusano, y no encuentran agujero para extraerle, golpean con más fuerza y más despacio. Lo mismo hacen para excavar los agujeros en que crían, y tal vez duermen, penetrando los troncos gruesos hasta el centro. En el Paragüay se encontró á un infeliz Indio muerto, suspendido por la mano de uno de dichos agujeros, donde la metió para extraer los pollos, y no pudiéndola sacar, porque resbalaría, quedó colgado de ella”.

“Se alimentan con los gusanos, que fácilmente extraen de los troncos, introduciendo la lengua por las grietas y agujeros; para lo qual la sacan de la boca hasta una ó dos pulgadas: es redonda como una lombriz delgada con alma elástica de hueso algo flexible, y termina en punta triangular, cuyos filos ó costados tienen lengüetas; de forma que se introduce fácilmente, y flechado el gusano, le sacan retirando la lengua sin que se pueda zafar. Todos huelen mal, y lo atribuyo al alimento. Son estaciona-



rios, y no baxan al suelo, ni saben caminar. Si alguno les observa, suelen situarse en la parte opuesta del tronco, manifestando solo la cabeza; y quando están al parecer alegres y cantan, menean un ala en pos de otra, como si quisieran componerlas ó les picasen las espaldas. Las especies que usan copete ó gorro, le tienen algo atrasado en figura de llama, y es compuesto de plumas derechas, sedosas, angostas, algo inclinadas atrás, y sin movimiento para elevarlas ó abatirlas”.

“Los caracteres generales de las formas y proporciones en la familia son muchos é inequívocables, y tan constantes, que no conozco otra excepción que en la cola de la especie **enana**. Sin embargo hay diferencias admirables en las costumbres; porque algunas especies viven en familias, y otras solitarias ó á pares. Puede decirse que la **enana** no se apoya con la cola. La de **vientre roxo**, la **dominica**, y la **campestre**, se posan bastantes veces como el común de los pájaros; y aunque estas dos últimas se pegan á los troncos, rarísima vez los corren. La **dominica** come frutas y abispas, y rarísima vez gusanos de tronco; y la **campestre** vive únicamente de los insectos que encuentra en los prados, donde camina muy bien, con otras cosas que se dirán en las descripciones particulares”.

“Mi Autor les llama **Pics**³², y entra á describirlos diciendo, que solo son sociables los animales que subsisten de los frutos de la tierra, porque la abundancia es la base del instinto social, de la dulzura de costumbres, y de la vida pacífica, que privativamente pertenece á los que no tienen motivo de disputar nada. En efecto parece que así debía ser; pero la naturaleza, que no se gobierna por nuestros discursos, ha establecido principios de sociedad diferentes de los dichos; pues vemos que muchos pájaros

son sociables ó se juntan para viajar; y que entre los que subsisten del propio alimento, aunque sea abundante, hay algunos sociables y otros solitarios”.

“Entra luego el Autor á ponderar la vida dura y trabajosa de los Carpinteros, diciendo, que la naturaleza les ha condenado á galeras “perpetuas”, y que de ahí viene que no son buenos cantores, y que sus movimientos son bruscos, la fisonomía agreste, el instinto salvaje y tan espantadizo, que huye de toda sociedad, sin permitir otra que la del amor por cortos instantes desnudos de toda gracia. Pero yo no entiendo que la vida de estos pájaros sea mas penosa que la de otros que rompen cocos, nueces y semillas, ó que pasan toda la vida en el ayre tras de los insectos, &c: Los Carpinteros rebosan en la abundancia de gusanos, de que los troncos están llenos: los sacan fácilmente, y me parece que ningún otro pájaro puede satisfacer su apetito en menos tiempo. Si están siempre pegados á los troncos en postura vertical, es porque les acomoda más que otra qualquiera, siéndoles de tanto descanso como á los demás el estar posados sobre las ramas. Además de que los hay que usan todas las posiciones: muchos son sociables, y casi todos alegres naturalmente, según lo manifiestan con frecuencia, cantando y meneando las alas en señal del gusto que tienen. Ni son las especies tan escasas de individuos como dice; pues abundan bastante, y más que gran parte de otras especies. Si tienen fisonomía desconfiada y salvaje, muchos les exceden en eso; como en la mala voz, que no es atributo feliz para quien le posee, sino para el que oye. Supone que un dedo de los posteriores es el mas largo y robusto, y que la cola solo tiene 10 plumas; pero mis descripciones harán ver que se equivoca; lo mismo que en asegurar que se pegan muchas veces á los troncos cabeza abaxo para golpear mas ventajosamente”.

³²Tomo XIII, pág. 1. Esta nota aparece así en el libro de Azara y se refiere al tomo de la obra de Buffon por él consultada. Dice Azara “Ordenada mi Ornitología me mandaron pasar a Buenos Ayres. Allí me prestó el amigo Don Pedro Cerviño la Historia Natural de los Pájaros en 18 tomos, impresa en París el año de 1770, y escrita en francés por el famoso Conde Buffon; y comencé a leerla consultando sus estampas iluminadas, que me habían llegado después de muchos años de haberlas pedido”. Hay una edición de la “**Histoire des Oiseaux**” cuyos autores son el conde de Buffon, Guéneau de Montbeillard, el abate Gabriel Bexon y Sonnini de Monancour, publicada en país en la Imprenta Real en los años 1770-1783 y 1785 que consta de 9 volúmenes más 6 láminas grabadas por F.N. Martinet e iluminadas por los hijos de Daubenton, que los dirigió. En esta edición **Les Pics** están al inicio del Tomo VII. Lo cual nos hace ver que la edición que manejó es distinta. Ésta se realizó en vida de Buffon, que nació en Montbard en 1707 y murió en París en la noche del 15 al 16 de abril de 1788. Sobre François Nicolas Martinet puede verse Leslie K. Overstreet y Kathryn E. Zaharek, **Introduction. Ornithologie. François Nicolas Martinet**, Smithsonian Intitut Libraries. Digital Edition, 2000.

“Como sólo conoció en Europa á tres especies, se ha propuesto referir á ellas todas las del mundo: mucho mas fácil sería lo contrario, si en esto hubiese utilidad. Tal vez fue su idea indicar, que todos los Carpinteros de por acá descienden de los de Europa, y que se deben reputar los americanos como simples variedades producidas por los climas; pero esta idea sería falsa, pues ya hemos visto bastante para que nadie nos persuada fácilmente que hay influxos de clima” (Azara, 1805, II: 288-294).

Transcribimos el comienzo de la descripción del jaguar que aparece en los **Apuntamientos para la Historia Natural de los Quadrupedos** que resulta muy ilustrativa de sus observaciones directas de este impresionante felino, el mayor de América: “Le llamaban **Yagüá** los Guaranís; pero como aplicasen este nombre al Perro quando le traxeron los Españoles, se lo mudaron en el de **Yagüá-eté** (Yagüá como propiedad); y después se lo han alterado, llamándole **Yagüareté** (cuerpo de Yagüá). Algunos Güaranís le denominan **Yagüá-pará** (Yagüá manchado): estos Españoles Tigre; y los Portugueses Onza pintada. Habita la Costa Patagónica y Pampas de Buenos Ayres, hasta lo mas Norte del Paragüay, y sin duda las dos Américas. La población de estos países ha perseguido y disminuido tanto estas fieras, que las que hoy se ven están en desiertos, 6 en los anegadizos y bosques cercanos a ríos, de donde suelen arrojarlos las grandes crecientes, haciéndolas salir é internarse en el país; donde no hay animal tan feroz, terrible y formidable como el Yagüareté. Va solo; pero quando hay hembras en calor, concurren los machos, juntándose a veces ocho y más. Es fiera nocturna, que rara vez anda de día, y pocas se interna en campo raso. En las Pampas de Buenos Ayres, que carecen de bosques, se oculta en los esteros y en las cuevas subterráneas que fabrican los Perros cimarrones; pero en el Paragüay vive en los esteros y bosques grandes, prefiriendo los inmediatos á los ríos caudalosos, que atraviesa nadando con soltura y primor, y caza en las orillas Capibáras y lo que puede. Aseguran generalmente que entrando un poco en el agua de los remansos, dexa caer babas que atraen á los pescados, y que los arroja fuera de una manotada, porque le gustan mucho. Varios testigos me aseguran haberle visto pescar así, y haber cogido los pescados que había arrojado fuera, porque dicen que no los come hasta haber co-

gido bastantes. Devora los Perros y á todo animal, y en sus excrementos he visto las espinas del **Cuiy**. También caza Burros, Mulas, Caballos, Vacas y Toros, matándolos de un modo extraño; porque salta sobre el cuello de la res; y poniendo una mano en el cogote ó cuerno, agarra con la otra la punta del hocico y la levanta, desnucan- do la víctima en un momento. No mata sino lo que necesita; y si encuentra un Buey ó Caballo acollarado ó atado con otro, solo quita á uno la vida, haciéndonos ver que no es cruel sino por necesidad. Hallándome en el campo me dixéron, que acababa de matarme un Caballo; fuí al momento, y ví que escasamente había comenzado á comer el pecho. No hallé á la fiera, y hice arrastrar dicho Caballo hasta ponerle á tiro de un árbol, donde me propuse esperar. Luego me separé á comer media milla, dexando un centinela, que al momento me avisó que el Yagüareté, pasando un río ancho y muy profundo, había tomado al cadáver con la boca, y arrastrándole sesenta pasos por un barbecho, se había arrojado á dicho río, y pasándole al bosque de la otra banda. Yo mismo ví el rastro hasta el agua, y no pasé a la orilla opuesta, por no tener un Perro ni otro auxilio que mi escopeta. No hay aquí quien no asegure la facilidad con que el Yagüareté arrastra un Caballo ó Buey muerto llevándole al bosque, venciendo además la repugnancia que opone otro Buey ó Caballo vivo acollarado con el cadáver. No oculta la comida sobrante, y caza sorprendiendo y asaltando como el Gato al Ratón. Su primer ímpetu es ligero, y no yerra la presa; pero le cuesta algún tiempo ó trabajo el dar vuelta, y no es muy veloz en la carrera. Suponen, que si encuentra una tropa de viajeros dormidos, se lleva al Perro si le hay: en su defecto al Negro: después al Indio; y que solo pilla al Español en defecto de los dichos” (Azara, 1802, I: 91-94).

Por último transcribimos las conclusiones de Azara sobre el albinismo en la naturaleza. La última parte de este texto tiene cierta ironía y por ello también lo incluimos, ya que Buffon comentaba la posibilidad de la mutación a negro, cosa que existe igualmente en los individuos llamados melánicos, que el mismo describe en el caso de los jaguares, pero que no se da en el caso del hombre. “De estos antecedentes parece deducirse: 1º. Que existe una facultad ó causa, á que denomino albina; la qual á veces cambia; repentinamente, ó sin mas Interme-



dio que el de padres á hijos, lo negro en blanco de papel, en roxo, en trigueño, en amarillazo y aún en pío: según hemos visto en los hombres, en la cabeza y pies del **Ñendaí**, en los Micos y en los Caballos.

2°. Que puede también trocar lo verde en amarillo y en blanco, según dixe del Loro; y lo roxo en negro, como sucede en la cresta y barbas de las Gallinas.

3°. Que le cuesta mas trabajo trocar lo roxo en otros colores, y éstos en negro; pues lo hace rara vez.

4°. Que la tal causa, sea la que fuese, opera en el hombre, quadrúpedos y páxaros, mas ú menos en unos que en otros, y con mas facilidad y freqüencia en los domésticos que en los silvestres.

5° Que es accidental, y residente en las madres.

6°. Que no altera sensiblemente las formas y proporciones, ni destruye la fecundidad.

7°. Que sus efectos, una vez producidos, se perpetúan.

8°. Que sus individuos mezclados con los comunes producen mestizos.

9°. Que debilita la vista en términos, que los hombres albinos con dificultad pueden ganar el sustento, y á muchos animales y páxaros les sucederá lo mismo, y aun peor.

y 10°. que lo negro de los Negros penetra hasta la carne y los huesos”.

“Fundado en estas ideas, se podrá proponer la cuestión, ¿de si Adán y Eva fueron blancos ó no? El que sostenga lo primero, podrá decir que la causa albina produjo en algún tiempo algún individuo negro de dos blancos, según dixe del ganado lanar y de las Gallinas; y que dicho Negro se ha perpetuado produciendo todos los del mundo. Los de opinión contraria apoyarán que Adán fue negro, y que la referida causa pudo, como hemos dicho, trocar el color negro de alguno de sus descendientes en blanco, roxo, trigueño y amarillo; de donde pueden venir estas variedades de color que se ven en los hombres. Se esforzará la idea, con que estas muta-

ciones parecen mas freqüentes , y por consiguiente mas naturales que las de blanco y roxo en negro” (Azara, 1802: 223-233).

Estas tres muestras son muy ilustrativas de la gran capacidad de descripción de Azara, de su espíritu crítico y quisquilloso y de los acertado de sus conclusiones cuando se decidía a señalarlas.

Las inexorables reglas taxonómicas.

Repercusión de la obra zoológica de Azara

El rigor de las descripciones zoológicas de Azara es incuestionable. Sin embargo las estrictas reglas impuestas a la descripción de las especies al igual que a los nombres científicos (*binomen*) no fueron tenidas en cuenta por Azara. Por ello fue un oscuro naturalista francés Louis-Jean-Pierre Vieillot (1748-1831)³³ el que dio nombres científicos a muchas de las aves descritas para la ciencia por primera vez por Azara. Fueron 153 en total las que llevan en la actualidad el nombre que les dio Vieillot³⁴. Este naturalista francés conoció las aves de Azara a través de su supervisión de los dibujos, posteriormente grabados, de algunas aves que hizo Pêtre, un pintor dedicado a las ilustraciones de historia natural para los **Voyages dans l’Amerique Meridionale** de Azara. Con ocasión de esa tarea de supervisión pudo comprobar las que fueron consideradas especies nuevas por Sonnini y sólo le quedaba volver a describirlas según las reglas vigentes y darles un nombre científico. Vieillot supo en todo momento lo que hacía y no tuvo ni la honradez ni el valor de reconocer la prioridad indiscutible de Azara. Otras aves descritas por Félix de Azara ya tenían nombres reconocidos, al ser descritas, según norma, por otros naturalistas anteriores a él. De ellas, 23 ya habían sido nominadas por Linneo³⁵ hacía muchos años. La decisión de Vieillot, basada en la falta del imprescindible conocimiento taxonómico de Azara, ha impedido que su nombre figure al lado de muchas de las aves que el dio a conocer en sus publicaciones de los primeros años del siglo XIX. Lo mismo

³³Véase la biografía de Paul H. Oesher: “Louis Jean Pierre Vieillot (1748-1831)”. *The Auk*. Vol. 65, pp. 568-576.

³⁴Louis Jean Pierre Vieillot, **Histoire Naturelle des Oiseaux de l’Amerique Septentrionale. contenant un grand nombre d’espèces décrites ou figurées pour la première fois**, Paris, Chez Desreay, 18078-1809 (2 vols.).

³⁵Karl von Linné, “**Sistema Naturae per regna tria naturae, cum Classes, Ordines, Genera, Species, cum Characteribus, differentiis synonymis, locis**” Edicio Decima, Reformata. Holmiae. Laurentis Salvia. 1758.

ocurrió con sus descripciones de mamíferos (Herskovitz, 1987: 11-98). Sin embargo los naturalistas que conocían los avatares del naturalista aragonés no dejan de elogiarlo, mientras que Vieillot no deja de ser un insignificante naturalista de gabinete, que perseguido por la revolución, tuvo que huir de Haití a los Estados Unidos, donde desarrolló una buena parte de su trabajo ornitológico. Vieillot ha quedado sepultado y sólo es reconocido por algunos taxónomos, igualmente de gabinete, mientras que Félix de Azara sigue siendo recordado por viajeros, naturalistas, mastozoólogos y ornitólogos.

Hay algunas especies en las que se ha intentado que en su *binomen* se inmortalice el recuerdo de Azara, pero las reglas no lo han permitido en algunos casos. Es el caso del *zorro de monte*, que fue bautizado como **Canis azarae**. Dado que se comprobó que era el mismo al que Linneo bautizó como **Cerdocyon thous** en 1766, perdurará el dado por el naturalista sueco. Esta circunstancia sólo permite el que el *binomen* **Canis azarae** figure sólo como sinónimo. En el caso del *micure* o *comadreja overa*, bautizada como **Didelphys azarae**³⁶, este binomen es solo un sinónimo del nombre reconocido de **Didelphys albiventris** (Lund, 1840).

Otras especies mantienen por ahora en su binomen el nombre de Azara. Son las siguientes:

El ratón de hierba de Azara (**Akodon azarae**. Fisher, 1829).

El agoutí (**Dasyprocta azarae**, Lichtenstein, 1823).

El tuco-tuco pampeano (**Ctenomys azarae**, Thomas, 1903).

El **mbirikiná** o mono nocturno de Azara (**Aotus azarae**). Esta especie fue descrita por Alexander von Humboldt en 1812³⁷. Fisher, Lichtenstein, Thomas y Humboldt rindieron de esta forma su elogio y admiración por Félix de Azara.

Los taxónomos pueden variar sus criterios con el tiempo y estos nombres podrían cambiar, pero parece difícil que lo hagan en las próximas décadas y, si lo hicieran, es posible que sólo afectaran al género. Por tanto aquí están algunos ejemplos del reconocimiento de la labor zoológica de Azara en lo que se refiere únicamente a los mamíferos del Paraguay y el Río de la Plata.

En el caso de las aves donde también existe la costumbre, aunque en menor medida que en los mamíferos, de utilizar en el nombre de la especie el recuerdo de ornitólogos no hay ninguna que nos recuerde al primer ornitólogo moderno de América.

Hay un género de plantas con el nombre de Azara, tal vez dedicadas a José Nicolás y no a Félix. Se debe este nombre genérico a Hipólito Ruiz y José Pavón. En su **Flora Peruviana et Chilensis** le ponen el nombre genérico a dos especies: **Azara dentata**, y **Azara integrifolia**, que pertenecen a la familia de las Flacourtiaceae. Hoy algunas especies de este género son ornamentales y muy utilizadas en jardinería.

La diversidad en la naturaleza

Explicaciones nuevas para preguntas viejas

Está fuera de toda duda la honradez de Azara en sus descripciones de aves y cuadrúpedos³⁸. Casi todos los animales los vio vivos y en muy con-

³⁶El nombre del género es de Linneo. Este binomen estuvo admitido muchos años y así aparece en el "Dictionnaire Classique d'Histoire Naturelle", París, Rey et Gravier, 1831 (Atlas et Illustration des Planches). En la actualidad se reconoce el nombre dado por Lund.

³⁷Susan M. Ford, "Taxonomy and Distribution of the Owl Monkey". Páginas 1 a la 58 en **Aotus: The Owl Monkey**, Ed. Janet F. Baer, Richard E. Weller e Ibulaimu Kakoma. Academic Press. San Diego, New York, Boston, London, Sydney, Tokyo, Toronto. 1994; Nowak. M. Ronald, **Walker's Primates of the World**, Baltimore and London. The Johns Hopkins University Press, 1999 y Aníbal Parera, **Los mamíferos de la Argentina y la región austral de Sudamérica**. Editorial El Ateneo. Librerías Yenny S.A. Buenos Aires, 2002.

³⁸Cuando traté de resolver las dudas que tenía en la identificación de las aves de Azara con los nombres científicos actuales recurrí a mi buen amigo y ornitólogo de campo el paraguayo Jorge Escobar. Yo le leía las descripciones de Azara y el me aclaraba la especie de la que se trataba sin muchas dudas y, en ocasiones, me llamaba la atención sobre algunos pájaros considerados por Azara como especie distinta, cuando era la misma con diferente coloración de plumaje o la hembra o el macho de otro ya descrito. Estos hechos demuestran la meticulosidad y rigor de sus descripciones.



tadas excepciones hizo uso de otros que le trajeron muertos después de capturarlos en lugares alejados que el no había visitado. Basta que cualquiera tenga una afición coleccionista para que todos los amigos o conocidos que le rodean traten de satisfacer sus apetencias. Eso es lo que debió ocurrirle a nuestro naturalista cuando se difundió su afición a las aves y a los cuadrúpedos, que en muchos casos mantuvo vivos en su propia casa de Asunción, cuidándolos, alimentándolos o curándolos.

En la introducción a los **Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros** Azara señala cosas de una extraordinaria sensatez, desmontando algunas de las opiniones que se venían vertiendo para dar explicación a la diversidad que aparecía en la naturaleza. Por ejemplo citaremos aquí este argumento lleno de buen juicio sobre las variedades y su origen. Teniendo en cuenta que para Buffon el origen de la variabilidad era el clima, la alimentación o la hibridación, que Azara denominaba uniones ilícitas, dice lo siguiente: *“Sienta Buffon en el plan de su obra, que hay en los pájaros mas variedades que especies; porque sobre las sexuales y de la edad, ocasionan otras los climas, los alimentos, las transmigraciones naturales ó forzadas, las uniones ilícitas, y la domesticidad. Pero debo advertir que las variedades sexuales no son muchas, según se verá en esta obra: que las de la edad no interesan mucho: y que los climas, alimentos y transmigraciones no alteran en mi juicio nada; pues encontraremos multitud de pájaros que existen en Europa, África, Asia y en toda la América, sin diferir en medidas, formas y colores. En quanto á uniones ilícitas, no las creo, ni encuentro motivo para que las haya; pues quando a alguno le falta pareja, tolera su necesidad, que no es tan urgente como en los animales domésticos, ni suficiente para hacerle infiel á la Naturaleza; y preferirá mas bien agregarse á alguna pareja, como lo he observado en los Gorriones de mi tierra. Por lo que hace á las variedades de la esclavitud, son tantas que apenas pueden describirse; pero como recaen sobre especies conocidas, no ocasionan confusión en la Ornithologia. El verdadero origen de muchas de las variedades que se encuentran, es haber creído los Naturalistas algunas veces, que eran de una especie dos ó mas pájaros diversos, pareciéndoles que las diferencias pendían del clima, sexo, &c. Otras vienen de que apenas hay*

una descripción completa, siendo lo común de los Autores no dar medida fixa, hablar poco ó nada de las formas, indicar solo parte de los colores, y errar casi siempre en las costumbres. Resultando que si otro indica más ó menos los colores, ya se cree que la diferencia es variedad ó especie diversa, y no hay tal cosa” (Azara, 1992: 1-3).

Walkenaer, editor de sus **Voyages per l’Amérique Méridionale**, dejó escrito el siguiente elogio que resulta muy acertado traer aquí en esta ocasión: *“Olvidado en los desiertos, extraño a los progresos rápidos de las ciencias naturales, sin ninguna comunicación con el mundo civilizado, Azara había emprendido y terminado la descripción y delineación de un país de más de quinientas leguas de largo y trescientas de ancho; había observado el hombre salvaje con más cuidado que lo había hecho antes que él, y él solo, sin ayuda de observaciones, colecciones ni libros, había hecho progresar inmensamente a las dos partes más importantes de la Historia Natural de los animales, la de los cuadrúpedos y la de las aves, y esto sin que se sospechara siquiera en Europa su existencia: aún se está muy lejos de darse cuenta de todo lo que las ciencias le deben”* (Walckenaer, en Azara, 1969: 16).

Hoy, cuando han pasado más de 200 años de la publicación de sus obras de Historia Natural, sabemos cuánto se le debe a Félix de Azara, quien en forma altruista, fue un pionero en la explicación y descripción de la diversidad en aquellas extensas regiones. Regiones que visitó para cumplir con su deber, pero que el destino puso a su disposición para, después de un esfuerzo extraordinario, ser reconocido como uno de los grandes naturalistas españoles y universales.

El pensamiento azariano en la historia social del Paraguay

JULIO CÉSAR FRUTOS CORONEL CONET
Ministerio de Educación, Asunción, Paraguay

Introducción

En la presente comunicación se pretende hacer un repaso del pensamiento de Félix de Azara acerca de las costumbres y usos de los guaraníes, paraguayos y mestizos, reflexiones éstas que vinieron a sembrar con buena semilla la base de la historia social del Paraguay, temática un tanto deficitaria en la historiografía paraguaya corriente. Ya decía un ilustre intelectual paraguayo que “... es escasa la documentación sobre costumbres guaraníes del Paraguay coetánea a la conquista. Aparte de Schmidel, Ruy Díaz de Guzmán y Álvar Nuñez, la fuente principal se debe a los misioneros. Azara vio a los antiguos guerreros en plena decadencia, doblegados ante el impacto europeo por la fuerza, en la encomienda o en la reducción” (Justo Pastor Benítez, 1967).

Al parecer la breve lista podría ser ampliada con otros viajeros no jesuitas (Paula Sanz, 1977; Francisco de Aguirre, 2003) pero es cierto que en general la historia social tiene insuficiente fuente documental, con el agravante de que algunos precursores ni siquiera habían pisado tierras americanas, y se permitieron opinar sesudamente sobre el tema como el Padre Charlevoix, complicando más aún la búsqueda de la verdad.

Distinto es el caso de viajeros, sacerdotes, funcionarios reales y comisionados que, al igual que Félix de Azara, quien habiendo llegado con un cometido específico, el de cartógrafo y demarcador, se ocupó de enriquecer el conocimiento científico, social y natural del Paraguay. Sin incurrir en exageraciones, Azara, por su capacidad de observador nato, puede ser considerado como el primer sociólogo paraguayo y quizá del Río de la Plata, que se

enaltece notablemente por la objetividad de sus observaciones. Razón tenía el Cabildo asunceno que le designó “*primer ciudadano*” atendiendo a que elaboró el primer plano de Asunción y el más completo mapa del Paraguay.

Al final de esta comunicación, procurando contrastar con la visión azariana, se expone la experiencia actual acerca de una comunidad **Pai-Tavytera** que vive en el Departamento de Amambay (Paraguay) y que mantiene sus originales pautas de comportamiento, salvo en lo referente a la antropofagia y la poligamia, a las que han abandonado. Las observaciones de Azara en cuando a los usos perviven en esta comunidad guaraní, con lo cual se confirma no sólo la objetividad y la claridad perceptiva del observador ilustrado, sino también el apego a la tradición que tuvieron y mantienen las “naciones” guaraníes. Asimismo se hace referencia a algunas costumbres del paraguayo de nuestros días, que se fundan en la adopción de los usos españoles, como se da con los juegos y diversiones, aunque dotándolos de una coloración terrígena.

El trabajo de comparación del pasado con el presente se debe al apoyo de la ONG Servicio de Apoyo al Indígena y a sus directivos Cristóbal Ortiz y Emiliano Caballero, quienes mantienen programas de carácter social entre los guaraníes de la Región Oriental. Ellos proveyeron de información actualizada sobre los **Pai-Tavytera** y abundante documentación fotográfica sobre el tema. Para ellos toda nuestra gratitud.

El indio guaraní

Félix de Azara dedica una atención muy particular en su natural y hábil oficio de observador, al



carácter y desempeño del habitante del Nuevo Mundo, indio, mestizo y español radicado y aclimatado, estudiándolos en su total espontaneidad, lo que le otorga la posibilidad de la corrección o la ampliación conceptual, como ha ocurrido en algunas ocasiones. De lo que no pudo liberarse es de la carga de pre-conceptos que traía en la mochila de observaciones previas, que se hicieron a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo y a las que tomó más de una vez como fuentes.

Califica al indígena como si fuera un “salvaje” o “bárbaro”, coincidiendo con la forma de denominación generalizada en Europa, y lo ubica como si tuviera la personalidad de un niño de entre ocho y nueve años, tal como lo hicieran alguno de sus coetáneos (Furlong, 1962). Para Azara, el concepto del hombre salvaje es aquel “... *que no escribe, que habla poco, que se expresa en una lengua desconocida, a la que faltan una multitud de palabras y expresiones, y que no hace más de lo que le imponen las pocas necesidades*” (Azara, 1941).

Con respecto a que el indio guaraní podía equipararse en su formación integral a un niño menor de diez años, que es un concepto de Azara y de otros, según esa cita de Furlong, es necesario analizar sus textos como la única forma de despejar las dudas.

Azara afirmó en forma repetida en sus escritos que los indios del Paraguay no habían necesitado de ningún “*guardia almacén ni distribuidor de sus cosechas*” en los tiempos en los que vivió sin la tutela de los jesuitas. Y si eso fuera cierto, como lo es, resulta “*que no eran niños y que no tenían la incapacidad que se quiere suponer*”, según aquella suposición. Existía una tendencia a condenar intencionalmente al indio americano como si fuera un inválido necesitado de protección. Este punto de vista etnocéntrico partía de sabios europeos, que de esta forma daban el marco teórico justificante para el establecimiento de las políticas dominantes en las que se fundó también la presencia tuitiva de los jesuitas.

¿Qué pensaba realmente Azara sobre esta cuestión? Sus propias expresiones dejan constancia de una posición ambivalente: “*Parece evidente que no eran tan niño [...] parece que se debe concluir una de estas dos cosas: o que la administra-*

ción de los jesuitas era contraria a la civilización de los indios, o que estos pueblos eran esencialmente incapaces de salir de este estado de infancia” [sic] (transcripto por Perrone, 1973). El historiador Guillermo Furlong, jesuita él mismo, ante esa dualidad interpretativa del pensamiento azariano, optó por incorporar a Azara entre quienes equiparan al indio como a un niño. Esta discusión no consistía en un mero torneo intelectual, puesto que el afirmar la falta de capacidad del indio, era la justificación del apoderamiento del sexto de su producción agrícola, de su incorporación al servicio personal del encomendero durante el mayor tiempo de su vida útil y también, ya en el plano espiritual, de la necesidad de cambiar sus dioses, además de un largo etcétera.

La nación indígena

1.- Félix de Azara (1847) definía a la “nación aborigen” como “*cualquier congregación de indios que tengan el mismo espíritu, formas y costumbres, con idioma propio*”, y prosigue diciendo en la misma cita que “*... todas las naciones son más o menos errantes, sin pasar por lo común al distrito de otras, ni aun al espacio desierto que media entre ellas*”.

Un componente que habitualmente se utiliza para definir una nación –además de los citados– es que ella debe responder a una autoridad común, pero para Azara esto resultaba intrascendente. Es más, pues afirma que el cacique era uno más en la comunidad indígena, sin gozar de llamativos privilegios y prerrogativas, salvo las más básicas de su propia investidura.

2.- Restringiéndonos a esta definición, nos ocuparemos de la mujer guaraní, por ser ésta la que, exclusivamente en esta parte de América, compartió con amplitud lecho, techo y comida con el conquistador español. Y naturalmente, de cuyo fruto surgió el mestizo, el hijo tal vez a veces no querido, de esa relación en la que indefectiblemente el hombre fue el español y la mujer la india guaraní, en especial la que habitaba la extensa comarca inicial asuncena. Del producto de la unión de esa pareja, a cuyos miembros separaban brechas culturales, emergió el mestizo, de quien Azara tiene un alto concepto valorativo, como veremos más adelante.

No se registran datos de que el hombre guaraní haya mantenido relación matrimonial voluntaria con la mujer española, con las pocas que llegaron a la región rioplatense, aunque es de suponer que debió darse un natural atractivo para realizarlo. Los raptos, que no fueron pocos, protagonizados por guaraníes o guaicurúes, pudieron apuntar en ese sentido. Azara hace referencia al caso de una mujer española que fue liberada de una serie de cautiverios sucesivos en los que pasara de uno a otro hombre, los que la fueron transfiriendo, sucediéndose en su posesión.

En la obra **“Anales del Descubrimiento, Población y Conquista del Río de la Plata”**, escrita por el paraguayo Ruy Díaz de Guzmán, que fue divulgada por cierta tradición historiográfica como **“La Argentina”** el primer libro escrito en esta parte de América y que, además de la valiosa crónica que la sustenta, se desarrolla en él una historia de amor no correspondido, entre el temible cacique guaraní Mangoré y la española Lucía de Miranda. Trata de que el cacique Mangoré se enamora perdidamente de la española Lucía, haciéndola objeto de regalos diversos; frutas, miel, carne de caza y pescado. En un caso de hambruna que afligió a la población española de Corpus Christi, pueblo donde residía Lucía. Mangoré llenó de bastimentos y víveres a la población hambrienta, concitándose el agradecimiento general hacia el cacique guaraní¹. A pesar de tales generosidades, no logró convencer a Lucía, unida en matrimonio a un español a quien amaba, la que no daba importancia a las manifestaciones idílicas de Mangoré. El cacique enamorado no renunciaba en su empeño de conquistador y ante el rechazo reiterado, herido en su amor propio, decidió aplicar la ley de época: atacar el poblado, eliminar a todos y raptar a Lucía. La original historia o fantasía concluye con un final triste y salvaje, la muerte de Mangoré. Se pone así de manifiesto desde la pluma de un mestizo de primera generación, la imposibilidad de una relación amorosa del hombre indígena con una mujer española, por la existencia de enormes vallas coyunturales, además de sociales, culturales y étnicas. En recuerdo de Mangoré, un ilustre paraguayo reconocido universalmente como virtuoso de la gui-

tarra, descendiente directo de guaraníes, adoptó su nombre como distintivo personal, como fue el caso de Agustín Pío Barrios.

Enrique de Gandía (1939), una de las más indiscutidas autoridades de la historia colonial rioplatense, al tratar acerca de la mencionada y dramática leyenda dice que *“sería la primera novela o cuento o drama del Río de la Plata”*. Es hasta ese plano de la fabulación que llegaba la probabilidad de un amorío de tal naturaleza. No debe dejar de considerarse que se registraron muchos casos de raptos de mujeres blancas por parte de indígenas que las tuvieron en cautiverio por todo el tiempo que pudieran retenerlas o hasta que alguna circunstancia las haya liberado.

3.- Azara al emitir sus juicios sobre cuestiones costumbristas probablemente no pretendía realizar el oficio de antropólogo, al no indagar el cómo somos y por qué somos; aunque al ser un testigo presencial de los hechos, prestó a las ciencias sociales una labor insustituible: la descripción personal y objetiva de los hechos que fue comprobando en su experiencia diaria. Sorprendido por las vivencias que le eran desconocidas en el mundo europeo del que venía, consideraba algunas cosas como propias de bárbaros, no se explicaba, por ejemplo, el uso del *barbote*.

Para la observación *ex-postfacto* de este tipo de hábitos y usos, es importante que el registro de aquéllos se haya realizado con autenticidad, para así confrontarlos con los sucesos de la actualidad y de esa forma reconstruir definitivamente y en términos académicos el comportamiento del hombre europeo o del indígena en lo que dio en llamarse el Nuevo Mundo. Merece citarse el caso del *barbote* o *tembetá*, que se usó y se sigue usando en las comunidades guaraníes y en otras, comportamiento que, pese al pertinaz proceso de aculturación acumulado, no fue del todo eliminado. Más adelante demostraremos cómo las contemporáneas comunidades guaraníes usan el *barbote*, con lo cual por ahora sólo nos interesa remarcar que los guaraníes fueron y son grupos humanos resistentes al cambio

¹El relato recogido por Azara de sus predecesores a partir de Ruy Díaz de Guzmán (1612) fue completamente rechazado por Paul Groussac (1916).



cultural, pese a los siglos transcurridos.

4.- La antropofagia es otra de las características repetidamente citadas como propias de la nación guaraní, coincidiendo la mayoría de los testimonios en que se practicaba como una cuestión eminentemente ritual. La ingestión de la carne del prisionero tendría como efecto de la transmigración de un valor, razón por la que se citan casos de adopción del nombre del guerrero sacrificado. Florencia Roulet (1992) señala que la *“antropofagia ritual fundaba y consolidaba una serie de relaciones que mantenían la cohesión interna del grupo, a la vez que reproducía la dinámica del conflicto con los extraños, siempre potenciales enemigos”*. Azara señala no haberla visto en el Paraguay durante sus años de residencia.

5.- Azara da referencias sobre el consumo del mate, o sea de la ingesta de la Yerba del Paraguay en infusión con agua caliente. No se refiere al consumo del *tereré* que es la misma bebida pero preparada con agua fría. Esta omisión del *tereré* parece confirmar una vez más que éste no se consumió durante la colonia. Su descripción del hábito de tomar el mate como infusión caliente es ésta: *“Para usarla, ponen un puñadito en una calabacita que llaman mate con agua caliente, y al instante chupan por un canutillo –ó bombilla que tiene en el interior agujeros para dar paso al agua deteniendo la yerba. Esta misma sirve tres ó cuatro veces echando nueva agua, y algunos ponen azúcar. La toman a todas horas siendo el consumo diario de un vicioso una onza, y la que trabaja o beneficia a un jornalero no baja de un quintal o dos. Los indios silvestres del Mondai y de Maracayú solían tomar esta yerba y de ellos aprendieron los españoles”* (Azara, 1847). Actualmente se consume en toda la región rioplatense que fuera cario-guaraníca. En la Argentina y Uruguay se consume el mate, con agua caliente, en Brasil es conocida como cimarrón (*cimarrão*). Cuando en la preparación se utiliza el agua fría, se llama *tereré* y generalmente se le agregan yerbas medicinales consideradas refrescantes o diuréticas.

La Yerba del Paraguay, o Yerba Mate o ***Ilex paraguayensis***, se consume a modo de *tereré* en forma exclusiva en el Paraguay actual. El nombre científico se debe al naturalista francés Auguste de

Saint-Hilaire en su obra **“Histoire des Plantes les plus remarquables du Brasil et du Paraguay”** publicada en París en 1824. El consumo del *tereré* cumple una función social de relacionamiento, además de poseer la virtud de contrarrestar las altas temperaturas del verano paraguayo y sostener la hidratación fisiológica, en especial de quienes trabajan expuestos al calor y el sol. La primera referencia poética sobre la Yerba del Paraguay la da el poeta español Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1549), el autor de **La Arancana**, quien visitó la región rioplatense.

6.- Los antropólogos que han seguido el arribo, el desplazamiento y las sucesivas dispersiones de las poblaciones guaraníes originales que poblaron América, afirman que los guaraníes ingresaron por el istmo de Panamá unos 3.000 años antes de Cristo. Responde este grupo humano al tipo protomalaio o mongoloide, braquicéfalo, de baja estatura, de tez amarillenta, al que los antropólogos denominan “amazónido” por haberse encontrado típicamente a sus representantes ancestrales en la cuenca del río Amazonas. Ocuparon territorios que son hoy de Colombia y Venezuela, hasta que por motivos naturales, culturales y sociales variados emigraron remontando por los ríos afluentes del Amazonas y por la costa atlántica, llegando algunos de ellos a la zona del actual territorio del Paraguay cerca de 500 años antes de Cristo (Susnik, 1982a).

7.- Azara describe la estatura y los caracteres físicos de los indígenas guaraníes “reducidos” que él conoció: *“Su talla media me parece ser de dos pulgadas menos que la española; es por tanto, bastante inferior a la de los pueblos que hemos descrito precedentemente. Tienen también el aire de ser, a proporción, más cuadrados, más carnosos y más feos; su color es menos oscuro y tira un poco a rojo. Las mujeres tienen más cuello, manos y senos pequeños y poca menstruación. Los hombres tienen a veces un poco de barba y aun de pelos sobre el cuerpo, lo que los distinguen de todos los otros indios, pero no los aproxima a los europeos con esto. Un hombre que vivió largo tiempo entre los guaraníes cristianos, me aseguró que había observado en los cementerios que los huesos de estos indios se convertían en tierra mucho antes que los de los españoles. Se parecen a los otros indios por los ojos,*

por la vista, por el oído, por los dientes y por los cabellos. Tienen, además, una particularidad que le es común con todas las otras naciones, y es que las partes sexuales de los hombres no son nunca más que de un tamaño mediocre y las de las mujeres son por el contrario muy anchas; y sus grandes labios excesivamente inflamados; sus nalgas igualmente muy gruesas Su fecundidad es inferior a la nuestra, porque no he encontrado más que un solo padre indio de diez hijos, no dando el término habiendo examinado un gran número de listas o catastros de poblados antiguos y modernos como medio más que cuatro individuos por familia, una con otra. El número de mujeres es siempre mayor que el de los hombres en relación de 13 a 14” (Azara, 1847).

8.- Cuando Azara (1847) habla del mestizo lo hace con mejor precisión y quizá menos subjetividad que cuando lo hace sobre el indio. Incluso llega a considerarlo superior al español cuando dice: “... yo encuentro en lo general, que son muy astutos, sagaces, activos, de luces más claras, de mayor estatura, de formás más elegantes, y aún más blancos, no solo que los criollos o hijos de español y española en América, sino también que los españoles de Europa, sin que se les note indicio alguno de que desciendan de india tanto como de español”. Hace una comparación con los nacidos en Buenos Aires y dice que los mestizos nacidos en el Paraguay los superan en “sagacidad, actividad, estatura y proporciones”. En pocas ocasiones se han expresado juicios tan consagratorios dirigidos a enfatizar las virtudes personales del mestizo: **astucia, sagacidad, actividad y clara inteligencia.**

¿Cuál sería la razón de esa dual interpretación de Azara, tan diferenciada al tratar acerca del indio guaraní y del mestizo? Al parecer esa distinción sería la consecuencia de que el mestizo, al ser un hombre en libertad cuenta con las potencialidades que permiten el vuelo de su creatividad, la defensa de sus intereses, la alegría del vivir. Lo que ocurrió es que el hombre y la mujer en cautiverio, en el papel de yanacona, mitayo y naborí, distintas categorías de servidumbre de la época, no tenían la voluntad siquiera de sonreír por la personal frustración que acompañaba su existencia. Distinto fue el caso del mestizo, que en libertad, fue capaz de superar iniciales marginaciones y desarrollar sus potencialidades perso-

nales, más aún al predominar en ciertos estamentos sociales. Figuras representativas del mestizaje fueron Ruy Díaz de Guzmán, el Padre Roque González de Santa Cruz y Hernando Arias de Saavedra, conocido como Hernandarias, por citar tan sólo a tres figuras paradigmáticas. Con su fuerte capacidad de autoestima, el mestizo pudo desempeñar su papel protagónico en el Río de la Plata, al tiempo de la formación de las nacionalidades, habiendo rechazado intentos de tutorías regionales e ingresando al tiempo de la autonomía nacional (después de 1811), sin complejos ante nada y ante nadie.

Sintetizando, Azara conoció al indio guaraní en plena decadencia de su condición etnográfica primaria, al decir de Justo Pastor Benítez (1967), y al mestizo en pleno ascenso; para él, fue un producto de la conquista al que valoró con alta consideración, despojado del complejo de prejuicios etnocentristas que, con frecuencia obnubilaba el concepto de muchos europeos. Azara se liberó de esa pesada carga.

El barbote y los orejones

Azara tenía su opinión sobre dicha costumbre de los guaraníes: “Entre las muchas cosas comunes a todas o casi todas mis naciones, hay algunas que pueden considerarse como peculiares suyas, y otras como tomadas del hombre europeo. Las primeras son las crueldades extravagantes en sus grandes fiestas, en sus duelos, en poner el barbote y en agrandar tan enormemente sus orejas. Ellos no dan razón ni saben el objeto ni el motivo de tales cosas, y yo estoy tan lejos de adivinarlo, como que si no las hubiese visto practicar, me parecería imposible pudiera ocurrir a nadie tales barbaridades, ni aún un motivo para hacerlas” (Azara, 1847).

En otra de sus obras Azara (1941) vuelve a referirse al tema del barbote: “El sexo masculino se distingue por el barbote. Voy a explicar lo que es. Pocos días después del nacimiento de un muchacho su madre le perfora de parte a parte el labio inferior, en la raíz de los dientes e introduce en el agujero el barbote. Es éste un pequeño pedazo de madera de cuatro o cinco pulgadas de largo y de dos líneas de diámetro. No se lo quitan en toda su vida, ni aún para dormir, a menos que se trate de reemplazarlo



por otro, cuando se rompe. Para impedirle caerse, se hace de dos piezas, una ancha y plana en uno de sus extremos, a fin de que no pueda entrar en el agujero, donde se coloca de modo que la parte ancha se encuentra en la raíz de los dientes; el otro extremo de la pieza sale apenas del labio, y está perforado para sujetar el otro pedazo de madera, que es más largo y que se hace entrar a la fuerza”.

El uso del mencionado barbote o palillo por los varones de las comunidades guaraníicas y también de otras etnias distintas, es una demostración de la masculinidad, y su uso inicial se ritualiza como parte de una ceremonia importante en la vida del hombre guaraní. La ceremonia ritual de preparación iniciática que precede a la ceremonia de perforación del labio y la implantación del palillo, puede durar una semana o más y tiene el fin de proclamar que el adolescente se ha convertido en un hombre. A partir de ese momento, el iniciado puede participar de las cacerías o tomar mujer, variando la edad del iniciado que es siempre un adolescente varón, aunque hay casos de mujeres ejerciendo ocasional cacicazgo que han usado el adminículo del que tratamos.

En cuanto al tamaño del barbote, cabe consignar la referencia que aporta el conocido investigador argentino Juan Bautista Ambrosetti (1895: 245), cuando describe un barbote de resina de 6 centímetros de longitud y 0,6 de espesor, encontrado en una urna funeraria en la región de Alto Paraná, en el Paraguay y que pertenece al período pre-hispánico. Los usados actualmente por los hombres de las comunidades guaraníes son de un tamaño sensiblemente menor (Ambrosetti, 1895).

El padre Florian Paucke en su obra **“Las Misiones Jesuíticas en el Paraguay”** publica unas láminas, dibujadas por él mismo, que ilustran dichos barbotes y orejones (tarugos de madera usados en perforaciones lobulares en la oreja), usados por los indígenas del siglo XVIII, con quienes el curioso sacerdote jesuita mantuvo un trato continuado. Los barbotes dibujados lucen un tamaño considerable (Paucke, 1999).

El Capitán Francisco de Aguirre menciona que una mujer de un cacique guaicurú, al que trató también, la que usaba el barbote como insignia

de su potestad (Aguirre, 1948). La misma observación hizo el padre Sánchez Labrador con respecto a una cacica de los Guachíes (Moreno, 1975). En la segunda parte de esta comunicación, volveremos sobre el tema.

El proceder al agrandamiento artificial de las orejas mediante perforación y colocación de cilindros de madera, no es costumbre de los guaraníes, pero sí de otras comunidades indígenas del Paraguay, entre ellos los maká (que integran una etnia pámpida de la orilla chaqueña del río Paraguay) cuyos miembros mantienen aún vestigios de esa tradición.

La tradición de los guaraníes

Azara (1847) afirmó que *“... se observa que aquellas naciones, conservan por tradición y sin alteración sus vestidos y todas sus costumbres, con tal tenacidad, que a lo menos no las han mudado poco ni mucho en los tres últimos siglos, aún los que han nacido y vivido cincuenta años en la misma capital del Paraguay con los españoles”.*

Efectivamente, esa afirmación de Azara parece confirmarse con la observación de la conducta actual de las comunidades guaraníes, que pese a la oferta o agresión cultural externa, se mantienen sus pautas religiosas, culturales y medicinales en una forma muy firme de resistencia identitaria.

Una afirmación tan general merece ser desmenuzada en particular y observar la aplicación de las pautas tradicionales en el caso de la medicina indígena, administrada a cargo exclusivo del chamán de la tribu. Es que en ésta particular medicina existe un fuerte componente mágico.

Sin embargo, existe una aceptación en comunidades indígenas reducidas de la curación de tipo occidental cuando la enfermedad es considerada por los indígenas como propia o contagiada por los blancos. Cuando fuere enfermedad o maleficio originado en su propio seno, se bastan con la medicina tradicional.

Actualmente es muy difícil la aplicación de vacunas preventivas a niños indígenas, por oposición

de sus padres. La misma oposición manifiesta ante otros requerimientos de la sociedad paraguaya y se niegan a enviar sus hijos a la escuela pública o al cumplimiento del servicio militar obligatorio. Esto último ya no es obligatorio por disposiciones legales recientes.

El uso de la herbolaria natural de los guaraníes como medicina de uso corriente ha sido objeto de numerosos estudios y publicaciones, (Padre Segismundo Asperger, Padre Antonio Ruiz de Montoya, Juan Vicente Estigarribia, León Cadogan, Padre Müller, Dionisio González Torres, Moreno Azorero y muchos otros dignos de mención), y esa tradición fue notablemente incorporada al consumo popular del paraguayo, particularmente el habitante de los sectores rurales, aunque en plena capital paraguaya persiste un enorme y activo mercado herbolario.

Azara señala que el sacerdote Segismundo Asperger descubrió la resina del **aguaraibai** o bálsamo de las Misiones que llegó a remitirse a España y que, si se examinase el recetario que sobre plantas medicinales elaboró pacientemente el sabio jesuita, *“tal vez se encontraría algún específico útil a la humanidad”* (Azara, 1847). El sacerdote dijo que los países del Virreinato del Río de la Plata se encontraban entre los más sanos del mundo. (Azara, 1941, tomo II). El mismo Azara señaló que no veía en el guaraní padecer enfermedad particular ni sífilis, afirmando hasta *“... creo que viven más que nosotros. Tienen sin embargo sus médicos que a toda especie de enfermedad aplican el mismo remedio, que es chupar con mucha fuerza el estómago del paciente, persuadiendo que así extraen los males para que les gratifiquen”* (Azara, 1847).

En el **“Tesoro de la Lengua Guaraní”** del Padre Ruiz de Montoya (1639) se publica una lista de las plantas medicinales utilizadas por los guaraníes, haciendo lo propio tres siglos más tarde León Cadogan en **“Apuntes de Medicina Popular Guaireña”** (1957), acompaña las fórmulas de su preparación. Muchas de ellas son una mezcla de elementos naturales y prácticas esotéricas, algunas importadas del Río de la Plata o de España, como cuando se recomienda hacer incisiones en forma de cruz o utilizar una gorra hecha con la media de un cura, o hacer fricciones con kerosene. Es evidente, el pro-

pio Cadogan lo advierte, que estas fórmulas fueron ampliadas con aportes europeos y rioplatenses, por lo que la determinación de lo que queda hoy de una formulación original guaraníca merece un cuidado especial (Cadogan, 1957).

Dionisio González Torres (1978), quien realizó estudios diversos sobre la medicina natural y los guaraníes, afirma que éstos tenían el concepto de enfermedad como de un *quid malignum*; que la enfermedad entraba al cuerpo por acción de malos individuos de otras tribus por medio de la magia (**paje**). La recuperación de la salud podía realizarse mediante magia, por oración, con cantos, ceremonias u otras técnicas, incluyendo la ingestión de yerbas medicinales. También concedían *“... importancia a condiciones climáticas [...] calentamiento, enfriamiento...”* en la generación de las enfermedades.

Una investigación del doctor Ricardo Moreno Azorero (1985) con otros colaboradores detectó más de treinta plantas y yerbas medicinales usadas en los años 1973/1974, como contraceptivas, esterilizantes o propiciadoras de la fecundidad por las distintas familias indígenas del Paraguay. Las yerbas eran de fácil obtención y se compraban a bajo precio en los mercados asuncenos –no en las farmacias– lo que supone su adquisición por mujeres ciudadinas, es decir, no indígenas, al menos culturalmente.

La transferencia del uso de plantas medicinales está difundida en la actual cultura gastronómica paraguaya. El caso del mate y del *tereré*, citados más arriba, que son de gran consumo popular y cotidiano, abarca un 70 por ciento de la población, la que acompaña ese uso con yerbas refrescantes, diuréticas o digestivas. Una investigación reciente realizada a las mujeres indígenas **Pai-Tavytera**, refiere que se sigue usando en esa comunidad plantas medicinales con el objeto de regular la fecundidad en la misma (Moreno Azorero, 1985).

El ya citado León Cadogan (1957) refiere un caso de fusión de elementos occidentales y supervivencias guaraníes en el folklore paraguayo con el relato del **pindo karai**, cuya traducción es “palma bendecida”. Se trata de un talismán o reliquia bendecida el Domingo de Ramos durante la misa del día, talismán que se utiliza para alejar maleficios



cuando se luce prendido al pecho. El tamaño de la palma bendecida, es de tres a cinco centímetros, y está elaborado manualmente con finos filamentos de palmera y la figura resultante reproduce una cruz o un símbolo similar. Las mismas hojas de palma son llevadas a la Misa de Domingo de Ramos y, una vez bendecidas por el sacerdote oficiante, son llevadas a la casa familiar también para cumplir el propósito de protección ante los odios que mediante el **paje**, que es una forma de magia, podrían afectar a los habitantes de la residencia.

El Informe del Gobernador del Paraguay Alós, remitido en 1789 al Virrey del Río de la Plata decía en uno de sus párrafos lo siguiente: *“Yerbas medicinales abundan en extremo de tal conformidad que según el análisis que han hecho varios prácticos hay más de las que se conocen en Europa [...] Y como la experiencia ha acreditado la virtud y buen efecto de ellas, se valen en el día los médicos de esta ciudad de las que se encuentran para proveer sus botiquines a menos costos y mayor facilidad. Se tiene averiguado que en Misiones hay también abundancia; lo que se ha descubierto en ella es un árbol llamado **aguareguay**, del cual se fabrica un bálsamo muy útil para sanar las heridas, curar sarnas y granos venéreos, dolores micranos, sacar callos, atajar flujos de sangre, componer el estomago, según ha mostrado la experiencia...”* (Zubizarreta, 1964). Certera visión tuvo Azara al descubrir en el paraguayo el apego al tradicionalismo.

La organización guaraníca

Con respecto al sistema de organización de la nación guaraníca Azara (1847) dijo lo siguiente: *“La nación guaraní ocupaba la enorme extensión del país de que he hablado, sin formar cuerpo político y sin reconocer la autoridad de ningún jefe común. La nación guaraní estaba en todas partes agrupada en muy pequeñas divisiones u hordas, independientes unas de otras y cada una llevaba nombre diferente, tomando el de su capitán o cacique o del paraje que habitaba”.*

Félix de Azara se refiere a la organización de los guaraníes en el tiempo de la conquista, cuando menos a aquéllos que tomaron contacto con los hispanos en la comarca asuncena. Es acertado el

juicio que emite al respecto Azara y, para glosarlo podemos traer a cuento el juicio de Bratislava Susnik (1982a, 1982b, 1992), que realizó el estudio antropológico cultural más completo sobre los guaraníes del Paraguay.

1.- Los que Azara denomina *“hordas”* y describe como células básicas de la organización social de los guaraníes fueron *pequeños poblados (tey’i)* compuestos por cerca de 30 y, como máximo, hasta 100 familias que nucleaban en término medio padre, madre y cuatro hijos. Este colectivo de cultura neolítica –caza, recolección, pesca– vivía en una o dos grandes casas comunes, con techo y paredes de paja, es decir, del tamaño suficiente como para que pudieran albergar las hamacas de algodón o de juncos que eran utilizadas para dormir. Dentro de la espaciosa casa común estaba encendido en forma permanente el fuego que significaba el sitio para la olla común. Si se practicaba la poligamia dentro de la casa se podían utilizar hasta cinco fuegos en común al mismo tiempo.

Tiene razón al afirmar Azara que no existía un cacique o jefe compartido que abarcara más de uno de estos poblados; cada uno de ellos tenía su propio cacique y sus propias autoridades religiosas. Entre estos pueblos algunos tomaron contacto amistoso con los conquistadores y acordaron un pacto que algún tiempo funcionó bien. Es decir, que técnicamente estos grupos pactistas, por llamarlos de alguna manera, no pueden ser considerados *“hordas”* al ser poseedores del suficiente desarrollo cultural como para arribar a acuerdos con grupos más o menos desconocidos para ellos hasta ese momento. Los que no tomaron contacto estaban constituidos por el grupo de los **mbya**, entre otros de la gran familia guaraní, que practicaban un exclusivismo cerrado, que los hizo refugiarse en los impenetrables bosques durante todo el tiempo que duró la Colonia y hasta muchos años después.

2. Catorce pueblos guaraníes poblaban la comarca asuncena, alrededor de lo que actualmente es la ciudad de Asunción; abarcando territorialmente más de cincuenta leguas en la región oriental. Los pueblos tomaron para los conquistadores distintas denominaciones, referidas a sitios geográficos tales como *tobatines, guarambarenses, mbaraka-*

yuenses, mondayenses, paranáes, gañaenses, etc. (Susnik, 1982a)

Se trataba de grupos étnicamente iguales, con similares tradiciones culturales, costumbres y que utilizaban el idioma guaraní en común. Desarrollaban su vida culturalmente neolítica en forma separada, cada uno en su respectiva región, generalmente delimitada por ríos, que los separaban unos de otros. La tradición marcaba las pautas de comportamiento tales como la pertenencia de la propiedad exclusiva de un hábitat a los efectos de la caza, la agricultura y la recolección. Nadie podía invadir el territorio de un pueblo, sin correr el riesgo de una represalia violenta. Es decir, que aunque la nación guaraní podría ser considerada como configurada por la misma cultura y lengua, los pueblos que la integraban, mantenían entre sí una independencia individualista cerrada. Tal actitud tenía sus excepciones cuando se producían uniones coyunturales, previa concertación de los cacicazgos ante la aparición de un peligro común.

Los pueblos de cultura guaraní reconocían el liderazgo de un cacique elegido por consenso; de forma que podemos considerar rudimentariamente democrática, para usar un vocablo moderno. Las condiciones más apreciadas para acceder al liderazgo comunitario eran el valor personal, la oratoria y la capacidad de resolver conflictos. Este liderazgo nunca fue producto de herencia, como ocurría en otras naciones indígenas americanas en las que el poder se sostenía por la herencia dinástica, tales como incas, quéchuas y aztecas. El liderazgo del **mburuvicha**, cacique para los conquistadores, usando de forma generalizada una palabra originalmente antillana, tenía un sentido igualitario y en ocasiones utilitario, llegando a presentarse casos en los que hubo que llegar incluso a designar un cacique *ad hoc* para enfrentar acciones de guerra coyunturales muy particulares.

A Félix de Azara (1847) no se le escapó este sentido igualitario de los guaraníes y afirmó que entre ellos existía una “... *igualdad de clases, y no servirse unos á otros.*” Ese mismo sentido, que acertadamente observó Azara, determinaba que los caciques fueran elegidos por un mecanismo de asamblea y que no respondieran a ningún tipo de poder

heredado.

Cada uno de los catorce pueblos o aldeas de la comarca asuncena tenían una organización particular similar, aunque no siempre del mismo formato. La superficie total que abarcaban los guaraníes con representación en el Paraguay se estima en 350.000 kilómetros cuadrados, según el estudioso francés Pierre Clastres.

La autoridad política estaba detentada por el cacique (**mburuvicha**); el jefe religioso y un consejo de expectables completaba el sistema político-religioso. El consejo de expectables –no siempre ancianos– tenía el rol de dirigir la comunidad respetando las tradiciones con un sentido muy fuerte de conservadorismo, razón por la que las innovaciones eran de hecho muy escasas. El jefe religioso, el *chamán*, era el encargado de mantener la tradición de la tribu, su palabra era aceptada sin discusión.

Este tipo de organización que existía entre los guaraníes, basado en el respeto a la autoridad, y en el cual los asuntos se discutían en el grupo de expectables, lejos estaba de merecer el ser denominada como *horda*, en la cual es precisamente la anarquía la norma definitoria.

Estos pueblos a su vez, internamente y dentro de sus límites geográficos, estaban nucleados en distintos focos poblacionales que distaban entre dos o tres leguas unos de otros. Entre estos grupos poblacionales menores se desarrollaban el régimen socio-político, las visitas, los juegos, las amistades y dentro del mismo sistema los jóvenes constituían parejas y llegaban al matrimonio. El rapto de las jóvenes en edad de casarse, si se daba el caso, no se hacía entre los habitantes de un mismo pueblo, sino entre protagonistas pertenecientes a otros pueblos también guaraníes, alejados considerablemente de la vivienda de los jóvenes involucrados.

El hecho de que los guaraníes no tenían un cacique general, no fue obstáculo para que los numerosos agrupamientos que habitaban la comarca asuncena tomaran contacto entre sí cuando fuera necesario, especialmente cuando uno de los jefes más prestigiosos convocaba a sus pares. No era raro que caciques de distintas regiones concertaran



acciones de defensa común, o de ataque consensuado contra los españoles, especialmente cuando la fuerza de los hechos los llevara a eso. Rafael Eladio Velázquez (1965) señala que “... un sentido de solidaridad unía a los guaraníes frente a las parcialidades ajenas al grupo y se podían pactar alianzas o confederaciones circunstanciales para fines defensivos o empresas de caza”.

En el caso de los caciques que el jueves de la Semana Santa de 1539 acordaron eliminar a los españoles convocando 8.000 varones en Asunción, es relatado por Ruy Díaz de Guzmán en su conocida obra. Juan de Salazar, según cuenta ese relato, se informó de la conspiración mediante una india que estaba a su servicio, hija de un cacique, que dio la información pertinente y se produjo la reacción anticipada de los españoles (Díaz de Guzmán, 2000). Fueron ahorcados por tal motivo los principales caciques guaraníes, lo que derivó en nuevas violencias. Fue así que al poco tiempo de la fundación de Asunción, se iniciaron las desavenencias que se proyectarían por muchos años.

Los viajes de Azara

Los distintos viajes que realizó Félix de Azara por el interior del Paraguay fueron ocasiones para que, adicionalmente a sus observaciones naturalistas y geográficas, observara y relatara las costumbres de la época, algunas de ellas tan originales como la del cruce de los cursos de agua en la llamada “pelota”: “Salimos, tomando SE al romper el día. A dos leguas cortamos el río Caañabé en pelota, porque estaba a nado. Aquí llaman pelota a una candileja, hecha de un cuero de buey, á quien doblan los costados hacia arriba, amarrándolas hacia las puntas. Dentro se ponen los arreos de montar y la carga, y sobre todo se sienta uno o dos hombres. Todo esto se arroja en el río, y un nadador tirando con los dientes de una cuerda afianzada en la pelota la pasa al otro lado. Si el río es muy ancho se echa por delante un caballo práctico, a cuya cola se afianza el que lleva la pelota, la cual puede pasar 25 a 30 arrobas, sabiéndolas acomodar y siendo el cuero bueno” (Azara, 1904).

Para fortuna de los historiadores del futuro, los sacerdotes Parras (1943) y Paucke (1999) registra-

ron en respectivas láminas tal suceso, en las que se puede observar el original sistema de cruzar los ríos, gracias al ingenio y la dentadura del nadador. El río Caañabé está situado en el Departamento de Paraguarí del Paraguay y tiene un ancho entre 20 y 30 metros en tiempos normales; en épocas de creciente supera esta dimensión pudiendo llegar a alcanzar los 100 metros o aún más.

A su paso por Yaguarón, un Pueblo de Indios guaraníes, relata Azara una procesión, actividad religiosa a la que el paraguayo es muy habitual participante aún hasta nuestros días: “El día 17 me convidaron a la fiesta de la Octava de Corpus que fue muy lucida. Hubo procesión por la plaza y en los corredores de la Iglesia había colgados de cuerdas lindos cestillos de caña, batatas, mandiocas, con otros comestibles y bastantes aves de varias especies” (Azara, 1904).

En el Paraguay colonial la festividad religiosa de Corpus, constituía la fiesta más importante de la cristiandad, que se celebraba siempre los días jueves, día declarado como feriado. Razones burocráticas obligaron a que se realizara el domingo subsiguiente a la fecha determinada por la liturgia.

Si en el plano religioso era la procesión de Corpus la expresión máxima, en el plano temporal lo era el paseo del Real Estandarte. El homenaje al S.M. el Rey o a algún miembro destacado de la real familia, reunía al Gobernador, quien desfilaba en un engalanado corcel, a cuya diestra acompañaba el emblema real portado por un oficial de alto rango, también demostrando los estudiados pasos de la mejor cabalgadura. Detrás lo hacían los Cabildantes, luciendo sus llamativos uniformes, con un lujo que hacía olvidar por un día la real pobreza de la provincia. La ceremonia oficial concluía con la renovación del juramento de lealtad al Rey, ante el emblema montado en un tablado que estaba decorado al mejor y más lujoso estilo que permitían las alfombras y paños dadas en préstamo por los pocos acaudalados que había entre los habitantes.

Las fiestas populares que gozaban de mayor aceptación eran las corridas de toros, los juegos de sortija y las carreras de caballos. El Cabildo asunceno dispuso el 27 de febrero de 1702 que se rea-

lizaran, con motivo de las Fiestas Reales, una “*Comedia, Juegos de Toros, Cañas y Sortijas*”, y en el mismo acto dispusieron que los vecinos que “*tuvieren tiendas públicas*” paguen puntualmente la Real Alcabala, suponiendo esta exhortación que ella se encontraba con atraso (A.N.A. 4., 1702).

Las **corridas de toros**, según Natalicio González, se hacía con toros importados de España, que se suponían bravos, pero estos juegos cayeron en desprestigio, al no demostrar los toros locales la bravura esperada (González, 1938). Con el tiempo las corridas de toros se transformaron en un espectáculo de diversión y alegría, al aparecer un montaje destinado a hacer reír al público, al que se sumaba la aparición de un payaso entre los toreros actuales. Obviamente, en esta suerte de corridas, el toro no es sacrificado y no existen matadores, picadores ni banderilleros. La corrida de toros es una adaptación muy transformada de su original española, la que amerita un estudio más profundo en el que quizá aparezca como justificante el natural espíritu pacífico del mestizo.

El Cabildo asunceno en reunión del 6 de enero de 1755, dispuso que en los festejos dedicados a San Blas, Santo Patrono del Paraguay, se realizaran dos corridas de toros. Posteriormente y en la misma sesión, se levantó la medida y se dispuso que la inversión se dirija a arreglar las calles muy deterioradas y se rezaran oraciones al santo durante seis meses. El 2 de marzo del mismo año, y dado que la sequía asolaba a la región, el Cabildo decidió establecer novenas imploratorias a Nuestra Señora de la Asunción y a San Blas, con intenciones de que viniera la lluvia.

El **juego de la sortija** consistía en la demostración de habilidad de un jinete, que con el caballo en rauda carrera, debía ensartar con el palillo de unos 15 centímetros que portaba en su mano derecha, una sortija de tamaño casi tan pequeño como un anillo de esponsales. El aro se hallaba suspendido a la altura conveniente de un arco de ramás y flores por donde pasaba el jinete, como se dijo a la velocidad máxima que podría rendir su briosa cabalgadura. El juego no era competitivo; el que ensartaba la sortija recibía un premio modesto que consistía en pañuelos de colores que se ataban a la cabe-

zada y botellas de aguardiente, que se consumían inmediatamente con grandes festejos. El 11 de junio de 1755, el Cabildo asunceno dispuso que, ante la proximidad del festejo de la Virgen de la Asunción, se corriera la sortija y se rezara un novenario de misas.

Las **corridas de caballos** eran competitivas, se hacían por dinero, y eran muy populares en el sector rural. Corrían los caballos de a dos, en pistas especiales, y el control estaba a cargo de dos jueces, el de “*rompida*” y el de “*llegada*”. Con frecuencia las desavenencias surgidas llegaban a los jueces, dando éstos la solución que correspondiere, conforme a un código no escrito, que definía al detalle la solución de los problemas. Azara (1847), en un párrafo dedicado al indio guaraní, dice que “... *les gusta ir á caballo corriendo; aman las fiestas, torneos, sortijas y carreras de caballos, pero tienen poco cuidado de estos animales; los maltratan sin lástima con excesos de fatiga, y con malos aparejos*”.

Dos o tres días duraban estas fiestas organizadas por el Cabildo asunceno, concurriendo también vecinos de ciudades vecinas. Tenían el efecto de hacer olvidar temporariamente la pobreza en que vivía la provincia. Por este último motivo muchas fiestas no se realizaban, destinándose los fondos que hubieran insumido, en el arreglo de las calles de Asunción, que se solían hallarse en estado desastroso por las lluvias que dejaban profundos canales, llamados “*raudales*”.

Los habitantes del Paraguay eran muy entusiastas para participar de las procesiones que se efectuaban, por diversos motivos. Las sequías prolongadas daban lugar a rogativas dispuestas por el Cabildo, clamando por la lluvia anhelada, para lo cual se disponían misas, ruegos y procesiones. Natalicio González en su obra “**Proceso y formación de la cultura paraguaya**” (González, 1938) registra que el Cabildo asunceno el 24 de octubre de 1627 y el 30 de julio de 1629, dispuso tres procesiones y nueve misas contra seis años de sequía y pobreza que venían dándose.

La aparición del caballo en la vida colonial paraguaya vino a modificarla sensiblemente. Los juegos populares tomaron al caballo como un elemento



indispensable para su ejecución, inicialmente para el juego de varas, que fue uno de los primeros en aparecer aunque después desapareció con varios otros. El caballo fue utilizado para el transporte, en los juegos, para el uso de los “*chasques*” o mensajeros oficiales, el combate, el trabajo en la estancia y hasta para conducir a los novios casamenteros del templo a la casa de bodas. Ser propietario de uno o varios caballos era un signo de estatus social más elevado; solamente los muy pobres carecían de un caballo.

El indio guaraní no adoptó de inmediato el caballo por la imposibilidad de obtenerlo, además de que en las leyes españolas existía la prohibición de usarlo; por eso, y en el sector oriental del Paraguay, sujeto a mayor control español, permaneció forzosamente pedestre. El *guaicurú* chaqueño, robo mediante, lo utilizó y adaptó al mismo a su cultura, creando el llamado complejo ecuestre (*horse complex*). Eso ocurrió de forma muy rápida, haciéndose las poblaciones así adaptadas cada vez más peligrosas; El *guaicurú* utilizó el nuevo elemento como apoyo para el pillaje. Llegó a ser un verdadero experto jinete en poco tiempo, introduciendo nuevas formas de la doma del potro chúcaro. Los jóvenes *guaicurúes*, expertos jinetes, temibles e insuperables, tuvieron técnicas diferentes de domar potros. Susnik (1982a) lo describe así: “... *cogen el potro, lo derriban y tusan las crines; ponen unas riendas de caragatá (Bromeliaceae) y se meten con él en el lodazal o pantanal; cuando uno sostiene la rienda, los otros lo arrean con unas varitas; lo pasean por el lodazal, con caídas y levantadas, el hombre montándolo a pelo y con sólo riendas, pronto puede amansarlo*”.

El joven guaraní en las estancias del este amansaba de otra forma al redomón. Procedían a su doma haciendo correr el caballo a campo traviesa, entre dos y tres horas, debiendo permanecer el jinete montado sobre su lomo resistiendo las cabriolas y los caracoleos que el animal hacía para desprenderse de su indeseada carga. De la doma realizada con maña y habilidad, dependía la docilidad del futuro “*montado*”, razón por la que era un oficio bien remunerado; por siete caballos amansados, uno correspondía, según la costumbre, al experto domador.

La fiesta de San Miguel

Azara participa y da referencias de una singular fiesta en el interior del país, realizada en honor de San Miguel en su fecha de recordación. Lo que caracteriza a esta verdadera prueba de destreza, se da en la convocatoria a las llamadas “*vaquerías*”, que consisten en la combinación de una suerte de trabajo, previo a la distribución gratuita del ganado cimarrón y, finalmente, todo culmina en una fiesta popular con participación general. La celebración consiste en bailes, corridas de toros, sortija, juegos de naipes y una comilona.

San Miguel es un pueblo de indios reducidos, en el que recaló Félix de Azara durante su tercer viaje (Azara, 1904). La población de San Miguel está asentada en una región de campos excelentes para la cría de ganado, razón por la que se desarrolló esta actividad durante más de un siglo en forma exuberante, a tal punto que existían miles de cabezas de ganado sin propietario, que se encontraban a disposición de quien tuviera la voluntad de tomarlas, amansarlas y criarlas. El día convocado para la “*vaquería*” eran llamados unos cien peones indios, todos ellos voluntarios, para proceder al difícil trabajo de la recolección o arreamiento, y una vez juntado el inmenso ható, se procedía a su distribución entre los interesados. En la ocasión que refiere Azara se habían juntado 17.000 reses, arreadas desde las fracciones de campos sin dueño. La distribución, realizada en todo conforme a las disposiciones de derecho vigente era así: 8.000 cabezas para el patrimonio de la Real Hacienda; dos cabezas por día de trabajo para el indio vaquero, o gaucho, como era llamado, y al resto se lo llevaban los peones. No existía codicia alguna sobre el ganado cimarrón. Ante la abundancia de carne, las reses solo tenían valor por el cuero y el sebo que se sacaba de ellas.

Terminada la distribución del ganado recolectado se iniciaba la festividad en homenaje al santo patrono del pueblo, en este caso, San Miguel.

Azara (1904) lo refiere con profusión de detalles y, por tratarse de la única descripción primigenia realizada por un testigo presencial, transcribimos íntegramente su texto: “*La víspera, el día, y el después de la fiesta no cesan de tocar los músicos*



día y noche, y la plaza está llena de gentes corriendo toros, sortijas, parejas, y haciendo bailes, todo con mucha formalidad y concierto. Los bailes son siempre serios con vestidos convenientes que da la comunidad y se reducen a una mezcla de danza y esgrima. No tienen parte en ellos las mujeres ni los instrumentos de aire. Cada danza es seguida de un entremés o pantomima. Los bailes de la noche se hacen con iluminación, y al que desempeña bien cualquiera cosa de las dichas se le dá Tupambahe [regalo], que es un pedazo de lienzo, ú otra friolera. Estos indios y los del pueblo imitaron un combate de Guaycurú; los que representaban a éstos últimos iban completamente desnudos, muy pintados y con muchas plumas puestas con extravagancia en sus personas y caballos. Aquí vi todo lo que es capaz de hacer un hombre a caballo en pelo y con un grande lanzón. Disparaban los caballos á la furia, los sentaban de repente y revolvían con agilidad indecible: en lo más violento de la carrera saltaban en tierra, y otra vez á caballo con ligereza de un halcón apoyándo[se] en él cuando se lanzan; a veces se echaban á un lado ocultándose de forma con el cuello y cabeza y cuerpo del caballo que parecía que corría solo. Finalmente esta escaramuza ha de entretener al serio y al jocoso. El Pueblo tiene una estancia de caballos que sólo sirven para lucimiento de estos tres días [...] Se interrumpe la fiesta poco antes de las 12 del día porque á esta hora el pueblo lleva parte de lo mejor que tiene de comer á la plaza poniéndolo sobre alguna mesita, banco ó silla y de manera que todos formen calles: guarnecen esto[s] con manteles, paños de manos limpios y con flores y dulces: y sale el cura y hecha la bendición sobre los manjares. Cuando se hubieron retirado cada uno con lo suyo vimos que en todo Pueblo se habían puesto mesas a lo largo de las calles, y en ellas se sirvieron comidas para cuantos quisieron llegarse, y cuando estos se fueron por no poder comer más; les siguieron otros comilones, y nuevos manjares. De forma que en los tres días se mataron y comieron 500 vacas escogidas, concurriendo a la celebridad los Pueblos vecinos, los administradores y curas, en cuyo obsequio al llegar se disparaban cañonazos, y todos llevaron de regreso alguna cosa; esto es los pobres restos de comida y los curas etc. algunas toallas...”.

La jineteada. El Diccionario de la Real Acade-

mia Española la define como una fiesta de campo en la que los jinetes exhiben su destreza. Esas exhibiciones, de las que Azara refiere haber participado, constituye en la actualidad una tradicional forma de realización de un juego popular, que permanece vigente cuando menos desde que el caballo sentó plaza en América. Los juegos sobre caballos con más frecuencia citados son el juego de varas, la sortija, la carrera de caballos y la doma de potros.

La doma de potros o el amansamiento del caballo chúcaro significaba para el experto que lo lograba la exhibición de una combinación de valor y de destreza, virtud campera que pocos tenían. Los jóvenes indígenas guaraníes procedían al amansamiento haciendo correr cada jinete los caballos a campo traviesa, cabalgando entre dos y tres horas, en las que debía permanecer montado, resistiendo las cabriolas que el animal hacía para desprenderse de su molesta carga. La buena doma era apreciada pues dependía de ello la futura docilidad con que el animal se comportaría con sus delicados jinetes. En la actualidad se sigue domando con este estilo.

Espanoles mejores que lusitanos

Señalaba Azara la suerte diferente que han corrido aquellos indígenas que estuvieron bajo el dominio de los portugueses y los que dependieron de los españoles.

Los territorios naturales de los tupí-guaraníes que ocupaban territorialmente extensos bosques de lo que actualmente constituye territorio del Brasil. Según nuestro naturalista, hubo un tiempo en el que, de no haber ocurrido un activo proceso de emigración y dispersión a partir de aquellas tierras, la nación guaraníca pudo haber sido exterminada. Este es un pensamiento azariano digno de ser investigado en profundidad en la historia de la dispersión etnográfica regional.

En realidad, los guaraníes que tuvieron contacto con los portugueses corrieron ese riesgo, ya que fueron vendidos como esclavos bajo la mirada en general displicente de los conquistadores españoles. Con respecto a los guaraníes bajo dominio español el riesgo de extinción fue menor en virtud de la actitud protectora de la orden de los jesuitas.

Esto es algo muy meritorio en su haber. Corresponde mencionar que el sacerdote jesuita de origen peruano don Antonio Ruíz de Montoya tuvo en ello un rol destacado, logrando con mil penurias trasladar unos 12.000 indios hacia territorios alejados de los bandeirantes en lo más activo del avance expansivo portugués en el siglo XVII.

Algunos historiadores paraguayos opinan que esa actitud displicente de las autoridades españolas de la Provincia del Paraguay, que casi no trataron de evitar el robo de miles de indígenas libres para ser vendidos como esclavos en el área de São Paulo, la más requerida de mano de obra, se debe al hecho de que durante algunos años las casas reales de España y Portugal estuvieron vinculadas familiarmente. Un dato aceptado es que el número de guaraníes vendidos en Brasil como esclavos está en el orden de unos 60.000 guaraníes, abarcando hombres y mujeres.

Es decir, que mientras los portugueses de una u otra manera exterminaron a los guaraníes, los españoles –conquistadores y jesuitas– protagonizaron en sus dominios una suerte de salvación por dos caminos: uno en forma indirecta mediante el mestizaje y las encomiendas, y un segundo camino, ayudando a la huída hacia territorios más alejados de la proximidad bandeirante. Esta verdadera diáspora se producía ante la imposibilidad de que el indio se defendiera con flechas ante el portugués equipado con las armas de fuego más modernos para la época. Esas tierras a lo largo del Río Paraná, en las cuales recalaron los guaraníes (actualmente son territorio de la Argentina, Uruguay y del Paraguay) sirvieron de asiento definitivo para las Reducciones de la Orden de Jesús y esos pueblos guaraníes, fueron visitados por Azara unos años después de expulsada la orden en 1767-1768, según cuenta en sus escritos. Los pueblos de indios visitados en su totalidad por Azara, constituyen la prueba más fehaciente de que tanto España y los jesuitas, actuando de consuno, han permitido la supervivencia de una densa comunidad indígena que hoy forma parte significativa de la población paraguaya.

Afirma Azara (1941) que los españoles “... no han vendido un solo guaraní y conservan aun millares no solo de los poblados, jesuíticos y no jesuíticos,

sino en el estado de completa libertad, porque existen aun en el país que describo una multitud de hordas de guaraníes tan libres como antes de la llegada de los europeos”. En cuanto a esto, Azara no se equivocó.

Hubo sin embargo alguna excepción: dos palabras merece la gestión del Gobernador Luis Céspedes de Xeria (1628). El mismo accedió al poder en reemplazo de Manuel Frías, que llevaba sobre sus hombros el delito de ser divorciado, razón por la que, conminado por la Iglesia, no accedió a la reconciliación, y finalmente fue excomulgado y perdió el cargo inmediatamente. En esas condiciones apareció Céspedes para hacerse cargo de la situación. Estaba bien casado con una dama portuguesa de abolengo, doña Victoria de Súa, quien era propietaria de extensas zonas de cultivos de caña de azúcar en Brasil.

Como Céspedes fue mejor “... administrador de los bienes conyugales antes que los bienes de la Corona”, es de presumir que en su administración voluntariamente ciega ante el problema, nadie se ocupó de impedir el rapto de los guaraníes para ser sometidos a esclavitud. Así lo consideró la Audiencia, razón por la que lo desposeyó del cargo. Pero, el mal ya estaba hecho y miles de guaraníes se convirtieron en esclavos atrapados y arrastrados por los *bandeirantes*. La justicia llegaba tarde con frecuencia, como sucedió en este caso, y ya era ineficaz para subsanar las injusticias. Céspedes se fugó y se refugió en el Brasil bajo la sombra lusitana. Es por eso que muchos afirman que la unión de los reinos de España y Portugal entre 1580 y 1640 fue la razón principal del facilismo y tolerante lenidad con que se actuaba en casos similares. A tal punto que los propios jesuitas tuvieron que preparar la diáspora indígena de áreas en las que avanzaban de hecho las fronteras con Brasil y adentrarse en la profundidad del franco territorio español, para protegerse así de las invasiones bandeirantes. Los mismos sacerdotes jesuitas que adoctrinaban a los indios tuvieron que conducirlos bajando el Paraná en balsas y canoas, hasta los territorios de las actuales Misiones del Paraguay y de la Argentina, donde se asentaron las nuevas reducciones hasta que fueron disueltas por Carlos III, poco antes de la llegada de Félix de Azara a la región.

Pese a la crítica que se pueda dirigir con fundamento hacia la administración colonial y a la jesuítica en particular, y aún admitiendo que los guaraníes fueron sometidos a un estado de semiesclavitud por las encomiendas y las reducciones, debe acreditarse en el haber de los seguidores de Ignacio de Loyola una acción positiva, que salvara de la esclavitud a miles de guaraníes sobre los que pendían las ambiciones lusitanas.

Carácter, tristeza y amores

Azara (1941) al referirse al indio guaraní como esposo o pareja dijo: *“En sus amores y en su casamientos hay aún más frialdad que en los que he descrito anteriormente. La unión de los sexos no es ni precedida ni seguida de ningún preparativo. Ignoraban los celos; nada lo prueba mejor que la franqueza y el placer con que entregaron sus hijas y sus mujeres a los conquistadores, y aun hoy, aunque convertidos al cristianismo, hacen lo mismo”*.

En realidad, esa supuesta “entrega” como dación generosa del padre cacique a su hija o alguna de sus mujeres, tan mansamente al conquistador, es un cuento rosado, puesto que los estudios contemporáneos posteriores acerca de ese hecho, han demostrado sus reales connotaciones. Con toda autoridad afirma Bratislava Susnik (1995) que: *“Las primeras relaciones amistosas entre los Guaraníes y los Españoles obedecían a los intereses mutuos de los conquistadores y conquistados, unos buscando “amigos” y bastimentos, y los otros, “parientes” aliados e instrumentos de hierro. Pero ya la revuelta de los Guaraníes de la comarca asunceña, tebicuarense y xexueña en la época de Irala testimonia el profundo impacto que los indios sufrieron en la fase pre-encomendera de la conquista”*.

No existía en ese momento del encuentro inicial de conquistadores y guaraníes lugar para sentimientos de celos, melancolía o tristeza. Lo que sí existía era el sentimiento del temor ante los ataques imprevisibles de los aguerridos indios chaqueños, que en cada incursión se alzaban con una nueva partida de mujeres jóvenes y así iban vaciando de elemento femenino y ponían en riesgo la sustentación biológica de la nación guaraní. Eso explica que uno de los primeros pedidos de los caciques guara-

nés a Ayolas fue el de invadir el Chaco y destruir a los guaicurúes y Ayolas hizo lo que pudo por satisfacer el pedido, pero murió víctima él mismo de los indígenas chaqueños.

El hecho gravitante para que el cacique viera en el conquistador un factor de alianza y socialización por medio de la mujer, surgía de una simple observación: que en los barcos no vinieron mujeres y ese vacío fue llenado por la mujer guaraní en las condiciones de un tácito pacto social recíproco.

Debe anotarse que la poligamia que existía entre los guaraníes no fue inventada a la vista y con la llegada del conquistador: esa institución social preexistía, y su funcionamiento respondía a ciertas y precisas condiciones socio-culturales.

En virtud de ese pacto, se avizoraba una mutua cooperación generada por el parentesco político de los nuevos yernos, que quedaban así obligados a proveer de caza a la familia y a defenderla con sus brazos en caso de ataques de los guaicurúes. Por el sistema guaraní de organización matrilocal, el hombre debía pasar a convivir en la casa comunal de ella y participar del fuego común. La nueva pareja no formaba casa aparte, se incorporaba a la del cacique, quien entregaba algunas de sus mujeres, ya que el sistema poligámico le otorgaba esa posibilidad.

Es que *“... para las sociedades indígenas la reciprocidad entre las personas es un modelo y paradigma para todas y cualesquiera relaciones, en especial las relaciones entre los del hombre y la naturaleza”* (Meliá y Temple, 2004).

Precisamente la poligamia practicada por el **Mburuvicha** (cacique) tenía un carácter utilitario, porque se trataba de atraer así a nuevos yernos, que se suponía cumplirían los deberes propios de su condición en cuanto a la defensa, los cultivos y la cacería. Así funcionaba el sistema antes de que vinieran los españoles; una vez que estos vinieron se suponía su continuidad en la misma condición. Sin embargo, no ocurrió lo mismo: el conquistador consideró la poligamia como un acto de placer y nunca como una unión matrimonial consecutiva a un pacto social y sujeta a condicionamientos recíprocos.



Para el cacique que se acercó a ofrecer sus hijas y sobrinas como un signo de amistad y para obtener la reciprocidad consiguiente, la cuestión tenía otra connotación. En una organización de tipo neolítica, cualquiera sea, la regla de oro de la costumbre para mantener la amistad intergrupala es que el *dar es recibir*, una variante similar del *do ut des* del derecho romano. No debe dejar de anotarse el dato de que los 400 españoles que llegaron a Asunción venían sin mujeres dándose la condición para formalizar el pacto de amistad, por la que los caciques “entregaron” sus hijas y sobrinas, suponiendo que recibirían en compensación la asistencia para el cultivo de la tierra y la defensa común. En esto consistía la obligación del yerno (**tovaja**), condición que nunca se cumplió y dio lugar al consiguiente levantamiento de los cacicazgos y a las guerras panguaraníes.

Susnik (1995) señala que la “*enajenación de la mujer guaraní de su grupo*” sea por rancheadas, servicio, criada, mujer (**kuña**), rescate etc., debilitó los linajes guaraníes y produjo la consecuente desintegración socioeconómica. El mestizaje además de significar un hecho más novedoso y trascendente al generar una nueva entidad social y biológica, significó la paulatina desaparición de las comunidades guaraníes como grupos sociales orgánicos.

En diversas ocasiones, Azara se refirió a las características genéticas del habitante del Paraguay, ya sea el indio puro o el mestizo. Esta última denominación incluía socialmente y de hecho al mestizo y al español hijo de padre y madre española, que en muy pocos casos se daba por la ausencia de la mujer española en la conquista, salvo el conocido caso de la expedición de Mencia de Sanabria, una verdadera aventura que duró seis años

Debiéramos acotar que el primer mestizaje en la Provincia del Paraguay se realizó exclusivamente entre el conquistador español y la mujer perteneciente a la nación guaraní, contándose inicialmente con unos 400 españoles y con una suerte indeterminada aunque mucho mayor de indias guaraníes. Según Fulgencio R. Moreno (1975) las uniones de conquistadores con indias guaraníes tuvieron como su iniciador a Domingo Martínez de Irala y como

marco territorial primerizo, los valles del Tapuá, cercanos a Asunción.

Posiblemente no se registraron cruzamientos étnicos entre españoles y mujeres de otras etnias no pertenecientes a los guaraníes, que mantenían lengua, costumbres y usos diferentes. Si bien este extenso cruzamiento fue entre español y guaraní, no debe interpretarse que todas las guaraníes fueron mujeres de los conquistadores; el contacto sólo abarcó las que habitaban la comarca asuncena y sus alrededores.

Debe considerarse la situación de otros cruzamientos que agudos observadores como Azara y Aguirre denominaron el “**indio criollo**”, en los que se hace difícil determinar en cada caso cuánto existe de indio y cuánto de mestizo. Se trata de un “mestizamiento mixto” y cruzado donde participan: 1. El guaraní con el mestizo, 2. El mestizo con el mestizo, 3. El mestizo con el criollo, 4. El guaraní con el criollo y otras combinaciones posibles. Afirma Susnik (1982b), que todo este proceso fue altamente complejo y que debería ser estudiado por genetistas y antropólogos físicos, pero algo tienen en común las distintas combinaciones, y es que tienden al “blanqueamiento”, o sea, a la europeización progresiva del mestizo.

Otros grupos guaraníes rehuyeron todo contacto social con el conquistador refugiándose en la impenetrable selva donde estuvieron años y siglos sin contacto externo. Entre estos últimos cabe mencionar a los **mbya**, **guarayos** y **Pai-Tavytera**, todos guaraníes, que siguen conservando su cultura en el Paraguay contemporáneo en un estado progresivamente aculturado, aunque sin mezclarse étnicamente con el hombre europeo. Con mejor precisión puede aseverarse que en la actualidad estos grupos se hallan integrados pero no reducidos.

A pesar de esa mezcla, el mestizo conservó el idioma guaraní por vía materna, adoptó el idioma español del padre ausente y los rasgos aparentes de la religión católica entre otras cosas, gracias a lo que le transmitieron los frailes mercedarios, franciscanos y con singular fuerza, los jesuitas.

La personalidad del mestizo, que fue el objeto

de la atención de Félix de Azara en sus distintos libros, estaba objetivada en un tipo de habitante que cargaba sobre su propia existencia, y sobre la de sus progenitores, toda una historia de guerras, persecuciones y servidumbres, y por sobre todo una situación de pobreza personal dentro de una provincia pobre, sin recursos y con malas administraciones. La encomienda explotó la fuerza laboral del indio y del mestizo, sumiéndolos en un estado de semiesclavitud, institución, de la que casi nada obtuvo; el trabajo no pagado fue tan estéril como el oro y la plata que nunca apareció en la región platense. Sin embargo toda esa gama de circunstancias no acorraló al mestizo en la amargura. Todo lo contrario, pues pasó a constituirse en un activo protagonista y constructor de la sociedad rioplatense, fundando pueblos y ciudades, que tuvieron en Asunción su fuerza promotora y centrífuga.

¿Cuál pudo haber sido la circunstancia para que Azara tuviera con respecto al mestizo un concepto tan favorable, despojado de todo etnocentrismo? Nunca lo expresó y no aspiramos a saberlo. Sin embargo se puede pensar que Asunción y sus mestizos se hayan convertido en la fuerza expansiva fundadora de pueblos, fueron hechos que la percepción de Azara no habría dejado de considerar. Es que Azara fue involucrándose cabalmente con el medo que donde vivió una buena porción de su vida, y se puede observar la evolución de su pensamiento desde el tiempo de su llegada hasta el de su partida. Aparentemente en el inicio existió en él cierta aprehensión contra el indio, incubada por la opinión negativa de quienes habían iniciado la conquista, incluyendo a viajeros y a muchos sacerdotes, pero eso no impidió que Azara fuera modificando sus juicios iniciales. Moreno tiene un párrafo en su valiosa obra **“La Ciudad de la Asunción”** que merece citarse: *“El conocido escritor don Félix de Azara, que recorrió gran parte del país, observó y estudió su naturaleza, su historia, su etnografía y sus costumbres, con imparcialidad tan rigurosa que parece a veces hostil, ha proporcionado sobre esos puntos elementos de juicio insospechables de la menor benevolencia”* (Moreno, 1968). Rescata a continuación este autor una apreciación azariana sobre los habitantes del Paraguay cuando dijo que: *“Los conquistadores llevaron pocas o ninguna mujer al Paraguay, y uniéndose con indias, a quie-*

nes la Corte declaró entonces por españoles [...] Observándolos, yo encuentro en lo general, que son más astutos, sagaces, activos; de luces más claras, de mayor estatura, de formás elegantes, y aún más blancos, no solo que los criollos o hijos de españoles y española en América, sino también que los españoles de Europa, sin que se les note indicio alguno de que desciendan de india tanto como de español” (Moreno, 1968).

En el párrafo transcrito, (el remarcado es nuestro), Azara se refería a un tipo de mestizo superior a sus coetáneos, consignando en forma fehaciente que en el encuentro étnico y cultural de ambas partes tan diversas, nadie perdió y cada una hizo un aporte valioso que supervivió en la creación de un nuevo tipo biológico y social. Con respecto al indio, mantenía Azara la definición de salvaje o bárbaro, y éste último tema merece una investigación más profunda a la que, para explayarla, esta comunicación no parece ser el sitio más adecuado.

Trigo, vino y holgazanería

“Está probado, por manuscritos auténticos que el Paraguay surtía en otro tiempo de trigo a Buenos Aires; pero hoy es todo lo contrario, porque en el Paraguay la tierra no produce a lo sumo más que el 4 por 1. Como no se han cuidado de renovar las semillas destinadas a la siembra, han degenerado, hay una gran parte que son pequeñas, de color oscuro y no se puede hacer de ellas ningún uso” [...] *“Está igualmente probado que en 1602 había en los alrededores de Asunción, capital del Paraguay, cerca de dos millones de pies de viña y que se sacaba vino para Buenos Aires. Pero hoy en todo el país que describo no hay más que algunas parras”* [...] *“Los habitantes se cansaron sin duda del cultivo de las viñas porque los racimos están muy expuestos a los estragos de las hormigas, de las mariposas, las avispas, y otros insectos, y a los de los cuadrúpedos, excesivamente multiplicados en el país, y porque en cuanto los ganados se multiplicaron, a los indígenas les fue fácil procurarse licores a cambio de los cueros y sebos. Este último sistema está más conforme con su holgazanería natural, que hace que no se encuentren agricultores ni segadores. El Gobierno se ve obligado a hacer segar a la fuerza”* (Azara, 1941; lo resaltado en negrita es nuestro).

Félix de Azara tuvo una preocupación reiterada con respecto a la productividad laboral del indígena y del mestizo paraguayo. Le afectaba además que el Paraguay no se preocupara por sostener y conservar los logros agrícolas alcanzados, a la vista de los halagüeños resultados de la venta de trigo y vino que se exportaban a Buenos Aires, como lo confirman los datos de las ventas producidas. La tabla de productos que el Paraguay exportaba en 1785 está consignada en su obra **“Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata”** (1847), pero ya no figuran en ella ni el vino ni el trigo, al desaparecer dicha producción.

Lo que debe mencionarse a este respecto, es el hecho de que en lo que sería el territorio de la Argentina, desde tiempo antes se empezó a producir vino en Mendoza y aguardiente en San Juan, productos ambos de excelente calidad, que desplazaron a la producción paraguaya de los mercados.

Fulgencio R. Moreno (1968) señala que los hechos que constituyeron el desarrollo del Paraguay no debieran considerarse aisladamente: *“En el orden económico, la muerte de algunas industrias, como la del vino, limitadas con su escaso comercio a las cercanías de la ciudad, llevó su preferente atención hacia otras nuevas, como las de la yerba y el tabaco, que, a pesar de infinitas trabas, constituyeron la principal riqueza del país, imponiéndose como monedas de la tierra hasta los últimos días coloniales”*.

Y con respecto al trigo, reconoce Azara con respecto al trigo que: *“Ya se sabe que la zona tórrida no produce trigo. Aún en los restantes de la provincia del Paraguay y Misiones, se siembra muy poco, y produce cuando mucho tres ó cuatro por uno. Consta sin embargo, que poco después de la conquista, se llevaba a vender trigo del Paraguay a Buenos Aires: lo que no podía suceder si no por la mayor facilidad de sembrarlo, habiendo más indios ó brazos”* (Azara, 1847).

¿Por qué se abandonó la producción de trigo y la atención de los viñedos? El mismo Azara da las respuestas: *“... la holgazanería y pereza generales; la carestía de los jornales, el gusto por la destruc-*

ción y el despilfarro; que caracteriza a los habitantes del país, sus pocas necesidades, su falta de ambición, el espíritu caballeresco, que desdeña y desprecia toda especie de trabajo; la falta de instrucción, la nulidad de los gobernadores y la increíble falta de los instrumentos, contribuyen a hacer imposible toda especie de mejora” (Azara, 1847; el resaltado es nuestro).

Como se constata, Azara atribuye a ocho poderosas razones la falta de progreso del Paraguay entre las que está inserta la “pereza” del habitante. Un factor repetitivo, como lo dijo Francisco de Paula Sanz (1977), ha sido la ineptitud de los funcionarios, coincidiendo en esa valoración con Azara. Otro argumento válido aducido es la *“falta de instrumentos”* de labranza; no podía desarrollarse la agricultura con el arado con reja de palo. El arado consistía en un palo puntiagudo engarzado en un armazón y con un gobernalle o *mansera*, y que tirado mediante una cuerda por un buey, roturaba la tierra con más o menos profundidad, dependiendo de la fuerza del agricultor o de la mujer del agricultor, que muchas veces cumplía esa labor. En algunos casos en lugar del palo, cumplía esa función roturadora del suelo la *“paleta u homóplato”*, es decir, un hueso del toro o de la vaca según Aguirre (1949), cuyo testimonio es válido en este caso, por haber sido coetáneo de Azara. Esta práctica de preparar la tierra previa al cultivo con rudimentarios elementos, subsistió hasta el siglo XIX, en que el que se introdujo el arado de hierro, o por lo menos, con reja de ese metal.

Comentarios posteriores del mismo Azara explican la causa de dicha indolencia laboral. La pereza se explicaba en su juicio, por el hecho de que, habiéndose desarrollado la ganadería en forma exuberante, resultaba más conveniente sacrificar el ganado cimarrón, para transformarlo en cuero y sebo, y permutarlo por licores y vino. En otras palabras, el paraguayo fue buscando la línea del menor esfuerzo: abandonando ciertas labores agrícolas ante la posibilidad cierta de obtener mejores utilidades de la venta del cuero del ganado vacuno que se encontraba al alcance de la mano, y del tabaco y la yerba mate, según la opinión de Moreno (1975).

Azara fue conformando un juicio no siempre permanente sobre el habitante del Paraguay, a tra-

vés de expresiones reiteradas de la falta de confianza en la habilidad del habitante de la provincia para el trabajo. Se fundaba en que *“la repugnancia por el trabajo, que es todavía más fuerte en América que en ninguna otra parte, fortifica aún esta inclinación en los niños”*, desdénan toda clase de trabajos desde que son criados por nodrizas, y prefieren hacerse frailes, curas, abogados o comerciantes, una vez que sean mayores. Reconoce empero que es en España donde la *“nobleza y la generosidad consiste en no hacer nada y destruir”* (Azara, 1847). Parece necesario aportar a esta consideración algunas valiosas opiniones. El padre Ruiz de Montoya (1585-1652), de origen peruano, fue uno de los jesuítas que más prestigio dio a la Orden, al cabo de su larga convivencia con los guaraníes de las Misiones, tenía sobre ellos esta opinión: *“Al rayar del día en todo el año oyen Misa, y desde la iglesia acuden al trabajo, que logra muy bien preparación tan religiosa; y aunque el Sacramento de la confesión lo ejercitan luego; la comunión se les dilata y por algunos años, á unos más y á otros menos, que aunque la capacidad de aquella gente es muy conocida en aprender las cosas de la fe y en lo mecánico; la dureza en los de mayor edad suele ser mucha”* (Ruiz de Montoya, 1989).

Con respecto a la habilidad laboral y práctica que adquirieron los indios guaraníes integrados a las misiones jesuíticas, dice el ilustre padre Ruíz de Montoya: *“Son en las cosas mecánicas muy hábiles; hay muy buenos carpinteros, herreros, sastres, tejedores y zapateros, y si bien nada de esto tuvieron, la industria de los Padres los ha hecho maestros, y no poco en el cultivo fácil de la tierra con arado; son notablemente aficionados a la música que los Padres enseñan a los hijos de los caciques, y á leer y escribir; ofician las Misas con aparato de música, á dos y tres cortos, esméranse en tocar instrumentos, bajones, cornetas, fagotes, arpas, cítaras, vihuelas, rabeles, chirimías y otro instrumentos, que ayuda mucho á traer á os gentiles y al deseo de llevarnos á sus tierras al cultivo y enseñanza de sus hijos”* (Ruíz de Montoya, 1989).

Francisco de Paula Sanz, funcionario español enviado por la Corona, visitó unas treinta provincias, entre ellas el Paraguay, a partir de 1779. Su memoria **“Viaje por el Virreinato del Río de la Plata”**

(1977) constituye una valiosa fuente informativa en el empeño de aportar datos para la historia social a través de testimonios personales.

El grupo que salió de Cádiz en 1778, cuyo jefe fue Francisco de Paula Sanz, vino con el propósito de establecer la renta del tabaco en el Río de la Plata. Con dicho motivo visitó provincias y ciudades, dejando su testimonio acerca de la impresión que le causaron sus habitantes. La crónica que corresponde al Paraguay se inicia en esta forma: *“Verificóse al fin mi llegada a esta capital el 16 del pasado, donde me hallo combatido de la avaricia de estos capitulares, nombrándose unos verdaderos Padres de la Patria, son en la realidad los que más intentan destruirla”*.

En otro orden de observaciones costumbristas, manifestó su sorpresa al constatar que los jóvenes indios de ambos sexos vivían desnudos hasta los catorce o quince años y superada esta edad usaban un taparrabos. Únicamente cuando van a la ciudad o a misas vestían camisa y calzón.

Le impresionaba que vivieran *“... tranquilos y connaturalizados con su desdicha, la que infiere una indispensable ociosidad, desidia, abandono de sí mismos y general indigencia”*, dijo Francisco de Paula Sanz. Con respecto al cultivo del tabaco señalaba que sólo los pobres lo cultivaban y lo hacían en muy poca proporción, estimando que nadie recogería ni siquiera 200 arrobas. Pero siendo importante el número de cultivadores se podría realizar un acopio de 25.000 a 30.000 arrobas.

También el informe señalaba que los 6.000 agricultores indios constituían un cuerpo de defensa de la provincia que, sin apoyo oficial alguno, cumplían el servicio militar, impuesto por la provincia debido a la necesidad de contener a los continuos ataques de los *malones* indígenas procedentes del otro lado del río Paraguay (del lado chaqueño). Ese servicio lo cumplían a su costa, puesto que en aquel tiempo, la madre patria se había olvidado de las miserias por la que atravesaban sus hijos. Había nacido la condición del agricultor-soldado, simbiosis cubierta por la mujer india que suplía la labor agrícola cuando el labriego soldado estaba ausente.

Esa condición de agricultor-soldado hizo que el tabaco para los indígenas y mestizos fuese su moneda de cambio, con el que compraban la poca ropa que necesitaba y los caballos indispensables para la defensa. Como pagaban con tabaco lo hacían al doble de lo que costaban las cosas que compraban. Manifestaba el funcionario real que por causa del ningún cuidado y falta de prolijidad que se había puesto en el cultivo del tabaco, éste había perdido calidad, y razonablemente no podía tener un precio superior al corriente. Como el tiempo que estuvo Sanz en el Paraguay coincidió con el de la Semana Santa, pudo comprobar que en este tiempo que debiera ser de recogimiento y oración, los comerciantes acercaban a los cosecheros, géneros en carretones, caretilas o a caballo, para obtener a cambio tabaco a bajo precio, en una actividad que en la actualidad sigue vigente y se denomina “macatero” al que lo practica.

La otra categoría de productor agrícola que cosechaba mayores cantidades de tabaco y de mejor calidad, eran los capitulares que residían en la campaña, aunque los lunes bajaban a la ciudad para la reuniones Oficiales. Trabajaban a su cargo y coste “... multitud de esclavos y encomiendas de indios con los que, uniendo un considerable número de peones que nada les cuesta, podrían fácilmente acopiar excesivas cosechas que surtiesen por sí sólo al Virreinato” (Francisco de Paula Sanz, 1977).

Al abandonar Sanz el Paraguay y seguir su ruta de funcionario viajero de la Corona, ávido de encontrar condiciones más aceptables para mejorar las condiciones de la calidad del tabaco, dijo del Paraguay: “Siendo aquel país tan miserable, nada absolutamente se halla de cuanto es necesario ni para la subsistencia en quien no haya nacido allí ni para todo lo demás que parece forzoso en todas partes” (Sanz, 1977).

¿A qué atribuyó Sanz la indolencia del indio guaraní? El mismo autor cree encontrar la explicación de la indolencia y la baja productividad del indio, como resultado del **maltrato y castigo** constante que recibía por parte de la disputa existente entre las autoridades, el Gobernador y los Administradores de pueblos. Expresó Sanz estas duras aunque esclarecedoras palabras: “El carácter de los

administradores de cada pueblo ya tengo expresado arriba cual sea y, por consiguiente, no es difícil comprender: que cuando, en las circunstancias dichas, el talento más despejado y la educación más fina no hallaría medio para unir estas contrariedades, faltos de estos auxilios, es fuerza aumente la discordia con sus groseros tratos, producción y conducta; y que esta desunión duplique el disgusto de aquellos infelices indios y acerque la total ruina de sus pueblos que, de día en día, van cayendo en el último exterminio y que, siguiendo en los términos en que hasta ahora van, antes de mucho quedará desierta aquella parece y se harán tal vez irresistibles las invasiones de los bárbaros infieles, a quienes se van uniendo muchos de estos” (Sanz, 1977).

En opinión de Sanz una serie de dificultades son creadas por las condiciones del manejo administrativo y hacen que los indios aumenten las continuas deserciones, aborrezcan la labor y huyan de los castigos frecuentes que con “una indecible humildad y sometimiento” en juicio de Sanz soportaban cuando se los reducía a la condición de cosecheros. Esta es una original variante propuesta por este autor y diferente a la ya expuesta por Azara que atribuiría la causa del atraso creciente y de la pobreza generalizada por entonces en el Paraguay. Sintetizando: los altos funcionarios de S.M. y los macateros, eran los enemigos de la Provincia del Paraguay cuando corría el año de 1779 (Félix de Azara llegó en 1784).

Juegos, mujeres y alcohol

Siempre tratando de caracterizar al habitante del Paraguay, esta vez al mestizo, Azara (1941) afirmó que: “Sus principales vicios son la pasión por las mujeres, el furor por el juego y además la borrachera en el pueblo bajo”.

Bien decía Moreno que la sociedad surgida del mestizaje no era un dechado de buenas costumbres. Según ese autor (1968), Azara fundaba su afirmación en el cruce de razas: “Pero a mi entender, **tienen finura, exactitud y claridad de entendimiento**, y creo que es éste el caso en que se encuentran todas las razas perezosas procedentes de la mezcla de una con otra” (Azara, 1941). Parece necesario mencionar que Azara no involucraba en el mismo universo conceptual al indio reducido, al

indio selvático y al mestizo, que constituían personalidades sociales diferentes. Esa fina percepción suya ayudará en el momento en que se realice una profunda investigación que caracterice a esos distintos colectivos humanos que se desenvolvían con distintos intereses, a veces contrapuestos en la sociedad paraguaya de hace dos siglos.

El caso de los indígenas y su supuesto apego al alcohol, está demostrado que no se trataba del bebedor vicioso o solitario sino que su consumo principal –la chicha– obedecía a motivos rituales y sociales y acompañaba a las danzas rituales (**je-roky**) en la que el preparado del maíz no tiene el contenido alcohólico del aguardiente.

Con respecto al juego, que en opinión de los cronistas estaba muy difundido entre los paraguayos Azara (1847), aporta precisa información: *“Para jugar a los naipes á que son muy aficionados, se sientan sobre los talones, pisando las riendas del caballo para que no se lo roben, y á veces con el cuchillo o puñal clavado a su lado en tierra; prontos á matar al que se figuran que les hace trampas; sin que por esto dejen ellos de hacerlas siempre siempre que pueden”*.

Alfredo Viola (1984), un profundo conocedor del tiempo en el que Azara vivió en el Paraguay colonial, afirma que los juegos de azar también estaban muy arraigados en el Paraguay independiente y que éstos venían del sistema colonial. Causaba angustia a las autoridades la profusión del juego de naipes, de modo que se dictaron varias medidas para remediarlo; se aplicaron multas por el desacato a la prohibición y luego otras medidas incluyendo las carcelarias.

En su monografía, Viola cita la disposición del gobernador Pedro Melo de Portugal que recordaba al pueblo la prohibición de *“los juegos de envite, suerte y azar”*, dispuesta por el Virrey del Río de la Plata Juan José de Vértiz. La prohibición había sido dispuesta por varias cédulas y, en especial, por la Real Pragmática del 6 de octubre de 1771. Ante la profusión de prohibiciones y sus castigos consecutivos, los fanáticos adoptaron el juego de banca, un sucedáneo de la actual ruleta, por cuya razón se volvió a ratificar la prohibición con graves penas pe-

cuniarias. La reiteración de esas restricciones por el Virrey Juan José de Vértiz y Salcedo, Comendador de la Orden de Calatrava, Marqués de Sobre Monte, etc., de fecha 15 de diciembre de 1781, alertó con el cumplimiento irremediable de las sanciones pecuniarias, a los que practicaran el Juego de Banca u otro de los prohibidos (Viola, 1984).

Tan arraigado estaba el hábito del juego por dinero que con frecuencia y pese a las prohibiciones, se producían verdaderas quiebras económicas, transformándose el empobrecimiento o el acceso a cuantiosos bienes como consecuencia del juego de naipes, entre los que el truco aparece como el más difundido. Algunos utilizaban incluso su condición de funcionarios, o dependientes de un alto funcionario, para practicar en el seno de su hogar el juego de naipes por dinero. El reclamo judicial por las deudas impagas –truco mediante–, tiene muchos antecedentes en el archivo de la Nación. Un singular caso es de alguien *“que pidió ser exonerado [de las penas] por tratarse del capataz del Capitán de Milicias Cristóbal de Insaurralde”*, quien según las leyes de Castilla gozaba del fuero militar para practicar el juego. Llegado el caso judicial al Gobernador Velazco, éste decidió que pague la multa el infractor y ratificó que el militar no gozaba de Fuero alguno para que pudiera ser exonerado su dependiente (1. A.N.A., 1806).

En tiempos del Dictador Francia –en la época republicana– se aplicaron penas de prisión a quienes contravenían la prohibición de jugar a las cartas por dinero; se trataba así de detener la ruina a que llegaban los desaprensivos ciudadanos que caían en manos de los expertos timadores. En un caso de alguien que se había levantado en una partida de truco con *“tres yuntas de bueyes, tres idem. de tamberas, cincuenta cabezas de ganado, un par de estribos de plata, once caballos y dos sabanas”*, y negándose el perdidoso al pago, recurrió el beneficiado al Juez para su cobro. El Juez ordenó la reclusión del ganador, tuvo éste que aducir una grave enfermedad y dolencias múltiples para lograr la libertad por motivos de salud, luego de siete meses de prisión en Villarrica y cuatro en Asunción. El Juez asunceno consideró un buen escarmiento el tiempo cumplido en prisión, –once meses– ordenando su libertad, aunque advirtiéndole que, si en lo sucesivo



reiteraba el “crimen”, se tendría presente la causa para aplicársele la pena en suspenso debido a la malicia del comportamiento (2. A.N.A. 1830).

La prohibición persistió en tiempos de Carlos Antonio López. Los expedientes por juegos llegaban directamente al Presidente López, quien en un caso de haberse sorprendido en una casa particular una reunión catorce personas dedicadas al juego de naipes por dinero, razón por la que fueron apresados y remitidos a la cárcel. Llegado el caso a resolución del Presidente López, que ordenó: “*El Encargado de la Cárcel los pondrá en libertad, cumplido el término de catorce días a contar desde ayer. Asunción, marzo 8 de 1852. López*” (3. A.N.A., 1852).

Alfredo Viola en el estudio citado, señala la contradicción que existía por un lado entre las prohibiciones reales de practicar el juego de cartas y, por otro lado, la circunstancia de que el tabaco y los naipes fueran objeto de Real Estanco.

Durante la Colonia operaban en Asunción pequeñas maquinas impresoras con matrices muy pequeñas, preparadas técnicamente para imprimir únicamente naipes, los que competían con los importados del otro lado del Atlántico, suponiendo el juego al tanteo simple o al gasto. Durante el gobierno del Dictador Francia se permitía jugar a las cartas “*al gasto*”, una modalidad por la que el perdedor sufraga la consumición de aguardiente o lo que fuere. Cuando excediere a las sumas mínimas del juego se aplicaba una multa, constando ingresos en la caja oficial de las multas aplicadas en ese concepto. También se aplicaba pena de prisión, pena que aplicaba el Delegado de Gobierno.

Durante el gobierno de la Junta Superior Gubernativa –Yegros, Caballero, De la Mora– ya en la época republicana, se dictó una Ordenanza dirigida al Jefe del Cuartel ordenándole que cuidara que los juegos de naipes de los militares sean solo “*al gasto, pero de ninguna suerte después de las ánimas*”. El argumento señalaba que “*el juego es origen y manantial de la riña entre los soldados, de que contraigan empeños o vendan las prendas de sus vestuarios*”. Viola concluye, en coincidencia con Azara, que el juego de naipes fue la mayor pasión de los paraguayos, en lo que se refiere a los juegos

de azar.

Otros juegos populares y más inocentes se realizaban en Asunción. Los días festivos habituales eran los del patrono del Paraguay, San Blas, y el 6 de enero día de Reyes en el que se celebraba la función de los pardos. El aniversario del nacimiento del Rey era día de festejo popular. Además, se presentaban con frecuencia otros motivos para la organización de festejos populares.

Ya en tiempos de Azara, los juegos que gozaban de mayor popularidad eran el de cañas, la corrida de toros y las corridas de sortija. Como los recursos asuncenos no eran cuantiosos, a veces ni siquiera suficientes, el Cabildo se quejaba de la miseria y pobreza de la Provincia, razón por la que en ocasiones festivas, se suspendían los juegos y se procedía a ofrecer misas cantadas por todo festejo. Ocasiones hubo en que los fondos que serían destinados para juegos, se invertían en el arreglo de las calles deterioradas por los raudales, tan frecuentes en una ciudad asentada sobre colinas y collados como la de Asunción.

El matrimonio

Según el padre Nicolás Del Techo (1897), los indígenas guaraníes toman como esposas o concubinas a cuantas mujeres pudieran conseguir y mantener, agregando que los caciques se consideran con derecho a las más bellas doncellas del pueblo, a las que cedían con frecuencia a los huéspedes o allegados de alguna significación.

El citado sacerdote, en su clásica obra advertía tempranamente acerca de los problemas que acreaban los matrimonios de los indígenas, para la difusión del cristianismo entre los indios guaraníes, el modo en que estos lo practicaban. Este asunto dio motivo para que fuera efectuada una consulta al Sumo Pontífice, y éste, a su vez, hizo lo propio con los sabios de su tiempo. El criterio del sacerdote jesuita era que “*los guaraníes llevaban muy a mal el reducirse a una sola mujer*” (Del Techo, 1897).

Juan de Lugo, quien posteriormente fuera Cardenal, expresó su parecer a modo de respuesta al Pontífice sobre la cuestión planteada de cómo enca-

rar en el propio terreno la cuestión, ya que se trataba de que los guaraníes eran muy reacios a cambiar sus costumbres. Vale la pena transcribir en forma sintética la respuesta de Lugo que decía así: *“Santísimo Padre: en la provincia del Paraguay se tropieza con una gran dificultad en la conversión de los gentiles, y es que se niegan a vivir con la primera esposa, pues es de advertir que cambian de esposa como nosotros de criadas, por fútiles motivos, cuales son si no puede guisar, coser los vestidos, tener cuidado de la casa o han envejecido. Muchas veces se casan con una madre y su hija o con varias hermanas. En ocasiones regalan una concubina a cualquier amigo [...] hay quien al cambiar de residencia abandona a su esposa”*.

Del extenso informe de Lugo se desprende que los sacerdotes tenían dos alternativas posibles a seguir para mejor cumplir con las normas de evangelización. Unos afirmaban y exigían a los indígenas varones que se quedaran con su primera mujer. Otro criterio señalaba que podrían tomar como única esposa a cualquiera de sus concubinas, toda vez que la misma estuviera bautizada.

La dilucidación de la original consulta tenía sus dificultades porque el indio no recordaba, generalmente, —o no quería conocerlo— cuál fue su primera concubina, o, tal vez, ésta ya estaba ahora unida con otro hombre. En otros casos, muchos aborrecían el cristianismo, por lo que no se sentían obligados a cumplir con sus normas. Además, faltaba la propia definición estricta de en qué consistía el concubinato, si éste fue la unión de una semana o de un mes o, finalmente, si el mismo se realizó realmente.

Lugo recomendaba al Papa Urbano VIII que se conformara una posición doctrinaria por la cual el matrimonio no existía entre los guaraníes y se concediera al Provincial de la Orden y a los restantes misioneros, que son los que se enfrentaban al problema práctico en forma constante, que pudieran casar canónicamente a los indios bautizados, siempre que no mediare matrimonio previo o fuese muy dificultoso buscar a la primera mujer.

Decía finalmente el informe de Lugo: *“Será consecuencia de tal autorización la más pronta conversión de mucha gente y su constancia en la fe*

y Vuestra Santidad abrirá las puertas de la Iglesia cuando las quiere cerrar el demonio” (Transcripto por Del Techo, 1897).

Lo que se estaba proponiendo era una verdadera transacción oportunista con los estrictos cánones del cristianismo ante una realidad de los hechos que generaba la cultura de los indígenas de esa parte de las Indias. El Sumo Pontífice aceptó esta proposición y se confirmó la doctrina de los misioneros americanos que los matrimonios eran nulos como tales y que el indio podía tomar *“cualquier mujer por esposa, si bien era indispensable suma cautela en tal delicado asunto”*, como lo expresara oportunamente el padre Del Techo.

Azara observó, más de dos siglos después, el matrimonio de los guaraníes y dejó al respecto la impresión siguiente: *“Desde que el hombre se casa forma una familia aparte y trabaja para alimentarla, porque hasta entonces ha vivido a expensas de sus padres, sin hacer nada, sin ir a la guerra, y sin asistir a las asambleas. **La poligamia es permitida, pero una sola mujer nunca tiene dos maridos, aun más: cuando un hombre tiene muchas mujeres éstas lo abandonan en cuanto encuentran otro del que puedan ser únicas esposas [...] El adulterio no tiene otra consecuencia que algunos puñetazos que la parte ofendida da a los dos cómplices, y eso solamente si los coge in fraganti...**”* (Azara, 1847).

Este párrafo breve, casi demasiado comprimido, tiene aportes interesantes. En primer lugar, demuestra que los jóvenes guaraníes mantenían relaciones estables de pareja, a las que Azara veía como verdaderos casamientos. Esta pareja se ubicaba dentro de la gran casona comunal, la *oga guasu*, pero dentro de ella tenía perfectamente delimitada el área que era exclusivamente suya, donde colgaba su hamaca para descansar. Las grandes casonas, una a lo sumo o dos por linaje, otorgaban seguridad al pequeño grupo colectivo humano para reaccionar ante los ataques de los guaicurúes.

Actualmente, como se verá más adelante, las parejas guaraníes **Pai Tavytera** hacen su *“casa aparte”*, individual, habiendo desaparecido la casa grande de uso colectivo. La causa sería la desaparición del riesgo del ataque externo o la fuerza acultu-

radora del hábito paraguayo generalizado.

Otro párrafo que merece ser resaltado es el que el indio sentía, en ocasiones, algún grado de celo, de allí su reacción violenta, aunque se redujera a propinar puñetazos. Era una reacción de violencia menor porque hubiera sido típico un comportamiento bárbaro ejercer una reacción más violenta. En otro momento, Azara había expresado que los guaraníes no experimentaban sentimientos de celos, como está consignado más arriba, al dejar que sus mujeres fueran simplemente entregadas a los conquistadores. Merece destacarse asimismo el hecho que la poliandria no era aceptada, lo que demuestra la existencia de valores de tipo occidental o precristianos, al ser la mujer indígena guaraní la portadora de la fidelidad conyugal.

Es que toda estas cuestiones relacionadas con la familia indígena, el aborto de la mujer, la poligamia, el divorcio y sentimientos tales como los celos que mencionaba Azara, así como la subyacente eticidad de la propia poligamia, merece una investigación más profunda en la que deberán participar psicólogos sociales y antropólogos, entre otros.

Los guaraníes en el año 2005 (Informe SAI)

¿Tiene vigencia en los guaraníes de nuestros días la tradición y usos de la cultura guaraníca histórica? La respuesta es positiva: Azara tuvo razón. Con el propósito de comentar en forma somera la respuesta a esta interrogante, se ha transferido la consulta al Servicio del Apoyo al Indígena (SAI), de donde se extrajo el siguiente informe. La SAI es una agencia especializada en trabajos con las comunidades guaraníes del Paraguay, siendo de su responsabilidad la orientación de unas de trece mil almas.

1.- El sujeto de estudio son los indígenas guaraníes de la familia **Pai Tavytera** residentes milenarios en el Paraguay y en parte del Brasil. Estas comunidades en un 95 por ciento son monolingües guaraní, mantienen una tasa demográfica de 7,3 por ciento de crecimiento, siendo devotos de su religión tradicional en un 95 %. Se trata de una población joven en la que el 54 % es menor de 15 años.

2.- No se practica entre ellos canibalismo ni poligamia; sólo un caso aislado de poligamia practicado por un cacique ya fallecido, se dio en los años sesenta del siglo XX. Se mantiene con la ceremonia de rigor, el ritual de imposición del labrete, barbote o **tembeta** en adolescentes entre los 10 y los 14 años. El rito no es simplemente de imposición del palillo en el labio inferior; es mucho más que eso: es la incorporación del joven al status de masculinidad, por lo que el rito es iniciático considerado como el más importante de la comunidad. La perforación del labio inferior y la imposición del labrete es oficio de sacerdotes (chamanes). Concluido el rito, que puede durar semanas, el adolescente está habilitado para actuar cívicamente, participando en las asambleas (**aty guasu** o reunión grande), casarse, cumplir plenamente los ritos y ceremonias religiosas. Es decir, con la imposición del **tembeta** se festeja la aparición de un nuevo adulto en el grupo social.

3.- La ceremonia iniciática es presidida por el sacerdote principal, líder religioso que es un **teko-haruvicha**, (líder máximo) hombre mayor de reconocida bondad y sabiduría, poseedor de rezos y el que imparte las bendiciones. El respeto del que goza surge de sus virtudes religiosas y es, básicamente, el sostenedor de aquellas prácticas que resguardan al pueblo de males presentes y futuros. El rito incluye la borrachera ritual de la que participa el iniciado, el que ingiere la chicha por primera vez. La chicha es una bebida indígena preparada en base a la fermentación del maíz tierno que aparece en noviembre y que fue cultivado en tierras que fueron quemadas (*"rozadas"*). La bebida de fermentación tiene bajo contenido alcohólico.

4.- Susnik (1982b) habla del sentido religioso del uso del labrete, señalando que los guaraníes en sus tradiciones mitológicas, consideran obligatorio el uso para el paso libre del alma descarnada después de la muerte. Entre los **Pai Tavytera**, el acto la imposición constituye un rito sociofestivo. El labrete tiene 10 centímetros de largo, siendo confeccionado de resina, hueso, cuarzo, piedra basáltica, etc. La forma es la de un clavo, con un extremo en forma de T para mantenerlo fijo en el interior del orificio labial practicado al efecto. Su uso está identificado también con la necesidad de mantener un símbolo de su independencia y la tradición ante los avances de la



cultura paraguaya generalizada (Susnik, 1982b). La misma autora se refiere extensamente al uso del labrete en otras familias guaranícas con alcances diferenciados, pero que ya no hacen al objeto de este capítulo; sólo permiten remarcar su sentido religioso y masculino, común a todas las comunidades.

5.- La costumbre de vivir en forma colectiva en las grandes casas –costumbre referida reiteradamente– fue casi abandonada totalmente; las nuevas parejas lo hacen en viviendas de paja, individuales, cuyas medidas más comunes son de 6 x 5 x 3 (metros de largo, ancho y alto) alrededor de las cuales cultivan maíz, mandioca, maní y calabazas.

El sitio donde se asientan las viviendas son tierras pertenecientes a la comunidad que mantiene un estatus legal, con personería reconocida por el Estado; es decir, que la propietaria es la colectividad, aunque el sitio de la casa y la chacra es de usufructo individual. Una ley especial desde el año 1981 previó esa modalidad de propiedad comunitaria, que en la última Constitución Nacional de 1992 fue confirmada en todos sus términos.

6.- La casa ritual conserva la estructura tradicional; techo y paredes de paja y una dimensión de 18 x 15 x 4 (metros de largo, ancho, alto) la que suele ser habitada por el padre espiritual de la comunidad (el **tekoharuvicha**). En esta casa se celebra anualmente la cosecha del nuevo maíz sazonado, la bendición, la purificación anual de los primeros alimentos tradicionales cosechados y el rito de iniciación/imposición del labrete en los jóvenes.

7.- La economía **Pai Tavytera** obedece a una lógica de redistribución y reciprocidad. Las relaciones de la producción y de trabajo cumplen, ante todo, una función social, y la propiedad de la tierra y de los medios no es privada sino comunitaria. La tierra, los recursos hídricos, la fauna y la flora, tienen incluso un carácter colectivo sacralizado. *“El creador Ñane Ramoi Jusu Papa [Dios] los entregó en tiempos inmemoriales a sus antepasados, para ser usados según las leyes sagradas y no pueden convertirse en mercancías”. “La familia extensa funciona como unidad de producción y consumo y mantiene una chacra multifamiliar cuyos productos consumen todos los miembros”* (Texto SAI, 2005).

8.- Todas las actividades se realizan con el principio de la solidaridad (rozado, cultivo, recolección), asumiendo los hombres los trabajos más duros (construcción de viviendas, trabajar con el ganado mayor, rozado, la caza, etc.) y las mujeres siembran y cosechan, colectan frutas, cocinan y crían “ganado menor” (cerdos, aves).

9.- Trabajan externamente como jornaleros en las empresas forestales y estancias, desde los 12 años y reciben su paga en especies o dinero. Las mujeres en ocasiones trabajan fuera del hogar, aunque este hecho es considerado como atentatorio de las tradiciones.

10.- La autoridad más prestigiosa es el **Te-koaruvicha**, líder religioso de quien se ha hablado más arriba. El **Mboruvicha** o Cacique (término o figura extraña introducida por los colonizadores españoles) ejerce el liderazgo político de la comunidad, en colaboración con los **Tekoharuvicha**, y mantiene la comunicación con la sociedad externa, a la que están unidos por problemas de invasión de sus tierras, robos de madera y otros variados motivos de conflicto. Cuando los problemas tienen cierta gravedad se reúne una Asamblea de Notables (**Aty Guasu**) de la comunidad. La decisión final en casos muy conflictivos la resuelve el líder religioso, el **Te-koaruvicha**.

Toda la vida de los guaraníes **Pai Tavytera** está permeada de un sentido religioso; la parcialidad acerca de la cual hemos informado conserva bastante intactas sus tradiciones, pese a la integración laboral y a participar de la medicina externa a la que está sujeta, además de las crecientes presiones por la expansión demográfica y el desarrollo paraguayo, en especial cuando las enfermedades externas afectan al grupo familiar o social.

El ideario biológico de Félix de Azara

ANDRÉS GALERA GÓMEZ

Departamento de Historia de la Ciencia, IH, CSIC. Proyecto BHA2003-01429

Resumen

Félix de Azara fue naturalista por azar. Llegó al continente americano como ingeniero militar y lo abandonó transcurridas dos décadas para convertirse en un científico de proyección internacional. Su cometido fue recolectar información sobre el medio natural y los moradores de América del sur. Un trabajo prioritariamente descriptivo que incluye un cuerpo teórico sobre cómo interpretar la naturaleza. Sus libros fueron traducidos a múltiples idiomas, convirtiéndose en obras de referencia para conocer la naturaleza de América del Sur.

Palabras clave: Historia natural, Paraguay, Siglo XVIII.

Summary

Félix de Azara was a naturalist by chance. He went to the American continent as a military engineer and leaves it after twenty years. Then he became a scientific of international projection. Its assignment there was to recollect information about the South America natural environment and inhabitants. His work was primarily a descriptive one, but included a theoretical body for the interpretation of nature. Their books were translated to numerous languages, and were works of reference for who was interested in knowing more about the South American nature.

Key words: Natural history, Paraguay, 18th century.

En marzo de 1781 Félix de Azara desembarca en el puerto de Río de Janeiro. Viajó a América a bordo de un buque portugués porque España estaba en guerra con Inglaterra. Forma parte de la

Expedición de Límites que debe trazar la nueva cartografía de la frontera hispano-lusitana acordada en el tratado de San Ildefonso. Aparentemente, ambas naciones pretenden finalizar un antiguo litigio territorial. Él es uno de los comisarios demarcadores. Le corresponde explorar la demarcación comprendida al norte de Buenos Aires hasta Paraguay. En la década de los años ochenta del siglo XVIII el Paraguay no es el paraíso jesuítico que la irónica ficción de Voltaire recrea en su optimista **Cándido**¹. Ya no es posible encontrar una banda de nativos Orejones gritando *comamos jesuíta* ni es necesario declarar la animadversión hacia los miembros de la orden que fundase el santo Ignacio como salvoconducto ante las inhóspitas costumbres gastronómicas de estos indígenas relatadas por el mordaz filósofo francés². Con similar disimulo podemos argumentar que la ausencia de tantas y buenas diversiones, y el nulo interés de los portugueses por resolver el problema conducen a Félix de Azara a interrogarse acerca de una naturaleza que le cobija, le asedia y acabará por hacerle prisionero.

Con este sentido, en julio de 1794 escribe al primer ministro Antonio Valdés solicitando que *“habiendo esperado doce años a los portugueses, y pasado la mejor parte de mi vida en este país, el más remoto y trabajoso, es ya tiempo de pedir mi relevo. Porque no es posible que mis días sean suficientes a ver concluida mi comisión, ni que los comunes achaques de la edad puedan sobrellevar los trabajos de este destino equivalente a un triste destierro”*³. La causa política pasó a ser personal, el ministro fue condescendiente con los portugueses e implacable con el mensajero que aún deberá esperar siete años para ser repatriado. Sabemos que no

¹Voltaire (1759) 1985.

²Voltaire (1985, Cap. 16).

³Cf. expediente personal, Archivo Álvaro Bazán.

encontró portugueses para dialogar ni jesuitas a los que combatir, y los gobernantes hacen caso omiso de él. Desocupado, abandonado, Azara estudia el mundo salvaje que le rodea buscando una distracción provechosa.

Filosóficamente hablando, afirmaríamos que su inquietud cognoscitiva responde al patrón intelectual de la Ilustración, definido como una necesidad acuciante, obsesiva, de interpretar la naturaleza, de la que somos dignos herederos; en la práctica su comportamiento refleja un estado de ansiedad canalizado por un hombre culto hacia el conocimiento. Uno y otro elemento componen el espíritu y la forma del personaje. Veinte años duró el forzado viaje por América del sur. El resultado de tan dilatada exploración fue una ingente labor cartográfica, genuinos informes convertidos en valiosos tratados sobre geografía política y humana, y una historia natural de los pájaros y los cuadrúpedos del río de La Plata y del Paraguay cuya relación cimentó en Europa su fama y fortuna como naturalista.

Dada la condición de principiante su investigación sobre el mundo natural fue predominante descriptiva. Observar, recolectar y describir es la tarea principal componiendo el inventario de una naturaleza muerta, disecada, muy diferente del escenario donde fueron sustraídos e individualizados los objetos para la colección. Y junto a los objetos inanimados sus escritos reproducen la imagen de un mundo donde la vida se manifiesta en forma original, donde hombres, animales y plantas conviven en armónica relación. Es el universo aristotélico, es decir, un colectivo inocente cuyos habitantes ejercen libremente su actividad sin la participación del hombre civilizado. Sobre ellos reflexionará intentando comprenderlos y descubrir las leyes que regulan la actividad de los seres vivos. La América descubierta por Félix de Azara es un paraíso, un paraíso gravemente amenazado por la civilización que, inexorable, avanza en su devastadora colonización dirigida a satisfacer la creciente demanda de bienes y servicios. “*Los na-*

turalistas que vengan después todo lo hallarán lleno de arrugas y verrugas, desfigurado y pervertido por la mano del hombre”, advertía pronto Azara en el manuscrito de sus **Apuntaciones para la historia natural de las aves de la provincia del Paraguay**. El testimonio representa la tendencia ecologista incipiente en algunos naturalistas ilustrados conscientes de la degradación medioambiental que conlleva el desarrollo de la sociedad moderna.

Paralelamente al enunciado ecológico, Azara descubre la utilidad de la taxonomía. El número de organismos que conforman este particular paraíso terrenal es ingente y rápidamente el cúmulo de información que ha obtenido es de tal magnitud que la revisión de las notas y descripciones se convierte en una tarea dilatada y tediosa a la hora de identificar los ejemplares capturados. A la fuerza comprende que sistematizar la información es necesario para dar sentido al caos informativo de sus numerosas descripciones⁴, aceptando que la clasificación es un instrumento imprescindible cuando la pregunta que nos ronda en la cabeza es ¿qué especies conocemos y cuáles no? En su calidad de aficionado Azara está abocado a diseñar su propia clasificación, a definir las reglas para la relación y agrupación de los individuos, y, dada su ideología fijista, interpretó la especie como una unidad de origen etológica y morfológicamente regulada por las leyes constantes de la Creación. En consecuencia, su taxonomía es un relato de semejanzas alejado de cualquier vínculo filogenético puesto que cada especie tuvo un origen independiente, siendo el objetivo del naturalista determinar su identidad.

Partiendo de este substrato ideológico Félix de Azara recibe en la década de los 90 la **Historia Natural** escrita por Buffon⁵. Desde entonces su exploración zoológica seguirá la huella del maestro francés, componiendo un monólogo que tiene una finalidad correctora, donde la crítica no busca la descalificación sino esclarecer la verdad de los hechos para, ignorante de la muerte del naturalista francés,

⁴Azara, 1802-1805, II: V

⁵La obra de Buffon llegó a las manos de Azara en la década de los noventa en Buenos Aires. El capitán de fragata Martín Boneo le entregó los doce primeros volúmenes correspondientes a la traducción castellana realizada por José Clavijo y Fajardo, y el resto, por no haber más volúmenes traducidos, corresponden al original francés, y fueron entregados por Pedro Cerviño. Véase Félix de Azara (1801, I: xliii) (1802, I: vi)

ocurrida en 1788, suministrarle la información necesaria y reparar sus excesos: *“no debo ocultar que mi intención por muchos años fue enviar todos mis apuntamientos sin publicarlos al mismo Buffon, para que los ordenase y los corrigiese, y para que se corrigiese a su gusto; y lo habría hecho a no haber sabido que había muerto”*⁶. Declaración de buenas intenciones que no oculta una valoración negativa de la investigación realizada por Buffon sobre la fauna del Nuevo Mundo. Crítica tanto del método como del contenido, pues en la **Historia** buffoniana, las falsas noticias se mezclan con el escaso rigor de las magnitudes y proporciones utilizadas al describir las especies⁷. Un fraude que nos descubre dos hechos consustanciales a las ciencias naturales de la época: en primer lugar, la división del oficio de naturalista en dos categorías cuyos intereses colisionan habitualmente, el recolector y el naturalista de gabinete, unos viajan y recopilan información, a los otros les corresponde juzgar y elaborar los trabajos. Segundo, las fuentes poco fidedignas donde emerge el estudio de la naturaleza americana a lo largo del siglo. Por ello, un magnánimo Félix de Azara sabe excusar la falta del maestro culpando al emisario: *“Como no he leído otra obra que la de Mr. Buffon, me he visto como forzado a preferirle en mis críticas; pero es bien fácil conocer, que no son tanto contra él, como contra los viajeros y naturalistas, de quienes copió los errores que impugno”*⁸.

En el siglo de las Luces, muchas o pocas, la conquista científica de América llevó la controversia a la historia natural. Nuevos hombres, nuevos animales, diferentes ecosistemas. En definitiva, diversidad dentro de una naturaleza cada vez menos uniforme y más compleja. ¿Cuál era la causa de esta pluralidad que atenta contra el orden establecido? se preguntó Azara, como tantos otros. Durante la centuria del ochocientos el origen de la Tierra y de sus habitantes fue un tema debatido con intensidad bajo la atenta vigilancia eclesiástica. El resultado de la heterogénea mezcla de religión y ciencia fue una primera etapa caracterizada por la teología implícita en los objetos naturales que, a los ojos del hombre, representan la existencia y grandiosidad

de Dios. Contrariamente, la segunda mitad del siglo se caracteriza por su irreligiosidad, circunstancia aprovechada por algunos naturalistas para suavizar el yugo de la fe. En este contexto Azara aborda el problema de la génesis terrestre siguiendo una inequívoca posición creacionista. En su ideario la divinidad queda relegada a un remoto pasado siendo sustituida por el mito de una naturaleza que obra en el presente a su imagen y semejanza. Inmerso en este rompecabezas teológico establecerá una época remota, correspondiente a la creación del globo, a la que pertenecen las rocas que forman el suelo, el aire de la atmósfera, el agua que surca los ríos y mares, las plantas y animales, mimbres utilizados por la *naturaleza* para conformar un universo armónico, perfecto, acorde con la pauta impuesta por el Creador. Sin embargo, mientras que la materia inanimada se forma sin interrupción, la fauna debe ser creada en etapas sucesivas necesarias para que los depredadores no provoquen la desaparición de las especies que les sirven de alimento. Racionalmente, pues, era imposible aceptar el dogma teológico sobre la creación simultánea de una pareja representativa de cada especie en el paraíso terrenal, que conduciría a la desaparición de gran parte de la población animal sino se introduce algún mecanismo regulador. Por este motivo Azara se ve obligado a formular un modelo cronológico, el de las *creaciones sucesivas*, que consolida numéricamente los diferentes niveles de la cadena alimenticia evitando que los depredadores los exterminen por su escaso número. En la creación cada especie tuvo su tiempo, el necesario para multiplicarse y alcanzar la cantidad de individuos suficiente como para soportar la presión nutricional del ecosistema.

Paralelamente, sus observaciones sobre la diversidad de regiones, distantes y diferentes, habitadas por una misma especie en un mismo continente, y la existencia de una fauna análoga en Europa y América le inducen a aceptar la teoría de su origen múltiple, polifilético. La idea es que una sola pareja animal no puede ser responsable de la diversidad demográfica alcanzada por sus congéneres, consecuentemente, es necesario aceptar la hipótesis de

⁶Azara, 1802-1805, I: vii-viii

⁷Azara, 1802, I: v)

⁸Azara, 1802, I: vii)



la aparición simultánea de múltiples parejas durante la Creación distribuidas por los diversos parajes que habitan en uno y otro continente. El planteamiento contravenía tanto el designio único del **Génesis** como la norma científica vigente relativa a la unidad natalicia de los cuadrúpedos, según la cual habrían surgido en la vieja Europa para, posteriormente, colonizar el continente americano gracias a la pretérita existencia de un paso entre los continentes separados ahora por el Atlántico.

Pero Azara percibe en su detallado inventario que la diferencia entre las poblaciones de ambos continentes es también una cuestión tipológica, existiendo una fauna autóctona propia y exclusiva del territorio americano. Una comunidad zoológica que en tamaño, fuerza, agilidad, destreza, vigor, belleza, nada tiene que envidiar a la del Viejo Mundo.

El estudio antropológico del cono sur es uno de los importantes legados de la obra azariana. Durante el siglo XVIII el hombre indagó su pasado investigando las formas y costumbres de los aborígenes americanos. La antropología se convierte en un tema de actualidad. La materia ocupó a los numerosos exploradores que circularon por el continente recogiendo datos sobre unos habitantes desconocidos alrededor de los cuales se vertían relatos fantásticos, información que, sin mayor constatación, engrosaban las disertaciones de los crédulos académicos europeos. Por su rigor, las páginas escritas por Azara responden a esta incertidumbre aportando noticias fidedignas sobre numerosas poblaciones aborígenes. Charrúas, yares, minuames, pampas, aucas, tupís, gusarapos, guanós, aguyitequedichagas, payaguás, guaycurús, vilelas, chumipis y patagones, dan ejemplo del elenco de tribus nativas sobre las que su testimonio es una fuente documental privilegiada. El indio americano aparece en su relato como un elemento consustancial a una naturaleza que le da cobijo y protección, ejercitando una indolente existencia acorde con el entorno. Un estado de perfección que desaparece paulatinamente a medida que dirige sus pasos hacia la civilización. Azara contempla al indígena como un hombre cercano a las formas salvajes con las que convive, un ser

en íntima comunión con el resto de animales conformando un grupo humano que todavía mantiene su faz animal. En más de un caso es un imaginario centauro representativo de la integración del nativo con su hábitat. Idealización que, lejos de significar añoranza o deseo por regresar al seno de la naturaleza, es, simplemente, el elogio de hombres y mujeres que viven alejados del artificio dominante en la sociedad civilizada; fiel reflejo del exultante discurso que domina la meditación de Azara sobre la naturaleza americana.

El componente más cuestionable de la historiografía azariana es la errónea calificación que algunos autores le dedican como precursor de la teoría evolutiva formulada por Charles Darwin⁹. El yerro consiste en sacar de contexto su ideario, seleccionar algunas ideas olvidando la condición fijista de procedencia. La realidad es que su ideología tiene una inequívoca dimensión creacionista, posición donde la variabilidad de las especies no representa fenómeno evolutivo alguno. Las modificaciones emergentes en los individuos se interpretan como un mecanismo natural y, como tal, controlado por una naturaleza que les impide alejarse de la forma primitiva. La perfección azariana reside en el pasado y se identifica con la conformación individual otorgada en el momento de la Creación. No es un concepto de y con futuro. Su interpretación de la naturaleza está, pues, alejada del evolucionismo decimonónico con el que, erróneamente, se le ha pretendido relacionar. El planteamiento de Darwin respecto al poligenismo humano no deja lugar a la duda sobre el bando al que pertenece Azara: *“Los que no aceptan el principio de la evolución tienen que considerar las especies [humanas] como creaciones separadas o como entidades en cierto modo distintas”*¹⁰; su caso. Circunstancia que no desmerece su trabajo, su creacionismo es un hecho que debemos aceptar sin rasgarnos las vestiduras, analizando su pensamiento sin someterlo al dictado de nuestros deseos. Su obra constituye un encomiable estudio descriptivo, y como tal observador fue valorado y estimado en el siglo XIX, incluso por Darwin. Hecho del que no debemos inferir ningún vínculo evolucionista.

⁹Álvarez López (1934, 1961); Oliver Baulny (1968a).

¹⁰Darwin, 1986: 173

Otras son las direcciones donde indagar si pretendemos relacionar el ideario biológico de Félix de Azara con la ciencia decimonónica, olvidándonos, por supuesto, de la enorme distancia conceptual que los separa. Por ejemplo, el filósofo alemán Arthur Schopenhauer, discerniendo sobre el origen del hombre, coincide con Azara en afirmar que el negro es el color original de la raza humana, consecuentemente, el hombre blanco es un negro empalidecido, degenerado¹¹. Y más tarde el paleontólogo suizo Louis Agassiz, apoyándose en el registro fósil, explicará el origen del hombre mediante un modelo poligenista de corte geográfico concordante con el planteamiento azariano. En nuestro afán de engrandecer al personaje podemos buscar otras conexiones aunque sería contraproducente, pertenecen al capítulo de las coincidencias y no demuestran su influencia pero sí que la misma raíz ideológica fue desarrollada en otro momento y bajo diferentes circunstancias cognitivas.

El caso de Azara ejemplifica el modelo de investigación realizado por los naturalistas españoles en tierras americanas durante el siglo XVIII. Una labor de recopilación que él supo diseminar internacionalmente, a diferencia de lo sucedido con la mayoría de sus coetáneos enviados por la Corona española a explorar los territorios de ultramar. En 1801 se publicó en París su primer libro, **Essais sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la province du Paraguay**. Un año después apareció la versión en español titulada **Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y río de La Plata**; y 1809 es el año de **Voyages dans l'Amérique Méridionale**, traducida al alemán, italiano e inglés y, finalmente, al español. Este escueto periplo editorial refleja la difusión europea de su obra y la menor atención prestada desde España. Azara había pronosticado el fracaso: *"No espero verla estimada en este país, donde el gusto por las ciencias, y sobre todo por la historia natural está absolutamente dado de lado"*¹², y tuvo razón.



¹¹Félix de Azara, (1802, II: 232). Para Schopenhauer la decoloración de la raza humana del negro al blanco habría sucedido por acción de la temperatura ambiental, degeneración climática, mientras que Azara la atribuye a la reproductora.

¹²Carta de Félix de Azara a C. A. Walckenaer, 25 de julio de 1805; reproducida en Félix de Azara (1969: 36).

“Por la ciencia y la gloria nacional”. Félix de Azara y la exploración de las fronteras americanas¹

MANUEL LUCENA GIRALDO, CSIC, España
y ALBERTO BARRUECO RODRÍGUEZ, FCPS, Estados Unidos

I

Figura señera del pasado científico español, Félix de Azara constituye una suerte de enigma dentro del plantel de ilustrados hispánicos. En contraste con tantos otros hombres de ciencia cuyas vidas y obras han quedado olvidadas en los fondos de bibliotecas y archivos, una parte destacada de los escritos de Azara fueron publicados, leídos y admirados en su tiempo. Su obra, favorecida y perjudicada de forma simultánea por el éxito de su autor, constituye una muestra inequívoca de la curiosidad y la voluntad creadora de la etapa en la que vio la luz. Gracias a esta difusión insospechada de sus escritos e ideas, con el paso del tiempo Azara llegó a convertirse en uno de los mitos clásicos de nuestra ciencia y en una “gloria de la nación”, en prototipo para muchos del genio aislado que pudo demostrar la capacidad científica española, contradiciendo a aquellos que proclamaban nuestra ineptitud para la ciencia moderna.

Tal proceso de mitologización no se correspondió, desgraciadamente, con el estudio sistemático y profundo de su obra. En años posteriores, fueron patentes las deficiencias en las ediciones, la falta de rigor a la hora de las citas, e incluso el absoluto desconocimiento de algunos de sus aspectos fundamentales. En este sentido, la imagen que se tiene de Azara y de su obra está condicionada por la que se empeñaron en transmitir sus contemporáneos

y las generaciones posteriores. Así, ha pervivido hasta nuestros tiempos el retrato de un militar, funcionario y hombre de ciencia solitario y marginado en las fronteras americanas. Los que colaboraron a consolidar esta imagen, lo hicieron insistiendo en la idea de que Azara era, ni más ni menos, el ejemplo perfecto de un milagro personal, una muestra de titánico esfuerzo individual, obviándose así el tejido social y la voluntad política favorables a la ciencia ilustrada. Sin embargo, los que apoyan esta tesis de singularidad olvidan que este principio –hacer de la necesidad, virtud– nunca fue un postulado que favoreciera la tarea científica. El éxito de Félix de Azara, por el contrario, viene a ser una prueba de la tesis opuesta. “Perdido” en las selvas americanas, pero bien guarnecido con libros e instrumentos y relacionado con los círculos del poder criollo y peninsular, eficazmente auxiliado por pilotos e ingenieros formados en instituciones científicas idóneas, sabio en su interés personal por la naturaleza pero también en el aprovechamiento de las experiencias locales americanas, Azara y su obra constituyeron el resultado de un esfuerzo individual y colectivo truncado por las guerras de independencia y el colapso del Antiguo Régimen en España y América, pero también sembrador de continuidades insospechadas.

Hacia 1740, José del Campillo, eficaz servidor de la Corona durante el reinado de Felipe V, señalaba que los territorios americanos constituían “*e/ alma del poder de España*”². Siguiendo este axioma,

¹Proyecto “España desde fuera. La imagen exterior española de la ilustración a la actualidad” (BHA2003-01267), MEC, 2004-2006.

²“Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser y no lo que es”, por José del Campillo, S/F, Biblioteca Nacional (Lisboa), *Manuscritos*, Fundo Geral, Cod. 794.



una y otra vez a lo largo del siglo XVIII el proyecto de regeneración peninsular se dirigió hacia América en busca de mercados y recursos, en una verdadera lucha por la consecución de un “*Segundo Imperio*” español en el Nuevo Mundo que recordara los éxitos de los viejos tiempos filipinos (Lynch, 1991: 314 y ss., 201: 219 y ss.). Como consecuencia de esta política borbónica, los dominios ultramarinos de la monarquía experimentaron entre 1764 y 1792 un doble proceso: el impacto de las reformas políticas –con las visitas a instituciones y territorios, el establecimiento del régimen de comercio libre, cambios administrativos y fiscales– y modificaciones socio-económicas internas –ligadas al crecimiento de la población y la expansión minera, agropecuaria y comercial–. Las profundas transformaciones que caracterizaron este período en la América Española fueron el resultado de la conjunción de dichos factores.

Una de las grandes novedades traídas por las reformas borbónicas al mundo ultramarino –esa suelta “*revolución feliz*” en la monarquía de la que habló el conde de Floridablanca en 1789– fue la aparición de nuevas formas de ejercicio del poder, que se apoyaron en la ciencia y la técnica como instrumentos de renovación y transformación de la realidad colonial³. Frente a la tradicional alianza de la corona con la burocracia, el clero y las aristocracias locales, el pujante Estado centralizador de los Borbones promovió políticas de recorte de las autonomías de grupos intermedios –como misioneros díscolos, blancos de orilla y cabildantes ariscos–, una gran reforma fiscal y militar y profundos cambios en el sistema productivo encaminados a lograr una especialización económica regional. En este contexto, la ocupación física del espacio americano cobró una gran importancia, hasta convertirse en un factor fundamental de la política imperial española. Por ello, a la frontera americana, secularmente olvidada por el Estado, fueron enviados botánicos y naturalistas,

pilotos y cartógrafos, ingenieros y marinos, los protagonistas de una nueva organización del territorio ultramarino (Lucena Giraldo, 1969: 269).

II

El enorme interés que la obra de Félix de Azara despertó en el mundo científico de su época ha permitido que hoy conozcamos bastantes aspectos de su personalidad y su trayectoria vital. El autor de la edición francesa de los **Viajes por la América Meridional**, C. A. Walckenaer, incluyó en dicha obra un prólogo en el que recogió noticias sobre su vida y escritos (Azara, 1969). Como los **Viajes** se publicaron en vida del autor, se deduce que los datos fueron aportados por el mismo Azara a través de conversaciones e intercambio epistolar, por lo que constituyen un punto de partida ineludible para conocer su figura. Nacido en Barbuñales el 18 de mayo de 1742, en el mismo pueblo de donde eran originarios sus padres, en la actual provincia aragonesa de Huesca, su familia no pertenecía a la aristocracia, pero formaba parte de un sector inferior de la nobleza –el padre, Alejandro de Azara y Loscertales, era señor de Lizana–, que se benefició de las reformas ilustradas en la medida en que les prestó su apoyo⁴. Todos los hermanos destacaron de una u otra manera, ocupando algunos de ellos importantes puestos políticos y eclesiásticos. Eustaquio fue obispo de Barcelona y de Ibiza, Mateo ocupó el cargo de oidor de la audiencia de Barcelona, Lorenzo ejerció como presidente del cabildo de la catedral de Huesca y maestro-escuela de la Universidad Sertoriana, Francisco Antonio fue corregidor de Huesca y Mariana, la única hermana, se casó con José Bardají, cuyo hijo Eusebio fue presidente del gobierno en la época de la regencia de María Cristina (De la Piñera y Rivas, 1992: 7). Sin embargo, fue José Nicolás de Azara el que más despuntó en la vida política ya que ocupó los cargos de embajador español en Roma y París y desempeñó un importante papel

³Sobre cuestiones referentes a la ciencia, la técnica y el Estado borbónico, M. Selles, J. L. Peset y A. Lafuente, Comps., **Carlos III y la Ciencia de las Ilustración**, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 25 y ss.

⁴Tradicionalmente se ha creído que nació en 1746, pero en realidad habría sido en 1742; E. Álvarez López (1952: 11), aporta su partida de nacimiento. La famosa obra de Pascual Madoz **Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar** (1846) anota que Barbuñales, pequeño pueblo de Huesca, tenía entonces 190 habitantes y 60 casas y gozaba de un clima saludable, aunque destemplado. Producía vino, aceite y cereales (citado en J. Fernández Pérez, 1992: 16).



en la preparación de la expulsión de los jesuitas y en las complicadas relaciones diplomáticas entre España y la Francia revolucionaria⁵.

De los años de formación de Félix de Azara se sabe que entre 1757 y 1761 estudió legislación y filosofía en la Universidad de Huesca. En 1764 quiso iniciar estudios militares en la Academia de Artillería de Segovia, pero las nuevas ordenanzas no permitían la admisión de alumnos de más de 18 años, por lo que se vio obligado a entrar como cadete en el Regimiento de Infantería de Galicia. El ingreso en el cuerpo de ingenieros militares en 1765, obtenido gracias a sus aptitudes académicas, le obligó a seguir estudios en la Real Academia de Matemáticas de Barcelona durante tres años⁶. Según consta en su expediente académico, su aprovechamiento teórico fue bueno, pero en prácticas y dibujo fue un alumno mediocre. En 1767 fue ascendido de cadete a subteniente de infantería e ingeniero delineador de los ejércitos nacionales, plazas y fronteras. Al año siguiente, participó en una serie de trabajos como delineador en Barcelona y en las obras de fortificación de la plaza de San Fernando de Figueras; en 1769 colaboró en las obras del cauce de los ríos Henares y Jarama y en la reconstrucción de las fortalezas de Mallorca, en este caso bajo las órdenes del gran ingeniero Pedro Cermeño.

Durante esta etapa, Félix de Azara se formó como técnico, elaborando planos, representando el terreno y observando accidentes, pero también aco-

piando datos y detalles descriptivos que lo hicieran más útil. El cuerpo de ingenieros, al que pertenecía, se desarrolló como un grupo de técnicos cuyas tareas eran tanto civiles como militares, ya que además de las obras "*propias de su naturaleza*" se encargaba de labores como el levantamiento cartográfico, la dirección de obras para el trazado de carreteras, la construcción de puentes y canales, los proyectos de desarrollo urbano, etc... Obviamente, Azara desarrolló en este período unos conocimientos y una serie de habilidades que más tarde aplicaría en sus estudios y trabajos americanos. En 1774 fue ascendido a ayudante del cuerpo y se le nombró maestro de los estudios de ingenieros en la plaza de Barcelona, cargo al que no llegaría a incorporarse (Capel, Sánchez y Moncada, 1988: 38). El año siguiente fue importante para Azara como persona y para el ejército como institución. Desde la llegada de la dinastía borbónica a España se había iniciado una política de reestructuración, cuyos hitos fueron las **Ordenanzas para la Real Armada** de 1748 y las reformas en el ejército implantadas, entre otros, por Alejandro O'Reilly, que tenían como objetivo disponer de una fuerza militar acorde con la posición internacional de España. Sin embargo, la desorganización y deficiente preparación de los cuerpos militares quedarían al descubierto de manera brutal en la campaña de Argel de 1775. El marqués de Grimaldi y O'Reilly decidieron castigar a sus gobernantes, que perjudicaban los intereses españoles en el norte de África e interferían la navegación, situación que se percibía como un motivo de des-

⁵José Nicolás de Azara comenzó su carrera política con Ricardo Wall, en la secretaría de Estado. En 1766, el marqués de Grimaldi le envió como sustituto de Roda en la representación diplomática española en Roma, donde coincidió con José Moñino, embajador cerca del Papa hasta 1776, año en que, ya como conde de Floridablanca, "intercambia" el puesto con Grimaldi. Azara, que ocupó interinamente el cargo de embajador en Roma durante largas temporadas, no se hizo cargo de este puesto oficialmente hasta 1784, pero fue incuestionable su protagonismo durante la expulsión de los jesuitas y la supresión de la Compañía de Jesús en 1773. Como embajador en Roma, vivió el triunfo de la Revolución Francesa y la toma de esta ciudad por Napoleón, e hizo de intermediario entre el futuro emperador y el papa. Por sus buenas relaciones con Francia, Godoy creyó conveniente nombrarle embajador en París y aunque fue depuesto, en 1799 durante la crisis política de Godoy, volvió a ocupar el cargo, que mantuvo hasta prácticamente su muerte en 1804. También se destacó como mecenas y defensor de las artes y las ciencias, debiéndose a él la presentación de Félix de Azara ante los científicos franceses (C. Corona Barratech, 1948: 142 y ss.).

⁶Este cuerpo se creó en 1711, pero se consolidó dentro del Ejército tras la reforma de 1761. Su misión consistía en el levantamiento de planos y mapas, así como en la dirección de obras civiles y militares. Las enseñanzas que se seguían en la Academia de Matemáticas de Barcelona se prolongaban durante tres años, comprendiendo, entre otras materias, matemáticas, topografía, minas, geografía, mecánica, arquitectura, dibujo, levantamiento de planos, problemas náuticos e hidrográficos y cosmografía. En total, el cuerpo lo componían 150 militares: 10 ingenieros directores y 10 ingenieros jefes; 20 ingenieros de segunda; 30 ingenieros ordinarios; 40 ingenieros extraordinarios y 40 ingenieros ayudantes (H. Capel, 1982: 287 y ss.).



prestigio nacional. La Expedición organizada contra ellos, de 20.000 hombres y 40 barcos, trataba, pues, de demostrar a las naciones europeas la capacidad española, pero lejos de ser un éxito se convirtió en un rotundo fracaso. Las costas eran desconocidas por los expedicionarios, todos los efectivos desembarcaron a la vez y no existió un plan alternativo, Las fuerzas militares regresaron derrotadas y sufrieron 527 muertos y 2.000 heridos. Félix de Azara fue hallado en una playa, con heridas cuyas secuelas le durarían toda la vida. Como compensación a su valor al regresar a España fue ascendido a capitán de infantería e ingeniero extraordinario. De los años posteriores y hasta su partida hacia América en 1781 se conoce su participación en la elaboración de los planos y perfil del arroyo Galligans en 1778 y la realización de los planos, elevación de la muralla y reconstrucción de un torreón en Gerona. Un año más tarde, tuvo a su cargo las obras de recalzo (cimentación de edificios ya construidos) en aquella ciudad, pero tuvo que pasar casi seis meses en la localidad de Amer por problemas de salud, probablemente derivados de la herida recibida en Argel.

Es indudable que Félix de Azara fue considerado, ya en esta época, como un hombre despierto y preocupado por el desarrollo de la nación, actitud que le valió en 1776 el nombramiento como miembro de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Estas Sociedades se desarrollaron en España a partir de 1765 y a imagen de la primera de ellas, la Bascongada, pretendían el fomento de la agricultura, la ganadería, la industria, el comercio y las ciencias teóricas y prácticas. Dentro de un espíritu ilustrado con tendencias fisiocráticas, consideraron el progreso económico y moral como el medio de solucionar los problemas del país y lograr la felicidad de sus habitantes. Las Sociedades, de las que también formaron parte elementos de la nobleza y el clero, pretendieron desarrollar una serie de reformas que fueran asimilables tanto por los arrendatarios de tierras como por la burguesía mercantil. Debido a ello, en ocasiones chocaron con los intereses de sectores de la aristocracia y la iglesia.

Dejando a un lado la valoración de los resultados conseguidos por las Sociedades Económicas en España y América, es innegable que favorecieron un intenso intercambio de información intelectual, pues

difundieron las obras de los más importantes pensadores de la época. Entre los que ejercieron una notable influencia en el pensamiento político y económico de Azara debemos señalar a Pedro Rodríguez, conde de Campomanes, que en 1765 dio a conocer el **Tratado de la Regalía de Amortización** y apoyó como presidente del Consejo de Castilla el desarrollo de aquellas instituciones. Campomanes había demostrado con la repoblación de Sierra Morena, en 1775, que la aplicación de un programa ilustrado, sin latifundios, mayorazgos y manos muertas, podía servir como modelo. Años más tarde, en América, Azara tendría la oportunidad de aplicar su particular modelo poblador. También coincide con Campomanes en la desconfianza hacia la fábrica, pues prefirió la dispersión de la población a su concentración en ciudades. Ambos reflejaron en sus escritos los efectos de la miseria urbana y describieron las ciudades como centro de vagos, maleantes y desempleados.

Las Sociedades Económicas de Amigos del País valoraron el viaje como un medio de adquirir conocimientos y difundir las nuevas ideas (Gómez de la Serna, 1974: 71; Capel, 1985: 15 y ss.). El viajero ilustrado se debía preocupar por el conocimiento de realidades particulares para elaborar después principios generales útiles a toda la sociedad. Su fin era pedagógico, ya que se buscaba la superación de la ignorancia, el fanatismo y la miseria mediante la instrucción del pueblo y la acción del Estado. La comunidad sería la principal beneficiaria de los viajes, ya que los gobernantes, para llevar a cabo sus provechosos proyectos de reforma política, se apoyarían en la información previamente recogida (Morales Moya, 1988: 21 y ss.). Esta interrelación entre el viaje como instrumento pedagógico y la política del despotismo ilustrado explica que, por ejemplo, José Nicolás de Azara tradujera entre 1774 y 1776 la **Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España** de Guillermo Bowles, o que Gaspar de Jovellanos realizara y escribiera el **Viaje a Asturias** como medio de dar a conocer la realidad auténtica de su tierra y crear una "*opinión pública ilustrada*" que favoreciera la solución de sus problemas. Una línea de conducta que, obviamente, seguiría Félix de Azara en América.

III



El 1 de octubre de 1777 España y Portugal firmaron en San Ildefonso un Tratado Preliminar de Límites de las posesiones respectivas en América y Asia⁷. En el nuevo instrumento diplomático —que recogió en lo básico las premisas del Tratado de Madrid de 1750— las potencias ibéricas llegaron a un acuerdo de delimitación y acordaron que los trabajos a realizar en el Nuevo Mundo fueran encargados a unas comisiones especialmente nombradas al efecto. Tras una etapa de incertidumbre por la situación bélica, se procedió a la designación de quienes habrían de tomar parte en la Expedición de la América Meridional⁸. En 1780, la dirección de los trabajos fue encomendada al capitán de navío José Varela y Ulloa; le debían acompañar como comisarios el teniente de navío Diego de Alvear, el teniente de navío Juan Francisco de Aguirre y el todavía ingeniero militar Félix de Azara. El mismo relató su apresurada partida: *“Encontrándome en 1781 en San Sebastián [...], recibí por la noche una orden del general para marchar inmediatamente a Lisboa y para presentarme a nuestro embajador. Dejé en la primera ciudad citada mis libros y mi equipaje y partí a la mañana siguiente al romper el día [...]. El embajador me dijo*

únicamente que iba a partir con el capitán de navío D. José Varela y Ulloa y otros dos oficiales de marina, que estábamos todos encargados de una misma comisión que el virrey de Buenos Aires nos comunicaría en detalle” (Azara, 1969: 43).

Poco podía imaginar Azara que no volvería a la península hasta veinte años después, pues vivió de los 39 a los 59 años en América del Sur. Tras embarcar en un barco portugués fue conducido a Río de Janeiro, desde donde pasó a Montevideo a encontrarse con el virrey Juan José Vértiz. En el itinerario, se le comunicó que se le incorporaba a la Real Armada con el grado, equivalente al de teniente coronel, de capitán de fragata⁹. Después de una estancia en Buenos Aires, Azara y sus compañeros hicieron los preparativos necesarios para comenzar los trabajos. Atendiendo a este propósito, nuestro personaje viajó en agosto de 1781 a la capital de Río Grande para reunirse con los portugueses. La tercera partida, cuyo mando le correspondió, debía delimitar *“la frontera por el río Paraguay arriba, desde la boca del río que tuviese su principal cabezera más inmediata a la del Igurey, hasta el Jaurú”*¹⁰.

⁷El Tratado preliminar de San Ildefonso, que constaba de 24 artículos, debía servir de base para uno posterior de perpetua e indisoluble amistad, otro de paz y el definitivo de límites. Tras hacer votos por una paz perpetua, el Tratado ratificaba otros precedentes y fijaba las posesiones mutuas. Para España quedaban la Colonia de Sacramento, la isla de San Gabriel y los siete pueblos que habían causado la guerra guaraníca (1754-1756) y para Portugal el Río Grande de San Pedro y el Yacuí. Una zona neutral separaría los dominios de ambas Coronas. En Asia, Portugal renunció a sus derechos sobre las islas Marianas y Filipinas y mediante unos artículos separados cedió en Africa Annobón y Fernando Poo, a fin de que España se estableciera allí y comerciara con esclavos en las costas vecinas; M. Lucena Giraldo Ed., **Francisco de Requena. Ilustrados y Bárbaros. Diario de la Exploración de Límites al Amazonas** (1782), Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 24 y ss.

⁸La instrucción de la corte que señalaba las tareas a realizar, zonas de trabajo e instrumentos se emitió en junio de 1778, tras lo cual fue enviada a los virreyes de Perú, Nueva Granada y Río de la Plata y al gobernador de Caracas. Los nombramientos de comisarios, encargados del trazado de un sector de la línea divisoria, se demoraron a causa de la guerra hispano-británica, que concluyó en 1783. Además de los comisarios José Varela y Ulloa, Diego de Alvear, Félix de Azara y Juan Francisco de Aguirre, fueron designados cosmógrafos, pilotos y dibujantes. En mayo de 1782 llegaron a Montevideo, de donde pasaron a Buenos Aires en febrero del año siguiente a comenzar con los preparativos. El virrey Juan José de Vértiz les entregó las instrucciones en noviembre y se asignaron los instrumentos, de los que se habían construido especialmente en Londres once colecciones. La división de la demarcación fue compleja. Las dos primeras partidas debían fijar la línea divisoria desde el arroyo del Chuy hasta el fuerte de Santa Tecla, donde la segunda se debía separar para dirigirse hacia Misiones, el Paraná y el Iguazú. Mientras tanto, la primera continuaría sus trabajos hasta la confluencia del Pepirí-Guazú y el Uruguay. Desde allí, por el río San Antonio hasta el Salto Grande del Paraná correspondía también a la segunda. La tercera —que debía mandar Azara— se dirigiría hacia el norte hasta llegar al Paraguay, la cuarta debía ir al Paraguay arriba hasta el Itenés o Guaporé y la quinta (organizada a principios de 1784) debía dirigirse hacia Santa Cruz de la Sierra; M. Lucena Giraldo (1988: 164 y ss.) y sobre la quinta partida: Lucena Giraldo (1991: 249 y ss.).

⁹El motivo de este paso del ejército a la Armada fue protocolario, pero también corporativo. Tal decisión, justificada al señalarse que el rey prefería que todos los comisionados militares pertenecieran a la Armada, no se debe considerar por separado de su consideración política como sostén del dispositivo imperial español en ultramar y representante por antonomasia de las políticas reformistas en el mundo ultramarino.

Sus órdenes iniciales eran trasladarse a Asunción, lo que realizó a principios de 1782. Le escoltaron el alférez Santiago Gómez, tres soldados, un negro servidor y dos cargadores y siguieron la ruta fluvial que iba por Santa Fe, el Paraná, Goya y Corrientes, poco más abajo de la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay. Hasta diciembre de 1783 no se tuvo constancia de que los portugueses se dirigían al punto de reunión para comenzar los trabajos¹¹. Al poco tiempo se produjeron las primeras diferencias entre los comisarios de ambas naciones. Los españoles pretendían el establecimiento de una zona neutral a lo largo de toda la frontera, que estuviese despoblada e impidiese el contrabando y los contactos entre españoles y portugueses, lo que perjudicaba ostensiblemente a los pobladores del Brasil.

En su **Memoria sobre el Tratado de límites de la América Meridional**, Azara señaló que los problemas para la delimitación podían surgir de inexactitudes de los textos del tratado, la imposibilidad de encontrar un río o arroyo señalados en el plano, discusiones sobre la naturaleza de los cursos fluviales y su importancia, la pretensión lusa de ensanchar la franja neutral para obligar a demoler fuertes o trasladar asentamientos, o simplemente, la incomparencia a las reuniones con las partidas españolas, como ocurrió en su propio caso y en otros. A este respecto, es preciso señalar que la reacción de los comisarios españoles ante la parálisis de la Expedición fue muy variada. José Varela y Ulloa tuvo que dedicarse a la defensa de la posición diplomática española y se vio envuelto en interminables y

estériles polémicas. Diego de Alvear escribió unas **“Observaciones Físicas y de Historia Natural sobre los tres reinos Animal, Vegetal y Mineral”**, se casó con una rica criolla y acabó convirtiéndose en un gran propietario de ganado, mientras Juan Francisco de Aguirre se dedicó a los estudios históricos. La postura tomada por Félix de Azara fue, sin duda, la más llamativa. Ante la evidente imposibilidad de llevar a cabo los trabajos encomendados, decidió ocupar el tiempo de un modo rentable para su satisfacción intelectual y beneficio del Estado. En la introducción a los **Viajes por la América Meridional**, señaló: *“Pensé sacar el mejor partido posible del largo tiempo que me iban a proporcionar estos retardos. Como esperaba que los virreyes no me darían permiso ni ayuda, ante el temor de que yo abusara de su condescendencia, con perjuicio de mi obligación principal, que consistía en la fijación de límites, resolví cargar solo con la empresa y los gastos que ocasionara y viajar sin darles cuenta, pero sin perder un instante de vista el objeto de que estaba encargado. En consecuencia, hice un gran número de largos viajes por todas partes de la provincia del Paraguay y llegué hasta las mismas misiones o pueblos de los jesuitas y hasta la vasta jurisdicción de la ciudad de Corrientes”* (Azara, 1969: 44).

Durante los trece años siguientes, Azara viajó por todo el territorio, solo o acompañado de otros expedicionarios, como Ignacio Pazos, Pablo Zízur y Juan Francisco de Aguirre, o por el gobernador del departamento de Candelaria, Gonzalo de Doblaz, autor de una **“Memoria sobre el territorio de Mi-**

¹⁰(Azara, 1847d: 31 y ss.): Según las instrucciones que le entregó J. Varela, Azara debía demarcar el río Igatimí, que desembocaba en el Paraná aguas arriba del gran salto del Guairá y de la cordillera de Mbaracayú, con la cabecera del río Aguaray. También se le indicaba que debía considerar el río Igatimí como el Igurey y a la cabecera del Aguaray como vertiente del Ipané, y a éste como río Corrientes. Azara se opuso a todo este planteamiento por ser lesivo para España, ya que las cabeceras del Aguaray no vertían al Ipané sino al Xejuí, afluente del Paraguay, por lo que varios pueblos españoles quedaban en zona portuguesa. Para él, la línea divisoria en vez de ir por el Igatimí y el Ipané debía pasar por el Yaguarey o Monici (hoy río Ivinhema) y el río Apa.

¹¹Estos fueron enormemente irregulares en su desarrollo y resultados. Las dos primeras partidas españolas se pusieron en marcha hacia Montevideo y las dos siguientes se dirigieron a Asunción. Los grupos de Varela y Alvear (1a y 2a) debían realizar juntos los trabajos desde el litoral hasta la cabecera del Negro; se reunieron con los lusos el 5 de febrero de 1784 en el arroyo del Chuy. Tras reconocer el arroyo del Tahín y la laguna Merín y sus tributarios, decidieron pasar a otra área de demarcación. En 1786 reconocieron el área de Iguazú. Hasta abril de 1788 no remontaron el Paraná. Poco después se produjo un desacuerdo entre los comisarios sobre los ríos Pepirí y San Antonio, del cual resultó la exploración de los ríos Pepirí-Miní y Pepirí-Guazú. La primera partida, de Varela, trabajó en Cuchilla Grande y en 1788 cruzó desde Santa Tecla hasta las orillas del Uruguay y exploró el Pepirí-Guazú. En 1792 retornó a Buenos Aires. La tercera partida, dirigida por Azara, y la cuarta, mandada por Juan Francisco Aguirre, esperaron inútilmente la comparecencia de los portugueses en la zona que debían delimitar. Como veremos, sus comisarios volvieron a España en 1801 y 1798, respectivamente.



siones”. Estos viajes le permitieron conocer prácticamente todo el territorio de la provincia paraguaya y Misiones y fueron la base para la elaboración de un mapa y una obra explicativa. Según sus propias palabras, “*el principal objeto de mis viajes, tan largos como múltiples, era levantar la carta exacta de aquellas regiones, porque ésta era mi profesión y tenía los instrumentos necesarios*”. Para recalcar la exactitud de sus observaciones, Azara indicó que fueron realizadas con el material científico adecuado, instrumentos de reflexión de Halley, un horizonte artificial y una brújula de pínulas, observando las latitudes tanto al mediodía como de noche, por medio del sol y de las estrellas y siempre con la compañía de algún subalterno para observar y confrontar los datos. Azara realizó también muchas observaciones en Montevideo, Buenos Aires, la Asunción y Corrientes de las inmersiones y emersiones de los satélites de Júpiter, “*para hallar las longitudes con exactitud*” (Azara, 1847c: 5). Es preciso señalar que los resultados cartográficos obtenidos no fueron realizados en su totalidad a través de observaciones directas de Azara, que, dada la gran extensión de los territorios descritos, se apoyó en las cartas de otros expedicionarios, como Diego de Alvear, Martín Boneo, Pablo Zízur, Ignacio Pazos y Pedro Cerviño¹².

Antes de emprender sus viajes, Azara se proveía de gran número de caballos y perros, además de efectos como aguardiente, cuentas de vidrio, cintas y cuchillos para comerciar con los indios. Su equipaje personal era muy escaso, algunas ropas, una hamaca, café y sal. Para sus acompañantes, especialmente los peones, que con frecuencia tenían que sumergirse en el agua, llevaba aguardiente y tabaco. El horario de los viajeros comenzaba una hora antes del amanecer, cuando se preparaba el desayuno. Tras la primera comida, se reunían los caballos y se emprendía el camino. Por delante marchaba el guía, al que seguían los caballos de recambio y la tropa. Dos horas antes de anochecer se detenían, buscaban un lugar para acampar y se hacía pasar por él al ganado para espantar a las víboras. Luego se tomaba algún ganado cimarrón o de estancias vecinas para preparar asado y cenar; si no se encontraba, se comía carne seca, el

llamado “*tasajo*”. De noche, cada uno dormía con el caballo al lado para poder huir de las fieras si era necesario; los perros actuaban como centinelas. En el caso de que se atravesara un área de indios pacíficos se marchaba de día y si había posibilidad de ataques, sólo de noche. Si el viaje era por vía fluvial, se utilizaban las embarcaciones de la tierra, canoas y balsas; en las primeras se desplazaba el personal y en las segundas la impedimenta.

IV

La llegada de Félix de Azara a América coincidió con una época de gran desarrollo de las disciplinas científicas, pero también con un creciente interés en Europa hacia lo americano. El Nuevo Mundo se convirtió en destino de grandes expediciones científicas, que en el caso español tuvieron una verdadera “edad de oro” durante el reinado de Carlos III, con el apoyo de los nuevos dirigentes, especialmente el conde de Floridablanca en el ministerio de Estado, José de Gálvez como ministro de Indias y Antonio Valdés en marina e Indias. Política y ciencia quedaron, en el marco de la reforma colonial americana, indisolublemente unidas. Tal circunstancia acabaría favoreciendo la evolución del propio Félix de Azara, que a su obligación como cartógrafo fue añadiendo un interés cada vez más acentuado por la observación de la naturaleza. De acuerdo con sus propias palabras, “*Desprovisto de libros y de conversaciones agradables e instructivas, no podía apenas ocuparme más que de objetos que me presentaba la naturaleza [...] me determiné observar todo lo que me permitiera mi capacidad, el tiempo y las circunstancias, tomando nota de todo y desembarazado de mis preocupaciones*” (Glick y Quinlan, 1975: 67 y ss.).

Sus desplazamientos, siempre justificados por la necesidad de elaborar mapas que solucionaran los problemas de la delimitación, acabaron siendo una plataforma para su formación como naturalista. Cansado de estar inactivo, Azara emprendió un proyecto de exploración regional articulado en sucesivos viajes. Su cuartel general fue Asunción. Mediante su residencia allí, cumplió con la obliga-

¹²Sobre los aspectos cartográficos de los trabajos de Azara y en general sobre la situación del Paraguay en esa época, ver: Vives Azancot (1980, cap. 21) y Martínez Martín (1997a: 170 y ss.).



ción de estar disponible para iniciar los trabajos con los portugueses en cualquier momento; fue también un lugar idóneo para poner en orden sus apuntes y completar sus relaciones, diarios y descripciones. La ciudad, por otra parte, ofrecía escasos atractivos a un personaje como Azara, a pesar de ser la única población de la provincia que pudiera calificarse como centro urbano. Siempre perjudicada por unas difíciles comunicaciones, la estructura urbana asunceña, anómala en el continente por su irregularidad y falta de damero, era deficiente y su atractivo físico, escaso. Más que una ciudad, Asunción era a finales del siglo XVIII un centro de servicios y una residencia para una población fundamentalmente agrícola. Apenas el gobernador, el alcalde y los canónigos se alojaban en el núcleo central, ya que el resto de la población prefería residir en las chacras o pequeñas explotaciones agrarias, donde se hacían visibles elementos urbanos de concentración y factores de producción y cotidianidad rurales (Vives Azcanot, 1979: 220, 1980: 179 y ss.).

Entre 1784 y 1790, los viajes emprendidos por Azara se dirigieron a Villarica, la cordillera, Misiones, el Paraná y Corrientes, los ríos Pilcomayo y Tiviquary, Guarnipitán, Carapegua y Quyyndy, Curuguaty, San Estanislao, San Joaquín y la laguna Yberá, entre otros lugares. Sus observaciones, recogidas en sucesivos diarios, fueron reunidas en la **Geografía física y esférica del Paraguay y misiones guaraníes**, que terminó en 1790. Consciente de la necesidad de hacer una relación completa de los pueblos y zonas que demarcaba, Azara visitaba los archivos de pueblos y parroquias, como había hecho en el cabildo de Asunción y hará más tarde en Buenos Aires, Corrientes o Santa Fe. Simultáneamente, sin descuidar su tarea naturalista, adelantaba estudios sobre animales y aves, como se puede apreciar por sus comentarios en los diarios de los viajes a Carapeguá y Quyyndy de 1786 o en el viaje a la laguna Yberá de 1787. La convergencia entre la inquietud naturalista de Azara y los intere-

ses políticos de la monarquía se fue haciendo con el tiempo mucho más evidente. Desde 1771, año en que se estableció el Real Gabinete de Historia Natural, embrión del futuro Museo de Ciencias Naturales, se habían emitido instrucciones para que virreyes y gobernadores enviaran desde América minerales y otras curiosidades. José de Gálvez, en 1776, pidió a gobernadores, alcaldes mayores e intendentes que remitieran al Real Gabinete ejemplares del *“reino mineral, animal, vegetal, petrificaciones y curiosidades de arte”* (Lucena Giraldo, 2001: 45). El interés por la ciencia también trajo consigo el establecimiento de jardines botánicos o gabinetes de máquinas. Este fenómeno institucionalizador de la ciencia, que se extendió a Ultramar, permitió la traducción y difusión de los escritos de figuras como Carlos Linneo o George-Louis Leclerc, conde de Buffon, que tanta influencia tendría en la obra azariana¹³. Entre 1787 y 1790, con una mezcla de oportunismo y sentido de cumplimiento del deber, Félix de Azara hizo diversos envíos de especies animales, con descripciones explicativas, al Real Gabinete de Historia Natural. En un oficio del gobernador del Paraguay Joaquín Alós, fechado en noviembre de 1787, se informó de la remisión a España de *“Una colección de pájaros, cuyo número no baja de ciento, con una descripción individual y medida de ellos, la mayor parte no conocida en la Europa, aún por el naturalista conde de Buffon, cuyo examen, tan prolijo como de difícil desempeñanza, [ha] practicado a su coste el referido don Félix”* (Azara, 1943a: 365-368).

Las autoridades científicas peninsulares vislumbraron rápidamente el valor de sus trabajos. Lo mismo sucedió en Paraguay, donde los miembros del cabildo de Asunción, conscientes de la utilidad de la labor realizada, le solicitaron *“El mapa y plano*

¹³La **Historia Natural** de Buffon se tradujo al español en 1785 por José Clavijo y Fajardo. La primera edición de la obra de Linneo **Species plantarum**, traducida por Casimiro Gómez Ortega, se hizo entre 1784 y 1788. Entre las obras que Azara conoció es posible que estuvieran la **Histoire Naturelle, Générale et Particulière, avec la description du Cabinet du Roy**, de Buffon y D'Aubenton (París, 15 Vols, 1749-1767) y la **Histoire Naturelle des Oiseaux**, de Buffon, Montbèillard y Bexon (París, 9 Vols., 1770-1783) (Fernández Pérez, 1992: 42-44).

¹⁴F. de Azara, **“Descripción histórica, política, física y geográfica de la provincia del Paraguay y misiones guaraníes”** (1793), Museo Naval (Madrid), **Manuscritos**, 491.

*a fin de que colocándolos de firme en la sala capitular sirva de instrucción en los asuntos occurrentes que a cada paso se ofrecen, cuyo favor quedará vinculado en un eterno reconocimiento de esta ciudad*¹⁴.

Si el prestigio de Azara provenía de su calidad de conocedor de la provincia, su insaciable curiosidad acabaría por enfrentarle a determinados gobernadores del Paraguay. C. A. Walckenaer, en el mencionado prólogo a los **Viajes por la América Meridional** acusó a Joaquín Alós de impedirle la entrada en el archivo de Asunción. En 1803, se enfrentó en una agria disputa con otro gobernador, Lázarro de Ribera. Quizás para entonces las diferencias con cierto sector de la oligarquía regional provenían de su impulso a la colonización, que dejaba al descubierto la existencia de ejidos y pueblos abandonados conscientemente, lo que condenaba con rotundidad (Baulny, 1971b: 242). Aún así, es preciso señalar que tanto Alós, a quien también se acusó de intentar usurpar los trabajos de Azara, como Ribera, fueron considerados promotores del desarrollo de Asunción. En los últimos años del siglo la capital paraguaya precisaba de nuevos planteamientos para beneficiarse del gran crecimiento de la cercana Buenos Aires, pues no lograba aprovechar las posibilidades que le ofrecía el monopolio de tabaco, la fábrica de cables, el desarrollo naval o la administración de los bienes requisados a los jesuitas. Por otra parte, tras pasar trece años en el Paraguay, Azara —que había ascendido a capitán de navío en 1789— fue reclamado por el virrey para hacerse cargo de los territorios de la frontera del sur, con la orden de extender el área ocupada por los españoles y vigilar a los indios Pampas. Entre las comisiones encargadas destacó el reconocimiento de la frontera con el objeto de adelantar las guardias para la cría de ganado y fortificar el Chaco, que tuvo lugar entre febrero y julio de 1796 (Azara, 1994: 179 y ss.).

En su transcurso estuvo acompañado por Pedro Cerviño, uno de sus grandes colaboradores en América, además de Manuel Pinazo y Nicolás de la Quintana. Durante estos trabajos Azara pudo aumentar enormemente sus conocimientos sobre la variedad de las especies animales del continente, labor que continuaría más tarde cuando el virrey le concedió permiso para visitar las posesiones espa-

ñolas al sur del Río de la Plata y el Paraná. Sus tareas naturalistas estaban en plena expansión. Lejos de aceptar criterios de autoridad y consciente de sus propios conocimientos en la materia, se dedicó a corregir las imprecisiones que existían en la **Historia Natural** de Buffon, animándose a escribir unos “ensayos” o “apuntamientos” con sus observaciones. Las repercusiones de este acto serían inmensas. Pese a no ser más que un esbozo de su saber científico, estos escritos —oportunamente traducidos por M. Moreau de Saint Méry y difundidos en Francia por su hermano José Nicolás bajo el título de **Ensayos**— permitieron que sus observaciones fueran conocidas y valoradas. La modestia intelectual de Azara se refleja en sus comentarios del episodio: *“Creí conveniente y hasta necesario tomar nota de mis observaciones, así como de las reflexiones que me sugerían; pero me contenía la desconfianza que me inspiraba mi ignorancia, creyendo que los objetos que ella me descubría como nuevos habían sido completamente descritos por los historiadores, los viajeros y los naturalistas de América [...]. De regreso a Europa, he creído que no debía privar de mis observaciones a los curiosos y a los sabios”* (Azara, 1969: 48).

La intención de Azara era completar las observaciones en Córdoba, Salta y Mendoza, la frontera occidental del Chaco y Patagones, pero sólo tuvo tiempo para visitar Santa Fe y levantar su carta, puesto que una nueva guerra con Gran Bretaña, comenzada en 1797, le obligaría a hacerse cargo del mando militar en la frontera oriental con Brasil.

IV

Como observador agudo de la realidad americana, Félix de Azara tomó conciencia en su última etapa de estancia en el Nuevo Mundo de la necesidad de reforma de su relación económica y política con España. En el marco de una reorganización imperial tan vasta como la que se estaba llevando a cabo, el papel de las áreas marginales debía ser reconsiderado. Los grandes espacios fronterizos, casi abandonados a la “codicia” de otras potencias europeas, debían desaparecer, dando paso a fronteras controladas, ocupadas y pobladas. Era tal la sensación de abandono que según su propia afirmación el Río de la Plata ocupaba el mismo terri-



torio que en 1590, cuando lo preservaban de los indios bárbaros Juan de Garay con sesenta de sus hombres (Tapson, 1962: 1). La fundación de nuevos pueblos en ellas, tal como deseaba Azara, se había realizado anteriormente a propuesta de los virreyes Pedro Melo de Portugal y Nicolás Arredondo. Su propia oportunidad para llevar las ideas poblacionistas a la práctica llegaría pronto. Con la excusa de la aparición de un informe del Tribunal de Cuentas de Buenos Aires, en el que se criticaba el gasto que suponía para el erario público el mantenimiento desde 1771 de familias traídas de España para el poblamiento de la costa patagónica —un proyecto que nunca fue completado— propuso al virrey asentadas en la desguarnecida frontera con Brasil. Como estas familias se encontraban viviendo temporalmente en la Colonia de Sacramento, Montevideo y Maldonado, la idea de Azara fue apoyada por Rafael Pérez del Puerto y José Francisco de Sostoa, ministros de la Real Hacienda de Maldonado y Montevideo. Entre marzo y abril de 1800, el virrey Avilés, secundado por su secretario Miguel de Lastarria, dio las órdenes para hacer posible la operación. José Rafael Gascón, teniente del regimiento de infantería y José Artigas, ayudante mayor del cuerpo de blandengues y futuro libertador del Uruguay, fueron nombrados para acompañar a Azara. La junta superior de la Real Hacienda ordenó que se suministrasen de los almacenes de Buenos Aires y Montevideo todo lo necesario para la nueva fundación, que se habría de situar en Batoví¹⁵.

Según había indicado Azara en su informe, el mantenimiento de estas familias suponía al erario público 50.000 pesos anuales, que se ahorrarían asentándolas allí o extinguiendo la responsabilidad del rey hacia ellos si se negaban a colaborar. El virrey Avilés señaló que la operación costó 7.416 pesos y siete reales, como compensación de 156 familias que no aceptaron ir hacia la frontera “*por achaques, edades avanzadas y otras variaciones de motivos*” (Azara, 1943: 73). El resto, otras 80 familias, formaron el núcleo inicial del pueblo de Batoví, surgido a orillas del río Santa María. Para Azara, el mayor problema del poblamiento paraguayo era el

sistema de propiedad y las dificultades que se planteaban a los colonos para comercializar sus productos. En el citado informe al virrey, señaló que a cada familia se le debía dar en propiedad una estancia de una legua de frente y otra de fondo, que se podían aumentar según sus necesidades. Asimismo indicó: “*Se les conferirá todo el ganado alzado que pudiesen amansar, bien que han de hacer las vaquerías o recogidas en común y en tiempos oportunos, bajo de algunas reglas que eviten las picardías que se puedan hacer*”. La configuración de un pueblo sin calles ni plaza, con la casa en medio del terreno, era una mezcla de economía agrícola y ganadera, que podía sostener a un pequeño número de pobladores. Se trataba de un método honesto, según creía, de acabar con un problema social y económico combatiendo la gran propiedad, que tantos males traía (Baulny, 1971: 245).

La fundación de Batoví debía ser un primer paso para la creación de otros núcleos urbanos similares, uno de los cuales, La Esperanza, a la otra orilla del río Santa María, no pudo llevarse a cabo por la repentina partida de Azara hacia España, realizada de modo tan imprevisto como su viaje al Nuevo Mundo veinte años antes. A finales de 1801, el virrey del Pino —contrario a los proyectos de colonización— le transmitió la orden de retorno a la península. Tras desembarcar en Málaga se encaminó a Madrid, con el objeto de atender a la publicación de sus obras sobre los cuadrúpedos y las aves. En años posteriores, viviría una curiosa situación. Pese a su voluntad de retiro en su tierra natal, se le ofreció el cargo de virrey de Nueva España —que rechazó— y fue vocal de la Junta de Fortificaciones. Durante este período escribió múltiples informes sobre asuntos americanos. En 1808 se retiró definitivamente a su pueblo natal, donde le sorprendió la Guerra de Independencia. Como militar, ofreció sus servicios al general Palafox, que declinó la oferta a causa de su edad avanzada. La llegada de los franceses le hizo abandonar una vez más su casa y trasladarse a Barbastro. Terminado el conflicto y restituido Fernando VII en el trono, debió lograr por fin la tranquilidad que tanto deseaba. En 1815 rechazó la Orden

¹⁵“Auto del Excmo. Sr. virrey Marqués de Avilés en el que se designa a D. Félix de Azara “comandante general” de campaña en lo relativo a poblaciones y se da instrucción para la fundación de Batoví y otras poblaciones” en Dutrenit (1968: 193 y ss.).

de Isabel la Católica, interpretándose este gesto como una muestra de desaprobación ante las ideas absolutistas del rey. Entre 1817 y 1818 realizó los estudios de la alberca de Loreto y del Pantano, en Huesca, y escribió unas “**Reflexiones sobre el estado del Reino de Aragón**”. En 1820, por último, preparó el “**Informe acerca de las pardinias del Alto Aragón**” y el “**Informe sobre los olivos de Alquézar y sus aldeas**”¹⁶. El 20 de octubre de 1821 Félix de Azara murió en Barbuñales a los 79 años, dejando como heredero a su sobrino Agustín, Marqués de Nibbiano, que publicaría más tarde parte de sus escritos inéditos. Su recuerdo e influencia como marino, político, explorador y pensador de frontera serían perdurables.

V

La reflexión en torno al papel del paisaje americano juega un papel fundamental en la obra azariana y es consecuencia de su labor como explorador. Entre el Azara naturalista y el poblador y proyectista la visión del paisaje supone un área de encuentro, un campo en el cual la naturaleza humanizada refleja el poder del hombre civilizado, pero también su equilibrio y su transformación¹⁷. Sus escritos geográficos evolucionan desde el estadio en que se comporta como un simple observador del espacio americano hasta el momento en que, convertido en un experimentado hombre de Estado, eleva a la consideración de sus superiores proyectos de colonización, planes de reforma política y militar, propuestas de explotación de recursos naturales y opiniones de carácter socioeconómico. Pero en la polémica del Nuevo Mundo, que atribuye inferioridad a los hombres y la naturaleza americana, se une a la tradición utopista hispánica y refuta en sus obras los argumentos de quienes, como Buffon, la afirmaban y mantenían que el clima y la vegetación corrompían un entorno imposible de dominar, habitado por seres débiles e inmaduros (Gerbi, 1982: 12 y ss.). Sin aparente contradicción, Azara se apre-

sura a recordar la continua agresión que el hombre practica sobre el medio, pero mantiene, sin embargo, una postura decididamente poblacionista, promotora de la transformación de un entorno virgen, abominando sin ambages de aquellos que se han acomodado al medio y viven al borde de la barbarie.

Un núcleo fundamental de su obra como explorador se centra en las reflexiones sobre el indio americano, al que describe con una naturaleza dual. Para Azara, existían dos tipos, débil y bestial, este último irreductible a la civilización, “*un grupo humano que aún no ha perdido su faz animal*”, si bien observó que la bondad y el pacifismo de los débiles indios agricultores contrastaba con la fuerza, soberbia y belicosidad de las naciones cazadoras. Ambos eran consustanciales a la naturaleza americana y todos practicaban “*crueldades extravagantes*” en fiestas y duelos y vivían en una anomia permanente, sin ninguna ambición ni interés “*en cuidar de lo porvenir aún para hacer provisiones, limitándose a tener para el día*”. A partir de estas observaciones, el Azara estadista lógicamente sostuvo que para la ocupación efectiva de las fronteras americanas se requería el establecimiento de poblaciones de españoles, con los nativos bajo el mismo régimen legal, con libre acceso a tierras, ganados y bienes en propiedad individual. Una utopía moderna, decimonónica y liberal sin duda, como correspondía a un explorador consciente de la tradición de la que procedía (Bernabéu, 2003: 53), pero tan, ilustrado, iluso y cercano a América que al fin no pudo concebir para ella soluciones diferentes a las que parecían idóneas para conducir a Europa por el glorioso camino de la civilización.

¹⁶Las pardinias son montes de pasto con corrales o cobertizos para el ganado o el heno.

¹⁷Ya desde la década de 1780 Azara observó los cambios radicales en la pampa, la extensión de especies europeas casi ante sus ojos; P. C. Mancall y J. H. Merrell, **American Encounters: Natives and Newcomers from European Contact to Indian Removal, 1500-1850**, Londres, Routledge, 1999, p. 63. No obstante, se trata de apreciaciones que deben ser sometidas a crítica; G. Verdesio, “**Forgotten Territorialities. The Materiality of Indigenous Pasts**”, **Nepantla. Views from the South**, No 2.1, Duke, Duke University Press, p. 89 y ss.

Correspondencia de Félix de Azara en su comisión por tierras americanas

CARMEN MARTÍNEZ MARTÍN

Profesora Titular del departamento de Historia de América I, Universidad Complutense de Madrid.

Para conocer la vida de Félix de Azara en el virreinato del Río de la Plata, las tareas que realizó entonces, o las cuestiones mayores que le inquietaron durante los veinte años que residió en tierras americanas, contamos con abundantes fuentes escritas, sobre todo porque el mismo quiso dejar memoria de ellas en los diarios de sus viajes o en los informes solicitados por las autoridades, generalmente ricos en referencias autobiográficas, publicados durante su vida o en fechas cercanas a su muerte, por tanto de fácil consulta. Pero además, existen numerosas cartas escritas en esos años a diversas personas relacionadas con los trabajos que le encomendaron, que nos ofrecen la particularidad de tratarse de una fuente de información de primera mano para dar a conocer cuáles eran sus preocupaciones y estado de ánimo para afrontarlas.

La riqueza de esta documentación epistolar fue pronto detectada entre sus biógrafos e historiadores, y por esta razón gran parte de su correspondencia ha sido publicada; una difusión que comienza en los lugares donde vivió esos años y dejó un loable recuerdo, hoy repúblicas de Paraguay, Argentina y Uruguay, procedentes de los fondos manuscritos que dejó Azara en América tras regresar a España en su inesperada vuelta, o son comunicaciones de oficio que mantuvo con las autoridades allí existentes, como se verá en su momento. Pero este rico caudal que parece inagotable, se ha ido enriqueciendo con nuevas cartas halladas entre documentación conservada en archivos españoles, la mayoría firmadas por Azara, por tanto no plantean dudas. Se trata de correspondencia oficial o semioficial, y de ella hay publicadas más de cien cartas, algunas hasta tres o cuatro veces en ediciones distintas y en

obras preparadas por diferentes autores¹, sin incluir en esta lista algunas cartas aún inéditas que están esperando su próxima publicación.

Su paso a América

Las primeras cuestiones que necesitamos plantear para comprender los contenidos de esta correspondencia escrita en América, son ¿para qué fue a tierras americanas? y ¿por qué?. Conviene referir que Félix de Azara fue nombrado por Carlos III, miembro de la comisión encargada de demarcar los límites entre las Coronas de España y Portugal en Sudamérica, como había quedado estipulado en el Tratado Preliminar de San Ildefonso, de 1777, por el que se renovaba el anterior de 1750, ahora sin incluir en territorio brasileño los polémicos siete pueblos de misiones guaraníes. Como había sucedido con anterioridad y debido a la amplia extensión de los terrenos que deberían recorrer los demarcadores para fijar la raya fronteriza, sus actividades se dividieron en dos grupos operativos: uno se ocupaba de la cuenca del Amazonas y otro de la región del Río de la Plata, en este último quedó integrado Félix de Azara.

La elección de los comisarios o personas encargadas de ir a Sudamérica para fijar sobre el terreno de mutuo acuerdo con los portugueses la nueva frontera, quedó encomendada al Secretario de Marina, el Marqués González de Castejón, quien lo solicitó al director de la Academia de Guardias Marinas en Isla León, Vicente Tofiño de San Miguel y, como se lo había encomendado el conde de Floridablanca debían de ser *“individuos que hayan dado pruebas de saber astronomía práctica y de tener gran cono-*

¹El estudio más completo de las cartas ya publicadas lo recogen A. Mones y M. A. Klappenbach (1997).

*cimiento de geografía*², de donde salen los nombramientos de cuatro comisarios, mientras el caso de Azara debió llevar otros cauces, ya que procedía de la Academia de Ingenieros de Barcelona.

En una carta del marqués de Sonora, D. José de Gálves a González de Castejón dada en San Idelfonso el 31 de julio de 1781, le comunicaba la dificultad de elegir a la persona para esta tarea de Estado ya que debería tener conocimientos y profesionalidad. Y considera que es incuestionable la elección de Varela³ como principal comisario, la de Diego de Alvear y otros, e indica la conveniencia de *"que fuera D. Félix de Azara que solicita pasará a la Marina desde el Cuerpo de ingenieros en que sirve, y de cuya habilidad podemos sacar utilidad empleándole en la división de terrenos y en levantar los planos necesarios"*⁴. La sugerencia fue aceptada por González Castejón, y en carta al conde de Floridablanca le dice que sustituye el cuarto comisario que ya había sido elegido por el teniente coronel de ingenieros D. Félix de Azara, y añade *"con reflexión á su utilidad, como VE me expresa"*⁵. También debió participar en su elección D. Antonio Valdés y Bazán, que más tarde será secretario de Estado y de Despacho Universal de Marina, o pudo contar con el respaldo de su hermano, el diplomático D. José Nicolás, entonces agente en Roma; de cualquier manera era un ingeniero cualificado que había ascendido a teniente coronel de infantería, con 16 años de servicio en el ejército.

Por razón de este nombramiento, Azara dejó su

anterior destino, como el mismo informa al respecto: *"Encontrándome en 1781, en San Sebastián, ciudad de Guipúzcoa en calidad de teniente coronel de Ingenieros, recibí por la noche una orden general para marchar inmediatamente a Lisboa y para presentarme a nuestro embajador"*. Lisboa fue el lugar de reunión con la expedición que llegaba desde Cádiz al mando de José Varela y Ulloa (del observatorio astronómico de Cádiz), acompañado de los oficiales de Marina encargados de esta misión demarcadora en el Río de la Plata, además, traían los instrumentos necesarios para mediciones y los instrumentistas, mientras dos de los comisarios nombrados les aguardaban en Buenos Aires⁶. Embarcaron de Cádiz a Lisboa para desde este último lugar continuar viaje hasta su destino, y de esta manera evitar los conflictos que podían generar la guerra de España contra Inglaterra. Zarparon de Lisboa el 23 de enero de 1781, en la fragata portuguesa el *Santísimo Sacramento* hacia el puerto de Río de Janeiro⁷, ya embarcados, en alta mar, y por medio de un despacho del Rey, como también sucedió con otros miembros de la expedición, Félix de Azara ascendió en su carrera, con su nombramiento de capitán de fragata.

Desde Río de Janeiro se reanuda la comisión con derrota a Montevideo, a donde llegaron el 13 de mayo siguiente, pasando a Buenos Aires en febrero de 1783, reuniéndose con el virrey Juan José de Vértiz y Salcedo, que les comunicó las órdenes y entregó las instrucciones que deberían seguir, y dispuso la salida de las cuatro Divisiones o Partidas en que se compartimentó la frontera del virreinato y

²Carta, Aranjuez 22-mayo-1781. Archivo Museo Álvaro de Bazán (en adelante AAB), El Viso del Marqués (Ciudad Real), Expediciones a Indias, Leg. 1.

³José Varela se destacó en el relanzamiento del Observatorio junto a Vicente Tofiño, y prepararon los nuevos instrumentos de precisión que se habían adquirido en Londres. Realizaron una primera fase de observaciones de la posición de los planetas, que terminó en 1775, y comenzó la adecuación de las nuevas técnicas para mejorar la navegación marítima en un programa hidrográfico.

⁴Carta sin firma, Sección Estado, Leg. 4554/4, no 11, Archivo Histórico Nacional de Madrid (en adelante AHN). Y en documento no 12, al margen de una minuta va escrito que *"está bien que en lugar de uno de los capitanes de fragata por el teniente coronel Félix de Azara que pretende pasar a la Marina desde el cuerpo de ingenieros y que con su habilidad puede ser útil ..."*

⁵Ibídem, Documento 13.

⁶Ibídem, doc. 17. En carta del Marqués González de Castejón, al conde de Floridablanca; San Lorenzo 18-octubre-1781, dice que en lugar del quinto capitán de navío debía ir Azara con dos jóvenes aventureros para instruirse, un maestro de instrumentos, para cuidar de los que llevan y demás persona de su equipo.

⁷Abundante correspondencia de José Varela y Ulloa referente a esta salida y viaje dirigida a D. Antonio Valdés y Bazán se encuentra en la Sección Histórica, Leg. 4815, del AAB.



avisó al Brasil para que se unieran a ellos las Partidas de portugueses. Desde Buenos Aires, el 25 de diciembre de 1783, escribió Azara una carta a D. Antonio Valdés, dándole la enhorabuena por su nombramiento en la Secretaria de Marina e informándole de la marcha de su viaje, como dirá *“puntuales noticias”*⁸, lo mismo que debió comunicar al conde de Floridablanca.

La primera Partida iba a cargo de José Valera y Ulloa, capitán de navío; la segunda al mando de Diego Alvear, teniente de navío que le aguardaba en Buenos Aires; en la tercera iba como comisario principal Félix de Azara, capitán de fragata e ingeniero; la cuarta por Juan Francisco de Aguirre, teniente de navío que estaba ya en América. En la Partida de Félix de Azara iban además Martín Boneo, como ayudante de comisario, Ignacio Pazos, Pedro Antonio de Cerviño. Este último se encontraba en el virreinato antes de la llegada de los comisarios. Además formaban parte de la Partida personal de tropa, un carpintero, un capellán, un cirujano, un sangrador, dos prácticos de los ríos y otros cargos menores.

Las Partidas acudieron a sus respectivos destinos, los de la tercera y cuarta, embarcaron desde el puerto de las Conchas, próximo a Buenos Aires, para seguir los ríos Paraná y Paraguay hasta alcanzar la ciudad de Asunción, donde se separaron. Azara debía continuar después a la villa de Curuguatí (actual Curuguaty), no distante del río Igatimí, lugar de reunión con los portugueses. Pero a su llegada a Asunción el 9 del febrero de 1784, recibió la noticia de no haber acudido la Partida portuguesa para poder recorrer juntos los territorios de los indios mbyayás, paso previo para fijar la frontera. En la carta antes referida de 1783, tras precisar cómo sería la marcha de su Partida hasta el encuentro con los comisarios brasileños, advertía Azara *“...pero si los portugueses no se hallan en el Igatimi, de poco servirá mi diligencia”*.

Correspondencia durante su estancia en Asunción

Lo más destacable es que la misión encomendada a Azara no llegó a poderla realizar, no obstante, su preocupación por cumplir con responsabilidad y honradez la tarea encomendada por la Corona queda de manifiesto en la correspondencia de esos años, sobre todo en los primeros de su estancia en Asunción, en donde vivió trece años, aunque interrumpió esta monotonía con numerosas idas y venidas por la provincia del Paraguay, llegando a las tierras de las misiones donde estuvieron los jesuitas hasta su expulsión por decreto de Carlos III en 1767⁹.

El primer conjunto de cartas publicadas de Azara pertenecen a este período de su vida –1784-1797– por el historiador y periodista italiano Pedro de Angelis¹⁰, quien colaboró en la búsqueda de la identidad nacional de la actual Argentina tras proclamar su independencia, sobre todo durante el gobierno de Juan Manuel Rosas. En su prolongada labor se ocupó de recopilar lo que él consideraba que eran importantes textos de la última etapa española, y que podían ofrecer interés para la historia de la joven Nación, reuniéndolos en su **Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata**, Buenos Aires, 1836, Imprenta del Estado, en su tomo IV, reeditada en diversas ocasiones.

Comienza este período epistolar, unos días después de llegar a la ciudad de Asunción. Allí Azara cumplía con sus obligaciones de jefe de la tercera División, informando en forma escueta al nuevo virrey, marqués de Loreto, de su llegada el 9 de febrero de 1784, además le notificaba los percances acaecidos en la navegación del río Paraguay. En las restantes cartas oficiales de ese año y el siguiente dirigidas al marqués de Loreto, al intendente Pedro Melo de Portugal y al comisario principal José Varela, también pondrá de manifiesto su preocupación por realizar con certeza la misión encomendada, como era fijar sobre el terreno el sector fronterizo

⁸Entre la bibliografía consultada no se encuentra la referida carta del AAB. Véase en particular Julio César González (1943a).

⁹A. Ocampos Caballero y R. Rodríguez (1995).

¹⁰Azara (1970d).



entre Paraguay y Brasil junto con los portugueses. Recogido en el Artículo IX del tratado de 1777.

“Desde la boca o entrada del Igurey (afluente del Paraná tras el Salto Grande) seguirá la raya, aguas arriba de este, hasta su origen principal; y desde él se tirará una línea recta por lo más alto del terreno con arreglo a lo pactado en el citado artículo VI, hasta hallar la cabecera o vertiente principal del río corre á dicha línea, que desagüe en el Paraguay por su ribera oriental, que tal vez sea el que llaman Corrientes. Y entonces bajará la raya por las aguas de este río hasta su entrada en el mismo Paraguay, desde cuya boca subirá por el cauce principal...”¹¹.

El problema principal estaba en identificar cuáles eran los ríos Igurey y Corrientes al norte de la Gobernación de Paraguay que recogía el texto del tratado. Para estar seguro y acertar en la tarea se ocupó de obtener noticias veraces de la geografía de esta parte de la intendencia del Paraguay, bastante desconocida aún, y pudo observar la imprecisión de los nombres que los indígenas daban a los ríos, lo que conducía a innumerables errores de apreciación geográfica de los que se habían aprovechado los portugueses en la demarcación del tratado de 1750. Con la mente siempre puesta en no defraudar los derechos de la Corona, quiso saber la utilidad de aquellas tierras al norte de la ciudad de Concepción, la más septentrional de las pobladas por los españoles, casi desconocidas donde habitaban los indios *mbayás*¹², debía conocer cómo eran utilizadas, caracterizar sus pastizales, porque todo ello favorecía la negociación con la zona neutral que debía haber en la frontera entre ambas naciones. Sin embargo, Azara se manifiesta en contra de esta idea de la zona neutral pues creía que sería un semillero de dificultades en la práctica.

A D. José Varela, Asunción 13 de enero de 1784.

“En el tiempo que he estado aquí, no he dejado de indagar noticias de los terrenos que debo demar-

car. El resultado de ellas me pone en precisión de consultar a V.S. algunos puntos muy interesantes a la demarcación que he de hacer por los ríos Igurey y Corrientes.

Toda la dificultad está en averiguar cuáles son dichos ríos que no existen con los referidos nombres, ni el último tratado da seña para hallarlos ...”.

También fue dando a conocer a las autoridades del virreinato el descontrolado avance portugués por aquellas regiones aún sin dominar por España y la actitud en contra de los lusitanos. Muy crítico en sus juicios, como dirá Azara su actitud de desagrado con los lusitanos obedecía a dos pautas: la una la dilatación, pues no acudían a la citas, y cuando lo hacían no tenían paciencia para reconocer el terreno. La otra postura era plantear dudas y disputas por cualquier motivo, de este modo, consideraban que los ríos del tratado sólo eran simples arroyos. Así no podrían llegar a aprobar de mutuo acuerdo los trabajos realizados por los demarcadores. De los mismos indígenas recibió noticias de la presencia portuguesa en el alto Paraguay, donde había un presidio o fortaleza que más tarde Azara mandó reconocer por uno de sus subalternos, llamada Nova Coimbra¹³ y la población de Albuquerque, precisando su latitud y ubicación a la orilla del río Paraguay, en tierras donde aún no se había precisado la frontera del tratado. Ambas construcciones fueron motivo de reflexión de Azara; por ello se pronunció convenciendo a las autoridades del gran inconveniente de estar en un lugar que impedía a los españoles utilizar el río para la navegación en su propio derecho.

Siempre preocupado por realizar las tareas demarcadoras a favor de la Corona española, expresa su crítica en repetidas ocasiones, sobre los reconocimientos efectuados unas décadas antes por los miembros designados para la frontera por el tratado de Límites de 1750, quienes pusieron escaso interés en encontrar los ríos nombrados en el acuerdo y que él ahora debía precisar, perdiéndose así un sector importante de terreno al norte de la intendencia

¹¹Azara (1836b).

¹²Azara (1847a) hace una amplia descripción de los indios *mbayás*.

¹³En el Archivo Histórico Nacional de Madrid (en adelante AHN), Procede del Leg. 4391, Sig.^a. 92., hay un mapa de este fuerte, con nota que dice *“tres mapas correspondientes a la carta de D. Félix de Azara, fecha en Asunción del Paraguay, escrita a Varela, el 13 de Enero del 1.789”.*

del Paraguay. Por sus anotaciones, debió leer con detenimiento los diarios y revisó los mapas de los anteriores demarcadores, porque hasta entonces no había sido visitada por expertos, y él da garantía de veracidad a los mapas realizados en aquella ocasión por José Custodio de Súa Farías quien iba al mando de la partida portuguesa. Su preocupación por precisar los límites le lleva a enviar en la mayoría de tales cartas croquis o mapas sobre la región que debía demarcar.

Otra cuestión que recogen las cartas escritas en Asunción, fue la visita que realizó a los pueblos de Misiones; así justificaba al virrey este proyecto: “a fin de no holgar. Y de adelantar alguna cosa la geografía de la provincia”¹⁴. Como se recordará su interés por la geografía de la Provincia del Paraguay, le llevó a un plan muy ambicioso, cartografiar su amplio territorio; en parte, para llenar el vacío de información que le ofrecían los territorios de la línea divisoria que debería más tarde demarcar, y al mismo tiempo para satisfacer al gobernador del Paraguay, Pedro Melo de Portugal, en su afán de conocer mejor los límites de su provincia, y poder acreditar la situación real de sus fronteras ante los portugueses. Una primera etapa de sus viajes, que se podría llamar de entretenimiento, que (según compendia el manuscrito de la **Geografía Física y Esférica del Paraguay**), fueron once; desde el 12 de Junio de 1784 cuando emprendió su primera visita a la población de Villarrica, hasta el 8 de Febrero de 1788, cuando regresó de su viaje a Corrientes. En este tiempo se ocupó de llevar a cabo numerosos trabajos de campo, siempre atento a observar y medir la situación de las poblaciones y los accidentes geográficos.

A su constante desvelo por la demarcación, añadió en los últimos años de su estancia en Paraguay, la defensa epistolar que hizo sobre los conflictos ocasionados por el gobernador D. Joaquín Alós. Todo comienza con la petición realizada por el cabildo de Asunción, de un extracto de sus trabajos sobre los lugares recorridos y un mapa de la provincia¹⁵, que se apresuró a ofrecer el 9 de junio de ese

año. Así respondió Azara a ello:

“Recibí oficio de V. S. el 22 de marzo en que solicita que le fraquee el mapa que he hecho de esta provincia, con otro del curso de este rio hasta las reducciones de Chiquitos, como también otras noticias que cree haber recibido, todo con el fin de instruirse V.S. de trasferir estas noticias á la posteridad, de ilustrar la historia pasada y futura, y de dar un laudable ejemplo y poderoso estímulo a todas las ciudades para que busquen de un modo semejante los modos de adelantar la geografía y la historia. La gravedad del asunto á condescender con la atenta súplica de V.S. Para ello estoy finalizando los cálculos y dando el último toque á dichos mapas y noticias, que dentro de pocos meses pondré en manos de V.S. porque he reflexionado que quedando mis mapas bien asegurados en esta sala capitular o archivo, podrán servir en cualquier siglo no solo para ver el estado natural de la provincia, y para cotejarlo con el que tuviere entonces, sino también para que cuando algún pueblo, ó parroquia se fundase, pueda el cabildo disponer se sitúe en dichos mapas, lo mismo que los nuevos descubrimientos de los ríos y países. De este modo insensiblemente y si trabajo, se irá añadiendo lo nuevo y lo que faltare, y se corregirán los yerros que hubiese: todo lo cual podrá hacer cualquier un poco curiosos sin necesidad de hacer observaciones astronómicas ni repetir las grandes penalidades que he sufrido. Nuestro Señor guarde a V.S. muchos años. Asunción 12 de Abril de 1793. Félix de Azara. Muy ilustrísimo cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Asunción”.

Los mapas y descripciones de Azara fueron sustraídos por el gobernador, y, a la vez hubo un intento de suplantar la autoría de su obra por parte del virrey, quien recogiendo parte de sus textos compuso una relación que envió a la Corte. Pero, descubierto el robo, pretendió Alós levantar sospechas sobre Azara, prohibiéndole la consulta de los archivos de la ciudad para estudiar su historia, e intentó convencer a la Corte de que trabajaba secretamente para los portugueses¹⁶. En una larga carta al Rey, Azara se defiende de todo ello, implicando al gobernador en esta usurpación, le dirá: “Noticioso el

¹⁴Asunción del Paraguay 11-junio de 1784. Carta V. (Azara, 1970d:368).

¹⁵Vid. Carmen Martínez Martín (1997b)

¹⁶Parte de esta correspondencia ha sido publicada en Félix de Azara (1943a). También figura en la **Descripción**

governador de que constaba su proceder empezó a decir que yo era Reo de Estado porque había hecho la Carta de las Fronteras y una Descripción con cláusulas de lesa Magestad, y lo mismo el Cabildo por haberlas admitido en su Archivo ...”.

Terminaba la carta diciendo: “Suplico á V M digna admitir mi Descripción y Cartas que este Cabildo ha puesto á los pies de VM, no por su valor, sino por buena fe, lealtad y amor con que se ha procedido, mandando al mismo tiempo que restituya ael Gobernador al Cabildo lo que estrago ilícitamente de su Archivo, declarandonos vasallos fieles, mientras nos consideramos felices bajo el amparo, y protección de tan soberana Magestad”¹⁷.

Al no haberse llevado a cabo la demarcación asignada a la tercera y cuarta Partida porque allí tampoco acudieron los portugueses, la moral de todos comenzó a resquebrajarse, sobre todo en estos últimos años de su vida en Paraguay; por ello hay algunas cartas solicitando el retiro: para Martín Boneo por su estado de salud, también para el carpintero Pedro Guillermo Rodríguez debido a sus achaques y cortedad de vista, sin poder seguir en su servicio. Y el mismo Azara en 1793, y también al año siguiente pide su relevo y regreso a España en tres cartas. Dos de ellas firmadas con el comisario de la cuarta Partida, igualmente ocioso en Paraguay, dirigidas al rey y al baillío Antonio Valdés Bazán, ministro de Marina e Indias; la tercera firmada sólo por Azara; todas, con análogos argumentos sobre no haber acudido los portugueses a la cita, y la falta de actividad y gastos al real erario que suponía su estancia allí, o que un oficial no debe estar separado

tanto tiempo de sus Jefes y Cuerpo. Finalmente dice que en un destino tan remoto, tiene quebrantada su salud “en términos que no podrá desempeñar el objeto de su destino”¹⁸.

Correspondencia con Pedro Cerviño

Pedro de Cerviño fue su fiel subalterno en la expedición demarcadora. Iba en ella en calidad de ingeniero, título concedido por el virrey en 1783, por tanto no procedía de las academias militares de España; no obstante llegaría a ser director de la Escuela Náutica y de la Academia de Matemáticas de Buenos Aires en 1812. Estuvo con Azara durante su estancia en Asunción, quien le encargó diversas comisiones y le ayudó a levantar la Carta del Paraguay, pero también pasaron juntos a Buenos Aires a donde fueron reclamados por el virrey Pedro Melo de Portugal, encargándoles el 10 de febrero de 1796 que fueran a reconocer la frontera sur para acallar a los pobladores que pedían levantar más fuertes de defensa contra los indios de la pampa¹⁹.

Y terminada esta misión, Azara visitó las posesiones españolas al sur del Río de la Plata y del Paraná, donde contó con la ayuda de Cerviño para cartografiar estos ríos. Por ello, Azara dijo de él en una certificación de méritos que “ha desempeñado puntualmente todas su obligaciones, no solo como demarcador e ingeniero, sino también otras extraordinarias que le he confiado...²⁰”. También alaba su labor cartográfica en carta al virrey desde la frontera a fines de 1797, notificándole que habiendo concluido Pedro Cerviño sus tareas geográficas de estas fronteras, regresa a ella “llevando el mapa que im-

Histórica, física, política y geográfica del Paraguay escrita por D(ón) Félix de Azara, manuscrita del Museo Naval de Madrid, Mss. 491. Asimismo hemos localizado cuatro cartas del cabildo, del gobernador al virrey Nicolás de Arredondo, y de éste último con el secretario de Estado, duque de la Alcudía, que se refieren a estos conflictos entre los años 1792-1793. AHN, Estado, leg. 4548.¹⁷Asunción del Paraguay 19-enero de 1794. Estado, Leg. 4555, nº 57. AHN

¹⁸Ibidem, leg. 4397/5, nº 1 y 2. Leg. 4555/15, nº 108

¹⁹Carmen Martínez Martín (1997a)

²⁰Copia de la certificación de méritos de D. Pedro Cerviño en donde se incluyen dos cartas de Azara. En la primera, Asunción 25-3-1.794, destacaba las colaboraciones en la Provincia del Paraguay durante su mandato. Estado 3386. AHN. Igualmente destaca esa colaboración el propio Cerviño en su informe de méritos presentado para su ascenso a la agregación de teniente de Regimiento de Infantería de Buenos Aires. Buenos Aires, 12-11-1.795. Archivo General de Simancas (AGS). Secretaría de Guerra. 6813. Exp.30 Ya antes de la llegada de los comisarios había destacado Cerviño como cartógrafo y su valía quedó acreditada con el cargo de director de la Escuela Náutica y de la Academia de Matemáticas de Buenos Aires en 1812.

²¹Carta de Azara a D. Antonio Olaguer Feliu, Cerro Largo 11-12-1.797, Estado 3386, AHN.



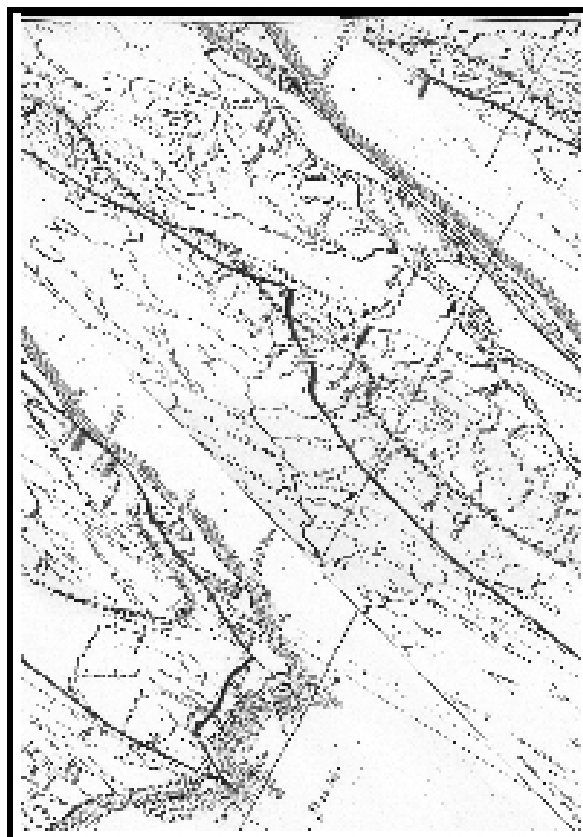
ponía a su Exc. de la situación de nuestros puertos y de los portugueses²¹”.

Debido a todas estas circunstancias, mantienen comunicación epistolar, mayormente cuando Azara obtuvo del virrey Melo de Portugal el mando de la frontera oriental del virreinato con los portugueses del Brasil, en 1797. De tales cartas están publicadas dieciséis escritas por Azara, entre 1789-1801²², no con la frialdad de la anterior correspondencia oficial como denotan sus expresiones: suele comenzar como “Querido amigo”, “Amigo y dueño”, “Querido Cerviño”, “Amigo Cerviño”, y siempre se despide cono “fiel amigo”, “honrado amigo”, “honrado y fiel amigo”. Algunas son sólo comunicados, pero en su mayoría revelan su estado de responsabilidad para cualquier misión que le fuera encomendada; es bastante crítico con el medio social que le rodea, no obstante, a veces permite entrever su fragilidad y cansancio, deseando regresar a España: “Nada he sabido de mi relevo, y no lo extraño porque la Corte [no] está para pensar en estas cosas; sin embargo crece cada día la impaciencia en mi de marchar sin que yo pueda explicar a Vmd lo insufrible que me (e...) Destino tan largo, en que me veo precisado a contextar en asuntos ridículos. Quiero irme á un rincón donde no oiga cosa alguna de la que pasan en el Mundo [Paraguay 19 de diciembre de 1794]”. Y casi siete años después, dirá: “pero mi suerte siempre infeliz parece quiere que yo perezca entre las fieras [seguramente hace alusión a los indios Minuanes y Charruas de la frontera]. Yo se los cedería de buena gana con tal que me sacasen de tanta desdicha, porque nada deseo de quanto tiene el mundo sino retirarme a un rincón donde nadie me conozca”. (Batoví 2 de enero de 1801).

Correspondencia con Miguel Lastarria

Nombrado jefe de la frontera del virreinato del Río de la Plata con Brasil, Azara recorrió los territorios desde Sacramento hasta el fuerte de Santa Teresa y el de San Miguel y la frontera con los dominios portugueses hasta el Monte Grande, “para examinar las fuerzas y recursos de nuestros límites”,

como escribía a Cerviño, e informaba al virrey Antonio Olaguer Feliu, sobre las defensas de los fuertes españoles en las visitas que realizó a los mismos²³.



Viajes de Félix de Azara en la Banda Oriental (líneas marrones), con los lugares de los fuertes de Santa Teresa, San Miguel, la villa de Batoví y Cerro Largo, en todas esas localidades escribió cartas. Tomado de A. Mones y M. A. Klappenbach (1997).

Con la llegada del nuevo virrey, el marqués de Avilés, añade a sus anteriores cometidos su colaboración en la repoblación de 100 leguas en la frontera luso-hispana, siguiendo un proyecto anunciado en 1792, por distintos administradores y autoridades próximas a la frontera, y llevado a la práctica por el marqués de Avilés en los años que estuvo a cargo del virreinato del Río de la Plata. Su finalidad era evitar que los portugueses fueran ensanchando su territorio, porque fomentaban activamente el contrabando, y acogían en su territorio los ganados sustraídos de los campos españoles. Además controlar a los indios charrúas de las campañas, los que, al

²²A. Mones y M. A. Klappenbach (1997:177-188)

²³Copia de las cartas desde los fuertes de Santa Teresa y San Miguel, 21 y 23 de octubre de 1797, respectivamente, se conservan en el Archivo General de Indias, Diversos, 31, doc. 101.

estar liados con los minueros, habían constituido una amenaza constante en la frontera, pero esta situación se había agravado en la época del marqués de Avilés, lo que obligaba a una rápida actuación en respuesta a la misma.

Para solucionar los problemas de la Banda Oriental, Avilés proyecta un plan que preveía eliminar a los maleantes e indios mediante vigilancia militar, y la repoblación con labradores honrados, utilizando familias que estuvieran dispuestas a instalarse en estas peligrosas regiones.

Para ello acudió a Francisco Bermúdez, Jorge Pacheco y Félix de Azara; el primero reforzó los soldados con 100 blandengues que era un cuerpo veterano y disciplinado del virreinato, haciéndolo con gente ociosa, prófugos de la justicia a los que indulgó para que sirvieran como soldados; sin embargo eran la única fuerza para apoyar las nuevas poblaciones²⁴. En este contexto, Azara fundó San Gabriel de Batoví en las inmediaciones del río Ibicuy con las familias que desde hacía veinte años esperaban que se resolviese su destino, pues fueron enviadas para poblar la Patagonia. Ochenta familias estableció Azara en Batoví y pensaba levantar en breve otra en Monte Grande. En carta de Azara a Benito de la Mata Linares, regente de la audiencia de Buenos Aires, al que debió también tener informado, le escribía²⁵: *“Dos fines me trajeron aquí. El primero, liberar al erario de las familias pobladoras, y el segundo asegurar nuestros dominios. El primero está cumplido, pues quedan descartadas las familias que se pusieron a mi disposición, menos cuatro o cinco que están ya en camino y las desecharé luego que lleguen. En cuanto al segundo, tengo ya poblada como 30 leguas de frontera y todos los pobladores*

*para esta villa ...”*²⁶.

En tales tareas contó con el apoyo del virrey y la amistad del secretario privado de éste, Miguel Lastarria, un abogado, natural de Arequipa (Perú), graduado en leyes en Chile, que llegó a Buenos Aires en 1800 donde estuvo empleado por el virrey Avilés como Asesor y Secretario durante el tiempo que duró su cargo²⁷, y con quien mantuvo Azara una estrecha amistad. Se sabe que le escribió 36 cartas en el último año que residió en América, sin embargo sólo se han publicado 19²⁸: la primera estando Azara todavía en Montevideo (17 de setiembre de 1800), y la última desde Batoví (20 de junio de 1801). En ellas trata fundamentalmente de su actividad repobladora, los conflictos acaecidos con Jorge Pacheco y critica al cuerpo de Blandengues de la frontera en estos duros términos: *“Me dan doscientos Blandengues que estan a pie, y aun creo sin armas ni municiones; porque son una gente absolutamente indisciplinada, sin oficiales, y capaz de destruir al mundo entero. No hay con quien compararlos siendo les igualmente desconocidos el honor, pudor, vergüenza, subordinación, respeto y en fin nada de bueno tienen, y cada uno junta todo lo malo de que es capaz un hombre ...”*²⁹.

En su relación epistolar le confía informaciones sobre movimientos de los portugueses y noticias obtenidas de espías, entre otras críticas dice: *“Ya he sabido que hay muchos portugueses poblados y establecidos en Batoví en las tierras que yo voy a repartir. Es de saber que por aquellos parajes está señalada y amojonada la Línea divisoria con acuerdo de los Comisarios de ambas Naciones. Por consiguiente. dichos pobladores poblados han incurrido en las penas del artículo 17 del Tratado, sin que esto*

²⁴J. M. Mariluz Urquijo (1953)

²⁵Benito Mata y Linares fue funcionario de la Corona, nombrado oidor de la Audiencia de Chile en 1776, con el mismo cargo pasó a la de Lima y en 1787 a regente de la de Buenos Aires. Conocido por la su rica colección documental o copias de documentos durante su estancia en América. Hoy se conserva en la Academia de la Historia de Madrid.

²⁶Carta desde Batoví el 5 de diciembre de 1800, Colección Mata y Linares, Tomo LXXX, Real Academia de la Historia, Madrid. Publicada en Azara (1994).

²⁷En 1803 viajó a España donde presentó al real Consejo una memoria titulada: **Reorganización y plan de seguridad exterior de las muy interesantes colonias orientales del río Paraguay o de la Plata, que propone humildemente para mejor servicio del Rey nuestro señor,...**

²⁸O. Baulny (1971b:239-263) transcribe ocho cartas. También A. Abadie y O. Abadie (1977) quienes incluyen doce cartas de Azara a Lastarria, todas ellas antes publicadas por F. García (1971).

²⁹Batoví 16-enero-1801. Publicado por O. Baulny (1971b).

*pueda tener la menor duda; en cuya virtud pienso enviarlos presos a Montevideo a disposición de Su Excelencia.*³⁰.

Le preocupa la agricultura colonial, en un momento en que redactaba un informe general de la agricultura del Río de la Plata, dando noticias sobre las condiciones sociales y económicas reinantes. En estas fechas estaba redactando su **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata (1801)**³¹ para el marqués de Avilés: *“El pensamiento que insinué a Vuestra Magestad es el de suprimir las estazuelas de ganado que tienen estas guardias, quitando con este motivo, los cuarenta peones y un capataz que actualmente disfrutan 4500 ps. anuales... A decir verdad, creo que habrá pobladores para llenar estas campañas hasta salir a Uruguay; y, si esto sucediese, habría una grande extensión de tierras ocupadas con estancias que hoy están baldías y son abrigo de ladrones y de los indios charruas y minuares ...”*³².

Era objeto de su atención los pueblos de las Misiones guaraníes de los expulsos jesuitas, lindante con el territorio que estaban poblando. Se interesó por la situación de los indios y cómo se verían afectados con los proyectos de repoblación, al poderse ocupar tierras de sus pueblos. Aquella experiencia le sirvió para informar al Consejo de Indias del proyecto de libertad de los indios guaraníes iniciado por el marqués de Avilés en 1800, pues dio libertad del sistema comunitario en que habían vivido a 300 familias. Llegando a ser un tema controvertido al tras abandonar Avilés el Río de la Plata, hasta acabar con el real decreto de 1803, en que se generaliza la anterior medida de libertad de los guaraníes³³.

Además Azara contribuyó a redactar el informe solicitado a la Junta de Defensa y Fortificaciones de Indias sobre la obra escrita por Miguel Lastarria, titulada **Plan para la reorganización y seguridad exterior de los dominios del Río de la Plata...**(1805), pues tras su regreso España a fines de 1801, ya

acabada la comisión para la que fuera a América, y sus posteriores estancias en el extranjero con su hermano José Nicolás, Félix de Azara, regresa de nuevo a la Península, y entre 1805 y 1808 desempeñó el cargo de vocal de la referida Junta.

Durante su comisión en la frontera manifiesta gran decaimiento, pues no se debe olvidar que cuando Azara pasó a hacerse cargo de la frontera tenía 52 años de edad, Así comienza la carta que envió a Lastarria el 5 de diciembre de 1800: *“Vuestra merced me aconseja bien la resignación y paciencia, y me consuela representándome las utilidades y ventajas de la religión y el Estado; pero yo soy hombre y muy flaco, y mi carne y espíritu se resienten muchísimo de tanta impertinencia, trabajo y disgusto. Dejemos esto que sería nunca acabar ...”*.

En su carta a Lastarria del 16 de enero del año siguiente, se quejaba de la falta de medios para realizar la misión de repoblar la frontera y porque carece de la defensa necesaria. En medio de este contexto le dice: *“En fin repito que es bien triste cosa vivir de este modo. Si Dios me da paciencia y su gracia seré un gran Santo. Aseguro a vmd. que si alguna vez me ocurre la muerte involuntariamente extendiendo los brazos para recibirla por no presenciar tantos objetos de iniquidad. Tenga vmd paciencia y sufra la relación de mis angustias, pues es un desahogo que bien lo necesito”*.

Y 13 de Febrero continúa con su pesimismo: *“Como en todas mis ideas me veo solo porque nadie piensa como yo, me sucede a ratos que dudo si estoy loco viendo que soy solo en todo, y quanto digo a todos coge de nuevo. Por lo demás sufro y padezco. Algunas veces me desahogo con vmd. Pero nada de esto trasciende a mis obligaciones, ni altera mi plan que se seguirá al pie de la letra como no me falten los auxilios precisos, que no serían muchos porque no he de pedir gollerías: pero si me cortan lo necesario me repentiré infinito de haberme adelan-*

³⁰Ibidem, Cerro Largo 8-octubre-1800

³¹Publicado por su sobrino Agustín de Azara en 1847 (Azara, 1847b)

³²Ibidem, Cerro Largo 8-octubre y Batoví 14-noviembre-1800.

³³Servicio Histórico Militar (SHM)(5-1-3). Entre la documentación encontramos una copia manuscrita del informe o **“Dictamen de la Junta de Indias sobre la libertad concedidas a los Pueblos de Misiones Guaraníes”**. También manuscrito, un informe a la Junta en la Colección Mata y Linares (RAH); Vol 74, ff.322-329. Y publicado en Azara (1847a:110-128).

tado tanto“.

Llega a su extremo unos meses antes de partir para España, el 3 de abril, en que escribía a Lastarria: *“Yo no pienso sino en retirarme a toda costa, y no a esa, donde me pueda jorobar el gobierno con informes y Comisiones difíciles y sin auxilio, sino al Paraguay, y si pudiese al Polo antártico donde no viese ni oyese lo que por mis pecados estoy precisado a ver y oír, y a sufrir por todos lados y líneas“.*

En la última carta, desde su residencia en Batoví, el 20 de junio, le comunica que tiene noticias de pasar a la Corte en la primera ocasión que se presente. Acaba con el mismo tono de pesimismo: *“Dios ha querido favorecerme sacandome de un país en que no había comisión peligrosa y de infinito trabajo que no se quisiese poner a mi cuidado. Ahora querían soplarme el resguardo de esta frontera y campañas sin mas auxilios de los que he tenido en esta Población; y el Sr. Avilés meditaba por otro lado enviarme al Paraguay ...”.*

Por fin acababa su comisión en América, puesto que el nuevo virrey, Joaquín del Pino, firmó su traslado a la Península, embarcándose para alcanzar el puerto de Málaga en la Península a fines de 1801.



Félix de Azara. Modernidad e ilustración

JAVIER MORALES VALLEJO
Madrid

El advenimiento de la Dinastía Borbónica con Felipe V en 1700, supuso un profundo cambio en la sociedad española. El llamado reformismo borbónico originó una renovación social, cultural, económica y científica de grandes proporciones y abrió las puertas a una burguesía ilustrada y clases medias que se incorporaron a la política, incluso a la nobleza, desarrollando universidades, industrias, las artes y el comercio. En cierto modo se recuperó –en contexto sociológico y político distinto–, la brillantez cultural, científica y social de la Dinastía anterior en la época de los llamados Austrias Mayores. Este cambio de grandes proporciones abrió las puertas a una burguesía y clases medias que se incorporaron activamente a la política, la ciencia, la universidad, las artes y el comercio.

Sirvan como ejemplo, la reforma del Ejército y de la Marina y sus astilleros –y Félix de Azara llegó a General de Brigada, Teniente Coronel de Ingenieros y Capitán de Navío– la creación de Academias Militares y Reales Escuelas de Guardias Marinas para la formación de oficiales con gran preparación técnica, la creación de centros científicos como Observatorios Astronómicos, Jardines Botánicos, Reales Academias de Ciencias, Historia, Lengua, Bellas Artes, Escuelas Técnicas y un largo etcétera. Todo ello puso a España en la vanguardia del conocimiento y de la exploración científica y proporcionó oportunidades para que las clases medias y españoles de toda condición provenientes de pequeños pueblos rurales pudieran rendir lo mejor de sí mismos y llegar a los primeros puestos de la ciencia y de la política. Las Sociedades Económicas de Amigos del País canalizaron y potenciaron la participación activa de la sociedad civil y Félix de Azara trabajó para la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País estudiando flora y fauna del norte de Huesca.

que participó Félix de Azara, con todas las contradicciones, luces y sombras de su época. Junto con sus hermanos, fue un fiel reflejo del entusiasmo, preparación profesional y abnegación al servicio de la ciencia y de su Patria. Pero también fueron ambos paradigma del agotamiento del modelo borbónico que se truncó a sí mismo y a la brillante e incipiente sociedad civil ilustrada, en medio de las violentas alteraciones políticas y sociales producidas a partir de la invasión francesa de 1808. Significamente el mismo año en que Félix de Azara, con 62 años, se retira a su natal Barbuñales después de renunciar al Virreynato de Nueva España, México, como en 1815 rehusó la Orden de Isabel La Católica por no sentirse identificado con la política absolutista de Fernando VII.

Hombre lúcido y al final desengañado de tantos trabajos y de predicar en el voraz desierto político de la corte borbónica, escribía el 4 de abril de 1808 al Virrey de Buenos Aires. Habla de la falta de progreso por la pérdida de los caminos comerciales y por la falta de iniciativas en proteger y utilizar los ríos navegables. Analiza con la historia en la mano la desidia oficial y la pérdida de riquezas por abandonar a los indios: “... *así como los portugueses cazando indios llegaron a apoderarse del Mato Grosso los años 1724 hasta el 82 [...] y han hecho establecimientos al sur del río Itenez o Guaporé en la provincia de Moxos y Chiquitos [...] por los ríos Alegre y Barbados*“. Y concluye profetizando: “... *pues si no se abre la comunicación del Paraguay con Chiquitos, Moxos y Sta Cruz de la Sierra [...] todas estas provincias [...] las perderá infaliblemente en breves años la Corona de España y con ellas muchos países y riquezas. Bien puede nuestra corte meditar [...] con la mayor seriedad y prontitud pues de no hacerlo le costará muy caro y [...] verterá las lágrimas que yo preveo [...] si continuamos en la ignorancia, inacción y letargo...*”.

Una de estas familias de propietarios rurales de pequeños pueblos españoles abierta a la Ilustración, fue la familia Azara y Perera. La familia Azara y Perera forma parte de esa brillante nómina importante en la religión, la ciencia, la milicia y la diplomacia, luego injustamente olvidada. Las investigaciones realizadas en América por Félix de Azara fueron conocidas en su momento, pero sintomáticamente sus obras fueron publicadas antes en Francia y Alemania que en España. Su **Historia Natural de los Cuadrúpedos del Paraguay** se publicó en París en 1801, y en Madrid en 1802. Pero también en París en 1802 se publica su **Historia Natural de los Pájaros**.

En 1809 es el zólogo francés Walckenaer quien publica su **Viaje por la América Meridional**, traducido enseguida al italiano, sueco e inglés. En 1810 su **Viajes por la América Meridional** se publica en Berlín y Leipzig. En España, entre 1847 y 1848, fue su sobrino D. Agustín de Azara, Marqués de Nibbiano, quien publicó diversas obras de su tío fallecido en 1821.

D. Félix de Azara es muy conocido como geógrafo, topógrafo, explorador y naturalista. Pero hay que analizar su personalidad en su contexto familiar y sus trabajos y observaciones como historiador de la exploraciones y sistemas colonizadores españoles en el cono Sur.

Su faceta de observador antropólogo y sociólogo de las sociedades indígenas, así como sus polémicos juicios sobre las Misiones Jesuíticas en la América del Sur, la expulsión de la Compañía de Jesús en 1768, orden posteriormene suprimida por el Papa Clemente XIV en 1773. Episodios en los que la que la familia Azara estuvo tan directamente implicada, aunque no todos participaran de la misma manera.

Los siete hijos de la familia Azara y Perera nacieron en Barbuñales, que todavía en 1920 era un municipio con 148 edificios y 431 habitantes y, aunque su partido judicial era Barbastro, en la provincia de Huesca, pertenecía a la Diócesis de Lérida. Tres miembros de esta familia provinciana estudiaron en la Universidad de Huesca y llegaron a ocupar, por méritos propios, los primeros puestos en sus res-

pectivos campos.

El mayor, D. Eustaquio de Azara, nacido en 1727, estudió Derecho y Filosofía, fue religioso benedictino desde 1749 llegó a prior de Sant Cugat del Vallés, fue abad de otros monasterios y obispo de Ibiza. De acuerdo con el espíritu de la Ilustración y al igual que sus hermanos José Nicolás y Félix, fomentó las artes, la agricultura y la industria. Falleció en Barcelona en 1797 y, por lo que he podido rastrear de él poco o nada se implicó en la política y polémicas laicistas de su época. No obstante debieron estar muy unidos cuando Félix de Azara escribe a Godoy relatando sus increíbles servicios y dice: *“He hecho esta sucinta relación de mis servicios [...] en esta America para que V.E., impuesto de ellos y de mis hermanos y compadecido de ver que he consumido lo mejor y más precioso de mis días en los desiertos y países peores que un presidio se digne ...,”* etc.

José Nicolás de Azara (1730-1804) estudió igualmente Derecho Civil y Canónico en la Universidad de Huesca y en la de Salamanca. Dominó el francés, el italiano, fue conocedor del griego, excelente latinista traductor de Plinio y Séneca y editor de obras de Cicerón Virgilio y Horacio. Fue diplomático y embajador en Roma durante más de 30 años y marqués de Bibiano (en la Emilia, cerca de Karma) y el muñidor en Roma de la política borbónica contra la Compañía de Jesús. No fueron los ministros de Carlos III, Moñino ni el también aragonés Aranda, sino éste Azara al que los jesuitas llamaron *“el impío Azara”*, epíteto que también recayó en su hermano Félix por su crítica a los jesuitas en sus misiones americanas.

José Nicolás, de temperamento humanista, fue protector y biógrafo del pintor Mengs y también de los jesuitas artistas o científicos expulsados de España y refugiados en los dominios italianos de la Santa Sede, a pesar de haber sido fiel ejecutor de la política borbónica ante Clemente XIV, tan influidos todos por la Masonería. Fue arqueólogo, profundo estudioso de la química, de la historia y de la historia Natural, por lo cual creó una estrecha compenetración entre ambos hermanos, José Nicolás y Félix, cuyas vidas corrieron paralelas.



José Nicolás fue escritor culto al igual que Félix. Fue uno de los diplomáticos más importantes de Europa influyendo decisivamente en la elección de los Papas Pío VI y Pío VII. Intervino ante Napoleón Bonaparte salvando a la ciudad de Roma y regalando a Napoleón un busto romano de Alejandro Magno del siglo II, hoy en el Louvre. La ciudad de Roma le nombró Caballero y acuñó en su honor una moneda de oro. Embajador en París, tuvo gran amistad con José Bonaparte, futuro José I de España. Falleció en París en 1804 en brazos de su hermano Félix de Azara que había acudido para cuidarle y al que había abierto las puertas del mundo científico francés.

Estas dos vidas paralelas y brillantes tuvieron notables cualidades coincidentes: uno en la diplomacia y la cultura en Europa, el otro en la ciencia y en la milicia en América. Ambos con gran amor por su patria, gran inquietud intelectual y al final desengañados y retirados por la política borbónica. Ambos con mentalidad ilustrada y consecuentemente afrancesada, con sus luces y sombras.

Finalmente, coincidieron también alrededor de la polémica crítica jesuítica. La vorágine napoleónica y el absolutismo de Fernando VII, truncó su legado. A D. José Nicolás de Azara, en 1850 se le dedicó un monumento en Barbuñales. Ignoro si existe todavía y si a su hermano D. Félix le cupo un merecido reconocimiento similar.

D. Félix de Azara (1742-1821) fue, como es sabido, militar, historiador, naturalista, ingeniero cartógrafo y geógrafo, escritor, explorador y observador de la historia de las sociedades indígenas y su etnología. De aquí sus contactos con los jesuitas y sus análisis de los diversos métodos civilizadores españoles. Fue uno de los grandes científicos en aquel siglo de sabios, como Humboldt, Malaspina, Sesé y Mociño, Jorge Juan, Ulloa, Pavón, Mutis o Balmis. Se le puede calificar como un hombre del Renacimiento en plena Ilustración, abierto a la comprensión holística de la Naturaleza, la historia y las sociedades americanas. Muy influenciado por Buffon, Montesquieu, Rousseau y sus visiones del “estado natural primitivo” desde el progreso ilustrado.

divulgado de los análisis sociológicos y de las reflexiones históricas y sistemas de la colonización de España en América. Azara la divide, muy en consonancia de su época en el método laico y el eclesiástico, con especial crítica del método jesuítico, al que rechaza. Lo que más sorprende en Félix de Azara es su espíritu de comprobación experimental y científica de los datos tanto históricos como geográficos y cómo redescubre personalmente los antiguos caminos, base de la colonización y del progreso. Pero al mismo tiempo sorprende cómo determinados hechos son interpretados a la luz de sus convicciones personales contra toda evidencia. Nos referimos a sus análisis de las misiones jesuíticas.

En la mencionada carta al primer ministro Godoy, Buenos Aires, 4 junio 1797, describe su método: elaboración de mapas exactos “... *de las provincias de misiones guaraníes y Paraguay y del curso del famoso río de este nombre [...] registré los archivos en todas partes para averiguar [...] la historia de esos países [...] he navegado todos los ríos navegables y caminado millares de leguas por desiertos [...] con mil riesgos [...] y trabajos. Y he hallado los caminos por donde los conquistadores comunicaban estas provincias con el Perú [...] hoy desconocidos. He encontrado los ríos [...] de que habla el Tratado de Límites y [que] nadie sabía dónde estaban [...] Además he escrito la Historia y Geografía de estos países y la [Historia] Natural de cuatrocientos cincuenta pájaros y cincuenta y siete cuadrúpedos... etc.*”

En su carta al Virrey Marqués de Avilés, Buenos Aires, 4 de Abril de 1800, transcribe parte de su libro “**Descripción del Paraguay y Río de la Plata**” para ayudar al Virrey en su toma de decisiones, naturalmente de eficacia posterior, y describe perfectamente los caminos históricos de los conquistadores indicando sus coordenadas geográficas y demostrando su viabilidad para comunicar el Norte de Bolivia actual con el Río de la Plata navegando por el río Paraguay y utilizando los perdidos caminos aptos para carretas por tierra. Dice así: “... *Martínez de Irala en [...] 1536 y 1548 remontando el río Paraguay hasta los 21° y 5’, pasaron a pié á Santa Cruz de la Sierra y al Perú [...] Alvar Núñez Cabeza de Vaca [...] en los años 1542 y 1543 subieron hasta los 17° 57’ [...] Ñuño de Chaves en 1557 subiendo hasta los 16° 24’ saltó en tierra atravesando a pié*



la provincia de Chiquitos hasta fundar la ciudad de Santa Cruz de la Sierra [...] En 1564 el Sr. Obispo, el Gobernador y el citado Chaves [...] desembarcaron en los 19° 18', pasaron a Chuquisaca por tierra [...] Estos hechos incontestables se convence de la facilidad de comunicar el Paraguay con las provincias de Chiquitos, Moxos y Santa Cruz de la Sierra...".

Es decir, con rigor experimental expone la solución para la salida de las cosechas en carretas desde el interior hasta el río Paraguay y hacer así el camino “... en la mayor parte con buques grandes y el resto en carretas [...] evitando los rodeos y las inmensas y trabajosas distancias que hoy tiene la comunicación de estas provincias con Buenos Aires.” Es un ejemplo de racionalidad científica apoyada en datos empíricos: “... envié al capitán de fragata D Manuel Álvarez una minuta de los precios [...] ciento por ciento más baratos...” y concluye: “... qué fomento para aquellos países [...] por los que hoy apenas pueden sacar nada y por agua lo podrían todo [...] surtiríamos de géneros de Europa [...] un ochenta por ciento más baratos...”. Un análisis ilustrado y pura racionalidad: la mentalidad de las Sociedades de Amigos del País actuando en la profunda América. Desgraciadamente se desperdició la oportunidad.

Hay una cita reveladora en esta carta, dice Azara: “... el jesuita Sánchez Labrador fue dos veces del Paraguay a los Chiquitos por la derrota de 19° 18' poco antes de la expulsión, utilizando el río navegable [Azara lo llama “el mejor del mundo”] y los caminos aptos para carretas”. Curiosamente Azara solo cita a este jesuita como novedad, siendo así que las misiones jesuíticas perfectamente organizadas en su comercio, utilizaban este camino para exportar sus cosechas de yerba mate y otros productos al gran mercado de Buenos Aires. Y por allí entraban con destino a las misiones, productos europeos de todo tipo desde herramientas hasta libros o instrumentos musicales. Y eran los jesuitas los que desde sus estancias en el norte de Argentina, asumían las responsabilidades del comercio y evitar que los indios de sus ciudades misioneras fueran engañados.

Es curioso que un observador perspicaz y meticuloso como Félix de Azara no cayera en la cuenta

de que su esquema ideal de progreso, transporte y comercio estaba siendo utilizado con óptimo provecho desde 200 años antes. Esto unido a su visión racionalista y deshumanizada de los indios salvajes, es la gran paradoja de los análisis de Azara. Creo que no entendió bien la cultura y el progreso de las ciudades misioneras jesuíticas. Hoy son todas Patrimonio de la Humanidad de UNESCO, y están repartidas entre el Paraguay, la Argentina, Brasil y Bolivia. Es un reconocimiento a su increíble arquitectura monumental, su espléndido urbanismo y organización social adecuada a las tradiciones indígenas, a su música barroca, su literatura, teatro y danza y sus escuelas de pintura y escultura. Un oasis sin trabajos forzados en el que los españoles tenían prohibido entrar y con una enorme independencia de los poderes inmediatos virreynales que Azara no podía entender desde su mentalidad centralista y secularizada. Su apasionamiento por la verdad científica ilustrada no veía con buenos ojos las creencias religiosas y era enemiga de la intromisión de la Iglesia —representada por los poderosos Jesuitas— en la organización civil de la sociedad indígena. Azara fue un celoso defensor de los derechos de la corona ilustrada que creyó conculcados por una ciudades autogobernadas por sus propios caciques indios, cada vez más ricas e incluso eficazmente armadas para su autodefensa y para el servicio de su rey, pues fueron decisivas en la guerra breve e inevitable con Portugal defendiendo el estandarte borbónico.

La conspiración política contra los jesuitas estuvo en Europa pero su mayor causa estuvo en la América indígena organizada al margen de la explotación oficial. También en Europa en la que los jesuitas durante 300 años habían dirigido la formación universitaria, chocando vivamente con las ideas de la Ilustración que aspiraba a formar en exclusiva a unas nuevas clases dirigentes que moldearan una nueva sociedad y economía.

Los hermanos Azara a los que, rastreando sus vidas y sacrificios, hay que considerar como nobles y bienintencionados, asumieron las razones que el piadoso Carlos III y según reza su famoso Decreto de Expulsión se guardó en su real pecho.

El análisis de Félix de Azara es meticuloso y muy claro. Según él en el siglo XVI España desa-

rolla el método laico de civilización. Este consiste en entregar los indios a los particulares, a los encomenderos y conquistadores para que financiaran la conquista y ocupación del territorio sin gasto para la corona. A cambio recibían el fruto del trabajo de los indios a ellos encomendados y así durante dos generaciones. El encomendero debía vestirlos, alimentarlos, enseñarles oficios, cuidarlos etc., con prohibición de esclavitud o maltrato. Al cabo de ese tiempo los indios eran libres y pagaban su tributo como cualquier español.

Para Azara este es el método ideal: Organizar la vida productiva haciendo pasar al indio desde la vida salvaje a la civilizada a través del trabajo y los españoles como particulares eran el motor del progreso al que se incorporaban los indígenas. Adam Smith, el gran economista de la Ilustración, postula en su **“La riqueza de las naciones”** que el trabajo es la verdadera fuente de riqueza y que hay que dejar amplia libertad a la agricultura, a la industria y al comercio. Por eso sólo esta educación por el trabajo podía producir el efecto civilizador del progreso.

Sin embargo, el método que Azara llama eclesiástico y que fue llevado a su perfección por los jesuitas, consistía en crear ciudades indígenas autosuficientes, respetuosas de su propia cultura, segregadas del resto españolizado cuya columna vertebral era la comunidad de bienes muy acorde con la cultura *“salvaje”* del indígena.

Fue ésta una situación totalmente ajena a las nuevas corrientes ilustradas propiciadoras de una economía de mercado centrada en el individuo en particular. Para Azara el éxito de las ciudades misioneras jesuíticas era artificial y no se debía a la persuasión pacífica de los indios, sino a que éstos se refugiaban allí para protegerse de las cacerías portuguesas de esclavos. Y una vez en las misiones el indio se volvía indolente y perezoso al tener sus necesidades cubiertas. Azara se equivoca al no evaluar los indudables logros culturales y económicos de estas ciudades. Para Azara la falta de propiedad particular y el control de unos religiosos sobre la organización social y la producción económica era algo a combatir con el apasionamiento propio de un convencido apóstol de la Ilustración.

Dice en su libro **“Viajes por la América Meridional”** (1969): *“... Al no poseer propiedad alguna particular, no existían motivos de emulación que condujeran a los indios a ejercer su talento ó su razón porque ni el más hábil, ni el más virtuoso, ni el más activo estaba mejor alimentado ni mejor vestido que los otros, ni podía disfrutar otras satisfacciones”*. Una organización inútil según el punto de vista ilustrado.

El gran pecado de los jesuitas para Azara fue que *“llegaron a persuadir al mundo entero de que esta clase de gobierno era la única conveniente y que hacía la felicidad de los indios que, semejantes a niños, eran incapaces de dirigirse por sí mismos”*.

Dado el enorme crecimiento de estas ciudades indias misioneras, está claro que constituían un peligro para el futuro y verdadero progreso. Había que eliminarlas. A Félix de Azara se le escapaba que ese método generaba unas inmensas cosechas que, además se comercializaban utilizando los caminos de los antiguos conquistadores y que él se desesperaba al verlos ignorados por la autoridad virreynal. No podía concebir que *“el buen salvaje”* de Rousseau pervertido por la sociedad, se podía salvar creando una sociedad propia y civilizada acorde con la nueva religión y la naturaleza americana sin ruptura cultural. Creo que con su mejor intención a tenor de sus increíbles sacrificios Azara proporcionó una base de ataque contra los jesuitas en nombre del progreso individual y del trabajo.

La expulsión de los jesuitas fue, a mi juicio, una hecatombe para el mundo indígena cuyo destino colectivo hubiera sido muy distinto si aquellas ciudades misioneras hubieran podido seguir creciendo y evolucionando al compás de la Historia. Posiblemente Hispanoamérica hubiera tenido un destino distinto.

Por otra parte, Azara ha sido un enérgico defensor de la labor civilizadora de España frente a la leyenda negra. Reclama para ella el honor de haber prohibido la esclavitud, amparada por Portugal, Inglaterra y Holanda. Afirma que *“... los españoles no han vendido a un sólo guaraní y conservan aún millares no solo en los poblados jesuíticos, sino en estado de completa libertad”*. Valora con energía el mestizaje español promovido por su derecho civil y



eclesiástico desde el S XVI. Y lo compara con la segregación racial holandesa o inglesa en Asia y América del Norte, o francesa en Canadá. Y analiza con orgullo la población de mestizos, mulatos, zambos o criollos, declarando que es algo único en la historia de Europa. Y define el mestizaje como una fuerza política y social importante: “... sería temerario decir que nuestras leyes eran buenas pero que no se ejecutaban, cuando es toda notoriedad que los españoles consevan millones de indios civilizados y salvajes, que el numero de indios originarios ha aumentado, aunque una infinidad se hayan convertido en españoles por la mezcla de las razas, sin que haya ninguna nación extranjera que tenga posibilidad de mostrar un solo pueblo de indios originarios y a lo sumo una docena de familias”.

Y cierra esta defensa analizando la creación por España del derecho Internacional, el llamado Derecho de Gentes, obra de Francisco de Vitoria, jesuita por cierto, en la Universidad de Salamanca.

Estos son algunos de los aspectos llamativos de un Félix de Azara, uno de tantos valores de la historia de España comprometido con su modernidad y con su Patria a la que entregó lo mejor de su vida.

En el Archivo General de Indias de Sevilla se encuentran varios documentos sobre D. Félix de Azara. Son diversos manuscritos datados entre octubre de 1797 y julio de 1801, es decir, referidos a los últimos años americanos de D. Félix en los que se nos muestra un tanto agotado y desengañado, deseoso de volver finalmente a la Patria por la que tanto se esforzó. Algunos son autógrafos del propio Azara, otros llevan la firma del Virrey Pedro de Melo de Portugal, otros son minutas de Secretaría. Casi todos dirigidos al Príncipe de la Paz, el todopoderoso Manuel Godoy, entonces en la cumbre de su poder. Forman un conjunto aleatorio, a mi juicio de gran valor, por lo que suponen de resumen de una vida científica, disciplinada y entusiasta en sus iniciativas al servicio de su lealtad a la Corona. Los presentamos con una breve descripción, en orden cronológico y con sus datos de catalogación. Son los siguientes:

1. AGI. Estado 80 N. 35/1. Buenos Aires 20

Octubre de 1796. De Pedro de Melo de Portugal al Ilmo. Sr. Príncipe de la Paz. Es un manuscrito de la Secretaría del Virrey con la firma autógrafa de éste. Reconoce los méritos del Comisario principal para la Demarcación de Límites con la Corona de Portugal, Capitán de Navío D. Félix de Azara, así como los méritos de otros militares que participaron en la Demarcación. Expone los problemas con Portugal en la zona y remite un “resumen histórico de los principales acontecimientos”. Reconoce extensamente los méritos específicos de Azara “muy acreedor a ser promovido a Brigadier de la Real Armada”, máxima distinción de entre las propuestas.

2. AGI. Estado 79 N. 7/1, Buenos Aires 4 de Junio de 1797. De Félix de Azara al Exmo. Sr. Príncipe de la Paz. Manuscrito firmado por el propio Azara y minuta resumen de la Secretaría: “El Capitán de Navío y Comisario Principal de Límites entre los Dominios de SMC [...] haciendo epílogo de sus dilatados servicios de 16 años, pide se le releve de ésta Comisión y que el Sr. Príncipe de la Paz recuerde al rey sus méritos”.

Efectivamente, Azara resume su polifacética actividad al no concurrir la Delegación portuguesa: “... me dediqué a hacer un mapa [...] el más exacto [...] del grande distrito de la ciudad de Corrientes, de las dilatadas provincias de Misiones Guaraníes y Paraguay y del famoso Río de éste nombre [...] registré los Archivos [...] para verificar originalmente la historia de estos países [...] he navegado todos los ríos navegables y caminado millares de leguas [...] con mil riesgos e infinitos trabajos [...] he hallado los caminos por donde los Conquistadores comunicaban estas Provincias a las del Perú y [...] eran desconocidos [...] he encontrado los ríos Igurey y Corrientes de que habla el Tratado de Límites y nadie sabía donde estaban y he descubierto los Establecimientos portugueses de Coimbra y Alburquerque [...] he escrito la Historia y Geografía [...] y la Natural de quatrocientos cincuenta Pájaros y cincuenta y siete Quadrúpedos [...] hice un Mapa exacto (de la Frontera del Sur, por las Pampas) [...] y un proyecto para doce Fuertes [...] desde el Océano hasta Tucuman [...] un Mapa del curso del Paraná y [...] de [...] la banda austral del de la Plata y de las Provincias de Tucumán y Cuyo hasta Chile [...] Además he contribuido en toda la guerra [contra los ingleses] con mil



...y quinientos pesos fuertes anuales por vía de donativo voluntario [...] y otros importantísimos servicios a mi costa sin el menor auxilio ni otra satisfacción que [...] [mi] buen nombre y reputación [...] quando [otros] [...] han merecido [...] adelantos extraordinarios [...] para que VE impuesto de [mis servicios] [...] y de los de mis hermanos [se refiere al Obispo benedictino D. Eustaquio y al Diplomático D. José Nicolás de Azara] y compadecido de ver que he consumido lo mejor y más precioso de mis días en los desiertos [...] peores que un presidio [...] me conceda el relevo de la Comisión que ejerzo como Comisario Principal de Límites...". Hay una nota marginal aceptando la propuesta de Félix de Azara.

3. AGI. Estado, 81. N.16/1 y /2. Montevideo, 20 de Septiembre de 1797. De Félix de Azara al Exmo. Sr. Príncipe de la Paz. Una minuta de esa misma fecha firmada por el Gobernador, resume este escrito: "con motivo de las voces que anuncian una ruptura con Portugal, propone [D. Félix de Azara] un plan para apoderarse de dos establecimientos portugueses muy importantes". Y dos notas marginales. Una de 2 de Febrero de 1799 que dice: "está bien y guárdese esta carta para si ocurriese". Y otra de 22 de Marzo del mismo año 1799 que dice: "... que el rey quedaba enterado y que apreciaba su celo y amor al Real Servicio".

Ambas notas valoran la estrategia contenida en el "Proyecto para tomar los Presidios de Coimbra y Alburquerque, etc." Azara despliega su extraordinario conocimiento táctico del terreno y las vías de comunicación de la zona, describiendo la estrategia para interceptar a la fuerza portuguesa ocupando adecuadamente el terreno para conseguir la superioridad táctica, describiendo la logística necesaria para la toma de los Fuertes, proporcionando valiosos datos exactos acerca de su situación.

4. AGI. Estado, 80, N.73/1. Buenos Aires, 9 de Abril de 1800. Del Marqués de Avilés al Exmo. Sr. D. Mariano Luis de Urquijo.

Da cuenta del estado en que se encuentra la situación política con Portugal y la estrategia planteada por D. Félix de Azara para controlar el Río Paraguay en su orilla occidental.

5. AGI. Estado 80, N.73/2. Buenos Aires 4 de

Abril de 1800. De D. Félix de Azara al Exmo. Sr. Virrey Marqués de Avilés anunciándole copia manuscrita del "libro segundo, capítulo segundo, número 32 de la Historia ó descripción que estoy escribiendo de estos payses [...] por si conviniese hacer uso de estas noticias".

De nuevo el patriotismo y extraordinario sentido de la responsabilidad de Azara comunica abundantes datos de gran exactitud histórica y geográfica (desde 1536) para ayudar a la toma de decisiones del Virrey, adelantándole parte de su "Descripción del Paraguay y Río de la Plata". Es un extraordinario capítulo, ejemplo de la apasionada mentalidad ilustrada de un "amigo del país". Pero termina con una triste profecía: "... pues si no se abre la comunicación del Paraguay con Chiquitos y Moxos, Santa Cruz, Apolobamba [...] todas estas provincias serán eternamente infelices y las perderá infaliblemente en breves años la Corona de España y con ellas muchos países y riquezas. Bien puede nuestra Corte meditar pues de no hacerlo le costará muy caro [...] y verterá las lágrimas que yo preveo ...". Azara incluso menciona las incursiones portuguesas en parajes tan alejados como "... al sur del Río Iténez ó Guaporé en la provincia de Moxos y en la de Chiquitos, en la Serranía de San Carlos [...] hasta el centro por los ríos Alegre y Barbados".

Incluye Azara un "Mapa de la frontera [...] desde la ribera occidental del Río Paraná hasta más abajo de la Unión del Río Guaporé con el Mamoré". (AGI: Mapas y Planos - Buenos Aires).

6. AGI. Estado. 80, N. 73/3. San Ildefonso, 9 de Agosto de 1800. Al Virrey de Buenos Aires.

Se da cuenta de haber recibido los documentos anteriores "del Capitán de Navío D. Félix de Azara instructivos al [...] derecho e interés urgente que tiene nuestra Corte ...".

Literatura y ciencia: el carácter ensayístico de la descripción general del Paraguay de Félix de Azara

JOSÉ VICENTE PEIRÓ BARCO
Universidad Jaime I (Castellón)

Desde mediados de los años noventa, estamos intentando demostrar y revelar a la ciencia literaria internacional y al mundo académico que en Paraguay, ese país que tan perfectamente describió Félix de Azara con aseveraciones comparativas muy atractivas como “*su invierno, sobre ser poco dilatado, es una primavera de Europa*”¹, existe una literatura bastante más nutrida de lo que se suele pensar, que no por ser desconocida deja de ofrecer obras relevantes y significativas, como ocurre en todos los países latinoamericanos². Pero la figura de los viajeros a Paraguay durante el siglo XVIII siempre resulta atractiva para un investigador de la cultura paraguaya, puesto que es una vertiente literaria donde se percibe el pensamiento de la época en aquellas tierras -incrustado en el sustrato de las obras de ficción, por otro lado escasas en el país guaraní de esos años. También resulta de interés el análisis de la colisión de la mentalidad europea con las de los lugares exóticos visitados en estos libros de viaje porque sitúan dos mundos contrapuestos enfrentados. Por ello, los libros geográficos, científicos o autobiográficos, resultan determinantes en el

examen la literatura de la época; al fin y al cabo, un investigador literario es un cartógrafo del mundo del libro y cuando visita a un geógrafo examinador de la realidad americana como fue Azara, advierte que éste se sirve de estrategias literarias para exponer sus conclusiones y sus datos.

Félix de Azara es un ejemplo del pensamiento de su época reflejado en las obras literarias de sus coetáneos. Pero resulta paradójico el que los historiadores de la literatura paraguaya lo hayan marginado o relegado a un papel de comparsa generalmente. Raúl Amaral (1991:20) cita a Ruy Díaz de Guzmán como pionero de la narrativa de este país; al fin y al cabo Díaz de Guzmán fue un escritor mestizo nacido en Asunción hacia 1558, que incorporó tres leyendas autóctonas en su obra **Historia del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata** (1612): las historias de “**La Maldonada**”, las Amazonas y la Lucía Miranda. Sin embargo, Díaz de Guzmán fue cronista más que autor de ficción, puesto que estos cuentos insertos en la obra refuerzan el carácter historiográfico de la obra

¹Félix de Azara: **Descripción General del Paraguay** (1990:53). He manejado esta edición de Andrés Galera Gómez porque contiene la anotación crítica más adecuada para mi exposición. Galera Gómez manejó el volumen de R. Schuller que publicó en 1904 con el título de **Geografía física y esférica del Paraguay**, publicado en Montevideo.

²Veáse, entre otros trabajos, José Vicente PEIRÓ: “**Introducción**” a Carlos Villagra Marsal, **Mancuello y la perdiz**, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas), 1996, pp. 9-97; “**El robinsonismo de la narrativa paraguaya**”, ponencia del congreso “**La isla posible**”, celebrado en Tabarca (Alicante), marzo 1998, publicada en Actas del III Congreso de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, Alicante, Universidad – AEELH, 2001, pp. 437 – 453; **Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual**, Madrid, UNED (Tesis doctoral), 2001 (también en www.cervantesvirtual.com, Biblioteca Virtual “Miguel de Cervantes” de la Universidad de Alicante; “**La narrativa paraguaya en vísperas del nuevo siglo**”, Universidad de Salamanca, **Actas del XXXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana 2003**, pp. 418-426; el número 4 de la revista **América sin nombre**, coordinado junto a Mar Langa Pizarro, titulado **Revisiones de la literatura paraguaya actual**, Alicante, Centro de Estudios “Mario Benedetti” de la Universidad de Alicante, 2003; y **La narrativa paraguaya actual (1980-1995)**, Asunción, Universidad del Norte (en prensa).



al incorporar la leyenda como motivo explicativo de la vida paraguaya de la época y sus influencias mítico-históricas, como ocurre en otras tantas crónicas americanas desde los **Diarios** de Colón o las **Cartas de Relación** de Hernán Cortés.

No menos cierto es que Félix de Azara quedó relegado a un párrafo en la **Historia de la Literatura Paraguaya** de un crítico tan riguroso como el profesor Hugo Rodríguez Alcalá (2000:20), quien se limita a citarlo y constreñirlo como historiador con las siguientes palabras:

Efraim Cardozo en su **Historiografía paraguaya** estudia un gran número de obras históricas coloniales sobre el Paraguay debidas a una veintena de autores. Entre éstos hay figuras tan importantes como las de Félix de Azara y Juan Francisco de Aguirre.

Carlos R. Centurión sí que se atrevió a incluirlo en el campo de las letras paraguayas de finales del siglo XVIII. Incluso aprovecha una cita del escritor, y político Juan Natalicio González para dar autoridad a su consideración de Azara como escritor que sin ser paraguayo, le debe al continente americano y a las tierras guaraníes la envergadura de su prosa: “*América le dio ocasión* –escribe Juan Natalicio González– *para revelarse un escritor de garra y un naturalista de primer orden*” (sic)³. Es curioso que Centurión valore a Azara como “*malísimo historiador*”, pero “*prosador de estilo preciso y claro*”, mientras que Efraím Cardozo, una autoridad en el campo historiográfico paraguayo, lo sitúa en un lugar relevante. Un crítico literario o un historiador científico, se arriesgan al pronunciar una valoración como la primera pero debemos tenerla en cuenta como justificación que puede refrendar o descartar la segunda, pues surge la paradoja cuando Centurión afirma más adelante que la obra de Azara es de perenne actualidad y que sus descripciones, serias y objetivas, son amenas e instructivas.

Y en esta frase se halla el motivo fundamental de este trabajo. Un buen escritor debe ser un buen dominador de la descripción, y si Azara lo era, según Centurión, también ha de ser, en conse-

cuencia, un prosista de estilo si seguimos esta regla de lógica literaria elemental. Pero también son interesantes muchas ideas expuestas que, a modo ensayístico, no esconden el pensamiento avanzado de Azara y, por extensión, el de su época, como paso previo a una visión humana ilustrada que empieza a verse invadida por un protopositivismo de ulterior desarrollo decimonónico. Para examinar al Azara ensayista, como creemos que también debería considerársele, he optado por el universo paraguayo que él examina en su **Descripción General del Paraguay** (1990), una de las obras más ilustrativas de su estilo.

Por ello, nos proponemos demostrar el carácter ensayístico de la creación *azariana* como objeto literario que, por tanto, debe ser tenido en cuenta en las historias de las letras paraguayas, y, como consecuencia, describir los rasgos creativos de su prosa y esbozar algunas ideas personales sobre América ejemplificadoras del pensamiento español de su época expresadas en la **Descripción General del Paraguay**, para comprobar si cumple con las características de un género tan abierto y recopilador de ideas, cuya presentación formal a veces puede parecer aparentemente inconexa, como es el ensayo.

Génesis y contenido de la obra

La **Descripción General del Paraguay** sufrió distintos avatares socioculturales durante su gestación y su edición. En 1801 se publicó en París la primera obra de Azara, titulada **Essais sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la province du Paraguay**. Un año después, se editó la versión castellana: **Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata**. En 1809, en Francia de nuevo, vieron la luz sus trabajos de historia natural bajo el nombre de **Voyages dans l'Amérique méridionale**. Así, prosiguió la aparición de ediciones y traducciones al alemán, al italiano y al inglés, mientras en España los escritos de Azara iban quedando relegados al ámbito de la postergación (al fin y al cabo, no fue el único cuya sabiduría fue marginada en nuestro país durante el siglo XIX; ya sabemos que la pasión por la ciencia no ha sido la principal virtud de la historia españo-

la). En España, sólo fue rescatado en 1847 por la imprenta de Sanchis, en Madrid, más por impulso de su sobrino Agustín de Azara que por un reconocimiento oficial. En 1904, bajo la supervisión de Rodolfo R. Schuller, se editó la **Geografía física y esférica del Paraguay** en Montevideo; el conjunto los relatos de sus once viajes por el país guaraní mientras esperaba la llegada de la legación portuguesa a la comisión para el estudio de la rectificación de la frontera luso-española que culminó con la firma del tratado de San Ildefonso, ratificado en 1778 con la Paz de El Pardo. Una parte de este libro, compuesto de dos tomos, dio pie en la edición de la **Descripción General del Paraguay** a cargo de Andrés Galera Gómez, que singularizó la relevante parte descriptiva de la región, muy centrada en el trayecto de Asunción hasta la región de las Misiones, cuyo interés radica, sobre todo, en la divulgación de las características de una zona no demasiado tratada por los ensayistas y naturalistas hasta la llegada de Azara como es la correspondiente a las tierras que confluyen desde el Chaco hasta las Misiones.

El volumen contiene páginas sobre administración, agricultura, antropología, ganadería, geografía, religión y zoología, en los que, citando a Andrés Galera (1990) en su **Prólogo**, *“se describe la realidad social y cultural de una España diferente, la América española, que en la alborada decimonónica se encontraba más cercana de la independencia que de la sumisión a una metrópoli lejana ideológica y físicamente”*. No es desacertada la afirmación: la mentalidad de los americanos no era tan similar a las de los españoles durante aquellos años. En América, se percibía que España quedaba lejana en todos los ámbitos y la gestión colonial fracasaba hasta el naufragio, de ahí que en la época de Azara surgieran los primeros movimientos de reivindicación autonomista que viraron al independentismo de principios del XIX. Por esta razón, es muy interesante la visión perspectivista sobre el hombre americano de Félix de Azara; una amplia visión demostrativa de la dualidad expositiva y comparativa de ambos universos, como se aprecia en la cita sobre el invierno paraguayo semejante a una primavera en Europa del primer párrafo de este trabajo.

La obra se divide en dos partes. La primera es una descripción general de la disposición de las

tierras, el clima y los vientos, las aguas y ríos, los minerales, vegetales, cuadrúpedos, insectos y reptiles, habitantes y la capital de Asunción. La segunda recoge los viajes a Villarrica, a la cordillera y a Misiones. Sin embargo, la coherencia estructural la sostiene y la ensambla: la percepción del entorno geográfico son los cimientos de una obra que en ocasiones presenta un carácter que camina más lejos de la percepción científica.

Carácter ensayístico de la Descripción General del Paraguay

Como la crítica literaria admite, el siglo XVIII supuso la definitiva confirmación del ensayo literario en España, dado que el género se ajustaba a las intenciones didácticas y utilitarias de la Ilustración. Su prosa llana, directa, natural y sencilla, como la de Azara en nuestro caso, empujaba a la reflexión y olvidaba la emoción. En ocasiones, dado el cientifismo de las obras y la prevalencia pedagógica de los autores, se descuidaba el estilo, pero en general estas creaciones utilitarias solían estar bien construidas y eran generosas en precisión formal. El estilo ensayístico dieciochesco, en el que Azara se educó como escritor, despojó la prosa ensayística anterior de lo abstracto y abogó por los términos concretos, muchos de ellos neologismos y tecnicismos, a partir de un proceso de depuración racional. Lo importante para el autor era el convencer más que el alardear de técnica literaria o buscar nuevos rumbos literarios.

La prosa de Azara parte de estas características y se enmarca dentro de las estructuras de los libros de viajes coetáneos. Recuerda en cierta medida al enorme **Viaje de España** de Antonio Ponz, publicado entre 1772 y 1794, y se emparenta con los informes de Jorge Juan, Antonio de Ulloa o Malaspina. Pero también es hermana de José Celestino Mutis y de su discípulo criollo, Francisco José de Caldas, por citar a los naturalistas narradores del continente americano más relevantes; y no olvidemos que los naturalistas fueron utilizados por la crítica hispanoamericana para demostrar que las universidades de aquellos lugares no desconocían la Ilustración y, por ello, la recepción del pensamiento ilustrado en las distintas disciplinas no era una quimera.



¿Y por qué algunos cronistas como Ruy Díaz de Guzmán figuran en la historia de las letras paraguayas y Félix de Azara está ausente? La procedencia nacional del autor no es excusa puesto que sí figuran en ellas el argentino de nacimiento José Rodríguez Alcalá, autor de **Ignacia** (1905), considerada como la primera novela larga de las letras paraguayas, o la española Josefina Pla. En general, los críticos han tomado en cuenta el lugar de gestación de las obras en las historias susodichas: el hecho de que una obra fuera escrita en Paraguay le ha permitido ser incluida dentro de su literatura, con independencia de que el autor fuera de procedencia extranjera. Existen otras razones entre las que destaca su carácter científico, motivo fundamental que ha provocado la reticencia de los críticos a su inclusión en las letras del país guaraní. Sin duda, la profusión de términos y descripciones técnicas de obras como la **Descripción General del Paraguay** favorecen este prejuicio. Realmente, el que figuren cifras y estadísticas de la población paraguaya de la época, la extensión o la latitud y la longitud de los lugares, no invita a pensar en que el estilo azariano tenga afinidades con la literatura. Sin embargo, encontramos indicios en su prosa científica sobre los que se puede reflexionar para determinar si la literariedad está presente en ella.

A pesar del carácter científico de la obra, el autor adopta un punto de vista narrativo subjetivo, como es el de la primera persona, al inicio de cada capítulo o apartado. La subjetividad es la esencia y la problemática del ensayo, como afirma José Luis Gómez-Martínez (1981:45), y es ésta, la motivación personal subjetiva, la que elige el tema y su aproximación al tratamiento. El ensayo expresa sentimientos, a diferencia del tratado científico, y el mismo proceso de mostrarlos empuja su prosa hacia la literatura, por lo que todo escrito donde la condición personal del narrador esté presente rezumará un fuerte aroma de autobiografía íntima. El autobiografismo se aprecia en la **Descripción General del Paraguay** con el carácter testimonial de su relación desde el primer momento de la introducción con afirmaciones justificativas de los motivos de gestación de su relato científico y más adelante en la impregnación de la experiencia personal durante los capítulos, sobre todo en la segunda parte, la correspondiente a los viajes por los pueblos del Paraguay.

La motivación del relato es personal y no responde a un encargo, lo cual le permite describir con libertad: Azara recalca en Asunción para encontrarse con los emisarios portugueses pero éstos brillan por su ausencia y ni existen noticias acerca de su llegada. Como preveía que su demora iba prolongarse, decide escribir una obra que ilustre la geografía física del Paraguay, la historia natural de las aves y cuadrúpedos y finalmente un tratado sobre el país y sus habitantes. Ello queda explícito en la introducción inicial. A continuación, el autor nos explica el método empleado en sus viajes y reclama la originalidad de su texto argumentando que ante la carencia de libros donde inspirarse para crear una obra completamente científica sólo podía escribir una historia natural. Y dadas las características del ensayo como género literario, retomando la definición orteguiana de que el ensayo es lo científico menos la prueba explícita, podemos considerar que esta obra azariana sería concebida como ensayo puesto que es un intento de aproximación científica al universo paraguayo vislumbrado ante sus ojos. Siempre prevalece el espíritu científico en sus afirmaciones, un academicismo riguroso que ha sido el motivo por el que los críticos lo han obviado en sus historiografías literarias, pero lo contemplado está transmitido por un individuo que expresa su parecer, con lo que en ocasiones abandona el corsé de la ciencia y lo sustituye por la técnica especulativa.

En la descripción de los viajes de la segunda parte del libro, Azara tiende al carácter científico y a mostrar datos exactos de lo contemplado. Sin embargo, acude a la especulación en determinados momentos, sobre todo al principio de cada apartado dedicado a un pueblo paraguayo, para referir la historia, dado que la agrafía era habitual en aquellos años y que carecía de fuentes escritas. Y el ensayo se caracteriza por la presunción especulativa del autor en muchos párrafos. En fragmentos como el siguiente, titulado "**Ytá, pueblo de indios**", se aprecia cómo nuestro autor expresa con técnicas ensayísticas ideas imposibles de demostración científica: "*No tengo noticia que fije la antigüedad de este pueblo pero, atendiendo a su inmediación a la capital, no es dudable que es más antiguo que los anteriores y de los tiempos primeros de la conquista. Lo que parece cierto es que desde su origen se entregó a los padres franciscanos, sus indios pasan por los mejo-*

*res flecheros de la provincia, pero ignoro cuándo y cómo han adquirido esta fama. Se creen oriundos del lugar que ocupan. El año de 1688 tenía el pueblo 1732 almas y hoy tiene 965, según la apuntación del cura. La figura del pueblo es como la de todos, pero está como sumergido en grandes bosques que le proporcionan **guembé** para amarras y maderas, de que hacen sus carpinteros sillas, mesas, papeleras, carretillas y otros utensilios que usa la comunidad”* (Azara, 1990:187).

Lo cierto es que Azara utiliza todo tipo de información recibida, cuanto menos mínimamente fiable, para hilvanar la geografía humana y la historia de los lugares que visita. Cuando carece de algunos detalles desconocidos, acude a la especulación pero siempre con la tendencia al rigor metodológico y de contenido presente. Incluso nos atrevemos a decir que empuja la leyenda hacia la ciencia.

Como afirma José Luis Gómez-Martínez (1981:33), el ensayo no debe ser exhaustivo. El significado implícito de “*ensayo*” como “*prueba*” o “*intento*” conlleva un sentido de creación inacabada; de reflexividad más que de descripción completa. Siguiendo esta característica, la obra de Azara no debería considerarse como un ensayo, puesto que pretende mostrar al detalle la historia natural del Paraguay y los seres que lo habitan. Pero esto sólo es una pretensión de contenido por su propósito idealista: la didáctica pretende enseñar, transmitir información, por lo que el autor se ofrece como una autoridad indiscutible en el tema, y por ello en un nivel de superioridad sobre el lector. Sin embargo, el ensayista intenta sugerir, incitar a la reflexión, y adelantar sus tesis hacia la meditación. Es obvio que Azara mantiene su propósito didáctico por encima de cualquier otra intención, pero en la lectura atenta se advierten párrafos como el siguiente del apartado dedicado a los negros y mulatos, donde las opiniones personales e ideológicas se mezclan con la observación: “*Diez mil tiene esta provincia, de los cuales más de la mitad son libres, cuyo destino se indicó. Los demás son esclavos, de donde se deja inferir la grande diferencia que hay del pueblo de esta provincia, que no tiene la undécima parte de esclavos, al de las demás colonias que en América tiene los extranjeros, en las que para cada blanco hay diez o más esclavos. La primera diferencia que*

esto produce es el que nuestras culturas y manufacturas, como hechas por gente libre, no salen tan baratas ni pueden competir con las extranjeras. Si hiciesen reflexión a esto los escritores no atribuirían la mencionada diferencia a nuestra desidia y pereza, y advertirían lo expuestas que están sus colonias a que un negro de espíritu alce la voz y el alfanje destruyendo a los tiranos que contra el derecho natural, y por los medios más inicuos del mundo, entretiene un lujo y vanidad a costa de la sangre y sudor de sus semejantes” (Azara, 1990:159-160).

En bastantes fragmentos como éste, hallamos al Azara que marca la latitud y la longitud de los pueblos de la cordillera paraguaya, junto a otro que se dirige al pensamiento del lector para empujarlo hacia la reflexión. Valgan como ejemplos sus continuas referencias con las que se enfrenta a opiniones y tópicos sobre la desidia hispánica, no sólo en este capítulo sino esparcidas por otros. Estas reflexiones intercaladas entre las descripciones y los datos científicos son las que infieren el carácter ensayístico de la obra porque la exhaustividad se desplaza para dar vía libre a la disquisición y a la opinión personal.

Ello da pie a pinceladas de sugerencias e interpretaciones, igualmente más propias de un ensayista que de un científico. En determinados momentos de la **Descripción General del Paraguay**, la prosa abre ventanas a la comprensión. Es un Azara que “*ve lo que otros han descuidado o todavía no aciertan a ver*”, retomando las palabras de Fryda Schultz de Mantovani (1967:18) sobre los géneros ensayísticos. El narrador añade sus conclusiones personales como deducciones lógicas de las premisas establecidas por sus descripciones racionales, como en este fragmento: “*No existe vestigio alguno en estos países que dé indicios de que los guaraní conociesen alguna ciencia ni arte en la antigüedad, ni después de reducidos han hecho cosa que merezca atención; y no es extraño porque su civilización siempre ha sido y es muy imperfecta ni han visto cosa buena que imitar. Los que ponderan sus obras arquitectónicas y demás artefactos del tiempo jesuítico, son gentes preocupadas y absolutamente ignorantes de lo que es bueno y de lo mediano, pues no vemos otras cosas que unos grandes templos de madera desproporcionados, mal ensamblados, y sin regla ni*

concierto; y en cuanto a lo demás, no han sabido ni saben más que tejer los lienzos de algodón más ordinarios y despreciables del mundo. Lo mismo digo con los demás oficios” (Azara, 1990:148-149).

La opinión está presente en consideraciones sobre la imperfección de las civilizaciones indígenas examinadas o en la inclusión de adjetivaciones calificativas sobre el arte y costumbres contemplados. Las palabras de Azara se refieren a la barbarie de los indígenas, a quienes es preciso civilizar al estilo europeo con el arte de la política porque su mentalidad no atiende a conceptos antitéticos como bondad y maldad, desde el punto de vista del científico que observa un hecho mensurable extraño o novedoso, en lugar de realizar una valoración subjetiva, pero la realidad es que la impresión personal se superpone a lo estrictamente objetivo. Nuestro cronista habla con el paternalismo de la civilización “superior” creyente en la carencia de modelos de imitación válidos para la inferior. En el caso del apartado en el que analiza la vida y costumbres de los indios payaguá, el narrador describe lo necesario para dominarlos: *“Sin saber cómo me he dilatado en probar, con razones y con la experiencia jamás desmentida, que el gobierno es quien debe civilizar a estos bárbaros y no los eclesiásticos, siéndome muy sensible el ver las crecidas sumas que se han expedido y expiden sin fruto y con descrédito. Y para concluir la materia digo que el método con que se fomentaron las reducciones de San Joaquín y San Estanislao es excelente y fácil para civilizar los guayaná y los caaguá, en caso de que no parezca mejor lo que insinué anteriormente, pero de ningún modo sirve para con las demás naciones porque todos los guaraní juntos no son capaces de da sujeción a cincuenta mbayá, enimagá o lengua, y ésta es la causa porque los jesuitas jamás hicieron progresos en la reducción del Chaco” (Azara, 1990:119).*

En función del utilitarismo, Azara lanza su impresión acerca de cómo debe someterse a los indígenas payaguá. Propone una solución política frente a la eclesiástica habitual porque es un hombre de ciencia. Ante todo, especula con una posible solución al problema diferente a la del poder espiritual: proclama la solución política que deben observar los administradores públicos frente a la tradición de la cruz y la espada del conquistador dos siglos ante-

rior, como buen pensador heredero de las Luces y de la idea del buen salvaje.

Como hemos visto en estos ejemplos, Azara interpreta en su prosa y no sólo investiga. Con los datos y los elementos fidedignos adopta la exactitud como norma, pero, como todo ensayista, es un especialista de la interpretación, y ello le permite acercarse a lo observado con plena libertad. Comunica sus descubrimientos al mismo tiempo o después de una investigación rigurosa y lo hace con el dogmatismo de quien se sabe poseedor de la verdad. Por ello, habla como un científico. Pero también siente la necesidad de expresar en ocasiones una interpretación digna a tener en cuenta, ya por las autoridades, ya por el lector. Diríamos que Azara es un especialista científico que no desdeña el poder de las intuiciones y sugerencias capaces de despertar y convencer al lector, y ello es una característica habitual del ensayismo a lo largo de su historia.

Apuntemos otro rasgo más del estilo azariano para justificar nuestra defensa del carácter ensayístico de la **Descripción General del Paraguay**: su carácter dialogal. El estilo de Azara, como el de los ensayistas, adquiere tintes coloquiales y un aire conversacional. El autor dialoga con el lector potencial, le ofrece recomendaciones e incluso establece enigmas, como en el apartado sobre los indios del Chaco: *“Sería muy del caso que llegasen a saber los extranjeros la noticia de esta barbaridad, para que de aquí a pocos años, cuando nos vena pacíficos poseedores del Chaco y a este desierto, no se deleiten en acriminar, como suelen, sin fundamento diciendo que los bárbaros que hasta ahora nos han disputado su posesión han desaparecido a esfuerzos de nuestras atrocidades. Yo no sé cómo acomodar dicha práctica con lo que se dice, comúnmente, de que el amor a los hijos está impreso en el corazón del hombre y de las fieras, lo que estos bárbaros nos dan a entender que dicho amor es ficticio. Pero dejando las reflexiones que este hecho sugiere, me contento con advertir a los españoles que se preparen para reedificar sus antiguas poblaciones destruidas en el Chaco, y para tomar posesión tranquila y perpetuamente de este dilatadísimo país tan disputado hasta aquí por multitud de hombres, los bravos guerreros y aventajados de toda la América” (Azara, 1990:133).*

Como se observa, el lector no puede permanecer pasivo ante las palabras de Azara. El autor espera su participación activa y le exige la proyección de sus sugerencias y advertencias: que las tome en cuenta en el presente y en el futuro.

Existe una consecuencia propia del género ensayístico que se percibe también en la **Descripción General del Paraguay**, determinante para la distinción de la pertenencia de una obra al mismo: el dinamismo de su prosa. Con él se gana en credibilidad aseverativa, y se logra por medio del uso de conceptos concretos y el empleo de sustantivos y verbos de aspecto perfectivo: el dinamismo ayuda a perpetuar las ideas expresadas y convertirlas en más creíbles: *“Todo hombre tiene su ambición chica o grande, y si se le quita el tiempo o los medios de adquirir se disgusta, abandona o deserta. Jamás habrá civilización, ciencias, ni artes mientras exista el gobierno de comunidad, porque de nada sirven las disposiciones físicas ni espirituales en los que viven en ella respecto a que lo mismo ha de comer y vestir un pintor excelente que el pastor de las vacas. Pero escusado (sic) es detenerme en este punto”* (Azara, 1990:150).

Esta última frase es una prueba más del carácter subjetivo del relato. Un científico puro no acudiría a este tipo de planteamiento con la frecuencia con que lo hace Azara en la obra. Es obvio que estamos ante una digresión, otro rasgo ensayístico. Así, pues, la **Descripción General del Paraguay** reúne un núcleo de características que obligan a considerarla como un ensayo científico: la subjetividad y el carácter confesional, el dinamismo del discurso, las sugerencias e interpretaciones, los consejos al lector, la intención dialogal, la variedad temática y la inclusión de digresiones. Y también reúne bastantes rasgos inherentes a la hoy tan valorada “literatura de viajes” en la segunda parte del libro: narratividad de la experiencia, impresionismo, subjetividad y dimensión realista. Por esta razón, proponemos la consideración de la obra como un ejemplo de ensayismo dentro de la historia de la literatura paraguaya, idea que esperamos dé sus frutos en los próximos trabajos críticos.

El estilo literario de Azara

Estilísticamente no existen muchas diferencias entre las dos partes de la obra, aunque los viajes son más fecundos en datos concretos que las partes de geografía humana. El didactismo generalizado propio de la Ilustración, al que nos hemos referido continuamente, estructura las formas de su escritura. En el capítulo sobre **“Insectos y reptiles”**, por ejemplo, Azara (1990:100) no se limita a expresar que *“Como el país es cálido y no cultivado ni poblado, está como inundado de insectos y reptiles”*, para a continuación, describirnos las siete especies de abejas que halló. Él se dirige a un público europeo al que hay que adoctrinar culturalmente, como hoy en día ocurriría en un documental televisivo, y, por ello, adopta siempre la estrategia textual de la descripción seguida por la comparación con la especie semejante europea. La tipología de insectos citados está repleta de nombres de especies españolas, aun a sabiendas de que existen algunas diferencias entre las muchísimas hormigas de tantas castas existentes en Paraguay. Y los árboles del mate, la yerba del Paraguay, en palabras de Azara, sufren una poda semejante a la de los robles de Vizcaya, lo cual puede resultar paradójico científicamente si no tuviéramos en cuenta su necesidad de despertar la curiosidad científica del lector.

Pero no se entendería en la Ilustración una ciencia distanciada del uso común, que se limitara a ser descriptiva o de prosa puramente literaria. Azara exprime los consejos prácticos para hacer desaparecer un enjambre de abejas hallado en nuestra casa, por ejemplo. También hace uso del elemento irracional, como ocurre en el episodio con Pedro Cerviño sobre el toro y la vaca de una pieza, en un solo cuerpo y hermafrodita; un hecho sorprendente que trata de explicar derivándolo a los antecedentes de un toro sin astas que se entregó a un indio a cuenta de su salario y que perpetuó su casta en los descendientes mochos sin astas. Una explicación difícil de creer en la actualidad porque todo hecho sobrenatural nos resulta hoy en día al menos sospechoso para nuestras mentalidades. Por ello, la fantasía no está ausente de la descripción: con ella se facilita la comprensión de una civilización alejada y aún por *“civilizar”*.



En conclusión, las valoraciones de los habitantes de Paraguay son una muestra perfecta del pensamiento europeo sobre los que consideraban seres “*bárbaros*”, ajenos a nuestra mentalidad, como pronuncia Azara en varias ocasiones para designar a quienes poseen costumbres primitivas o no acordes con el ideal ilustrado europeo. Es propio de una mentalidad precursora del positivismo decimonónico. Hay voluntad de estilo en Azara: un estilo personal, dinámico, directo en la exposición, y con afán coloquial para acercarse a un número mayor de lectores. Esta voluntad de estilo, también nos demuestra que el autor ofrece cualidades ensayísticas y que también es literario, aunque adopte la explicación científica como presupuesto creador y como método explicativo.

Rememoración azariana dos siglos después

ANTONIO SEGALÉS ALEGRE

Barcelona

Creo que es oportuno resaltar que éstas Jornadas Azarianas nos van a enriquecer en el conocimiento de una gran personalidad, al aumentar nuestra visión sobre los momentos históricos que vivió Don Félix de Azara y Perera, en lugares geográficos tan distintos como el Somontano de Huesca y las, en aquel entonces, lejanas y todavía casi desconocidas tierras de la América española.

En mi caso, el haber vivido durante ocho años en el corazón del Somontano (1941-1949) y varias décadas en el Paraguay, pisando –y no como pasajero turista– las tierras en que transcurrió la vida de aquel ilustre hijo de Barbuñales, me permiten hablar de la *“Geografía, de los entornos y de los paisajes”* que rodearon gran parte de la existencia del tan distinguido personaje, de tan elevada cultura y de vida tan sabiamente planeada.

Con las diferentes ponencias que escucharemos, sin lugar a dudas acrecentaremos el caudal de conocimientos sobre el distinguido aragonés que nos legó, entre otras obras, la **“Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata”** (1847).

No me atrevo a hablar de muchos de los aspectos que conforman la sólida personalidad de Félix de Azara. Se ha escrito bastante de él, y ahora estamos escuchando voces autorizadas que, con sus apuntes, en verdad nos acrecentarán la visión que tenemos formada de éste valiente y sabio hombre de la Ilustración española. Me limitaré, por lo tanto, en la forma más atractiva que pueda, a “dibujar” o a “pintar” los paisajes físicos, morales y espirituales que frecuentó ese gran aragonés.

Comenzaremos por el Somontano. Nos situaremos en Barbuñales, recordando que Félix, quien

tuvo allí su cuna, fue el sexto hijo de una noble y distinguida familia formada por el matrimonio de Alejandro de Azara y Loscertales con María de Perera y Rivas. El nacimiento de Félix en 1742 nos sitúa en tiempos en que los pueblos del Somontano vivían todavía al estilo de lo que fue la Edad Media tardía. Félix, en aquél diáfano entorno, habrá vivido una infancia feliz, formándose en lo físico, en lo moral y en lo espiritual con bases muy sólidas que se reflejarían a lo largo de toda su existencia.

Creo que es fácil deducir la presencia de un elevado nivel de religiosidad y calidad moral dentro de la familia de Alejandro de Azara y Loscertales. He formado tal concepto al comprobar que los siete hijos de aquel matrimonio dejaron rastros de muy alto nivel; desde Eustaquio, el primogénito, que fue obispo de Ibiza y de Barcelona, hasta el benjamín, Francisco Antonio, nacido en 1746, que fue quien legó la continuidad del apellido de los Azara y el nuevo rango nobiliario, heredado de José Nicolás tras su muerte en 1804. Dentro de ésta sana hermandad, no podemos dejar de mencionar al que fue el primer Marqués de Nibbiano, a José Nicolás, prestigioso Embajador de España en Roma y posteriormente en París hasta su muerte, ocurrida en la ya famosa y culta Lutetia, según el decir de los romanos.

Por cuanto queda dicho, vemos que Félix de Azara pertenecía a una familia culta y bien relacionada, rancia y típicamente ligada a la historia civil eclesiástica y de los infanzones rurales desde el lejano siglo XI, cuando se conquistó la Hoya de Huesca a los moros que la ocupaban.

Volviendo a su infancia y a su adolescencia, vemos a Félix como un *“chavalillo”* y luego como un *“mozo”* de aquellos tiempos, posiblemente recorrien-



do los típicos tozales y carrascales, a la búsqueda de nidos compitiendo por ser más o menos hábil lanzando piedras, trepando cuevas y viejas ruinas y recorriendo huertos y montes frutales con chiquillos de su edad. Con respecto al paisaje que rodeaba a don Félix en su niñez y primera. En la vida de aquellos pequeños pueblos del Somontano, les puedo asegurar que no experimentó cambios significativos hasta culminada la década de 1940-1950, bastante después de la terminación de la Guerra Civil de 1936-1939.

Por entonces, nada de automóviles, nada de tractores: todo eran caballerías y mulos. Aquellos montes y sus tozales, se conservaban igual que dos siglos atrás. Los tozales, que milenios antes servían como verdaderos refugios para los hombres del Paleolítico y del Neolítico, ofrecían rastros suficientes y brindaban pequeñas piezas arqueológicas que desbordaban nuestra joven imaginación. Los impresionantes buitres nos eran familiares, juntamente con las grandes águilas, hoy casi extintas. En las noches de invierno teníamos cotidiano concierto con los aullidos y ladridos de los taimados zorros que iban bien alimentados porque entonces sobraban liebres y conejos.

Los montes de carrascales que conocí, es seguro que tenían el mismo aspecto que en los tiempos de Azara, siempre sacrificados por las necesidades de hacer brindar su imprescindible carbón de encina y la buena leña para soportar los duros y los largos inviernos con aquél helado cierzo que lo limpia todo.

El paisaje del Somontano, de este a oeste, desde Barbastro hasta Huesca, casi no habían cambiado. Félix de Azara y la gente de su tiempo vieron la Sierra de Guara como telón de fondo invariable cerrando el horizonte norteño de Barbuñales y sus alrededores. La vegetación que tiene la vertiente sur de Guara, es muy sobria, baja y rala y poco arbolada, ofrece un intenso atractivo y transmite una grata sensación de sosiego, de estabilidad y paz. Al mencionar todo esto, es fácil recordar que la tierra (aquella mítica entidad) siempre ha marcado y seguirá marcando a sus hombres con un signo especialísimo.

En cuanto a la vida social de los tenaces y nobles aragoneses que pudimos conocer en la lejano década de 1940-1950, podemos decir que era de una sobriedad atractiva, profundamente humana. La maldita contaminación de las últimas décadas era desconocida en todos aspectos. Tal vez nos pasó inadvertido por lo cotidiano, que aquello fue un campo propicio para desarrollar en lo que vivimos personalidades de gran carácter y empuje.

Sabemos que fue el día 19 de enero de 1782, cuando nuestro personaje, con sus cuarenta años de edad, lleno de conocimientos y de variadas experiencias, fue nombrado Comisario de Límites del Gobierno Español, por el rey Carlos III, y emprendió su más grande aventura hacia la América desconocida y que requería de hombres como él, con buenos estudios, honorabilidad y preparación científica. Con un poco de imaginación podemos intuir que cruzar el Atlántico en aquellos tiempos con frágiles embarcaciones era una aventura de riesgo.

El 1954 tuve la posibilidad de remontar los 1.600 kilómetros del sedentario río Paraná, entre Buenos Aires y Asunción a bordo de la vieja motonave “**Bruselas**”, todavía impulsada por ruedas laterales. Ello me hace valorar los dos largos meses que empleó Azara para alcanzar con coincidente recorrido la bahía natural del gran río Paraguay en el que se había emplazado la capital de Nuestra Señora de la Asunción, pero él llegó hasta allá a lomo de caballo.

¡Cuántas incomodidades! ¡Qué de mosquitos, “**mbarigüi**” y otras sabandijas al anochecer! ¡Y el peligro de bañarse en aguas pobladas con agresivas pirañas! A la hora de la pitanza, nada de caprichos, sólo carne ¿asada y –tal vez– algún trago de mandioca. Allí, ya comenzó a ponerse a prueba la capacidad física y la estructura moral del hombre que en todo momento supo organizarse para poder soportar veinte años en condiciones de clima, entorno y paisajes tan diferentes a los de su lejano y plácido –aunque también bravío– terruño de Barbuñales.

Resulta verdaderamente admirable el nivel de inventiva de Félix de Azara cuando al ver que lo del Tratado de San Ildelfonso, entre España y Portugal,

tal como sucediera tres décadas antes con sede Madrid, no marchaba. Programó cómo llenar sus días entregándose a la ciencia, para transformarse, sin él casi saberlo, en el primer hombre que nos descubrió con visión moderna la riqueza y la diversidad de la naturaleza de ese sector del Nuevo Mundo.

Hablemos ahora del Paraguay y del Chaco en particular. Dos siglos más tarde, nos ha sido posible todavía, disfrutar de aquellas bellezas naturales que tanta atracción habrán tenido para el inquieto Azara. Los amaneceres en las soledades del Chaco paraguayo, cuando despertaba su fauna tan numerosa como diversificada, que puebla inmensos esteros y muy apreciadas aguadas de agua dulce. Era ese un espectáculo que nos ha dejado recuerdos de sinfonías únicas. Nuestro valiente aragonés, habrá visto por primera vez, los panzudos y espinosos palos borrachos, o **“samu-ú”**, que con sus miles de flores que, parecidas a las más bellas orquídeas, atraen manadas de coloridos y ágiles colibríes.

Descubrió también árboles gigantes, entre ellos los lapachos o **“taji”** en guaraní, de durísima y preciada madera, que florecen al final del invierno espléndidamente antes de vestirse con sus *hojas de verde intenso*. Le debieron de impresionar también, las exuberantes *“gloxinias”* colgadas de añejos árboles que con su permanente retén de agua de lluvia, son abrevadero y bañera para muchos pájaros. El espectáculo de aquella intensa naturaleza y de sus florestas cerradas sin horizonte, produce cierta opresión, y es allí donde percibes que el hombre queda allá dentro disminuido. Los imprevistos, así como las torrenciales lluvias, dan unos atractivos exóticos.

El calor sofocante en las horas del mediodía, paralizan a la fauna y adormece a los hombres, influyendo en ellos tal como la climatología afecta a las gentes de otras latitudes en la formación del carácter, de las costumbres e inclusive en el aspecto físico de la persona. Todo esto lo vivió, y lo sintió sobre sí Félix de Azara, descubriendo también la riqueza y la diversidad de etnias, que todavía hoy subsisten, como los Macá, los Tobas, los Chulupíes, los Guayaquíes, los Nivaclés y los de más difícil trato, como los Ayoreos o indios Moros.

Tuve la oportunidad en tiempos recientes, en el año 1978, de encontrarlos en su gran toldería de Faro Moro, situada a unos 650 kilómetros de Asunción en el norte del Chaco. Llegar allá inspiraban mucha curiosidad y representaba no poco riesgo de que algún malhumorado individuo te enviara una lanza por la espalda. Allá aun fue posible encontrar entre aquellos aborígenes a alguien más “distinguido” entre ellos, al que llamaban “el muerto”, pues se encargaba de “despachar” a las recién nacidas, si sobraban hembras en aquella tan primitiva sociedad. Ver como despiezaban y “sancochaban” un **“mboreví”** o tapir de más de 200 kilos recién cazado, y como mal cocido, en poco rato lo devoraban, fue un espectáculo ciertamente poco frecuente para mi experiencia europea. Emprendiendo camino de vuelta, dejando Faro Moro atrás, internados ya en la selva, descubrimos que nos esperaban cinco *“kuñatai ayoreo”*—si se me permite la mezcla lingüística guaraní, ayoreo, tan frecuente en las zonas de contacto cultural paraguayas, o sea cinco señoritas, las más distinguidas de la toldería. Pintarrajeadas y con desparpajo exótico, con sus mejores galas, habían decidido darnos—con la iniciativa que a esa edad se les otorga por hábitos y costumbres— darnos una despedida a su estilo. Paramos los dos vehículos, contemplamos por unos momentos el insólito espectáculo y obsequiando con alguna chuchería a las cinco *“beldades ayoreas”*, proseguimos viaje de retorno, cuidando en aquel atardecer de no atropellar los muchos mamíferos que invadían el camino. Al agreste paisaje con vegetación impenetrable y peligrosa fauna de aquellas infinitas llanuras chaqueñas, se sumaban sus noches misteriosas con ruidos que dan lugar a fantasías y que sostienen una rica mitología entre la población guaraní.

Para completar una mejor visión de lo que es el Chaco paraguayo necesitaríamos tener entre nosotros al ya desaparecido amigo de los indios, el antropólogo Miguel Chase-Sardi. “El Gato” como era popularmente conocido mi especial amigo, y que a mi modo de ver era un “lince”, convivió en toda la extensión de la palabra, gran parte de sus días entre aquellas diferentes tribus. Recuerdo que el día del velorio de Chase-Sardi; tuvimos ocasión de ver que la popular *“radio-soó”*, *“radio-carne”* o sea, la transmisión de noticias entre humanos, funciona muy bien en Paraguay. A Chase-Sardi, sus amigos



del Chaco con su mínima vestimenta y con mucha música desconocida le dieron la más natural e inolvidable despedida para su “viaje sin retorno”.

Félix de Azara, que indiscutiblemente fue muy hábil, habrá sabido protegerse –nunca sabremos cómo– de aquellas nubes de mosquitos, del “**mba-rigüi**”, pequeño y que penetra todo tipo de mallas y del invisible “**polvorín**” que son tormentos de las noches paraguayas juntamente con el concierto monótono e interminable de gigantescos sapos. En algún amanecer habrá sentido el deleite de escuchar el rarísimo canto metálico del “pájaro campana”. Esta ave arisca que raramente se dejaba ver, habitaba las soledades impenetrables de la selva virgen que el hombre contemporáneo está destruyendo. El pájaro campana, de muy vistoso plumaje, con su canto tan especial, inspiró una preciosa partitura musical, la polca llamada **Guyrá campana**, compuesta por el maestro arpista Félix Pérez Cardozo.

Es interesante mencionar que los nativos guaraníes, que salían de las selvas para acercarse a las Reducciones Jesuíticas, curiosamente demostraron muy buenas aptitudes para la música, característica que supieron aprovechar los misioneros distinguiéndose entre ellos Domenico Zípoli, italiano de nacimiento, maestro que sobresalió en música sacra. El repertorio de deliciosas composiciones de música paraguaya, juntamente con las manifestaciones del rico folcklore y de la mitología, se han difundido por el mundo en los últimos años.

Azara habrá sido hábil e intuitivo en percibir todo lo particular de aquel mundo que lo estaba rodeando y fue valiente hasta lo inexplicable, pues dentro de las selvas cerradas la habilidad, la improvisación y el coraje fueron y siguen siendo aún imprescindibles. ¿Cómo se supo proteger de fieras y de insectos? ¿Cómo se alimentaba en sus largos y penosos desplazamientos? ¿Cómo supo cobijarse cuando llegaban las frecuentes y torrenciales lluvias? ¿Cómo consiguió entenderse con los nativos que hablaban el guaraní o algún otro dialecto? Todavía hoy, sigue siendo necesario conocer algo del difícil guaraní para transitar por la campaña y hacerse comprender. Podemos suponer que ya estaba en práctica el “**jopará**”, consistente en mezclar caprichosamente el guaraní y el castellano. No cabe

duda de que Félix de Azara con sus dos décadas de vida en los dominios de los guaraníes, llegó a poseer un amplio vocabulario de aquel nada fácil idioma. Habrá tenido que aprender de inmediato unas cuantas palabras para la elemental convivencia y habrá tenido que cuidarse de no decir nunca “*aña memby*”, equivalente a hijo del diablo. Esta expresión, dicha en una acalorada discusión, puede producir efectos muy ofensivos en quienes reciben el calificativo.

Y en forma bastante parecida, mientras teníamos a don Félix de Azara invirtiendo los mejores años de su vida por las desconocidas tierras del Paraguay, poco más de tres décadas después, el naturalista Charles Darwin, pudo ser enrolado en la dotación del legendario “**Beagle**” para recorrer el sector central sudamericano y después llegar hasta las perdidas islas Galápagos, dejándonos sus experiencias y su trascendente teoría de la selección natural de las especies.

También en años cercanos, compartidos casi con los últimos... en América, otros aventureros y sabios naturalistas, el alemán Alexander von Humboldt, y el experto botánico francés Aimé Bonpland, planearon y realizaron la experiencia de remontar el curso del río Orinoco para saltar los Andes hasta el Pacífico. Procede recordar y resaltar la inmensa obra científica que realizaron von Humboldt y Bonpland. Este último francés de La Rodolle, con el caudal acumulado en sus conocimientos de botánica, fue elegido a su regreso de Sudamérica por Josefina de Beauharnais para diseñar y realizar los legendarios y espectaculares jardines de la Malmaison, cerca de París.

Entre los historiadores y los estudiosos de la labor que llevaron a cabo éstos personajes, no podemos prescindir de los conceptos que en relación a Azara nos dejó Alfred Marbais du Graty (1862). Este hombre de gran preparación y profundo conocedor del área rioplatense, dejó escrito textualmente, al dedicarle su obra al entonces Presidente del Paraguay, Don Carlos Antonio López, que “... *entre las obras que han sido publicadas sobre el Paraguay, lo mejor, sin contradicción, es lo que escribió Félix de Azara que fue Comisario de Límites del Gobierno Español al final del siglo pasado*”, recalcando además claramente, que el fue “*el primero en escribir*

sobre aquellas tierras casi desconocidas”.

Estos conceptos que de forma tan clara nos dejó escritos el erudito geógrafo, nos sirven para avalar con total convicción, el concepto de que la vida y la personalidad del gran aragonés Félix de Azara puede escribirse en letras mayúsculas, entre los más destacados aragoneses y americanos del siglo XVIII.

Sabemos que los últimos años de su vida los pasó don Félix en Huesca, con frecuentes visitas a Barbuñales. En esta etapa sosegada dentro de su inquieta vida, habrá tenido buenas horas para pensar mucho y llegar seguramente a la conclusión de que la aventura es tal vez la única forma de robarle tiempo a la muerte y que el sedimento humano e intelectual de su hazaña le había dado una vida de excepcional penetración en el insondable misterio de la creación.

Después de haber desarrollado una vida llena de contenido, pródiga en fatigas y con miles de peligros superados, vemos al hombre que heredó tan sólidos principios de sus progenitores, disfrutar, merecidamente del retorno a su solar natal. Hay hombres que verdaderamente han sabido ganarse con su labor, la fama y el merecido descanso.

Por haber vivido buena parte de su vida en los extensos dominios de los guaraníes, yo me permitiría darle el título, que alguna vez otorgara el pueblo paraguayo a otro sabio, Aimé Bonpland, de **“Karai arandú”**, que con una interpretación aproximada sería decirle *“Señor o Caballero sabio de excepcional iniciativa”*.



Bibliografía

ABADIE AICARDI, A. y O. ABADIE AICARDI. 1977. **Portugueses y brasileños hacia el Río de la Plata. Un informe geopolítico (1816)**. POOL Editorial, Recife, pp. 1-216

ABAD DE SANTILLÁN, Diego. 1976. **Diccionario de Argentinismos de ayer y de hoy**. TEA. Tipográfica Editora Argentina, Buenos Aires. Pp. 1-1.000 páginas.

AGUILAR PIÑAL, F. 1988. **Bibliografía de Estudios sobre Carlos III y su época**. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, pp. XVIII + 1-428.

AGUIRRE, Juan Francisco de. 1905-1911. Diario del Capitán de Fragata Don Juan Francisco de Aguirre. **Anales de la Biblioteca**, Buenos Aires, Tomo 4, pp. 1-271; Tomo 7, pp. i-viii + 1-490 + [2].

AGUIRRE, Juan Francisco de. 1948. Diario del Capitán de Fragata Don Juan Francisco de Aguirre. Precedido por un estudio de Felipe Barreda Laos. **Revista de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires**, Buenos Aires, Tomo XIX, 3o y 4o trimestre de 1948, No 47-48.

AGUIRRE, Juan Francisco de. 2003. **Discurso histórico sobre el Paraguay. Estudio preliminar y restitución del texto por Ernesto J. Maeder**. Union Académique Internationale-Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, pp. 1-505.

AGUIRRE, Manuel de. 1981. **Indagaciones y reflexiones sobre geografía con algunas noticias previas indispensables (1782)**. Edición facsímil y estudio introductorio de Horacio Capel. Ediciones de la Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 1-78 + I-XVIII + 1-339.

AGUIRRE CORE, Fernando. 1999. **La visita general de la Diócesis de Paraguay realizada por el Ilustrísimo D. Manuel Antonio de la Torre (1768-1770)**. **Revista Complutense de Historia de América**, Madrid. Tomo XXV, pp. 111-138.

ALBIAC BLANCO, María Dolores. 2000. **Félix de Azara**. Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón. Zaragoza, Publicación N° 80-83, pp. 1-92. Ilustrado.

ALFAGEME ORTELLS, C.; N. ALMAZÁN SÁEZ; V. ARENZANA HERNÁNDEZ; M. BENÍTEZ SIDÓN; C. CALVO PÉREZ; A. CANTÍN LUNA; M. DíEZ BARRABÉS y J. SEBASTIÁN GERMÁN 1987.

Félix de Azara ingeniero y naturalista del siglo XVIII. Prólogo de Leandro Siqueiros. Colección de Estudios Altoaragoneses, 16, Excelentísima Diputación Provincial de Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, pp. 1-131, láminas 1-12.

ALURRALDE, N. 1975. **El descubrimiento del Cuarto Continente**. Talleres Gráficos Caporaletti, Buenos Aires. Pp- 1-279 páginas.

ÁLVAREZ JUNCO, José. 1968. La Sociedad Aragonesa de Amigos del País en el Siglo XVIII. **Revista de Occidente**, Madrid,. Año VI, 2° época, N° 69, pp. 301-319.

ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. 1933. Ensayo acerca de las ideas biológicas de Azara. Su valor para el mundo científico de su época Su influencia en Darwin y Cuvier **Reseñas Científicas, en el Boletín de la Real Sociedad Española Historia Natural**, Madrid, Tomo VIII, pp. 19-49. **Esta cita debe ser precisada**

ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. 1934. Félix de Azara, precursor de Darwin. **Revista de Occidente**, Madrid, volumen 43, N° 128, pp. 149-166.

ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. 1935a. **Félix de Azara. Siglo XVIII**. Biblioteca de Cultura Española, 11, M. Aguilar, Madrid, pp. 1-262 + 1 lámina.

ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. 1935b. Un manuscrito de Félix de Azara. **Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural, Reseñas Científicas**, Madrid, Tomo X, pp. 35-37.

ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. 1952. **Comentarios y anotaciones acerca de la obra de don Félix de Azara**. Pp. 9-61, en: **Miscelánea Americanista**, Tomo III. Homenaje a D. Antonio Ballesteros Beretta, 1880-1949. Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", Madrid. (Hay *separatum*, pp. 1-57).

ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. 1961. Azara y Darwin. **Revista de Indias**, Madrid, Año XXI, N° 83, pp. 63-98.

ALVÁREZ TERÁN, María Concepción. **Archivo General de Simancas. Catálogo XXIX. Mapas y dibujos (años 1503-1805). Volumen I**. Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, Valladolid, pp. 1-1.080 + láminas.

ÁLVAREZ-VALDÉS Y VALDÉS, M. 2002. **Jovellanos: enigmas y certezas**. Prólogo de Gonzalo ANES.

Fundación Alvargonzález, Gijón. Pp. VII + 1-585.

ALVEAR, Diego de. 2000. **Relación histórica y geográfica de la Provincia de Misiones**. Estudio preliminar por Ernesto J. A. Maeder y restitución del texto original por Helga N. Goicoechea. Documentos de Geohistoria regional, N° 11, IIGHI, Resistencia, Chaco, pp. 1-173.

AMARAL, Raúl. 1991. **Prólogo**, pp. ¿¿¿¿¿¿, en J. Natalicio GOZÁLEZ: *La Raíz Errante*. Edición de Cuadernos Republicanos, Asunción, pp. ¿????????

AMODIO, Emanuele. 1998-2001. **Culturas indígenas de Venezuela**. Pp. 165-187, en: **Gran Enciclopedia de Venezuela**, Tomo VI. Editorial Globe, Caracas.

AMODIO, Emanuele. 2002. **La Antropología salvaje. Conocimiento del otro y política imperial durante el Antiguo Régimen**. *Debate y Perspectivas*. Madrid No 2, pp. 191-218.

ANDIOC, R. 1973. **Epistolario de Leandro FERNÁNDEZ MORATÍN**. Edición, introducción y notas de ¿????? Editorial Castalia, Madrid. Pp. 1-763.

ANGELIS, Pedro de. 1835-1839. **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata**, ilustrados con notas y disertaciones por..., Volúmenes 1-6. Imprenta del Estado, Buenos Aires.

ANGELIS, Pedro de. 1970-1972. **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata**, ilustrados con notas y disertaciones por..., Tomo V, pp. 1-478; Tomo VI. pp. 1-803; Tomo VIII, pp. 1-601. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.

ANÓNIMO. 1768. **Ordenanzas de S.M. para el Servicio del Cuerpo de Ingenieros en Guarnición y Campaña**. De Orden de S.M., en la oficina de Antonio Marín, impresor de la Secretaría del Despacho Universal de Guerra, año de 1768.

ARENAZA HERNÁNDEZ, Víctor y M. RODRÍGUEZ SOL. 1982. **Supresión de la Universidad de Huesca**. Pp. 109-117, en: **Actas de las IV Jornadas sobre el Estado Actual de los Estudios sobre Aragón**. Volumen I, celebradas en Alcañiz, 1981, Zaragoza.

ARENAZA HERNÁNDEZ, Víctor. 1999. **Félix de Azara visto por dos profesores del centro**. Pp. 1-4, en versión electrónica: <http://www.educa.aragob.es/iesfazza/victor.htm>

ARÉVALO, Celso. 1935. **La Historia Natural en España**. Aplicación del método histórico al estudio de las Ciencias Naturales. Editado en los Talleres de Unión Poligráfica S. A., Madrid. Pp. 1-149.

ARIAS DIVITO, Juan Carlos. 2001. **Siembras de Tabaco en Paraguay, 1778-1812**. Instituto Bibliográfico Antonio Zenny, Buenos Aires. Pp. 1-212.

ASSO, Ignacio de. 1947. **Historia de la Economía política de Aragón**. Reedición y prólogo e índices por José Manuel Casas Torres. CSIC, Zaragoza. Pp. 1-487.

AZARA, Agustín de. 1847a. **A los lectores el editor**. Pp. i-iv y pp. v-viii, en: Félix de AZARA: **Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata (Obra Póstuma, Brigadier de la Real Armada y autor de las obras tituladas "Apuntes para la Historia de los cuadrúpedos y Pájaros del Paraguay" y de otras**. La publica su sobrino y heredero, el señor Don Agustín de Azara bajo la dirección de Don Basilio Sebastián Castellanos, Caballero de las órdenes de Isabel la Católica y de San Genaro. Anticuario de la Biblioteca Nacional, etc. etc. autor de varias obras literarias, de la biografía de dicho autor que concluye la obra y de las notas que la ilustran. Imprenta de Sánchez Madrid, Tomo I, pp. i-iv + 1-347 + [1]; Tomo II, pp. 1-286 + [2].

AZARA, Félix de. 1801. **Essais sur l'histoire naturelle des Quadrupèdes de la Province du Paraguay**. Tome Premier. C. Pogens, París. Ixxix + 366 págs. Tome Sécond. C. Pogens, París. 499 págs.

AZARA, Félix de. 1802. **Apuntamientos para la Historia Natural de los Quadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata**. Madrid, MDCCCII. En la Imprenta de la Viuda de Ibarra con licencia.

AZARA, Félix de. 1802-1805. **Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata**. Vda. De Ibarra, Madrid, 3 vols. 1, XX + 399 págs.; 2, 562 págs; 3, 479 págs.

AZARA, Félix de. 1809. **Voyages dans l'Amérique méridionale, depuis 1781 jusqu'en 1801; contenant la description géographique, politique et civile du Paraguay et de la rivière de La Plata; l'histoire de la découverte et de la conquête de ces contrées; des détails nombreux sur leur histoire naturelle, et sur les peuples sauvages qui les habitent; le récit des moyens employés par les Jésuites pour assujettir et civiliser les indigènes, etc. publiés d'après les manuscrits de l'auteur. Avec une notice de sa vie et ses écrits, par C. A. WALKENAER; enrichis de notes par G. CUVIER, suivis de l'histoire naturelle des Oiseaux du Paraguay et de La Plata, par le même**

auteur, traduite, d'après l'original espagnol, et augmentée d'un grand nombre de notes, par M. SONNINI. Dentu, París, págs. 1: lx + 389; 2: 562; 3: ii + 479; 4: 380; Atlas, 25 láms.

AZARA, Félix de. Martín BONEO y Pedro CERVIÑO. 1836a. **Diario de la navegación y reconocimiento del Río Tebicuarí**. Tomo 2 (VI, 13), pp. [2]+ I-V +147. en Pedro de ANGELIS: **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata**. Imprenta del Estado, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1836b. **Observaciones del Comisario D. Félix de Azara sobre los ríos Igurey y Corrientes**. Tomo 4 (IV, 26), pp. 20-22, en Pedro de ANGELIS: **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata**. Imprenta del Estado, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1846. **Viajes por América del Sur de D. Félix de Azara, Comandante de la Comisión de Límites Española en la Sección del Paraguay. Desde 1789 hasta 1801, en los cuales da una descripción geográfica, política y civil del Paraguay y Río de la Plata: la historia del descubrimiento y conquista de dichos países, con numerosos detalles sobre la historia natural y sobre los Pueblos Salvajes, que habitan en la expresada región, a la que acompaña una exposición de los métodos empleados para sujetar y civilizar a los naturales de la citada sección de la América. Todo ello arreglado a los manuscritos de su autor, con una noticia sobre su vida y sus escritos, publicada por C.A. Walckenaer. Con notas de Mr. G. Giver, Secretario Perpetuo de la Clase de Ciencias Físicas del Instituto**. Traducción [de la versión francesa de 1809] de Bernardino Rivadavia, prólogo de Florencio Varela. Biblioteca del Comercio del Plata, 2 tomos en un solo volumen, Montevideo, en 4o, pp. 1-318, así discriminadas: Tomo I, pp. [6] + 1-137; II, pp. 138-260.

AZARA, Félix de. 1847a. **Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata (Obra póstuma, Brigadier de la Real Armada y autor de las obras tituladas "Apuntes para la Historia de los cuadrúpedos y Pájaros del Paraguay" y de otras**. La publica su sobrino y heredero, el señor D. Agustín de Azara bajo la dirección de D. Basilio Sebastián Castellanos de Losada, Caballero de las órdenes de Isabel la Católica y de San Genaro. Anticuario de la Biblioteca Nacional, etc., autor de varias obras literarias, de la biografía de dicho autor que concluye la obra y de las notas que la ilustran. Con retrato. Imprenta Sánchez, Madrid, en 4o, Tomo I, pp. I-IV + 1-347 + [1]; Tomo II, pp. 1-286 +[2].

AZARA, Félix de. 1847b. **Memoria sobre el estado**

rural del Río de la Plata en 1801; demarcación de límites entre Brasil y el Paraguay a últimos del Siglo XVIII e informe sobre varios particulares de la América meridional española. Escritos póstumos de Félix de Azara. La publica su sobrino y heredero, el señor D. Agustín de Azara bajo la dirección de D. Basilio Sebastián Castellanos de Losada. Imprenta Sánchez, Madrid, pp. I-VIII + 1-232, en 4o, con retrato.

AZARA, Félix de. 1847c. **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801. Pp. 3-27, en Félix de AZARA: Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801; demarcación de límites entre Brasil y el Paraguay a últimos del siglo XVIII e informe sobre varios particulares de la América meridional española**. La publica su sobrino y heredero, el señor D. Agustín de Azara bajo la dirección de D. Basilio Sebastián Castellanos de Losada. Imprenta Sánchez, Madrid.

AZARA, Félix de. 1847d. **Memoria sobre el Tratado de Límites de la América Meridional celebrado entre España y Portugal en el año 1777 y sobre las disputas que han ocurrido en su ejecución**. Pp. 29-81, en Félix de Azara: **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801; demarcación de límites entre Brasil y el Paraguay a últimos del siglo XVIII e informe sobre varios particulares de la América meridional española**. Escritos póstumos de Félix de Azara. Los publica su sobrino D. Agustín de Azara, marqués de Nibbiano, bajo la dirección de D. Basilio Sebastián Castellanos de Losada. Imprenta Sánchez, Madrid.

AZARA, Félix de. 1862. **Correspondencia oficial e inédita sobre la demarcación de límites entre el Paraguay y el Brasil**. En: C. CALVO: **América Latina. Colección histórica completa de los tratados, convenciones, capitulaciones, armisticios, cuestiones de límites y otros actos diplomáticos y políticos de todos los estados comprendidos entre el golfo de México y el cabo de Hornos, desde el año 1493 hasta nuestros días, precedidos de una memoria sobre el estado actual de la América, de cuadros estadísticos, de un diccionario diplomático, y de una noticia histórica sobre cada uno de los tratados más importantes**. A. Durand, París. Tomo III, 400 págs.

AZARA, Félix de. 1871. **Viajes Inéditos de Don Félix de AZARA. Desde Santa Fe a la Asunción**. *Rev. Río de la Plata*, Buenos Aires, 1(1): 47-81; (3): 391-414.

AZARA, Félix de. 1873. **Viajes inéditos de D. Félix de Azara desde Santa Fe a la Asunción, al interior del Paraguay y a los pueblos de Misiones**. Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, pp. 20-250.



AZARA, Félix de. 1892. **Apuntamientos para la Historia Natural de los Cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata**. Madrid. En la Imprenta de la Viuda de Ibarra, con licencia. Madrid. 2 volúmenes, en 8o, Volumen I, pp. I-XIV + 1-318; Volumen 2, pp. 1-328.

AZARA, Félix de. 1896. **Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata**. Biblioteca Paraguaya. A de Uribe y Compañía, Asunción, 2 tomos. Tomo 1, pp. I-VII + 1-428; Tomo 2, pp. 1-357.

AZARA, Félix de; Martín BONEO y Pedro CERVIÑO. 1900. **Diario de la navegación y reconocimiento del Río Tebicuarí**. Pp. 373-412, en Pedro de ANGELIS: **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones por... Tomo II**. Precedido por: **Discurso preliminar a la descripción del Tebicuarí** [Tebicuary], por Pedro de Angelis [pp. 375-377]. Imprenta Editora de V. Colmegno, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1901. **Correspondencia oficial e inédita sobre la demarcación de límites entre el Paraguay y el Brasil**. Pp. 355-445, en Pedro de ANGELIS: **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata**. Tomo III. Biblioteca Histórica y Geográfica de Augusto Pinzani, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1903. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año IV, No 39, pp. 801-818.

AZARA, Félix de. 1903. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año V, No 40, pp. 50-65.

AZARA, Félix de. 1903. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año V, No 41, pp. 202-224.

AZARA, Félix de. 1903. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año V, No 42, pp. 325-336.

AZARA, Félix de. 1903. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año V, No 43, pp. 418-448.

AZARA, Félix de. 1903. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año V, No 44, pp. 97-108.

AZARA, Félix de. 1903. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año V, No 45, pp. 213-224.

AZARA, Félix de. 1903. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año V, No 46, pp. 320-335.

AZARA, Félix de. 1904. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año VI, No 47, pp. 423-448.

AZARA, Félix de. 1904. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año VI, No 48, pp. 79-110.

AZARA, Félix de. 1904. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año VI, No 49, pp. 198-223.

AZARA, Félix de. 1905. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año VI, No 50, pp. 285-322.

AZARA, Félix de. 1905. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año VI, No 51, pp. 393-411.

AZARA, Félix de. 1905. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año VI, No 52, pp. 72-99.

AZARA, Félix de. 1906. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año VI, No 53, pp. 151-167.

AZARA, Félix de. 1906. Los pájaros del Paraguay. **Revista del Instituto Paraguayo**, Asunción, Año VI, No 54, pp. 313-336.

AZARA, Félix de. 1904. **Geografía Física y Esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes**. Compuesta por D. Félix de Azara, Capitán de Navío de la Real Armada en la Asunción de Paraguay. Año de MDCCXC (1790) (**Manuscrito en la Biblioteca Nacional de Montevideo**). Bibliografía, prólogo y anotaciones por Rodolfo R. Schuller. Montevideo, **Anales del Museo Nacional de Montevideo, Sección Histórico-Filosófica**, Tomo I, en 4o mayor, pp. I-CXXXII + 1-478, 10 láminas, 6 mapas, retrato.

AZARA, Félix de. 1907. Viajes inéditos de AZARA (Manuscrito de la colección de documentos del doctor Estanislao S. ZEBALLOS, precedido de una introducción escrita por éste y anotada por Luis M. TORRES). **Revista de Derecho, Historia y Letras**, Buenos Aires, **10** (28): 193-212; 363-385; 509-531.

AZARA, Félix de. 1923. **Viajes por América Meridional. Contienen la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata; la historia del descubrimiento y conquista de estas regiones; detalles numerosos sobre su Historia Natural y sobre los pueblos salvajes que**

las habitan; el relato de los medios empleados por los jesuitas para someter y civilizar a los indígenas, etc. Publicados con arreglo a los manuscritos del autor, con una noticia sobre sus vidas y sus escritos por C.A. WALKERNAER. Enriquecidos con notas por G. CUVIER, secretario perpetuo de la Sección de Ciencias Físicas del Instituto. Traducida del francés por Francisco de las BARRAS DE ARAGÓN. Los Grandes Viajes Clásicos, 27 y 28. Ediciones Calpe, Madrid, Tomo I, pp. [8] +1-309 + láminas1-2; Tomo II, pp. 1-233 + lámina I.

AZARA, Félix de. 1934. **Viajes por la América Meridional por... Comisario y Comandante de los Límites Españoles en el Paraguay desde 1781 hasta 1801. Contienen la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata; la historia del descubrimiento y conquista de estas regiones; detalles numerosos sobre su Historia Natural y sobre los pueblos salvajes que las habitan; el relato de los medios empleados por los jesuitas para someter y civilizar a los indígenas, etc. Publicados con arreglo a los manuscritos del autor, con una noticia sobre sus vidas y sus escritos por C.A. WALKERNAER. Enriquecidos con notas por G. CUVIER, secretario perpetuo de la Sección de Ciencias Físicas del Instituto. Traducida del francés por Francisco de las BARRAS DE ARAGÓN.** Ediciones Espasa Calpe, S.A., Madrid. Tomo I, con dos láminas, pp. 1-328 págs. Tomo II, con una lámina, pp. 1-253 págs.

AZARA, Félix de. 1941a. **Viajes por la América Meridional. Contienen la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata; la historia del descubrimiento y conquista de estas regiones; detalles numerosos sobre su Historia Natural y sobre los pueblos salvajes que las habitan; el relato de los medios empleados por los jesuitas para someter y civilizar a los indígenas, etc.** Por... Comisario y Comandante de los límites Españoles en el Paraguay desde 1781 hasta 1801. Traducidos del francés por Francisco de las BARRAS DE ARAGÓN. Edición revisada por J. Dantín Cereceda. Espasa-Calpe, Madrid. 2 volúmenes.

AZARA, Félix de. 1941b. **Apuntamientos para la historia natural de los pasaros del Paraguay y Río de la Plata.** Biblioteca Americana, Buenos Aires, (reimpresión exacta de la primera edición publicada en Madrid en 1802). Esta obra consta de 5 volúmenes del autor, más "La obra ornitológica de Azara", comentada y actualizada por José A. Pereyra. Total, 6 tomos: Tomo I: pp. I-XIV + 1-250; Tomo II: 1-268 íd. + I-X; Tomo III: 1-291 íd. + I-X; Tomo IV: 1-262 íd. + I-X ; Tomo V: 1-265 íd. + I-X; Tomo VI: 1-262 íd. + apéndices descriptivos.

AZARA, Félix de. 1943a. **Descripción e historia del**

Paraguay y del Río de la Plata. Con nota preliminar sobre MITRE y AZARA. Biblioteca Histórica Colonial, II, Editorial Bajel, Buenos Aires. Pp. I- CXIV + 383 págs. 2 láminas (retratos) en el texto.

AZARA, Félix de. 1943b. **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes, con apuntes biográficos de Julio César González.** Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires, pp. I-CXIV + 1-310, ilustrado, con retrato y mapa.

AZARA, Félix de. 1943c. **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801.** Pp.1-25, en Félix de AZARA: **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes, con apuntes biográficos de Julio César González.** Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1943d. **Correspondencia oficial e inédita sobre la demarcación de límites entre el Paraguay y el Brasil.** Pp.77-163, en Félix de AZARA: **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes, con apuntes biográficos de Julio César González.** Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1943e. Dictamen elevado por don Félix de Azara al virrey don Antonio Olaguer Feliú. Pp. 185-197, en Félix de AZARA: **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes, con apuntes biográficos de Julio César González.** Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1943f. Informe sobre el proyecto de recuperar siete pueblos de las misiones guaraníes al oriente del Río Uruguay. Pp. 211-217, en Félix de AZARA: **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes, con apuntes biográficos de Julio César González.** Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1943g. **Informe sobre el gobierno y libertad de los indios guaraníes y tapes de la Provincia del Paraguay.** Pp.243-261, en Félix de AZARA: **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes, con apuntes biográficos de Julio César González.** Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1943h. **Informe sobre las factorías y cultivo del tabaco en el Paraguay.** Pp.263-268, en Félix de AZARA: **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes, con apuntes biográficos de Julio César González.** Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1943i. **Informe sobre los tabacos del Paraguay que surten a la Real Hacienda en el virreinato de Buenos Aires.** Pp.269-275, en



Félix de AZARA: **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes, con apuntes biográficos de Julio César González.** Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires.

AZARA, Félix de. 1959. **Santa Fe (Diario de Azara) 1783 y Salida de Santa Fe a Corrientes, 1783 (Diario) y Santa Fe (Diario de Azara) 1783.** Respectivamente en pp. 84-88 y 116-119, en: José Luis BUSANICHE: **Estampas del Pasado. Lecturas de Historia Argentina.** Biblioteca Dimensión Argentina, Ediciones Solar/Hachette, Buenos Aires, pp. 1-896. Esta obra fue reimpresa en 1971.

AZARA, Félix de. 1969. **Viajes por la América Meridional por Félix de Azara. Comisario y Comandante de los Límites Españoles en el Paraguay desde 1781 hasta 1801. Contienen la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata; la historia del descubrimiento y conquista de estas regiones; detalles numerosos sobre su Historia Natural y sobre los pueblos salvajes que las habitan; el relato de los medios empleados por los jesuitas para someter y civilizar a los indígenas, etc. Publicados con arreglo a los manuscritos del autor, con una noticia sobre sus vidas y sus escritos por C.A. WALKERNAER. Enriquecidos con notas por G. CUVIER, secretario perpetuo de la Sección de Ciencias Físicas del Instituto. Traducida del francés por Francisco de las BARRAS DE ARAGÓN.** Edición revisada por J. Dantín Cereceda, Colección Austral, No 1402, Editorial Espasa-Calpe, S.A., Madrid, Edición en un único volumen. Pp. 1-326.

AZARA, Félix de. 1970. **Correspondencia oficial e inédita sobre la demarcación de límites entre el Paraguay y el Brasil.** Pp.355-445, en Pedro de ANGELIS: **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata.** Tercera edición, Tomo V. Con prólogo y notas de Andrés M. Carretero, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires. Pp. 1-727 + [6].

AZARA, Félix de. 1990. **Descripción general del Paraguay.** Edición, introducción y notas de Andrés Galera Gómez. Libros de Bolsillo No 1499, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-301.

AZARA, Félix de. 1991. **De los medios de que se sirvieron los jesuitas para reducir y sujetar a los indios y de la manera como estaban gobernados.** Pp. 194-196, en Rubén BARREIRO SAGUIER y Jean-Paul DUVIOLS (edición e introducción). 1991. **Tentación de la Utopía. La República de los Jesuitas en el Paraguay.** Prólogo de Augusto Roa Bastos. Biblioteca del Nuevo Mundo, 1492-1992. Tusquets Editores y Círculo de Lectores S.A., Barcelona.

AZARA, Félix de. 1992. (1802-1805). **Apuntamientos para la Historia Natural de los pasaron del Paraguay y del Río de la Plata.** Madrid: Ibarra, 1802-1805. (Traducidos al francés como volúmenes II y IV de los **Voyages dans l'Amérique Méridionale**, 1809). Reedición facsímil y estudio introductorio de Joaquín Fernández Pérez. Plan Nacional de Investigación Científica I+D, Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, Ministerio de Educación, Editorial Doce Calles, Madrid, pp. 1-619 + láminas 1-45 + 1-49.

AZARA, Félix de. 1994. **Escritos Fronterizos.** Edición preparada por Manuel LUCENA GIRALDO y Alberto BARRUECO RODRÍGUEZ. Colección Clásicos, CSIC, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, ICONA, Madrid, pp. 1-238. Ilustrado.

AZARA, Félix de. 1997. **Escritos fronterizos.** Presentación, introducción y estudio preliminar por M. LUCENA GIRALDO y A. BARRUECO RODRÍGUEZ. Colección Clásicos, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, ICONA, Madrid. 238 pp.

AZARA, Félix de. 1998. **Viaje por la América Meridional.** Ediciones El Elefante Blanco, Buenos Aires, Tomo I, pp. 1-238; Tomo II, pp. 1-217.

AZARA, Félix de. 2005. Transcripción del **Prólogo** y del capítulo titulado **Habitantes**, de la obra de Félix de AZARA: **Descripción e historia...** (1847), con una breve presentación, en: José Luis GÓMEZ MARTÍNEZ: **Antología del Ensayo Hispánico. Félix de Azara.** Versión electrónica: <http://www.ensayistas.org/antologia/XVIII/azara/> 4 pp.

BALLARÍN IRIBARREN, Ignacio. 1981. Don Félix de Azara, reivindicación de un insigne naturalista aragonés. **Azara, Revista de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales**, Zaragoza, N° 1, pp. 7-15.

BARRAS DE ARAGÓN, Francisco de las. 1915. Una carta de D. Félix de Azara y algunas noticias de sus trabajos, según documentos del Archivo de Indias de Sevilla. **Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural**, Madrid, Tomo XV, 15, pp. 361-366.

BARRAS DE ARAGÓN, Francisco de las. 1923. **[Apéndice].** Tomo I, pp. 34-36, en: Félix de AZARA: **Viajes por América Meridional. Contienen la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata, la historia del descubrimiento y conquista de estas regiones; también numerosos detalles sobre su Historia Natural y sobre los pueblos salvajes que las habitan; el relato de los medios empleados por los jesuitas para someter y civilizar a los indígenas, etc. Publicados con arreglo a los manuscritos del autor, con una noticia sobre**



sus vida y sus escritos por C. a. Walkernaer. Enriquecidos con notas por G. Cuvier, Secretario Perpetuo de la Sección de Ciencias Físicas del Instituto. Traducida del Francés por Francisco de las Barras de Aragón. Los Grandes Viajes Clásicos, 27. Ediciones Calpe, Madrid. Tomo I, pp. [8] +1-309 + láminas 1-2.

BARRAS DE ARAGÓN, Francisco de las.1934. [Apéndice]. Tomo I, pp. 36-38, en: Félix de AZARA: **Viajes por América Meridional. Contienen la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata; la historia del descubrimiento y conquista de estas regiones; detalles numerosos sobre su Historia Natural y sobre los pueblos salvajes que las habitan; el relato de los medios empleados por los jesuitas para someter y civilizar a los indígenas, etc. Publicados con arreglo a los manuscritos del autor, con una noticia sobre sus vida y sus escritos por C. a. Walkernaer. Enriquecidos con notas por G. Cuvier, Secretario Perpetuo de la Sección de Ciencias Físicas del Instituto.** Traducida del Francés por Francisco de las Barras de Aragón. Viajes Clásicos, Ediciones Espasa-Calpe, Madrid. Tomo I, pp. [8] +1-328 + láminas 1-2.

BARRAS DE ARAGÓN, Francisco de las.1941. [Apéndice]. Tomo I, pp. 36-38, en: Félix de AZARA: **Viajes por América Meridional. Contienen la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata; la historia del descubrimiento y conquista de estas regiones; detalles numerosos sobre su Historia Natural y sobre los pueblos salvajes que las habitan; el relato de los medios empleados por los jesuitas para someter y civilizar a los indígenas, etc. Publicados con arreglo a los manuscritos del autor, con una noticia sobre sus vida y sus escritos por C. a. Walkernaer. Enriquecidos con notas por G. Cuvier, Secretario Perpetuo de la Sección de Ciencias Físicas del Instituto.** Traducida del Francés por Francisco de las Barras de Aragón. Viajes Clásicos, 27 y 28, Ediciones Espasa-Calpe, Madrid. Tomo I, pp. [8] +1-328 + láminas 1-2.

BARRAS DE ARAGÓN, Francisco de las. 1952. Sobre los hermanos Azara. Dos biografías. **Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural, (Sección Geológica)**, Órgano del Instituto de Ciencias Naturales José de Ascosta, Madrid, Tomo L, N° 1, pp. 149-168.

BARRAS DE ARAGÓN, Francisco de las.1969. [Apéndice]. Tomo I, pp. 36-38, en: Félix de AZARA: **Viajes por América Meridional. Contienen la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata; la historia del descubrimiento y conquista de estas regiones; detalles numerosos sobre su Historia Natural y**

sobre los pueblos salvajes que las habitan; el relato de los medios empleados por los jesuitas para someter y civilizar a los indígenas, etc. Publicados con arreglo a los manuscritos del autor, con una noticia sobre sus vida y sus escritos por C. a. Walkernaer. Enriquecidos con notas por G. Cuvier, Secretario Perpetuo de la Sección de Ciencias Físicas del Instituto. Traducida del Francés por Francisco de las Barras de Aragón. Edición revisada por J. Dantín Cereceda. Colección Austral N° 1402, Editorial Espasa-Calpe, Madrid. Pp. 1-326 + láminas 1-2.

BARREIRO, Agustín J. 1992. **El Museo Nacional de Ciencias Naturales (1771-1935)**. Segunda edición. Con prólogo de Eduardo Hernández Pacheco. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, Pp. 1-509.

BAULNY, Oliver. 1966-1968. Félix de Azara. Un aragonais précurseur de Darwin. **Pyrénées**, Marimpoy Jeune, Pau, N° 68-69; 70-71; 73, pp. 1-96 (en *separatum*)

BAULNY, Olivier. 1968a. Félix de Azara, una vida ejemplar. **Cuadernos de Aragón**, III. Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, pp. 133-157.

BAULNY, Oliver. 1968b. Trois textes de Félix de Azara. **Pyrénées**, Marimpoy Jeune, Pau, N° 73, pp. 27-42.

Ver IEA

BAULNY, Olivier. 1969a. Félix de Azara, una vida ejemplar. **Revista Zaragoza**, Zaragoza, XXVII, pp. 221-245.

BAULNY, Olivier.1969b. Le Paraguay de Félix de Azara. **Travaux de l'Institut d' Études Latino-Américaines de L'Université de Strasbourg**, Strasbourg, IX, pp. 519-536, con 3 láminas.

BAULNY, Olivier.1971a. Félix de Azara, un naturaliste Aragonais. **Centenaire de la Société des Sciences, Lettres et Arts de Pau (1871-1971)**. Imprimerie Commerciale des Pyrénées, Pau, 4e série, Tome VI, pp. 173-195, con lámina.

BAULNY, Olivier. 1971b. La colonización de la Banda Oriental vista a través del epistolario de Félix de Azara (cartas inéditas a Miguel de Lastarria). **Investigaciones y Ensayos**, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, N°10, pp. 239- 263.

BAULNY, Olivier. 1991. **La carrera americana de Félix de Azara (1742-1821)**. Pp. 299-316, en: José Antonio ARMILLAS VICENTE y Domingo J. BUESA CONDE (directores): **Aragón y América**. Diputación General de Aragón, Crealibros S. A., Zaragoza.

BEDDALL, Barbara G. 1975. "Un naturalista



original": Don Félix de Azara, 1746-1821. *Journal of the Society of History of the Biology*, Dordrecht, Holanda, 8 (1): 15-66.

BEDDALL, Barbara G. 1979. Scientific books and instruments for an eighteenth-century voyage around the world. Antonio Pineda and the Malaspina Expedition. *Journal of the Society of History of the Biology*, Dordrecht, Holanda, Vol. 9, N° 2, pp. 95-107. **VER**

BEDDALL, Barbara G. 1983. The isolated Spanish genius. Myth or reality?. Félix de Azara and the Birds of Paraguay. *Journal of the History of Biology*, Dordrecht, Holanda, **16** (2): 225-258.

BENÍTEZ, Justo Pastor. 1967. **Formación Social del pueblo paraguayo**. Editorial Nizza, Asunción, pp. ¿¿¿

BERLEPSCH, H. V. 1887. Systematisches Verzeichniss der von Herrn Ricardo Rohde in Paraguay gesammelten Vögel und Appendix: Systematisches Verzeichniss der in der Republik Paraguay bisher beobachteten Vögelarten. *Journal für Ornithologie*, Berlín, 35(177): 1-37; (178) 113-134, lám. 1.

ver

BERNABÉU ALBERT, Salvador. **¿Ilusos o ilustrados? Novedades y pervivencias en los viajeros del setecientos**. *Revista de Occidente*. Madrid, No 260, enero de 2003, pp. 36-55.

BERTONI, Arnaldo de Winkelried. 1922. Contribuciones a la Ornitología Paraguaya. *Revista de la Sociedad Científica del Paraguay*, Asunción, Tomo I, N° 3, pp. 39-42.

BIRABÉN, Max. 1961. Ciento cincuenta años de zoología argentina. *Physis, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales*, Buenos Aires, Tomo 22, N° 63, pp. 1-20. Buenos Aires.

BITTERLI, Urs. 1982 (1976). **Los "salvajes" y los "civilizados". El encuentro de Europa y Ultramar**. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-558.

BOURGET, Marie Noëlle. 2003. **El mundo visto desde lo alto del Teide: Alexander von Humboldt en Tenerife**. Pp. 279-302, en J. MONTESINOS, J. ORDÓÑEZ y S. TOLEDO (editores): **Ciencia y Romanticismo. Maspalomas**. Fundación La Crotara de Historia de la Ciencia, La Crotara, pp. 1-372.

BOUZA VILA, Jerónimo. 2002. **Filosofía, ciencia y subversión en la antropología del siglo XIX. Prólogo de Claudio Esteva Fabregar: Sobre la historia de la antropología en Cataluña**. Ediciones del Serbal, Colección La Estrella Polar, No 33, pp. 1-

269.

BOWKWE, Geof. 1991. **Los orígenes del uniformismo en Ayell: hacia una nueva geología**. Pp. 437-457, en Michel SERRES (editor): **Historia de las ciencias**. Ediciones Cátedra, Madrid, pp. 1-650. AYELL, Charles (1797-1875)

BOWLER, P.J. 1995. **Charles Darwin. El hombre y su influencia**. Alianza Universidad, AU 832, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-271.

BOWLES, W. 1775. **Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España**. Imprenta de D. Francisco Manuel de MENA. Pp. 1-599.

BOWLES, G. 1782. **Introducción a la historia natural y la geografía física de España**. Madrid. Prólogo y revisión de José Nicolás de Azara. Segunda edición.

BOWLES, Guglielmo. 1783. **Introduzione alla Storia Naturale e alla Geografia Fisica di Spagna, di...** Publicata e comentata del Cavaliere D. Giuseppe Incola D'Azara e dopo la Seconda Edizione Spagnola fin arricchita di Note. Zardota da Francesco Milicia, Dalla Stamperia Reale, Parma, 2 volúmenes.

BURKHOLDER, M. y D.S. CHANDLER. 1984. **De la importancia a la autoridad. La Corona Española y las Audiencias de América, 1687-1708**. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-324.

CABRERA [LATORRE], Ángel. 1916. El tipo de **Philander laniger** Desm. en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid. *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, Madrid, Tomo XVI, pp. 514-517.

CABRERA LATORRE, Ángel. 1934. Los envíos de Félix de Azara al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid. *Anales de la Sociedad Española para el Progreso de las Ciencias*, Madrid, Año 1, pp. 98-100.

CABRERA [Latorre], Ángel. 1943. Azara como zoogeógrafo a través de sus escritos sobre cuadrúpedos. *GAEA, Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, Buenos Aires, Tomo VII, pp. 73-79.

CABRERA [LATORRE], Ángel. 1946a. El naturalista aragonés Azara. *Ciencia e Investigación*, Buenos Aires, Tomo 2, N° 9, pp. 376-379.

CABRERA [LATORRE], Ángel. 1946b. El naturalista aragonés Azara. *Ciencia, Revista Hispano-americana de Ciencias Puras y Aplicadas*, México, Vol. 7, N° 9-10, pp. 347-350.

CADALSO, J. De. 1992. **Cartas Marruecas. Noches Lúgubres**. Edición, introducción y notas de Joaquín Marcó, Editorial Planeta, Barcelona. Pp. XLIII + 1-220.

CADOGAN, León. 1957. **Apuntes de Medicina Popular Gauireña**. 🌿🌿🌿

CADOGAN, León: LÓPEZ AGUSTÍN, A. 1978. **La literatura de los guaraníes**. Editorial Joaquín Mortiz, México, pp. 🌿🌿🌿🌿🌿🌿🌿🌿🌿🌿🌿🌿🌿

CAFFERATA SOTO, J. D. 1995. **Todo Corrientes. Breve enciclopedia correntina**. Ediciones Temas, Esquina, Corrientes. Pp. 1-160

CALATAYUD ARINERO, María de los Ángeles. 1984. **Catálogo de las expediciones y viajes científicos españoles. Siglos XVIII y XIX**. Fondos del Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Colección Tierra Nueva y Cielo Nuevo, 12, CSIC. Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid, pp. 1-433, láminas.

CAMPAL, Esteban. 1969. **Azara y su legado al Uruguay**. Colección Bolsillo, 24, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, pp. 1-199.

CAMPOMANES (Pedro RODRÍGUEZ CAMPOMANES Y PÉREZ). 1978. **Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento**. Edición de S. Aguilar Piñal. Editora Nacional, Madrid, pp. 1-271.

CAÑEDO-ARGÜELLES FÁBREGA, Teresa. 1988. Sociedades de frontera en el Alto Paraná: la obra de Félix de Azara y su papel como instrumento de planificación colonial. VIIº Congreso Internacional de Historia de América, "La Corona de Aragón y el Nuevo Mundo: del Mediterráneo a las Indias" Volumen I. Departamento de Educación y Cultura, Zaragoza, pp.

CAPEL, Horacio. 1981. **Filosofía y Ciencia en la Geografía contemporánea**. Barcanova, Barcelona, pp. 1-510. 2a edición, 1984.

CAPEL [SÁEZ], Horacio. 1982. **Geografía y matemáticas en la España del siglo XVIII**. Colección Ciencias Geográficas, 10, Ediciones Oikos-Tau, Barcelona, pp. 1-389, fig 1.

CAPEL SÁEZ, Horacio; Lourdes GARCÍA; José Omar MONCADA; Francisco OLIVÉ; Santiago QUESADA; Antonio RODRÍGUEZ; Juan-Eugeni SÁNCHEZ y Rosa TELLO. 1983. **Los ingenieros militares en España. Siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial**. Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Càtedra de Geografia Humana, Universitat de Barcelona, Barcelona, pp. 1-495.

CAPEL, Horacio. 1985. **La Física Sagrada. Creencias religiosas y teorías científicas en los orígenes de la geomorfología española**. Ediciones del Serbal, Barcelona, pp. 1-224.

CAPEL SAÉZ, Horacio. 1985. **Geografía y arte apodémica en el siglo de los viajes. Geo-Crítica, Cuadernos Críticos de Geografía Humana**, Universidad de Barcelona, Barcelona, No 56, pp. 1-60. Reproducido en: MONCADA, José Omar (coordinador): **La Geografía en la Ilustración**. UNAM, Instituto de Geografía, México.

CAPEL, Horacio. 1987. **América y la historia de la ciencia (Sugerencias para un debate)**. Pp. 81-91, en Coloquio: **En los umbrales de los grandes descubrimientos**. Expofórum 92, Sevilla.

CAPEL, Horacio. 1987. **Cursos manuscritos y textos impresos en la enseñanza científica de los ingenieros militares. Apclepio, Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia**, CSIC, Madrid, Volumen XXXIX, No 2, pp. 161-169.

CAPELSAÉZ, Horacio, SÁNCHEZ, J.E., MONCADA, O. 1988. **De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el siglo XVIII**. Ediciones del Serbal, Barcelona, pp. 1-390.

CAPEL, Horacio. 1989. **Ideología y ciencia en los debates sobre la población americana durante el siglo XVI. Geo-Crítica, Cuadernos críticos de Geografía Humana**, Universidad de Barcelona, Barcelona, No 79-80, pp. 1-107.

CAPEL, Horacio. 1990. **El público y la circulación de obras de Geografía en la España del siglo XVIII**. Pp. 🌿🌿🌿🌿, en Javier ORDÓÑEZ y Alberto ELENA (coordinadores): **La ciencia y su Público**. CSIC, Madrid.

CAPEL, Horacio. 1993. **Ambientalismo e historia. El Padre Las Casas como geógrafo**. Diputació de Tarragona, Tarragona, pp. 246-270, en **Aportaciones en homenaje al profesor Luis Miguel Albentora**.

CAPEL, Horacio. 1994. América en el nacimiento de la geografía moderna, o sea de las crónicas medievales a las crónicas de Indias pasando por Plinio y el descubrimiento de las tierras nuevas. **Suplemento Materiales de trabajo Intelectual**. Editorial Antropos, Barcelona, No 43, abril de 1994 (No especial sobre "La Geografía Hoy. Textos, historia y documentación"), pp. 42-51.

CAPEL, Horacio. 1995. **Filosofía y Ciencia en los debates sobre el territorio en la España del siglo XVIII. Cuadernos de Estudio del siglo XVIII**, Universidad de Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, Oviedo, 2a época, Na 5 (apareció



realmente en 1997), pp. 59-100.

CAPEL, Horacio. 1999. **O nascimento da ciência moderna na America. O papel das comunidades científicas, dos profissionais e dos técnicos no estudo do território.** Editora Universidad Estadual de Maringa, Maringa, pp. 1-198.

CAPEL, Horacio. 2000. **Humboldt y el mundo hispánico. Un coloquio internacional en la Université de Paris-Nauterre. Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales,** Universidad de Barcelona, Barcelona, No 264, 18 de diciembre de 2000. <<http://www.ub.es/geocrit/b3W-264.htm>>

CAPEL, Horacio. 2002a. **De la armonía de la naturaleza a la física del globo. Las interrelaciones de la naturaleza terrestre durante el siglo XVIII. Quipu, Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología,** México, Volumen 13, No 1, enero-abril de 2002, pp. 81-104.

CAPEL, Horacio; CASALS COSTA, Vicente. 2002. **Los ingenieros o el matrimonio de la ciencia y las artes útiles.** Pp. 567-602, en José Luis PESET REIG (director): **Historia de la ciencia y de la técnica en la corona de Castilla, siglo XVIII.** Junta de Castilla y León, Salamanca, Volumen IV.

CAPEL [SÁEZ], Horacio. 2003. **Construcción del Estado y creación de cuerpos profesionales científico-técnicos: los ingenieros de la Monarquía Española en el siglo XVIII.** En: A. CÁMARA MUÑOZ y F. COBOS GUERRA (editores): **Fortificación y frontera marítima.** Actas del Seminario Internacional celebrado en Ibiza, durante los días 24 a 26 octubre 2003. Ajuntament d'Eivissa. Eivissa. 27 págs. (en: CD//Macintosh9/0 20HD/Desktop%20Folder/azara).

CARDIEL, J. 1989. **Las misiones del Paraguay.** Crónicas de América, No49. Ediciones Historia 16, Madrid, pp. 1-204.

CARDOZO, Aníbal. 1918-1919. La ornitología fantástica de los conquistadores. **El Hornero,** Buenos Aires. Tomo I, N° 2, pp. 80-89, 3 figs.; N° 3, pp. 153-160, figs. 1-2; 1919, N° 4, pp. 248-255, figs. 1-4.

CARDOZO, Aníbal. 1926. Nuestros conocimientos en Ciencias Naturales durante la época colonial. **Humanidades,** Buenos Aires, 1925-1926, tomo X, pp. 371-407; tomo XI, pp. 339-376; y 1926, tomo XII, pp. 315-361. Edición de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación, Universidad Nacional de La Plata.

CARDOZO, Efraim. 1951. Un libro inédito de Félix de Azara. **La Nación,** Buenos Aires, 2a sección,

pág. 1, 17 de junio de 1951, con retrato.

CARDOZO, Efraim. 1979. **Historiografía paraguaya. I (Paraguay indígena, español y jesuita).** *Historiografías*, 5, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, pp. 1-610. Reimpresión de la obra de 1959.

CARNEVALI, R. 1994. **Fitogeografía de la Provincia de Corrientes.** Gobierno de la Provincia de Corrientes-INTA, Corrientes. Pp. 1-324 + mapas.

CARPINTERO, Helio. 2003. Presentación. Pp. 11-14, en: Homenaje a Julián Marías. Un siglo de España. Alianza Editorial, Madrid.

CARRILLO CASTILLO, Jesús María. 2004. **Naturaleza e imperio. La representación del mundo natural en la Historia general y Natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo.** Fundación Carolina-Ediciones Dire Calles, Madrid, pp. 1-366.

CASALS, Vicente. CAPEL, Horacio. 2002. **La ingeniería y la ciencia a la conquista del territorio.** Pp. 309-340, en: Antonio BONET (coordinador): **Un reinado bajo el signo de la Paz, Fernando VI y Bárbara de Braganza 1746-1759.** Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid.

CASSIRER, Ernst. 1981. **(Philosophie der Suflklarung) La Filosofía de la Ilustración.** Tercera Edición. Traducción de Eugenio Imaz nuevamente revisada. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-403.

CASTELLANOS A. y R.. A. PÉREZ MOREAU. 1994. **Los tipos de vegetación de la República Argentina.** Universidad Nacional de Tucumán, Instituto de Estudios Geográficos, Monografías, 4, San Miguel de Tucumán. Pp. 1-154, XXX láminas, 1 mapa.

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1847a. Biografía del señor Don Félix de AZARA. En Félix de AZARA: Descripción e historia.... Imprenta de Sanchiz, Madrid. 2 : 167-229.

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1847b. Notas a las memorias póstumas sobre el Paraguay y Río de la Plata, de don Félix de AZARA, precedidas de ciertas observaciones hechas a la vista de las expresadas memorias. En: Félix de AZARA: Memorias Págs. 167-229. Imprenta Sanchiz, Madrid.

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1848. **Panteón biográfico moderno de los ilustres Azaras de Barbuñales en el Antiguo Reino de**

Aragón hasta el actual Marqués de Nibbiano, el señor don Agustín de Azara y Perera. Precedido de una corta noticia histórica sobre el origen, antigüedad, prosperidad y grandeza de esta novilísima [sic] familia. Imprenta de la viuda de Sánchez e hijos, Madrid, pp. i-xxxvii + 1-

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1849-1850. **Historia de la vida civil y política del célebre diplomático y distinguido español D. José Nicolás de Azara, primer marqués de Nibbiano.** Imprenta de Baltasar González, Madrid, 2 volúmenes.

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1852-1854. **Glorias del caballero Azara en el Siglo XIX.** Imprenta de D. Baltasar González. Madrid, 1852-1854, 2 volúmenes ilustrados.

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1856. **Álbum de Azara. Corona científica, literaria, artística y política que las universidades, academias, maestranzas, cuerpos científicos y patrióticos, el cuerpo diplomático, y hombres políticos nacionales y algunos extranjeros consagran a la buena memoria del insigne caballero aragonés, el célebre diplomático y distinguido literato español, Excmo. Señor D. José Nicolás de Azara, Primer Marqués de Nibbiano.** Obra escrita en parte y dirigida en lo demás, por ... Imprenta de Don Alejandro Fuentenebro, Madrid, pp. I-XVI + 1-770 + [1]. Con numerosas ilustraciones y láminas fuera de texto.


CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1930. **Don Félix de Azara y Perera. Refundición del texto biográfico del Historiador de la Casa de Azara Don Basilio Sebastián Castellanos de Losada, escritor de mediados del siglo XIX y adiciones por José Sinués y Urbiola. Discurso leído en la sesión de Homenaje a D. Félix de Azara y Perera. Contestación del Censor de la Sociedad, Señor Marqués de Nibbiano.** Talleres Gráficos "La Editorial", Zaragoza, pp. 1-31.

CASTELLO, A. E. 1984. **Historia de Corrientes.** Colección Historia de Nuestras Provincias 12, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 1-629 + 7.

CASTRODEZA, Carlos. 1988a. **Teoría histórica de la selección natural.** Colección Exedra, N° 160, Editorial Alhambra, Madrid, pp. i-xi + 1-284.

CASTRODEZA, Carlos. 1988b. **Ortodoxia darwiniana y progreso biológico.** Colección Alianza Universidad, AU 521, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-214.

CAVANILLES, Antonio José de. 1991. **Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Frutos del Reyno de**

Valencia (1795). Edición facsímile, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Castellón, Valencia, pp. 

CENTURION, Carlos R. 1961. **Historia de la Cultura Paraguaya. Tomo I.** Biblioteca Ortiz Guerrero, Asunción, pp. 1-695.

CHARDON, Carlos E. 1949. **Los naturalistas en la América Latina. Tomo I. Los siglos XVI, XVII y XVIII.** Secretaría de Estado de Agricultura, Pecuaria y Colonización, Editora del Caribe, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), pp. i-vii + 1-386, láminas I-XXVI.

CLASTRES, Pierre. 1987. **Investigación en Antropología Política.** Editorial Gedisa, México, pp. 1-255.

CLAVIJO Y FAJARDO, José. 2001. **Prólogo a la traducción de la Historia Natural del Conde de Bufón.** Estudio preliminar de José Luis Prieto. Fundación Canaria Orotara de Historia de la Ciencia, La Orotara, pp. 1-90.

CLEMENTE RUBIO, Simón de Rojas. 2002. Viaje a Andalucía. **"Historia Natural del Reino de Granada" (1804-1809).** Edición, transcripción, estudio e índice de Antono Gil Albarracín. Otros trabajos de Horacio Capel Sáez y María Pilar San Pío Arardín. GBG Editora, Almería-Barcelona, pp. 1-1.247.

CONCOLORCOVO. 1980. **Lazarillo de ciegos caminantes.** Editora Nacional, Madrid, pp. 1-443.

CONTRERAS, J.R. 2003. El Valle Aluvial del Río Paraguay como "Caja de resonancia" de la Oscilación Climática "El Niño": su influencia en el Paraguay Natural e Histórico. **Historia Paraguaya, Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia,** Asunción, 43, pp. 545-587.

CONTRERAS [ROQUÉ], Julio Rafael. 2003. En el centenario de una obra valiosa en la historia de la ciencia paraguaya: Arnaldo de Winkelried Bertoni y su **"Aves Nuevas del Paraguay"** (1901). **Revista de la Sociedad Científica del Paraguay,** Asunción, 3a. Época, Año VIII, N° 14, pp. 79-103.

CONTRERAS ROQUÉ, Julio Rafael. 2006. **Don Félix de Azara, ilustrado español y "Guardián Platónico de Indias". Una incursión por su biografía, su epistolario y sus actos de servicio en América.** Pp. - , en: Huesca

CONTRERAS ROQUÉ, J.R. (M.S.) **Félix de Azara, el ilustrado: un ensayo preliminar. Su Epistolario. I. La etapa americana.**

CONTRERAS [ROQUÉ], Julio Rafael; Pablo TETA y Analía ANDRADE. 2003.

- CORONA BARATECH, C. 1948. **José Nicolás de Azara, un embajador español en Roma**. CSIC, Zaragoza, pp. ¿???
- CRESPO, Jorge A. 1961. Panorama zoológico argentino: mamíferos. *Physis, Revista de la Asociación Argentina de Ciencias Naturales*, Buenos Aires, Tomo 32, N° 63, pp. 241-247.
- CUTOLO, Vicente O. 1968. **Félix de Azara**. Pp. 279-280 en: **Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930). Tomo I (A-B)**. Editorial Elche, Buenos Aires, pp. i-xxxiii + 1-585.
- DABBENE, Roberto. 1920. Miscelánea Ornitológica. I. El "Canindé" de Azara es el **Ara ararauna**. *El Hornero*, Buenos Aires, Tomo II, N° 1, pág. 56.
- DABBENE, Roberto. 1921. Miscelánea Ornitológica. *El Hornero*, Buenos Aires, Tomo II, N° 3, 1921, pp. 225-227-
- DAGUERRE, Juan. 1977. Un pájaro incógnito. *El Hornero*, Buenos Aires, Tomo XI, N° 5, pp. 418-419.
- DARNTON, R. 1987. **La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa**. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-269.
- DARWIN, Charles. 1891. Journal of Researches into the natural history and geology of the countries visited during the voyage of H. M. S. Beagle round the World under the command of Capitan Fitz Roy, R. N. T. Nelson and Sons, London, pp. i-[xii] + 13-615, con láminas.
- DARWIN, Charles. 1983. **El origen de las especies**. Edición de Jaime Josa i Llorca. Colección Austral. Espasa-Calpe, Madrid, pp. 1-632.
- DARWIN, Charles. 1989. El origen del hombre y la selección en relación al sexo. Precedido por Charles Darwin, estudio preliminar de Faustino Cordón. Ediciones EDAF, biblioteca EDAF de Bolsillo, 2, Madrid, pp. 1-523
- DE ANGELIS, P. 1970. **Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias de Río de la Plata**. Tomo VI. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 1-794 + 10.
- DE CÉSAR, Julio Ramón. 2002. **Noticias del Paraguay. Fuentes narrativas para la historia del Río de la Plata y Paraguay**. Estudio preliminar de Beatriz Rodríguez Alcalá de González Oddone. Union Académique Internationale-Academia Paraguaya de la Historia, Asunción, pp. 1-377.
- DÉFOURNEAUX, Marcelino. 1990. **Pablo de Olavide o el afrancesado (1725-1803)**. Editor Padilla, Sevilla, pp. 1-550.
- DELTECHO, Nicolás. 1897. **Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús**. Prólogo de Blas Garay. Establecimiento tipográfico de la Viuda e Hijo de Tello, Madrid, 5 volúmenes.
- DEL VALLE IBERLUCEA, Enrique. 1914. **Introducción**. Pp. vi-xxvi, en Miguel de LASTARRIA: **Colonias Orientales del Río Paraguay o de la Plata**. Con introducción de... Tomo I. Constituye el Tomo III de **Documentos para la Historia Argentina**. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.
- DÉROZIER, A. 1980. **Visión cultural e ideológica**. En: M. TUÑÓN DE LARA (director): **Historia de España. VII. Centralismo, Ilustración y agonía del Antiguo Régimen**. Editorial Labor, Barcelona. Pp. 320-444.
- DESMAREST, Anselme-Gaetan. 1820-1822. **Mammalogie ou description de espèces de mammifères**. Mme. la Veuve de Agasse, París. Tomo I, 1820, pp. i-viii + 1-276; Tomo II, 1822, pp. i-viii + 277-556.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. 1981. **Sociedad y Estado en el siglo XVIII español**. Ariel Historia, Editorial Ariel, Barcelona. Pp. 1-532.
- DONOSO, Ricardo. 1959. En torno a la personalidad de don Miguel de Lastarria. *Revista de Historia de América*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, N° 46, pp. 427-464.
- DU GRATY, Alfred Marbais. 1862. La République du Paraguay. Parent et Fils, Bruxelles, pp. ¿???????. Con 14 láminas litográficas y 7 mapas topográficos.
- DURANT, W. y A. DURANT. 1966. **La Edad de Luis XIV**. Editorial Sudamericana, Buenos Aires. Pp. 1-865.
- DUTRENIT, Alberto Carlos. 1968. **Influencia de Félix de Azara en el pensamiento artiguista**. Pp. 133-212. En: **Influencia de Félix de Azara en el pensamiento artiguista**. Biblioteca, Junta Departamental de Montevideo, Montevideo. Uruguay.
- EGIDO LÓPEZ, T. 2002. **Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)**. Universidad de Valladolid, Fundación Española de Historia Moderna, Valladolid. Pp. 1-354.
- ESTEBAN, Juan G. 1961. Panorama zoológico argentino: Aves. *Physis, Revista de la Asociación Argentina de Ciencias Naturales*, Buenos Aires,

Tomo 22, N° 63, pp. 249-257. Buenos Aires.

ESTEVE BARBA, Francisco. 1964. **Historiografía Indiana**. Segunda edición revisada y aumentada. Editorial Gredos, Madrid, pp. 1-737.

FAJARDO TERÁN, Florencia y Juan Alberto GADEA. 1968. **Influencia de Félix de Azara en el pensamiento artigista**. Pp. 21-132. En: **Influencia de Félix de Azara en el pensamiento artiguista**. Biblioteca, Junta Departamental de Montevideo, Montevideo. Uruguay.

FANJUL GARCÍA, Serafín. 2002. **Fray Diego de Ocaña: el largo brazo de Guadalupe en Judías**. Cuadernos Americanos, México, UNAM, Volumen 91, pp. 105-119.

FANJUL GARCÍA, Serafín. 2005. Los Azara. Libertad en Internet, enero de 2005 (copiado en 2 pp.)

FATÁS CABEZA, G. 1983. **Félix de Azara (1742-1821)**. Pp. 34-35 y 1 figura, en: M. BELTRÁN LLORIS, A. BELTRÁN MARTÍNEZ y G. FATÁS CABEZA: **Aragoneses ilustres**. Publicación N° 28, 1 fig. Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza.

FEIJÓO Y MONTENEGRO, B.J. 1944. **Cartas Eruditas y Curiosas**. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid. 4 volúmenes.

FEO PARRONDO, Francisco. 2002. **El consumo en el pensamiento ilustrado español. Investigaciones Geográficas**. Alicante, No 29, pp. 83-97.

FERNÁNDEZ, J. (M.S.) **La navegación Primitiva en los Grandes Ríos. La Pelota de Cuero, las Canoas Monoxilas y las Ytapas y Jagadas del Paraná-Uruguay** (Manuscrito inédito y póstumo de autor).

FERNÁNDEZ PÉREZ, J. 1992. **Estudio preliminar**. En F. de AZARA: **Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata**. Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, Plan Nacional de I + D, Madrid. Págs. 11-70.

FERAZ, Vicente. 1801. **Tratado de Catastramentación o Arte de Campar, dispuestas para el uso de las Reales Escuelas Militares del cargo del Real Campo de Ingenieros**. Por don... Teniente Coronles e Ingeniero Ordinario del Ejército. Segunda Edición, De Orden Superior. Imprenta Real, Madrid, por Don Pedro Pereyra, Superior de Cámara de S.M., año de 1801.

FEUCHTWANGER, L. 2002. **GOYA**. Narrativa Bolsillo. EDAF, Madrid. Pp. 1-866.

FIGUEIREDO, Osorio Santana. 2006. **Don Félix de**

Azara. Tierra ¿???? Grafica Editora Palloti, Sao Gabriel, pp. 1-166.

FONT-QUER, P. 1965. **Diccionario de Botánica**. Editorial Labor, Barcelona. Pp. XXXV + 1-1.244.

FONTANELLA DE WEIBERG, M. 1983. El Español Bonaerense del siglo XVIII. Perspectiva que abre su Estudio. **Bol. Acad. Arg. Letras**, Buenos Aires, No 48 pp. (189-190) 327-349.

FORNER, J.P. 1925. **Exequias de la Lengua Castellana**. Compañía Iberoamericana de Publicaciones, Madrid. Pp. 1-129.

FOSTER, Guillermo. 1905. Breve descripción de los murciélagos del Paraguay. **Anales Universidad Nacional de Asunción**, Asunción, Tomo VI, N° 1y2, pp. 83-91.

FOUCAULT, Michel. 1971. **Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas**. Traducción al español de Cecilia Frost. 3a edición. Ediciones Siglo XXI, México, pp. 1-375.

FREIXA, Conzol. 1993. **Los ingleses y el arte de viajar. Una visión de las ciudades espalolas en el siglo XVIII**. Ediciones del Serbal, Barcelona, pp. 1-159.

FURLONG [CARDIFF], Guillermo, S. J. 1948. **Naturalistas argentinos durante la dominación hispánica**. Biblioteca de Cultura Colonial Argentina, VII, Editorial Huarpes, Buenos Aires, pp. 1-439.

FURLONG [CARDIFF], Guillermo. 1960. **José Sánchez Labrador, S.J. y su "Yerba mate" (1774)**. Colección Escritores Coloniales Rioplatenses, 10, Librería del Plata, Buenos Aires, pp. 1-125, ilustrado.

FURLONG, Guillermo. 1962. **Misiones y sus pueblos guaraníes (1610-1813) ¿????????????????** Buenos Aires, pp. 1-788.

FURLONG [CARDIFF], Guillermo. 1969. **Historia social y cultural del Río de la Plata, 1536-1810. El trasplante cultural: ciencia**. Tipográfica Editora Argentina, Buenos Aires. Pp. 1-505, con ilustraciones.

FURLONG [CARDIFF], Guillermo, S. J. 1971. Apuntamientos sobre Félix de Azara. **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, Buenos Aires, Tomo 44, pp.

FUTUYAMA, Douglas J. 2005. **On Darwin shoulders. Computers and molecular are ushering evolutionary biology into a new era. Natural History**, New York, November 2005, pp. 64-68.



GALERA GÓMEZ, Andrés. 1990. **Introducción y notas**. Pp. 7-38, en: Félix de AZARA: **Descripción General del Paraguay**. Introducción y notas de Andrés Galera Gómez, El libro de Bolsillo, N° 1499, Alianza Editorial, Madrid.

GALERA [GÓMEZ], Andrés. 1995a. **Los militares españoles y el conocimiento de la naturaleza americana en el siglo XVIII**. Pp. 473-482, en Emilio BALAGUER y Enrique GIMÉNEZ (editores): **Ejército, Ciencia y Sociedad en la España del Antiguo Régimen**. Instituto de Cultura "Juan Gil Albert", Diputación de Alicante, Alicante, 1995.

GALERA GÓMEZ, Andrés. 1995b. **El ideario biológico de Félix de Azara: referentes en la ciencia europea**. Pp. 47-56, en Elvira ARQUIOLA y José MARTÍNEZ PÉREZ (ccordinadores): **Ciencia en Expansión. Estudios sobre la difusión de las ideas científicas y médicas en España (Siglos XVIII-XX)**. Cuadernos Complutenses de Historia de la Medicina y de la Ciencia, Editorial Complutense, Madrid.

GALERA GÓMEZ, Andrés y Marcelo FRÍAS. 1996. Félix de Azara y Georges Lucien Leclerc: dos formas de iluminar la naturaleza americana. Asclepio, Revisdta de Historia de la Medicina y de la Ciencia, Madrid, Volumen 48, fascículo 1, pp. 27-36.

GALLAND-SEGUELA, Martine. 2003. **Les ingénieurs militaires espagnols de 1710 a 1803. Étude prosopographique et sociale d'un corps d'élite**. Thèse poru l'obtentions du grade en Sciences Sociales. Directeur du These Prof. Bernard Vincent, Paris, 2003, pp. 1-455 + 1-119 (Reedición de H. Capel en *Biblio* 3W, No 471, 5-XI-2003 <http://www.ub.es/geocrit/b3w-471.htm>

GALLAND-SEGUELA, Martine. 2005. **Las condiciones materiales de la vida privada de los ingenieros militares en España durante el siglo XVIII**. Geographica/Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona, 15 de diciembre de 2005, Volumen VIII, No 179 <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-170.htm>>

GALLARDO, Angel. 1907. Les études zoologiques dans la République Argentine. Revista de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Buenos Aires, Tomo VIII, pp. 24-33?????. (Separatum: Imprenta Biedma, Buenos Aires, 1907, pp. 1-24).

GALLARDO, José María. 1961. Panorama zoológico argentino: batracios y reptiles. *Physis, Revista de la Asociación Argentina de Ciencias Naturales*, Buenos Aires, Tomo XXXII, N° 63, pp. 171-180.

GANDÍA, Enrique de. 1939. **La segunda fundación de Buenos Aires**. Capítulo III, pp. 205-230, en Ricardo Levene (Director): **Historia de la**

Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862). Volumen III. **Colonización y organización de Hispano América. Adelantados y gobernadores del río de la Plata**. Segunda Edición. Librería y editorial El Ateneo, Buenos Aires.


GANIVET, Ángel. 1964. **Idearium español. Textos recogidos y ordenados por José García Mercadal. Prólogo de Emilio Gascó Contell**. Afrodasio Aguado, Madrid, pp. 1-371.

GARAVAGLIA, Juan Carlos. 1983. **Mercado interno y economía colonial. Tres siglos de historia de la yerba mate**. Editorial Grijalbo, México, pp. 1-507.

GARCÍA, F. 1971. Algunas piezas intercambiadas en la correspondencia activa Azara-Lastarria. 1800-1801. *Boletín Histórico, Estado Mayor General del Ejército, Sección "Historia y Archivo"*, Montevideo, N° 128-131, pp. 121-160.

GARCÍA, Juan Agustín. 1955 (1900). **La Ciudad Indiana**. Pp. 283-475, en Juan Agustín GARCÍA: **Obras Completas**, Tomo I, Ediciones Antonio Zamora, Buenos Aires.

GARCÍA MERCADAL, José. 1962. **Viajes de extranjeros por España y Portugal. Tomo III**. Recopilación, prólogo y notas de... Editorial Aguilar, Madrid, pp. 1-1.750.

GARCILASODELAVEGA, Juca. 1991. **Comentarios Reales**. Fondo de Cultura Económica, México, Tomo I, pp. 

GARRIDO, Alberto Pablo. 1997. La presencia del Chaco en la obra recopilada por Pedro de Angelis. **Quinto Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina**, Resistencia y Corrientes, 1° al 5 de setiembre de 1981, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, pp. 573-577.

GATTI, C. 1985. **Enciclopedia Guaraní-Castellano de Ciencias Naturales y Conocimientos Paraguayos**. Arte Nuevo Editores, Asunción, pp. 1-331.

GEERTZ, Clifford. 1988. **La interpretación de las culturas**. Editorial Gedisa, Barcelona, pp. 1-387.

GERBI, Antonello. 1993. **La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900**. Fondo de Cultura Económica, México, pp. i-c + 1-884.

GILLESPIE, Charles Coulton. 1959. **Genesis and Geology. A study in the relations of scientific thought. Natural Theology and Social Opinión in Great Britain, 1790-1850**. Harper and Row, New York, pp. 1-306.



GLEICK, James. **Isaac Newton**. Ediciones Barcelona, Madrid, pp. 1-256.

GLIK Thomas y David M. QUINLAN. 1975. Félix de Azara: The myth of the isolated genius in Spanish Science. **Journal of the History of Biology**, Dordrecht, Volumen 8, N° 1, pp. 67-83.

GÓMEZ DE LA SERNA, G. 1974. **Los viajeros de la Ilustración**. Libros de Bolsillo, 489, Alianza Editorial, Madrid. Pp. 1-183.

GÓMEZ MARTÍNEZ, José Luis. 1981. **Teoría del Ensayo**. Serie Saria, Colección Temas Científicas y Literarios, No 36, Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 1-165.

GOMIS, Alberto; JOSA, Jaime; FERNÁNDEZ, Joaquín; PELAYO, Francisco. 1988. **Historia Naval. Catálogo ilustrados, siglos XVIII y XIX**. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid. Pp. 1-222.

GONZÁLEZ, J[uan]. Natalicio. 1938. **Proceso y formación de la cultura paraguaya**. Editorial Guaranía, Asunción/Buenos Aires, pp. 1-369.

GONZÁLEZ, Julio César. 1943a. **Apuntes bio-bibliográficos de don Félix de Azara**. Pp. vii-cxiv, en Félix de AZARA: **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes**. Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires, pp. 1-cxiv + 1-310.

GONZÁLEZ, Julio César. 1943b. **Nota preliminar sobre Mitre y Azara**. Pp. vii-xiv, en Félix de AZARA: **Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata**. Biblioteca Histórica Colonial, II, Editorial Bajel, Buenos Aires.

GONZÁLEZ, Julio César. 1943c. **Apuntes bio-bibliográficos**. Editorial Bajel, Buenos Aires Pp. 1-[126] + 1 lámina.

GONZÁLEZ BUENO, Antonio. Museos, Jardines y Gabinetes. Momentos y lugares de la ciencia española, siglos XVI-XX. **Historia 16**, Madrid, Año XXIV, N° 289, mayo de 2000, pp. 9-25.

GONZÁLEZ BARCÍA, Andrés. 1982. **Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental Náutica de Don Antonio de León Pinelo, del Consejo de Su Majestad, en la Casa de Contratación de Sevilla y Coronisa Mayor de Indias; Añadido y enmendado, en que se contienen...** Edición facsímil y Estudio Introductorio por Horacio Capel, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2 volúmenes.

GONZÁLEZ DEMURO, W. 2003. De historiografías y militancias. Izquierda, artigismo y cuestión agraria en el Uruguay (1590-1973). **Anuario de Estudios**

Americanos, Sevilla, Tomo 52, N° 2, pp.635-689.

GONZÁLEZ TORRES, Dionisio. 1978. **Boticas de la Colonia y cosecha de hojas diversas**. Biblioteca de Colorados Contemporáneos, No??, Asunción, pp. 1-503.

GOODE, Geoge Brown. 1901. The beginnings of Natural History in America. **Annual Report of the U.S. National Museum**, Smithsonian Institution, Washington,(1897), Part II: 355-466.

GRANADA, Daniel. 1890. **Vocabulario rioplatense razonado**. Segunda edición corregida y aumentada. Imprenta Rural, Montevideo, pp. 1-412.

GRANADA, D. 1957. **Vocabulario Rioplatense Razonado**. Tomo II. Biblioteca Artigas, 25, Montevideo, pp. 1-267.

GRANDA, G. DE. 1982. Hacia la caracterización lingüística del Español Paraguayo. V. Léxico de Origen Náutico en el Español de Paraguay. **Estudios Paraguayos**, No 10, Asunción, pp. 148-165.

GRENON, P. 1924. **Documentos Históricos. Sección Episódica. Tomo I. La caza del tigre**. Talleres Gráficos de la Penintenciaría, Córdoba. Pp. 1-102.

GROUSSAC, Paul. 1916. **Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires 1536-1580**. Jesús Menéndez, Librero-editor, Buenos Aires, pp. xxxi + 1-546. Segunda edición.

GROUSSAC, Paul. 1949. **Mendoza y Garay. Tomo I. Don Pedro de Mendoza**. Prólogo de Carlos Ibarguren. Academia Argentina de Letras, Serie Clásicos Argentinos IX, Casa editora Coni, Buenos Aires, pp. i-xli + 1-237.

GROUSSAC, Paul. 1950. **Mendoza y Garay. Tomo II. Juan de Garay**. Academia Argentina de Letras, Serie de Clásicos Argentinos X, Casa editora Coni, Buenos Aires, pp. 1-349.

GUILLOT MUÑOZ, Álvaro. 1941. **La vida y la obra de Félix de Azara, un sabio formado en el desierto**. Colección Antorcha,, Editorial Atlántida, Buenos Aires, pp. 1-157.

GUIMERA, Agustín (editor). 1996. **El reformismo borbónico, una visión interdisciplinar**. Alianza Universidad, AU 863, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-295.

GUTIÉRREZ, Juan María. 1871a. [Nota a Azara (1871-1873)]. **Revista del Río de la Plata**, Buenos Aires, Tomo 2, N° 7, pág. 402. Buenos Aires.

GUTIÉRREZ, Juan María]. 1873a. Nota del copista.

Revista del Río de la Plata, Buenos Aires, Tomo 7, N° 26, pp. 226-230.

GUTIÉRREZ, Juan María]. 1873b. Nota del copista., en Azara (1873: 250-254) **Revista del Río de la Plata**, Buenos Aires, Tomo 7, N° 26, pp. 226-230.

HAECKEL, Ernest. s.f. **Historia de la creación de los seres organizados según las leyes naturales**. Traducción de Cristóbal Litrán. Editorial F. Sempere, Valencia, pp. 1-228.

HARTLAUB, C. J. G. 1847. **Systematischer Index zu Don Felix de Azara's Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y Río de la Plata**. C. Schünemann, Bremen, 1 vol., en 4° menor, pp i-vi + 1-29.

HAYES, Floyd E. 1995. **Status, distribution and biogeography of the birds of Paraguay**. Monographs in Field Ornithology, 1, American Birding Association, Port Spain, Trinidad-Tobago, pp. 1-224.

HELLMAYR, Charles C. 1921. Rémarques sur les espèces Néotropicales du genre **Anthus**. **El Hornero**, Buenos Aires, Tomo II, N° 3, pp. 180-193.

HERNÁNDEZ, Pablo. 1912. **Misiones del Paraguay. Organización social de las doctrinas guaraníes de la compañía de Jesús**. 2 Tomos, Barcelona, Tomo I, pp. i-xvi + 1-738; Tomo II, pp. 1-608 + 4 láminas + 2 mapas.

HERSKOVITZ, Philip. 1987. A History of the Recent Mammalogy of the Neotropical Region from 1492 to 1850. **Fieldiana, Zoology**, Chicago, New Series, N°39, pp. 11-98.

HORCAS GÁLVEZ, Manuel F. 2001. **Joaquín del Pino. Un gobernante español en América**. Ayuntamiento de Baena, Córdoba, España, pp. 1-322.

HUGUET DEL VILLAR, E. 1929. **Geobotánica**. Colección Labor 199-200, Editorial Labor, Barcelona. Pp. 1-339 + LX láminas.

HUNTER, W. Percival. 1838. **Translator's preface**. Pp. ix-xviii, en Félix de Azara: **The Natural History of the Quadrupeds of Paraguay and the River La Plata, with a memoir of de author, a physical sketch of the country, and numerous notes**. Volume I. Adam & Charles Black, Edinburgh: Longman, Orme, Brown, Green & Longmans, London.

ISABELLE, Arsène. 1943. **Viaje a Argentina, Uruguay y Brasil, en 1830**. Editorial Americana de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 1-455.

JOSA LLORCA, Jaume. 1988. **Buffon en España. La influencia de las ideas científicas del naturalista francés Georges Louius Leclerc, conde de Buffon**. Tesis Doctoral dirigida por el Dr. Horacio Capel, Universidad de Barcelona, julio de 1988, 1 volumen.

JOSA LLORCA, J. 1992. **La Historia Natural en la España del siglo XIX**. Pp. 109-152 en: J.M. LÓPEZ PIÑERO (editor): **La ciencia en la España del siglo XIX**. Ayer No 7, Marcial Pons Librero, Madrid.

JOVELLANOS, G.M. De. 1992. **Diario (Antología)**. Edición, introducción y notas de José Miguel Caso González. Editorial Planeta, Barcelona. Pp. 1-486.

KANT, Immanuel. 1999. **Geographie. Physiche Geographie**. Traducción de Michèle Cohen-Halimi, Max Marcuzzi et Valérie Seroussi. Aubier, Paris, pp. 1-394.

LABOUGLE, Raúl. 1978. **Historia de San Juan de Vera de las Siete Corrientes (1588-1814)**. Librería Platero, Buenos Aires. Pp. 1-341.

LAFOURCADE, Agustín. 1982. El español Félix de Azara, antecesor de Darwin. **Diario ABC**. Madrid, 17 de abril de 1982.

LAFUENTE, Antonio. 1988. Ciencia y política durante el reinado de Carlos III. **Mundo Científico**, Barcelona, Vol. 8, N° 81, pp. 642-649.

LAFUENTE, Antonio; ELENA, A.; ORDÓÑEZ / ORTEGA, M.L. (editores). **Mundialización de la Ciencia y Cultura Nacional**. Actas del Congreso Internacional: Ciencia, descubrimiento y mundo colonial (Madrid, 26-29 de junio de 1991). Editorial Dore Calles-Universidad Autónoma de Madrid. Pp. ¿?????????????

LAITENBERGER, Hugo; BERCHEN, Theodor (coordinadores). **Lengua y literatura en la época de los descubrimientos**. Colección Estudios de Lengua y Literatura. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, Ávila, pp. 1-272.

LAMAS, Andrés. 1879. Don Dámaso Antonio de Larrañaga (Natural de Montevideo). **Revista de Ciencias, Artes y Letras (Boletín de las Universidades, Colegios y Escuelas de la República Argentina)**, Buenos Aires. Tomo I, pp. 98-111.

LAMAS, Andrés. 1910. Don Dámaso Antonio de Larrañaga. **Revista Histórica**, Montevideo, Serie 2, Tomo III, No 7, pp. 139-152.

LANGGUTH, Alfredo A. 1966a. Application to place on the appropriate official list the names given by G. Fischer to the Cricetid Rodents described by Félix de Azara in the French translation of "Essais sur



l'histoire naturelle des quadrupedes du Paraguay", 1801. Bulletin of Zoological Nomenclature, London. Volume 23, N° 6, pp. 285-288.

LANGGUTH, A. 1966b. Application to place on the Official Index of Rejected Names in Zoology, the generic name Rattón and the specific names R. Agreste, R. Blanco debaxo, R. Colibreve, R. Espinoso and R. Tuco-tuco, dated from Brants, 1827. Z. N. (S.) 1775. Bulletin of Zoological Nomenclature, London, Tomo 23, N° 5, pp. 243-244.

LANGGUTH, Alfredo. 1967. Sobre el *Canis Azarae* Wied, 1824. Acta Zoológica Lilloana, San Miguel de Tucumán, Tomo 23, pp. 249-264.

LANGGUTH, Alfredo. 1975. La identidad de *Mus lasiotis* Lund y status del género *Thalpomys* Thomas (Mammalia, Cricetidae). Papéis Avulsos de Zoologia, São Paulo, Volumen 29, N° 8, pp. 45-54, 1 figura.

LAPESA, R. 1964. Historia de la Lengua Española. Editorial Grados, Madrid. Pp. 1-284.

LAUBMANN, Alfred. 1939. Die Vögel von Paraguay. Tomo I, Strecker und Schröder, Stuttgart, pp. i-XV + 1-246.

LEHMANN-NITSCHKE, R. 1919. Folklore argentino. VI. La Ramada. Bol. Acad. Nac. Cienc. Córdoba. No 23, pp. 610-628.

LEMOINE VILLICAÑA, Ernesto. 1961. Instrucciones para aumentar las colecciones del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, 1776. Boletín del Archivo General de la Nación, México, Serie II, N° 2, pp. 189-230.

LEONARD, Irving A. 1992. Viajeros por América Latina Colonia. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-204.

LIZÁRRAGA, Reginaldo de. 2002. Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile. Ediciones Dastin, Madrid, pp. 1-475.

LLUCH, Ernest. 1973. Els orígens ideològics del proteccionisme i la presa de consciència de la burgesia catalana. Edicions 62, Barcelona, pp. 1-384.

LLUCH, E. 1999. Las Españas vencidas en el siglo XVIII. Libros de Historia, Editorial Crítica, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, pp. 1-252.

LOPES, François. 1999. Juan Pablo Forner (1756-1797) y la crisis de la conciencia española en el siglo XVIII. Consejería de Educación y Cultura, Junta de Castilla y León, Salamanca, pp. 1-712.

LÓPEZ-OCÓN CABRERA, Leoncio. 2003. Breve

historia de la ciencia española. Libros de Bolsillo, Br 2513, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-479.

LÓPEZ PIÑERO, José María; GLICK, T.; NAVARRO BROTONS, V.; PORTELA MARCO, E. 1983. Diccionario histórico de la ciencia española. Ediciones Península, Barcelona, 2 volúmenes.

LÓPEZ PIÑERO, J.M. 1992. Introducción en : J.M. LÓPEZ PIÑERO et. al. (eds): La ciencia en la España del siglo XIX. Ayer, 7, Marcial Pons Librero, Madrid. Pp. 11-18.

LÓPEZ PIÑERO, José María. 2000b. Insectos para una reina. La Aventura de la Historia, Madrid, Año II, N°19, mayo de 2000, pp. 107-108.

LÓPEZ PIÑERO, José María. 2002a. La medicina en la historia. La Esfera de los Libros, Madrid, pp. 1-717.

LOVEJOY, Arthur O. 1983. [The great chain of being] La gran cadena del ser. Ediciones Scaria, Barcelona. Pp. ¿???????

LUCECE, Pedro de. 2000. Tratado de Cosmografía del curso matemático para la Instrucción de los militares, 1739-1779. Según un manuscrito anónimo de 1776. Transcripción y estudio por Rafael Alcaide y Horacio Capel. Edicions y Publicacions (Geocrítica, Textos electrónicos No 1, 2000 <<http://www.ub.es/geocrit/menu.htm>>

LUCENA GIRALDO, Manuel. 1988. Ciencia para la frontera: las expediciones de límites españoles (1751-1804). Cuadernos Hispanoamericanos, Los Complementarios, 2, Madrid, pp. 157-173.

LUCENA GIRALDO, Manuel. 1991. La expedición imaginaria. La ejecución del Tratado de San Ildefonso en La Guayana Española, 1776-1784. Pp. ¿???? En Francisco de SOLANO y Salvador BERNABÉU (coordinadores): Estudios (Nuevos y Viejos) sobre la Frontera. CSIC, Madrid, pp. 1-419.

LUCENA GIRALDO, Manuel (editor). 1991. Francisco de Requena. Ilustrados y bárbaros. Diario de la Exploración de límites al Amazonas (1782). Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-149. El Libro del Bolsillo No 1.515.

LUCENA GIRALDO, Manuel. 1993. El laboratorio tropical. La Expedición de límites al Orinoco, 1750-1757. Preámbulo de Francisco de Solano. Monte Ávila, CSIC, Caracas. Colección Quinto Centenario del Encuentro de dos Mundos, 1492-1992_1498-1998, pp. 1-337.

LUCENA GIRALDO, Manuel y Alberto BARRUECO RODRÍGUEZ. 1994. Estudio preliminar. En F. de AZARA: Escritos fronterizos. Colección



Clásicos, CSIC, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación-ICONA, Madrid, pp. 11-35.

LUCENA GIRALDO, Manuel y Alberto BARRUECO RODRÍGUEZ. 1995. Introducción. Pp. 11-35, en Félix de AZARA: Escritos fronterizos. Colección Clásicos, CSIC-ICONA, Madrid, pp. 1-238.

LUCENA GIRALDO, Manuel. 1996. El reformismo de frontera. Pp. 1-295, en Agustín Guimerá (editor): El reformismo borbónico, una visión interdisciplinar. Alianza Universidad, AU 863, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-295.

LUCENA GIRALDO, Manuel. 1997. Ciencia para la frontera. Las expediciones de límites y la ocupación del espacio americano, 1751-1804. Pp. 83-114, en Emilio MITRE FERNÁNDEZ et al: Fronteras y fronterizos en la historia. Universidad de Valladolid, Valladolid.

LUCENA GIRALDO, Manuel. 2001. El jardín de plata. Imágenes amazónicas en el Siglo de Oro. Pp. 241-251 en José ALCALÁ ZAMORA QUEIPO DE LLANO, Ernest, BELENGUER C. (coordinadores): Calderón de la Barca y la España del Barroco. 2 Volúmenes. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.

LUCENA GIRALDO, Manuel. 2003. Imperios confusos, viajeros equivocados: españoles y portugueses en la frontera amazónica. Revista de Occidente, Madrid, No 260, enero de 2003, pp. 24-35

LUCENA GIRALDO, Manuel. 2004. Azara, precursor de Darwin en el Paraguay. Entrevista efectuada por Hérib CABALLERO CAMPOS. Correo Semanal, Última Hora. Asunción, sábado 19 de junio de 2004, página 7.

LUCENA GIRALDO, Manuel. 2004. La constitución atlántica de España y sus Indias. Revista de Occidente, Madrid, octubre de 2004, No 281, pp. 29-44.

LUCENA GIRALDO, Manuel. 2005. Historia de un cosmopolita. José María de Sanz y la fundación de la Ingeniería de Caminos en España y América. Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid, pp. 1-261.

LUGÓN, Claris. 1977. A república "Comunista" Crista dos Guaraníes: 1610-1768. Editorial Paz e Terra, Río de Janeiro, pp. 1-353.

LYNCH, John. 1967. Administración colonial española 1782-1810. El sistema de intendencias en el Virreinato del Río de la Plata. 2a Edición. Endeba, Buenos Aires, pp. 1-311.

LYNCH, John. 1991. El siglo XVIII. Editorial Crítica, Historia de España, Serie Mayor, pp. 1-408, ilustrado.

LYNCH, John. 2001. Latinoamérica entre colonia y nación. Ediciones Crítica, Barcelona, Libros de Historia, p. 1-342.

MAEDER, Ernesto J. A. 1983. Precursores de la Zoología Rioplatense: los Jesuitas del Siglo XVIII. Informe Final del IX° CLAZ (Congreso Latinoamericano de Zoología), Arequipa, Perú, octubre de 1983, pp. 123-126.

MAEDER, Ernesto J. A. 2003. Estudio preliminar. Pp. 9-34, en: Juan Francisco de Aguirre: Discurso histórico sobre el Paraguay. Estudio preliminar y restitución del texto por Ernesto J. Maeder. Union Académique Internationale-Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

MALARET, A. 1946. Diccionario de Americanismos. Emecé Editores, Buenos Aires. Pp. 1-835.

MALDONADO POLO, J. Luis. 2002. El escritor político liberal Alejandro Oliván y su crítica al Darwinismo. Pp. 125-149 en Miguel Ángel PUIG-ZAMPER, Rosaura RUIZ y Andrés GALERA (editores): Evolucionismo y cultura. Darwinismo en Europa y Norteamérica. Editora Regional de Extremadura-Universidad Nacional Autónoma de México, Editorial Doce Calles, Madrid.

MARILUZ URQUIJO, José María. 1953. La fundación de San Gabriel de Batoví. Revista Histórica, Montevideo, 47, 2da. Época. Tomo XIX, N° 55-57, pp. 147-179.

MARILUZ URQUIJO, José M. 1953. La expedición contra los charrúas en 1801 y la fundación de Belén. Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo, Tomo XIX, pp. 53-94.

MARILUZ URQUIJO, José María. 1987. El Virreinato del Río de la Plata en la época del Marqués de Avilés (1799-1801). Segunda edición. Colección del Quinto Centenario, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 1-669 + [8].

MARICHAL, J. 1995. El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política. Pensamiento, Ediciones Taurus, Madrid, pp. 1-353.

MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando. 1946. Lo que debemos a Azara desde el punto de vista de las Ciencias del Hombre. Ciencia e Investigación, Buenos Aires, 2 (8): 328-339.

MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando. 1962. Estudio preliminar (y notas). Pp. 333-339, en Félix de Azara: Descripción e Historia del Paraguay y Río de la Plata.



Bibliotheca Indiana, 4, Editorial Aguilar, Madrid.

MARRE, Diana. 2002. La cerilla de Darwin (o cómo los juicios sobre la ausencia de información pueden inducir a la desvaloración social). *Geocrítica/Scripta Nova*, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona, No 69 (9), 1 de agosto de 2002 <[http://www.ub.es/geocrit/sn-69\(19\).htm](http://www.ub.es/geocrit/sn-69(19).htm)>

MARTÍNEZ MARTÍN, Carmen. 1997a. Aportaciones cartográficas de Don Félix de Azara sobre el Virreinato del Río de la Plata. *Revista Complutense de Historia de América*, Facultad de Geografía e Historia, Servicio de Publicaciones, Volumen 23, N° 23, Universidad Complutense, Madrid, pp. 167-192.

MARTÍNEZ MARTÍN, Carmen. 1997b. Una "Carta Esférica" del aragonés D. Félix de Azara, levantada en los primeros años de su estancia en la Provincia del Paraguay. Tomo I. Pp. 507-526, con un mapa, en: *Actas del VII Congreso Internacional de Historia de América*, Zaragoza, 2 al 6 de julio de 1996, Zaragoza. Tomo 1.

MARTÍNEZ MARTÍN, Carmen. 1998. Datos estadísticos de población sobre las Misiones del Paraguay durante la Demarcación del Trazado de límites de 1750. *Revista Complutense de Historia de América*, Facultad de Geografía e Historia, Servicio de Publicaciones No 24, Universidad Complutense de Madrid. Pp. 23-33

MARTÍNEZ MARTÍN, Carmen. 2001. La nueva frontera Brasil-Río de la Plata en el tratado de 1750: la demarcación del río Ibicuí por la primera partida de límites. Pp. 433-450, en: Antonio Gutiérrez Escudero (coordinador): *Ciencia, economía y Política en Hispanoamérica Colonial*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC, Sevilla, pp. 1-466.

MARTIRÉ, Eduardo. 2002. 1808. La clave de la emancipación Hispanoamericana (Ensayo histórico-jurídico). Ediciones el Elefante Blanco, 13, Buenos Aires, pp. 1-322.

MAUROIS, André. 1958. En busca de Marcel Proust. Colección Austral. No 1.253, Editorial Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-282.

MAUROIS, André. 2005

MEEK, Ronald L. 1981. Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios. Editorial Siglo XXI de España, Madrid. Pp. 1-245.

MELIÁ, Bartolomeu; TEMPLE, Dominique. 2004. "El don de la venganza" y otras formas de economía guaraní. Centro de Estudios Paraguayos Antonio

Guasch, Asunción, pp. 1-258.

MESTRE, Antonio. 1990. Mayans y la España de la Ilustración. Instituto de España- Espasa-Calpe, Madrid, pp. 1-198

MINGUET, Charles. 1985. Alejandro de Humboldt, historiador y geógrafo de la América española (1799-1804). Universidad Nacional Autónoma de México, 2 Volúmenes.

MITRE, Bartolomé. 1871. Noticia preliminar. Pp. 47-65, en: *Viajes inéditos de Don Félix Azara desde Santa Fe a la Asunción, al interior del Paraguay y pueblos de Misiones*. Revista del Río de la Plata, Buenos Aires, Tomo 1.

MITRE, Bartolomé. 1959. Viajes inéditos de D. Félix de Azara, desde Santa Fe y la Asunción, y a los pueblos de Misiones con una noticia preliminar por el general D. Bartolomé Mitre y algunas notas por D. Juan María Gutiérrez. [Noticia Preliminar]. Pp. 201-216, en *Bartolomé Mitre: Obras Completas*. Volumen XIII. I. Historia. Edición del Honorable Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires, pp. i-XXIV + 1-599 + [3] + láminas.

MONES, Álvaro y Miguel A. KLAPPENBACH. 1997. Un ilustrado aragonés en el Virreinato del Río de la Plata: Félix de AZARA (1742-1821). Estudios sobre su vida, su obra y su pensamiento. Volumen de homenaje en los 175 años de su muerte (1821-1996). *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Montevideo*, Montevideo, 2°. Serie, Vol. IX, pp. i-vi + 1-221. Ilustrado.

MONTES, Eugenio. 1936. El viaje de Don Félix de Azara a la Argentina. *La Nación*, Buenos Aires, Julio 5 de 1936, segunda sección, pp. 2-3.

MONTESINOS, J.; ORDÓÑEZ, J.; TOLEDO, S. (editores). 2002. *Ciencia y romanticismo*. Maspalomas, Fundación Canaria Crotara de Historia de la Ciencia, La Crotara, pp. 1-372.

MORA, Carmen. 1972. Vida y obra de don Ignacio de Asso. *Internacionalismo, jurisprudencia y otras ideas*. Imprenta de El Heraldo de Aragón, Zaragoza, pp. 1-424.

MORA MÉRIDA, José Luis. 1973. Historia social del Paraguay 1600-1777. Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC, Sevilla, pp. 1-366.

MORALES AGACINO, E. 1937. Sobre el tipo y la localidad típica del *Myotis albescens* (E. Geoffroy). *Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural*, Madrid, Tomo XXXVII, pp. 17-19.

MORALES AGACINO, E. 1941. Unas páginas inéditas de Félix de Azara sobre Quirópteros del



Paraguay. Notas del Museo de La Plata, La Plata, Tomo VI (Zoología, N° 49), pp. 215-223.

MORALES MOYA, A. 1988. Conocimiento de la realidad y pretensión reformista en el viaje ilustrado. Pp. ¿¿¿¿¿¿, en Josefina GÓMEZ MENDOZA, Nicolás ORTEGA CANTERO (coordinadores); Viajeros y paisajes. Alianza Universidad, AU-556, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-174.

MOREAU-SAINT-MÉRY, M. L. E. 1801. [Discours préliminaire du traducteur]. Tomo I, pp. v-xxxvii, en Félix de AZARA: Essais sur l'histoire naturelle des Quadrupèdes de la Province du Paraguay par don Félix d'Azara Capitaine de Vaisse de la Marine Espagnole; Commissaire de Sa Magesté Catholique pour les Limites Espagnoles et Portugaises de l'Amérique Méridionale: Citoyen de la ville de l'Assumption capitale du Paraguay, etc. Écrits depuis 1783 jusqu'en 1796 (an 4 de la République Française) Avec une Appéndice sur quelques Reptiles, et formant suite neccessaire aux Oeuvres de Buffon; Traduits sur le Manuscrit inédit de l'auteur, Para [sic] M. L. E. Moreu Saint Mery, Conseiller-d'État, etc. Charles Pogens, París, Tome premier.

MORENO, Fulgencio R. 1926. La Ciudad de Asunción. Librería J. Suárez, Asunción, pp. 1-278

MORENO, Fulgencio R. 1975. Geografía etnográfica del Chaco. ¿????????????????

MORENO AZORENO, Ricardo. 1985. Vademécum Médico. Facultad de Ciencias Médicas, Asunción, pp. 1-850.

MORÍNIGO, M.A. 1985. Diccionario de Americanismos. Muchnik Editores, Barcelona. Pp. 1-738.

MYERS, Philip y Michael CARLETON. 1981. The species of *Oryzomys* (*Oligoryzomys*) in Paraguay and the identity of Azara's "Rat sixieme on Rat a Tarse Noir". *Miscellaneous Publications of the Museum of Zoology, University of Michigan, Ann Arbor, No 161*, pp. I-III + 1-41. Ilustrado.

NADAL, Francesc. 1983. La Geografía política entre la descripción y la teoría social. Pp. 235-266, en Horacio CAPEL et. al.: *Ciencia para la Burguesía. Renovación Pedagógica y enseñanza de la Geografía en la Revolución Liberal española, 1814-1857. Publications i Edicions de la Universitat de Barcelona, (Colección Geo/Crítica, Textos de Apoyo).*

NOMURA, Hitoshi. 1998. *História da Zoologia no Brasil: Seculo XVIII. Museu Bocage, Publicaçoes Avulzas, 2a Série, no4, Lisboa. Pp. 1-313.*

OCAMPOS CABALLERO, Augusto y R. RODRÍGUEZ. 1995. Félix de Azara, ciudadano

de honor del Asunción. Ministerio de Relaciones Exteriores. Imprenta Nacional, Asunción, Paraguay.

OCAMPOS CABALLERO, Augusto. 1999. La conquista científica de Azara en el Paraguay. Su fascinación y respeto hacia la naturaleza. Instituto de Estudios Altoaragoneses, Diputación de Huesca, Huesca, Aragón, pp. 1-251.

OCAMPOS CABALLERO, Augusto. 2000. Félix de Azara: científico hispano del siglo XVIII. *Revista de la Sociedad Científica del Paraguay, Asunción, Tercera época, N° 8 y 9, pp. 81-83.*

OLAGÜE, I. 1958. El Diario de a Bordo de Juan de la Cosa. *Cómo fue descubierta América. Ediciones Garriga, Barcelona, pp. 1-233.*

ORBIGNY, Alcides Dessalines d'. 1958. Viaje a la América Meridional. Con estudio preliminar y notas aclaratoria por José Alcina Franch. Pp. 13-920, en: *Viajes por América del sur. Edición, con estudio y notas, de los textos de D'Orbigny, Wiener y La Condamine. Biblioteca Indiana, Volumen III, Editorial Aguilar, Madrid, pp. 1-1120.*

OSGOOD, Wilfred H. 1915. The name of Azara's *Agouarachay*. *Proceedings of the Biological Society of Washington, Washington, volume 28, pp. 142-143.*

OSGOOD, Wilfred H. 1919. Names of some South American Mammals. *Journal of Mammalogy, Baltimore, Volumen 1, N° 1, pp. 33-36.*

OUTES, Félix F. 1917. Formación del "Gabinete del Rey". *Primeras contribuciones sudamericanas. (1769). El Hornero, Buenos Aires, Tomo I, N° 1, pp. 16-21.*

PALACIOS RAMOS, Rafael. 2005. Por mejor servir al Rey. El entramado defensivo de Santander (siglos XVI al XIX). Ayuntamiento de Santander, Colección Pronillo, Santander.

PALCOS, Alberto. 1946. Un redescubridor de América: Félix de Azara. La Prensa, Buenos Aires, 12 de mayo de 1946.

PARRAS, Pedro José de. 1943. *Diario y derrotero de sus viajes: 1749-1753. España-Río de la Plata-Córdoba-Paraguay. Editorial Solar, Buenos Aires, pp. 1-251.*

PAUCKE, Florian. 1999. *Hacia allá y para acá: una estada entre los indios mocobíes, 1749-1767. Ediciones Nuevo Siglo, Córdoba (Argentina). 2 Volúmenes.*

PEIRÓ BARCO, José Vicente, 1996. Introducción. Pp. 9-97, en: Carlos VILLAGRAMARSAL: *Mancuello*



y la perdiz. Colección Letras Hispánicas, Ediciones Cátedra, Madrid.

PENHOS, Marta. 2002a. De la experiencia a la edición: textos e imágenes en la primera edición de Viajes por la América Meridional, de Félix de Azara. En: 1er Encuentro "Las Metáforas del Viaje y sus Imágenes. La Literatura de Viaje como problema. Grupo de Estudios e Investigación sobre la Problemática del Viaje y los Viajeros. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario (CDRom).

PENHOS, Marta. 2002b. Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII. Colección Arte y Pensamiento, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, pp. 1-382.

PEREYRA, José A. 1945. La obra ornitológica de Azara, comentada y actualizada por... Precede a: Félix de AZARA: Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y Río de la Plata. (Reimpresión exacta de la primera edición publicada en Madrid en 1802). Biblioteca Americana, Buenos Aires-Montevideo, pp. 1-162 + [22]. Esta obra consta de 5 volúmenes de Azara, más la de José A. Pereyra, en total son 6 tomos.

PÉREZ, Joseph. 1986. La emancipación de Hispanoamérica. Biblioteca de la Historia de España No 14. Ediciones Sarpe, Madrid, pp. 1-149.

PÉREZ ESTÉVEZ, R.M. 2002. La España de la Ilustración. Cuadernos de Cultura y Civilización Hispánicas, Actas Editorial, Madrid. Pp. 1-126.

PÉREZ MARICEVICH, Francisco. 1983. Diccionario de literatura Paraguaya. (Primera parte). Biblioteca de Colorados Contemporáneos, N° 7, Asunción, pp. 1-293.

PÉRGOLA, Federico. 1965. Historias de pájaros en la época colonial. La Nación, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1965. 1° sección, página 6.

PERRONE, Alberto M. (editor y compilador). Cronistas y viajeros del Nuevo Mundo. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, pp. 1-159.

PESET, José Luis. 1995. Ciencia e independencia en la América Española. Pp. 195-218, en A. DÍEZ TORRES; T. MALLO y D. PACHECO (coordinadores): De la ciencia ilustrada a la ciencia romántica. Actas de las II Jornadas sobre "España y las expediciones científicas en América y Filipinas". Ediciones Doce-Calles/Ateneo de Madrid, Madrid.

PESET, José Luis y Antonio LAFUENTE. 1981. Ciencia e historia de la ciencia en la España ilustrada. Boletín de la Real Academia de la Historia, Madrid, Tomo CLXXVIII, Cuaderno II, pp. 267-299.

PELMA, J.L. 1967. The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century, Madison (Fide: MARTIRÉ, 2002).

PIMENTEL, Juan. 1998. La física de la Monarquía. Ciencia y política en el pensamiento de Alejandro Malaspina (1754-1810). Editorial Doce Calles, Aranjuez, pp. 1-437.

PIMENTEL, Juan. 2003. Testigos del Mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración. Ediciones de Marcial Pons, Madrid, pp. 1-342.

PIÑERA Y RIVAS, Álvaro de. 1992. El Brigadier de la Real Armada e Ingeniero Naval Don Félix de Azara y Perera. Asamblea Amistosa Literaria, Madrid, pp. 1-29.

PODTIAGUIN, Boris. 1941. Aves del Paraguay. Catálogo sistemático. Aumentado por las contribuciones al conocimiento de la Ornitología Paraguaya. Revista de la Sociedad Científica del Paraguay, Asunción, Tomo 5, N° 5, pp. 1-109, láminas 1-4.

PODTIAGUIN, Boris. 1944. Aves del Paraguay. Catálogo sistemático. Aumentado por las contribuciones al conocimiento de la Ornitología Paraguaya. Revista de la Sociedad Científica del Paraguay, Asunción, Tomo 6, N° 3, pp. 7-120.

PORTUGUÉS, José Antonio. 1764. Colección General de las Ordenanzas Militares, sus innovaciones y aditamentos. Dispuestas en diez tomos, con separación de clases. En la Imprenta de Antonio Marías, 7 volúmenes.

PUIG SAMPER, Miguel Ángel. ¿??? Difusión e institucionalización del sistema linneano en España y América. Pp. 349-362, en A. DÍEZ TORRES; T. MALLO y D. PACHECO (coordinador): De la ciencia ilustrada a la ciencia romántica. Actas de la II Jornadas sobre "España y las Expediciones científicas en América y Filipinas" Ediciones Doce-Calles/Ateneo de Madrid, Madrid.

PUSINERI SCARA, Carlos. 1992. Historia de la moneda paraguaya. Siglos XVI al XIX. Comisión Vo Centenario-Paraguay, Editorial Don Bosco, Asunción. Pp. ¿¿¿¿???

RAPOPORT, Eduardo. 1987. Lo bueno y lo malo tras el descubrimiento. El punto de vista ecológico y biogeográfico. Pp. 141-153, en Coloquio: "En los umbrales de las grandes descubrimientos". Expofórum 92, Documentos 4, Comisaría General de la Expo 92, Sevilla.

RENGGER, Johann Rudolf. 1830. Naturgeschichte der Säugethiere von Paraguay. Basel in der

Schweighautterschen Bucklung, Basel, pp. i-xvi + 1-394.

RINGUELET, R. 1954. Curso de Entomología. VI. Ecología. Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Buenos Aires, Publicaciones de Extensión Cultural y Didáctica. Pp. 257-390.

RINGUELET, Raúl A. 1967. Historia, estado actual y futuro de la zoología en la República Argentina. Acta Zoológica Lilloana, San Miguel de Tucumán, 23: 5-43.

RÍPODAS ARDANAZ, Daisy. 1977. Estudio preliminar. Pp. ¿???? En: Francisco de Paula SANZ: Viaje por el virreinato del Río de la Plata. El camino del tabaco. Centro de Estudios Interdisciplinarios de Hispanoamérica Colonial, Librería-Editorial Platero, Buenos Aires.

RÍPODAS ARDANAZ, Daisy. 2002. Los libros de un burócrata de la Ilustración: la biblioteca Potosina de Francisco de Paula Sanz (1810). Pp. 1.489-1.515 en Derecho y Administración Pública en las Indias Hispánicas, volumen II. Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha.

RIVAROLA PAOLI, Juan Bautista. 1982. Historia monetaria del Paraguay. Monedas, bancos, crédito público. Edición del Autor, Asunción, pp. 1-45????

RIVAROLAPAOLI, Juan Bautista. 1986. La economía colonial. Edición del Autor, Asunción, pp. ¿???????

ROBEBAR, A[ndrés?]. 1930. Coleccionistas de aves del Paraguay. Revista de la Sociedad Científica del Paraguay, Asunción, Tomo II, N° 6, pp. 239-240.

RODRÍGUEZ ALCALÁ, Hugo. 2000. Historia de la Literatura Paraguaya. Segunda edición en colaboración con Dirma PARDO CARUGATI. Ediciones El Lector, Asunción, pp. ¿¿¿¿¿¿¿¿

ROMANO, Ruggiero. 1998. Monedas, seudomonedas y circulación monetaria en las economías de México. El Colegio de México. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-292.

ROULET, Florencia. 1992. Fragmentación política y conflictos interétnicos. Suplemento Antropológico, Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción", Asunción, volumen XXVII, pp. ¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿

RÜBEL, E. 1917. Anfänge und Ziele der Geobotanik. Viert. D. Naturf. Gessellsch. Im Zürich, Zürich, 1917

SABROSKY, C. W. 1947. Comments on the application to place Fischer's names for the Azara's rodents on the official list. Z. N. (S.) 1774. Bulletin of Zoological Nomenclature, 24: 141.

SÁNCHEZ-BLANCO, F. 2002. El Absolutismo y las Luces en el reinado de Carlos III. Estudios, Marcial Pons Ediciones de Historia, Madrid. Pp. 1-454.

SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel. 1994. Las Memorias de José Nicolás de Azara (M.s. 20121 de la BNM). Estudio y edición del texto. Europäische Aufklärung in Literatur und Sprache, Lang, Frankfurt am Mein, pp. 1-529, ilustrado.

SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel. 1997. La biblioteca de José Nicolás de Azara. Calcografía Nacional, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, pp. 1-294.

SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel. 2000. Memorias del ilustrado aragonés José Nicolás de Azara. Edición y estudio de... Excelentísima Diputación de Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, pp. 1-438, ilustrado.

SÁNCHEZ QUELL, Hipólito. 1964. Estructura y función del Paraguay colonial. Cuarta edición corregida y aumentada. Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires. Pp. 1-236.

SÁNCHEZ QUELL, Hipólito. 1981. Arquitectura, vestimentas y costumbres asuncenas. (Con 12 ilustraciones). Casa América-Librería Comuneros, Asunción, pp. 1-183, ilustrado.

SANTOS GÓMEZ, Susana. 1983. Bibliografía de Viajeros a la Argentina. FECIC, Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Instituto de Antropología e Historia Hispanoamericana. Buenos Aires, Tomo I, pp. 1-320; Tomo II, pp. 321-651.

SANZ, Francisco de Paula. 1977. Viaje por el Virreinato del Río de la Plata. El camino del Tabaco. Con: Estudio Preliminar, por Daisy Rípodas Ardanaz. Centro de Estudios Interdisciplinarios de Hispanoamérica Colonial, Librería-Editorial Platero, Buenos Aires, pp. 1-97.

SARMIENTO, Domingo Faustino. 1990. Facundo: civilización y barbarie. Colección Letras Hispánicas, No 323, Ediciones Cátedra, Madrid, pp. 1-457.

SARRAILH, Jean. 1981. La España ilustrada de la segunda mitad del Siglo XVIII. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-784.

SCHMIEDER, Óskar. 1965. Geografía de América Latina. Traducción de Pedro R. Heindrichs e Hildegard Schilling. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-645 + [1] ilustrada.

SCHULLER, Rodolfo R. 1904. Notas biográficas y bibliográficas. Prólogo. Pp. vii-cxxxii, con 7 láminas, en Félix de AZARA: Geografía Física y Esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes.



Compuesta por Don..., Capitán de Navío de la Real Armada en la Asunción de Paraguay. Año de MDCCXC (1790) (Manuscrito en la Biblioteca Nacional de Montevideo) Bibliografía, Prólogo y Anotaciones por Rodolfo R. Schuller. Anales del Museo Nacional de Montevideo, Sección Histórico-Filosófica, Montevideo, Tomo I, 1904,

SEGOVIA, L. 1911. Diccionario de Argentinismos, Neologismos y Barbarismos, con un Apéndice sobre Voces Extranjeras Interesantes. Imprenta de Coni Hnos. Buenos Aires, pp. 1-1.095.

SELLÉS, Manuel; PESET, José Luis; LAFUENTE, Antonio (compiladores) 1988. Carlos III y la ciencia de la Ilustración. Alianza Universidad, AU 555, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-402.

SELVA, Manuel. 1917. Manuscritos inéditos del Padre Nosedá sobre las aves del Paraguay. Physis, Revista de la Asociación Argentina de Ciencias Naturales, Buenos Aires, Tomo III, N° 14, pp. 180-185. Buenos Aires.

SELVA, Manuel. 1923. Los estudios ornitológicos de Azara. El Hornero, Buenos Aires, Tomo III, N° 1, pp. 110-111.

SELVA, Manuel. 1923. Los estudios ornitológicos de Azara. Pp. 45-48, en: Sociedad Argentina de Ciencias Naturales: Don Félix de Azara, 1821-1921. Discursos pronunciados en el Centenario de su muerte. Talleres Gráficos Palumbo, Buenos Aires.

SEQUEIROS, Leandro. 1987. Prólogo. Pp. 7-9, en Concha ALFAGEME ORTELLS, N. ALMAZÁN SÁEZ, V. ARENZANA HERNÁNDEZ, M. BENÍTEZ SIDÓN, C. CALVO PÉREZ, A. CANTÍN LUNA, M. DÍEZ BARRABÉS y J. SEBASTIÁN GERMÁN 1987. Félix de Azara ingeniero y naturalista del siglo XVIII. Prólogo de Leandro Siqueiros. Colección de Estudios Altoaragoneses, 16, Excelentísima Diputación Provincial de Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, AIE, Huesca.

SERRES, Michel (editor). 1991. Historia de las ciencias. Ediciones Cátedra S.A. Madrid, pp. 1-650

SIERRA, Vicente D. 1944. Los jesuitas germanos y la conquista espiritual de Hispano América. Siglos XVI-XVIII. Prólogo de Ricardo W. Staudt. Buenos Aires, pp. 1-412 + bibliografía + índice. Con grabados, viñetas y planos reproducción de época.

SILVA SUÁREZ, Manuel (editor). 2005. Técnica e Ingeniería en España II. El Siglo de las Luces. De la Ingeniería a la nueva navegación. Institución "Fernando el Católico". Prensas Universitarias, Zaragoza-Real Academia de Ingeniería, Madrid, pp. 1-624. Ilustrado.

SOLANO, Francisco de. 1988. Cuestionarios para la formación de las relaciones geográficas de Indias. Siglos XVI-XIX. Preparación de los textos por Francisco de Solano y Pilar Ponce. Colección Tierra Nueva Ciclo Nuevo, No 25, Madrid, pp. I-CXXIX + 1-234, CSIC.

SOLER PASCUAL, Emilio. 2003. Godoy y América: Expediciones científicas al Nuevo Mundo. Pp. 13-41, en Miguel ÁNGEL Melón, Emilio LA PARRA y Fernando Tomás PÉREZ (editores): Manuel Godoy y su tiempo. Congreso Internacional Manuel Godoy (1767-1851). Badajoz-Castuerza-Olivenza, 3 al 6 de octubre de 2001. Tomo II. Editoras Regional de Extremadura, Badajoz.

STEULLET, Alfredo B. y Enrique A. DEAUTIER. 1935. Catálogo Sistemático de las Aves de la República Argentina. Obra del Cincuentenario del Museo de la Plata, La Plata, Tomo I, pp. N°1, pp. i-xii + 1-256.

STODDART, David R. 1966. Darwin's impact on Geology. Annuals of the Association of American Geographers, Washington, December 1966, Volumen 56, pp. 683-698.

SCHULTZ CAZENEUVE DE MANTOVANI, Fryda. 1967. Ensayo sobre el ensayo. Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, pp. 1-111

TAPSON, A.J. 1962. Indian Warfare on The Pampa during the Colonial Period. Hispanic American Historical Review. Duke, Duke University Press, Volumen 42, No 1, pp. 1-111

TATE, G. H. H. 1932. The South American Cricetidae described by Félix de Azara. American Museum Novitates, New York, N° 557, pp. 1-5.

TEMPLADO, Joaquín. 1958. El valor de la obra biológica de Félix de Azara. Arbor, CSIC, Madrid, N° 150, pp. 198-211.

TEMPLADO, Joaquín. 1974. Historia de las Teorías evolucionistas. Colección Exedra, Sección XII, Historia y Filosofía de las Ciencias (6), Editorial Alhambra, Madrid, pp. i-xii + 1-170.

THOMAS, Oldfield. 1902. On Azara's "Chauve-souris onzième" (*Myotis ruber* Geoff.) and a new species allied to it. Annals and Magazine of Natural History, London, Serie 7, vol. 10, pp. 493-494.

THOMAS, Oldfield. 1901. On a collection of bats from Paraguay. Annals and Magazine of Natural History, London, Serie 7, vol. 8, pp. 435-443.

TORNER Y DE LA FUENTE, Eusebio. 1892. El brigadier de la Armada e ingeniero militar Don Félix de Azara y Perera. Apuntes biográficos. Imprenta



del Memorial de Ingenieros, Madrid, pp. 1-104.

TORRENS, Fernando. 1979. La aportación de Félix de Azara al conocimiento geográfico de la América Meridional en el siglo XVIII. *Revista de Geografía*, Barcelona, Volúmenes XII-XIII, pp. 40-62, 1 figura. Enero-diciembre de 1978, publicada en 1979.

TORRES, Luis María. 1905. Les études géographiques et historiques de Félix de Azara. Casa Editora Coni Hermanos, Buenos Aires, pp. 1-20.

TORRES, Luis María. 1906. La Geografía física y esférica del Paraguay y Misiones Guaraníes por Don Félix de Azara. Examen crítico de su edición. *Revista del Museo de La Plata*, Buenos Aires, Tomo XII, pp. 137-203, láminas 1-3.

TORRES, Luis María. 1907. Nota preliminar [a viajes inéditos de Azara]. *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, Año X, Tomo 28, pp. 199-204. Octubre de 1907.

TORRES, Luis María. 1923. Los estudios geográficos y etnográficos de Félix de Azara. Pp. 35-43, en *Sociedad Argentina de Ciencias Naturales: Don Félix de Azara, 1821-1921. Discursos pronunciados en el centenario de su muerte*. En 1921. Talleres Gráficos Palumbo, Buenos Aires, pp. 1-48.

TORRES, Luis María. 1925. Los estudios geográficos y etnográficos de Félix de Azara. *Revista del Instituto Histórico Geográfico Brasileiro*, (Actas del Congreso Internacional de Historia de América, 1922), Rio de Janeiro, Tomo 2, pp. 433-447.

TORRES, Luis María. 1929. Noticia biográfica de don Félix de Azara y examen general de su obra. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Buenos Aires, Tomo CVIII, N°2, pp. 177-190, con 1 figura (retrato).

TORTELLA, J. 2002. El legado cultural. En: R. GARCÍA CÁRCEL (coordinador): *Historia de España. Siglo XVIII. La España de los Borbones*. Pp. 327-390. Ediciones Cátedra, Madrid.

UDAONDO, Enrique. 1945. *Diccionario biográfico colonial argentino*. Prólogo de Gregorio Aráoz Alfaro. Institución Mitre. Editorial Huarpes, Buenos Aires, pp. 1-981.

VACA DE OSMA, José Antonio. 2003. *Francisco de Goya. El arte, el amor y la locura*. Colección Espasa Forum, Biografías y Memorias, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, pp. 1-317.

VACA DE OSMA, José Antonio. 2005. *Carlos III*, 2a edición. Ediciones RIALP, Madrid, pp. 1-389. En pág. 199:

VÁZQUEZ RIM, Horacio. 1991. Las ideas sobre población en el Río de la Plata en la época contemporánea. Tesis Doctoral dirigida por el Dr. Horacio Capel, Universidad de Barcelona, mayo de 1991, pp. 1-537.

VÁZQUEZ RIM, Horacio. 1999. La formación de los argentinos. Javier Vergara, Barcelona, pp. 1-402.

VELÁZQUEZ, Rafael Eladio. 1965. Breve historia de la cultura en el Paraguay. Editoria Nizza, Asunción, pp. ¿¿¿

VELÁZQUEZ, Rafael Eladio. 1993. El Diario de la Navegación del Río Tebicuary, atribuido a Azara (1785). *Historia Paraguaya, Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia*, Asunción, Tomo XXXI, pp. 159-224.

VIOLA, Alfredo. 1984. Usos, costumbres y aficiones en la época francista. *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*. Doctor Gaspar Rodríguez de Francia, Asunción, No 6, pp. ¿????

VIOLA, A. 1993. La Villa de Nuestra Señora del Pilar y sus Distritos. *Historia Paraguaya, Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia*, Asunción, vol. XXXI, pp. 83-140.

VIOLA, Alfredo. 2002. Real Patronato y Obispos del Paraguay colonial. CIDSEP, Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción-Konrad Adenauer Stiftung, Asunción, pp. 1-227.

VIVES AZANCOT, Pedro. 1979. Asunción, 1775-1800: persistencias rurales en la revitalización de su estructura urbana. *Revista de Indias*, Madrid, Año XXXIX, N° 155-158, enero-diciembre de 1979, pp. 209-234.

VIVES AZANCOT, Pedro. 1980a. Demografía paraguaya, 1782-1800. Bases históricas y primera aproximación para su análisis, sobre datos aportados por Félix de Azara. *Revista de Indias*, Madrid, Año XL, N° 159-162, enero-diciembre de 1980, pp. 159-211 + 3 tablas.

VOLTAIRE. 1985 *Candide ou l'optimisme*. Promoción Ediciones, The Library of English and World Literature, Madrid, pp. 1-233

WALCKENAER, C. H. 1809. Notice sur la vie et les écrits de don Félix de Azara. Pp. xiii-lx, en Félix de Azara: *Voyage dans l'Amérique méridionale, depuis 1781 jusqu'en 1801; contenant la description géographique, politique et civile du Paraguay et de la rivière de La Plata; l'histoire de la découverte et de la conquête de ces contrées; des détails nombreux sur leur histoire naturelle et sur les peuples sauvages que les habitent; le récit des moyens employés para les Jésuites pour assujétir et civiliser les indigènes, etc. publiés d'après les manuscrits de l'auteur, avec une notice de sa vie et ses écrits para C. A.*

Walckenaer; enrichis de notes para C. Cuvier, suivis de l'histoire naturelle des Oiseaux du Paraguay et de La Plata, para le même auteur, traduite, d'après l'original espagnol, et augmentée d'un grand nombre de notes, par M. Sonnini. Dentu, París, Tome I, pp. i-lx + 1-389; Tome II, pp. 1-562; Tome III, pp. 1-479; Tome IV, pp. 1-380; Atlas, láminas 1-25.

WHIGHAM, Thomas. 1991. The politics of river Trade Traditions and development in the Upper Plata, 1780-1870. University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 1-271.

WILDE, Guillermo. 2003. Orden y ambigüedad en la formación territorial del Río de la Plata a fines del siglo XVIII. Horizontes Antropológicos, Porto Alegre, Año 9, No 19, pp. 222-242

YONGE, C.M. 1995 Darwin y los arrecifes de coral. Pp. 157-183 en S.A. BARNETT et al.: Un siglo después de Darwin. 2. El origen del hombre. El Libro de Bolsillo, No 25, Alianza Editorial, Madrid.

YOUNG, David. 1998. El descubrimiento en la evolución. Colección La Estrella Polar, Libros del Serbal, No 15, Barcelona. Pp. 1-294.

ZEBALLOS, Estanislao S. 1907. Introducción a "Viajes inéditos de Azara". (Manuscrito en la Colección de Documentos del Doctor Estanislao Zeballos, precedido de una Introducción escrita por éste y anotada por Luis María Torres). Revista de Derecho, Historia y Letras, Buenos Aires.

ZIMMER, John T. 1926. Catalogue of the Edward E. Ayer Ornithological Library. Field Museum of Natural History, Zoological Series, Chicago, Volume 16 (part I), pp. i-x + 1-364, láminas 1-8.

ZIMMER, John T. 1953. The original edition of Azara's "Apuntamientos". The Auk, 70 (2): 213-215.

ZINNY, Antonio. 1975. Bibliografía histórica del Paraguay y de Misiones. Editorial Montserrat, Buenos Aires, pp. 1-x + 1-255 + 1-123.

ZINNY, Antonio. Historia de los gobernadores (TOMO 1) de las provincias argentinas.

ZUBIZARRETA, Carlos. 1964. Historia de mi ciudad. Editorial Emasa, Asunción, pp.1-297.

ZUSMAN, Perla Brígida. 2000. Tierras para el Rey. Tres fronteras y la construcción colonial del territorio del Río de la Plata. Tesis doctoral dirigida por la Dra. María Dolores García Ramón, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, julio de 2000, pp. 1-458.



Índice

- 7/ Saluda del Presidente de la Diputación Provincial de Huesca.** Antonio Coscolluela Bergua.
- 9/ Saluda de la Fundación Biodiversidad.** Dña. María Artola.
- 11/ Fundación “Félix de Azara” de Madrid.** Manuel Español González.
- 13/ Prólogo.**
- 9/ Introducción. Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821), ilustrado altoraragonés en la última frontera sudamericana.** Julio Rafael Contreras Roqué e Ignacio Ballarín Iribarren.
- 17/ Etnografías de Frontera. Los indígenas en la obra antropológica de Félix de Azara”.** Emanuele Amodio.
- 35/ Don Félix de Azara, reivindicación de un insigne naturalista aragonés.** Ignacio Ballarín Iribarren
- 43/ Félix de Azara y la explotación tabacalera en el Paraguay (1748-1805).** Herib Caballero Campos.
- 61/ El ingeniero militar Félix de Azara y la frontera americana como reto para la ciencia española.** Horacio Capel Sanz
- 113/ El primer contacto de don Félix de Azara con la naturaleza del área guaranítica”.** Amalia Nélide Chialchia de Contreras y Julio Rafael Contreras Roqué
- 139/ Don Félix de Azara, ilustrado español y “guardián platónico” de indias. Una incursión por su biografía, su epistolario y sus actos de servicio”.** Julio Rafael Contreras Roqué.
- 165/ Félix de Azara, el naturalista y los inicios del estudio de la biodiversidad en el sector subecuatorial de América del Sur.** Manuel Español González.
- 181/ Etnografía y política en Félix de Azara.** Serafín Fanjul García.
- 191/ Pájaros y cuadrúpedos del río de la plata. Los estudios zoológicos de Félix de Azara.** Joaquín Fernández Pérez.
- 211/ El pensamiento azariano en la historia social del Paraguay.** Julio César Frutos Coronel.
- 237/ El ideario biológico de Félix de Azara.** Andrés Galera Gómez.
- 243/ ”Por la ciencia y la gloria nacional”. Félix de Azara y la exploración de las fronteras americanas.** Manuel Lucena Giraldo
- 255/ Correspondencia de Félix de Azara en su comisión por tierras americanas.** Carmen Martínez Martín.
- 267/ Félix de Azara. Modernidad e ilustracion.** Javier Morales Vallejo.
- 275/ Literatura y ciencia: el carácter ensayístico de la descripción general del Paraguay de Félix de Azara.** José Vicente Peiró Barco.
- 285/ Rememoración azariana dos siglos después.** Antonio Segalés Alegre.
- 291/ Bibliografía**

Este libro
se terminó
de imprimir
en febrero de 2006

Las Primeras Jornadas Azarianas celebradas en Madrid en el Ministerio de Medio Ambiente, permitieron rescatar y difundir la figura y la obra del ilustre oscense y altoaragonés, Félix de Azara, hombre de su tiempo, erudito, investigador e ilustrado que en la segunda mitad del siglo XVII pisó, por primera vez, el continente americano. Allí llevó a cabo varias expediciones científicas cuyos frutos quedaron recogidos en numerosos estudios antropológicos en los que describe con rigor las costumbres de los pueblos indígenas y la diversidad biológica que ante sus ojos el Nuevo Mundo le mostraba.

Tanto la Fundación Biodiversidad, como la Diputación de Huesca no podían dejar pasar la oportunidad de recoger las aportaciones y el enfoque multidisciplinar de las ponencias elaboradas por todos los estudiosos y expertos participantes en estas Jornadas, que con sus intervenciones enriquecieron e iluminaron la persona de Félix de Azara.

Este libro es el resultado de la colaboración de estas dos instituciones que han hecho suyo este proyecto de homenaje y divulgación de la obra científica de Félix de Azara, el Darwin español.

www.fundacion-biodiversidad.es
www.dphuesca.es/felixdeazara



Fundación Biodiversidad

DIPUTACION



DE HUESCA

Libro Amigo de los Bosques
GREENPEACE

El papel de este libro es 100% reciclado, es decir, procede de la recuperación y reciclaje de papel ya utilizado. La fabricación y utilización de papel reciclado supone el ahorro de energía, agua y madera y una menor emisión de sustancias contaminantes a los ríos y a la atmósfera. De manera especial, la utilización de papel reciclado evita la tala de árboles. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro "amigo de los bosques". El proyecto "Libros Amigos de los Bosques" promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.